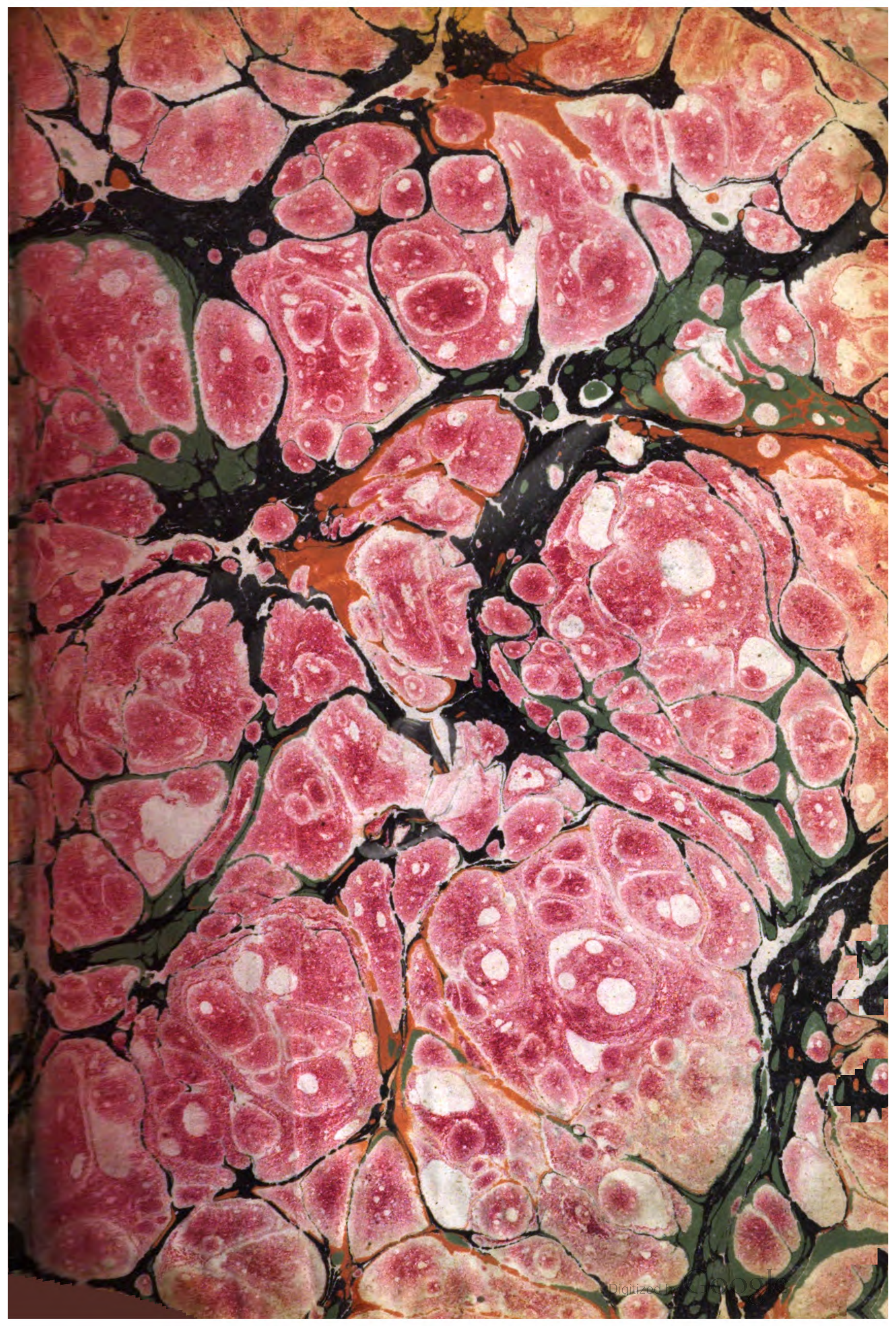








HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXXI.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.



MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1845.

Se hallará en Madrid, calle de la Gorguera, núm. 7.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

CAPITULO V.

Sesta época: España árabe, ó bajo el dominio de los musulmanes. — Don Pelayo, primero de los reyes de Leon. — Principios de la restauracion de España. — D. Favila.—D. Alonso I el Católico. — D. Fruela.—D. Aurelio. — Silo. — Mauregato. — D. Bermudo el Diácono. — D. Alonso II el Castó. — D. Ramiro I. — Irrupcion de los normandos en España. — Persecuciones contra los cristianos en Córdoba.—D. Ordoño. — D. Alonso III. —D. Garcia. — D. Ordoño II. — D. Fruela II. — D. Alonso IV. — Don Ramiro II. — D. Ordoño III. — D. Sancho el Gordo. — D. Ramiro III. —D. Bermudo II. — D. Alfonso V. — D. Bermudo III.

SESTA EPOCA.

España arabe, o bajo el dominio de los musulmanes. — España quedó sujeta al dominio de los musulmanes desde el año 711, á escepcion de las fragosas montañas de Asturias, que sirvieron de asilo á un pequeño número de héroes españoles. Mérida y Toledo tuvieron la gloria de defenderse, y aunque se rindieron, fué con condiciones muy honrosas, pues se les dejó libre el uso del culto de su religion, conservando algunas Iglesias para sus ejercicios, y se les permitió que se gobernasen con arreglo á sus leyes.

Muza y Tarif fueron los conquistadores ó primeros vireyes y gobernadores de la España en

esta época; se apoderaron de casi todos los pueblos y provincias escepto las montañas de Asturias como dejamos dicho, y Muza, resuelto á volverse á Africa, nombró por gobernador para que le remplazase á su hijo Abdalaziz, que acababa de dar pruebas de valor. Vinieron mas ejércitos de moros para asegurar la conquista, y se señaló á Sevilla por cabeza ó capital del nuevo imperio, como ciudad grande, fuerte y cómoda para acudir desde allí á las demas. Ejilona, mujer de don Rodrigo, cayó cautiva, y resolvió Abdalaziz tomarla por esposa, dejándola, como lo hizo, la libertad de ser cristiana, y teniéndola toda su vida en su compañía, porque ademas de ser jóven y hermosa estaba dotada de singular prudencia, y por sus consejos se dirijia bien el gobierno. No se sabe cuál fué el paradero del conde D. Julian, ni cómo ó dónde murió; pero su gran maldad ha dejado una memoria que eternizará su oprobio. Hay opinion, aunque sin autor que la compruebe, de que la mujer del conde murió apedreada, su hijo despeñado de una torre de Ceuta, y el mismo conde fué condenado á cárcel perpétua, por sentencia de los propios moros á quienes habia querido agradar.

Apenas trascurrieron dos años desde el 711, cuando una division de moros pasó los Pirineos á ver si podian apoderarse tambien de la Galia Narbonense, que solia ser de los godos y estaba alterada con guerras civiles. Entretanto los españoles y godos escapaban de las garras de los invasores, y se refujiaban en las montañas de Asturias, Galicia y Vizcaya, y confiando mas en la aspereza de aquellos lugares que en sus pocas fuerzas, tuvieron tiempo para tratar entre sí cómo podrian recobrar su antigua libertad. Para esto lo que mas falta les hacia era un caudillo que con su ejemplo despertase á los demas cristianos de España, y los animase para acometer tamaña empresa. Solo el infante D. Pelayo, que venia de sangre real de los godos, y á pesar de los trabajos que habia padecido se señalaba en valor y grandeza de ánimo, parecia idóneo para el caso; y desde Vizaya, adonde se habia acojido despues del desastre de España, vino á Asturias, no se sabe si de su voluntad, ó si llamado por aquellas jentes.

Apenas llegó cuando todos pusieron en él sus miras, y la esperanza de que se podria dar algun alivio á tantos males, si pudiesen persuadir á D. Pelayo á que se hiciese cabeza, y como tal se encargase del empeño y proteccion de los oprimidos. Lo que era solo una esperanza, se trocó en necesidad por cierto acontecimiento. Tenia D. Pelayo una hermana jóven, de hermosura estraordinaria, y Munuza, gobernador de Jijon, deseaba casarse con ella; pero considerando que D. Pelayo no habia de convenir en ello, acordó enviarle á Córdoba sobre ciertos negocios pendientes con el capitan Tarif, que aun no habia pasado á Africa, y en esta ausencia logró Munuza facilmente su intento.

Cuando volvió de su embajada D. Pelayo y supo la afrenta de su hermana y la deshonra de su casa, resolvió vengar el ultraje, y esperando oportunidad halló medio de recobrar á su hermana, con la cual se huyó á los pueblos comarcanos de Asturias, donde tenia jentes aficionadas, y habia ganado las voluntades de toda aquella comarca. Munuza se atemorizó, pues recelaba que de aquel pequeño principio se podria encender una gran llama, y así acordó avisar á Tarif de lo que pasaba. Este despachó inmediatamente desde Córdoba soldados que cojiesen facilmente á D. Pelayo por no estar bien prevenidos de fuerzas; pero avisado del peligro escapó prontamente en un caballo que le pasó por un rio llamado Pionia, que á la sazon iba muy crecido, lo cual le dió la vida, porque los contrarios que le seguian se quedaron burlados por no atreverse á hacer lo mismo, ni estimar en tanto el prenderle, como el poner á riesgo tan manifiesto sus vidas.

En el valle llamado Cangas, y entonces Cánica, levantó don Pelayo el estandarte de la libertad, y de todas partes acudió jente pobre y desterrada esperando recobrar su libertad, porque tenian entendido que pronto vendria mayor número de soldados para impedir aquella rebelion. Muchos tomaron voluntariamente las armas por el gran deseo que tenian de hacer la guerra bajo las órdenes de Pelayo, á fin de lograr la salud de la patria, y encontrar el remedio de tantos males. Algunos españoles por temor á los enemigos, otros movidos por las amenazas de los suyos, y por el

peligro que corrian unos y otros de ser saqueados y maltratados, ya fuesen vencedores ya vencidos, acudieron á don Pelayo, especialmente los asturianos, y casi todos siguieron este partido. Convocó á los principales de aquella nacion, les amonestó que entrasen con valor en la demanda, antes que el señorio de los moros se arraigese de todo punto con la tardanza. Hecho este razonamiento se juntaron todos y se obligaron á hacer la guerra á los moros sin escusar peligro ni fatiga.

Don Pelayo.—(716) Tratóse de nombrar jefe, y de comun acuerdo elijieron todos á don Pelayo por su capitan, y le proclamaron rey de España el año 716. Lo mismo que los asturianos, hicieron los gallegos y los vizcainos, cuyas tierras baña el mar Océano por el Setentrion. Bien conocia D. Pelayo cuán importante seria acreditar el principio de su reinado, y para lograrlo corria las fronteras de los moros, acudia á todas partes, visitaba á los pueblos asturianos, y con su presencia y ecsortaciones levantaba á los dudosos y animaba á los esforzados.

Entre los capitanes que vinieron con Tarif á conquistar la España, uno de los mas señalados fué Alchama, maestro de la milicia morisca, el cual, sabidas las alteraciones de Asturias, acudió al instante desde Córdoba para reprimir los principios de aquel levantamiento, temiendo que con la tardanza tomase fuerza, y el remedio se hiciese mas dificil. Seguia á Alchama un grueso ejército compuesto de moros y de cristianos, con quienes iba D. Opas, prelado de Sevilla, para valerse de la autoridad y amistad que tenia con D. Pelayo, y diese á entender á los que locamente se habian alterado, que todo atrevimiento era vano cuando les faltaban las fuerzas. Sabiendo que venia Alchama, los cristianos se atemorizaron mucho, y como suele suceder, los que blasonaban mas antes del peligro, estando en él se mostraron mas cobardes. La memoria de las cosas pasadas y la perpétua felicidad de los bárbaros los amedrentaban, y á manera de esclavos parecia que apenas podian sufrir la vista de los enemigos. Considerando D. Pelayo que era locura resistir con una jente desarmada y llena de miedo, repartió los soldados por los lugares comarcanos, y él, con unos mil de ellos que escojió de toda la ma-

se, se encerró en una cueva ancha y espaciosa del monte *Auseva*, que hoy se llama la *Cueva de santa María de Covadonga*. Se previno de armas ofensivas y defensivas, y de víveres para sostenerse si le cercaban, y para hacer alguna salida contra los enemigos si se presentaba ocasion. Sabedores los moros de lo que pretendia D. Pelayo, le siguieron por la huella, y habiendo llegado á la entrada de la cueva con intento de escusar la pelea, que no podia ser sin recibir daño en aquellas estrechuras, quiso D. Opas persuadir á D. Pelayo que desistiera; pero no lo pudo lograr; al contrario, se conoce que tomaron la resolucion de vencer ó morir, pues aunque apurados de tantas maneras, y convidados con el perdon, no se quisieron dar á ningun partido. Fué, pues, forzoso venir á las manos con los cercados, les combatieron con todo jénero de armas y con granizadas de piedra la entrada de la cueva, donde se descubrió el poder de Dios favorable á los cristianos y contrario á los moros, porque las piedras, saetas y dardos que tiraban volvian contra los que los arrojaban. Los enemigos quedaron atónitos con tan gran milagro, y los cristianos, animados y encendidos con la esperanza de la victoria, salieron de su escondrijo, y aunque pocos, dieron atropelladamente una batalla cargando con singular denuedo sobre los enemigos, que enflaquecidos y pasmados con el espanto volvieron las espaldas. Murieron en la batalla hasta ciento veinte mil de ellos, y los demas desde la cumbre del monte Auseva, donde al principio se refujiaron, huyeron al campo Libanense, por donde corre el rio Deva. Allí ocurrió otro milagro, y fué que cerca de una heredad, la que por este suceso se llamó *Cosegadia*, habia un monte, del cual una parte considerable se desgajó hácia el rio, é hizo perecer á muchisimos de aquellos bárbaros, escapando pocos con vida. Alchama pereció en la pelea, el obispo don Opas fué preso y pagó con la vida sus muchas maldades, aunque lo callen los historiadores.

Admirado Munuza con la nueva de lo que pasaba, y no creyéndose seguro en Jijon, por el odio que le tenian los naturales, huyó de allí; pero cerca de una aldea llamada Olalie, la jente de aquella comarca le dió la muerte, con lo cual no solamente se vengaron las injurias pú-

blicas, sino tambien se aplacó el particular dolor que tenia don Pelayo por la afrenta de su casa; de suerte que nada faltó para que fuese completa la victoria. Se dió esta batalla en el año 718 cuando en Africa fué acusado por Tarif su contrario Muza ante el Miramamolin. Le ecsijieron cuentas del gasto en la guerra de España, y no habiendo solventado bien los cargos, fué condenado en gran suma de dinero, y á poco tiempo murió avergonzado. Su hijo Abdalaziz, despues de haber gobernado á España tres años, incurrió en odio de los naturales y de los de su nacion por haber forzado muchas hijas de los personajes principales, por lo cual en el año 719 le mató un deudo suyo llamado Aiub cuando oraba en la mezquita; pero hay quien dice que su misma mujer Ejilona, por verse despreciada, procuró la muerte de su marido.

En el imperio de los moros, muerto Ulit, sucedió su hermano Juleiman, el cual nombró por gobernador de España en lugar de Abdalaziz á Alhor, hombre feroz y cruel, tanto contra los moros como contra los cristianos, porque despojó de sus bienes á los habitantes sin otra razon que el deseo que tenia de robar. Hizo pesquisas y procesos contra los moros que vinieron antes á España, porque decia que habian usurpado los despojos de los vencidos y de toda España. Alhor trasladó la silla del imperio de los moros desde Sevilla á Córdoba, y creyendo que el daño recibido en las Asturias habia sido por engaño del conde D. Julian y de los hijos de Witiza, los despojó de todos sus bienes, y les dió la muerte.

Tal era el estado de la cristiandad en España cuando D. Pelayo, no contento con ganar aquella famosa batalla, se arraigó y fortificó en Asturias, donde dió principio á su reinado; y despues bajando con su jente á las llanuras, daba grandes castigos á los pueblos sujetos á los moros, talaba y robaba los campos, y llevaba á fuego y sangre cuanto encontraba. Con la fama de sus hazañas se aumentaron cada dia mas las tropas, y asi tomó por fuerza á Leon. Conquistada esta, mudaron las insignias de los reyes godos en un leon rojo rapante. Ayudó mucho á llevar adelante esta empresa de los cristianos el esfuerzo de D. Alonso I, que era hijo de D. Pedro, duque de Vizcaya, descendiente de Recaredo I; y sien-

de mas jóven, cuando reinaban Ejica y Witiza, tuvo principales cargos en la guerra, y á la sazon por ayudar á la república dejó su patria y á su padre, trayéndose consigo un gran número de vizcainos, con los cuales los cristianos se animaron mucho y aumentaron sus fuerzas. Para obligar á D. Alonso le casaron con Ormisinda, hija de don Pelayo, y de aquí provienen los reyes que han sucedido en España. Con la venida de D. Alonso, Jijon, lugar muy fuerte, Astorga, Mansilla, Tineo y otros pueblos de Asturias y Galicia fueron tomados á los moros, los cuales estaban en las demas partes de España embarazados con grandes alteraciones de guerras, dependientes unas de otras, de suerte que no podian juntar un ejército, ni resistir á los intentos de los cristianos.

El soberano de Africa nombró por gobernador de España á Zama, hombre de grande injenio y de mucho ejercicio en las armas, y no menos codicioso que sus antepasados, porque inventó nuevos tributos, y los impuso sobre las ciudades que le obedecian. En Narbona puso guarnicion de soldados, y cercó á Tolosa, silla y asiento antiguo del imperio de los reyes godos. Sobrevino Eudon, duque de Aquitania, en socorro de los cercados; acometió al moro, le venció y mató con la mayor parte de su ejército en la pelea y en el alcance. Con el aviso de aquella desgracia fué enviado de Africa Aza para gobernador á España, y esta hubo de padecer nuevos trabajos por los insoportables tributos con que la gravó. Pasó esto tan adelante, que mandó que todos los pueblos y ciudades tomadas por fuerza pagasen al fisco la quinta parte, de sus rentas, y á los pueblos que se rindieron á partido les ecsijio la décima parte, con cuya precisa condicion se permitió á los cristianos que poseyesen sus heredades y haciendas como por via de feudo ó arrendamiento.

El moro Rasis hizo pagar á los moros la quinta parte de todos sus bienes, con la apariencia de ayudar á los pobres, que eran innumerables en toda la provincia, aunque su intencion fuese que enflaquecidos no tuviesen fuerzas ni brios para alborotarse. Hizo edificar el puente de Córdoba sobre el rio Guadalquivir, sujetó á algunas ciudades y pueblos situados á las faldas del Moncayo, que todavia se mantenian en libertad, y en-

tre ellas tomó por fuerza á Tarazona, y la echó por tierra. Concluidas cosas tan grandes en dos años y medio que duró su gobierno, los suyos, que le aborrecián en estremo, se conjuraron contra él, y le mataron dentro de Tortosa.

En el imperio de Iscam gobernaron por su órden á España, aunque no con igual aprobacion y aplauso, Odeifa, Himen, Autuma, Alhaytan y Mahomad; pero el gobierno de cada uno apenas duró un año entero: especialmente Mahomad tuvo el cargo por solos dos meses, porque el año de Cristo 731 fué nombrado para el gobierno de España Abderraman. Los sucesos en tiempo de este gobernador fueron muy famosos, y su fin muy alegre para los cristianos. Abderraman fué de cruel condicion y mas áspero con los españoles que con los moros, los cuales por la libertad del tiempo estaban estragados de muchas maneras, y de aquí tomaron algunos pretesto para aborrecerle, especialmente Muñiz, hombre principal, poderoso y de gran valor entre los moros, determinó declararse contra él, y alborotar la Galia Gótica y la Cerdania, las cuales con motivo de estar lejos, y por el mal tratamiento de los gobernantes, le siguieron con facilidad. Eudon, duque de Aquitania, por servirse de él contra los franceses y moros que le molestaban, hizo una liga con Muñiz; pero todo lo afeó casando á este con una hija suya, para obligarle mas con el parentesco. Era aquel casamiento vedado y siempre ilícito por las leyes de los cristianos, por lo cual no solamente fué mal visto, sino tambien desgraciado; porque Abderraman, sabiendo la pretension de Muñiz y las alteraciones de aquel ejército, marchó con sus tropas hasta la estremidad de España. Puso sitio á la ciudad de Cerdania, y Muñiz, perdida la esperanza de defenderse contra enemigo tan poderoso, sin poder huir si lo intentaba, y sin confiar en el perdon si se entregaba, resolvió despeñarse. Su viuda, como jóven y de notable hermosura, fué enviada con la cabeza de su marido á Africa en presente muy agradable al supremo emperador de los moros.

Ensoberbecido Abderraman con esta victoria, rompió por la Francia, llenando de terror y espanto á los franceses y godos: recorrió las riberas del Mediterráneo hasta el Ródano, sin ha-

llar quien le resistiese; cercó á Arles, ciudad principal de aquella comarca, adonde acudió Eudon con su jente; pero fué desgraciado, porque viniendo á las manos con los bárbaros perdió la batalla con el mayor estrago de los suyos, y lo mismo le sucedió en otra que dió despues hácia Burdeos, hasta que Cárlos Martel, mayordomo que era de la casa real de Francia, movido del peligro comun formó un grueso ejército, y se unió al de Eudon, el cual se olvidó de la enemistad y diferencias que tenia con Martel, por el peligro de su patria. Llegaron á Tours, ciudad muy conocida por el templo y sepulcro de su obispo san Martin. Iban los bárbaros en busca de los coligados cuando se dió la batalla de poder á poder, que fué una de las mas famosas del mundo. Estuvo por mucho tiempo sin declararse la victoria, pero al fin se decidió por los cristianos con la muerte de trescientos setenta mil moros; y Martel, muerto Eudon su competidor, se apoderó de sus estados en Francia.

DON FAVILA.—(737) D. Pelayo murió dejando su trono ya asegurado á su hijo D. Favila, de quien solo se dice que derrotó á los moros en una incursion que hicieron en Asturias, y que habiendo salido á una cacería fué despedazado por un oso.

DON ALONSO I, EL CATÓLICO.—(739) Como D. Favila falleció sin sucesion, D. Alonso y su mujer Ormisinda fueron recibidos y declarados por reyes con grande alegria del pueblo y de todo el reino. Eudon dejó tres hijos, á saber: Aznar, Hunnoldo y Vaifero. Aznar, en la parte de España que cae cerca Navarra, tomó á los moros la ciudad de Jaca con otros muchos castillos y plazas. Hunnoldo y Vaifero acudieron á lo de Francia, rompieron con sus tropas por todo aquel pais, y le corrieron hasta pasar el rio Ródano.

En el año 753 se vieron en Córdoba tres soles, cosa que causó un grande espanto, por ser la jente tan ignorante que no alcanzaba como en una nube de igual grosura y densidad pueden representarse como en un espejo muchos soles sin algun otro misterio; y esta maravilla se aumentó por el hambre, que no tardó en seguirse en España por la sequedad que á veces padece. Entretanto D. Alonso, á fin de aprovechar la buena ocasion que se le presentaba de ensanchar los términos de su reino, que e-

ran muy limitados, juntó la mas jente que pudo para invadir las tierras comarcanas, y le salió su pretension como deseaba, porque en Galicia recobró á Lugo, Tuy y Astorga: en la Lusitania la ciudad de Porto, situada sobre un puerto por la parte que el rio Duero desagua en el mar, y las de Beja, Braga, Viseo y Flavia; y mas adentro Bletisa y Sentica, pueblos que hoy se llaman Ledesma y Zamora. Tomó tambien las ciudades de Simancas, Dueñas, Miranda, Segovia, Avila y Sepúlveda, llamada antiguamente Sepulvega, segun lo declaran sus mismos fueros. Despues de esto, con las armas victoriosas revolvió sobre Briviesca, Rioja, Navarra y Vizcaya, aunque no pocos de estos pueblos se solian volver á perder ó pasar á poder de los reyes moros, segun el écsito de las guerras. Despues de hechas estas hazañas falleció el rey en Cangas, de edad de setenta y cuatro años, en el de 757. Tuvo cinco hijos, los cuatro de su mujer Ormisinda, llamados Fruela, Bimanaro, Aurelio y Usenda; y de otra mujer de baja esfera, y aun esclava, tuvo fuera de matrimonio á Mauregato. Sus vasallos le hicieron ecsequias muy solemnes, no tanto por el aparato y suntuosidad, como por las verdaderas lágrimas; y sepultaron á rey y reina en el monasterio de santa María. D. Alonso tuvo un hermano llamado Fruila, mas conocido por dos hijos suyos Aurelio y Veremundo ó Bermudo, que por otra memoria que hubiese dejado.

Don Fruela.—(757) A D. Alonso el Católico sucedió en el trono su hijo mayor Fruela, cuyo gobierno y fama no estuvieron libres de tacha, pues fué de condicion áspera, inclinado á la severidad, y mas aficionado á la crueldad que á la misericordia; aunque tuvo tambien rasgos de buen príncipe, como fué edificar á Oviedo, ciudad principal en las Asturias, si bien algunos atribuyen esta fundacion á su padre D. Alonso. Dió á la nueva ciudad derecho y honor de obispado, y ademas de esto separó los matrimonios de los sacerdotes, costumbre antiguamente recibida por el rey Witiza, y muy arraigada por el ejemplo de los griegos. Esta resolucion agradó á unos y desagradó á otros, y de ella procedió el ódio que en su vida le tuvieron muchos: despues de muerto quedó mas afrentado que lo que merecia, porque ademas de sus virtudes, en lo concerniente á la guer-

ra siguió las pisadas de su padre. En el segundo año de su reinado desbarató en una gran batalla á Juzef, gobernador de España por los moros, y capitan antiguo, que con un grueso ejército talaba y destruia las tierras de Galicia, cuya victoria fué muy famosa y de gran provecho para los cristianos, pues murieron en ella cincuenta y cuatro mil moros. Asi Juzef, que hacia resistencia á Abderraman, fué preso en Granada de donde escapó á Toledo, y allí le dieron la muerte para ganar á su costa la gracia del vencedor, en el año 759.

Sola Valencia se mantuvo por algun tiempo en la antigua devocion; pero al fin Abderraman con un largo y apretado sitio que puso sobre ella, la obligó por las armas á sufrir la suerte de las demas. Manifestó este príncipe tanto ódio á nuestra relijion, que huyeron de Valencia los cristianos, y llevaron consigo á lo último de Portugal, los sagrados huesos del mártir san Vicente, que padeció en dicha ciudad, el cual era célebre por la fama de sus milagros.

Ensoberbecido con tantas victorias el rey bárbaro, trató de hacer la guerra á los gallegos, y tambien puso cerco sobre Beja, ciudad de Portugal, llamada antiguamente *Pax Julia*; pero de ambas partes fué rechazado por el esfuerzo y armas de D. Fruela, el cual no solamente defendió las tierras de los cristianos de la insolencia de los bárbaros, sino tambien sosegó las alteraciones de los gallegos, que estaban descontentos por haberse quitado las mujeres á los sacerdotes. Asimismo los navarros que se habian sublevado se redujeron á la obediencia en el año 761. En esta jornada se casó el rey D. Fruela con Menina, llamada por otros Momerana, hija de Eudon, duque de Guiena y hermana de Aznar, que desde luego convino en este casamiento por ser á todos útil. De esta señora nacieron D. Alonso el *Casto*, que en adelante reinó, y doña Jimena, muy conocida por ser madre de Bernardo del Carpio.

Mereciera D. Fruela ser contado entre los grandes principes si no hubiese manchado su fama con la muerte que dió á su hermano Bimanaro; inhumanidad que le hizo muy odioso, y siendo imposible que D. Fruela sin propósito ni causa intentase cometer un fratricidio, sin duda sospechó que su hermano queria hacerse rey, y él mismo despues para aplacar el odio que re-

sultó de aquella muerte, prohijó y nombró por su sucesor en el reino á D. Bermudo, hijo del difunto; mas de nada sirvió, porque los suyos, y especialmente su hermano D. Aurelio, se conjuraron contra él, y le mataron en Cangas.

Don Aurelio.—(768) El matador de D. Fruela, D. Aurelio, vengador de Bimanaro, hermano de ambos, entró á reinar sin hacer caso de D. Alonso, hijo de D. Fruela, asi por su poca edad como por el odio que todos tenian á su padre. Ni en paz, ni en guerra hizo Aurelio cosa alguna digna de memoria, ó por la cual mereciese ser alabado, si bien apaciguó una guerra civil encendida por los esclavos.

La prosperidad de Abderraman espantaba á los cristianos que temian ser oprimidos por él, y lo habrian sido si D. Aurelio no hubiese procurado prevenirse de fuerzas contra aquella tempestad que amenazaba, y hubiese casado por esto á su hermana Adosinda con Silo, hombre poderoso y principal que esperaba le ayudaria en vida si fuese necesario, y muerto le sucederia en el reino por no tener hijos.

Silo.—(774) Muerto D. Aurelio, nombraron rey en Pravia á su cuñado Silo en 774, juntamente con su mujer Adosinda. Al principio de su reinado sosegó á los gallegos, y despues para librarse de cuidados, amonestado por su esposa, nombró por su compañero en el reino, con plena autoridad en paz y en guerra, á D. Alonso, hijo del rey D. Fruela. Desde el año 774 parece que se llamó rey, segun una donacion ó privilejio de aquella fecha.

Mauregato.—(783) Hechas las honras del rey Silo, su compañero D. Alonso quedó solo en el trono por voluntad de la nobleza. Solo su tio Mauregato, aunque no era lejítimo, alegó que se le habia hecho agravio en anteponer á D. Alonso, porque pretendia tener parentesco mas estrecho con los reyes anteriores, y que todos sus hermanos habian sido sucesivamente reyes. No faltaron hombres ambiciosos que le diesen oidos; y persuadido por estos recurrió á los moros y pidió que le ayudasen, ofreciendo darles anualmente cincuenta doncellas nobles y otras tantas del pueblo.

No teniendo D. Alonso bastantes tropas para resistir á las muchas fuerzas contrarias, resolvió dar tiempo al tiempo, y mientras duraba aquella tempestad se re-

tiró á la Cantabria ó Vizcaya, donde tenia muchos aliados, parientes y amigos de Eudon, de quien descendia por parte de madre. Reinó Mauregato cinco años y medio, sin señalarse en cosa alguna mas que en la cobardía, torpeza y maldad que cometió por la traicion que hizo á su patria. Murió en el mismo año que Abderraman, rey de los moros, fundador de la mezquita mayor, hoy iglesia catedral de Córdoba.

Don bermudo. — (788) A la muerte de Mauregato, hubieran querido los electores restablecer en el trono á su lejítimo dueño D. Alonso; pero fuese temiendo su resentimiento, ó por cualquier otro motivo, le hicieron una nueva injusticia, dando la corona á su tio D. Bermudo, llamado el *Diácono* porque en su menor edad habia recibido este órden. Era Bermudo de un carácter templado y modesto, y gustaba del sosiego mas de lo que permitia el estado de las cosas; pero procedió de un modo digno de elojio, porque produjo mucho bien á la nacion, y fué el haber nombrado compañero en el reino á D. Alonso, hijo de su primo-hermano el rey D. Fruela, despojado por Mauregato y forzado á recojerse á Vizcaya.

Alfonso ii el casto.—(791) Restituido Alfonso por este medio en el trono, tuvo por cosa afrentosa al nombre cristiano entregar á los bárbaros el tributo de las cien doncellas que torpemente habia concertado Mauregato; y para estinguir tan infame feudo, corrió por todas partes reuniendo jente hasta llegar á las Asturias, en donde se le presentó un grueso ejército de árabes; y Alfonso, lleno de entusiasmo y de valor reunió sus tropas, buscó al enemigo, y cerca de Ledos dió una batalla que fué de las mas señaladas, porque murieron sententa mil moros: así los cristianos empezaron á respirar y alzar cabeza por verse libres de una servidumbre tan grave. En aquel tiempo los reyes de Francia y de Navarra tomaron muchas ciudades y pueblos de los moros, lo cual obligó á Issem, rey de Córdoba, á enviar un capitan famoso llamado Abdelmelich, con un ejército bastante grande para reprimir por aquella parte la entrada y los intentos de los cristianos.

Muerto hácia el año 795 el rey D. Bermudo, quedó solo en el gobierno D. Alonso, y se cree que deseando para siempre vida mas pura y santa no tocó á

la reina Berta su mujer, lo que fué la causa de llamarle *Casto*. Para promover el culto divino fundó la iglesia catedral de Oviedo, llamada de san Salvador, si bien se atribuye su fundacion á dos ó tres reyes, y como suele acontecer, el que la acabó se llevó toda la fama.

Los gloriosos principios del reinado de D. Alonso se oscurecieron con el desastre que aconteció en su real casa, porque su hermana la infanta doña Jimena, olvidada del respeto debido á su hermano, y de su honestidad, se enamoró de Sancho, conde de Saldaña, hasta casarse con él. Fué el matrimonio clandestino, y de él nació el infante Bernardo del Carpio, famoso en nuestra historia por sus proezas y hazañas. El rey que lo supo, hizo prender al conde, que venia á las córtes, y acusado de haber hecho ofensa á la majestad, fué privado de la vista y condenado á cárcel perpétua, señalando para su prision el castillo de Luna, donde pasó el resto de su vida en tinieblas y miserias. En un monasterio de monjas fué puesta la hermana del rey, y este hizo educar al infante en las Asturias fuera de la corte; de modo que la buena crianza que recibió Bernardo, contribuyó tambien á que se mejorase su buen natural.

Los moros no estuvieron mas tranquilos; al contrario, Zulema y Abdalla, tios del nuevo rey moro, para impedir que su sobrino Alhaca se fortificase en el reino, pasaron á España; y Abdalla, como mas valiente, se apoderó de Valencia, cuyos ciudadanos le rindieron la ciudad. Zulema, llamado por su hermano, acudió despues para socorrerle, recorrieron los pueblos y ciudades inmediatas, y presentaron batalla al rey Alhaca, la que fué muy reñida; pero al fin murió Zulema. Abdalla huyó á Valencia, y viendo que la fortuna le era contraria, resolvió convenirse con el rey bajo la condicion de que este le señalase rentas anuales para mantenerse en aquella ciudad como hombre principal. Para seguridad de lo tratado dió en rehenes sus mismos hijos, á quienes trató como á deudos, de suerte que casó á uno de ellos con una hermana suya.

Las discordias de los moros proporcionaron á D. Alonso ocasion para adelantar su partido, pues segun autores estranjeros, por esfuerzos de D. Alonso se ganó á los moros la ciudad de Lisboa, de donde envió un

gran presente á Carlomagno por medio de Fruela y Basílico. Despues de esto algunos alborotos y alteraciones civiles obligaron al rey á retirarse al monasterio de Abella en Galicia, desde donde ayudado de Theudio, hombre principal y poderoso, volvió á su reino con mayor honor; pero lo que hizo mas dichoso el reinado de D. Alonso fué el haberse hallado en su tiempo el sagrado cuerpo del apóstol Santiago en Compostela, encuentro que se tuvo por pronóstico ó anuncio de mayor prosperidad para los cristianos, y fué causa de que concurriesen inumerables jentes, y viniesen cual nunca estranjeros de toda la cristiandad movidos de la fama que volaba, y que se aumentase la devocion con los muchos y grandes milagros que se decian diariamente del sepulcro del Apóstol. Sin duda por esto Carlomagno volvió otra vez á España para certificarse por sí mismo de lo que publicaba la fama, y aumentar con su autoridad y presencia la devocion de aquel santuario; pero lo que no tiene duda es que despues que fué emperador Carlomagno, desde Alemania, donde en su mayor edad estaba retirado, con este motivo vino á España, segun los mas de los historiadores. Cansado don Alonso por sus años y con las guerras que de ordinario hacia á los moros, pensó valerse de Carlomagno para echar con sus armas á los sarracenos de toda España; y no teniendo hijos ofreció en el año 801 al buen emperador en premio de su trabajo, la sucesion en el reino por via de adopcion. Teniendo el emperador bajo de su señorío muchas provincias, y no siendo de menos edad que D. Alonso, creyó que el reino ofrecido seria bueno para su nieto Bernardo por parte de su hijo Pipino que ya habia muerto, y era rey de Italia.

En el viaje de España seguia á Carlomagno un ejército invencible, y estaba para concluirse todo, cuando se supo el convenio referido, porque las cosas de los grandes príncipes no pueden estar mucho tiempo secretas. Llevaba muy á mal la nobleza española obedecer á los franceses por ser orgullosos y feroces, y porque aquello no era librarlos de los moros, sino trocar de servidumbre en otra mas grave. De esto se quejaba cada uno en particular, mas ninguno se atrevia á resistir ú oponerse á la voluntad del rey: solo Bernardo del Carpio, valiente

por su juventud, con la esperanza que tenia dela corona, soplaba este fuego, y se ofrecia por caudillo á los que le siguiesen, y aun el mismo rey D. Alonso estaba ya arrepentido de lo tratado. De unos y otros se formó un buen ejército, que por ser corto para resistir en las llanuras tomaron los pasos de los Pirineos, é impidieron á los franceses la entrada en España, con la famosa batalla de Roncesvalles, en la cual pereció la mayor parte del ejército frances y sus mas valientes caudillos. Dióse esta batalla en el año 814 y poco tiempo despues falleció Carlomagno en Aquisgran.

El rey D. Alonso edificó varias iglesias y un palacio real con todos los adornos, apartamientos y requisitos necesarios. Tal era la grandeza de ánimo de este rey, que contentándose en particular con el regalo y vestido ordinario, procuraba de todos modos la felicidad de la sociedad á que pertenecia, cuidando siempre de ennoblecer y adornar aquella ciudad, que el primero de los reyes habia hecho capital de su reino, segun lo refiere D. Alonso el Magno.

A la sazon andaban alborotados los moros; especialmente los de Toledo se sublevaron contra su rey. Las riquezas y la ociosidad, fuente de todos los males, eran la causa de estas turbulencias. El rey Alhaca, como astuto que era, estaba acostumbrado á callar, finjir y disimular: llamó á Ambroz, gobernador de Huesca, y hombre á propósito para el embuste tramado, por ser amigo de los de Toledo. Envióle con cartas halagüeñas donde echaba la culpa del alboroto á los que gobernaban, y pedia que los toledanos se sosegasen. Estos no maliciándose ni recelando cosa alguna, abrieron las puertas y le recibieron en la ciudad. Pasado algun tiempo finjió estar agraviado del rey, les persuadió á llevar adelante su intento, y para mayor seguridad hizo edificar un castillo donde ahora está la iglesia de san Cristóbal, y le puso una buena guarnicion.

Abderraman, hijo del rey moro, jóven de veinticuatro años, con un ardid casi semejante al anterior, trató con los de dentro, y tambien le dejaron entrar. Para ejecutar la trama convidaron á los principales ciudadanos á cierto banquete, donde fueron muertos hasta cinco mil del pueblo por los soldados, en el año 805. Con tan tremendo castigo se allanó Toledo, mas no

bastó para que los que le habitaban en el arrabal de Córdoba dejasen de levantarse, porque la crueldad mas bien irrita que aplaca. Fué enviado contra ellos Abdecarin, capitan famoso, porque tomó á Calahorra y por los muchos daños que hizo en aquella comarca. Este lo sosegó todo, castigando menos culpados que en Toledo, pues ahorcó solos trescientos de ellos á la orilla del rio. Esto sucedia entre africanos; pero entre los cristianos, dos ejércitos de moros que invadieron la Galicia, fueron destrozados y obligados á retirarse con mucha pérdida en el año 810. D. Alonso obligó á Ores, gobernador de Mérida, á alzar el sitio que habia puesto sobre la villa de Benavente, y del mismo modo Alcama, gobernador moro de Badajoz, fué rechazado de la ciudad de Mérida que sitiaba, y de toda aquella comarca. A poco tiempo Mahomad, ciudadano de Mérida, temiendo que Abderraman le hiciese algun agravio ó violencia se acojió bajo el amparo del rey don Alonso; pero despues de algunos años quiso el moro volver á la gracia con los suyos emprendiendo algo contra los cristianos, y asi se apoderó de un pueblo llamado santa Cristina, castillo que hoy se vé á dos leguas de Lugo. Acudió el rey á cortarle los pasos; vinieron á las manos, y despues de una porfiada batalla quedó el campo por los españoles con muerte de cincuenta mil moros, entre ellos el mismo Mahomad. Mientras sucedia esto falleció Alhaca, rey de Córdoba, en el año 821, dejando diezinueve hijos y veintiuna hijas.

En cuantas guerras se hicieron en aquel tiempo manifestó Bernardo del Carpio su valor, y se quejaba de que ni sus muchos servicios, ni los ruegos de la reina bastaban para que el rey su tio se doliese de su padre y le librase de tan larga y dura prision, por lo cual pidió licencia, y se retiró á Saldaña con intencion de vengarse de aquel agravio en cuantas ocasiones se le ofreciesen: desde alli hacian correrias y entradas en los estados del rey, sin que nadie le contuviera, antes bien los grandes coadyuvaban á la pretension de Bernardo porque les parecia justa. Ofendido D. Alonso de este levantamiento, y cansado de una enfermedad mortal que le sobrevino á los ochenta y cinco años, murió, señalando por sucesor suyo á D. Ramiro, hijo de D. Bermudo.

Don Ramiro I.—(843) El reinado de D. Ramiro fué breve en tiempo y muy señalado en gloria y hazañas por haber librado á los cristianos del duro yugo de los moros. Cuando falleció D. Alonso estaba ocupado D. Ramiro entre los várdulos, que eran parte de Castilla la Vieja ó de Vizcaya. La distancia de los lugares y la mudanza del príncipe dieron ocasion al conde Nepociano para apoderarse á fuerza de armas de las Asturias y llamarse rey: era hombre muy poderoso, muchos sus secuaces, y grandes su autoridad y riquezas; pero no convenian los pareceres de los naturales, porque los malos y revoltosos le favorecian, y los mas cuerdos, aunque sintiesen de diverso modo, callaban.

Acudió el rey D. Ramiro á sosegar estos movimientos, y dió á su enemigo una batalla en Galicia á la ribera del rio Narceya, en la cual fué Nepociano desamparado de los suyos, vencido y puesto en huida; justa recompensa de una deslealtad. Asi fué que dos cómplices que seguian al tirano, llamados el uno Somna y el otro Scipion, le prendieron para alcanzar perdon del vencedor, á quien se le entregaron. En la prision le sacaron los ojos por mandado del rey, y encerrado en cierto monasterio pasó en miseria y tinieblas lo que le duró la vida.

La guerra que D. Ramiro I hizo á los moros, aunque al principio espantosa y de las mas señaladas que hubo en España, fué de conclusion muy alegre para los cristianos. Era emperador de los moros Abderraman II de este nombre, príncipe muy feroz, y á quien la prosperidad hacia mas altivo, porque al principio de su reinado hizo huir á su tio Abdalla, y se apoderó de Valencia y de Barcelona por medio de un capitan suyo llamado Abdelcarin. Quedó tan orgulloso con esta toma, que se atrevió á requerir á D. Ramiro para que le pagase las cien doncellas, que era llanamente amenazarle con la guerra si no le obedecia. Así necesitaron los embajadores reclamar el derecho de jentes para no ser castigados segun merecia su loco atrevimiento. Tras esto se alistaron cuantos eran á propósito para tomar las armas, y hasta los obispos y varones consagrados á Dios seguian el ejército de los cristianos. Acordaron pues de meterse por la Rioja que á la sazon ocupaban los moros: Abderraman juntó cuantas jentes pudo en sus esta-

dos, y se avistaron los dos ejércitos de moros y de cristianos cerca de Albelda, pueblo entonces fuerte y despues muy conocido por un monasterio que edificó allí D. Sancho, rey de Navarra, con el título de san Martin. Dióse en aquella comarca la batalla, que fué de las mas sangrientas y señaladas de su tiempo. Sobrevino la noche y con la oscuridad se puso fin al combate; pero en la noche misma consistió el remedio de los cristianos, porque el rey se fortificó lo mejor que pudo é hizo curar los heridos, los cuales y la demas jente que habia perdido casi la esperanza de salvarse, hicieron votos y súplicas á Dios para aplacar su ira.

Cansado y triste el rey se quedó adormecido, y entre sueños se le apareció el apóstol Santiago en grandeza mas que humana, y le dijo que pelease, que al dia siguiente venceria, y que no lo dudase. Despierto el rey con esta vision, se levantó, juntó á los prelados y grandes y los animó con un bello razonamiento, hecho el cual mandó ordenar las tropas y dar la señal de pelear, y acometiendo á los enemigos apellidaron á grandes voces el nombre de Santiago, principio de la costumbre que despues tuvieron los soldados españoles de invocar su ayuda al tiempo de acometer. Los bárbaros, alterados con el atrevimiento de los cristianos, como cosa impensada, pues los tenian ya vencidos, no pudieron con el espanto que de repente les sobrevino del cielo, sufrir aquella impetuosa carga. Santiago se apareció, segun habia ofrecido, en un caballo blanco con una bandera tambien blanca, y en medio de ella una cruz roja que capitaneaba á nuestra jente. Con su vista se aumentó el valor de los cristianos; los bárbaros huyeron desmayados, y los nuestros siguiendo el alcance degollaron setenta mil moros; despues de la victoria se apoderaron de muchos lugares, especialmente de Clavijo, donde se dió tan famosa batalla en el año 844. De resultas de este memorable suceso volvieron á poder de los cristianos Albelda y Calahorra.

De aquí tuvo orijen la contribucion eclesiástica llamada *voto de Santiago*, que fué obligarse los españoles á pagar de cada yugada de tierra ó viña cierta medida de trigo ó de vino á la iglesia del apóstol Santiago, con cuyo favor obtuvieron la victoria; voto que despues

han aprobado algunos romanos pontífices, y el mismo rey don Ramiro espidió sobre esto un privilejio, su fecha en Calahorra á 25 de mayo del año 882. De los despojos de esta guerra hizo edificar el rey á media legua de Oviedo una iglesia de obra maravillosa, con el título de Nuestra Señora, que hasta hoy se vé á las faldas del monte Naurancio; y no lejos de allí se edificó otra con el nombre de san Miguel. La reina Urraca, llamada por otros Paterna, madre de D. Ordoño y de don García, dotó dichas iglesias, y las adornó de todo lo necesario, porque solia emplear cuanto ahorraba del gasto de su casa y de su persona en adornos para las iglesias, y especialmente para la de Santiago.

Irrupcion de los normandos en España.—(846) Sin estar España todavia libre del yugo de los moros, empezaron á molestarla los normandos, que saliendo de los hielos del setentrion, habian devastado las costas occidentales de Francia, pasado á las de Cantabria, é intentado desembarcar en Jijon. Asi que llegaron á la Coruña acudió contra ellos D. Ramiro, y los que de ellos saltaron en tierra fueron vencidos en batalla y obligados á reembarcarse: dióles tambien un combate naval, en el cual de setenta naves que trajeron, parte fueron tomadas por los españoles, y parte echadas á pique. Los que escaparon de la derrota doblaron el cabo de Finisterre, y llegando á la boca del Tajo pusieron en mucho apuro á Lisboa, que habia vuelto á poder de los moros. Al año siguiente (847) con jentes y naves que recojieron, cercaron á Sevilla y talaron los campos de Cádiz y de Medina Sidonia, en los cuales hicieron presas de hombres y ganados, y pasaron á cuchillo gran número de moros. Al fin, despues de haberse detenido no poco tiempo en aquella comarca, partieron de España cargados de despojos.

Hubo tambien entre los cristianos otras alteraciones civiles, pues el conde Alderedo y Piniolo, poderosos en riquezas y aliados, se alborotaron y tomaron sucesivamente las armas contra el rey D. Ramiro; pero este los hizo prisioneros: Alderedo fué privado de la vista y Piniolo y siete hijos suyos muertos. Poco despues falleció en Oviedo don Ramiro, al cual, y á su mujer Paterna, sepultaron en la iglesia de santa Maria de aquella ciudad. Tambien D. Garcia, her-

mano del rey, fué sepultado *allí*, sin que haya memoria de que hiciese en vida ni en muerte alguna otra cosa sino que se halló en la batalla de Clavijo, y que el rey lo trataba como hijo.

PERSECUCIONES CONTRA LOS CRISTIANOS EN CÓRDOBA.—Cruel carniceria ejercitaban en Córdoba por estos tiempos los moros contra los cristianos; empleaban en atormentar sus cuerpos planchas ardiendo, con otros tormentos; su mayor delito era perseverar en la fé, y mantenerse en la relijion cristiana. Abder raman II hijo Mahomad, ambos reyes de Córdoba, creyeron agradar á Dios y á sus vasallos si desarraigaban el nombre cristiano, y que para la tranquilidad pública seria conveniente que no hubiese diferencia de relijion, sino que todos creyesen una misma. Cuando vencieron los árabes concedieron á los españoles la libertad de mantenerse en la relijion de sus mayores, y asi los sacerdotes, las relijiosas y monjes con sus hábitos y con sus coronas se presentaban en público, principalmente en Córdoba, adonde solia concurir mayor número de cristianos. Habia en Córdoba monasterios y templos, unos dentro de la ciudad, y otros estramuros. En todos estos sitios tocaban sus campanas para convocar al pueblo, el cual asistia á los oficios. No imponian pena de muerte sino al cristiano que en público ó en particular se atreviese á murmurar de Mahoma, fundador de aquella secta ó á entrar en las mezquitas de los moros. Como los cristianos observasen estas cosas podian en lo demas vivir segun sus leyes, y subsistir en su antigua libertad.

Las miserias y agravios se aumentaban cada dia, y tambien los impuestos y tributos, y los fieles trataban de sacudir de sí este yugo tan pesado: los moros abominaban el nombre cristiano, y bastaba que tocasen la vestidura de los españoles para que se creyesen contaminados. Irritados los cristianos con tantas injurias, blasfemaban públicamente de la ley y costumbres de los moros, y por esto aquellos reyes y sus gobernadores dieron en perseguir á los cristianos, de cuya persecucion fueron autores el obispo Recafredo y el conde Servando.

Abderraman hizo juntar sobre esto un concilio, en el cual fueron condenados como malhechores cuantos quebrantasen las condiciones de la confede-

racion puesta antiguamente á los moros: asi pues fueron martirizados en el primer año Perfecto, presbítero de Córdoba, y del pueblo un tal Juan: en el segundo año Isaac monje, Sancho, de nacion francés, Pedro, presbítero de Ecija, y otros inumerables. En el mismo año falleció de repente Abderraman, y los cristianos decian que era venganza del cielo por la mucha sangre que habia derramado de los mártires; esta opinion se confirmó, porque cayó repentinamente y espiró sin hablar palabra al mismo tiempo que miraba desde una galería de su palacio los cuerpos de los mártires que estaban podridos en las horcas. Dejó cuarenta y cuatro hijos y cuarenta y dos hijas, y fué el primero de aquellos reyes que dictó una ley para que los hijos sucediesen á sus padres.

Segun esta ley sucedió á Abderraman su hijo Mahomad, el cual reinó treinta y cinco años y medio: al principio arrojó de su palacio á todos los cristianos, y como por esto no desistieron, al año siguiente se renovó la persecucion, y fueron martirizados Fandila, y Anastasio, y otros muchos.

Don ordoño. — (850) Hechas con gran solemnidad las exequias del rey D. Ramiro, su hijo D. Ordoño tomó las insignias reales, y con ellas el nombre y poder de rey. Fué muy celoso de la justicia, virtud necesaria en los príncipes, pero sujeta á engaños como vamos á ver. Cuatro esclavos de la iglesia Compostelana acusaron ante el rey de un caso muy indecoroso á su obispo. Fué citado y obligado á venir á la corte para responder por sí mismo: antes de ir á palacio dijo misa, y vestido de pontifical como estaba se fué á ver con el rey; mas lo que le debiera contener le alteró mas, ya porque tardase en venir, ya por estar disgustado de él, ó por el traje que traia. Mandó soltar un toro bravo, hostigado con perros y garrochas contra dicho prelado; cosa injusta, condenar á un acusado sin oir primero sus descargos. En tan gran peligro Ataulfo se armó de la señal de la cruz, y al momento el toro dejó la bravura, se acercó á él con la cabeza baja, se dejó tocar los cuernos, y los que estaban presentes se quedaron atónitos. El rey y los nobles desengañados por aquel milagro, pidieron perdon al obispo, quien parece le concedió

de buena gana, aunque hay quien dice que descomulgó á los que le acusaron; lo cierto es que librado del peligro renunció el obispado y se retiró á las Asturias, donde vivió largo tiempo virtuosamente.

Al segundo año del reinado de D. Ordoño, Muza, de linaje godo, pero de profesion moro, persona ejercitada en la guerra, se sublevó contra el rey de Córdoba su señor, y con una presteza increible se apoderó de Toledo, Zaragoza, Huesca, Valencia y Tudela: corrió despues las tierras de Francia: donde hizo prisioneros á dos capitanes franceses que le salieron al encuentro: con esto se asustaron tanto aquellas jentes, que Cárlos el Calvo rey de Francia, cuidó de ganarle con presentes que le envió. Ensorberbecido el moro con esta prosperidad, y olvidado de la inconstancia de las cosas humanas, se sublevó contra el rey D. Ordoño, con cuyo reino y el de Córdoba se contaba por tercer rey de España: rompió por la Rioja, donde á los cristianos quitó Albelda, y la fortificó bien, poniéndola el nombre de Albasyda. D. Ordoño, irritado del atrevimiento, juntó sus tropas, parte de las cuales puso sobre la plaza, y con las demas se fué en busca del enemigo, que sabia estaba acampado en el monte Laturso, y habiéndole encontrado se emprendió un combate muy porfiado; mas al fin quedó la victoria por los cristianos con muerte diez mil moros, entre ellos los mas señalados por sus hazañas y nobleza, especialmente un yerno del mismo tirano. Muza apenas pudo escapar por las muchas heridas que recibió, y se infiere que murió de ellas.

Mahomad, rey de Córdoba, se disponia contra el enemigo comun casi al mismo tiempo, y resolvió primero acometer á Toledo, porque habia sido la primera en levantarse y dar el ejemplo á las otras. Estaba en Toledo á la sazon Lobo, hijo de Muza, por mandado de su padre, el cual noticioso del estrago que habian recibido los suyos cerca de Albelda, y recelando mayor mal, hizo alianza con el rey D. Ordoño para servirse de sus fuerzas. Envióle el rey muchos asturianos y navarros, y por caudillo á su hermano don Garcia. Mahomad, desconfiado de sus fuerzas resolvió usar de maña: tenia sus campamentos cerca de la ciudad, y puso una emboscada en un arroyo cerca Villaminaya á propósito para su

intento: en seguida dió vista á la ciudad de Toledo con pocos soldados, y los de dentro engañados con el corto número salieron contra ellos á gran priesa sin orden ni precaucion, y con aquel ímpetu cayeron en la emboscada, y apretados por frente y por la espalda perecieron en aquel encuentro doce mil moros y ocho mil cristianos. En el año siguiente (tercero de la guerra) los enemigos talaron los campos de Toledo con entradas que hicieron, y quemaron las mieses y todos los frutos. Los de Toledo pasaron hasta Talavera, pero fueron maltratados por el gobernador de aquel pueblo y obligados á dar la vuelta, hasta que cansados de tantas desgracias se rindieron á Mahomad en el año 857. En el mismo año los normandos recorrieron con una armada de sesenta naves toda la marina de España que se estiende del uno al otro mar, en particular pusieron á fuego y sangre las islas de Mallorca y Menorca, enojados principalmente contra los moros, porque en el trato que habian hecho con los cristianos se manifestaban aficionados á la relijion cristiana. Las casas, templos y campos fueron saqueados con ordinarios robos: pasaron despues á Africa, donde no hicieron menores daños. En España no sucedió cosa notable, sino que Mahomad invadió la Navarra por Pamplona y despues la provincia de Alava, y que en Estremadura, rebelada Mérida contra el mismo rey de Córdoba, mandó este en castigo que la desmantelasen.

Entretanto D. Ordoño entragado á la paz restablecia las artes y reedificaba las ciudades destruidas por las guerras y los tiempos. Tales fueron Tuy, Astorga, Leon y Amaya. Los moros empezaban á dividirse en bandos, porque los gobernadores querian mandar como señores en propiedad y no como vireyes, y de esto tomaban pretesto para rebelarse. Asi Reit se habia apoderado de Coria, y Mozaro de Talamanca; pero D. Ordoño venció á los dos, les ganó sus ciudades, hizo matar á los soldados que hallaron dentro, y á los demas varones y mujeres vendió por esclavos. Se eclipsó esta gloria con la muerte, de gota, que sobrevino al rey en Oviedo, el año once de su reinado, en el de 862, segun aparece de dos inscriciones: fué sepultado en la iglesia de Santa Maria, como acostumbraban los reyes. Dejó cinco hijos, á saber: D. Alonso, que fué el primojénito, D. Ber-

mundo, D. Nuño, D. Odoario y D. Fruela.

D. ALONSO III.—(862) Las bellas cualidades de cuerpo y alma y los grandes triunfos que obtuvo de sus enemigos, dieron á don Alonso III el renombre de *Grande*. Luego que supo la muerte de su padre, partió á la capital, que entonces era Oviedo, para hacerle las honras y tomar posesion del reino, el cual ademas de pertenecerle por derecho, porque era el primojénito, todos los estados se le ofrecieron con gran voluntad á pesar de su pequeña edad, pues apenas tendria catorce años. En el buen natural igualó D. Alonso á sus antepasados y aun les avantajó; era de buena estatura, bello rostro, y gran suavidad de costumbres; su clemencia, su valor, su mansedumbre, sin igual. Se señaló con particularidad en la guerra, y fué liberal con los pobres y los que se veian en alguna necesidad; pues no gastaba en sus placeres, sino en socorrer á los necesitados, los tesoros que le dejó su padre y los que él ganó. Aumentó tambien el culto divino, especialmente la iglesia de Santiago, edificándola de sillares desde los cimientos con columnas de mármol, cosa en aquellos tiempos rara y maravillosa.

D. Alonso III padeció al principio de su reinado algunas turbaciones, pues D. Fruela, hijo del rey D. Bermudo, conde de Galicia, como poderoso en riquezas y aliados, y descendiente de sangre real, pretendia la corona, y se hizo dar el título de rey en Galicia. Encontrándose D. Alonso desprevenido, se retiró por de pronto á la provincia de Alava; mas no usando el tirano del poder que habia usurpado, para el bien comun, sino para oprimir á sus vasallos, fué muerto por conjuracion de los ciudadanos de Oviedo, y acudiendo D. Alonso al instante á las Asturias le recibieron los naturales con gran voluntad. Eilon, pariente de Zenon, tenia por el rey el gobierno de Alava, y confiado en el descontento del reino ó en la ayuda de Zenon, se levantó contra el rey, el cual acudió en persona á sosegar desde Leon aquellas alteraciones, que apaciguó en breve y sin sangre; prendió al mismo Eilon y le envió á Oviedo, donde le tuvo preso hasta que falleció. No mucho despues venció en batalla á Zenon, señor de Vizcaya, y le puso preso en la misma cárcel. Con el castigo de estos dos, los demas tomaron aviso de que no debian

menospreciar al rey ni su saña, y que la traicion es perjudicial aun á los mismos que la hacen. Despues de esto Alava fué dada á un hombre principal llamado el conde de Vijila ó Vela. El señorío de Castilla era poseido por el conde D. Diego Porcelos.

En el siguente año, Imundaro y Alcama, capitanes moros, se pusieron sobre la ciudad de Leon; pero D. Alonso les obligó á levantar el cerco con grande estrago de los suyos, y deseando el rey fortificarse y vengarse de los moros hizo liga con los navarros y los franceses, y para que fuese mas firme casó con una señora del linaje de los reyes de Francia, llamada entonces Amelina y despues doña Jimena, de cuyo matrimonio nacieron D. García, D. Ordoño, y D. Fruela, que fueron consecutivamente reyes, y tambien don Gonzalo, despues arcediano de Oviedo.

Las alteraciones que los moros tenian entre sí daban ocasion á los cristianos para mejorar su partido; y los toledanos irritados con la severidad de los reyes de Córdoba, tomaron de nuevo las armas; pero Mahomad Abenlope, acaso nieto de Muza, se encargó con nombre de rey del gobierno, y la guerra fué de mayor ruido que importancia, porque los toledanos quedaron otra vez sujetos al rey de Córdoba. Abenlope y sus hermanos escaparon y acudieron al amparo del rey D. Alonso, quien conociendo que le servirian para hacer la guerra á los moros los protejió y les hizo muchas caricias. Despues, ayudado así de estos como de los franceses, navarros y vizcainos, entró por tierras de moros, corrió los campos, destruyó los pueblos, hizo presas, y despues despidió el ejército, rico y cargado de los despojos moriscos.

En el año 874 los toledanos, deseando, segun se cree, agradar á los reyes de Córdoba, entraron por tierra de cristianos sin parar hasta el rio Duero. Acudió rápidamente el rey, y cerca de un pueblo llamado Pulveraria, por donde pasa el rio Urbico, ahora Orbigo, les dió tal carga que degolló hasta doce mil de ellos, y poco despues desbarató otro ejército de cordobeses que venia siguiendo á los primeros. Esta matanza fué mayor, porque parecieron todos escepto diez que se hallaron vivos entre los cuerpos de los muertos. Al ejército morisco seguian Almundar, hijo del rey de Córdoba, y con él Ibenguinmo, capi-

tan famoso; pero noticiosos estos de la matanza de los suyos, se recelaron de Sublancia, pueblo donde estaba el rey, y de noche se volvieron apresuradamente; sin embargo se trató de concierto por medio de Abuhalit, el cual en las guerras anteriores fué preso por los españoles en Galicia, y con rehenes que dió le soltaron; por donde se conoce que tenia aficion á los cristianos. Negoció tan bien que se concertaron treguas por tres años, en los cuales hubo sosiego, y transcurridos volvió D. Alonso con su ejército á entrar por las tierras de los moros, pasó el Tajo y llegó hasta Mérida con muchas muertes y saqueos que hizo por todas partes. Volvió desde allí alegre por los ricos despojos que llevaba, y sin que ningun ejército de moros saliese contra él.

Por este tiempo se conjuró D. Fruela para dar la muerte al rey su hermano; pero descubierto el plan y preso el culpable, le privaron de la vista y condenaron á cárcel perpétua. Con igual pena se castigó á D. Nuño, D. Bermudo y D. Odoario, tambien hermanos, por cómplices de D. Fruela; castigo cruel de que resultaron nuevas alteraciones, porque D. Bermudo escapó de la cárcel y con sus parciales se apoderó de Astorga, donde se fortificó sin detenerse en venir á las manos hasta con el mismo rey que iba en su busca; pero habiendo sido vencido, despues de la derrota huyó al abrigo de los africanos, y de aquí tomó D. Alonso pretesto para hacer mas estragos en las tierras de moros, especialmente de Toledo, de suerte que pasados algunos años compraron del rey por gran suma de dinero una tregua de tres años.

Casi al mismo tiempo murió Ataulfo en la soledad adonde se habia retirado, y le sucedió Sisenando, hombre de grandes prendas. Este persuadió al rey que los deudos de los que habian acusado á Ataulfo fuesen entregados como esclavos al templo de Santiago, lo cual fué un ejemplo nuevo y cruel castigar á unos por los pecados de otros. Trasladóse el cuerpo del difunto á Compostela, y se enriqueció con nuevas obras y fábricas la iglesia de Santiago. En tiempo de Sisenando fué hecha arzebispal la iglesia de Oviedo, y consagraron con grande solemnidad el templo de Santiago ciertos obispos que se juntaron en un concilio en el año 876, segun las dos bulas del papa Juan. Tambien celebraron otro concilio en

Oviedo, á cuyo obispo hicieron Arzobispo.

Durante estos sucesos estaban los moros sosegados; su ociosidad y la abundancia de España habian apagado el brio con que vinieron y ablandado su natural belicoso; por ello pasó algun tiempo sin suceder cosa memorable. En el año 882 Abdalla, hijo de Lope, aquel que huyó de Toledo, olvidado de las mercedes debidas al rey, trató de hacerle la guerra, para lo cual se reconcilió con el de Córdoba; pero la envidia que tenia á sus tios le llevó al despeñadero.

De este principio, aunque pequeño, se siguieron cosas grandes, porque Abdalla, habiendo recojido sus jentes, rompió por las tierras de los cristianos haciendo grandes destrozos; mas habiendo acudido el rey venció al moro cerca de Cilorico en una batalla que le dió, y le rechazó escarmentado de Pancorbo, de cuyo punto pretendia apoderarse. No acometieron á la ciudad de Leon porque advirtieron que estaba bien defendida, y sin hacer otra cosa notable pasaron el rio Astura, hoy Estola.

Los condes D. Vela y D. Diego se unieron contra D. Alonso como contra un enemigo comun; y de Córdoba enviaron á Almundar, hijo del rey, y á Abuhalid para sitiar á Zaragoza, cuya empresa era inútil atendida la fortaleza y defensa de aquella ciudad. Los cordebeses volvieron sobre las tierras de Vizcaya y Castilla, é hicieron talas y daños; pero acudieron los dos condes y obligaron á los moros á salir de todo el pais. El rey de Leon no se descuidaba en juntar su ejército en Sublancia para dar la batalla á los moros; pero ellos la escusaron, y se retiraron contentándose con destruir el célebre monasterio de Sahagun. A pesar de esto Abualid envió en secreto algunos moros á don Alonso para hacer paces, y con el mismo fin envió el rey á Dulcidio, presbítero de Toledo, á Córdoba á fines del año 883.

Durante estos tratados reunieron en Córdoba y en Sevilla una armada de moros; y acometieron con ella por mar las riberas de Galicia, donde saquearon y destrozaron con facilidad muchos pueblos indefensos; pero nada adelantó esta armada, porque unos recios temporales la desbarataron y echaron á fondo de tal modo, que apenas se pudieron salvar del naufrajio el jeneral Abdelhamit y otros pocos. Al mismo tiempo ajustó Dulcidio treguas para seis años con los

moros. En 886 murió Mahomad, dejando treinta hijos y veinte hijas, sucediéndole Almundar, su hijo, príncipe pacífico y liberal, porque al principio de su reinado perdonó á los de Córdoba cierta imposicion, en que acostumbraban á pagar de diez uno; mas olvidados sus vasallos de este beneficio, se alborotaron; y Almundar se preparaba para sosegar estas alteraciones cuando le sobrevino la muerte antes de haber reinado dos años enteros: dejó seis hijos y siete hijas, y le sucedió por voto de los soldados Abdalla, su hermano, en 888, el cual reinó por espacio de veinticinco años. Los principios fueron tempestuosos porque Homar, persona notable entre los moros y de injenio bullicioso, se sublevó contra él, y se le unieron Lisboa, Astapa ó Estepona, Sevilla y otros pueblos; mas estas alteraciones se apaciguaron facilmente, porque Homar, arrepentido, alcanzó perdon y se reconcilió con el rey, pero la facilidad del monarca en perdonarle le dió alientos para volverse á alborotar.

Abdalla persiguió por todas partes á Homar, y le apretó de modo que se refujió en tierra de cristianos, donde dejando la supersticion de sus padres se bautizó, aunque no con sinceridad, como se verá despues. Se alborotaron contra D. Alonso los vizcainos, cuya cabeza fué Zuria, yerno de Zenon, hombre principal entre aquella jente. Acudió á sosegarlos D. Ordoño, enviado por el rey su padre, pero fué vencido cerca de Arriogorriaga: en premio de esta victoria hicieron señor de Vizcaya á Zuria, que dicen era de la sangre de los reyes de Escocia. La aspereza de aquellos lugares fué causa, ademas de la mucha edad, para que el rey no vengase la afrenta y solo se ocupase en edificar iglesias, castillos y pueblos.

Al principio de su reinado reedificó á Sublancia, Cea, castillo de Gauzon, y las ciudades de Bragania; y en Castilla la Vieja á Simancas y Dueñas con toda la tierra de Campos. Se reparó igualmente el real monasterio de Sahagun que habian asolado los moros.

No bastando para tantas obras los tesoros reales, fué necesario imponer nuevos tributos, cosa que desagradaba á los pueblos; y la reina doña Jimena, que andaba disgustada con su marido, persuadió á su hijo don Garcia á que se aprovechase de aquella ocasion y tomase las

armas contra su padre: este, aunque anciano y débil, acudió á Zamora, prendió á su hijo y le mandó guardar en el castillo de Gauzon, mas no por eso terminaron los desabrimientos, porque era suegro de D. García, Nuño Hernandez, conde de Castilla, príncipe poderoso en riquezas y vasallos; y la severidad, lejos de apagar el incendio, le añadió nuevo pábulo, de suerte que entre la familia se formó una guerra civil y sediciosa que desconcertó por dos años el reino, hasta que conociendo don Alonso que no podia hacerse respetar sino á costa de una sangre que le era muy amada, y que aun asi fluctuaria la corona, resolvió abdicarla antes que se la arrebatasen. Juntó las cortes de su reino en el año 909, y delante de sus ingratos hijos dijo: «La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de los trabajos de mi largo reinado. Mi conducta será la misma hasta el fin; pero pues pedís para el trono á D. Garcia, renuncio en él mi corona, dando el señorio de Galicia á D. Ordoño, y el de Oviedo á D. Fruela.» Como ninguno esperaba esta conclusion, arrepentidos los hijos de haber ofendido á tan buen padre, se arrojaron á sus pies, y abrazándole tiernamente las rodillas le suplicaron encarecidamente que conservase la diadema; pero se mantuvo firme en su resolucion; y aunque vivió todavia un año como particular, é hizo una gloriosa campaña contra los moros, solicitó el permiso de su hijo para ir á pelear.

Don García. — (910) Este príncipe disfrutó poco del reino que habia deseado tanto, y que no habia obtenido sino á costa de ingratitudes y violencias. Falleció á los cuatro años, y como no dejó hijos, recayó la corona de Leon en su hermano.

Don Ordoño II. — (913) La historia de los primeros años del reinado de Ordoño es la de sus glorias: jamás midió la espada con los sarracenos sin salir vencedor. Al principio de su reinado atacó á los moros con un grueso ejército, invadiendo todo lo que poseian hasta mas allá de Mérida; y llevando el terror y la destruccion por todas partes, tomó por asalto el castillo de la Culebra en el pueblo de Montanches, y despues de todas estas proezas volvió á Leon cargado de riquezas, y fundó la catedral de esta ciudad, estableciendo en ella su corte. Luego se dirijió á Toledo y Ta-

levará causando los mayores daños é incendios por todas partes; y viéndose los moros en aquel conflicto, pidieron socorro al rey de Córdoba, Abderraman, el cual envió un ejército que llegó hasta las orillas del Duero; pero el valiente don Ordoño acudió inmediatamente, y aunque con fuerzas inferiores á las de los moros, los desbarató con muerte de muchos, entre ellos el capitan Ulit, quedando apenas un moro que llevase la noticia á Córdoba. El rey de esta capital reunió dos años despues otro fuerte ejército, y con él pasó á Navarra, en donde el rey D. Sancho, unido con el mismo D. Ordoño, le salió al encuentro, y en el valle de Junquera se dió una batalla, en la cual destrozados los ejércitos cristianos, fueron hechos prisioneros los obispos de Salamanca y de Tuy. Irritado D. Ordoño con este suceso, repuso su ejército, y acometió con él los paises que ocupaban los moros, llevando delante el terror y espanto hasta cerca de Córdoba, tomando muchos castillos y fortalezas, y pasando á cuchillo sus guarniciones: de resultas de estos triunfos volvió á Zamora coronado de laureles y riquezas; pero tuvo el dolor de haber encontrado que su esposa doña Nuña ó Elvira habia muerto. Todas estas glorias las oscureció con una perfidia detestable: empezó á mirar con desconfianza el engrandecimiento de los condes de Castilla, señores feudatarios, que habian conquistado esta provincia con los esfuerzos de su valor en tiempo de D. Alonso el Casto, y aunque dependiente de Leon, la gobernaban y tenian á cubierto de las invasiones de los sarracenos.

Recelando D. Ordoño que los condes actuales Nuño Fernandez, Abolmondar el Blanco, su hijo Diego y Fernan Anzures iban acordes, y tenian tomadas sus medidas para hacerse independientes del reino de Leon, los convocó á un junta para comunicarles asuntos importantes. Los condes se pusieron en camino sin recelo alguno, y cuando llegaron al punto señalado, los aprisionaron, los condujeron á Leon, y les quitaron la vida. Resintiéronse de esta injusticia algunos pueblos de Castilla y se sublevaron, mas logró sujetarlos prontamente don Ordoño, y á poco murió en Zamora.

Don Fruela II.—(933) Muerto D. Ordoño, fué elejido su her-

mano Fruela, en perjuicio del hijo de aquel llamado Alfonso el *Monje*. El corto tiempo de su reinado lo empleó en crueldades y actos de ferocidad, pues apenas subió al trono hizo quitar la vida á varios que se opusieron á su eleccion: ademas de esto gobernó con muy poca enerjía y actividad, de modo que con un comportamiento tan indigno de la confianza que de él habian hecho al tiempo de su eleccion, y con las crueldades que tambien habia ejecutado su hermano con los condes de Castilla, se granjeó el odio de sus súbditos, que le miraron como á un tirano, y dió lugar á que los castellanos descontentos tratasen de sacudir el yugo y gobernarse por jueces, á cuyo efecto nombraron á Nuño Rasura y á Lain Calvo, encargando al primero el gobierno político, y al segundo el militar.

D. ALONSO IV.—(924) Muerto D. Fruela II le sucedió su sobrino D. Alonso, hijo de D. Ordoño II: casó con doña Urraca ó Jimena, hija de D. Sancho Abarca, rey de Navarra; pero don Alonso no siendo muy apto para reinar, segun que él mismo lo conoció, renunció la corona despues de seis años en su hermano D. Ramiro, y se retiró al monasterio de Sahagun, que es por lo que le llamaron el Monje. Parece no fué por vocacion que tuviese, porque no le duró mucho tiempo, pues apenas habia hecho D. Ramiro preparativos, y dado disposiciones para salir contra los moros, supo que el Monje se habia arrepentido de su renuncia, y se hallaba en Leon reclamando su corona. Con este proceder tan inconstante se irritó mucho D. Ramiro, y volvió contra la ciudad de Leon, la sitió y tomó muy pronto, haciendo prisionero á D. Alonso, á quien encerró en una prision, y le sacó los ojos.

DON RAMIRO II.—(931) Luego que D. Ramiro restableció la paz en Leon y su comarca venciendo á los hijos de D. Fruela, que habian tomado á su cargo la defensa de su padre, sublevando el reino de Asturias, volvió á salir contra los móros, se apoderó de Toledo, allanó las murallas de Madrid, que debia ser ya en aquel tiempo pueblo de importancia, y prendió fuego á los edificios para que no pudiesen fortificarse los moros. Abderraman III, deseoso de vengar tales agravios, salió de Córdoba, entró por las tierras de Castilla, llevándolo todo á sangre y fuego;

pero avisado D. Ramiro de aquellos daños y del peligro que amenazaba al conde de Castilla, Fernan Gonzalez, marchó rápidamente en su socorro, y reunidas las fuerzas de ambos se dirijieron contra el enemigo comun que estaba cerca de Ocaña, en cuyo paraje le presentaron una batalla en la cual le desbarataron, haciéndole huir precipitadamente, dejando el campo lleno de despojos, é infinitos prisioneros: de resultas de esta victoria volvieron los soldados cristianos á sus casas cargados de oro y riquezas. Hay quien presume que desde entonces volvieron los condes de Castilla á ser feudatarios de los reyes de Leon.

Con el buen écsito de esta jornada se reanimó D. Ramiro para emprender otra guerra contra los moros de Zaragoza, cuyo principado poseia Abenaya, feudatario de Abderraman, rey de Córdoba. Para esta empresa acompañó á D. Ramiro el conde Fernan Gonzalez. Se presentaron estos al frente de Zaragoza, y viendo el moro que con las pocas fuerzas que tenia le era imposible resistir á unos enemigos tan fuertes y resueltos, convino en sujetarse al rey D. Ramiro: este se fió de las demostraciones de sumision que le hizo, y le entregó todas las fortalezas y castillos de aquel contorno para que los sostuviese bajo su dominio; pero no bien se habian retirado los cristianos, cuando los moros, reconciliados ya con Abderraman, los acometieron hasta llegar á Simancas, en donde revolviendo Ramiro con sus fuerzas se dió una de las batallas mas sangrientas que hasta entonces se habian visto, porque segun dicen algunos, murieron en ella treinta mil moros, y segun otros sesenta mil, siguiéndoles el alcance hasta las orillas del Tormes, en donde se renovó la carniceria, quedando la victoria por D. Ramiro. Los despojos fueron inmensos, y considerable el número de prisioneros, entre los cuales estaba Abenaya y Abderraman: este último pudo escapar con otros veinte de á caballo.

El dia y año en que se dió esta batalla son inciertos, como tambien la causa de no haberse encontrado en ella el conde; pero se sabe que este tropezó despues con los moros que huian, los batió é hizo en ellos una gran matanza.

D. Ramiro edificó en Leon con los despojos de los moros un monasterio de monjas con el

título de san Salvador, y otros varios: cuando se hallaba ocupado en estas fundaciones se rebelaron los condes de Castilla, Fernan Gonzalez y Diego Nuñez, deseosos de vengar sus agravios contra el rey; y no creyéndose estos con fuerzas bastantes para sostener la empresa, llamaron en su ausilio á los moros, los cuales acudieron con un ejército bajo el mando del capitan Azifa, y rompieron por todo el territorio de Salamanca que baña el Tormes: reflecsionando Ramiro sobre el peligro que corria, resolvió hacer primero la guerra á los moros como enemigos públicos, y despues á los condes como rebeldes: á los primeros arrojó de todo el pais que habian invadido, haciendo en ellos un gran destrozo, y á los autores de aquellos alborotos los hizo prisioneros, bien que poco despues los perdonó sin mas pena que hacerles jurar de nuevo la obediencia y que le prestasen sus homenajes; esto prueba ó que el delito fué leve, ó que el rey usó de la victoria con mucha templanza. Concluida esta guerra se sosegaron las alteraciones de Asturias, ó se estendió tambien á ellas la clemencia de Ramiro, que deseando asegurar la paz y unir las dos coronas de Leon y de Castilla trató de casar á su hijo D. Ordoño, que le debia suceder en el reino, con doña Urraca, hija única del conde de Castilla Fernan Gonzalez.

Concluido esto, y no queriendo el rey estar ocioso, volvió á emprender la guerra contra los moros formando para ello un buen ejército, con el cual entró por Toledo y llegó hasta Talavera, venció á los que encontró de camino que venian á socorrer á los suyos, en cuya batalla murieron doce mil moros, é hizo siete mil prisioneros. Restituido á su corte empezó á adolecer de una enfermedad mortal que le quitó la vida en Leon, año 950, y fué sepultado en el monasterio de san Salvador, edificio y fundacion suya.

D. ORDOÑO III.—(950) Muerto D. Ramiro, subió al trono del reino de Leon su hijo D. Ordoño, y apenas empuñó el cetro cuando se formó contra él una conspiracion por donde menos se esperaba. Su hermano D. Sancho, ya fuese por ambicion, ó ya por agravio como es mas verosímil, ausiliado del conde Fernan Gonzalez y de D. García, rey de Navarra, trató de destronarle, y reunidas todas estas fuerzas entraron en los estados

del rey con un ejército respetable; habiendo sitiado á la ciudad de Leon la encontraron bien fortificada, por lo cual tuvieron que retirarse; mas sin embargo conociendo el rey que su situacion no era muy ventajosa, resolvió apoyarse en algunas plazas fuertes sin venir á batalla. Sosegado el furor de los enemigos, conocieron que era desatino sostener una guerra tanto tiempo en provecho ajeno, y en conocido perjuicio suyo, y asi volvieron á su pais sin hacer cosa alguna. D. Ordoño, para vengarse del conde, repudió á su hija doña Urraca y se casó con doña Elvira, hija de uno de los principales señores de Galicia, de cuyo matrimonio nació D. Bermudo, que despues de algunos años obtuvo el reino de su padre, resultando tambien por este enlace la ventaja de haberse pacificado la guerra civil que ardia en Galicia.

Hallándose D. Ordoño con bastantes fuerzas para formar alguna empresa contra los moros, les declaró la guerra llevándola á sangre y fuego por la Lusitania hasta entrar en Lisboa, cuya ciudad saqueó, y desde allí se volvió á su capital. Al mismo tiempo el conde de Castilla, Fernan Gonzalez, con una entrada que hizo en las tierras que poseian los moros se apoderó del castillo de Carranza, arrojando de él la guarnicion morisca. Irritado con estos acontecimientos Abderraman, rey de Córdoba, aunque ya de mucha edad, juntó un ejército de ochenta mil hombres, cuyo mando entregó á Almanzor Alhagib, capitan de gran nombradía, y le mandó que acometiese á los cristianos. Receloso el conde de unos preparativos tan formidables, hizo en su estado un alistamiento de todos los varones que tenian edad competente para tomar las armas, y viendo que todavía era el ejército mucho menor que el peligro que le amenazaba, convocó á sus capitanes y les consultó lo que deberia hacerse. Los mas atrevidos querian la guerra, y los mas moderados que se recojiesen las provisiones y se entretuviese al enemigo con alguna estratajema hasta que con la tardanza se deteriorase. Un hombre principal llamado Gonzalo Diaz, opinaba que seria mejor comprar con dinero las treguas de los moros, sin hacer caso del honor, y como Gonzalo opinaban otros muchos; pero el conde puso á votacion el partido que deberia tomarse, y se resolvió la guerra.

Marcharon contra el moro que tenia sus campamentos cerça de la villa de Lara, y aunque no vinieron á las manos se situaron enfrente del enemigo. El conde se ocupaba un dia en el recreo de la caza, y siguiendo á un javalí se separó de los que le acompañaban; la fiera acosada se refujió como á un sagrado en una ermita: el conde por devocion al asilo no la quiso herir, y puesto de rodillas pedia con mucha humildad á Dios su ayuda; vino el ermitaño, habló al conde y le hizo quedarse con él aquella noche, en la cual le predijo que lograria la victoria. En efecto, al dia siguiente se dió la batalla con mucho fervor, y aquella gran muchedumbre de enemigos fué destrozada por un pequeño número de cristianos.

El rey D. Ordoño tenia todavia deseos de vengarse del conde, y lo habria verificado si este no hubiera sabido aplacarle con una embajada muy atenta, en la que pidiéndole perdon le suplicaba no antepusiese sus particulares resentimientos á la causa comun del nombre y relijion cristiana. El rey se apaciguó con esta súplica y le envió el socorro que creyó necesario para rebatir el furor de los moros. Llegando los cristianos á san Estevan de Gormaz, avistaron á los enemigos, les dieron otra batalla que fué muy sangrienta, y quedó la victoria por los confederados con gran destrozo de los moros. El rey D. Ordoño se disponia para continuar la guerra contra los sarracenos, cuando en el año 955 murió de una enfermedad que le sobrevino en Zamora.

Don sancho el gordo.—(955) No se ha podido averiguar en dónde residió D. Sancho durante la vida de D. Ordoño II, su hermano; tampoco se sabe si tuvo algun manejo en el gobierno, ni si los dos hermanos hicieron amistad entre sí ó si duró siempre la discordia que al principio reinó entre ambos. Los cronistas estan conformes todos en que luego que murió D. Ordoño, fué proclamado sin contradiccion D. Sancho, rey de Leon: se le dió el sobrenombre de Gordo porque lo era en demasía; en las adversidades manifestó un buen natural y admirable constancia; era de un carácter noble, de buena condicion y sin malicia. En el segundo año de su reinado le derribó D. Ordoño, llamado el *Malo*, hijo de D. Alonso el Monje, con el ausilio del conde Fernan Gonzalez, y se refujió en

la córte de su tio el rey de Navarra.

Para adelgazar su gordura fué por consejo de su tio á Córdoba, donde parece que habia médicos afamados, especialmente para aquel mal. Abderraman pudo aprovecharse muy bien de las diferencias que habia entre Castilla y Leon para vengarse de las pérdidas que antes habia tenido y estender sus conquistas; pero desentendiéndose de estas ideas, no solo le proporcionó médicos que le curasen, sino que tambien le suministró fuerzas para volver á su reino de Leon. Don Ordoño, jeneralmente aborrecido por sus desórdenes y tiranía, no se creyó en estado de resistir á D. Sancho, y huyó á las Asturias sin hacer la menor defensa: desde allí pasó con la misma desconfianza á los estados del conde su suegro, donde pensaba encontrar refujio; pero fué desechado quitándole ademas la mujer y los hijos por su cobardía, y le espulsó de sus dominios de modo que viéndose en tal estado de deshonor, sin encontrar asilo que le pusiese á cubierto del castigo que merecia su crímen, se pasó á los moros, en cuyos dominios vivió pobre y desterrado hasta que falleció cerca de Córdoba.

Casi al mismo tiempo se perturbó la Castilla, porque D. Vela, descendiente del que tuvo el señorío de Alava, se sublevó contra el conde, el cual acudió á las armas, hasta que obligó á D. Vela á recurrir á los moros, y de aquí resultaron grandes movimientos y desgracias; porque Alhagib Almanzor entró con un grueso ejército por Castilla, y el conde salió con el suyo al encuéntro; se avistaron cerca de Piedrahita, donde se dió una batalla con tan gran teson que duró tres dias, y al tercero dicen que se vió al apóstol Santiago entre los batallones, y que dió la victoria á los cristianos, quienes persiguieron á los enemigos por espacio de dos dias, causándoles mucho destrozo.

Concluida esta guerra, vinieron comisionados de las ciudades principales de Castilla á dar la enhorabuena al conde; y aunque el rey de Leon miraba con envidia la prosperidad del de Castilla, supo disimular y le envió una embajada por la que le felicitaba y le convidaba al mismo tiempo para que concurriese á unas córtes en que le supuso habian de tratarse negocios de importancia para el reino. La demanda era pesada para el conde, porque no ignoraba los re-

sentimientos del rey; pero no pudo ocultarse, y temiendo alguna asechanza fué bien acompañado para evitar cualquier intencion alevosa; noticioso el rey de su venida, salió á recibirle para hacerle todo honor.

Por astucia de la reina viuda doña Teresa, para vengar la muerte de su padre, se concertó tambien que doña Sancha, su hermana, que se hallaba en Navarra, casase con el conde que se hallaba viudo; proposicion que admitió este inmediatamente, y le hizo pasar á Pamplona. Como no tenia recelo alguno de la asechanza de la reina, y se trataba de un asunto de júbilo, llevó consigo una corte galana, que sirviese mas bien de ostentacion que de defensa; pero el navarro desleal se aprovechó de la ocasion, y puso al conde en una prision estrecha, de la que solo le pudo librar el amor y astucia de doña Sancha, en cuya compañía huyó el conde hasta sus estados, y en la Rioja encontró á los soldados castellanos con otros buenos vasallos que les dieron las mayores muestras de cariño y alegría, acompañándoles hasta Burgos, en donde se celebraron las bodas.

Engañado el rey de Navarra por su hermano, y enfurecido de que se le hubiese escapado de las manos la víctima que habia intentado sacrificar á su envidia y á la del rey de Leon, con injusticia é infame alevosía, le declaró la guerra, y reuniendo sus tropas rompió por Castilla, presentó una batalla al conde, quien no la rehusó, y en ella fué hecho prisionero el rey de Navarra, que lloró su desgracia por espacio de trece meses encerrado en una fortaleza, hasta que las lágrimas de doña Sancha y los ruegos de otros príncipes aplacaron al conde. La reina doña Teresa, que era de un carácter feroz, viendo frustrado su proyecto, determinó armar nuevos lazos al conde, y para conseguirlo aconsejó á don Sancho su hijo, rey de Leon, que le llamase á córtes jenerales, y así se verificó. El conde fué contra su voluntad porque sospechaba alguna nueva maraña, y en efecto el rey no solamente no salió á recibirle, sino que cuando iba á besarle la mano le desechó con palabras afrentosas, y mandó ponerle en prision, en donde hubiera acabado sus dias á no haberle librado segunda vez el amor conyugal. Doña Sancha, que tenia un espíritu varonil, finjiendo que queria hacer una romería

á Santiago, formó el proyecto de poner en libertad á su esposo: obtuvo licencia del rey para verle, y habiéndose quedado en lugar del preso (á quien habia aprontado un caballo para la fuga) avisó al rey de lo que habia hecho: éste se irritó mucho del engaño; pero admirando despues la piedad y valor de aquella señora, mandó que la llevasen á su marido con un decoroso acompañamiento.

Entretanto los moros se aprovechaban de las discordias del rey de Leon con el conde de Castilla, pues en el mismo año un grueso ejército de moros rompió por los estados del rey y sitió á Leon; pero fueron rechazados de allí con mucha pérdida por los esfuerzos de la guarnicion. Al año siguiente falleció D. García Sanchez, rey de Navarra, dejando dos hijos y tres hijas, á saber: D. Sancho y D. Ramiro, doña Urraca, doña Hermenejilde y doña Teresa. No se sabe de cierto si este reino se dió á los hermanos dividido, ó si como compañeros con igual poder, y lo único que consta por un documento coetáneo es que D. Ramiro reinó mas de diez años, sin que conste haber sido casado, pero á lo menos murió sin sucesion. D. Sancho, que segun los privilejios antiguos se titulaba rey de Pamplona, Nájera y Alava, reinó veintisiete años, sin que se sepa de él otra cosa mas que haber añadido á su reino el señorío de Vizcaya, y que Nájera era entonces la ciudad principal y silla de aquel estado. De su mujer doña Urraca tuvo D. Sancho á D. García Sanchez, llamado el *Trémulo* porque al principio de las batallas solía temblar mucho, aunque luego que entraba en ellas cumplia con los deberes de un buen capitan.

En Galicia hubo algunos alborotos por estar dividida en parcialidades; mas la vijilancia del rey los pacificó muy pronto, castigando á algunos, y desterrando á otros á la Lusitania, cuyo gobierno tenia encargado á un conde llamado Gonzalo: este hombre mal intencionado, con la ayuda de los desterrados tomó las armas contra el rey, y llegó con ellas hasta el Duero; pero desconfiado de sus pocas fuerzas volvió á valerse del engaño para alcanzar el perdon del rey, el cual no solo le perdonó, sino que le dejó tambien en su mismo empleo; y como la clemencia no es siempre el mejor medio para convertir á los delincuentes, el infame Gonzalo

tuvo ocasion de dar al rey una manzana emponzoñada con yerbas mortíferas, y habiéndola comido el rey se sintió malo, de cuyas resultas murió en Leon, dejando por sucesor en el reino á

DON RAMIRO III.—(967) Cuando este príncipe subió al trono tenia la edad de cinco años; por esta razon quedó bajo la tutela de su madre doña Teresa y de su tia doña Elvira, mujeres de singular prudencia, y sin embargo hubo en el reino muchas alteraciones. En el segundo año de este reinado desembarcaron los normandos en las costas de Galicia con una escuadra formidable, arrasando y destruyendo todo el pais hasta Cebreros, sin perdonar aldea ni fortaleza alguna del destrozo, de modo que quedaron arruinados todos los habitantes.

El rey, por su tierna edad, no podia acudir al remedio de tamaños desastres. Sisnando, prelado de Compostela, hombre mas propio para soldado que para obispo, reunió gran porcion de jente del pais, y armados atacaron rápidamente á los invasores cerca de Fomellos; pero en la batalla fué muerto el prelado de una saeta que le dispararon. El conde D. Gonzalo fué nombrado por los naturales jefe de aquella espedicion, y preparado de lo necesario para la guerra marchó contra los enemigos, á los cuales sorprendió cerca del mar cuando cargados de despojos marchaban sin órden: hizo en ellos una gran carnicería, les quitó la presa, les hizo considerable número de prisioneros, las naves unas fueron apresadas y otras incendiadas, y con esto quedó España libre de aquella plaga.

Tampoco disfrutaba Castilla de mayor tranquilidad, porque D. Vela, señor de Vizcaya, capitaneando á los moros para vengarse del conde Fernan Gonzalez, usurpador de sus estados, entró por sus tierras, las invadió, y tuvo la bárbara satisfaccion de emplear su encono sanguinario sobre los infelices pueblos, abrumándolos con la mayor crueldad, y esponiendo á su patria á sufrir el tiránico yugo de los moros, que apenas habia empezado á sacudir, pues los bárbaros se apoderaron de muchas plazas y ciudades, que asolaron con la mayor inhumanidad.

Con estas prosperidades olvidaron los sarracenos los tratados que habian hecho con los reyes de Leon, y como un tor-

rente desolador invadieron sus estados hasta Zamora, cuya ciudad demolieron. El conde quiso oponerse á aquel huracan; pero sus fuerzas no eran ya bastantes, porque debilitado con los años, disgustos y fatigas que incesantemente habia sufrido, se rindió á la muerte en el año 970, acompañándole al sepulcro el placer de dejar á Castilla libre é independiente del reino de Leon, cuya independencia continuó sosteniendo su hijo D. García Fernandez.

Los primeros pasos del rey D. Ramiro fueron dirijidos por la prudencia y la razon mientras subsistió bajo la tutela de su madre y tia. A los diezisiete años de su edad se casó con doña Urraca, hija de la familia mas ilustre del reino, y tomó el manejo del gobierno; mas apenas se vió libre del freno de sus tutoras, cuando despreció sus consejos saludables, entregándose á sus caprichos y á los de su consorte, la cual se apoderó de la voluntad del rey, de modo que empezó á tratar á los grandes con la mayor altivez y orgullo, adquiriéndose asi el odio y resentimiento de estos.

Los de Galicia, como mas agraviados que otros, procuraron disimular por algun tiempo; y habiendo encontrado una oportunidad para desahogar su venganza, se declararon contra el imprudente Ramiro, y nombraron á D. Bermudo, hijo natural de D. Ordoño III, para que los gobernase.

Con un golpe tan ruidoso despertó D. Ramiro del letargo que le tenia adormecido, y conociendo el mal cuando ya era dificil su remedio, reunió tropas y marchó sobre Galicia, con objeto de vengar el deshonor de su corona: cerca de Arenas se le presentó Bermudo con su ejército, y emprendieron una batalla que quedó indecisa. Dos años duró esta guerra, hasta que en las cercanías de Monte Raso se dió otra batalla en que de una y otra parte hubo muchas mortandades, y tampoco se decidió la victoria por ninguno de los dos. Despues se dejaron las armas, de modo que D. Bermudo puso su corte en Compostela; pero no tardó mucho en ser tomada esta ciudad por los moros, habiendo tirado por tierra una pared del templo de Santiago, sin tocar el sepulcro de este santo. Desde el siglo VIII nunca se habia visto España en tan gran peligro como se encontraba en la época del reinado de

D. Ramiro, por la gran division de partidos que reinaba entre los estados y príncipes cristianos. En el año 982 murió D. Ramiro, y se encontró D. Bermudo rey de Leon y de Galicia.

DON BERMUDO II. —(982) Este príncipe promulgó nuevos edictos confirmando las antiguas leyes de los godos, y mandó que los cánones de los pontífices se observasen en los juicios seglares.

Los moros, que deseaban reconquistar los paises que habian perdido, no desperdiciaban ocasion para conseguirlo, y así procuraron aprovecharse de las disensiones intestinas que devoraban los estados de Leon y de Galicia, de las facciones que dividian la Castilla, y del estado deplorable á que habian conducido á la Navarra las guerras anteriores. Almanzor, rey de Córdoba, reunió un poderoso ejército, y con él rompió por los estados del rey de Leon á manera de un torrente desolador; se apoderó de Simancas, y sitió á Leon; salióle al encuentro D. Bermudo, y aunque fué derrotado por los moros, la crecidísima pérdida que estos sufrieron les obligó á diferir sus proyectos de conquista para el siguiente año (995) en que con nuevas fuerzas volvieron sobre Leon. Habíase retirado á Oviedo D. Bermudo, dejando por gobernador de Leon á un caballero gallego llamado don Guillen Gonzalez, jeneral de mucha fama. Almanzor con un fuerte ejército atacó á esta ciudad con el mayor encarnizamiento diferentes veces; peró el valor y pericia de D. Guillen le resistió siempre, causándole considerables daños; y habiendo cargado con nuevas fuerzas Almanzor en ocasion que se hallaba enfermo el jeneral cristiano, se hizo este llevar en una silla de manos al sitio donde los suyos daban el combate, y los animó por espacio de tres dias; mas viendo que nada podia adelantar se metió entre las filas, y peleó hasta morir en la batalla: entraron los sarracenos en Leon, y sin distinguir de sexos ni edades, pasaron á cuchillo á todos los habitantes, y la ciudad con sus muros fué abrasada y demolida, de modo que quedó hecha un monton de ruinas. Astorga, Valencia de D. Juan, Sahagun, Alba, Gordon y otros pueblos sufrieron la misma suerte. Despues revolvieron los moros contra Castilla, y en ella toma-

son á Osma, Berlanga, Alcocer, Atienza y otros pueblos, en cuya espedicion perdieron tambien los castellanos á su conde D. García Fernandez, por haber querido este atajar la furia de Almanzor.

Otro grueso ejército de moros invadió á Cataluña y cerca del castillo de Moncada dió una batalla y venció al conde Borello, haciéndole un destrozo en que perecieron mas de quinientos cristianos, y los demas huyeron y se refujiaron en Barcelona: los enemigos sitiaron y tomaron á esta ciudad en el año 985; el conde con algunos otros pudo escapar, y en la ciudad de Manresa reunió un pequeño ejército, con el cual atacó á los sarracenos, haciéndoles huir y abandonar la ciudad, que volvió á ocupar Borello: este tuvo dos hijos, que fueron Raimundo y Armengando: el primero le sucedió en el principado de Cataluña; el segundo fué nombrado conde de Urjel, y dió principio á la nobilísima familia de los Armengoles en Cataluña, que produjo muchos y grandes guerreros á la España.

Ni la suerte desastrada y jeneral en España, ni la ocupacion de casi todas sus ciudades y plazas fuertes por los moros, bastaron para restablecer la paz y concordia entre los príncipes cristianos, porque aun entre las familias se cometian las perfidias mas detestables.

Hasta el año 993 disfrutó España de algun sosiego: volvieron de nuevo los moros á las armas, y con un formidable ejército invadieron y destruyeron la Lusitania: entraron por allí en Galicia, talaron los campos, é incendiaron la ciudad de Compostela, bien que en esta poblacion temblaron á un resplandor que repentinamente se les manifestó en aquel santo lugar, al cual siguió despues una grande epidemia que les hizo perecer casi jeneralmente; y á los demas los acabó de derrotar don Bermudo, persiguiéndoles con el mayor encarnizamiento.

Alegre D. Bermudo con las derrotas que habia hecho en los moros, reflexionó que si los príncipes cristianos estuviesen unidos con fraternidad lograrian sin duda destruirlos hasta esterminar su poder, y al efecto envió embajadores al rey de Navarra y al conde de Castilla D. García, los cuales convencidos de una peticion tan justa é interesante á todos, celebraron

un tratado por el cual se confederaron para continuar la guerra contra los sarracenos. Don Bermudo y el conde D. García marcharon contra los moros que estaban situados en las fronteras de Castilla y de Leon, y reunidas sus tropas les dieron una batalla, que fué la mas sangrienta de cuantas se vieron en aquellos tiempos, pues duró indecisa todo el dia, y sobreviniendo la noche se suspendió por ambas partes; mas reconociendo Almanzor sus campos, y viendo que le faltaban mas de cuarenta mil caballos y setenta mil infantes, que habian quedado muertos ó prisioneros, se amedrentó tanto que emprendió una precipitada fuga; pero luego que vino el dia le siguió el alcance D. García, haciendo en los fujitivos una horrorosa carnicería hasta Medinaceli, donde se encerró Almanzor. Se asegura que pasaron de cien mil los moros que perecieron en esta espedicion.

La alegría de tan favorables sucesos se trocó en tristeza por la carestía de víveres acaecida por haber faltado las lluvias en tres años. D. Bermudo estuvo casado con Velasquita, á quien repudió, y se casó despues con doña Elvira. De su primer matrimonio nació doña Cristina, tronco de la casa de los condes de Carrion; y de doña Elvira don Alfonso y doña Teresa: esta última casó despues con el rey moro de Toledo. En el año 999, falleció D. Bermudo en Galicia, y le sepultaron en Balbuena.

Don Alfonso v.—(999). Cinco años tenia Alfonso cuando sucedió en el trono de su padre, por cuya causa no pudo representar en las guerras que se hacian á los moros: quedó bajo la tutela de los condes de Galicia D. Melendo Gonzalez y doña Mayor su esposa, á quienes don Bermudo dejó este honroso encargo, que no desmintieron, como se deja ver en los años que felizmente duró su rejencia: y luego que el jóven príncipe llegó á la edad competente, le casaron los tutores con una hija suya llamada doña Elvira, de cuyo matrimonio nacieron D. Bermudo y doña Sancha.

Las disensiones domésticas que reinaban en España la pusieron en este tiempo al borde del precipicio. En Castilla don Sancho García se separó de la obediencia de su padre el conde Garci Fernandez, sin que sepamos la causa, aunque se presume fuese por intrigas de córte, ó por manejo de personas de

dañada intencion; lo cierto es que chocaron y vinieron á las armas padre é hijo, y divididas las opiniones de los vasallos, se formaron dos partidos que debilitaron las fuerzas del estado de Castilla. Los moros conocieron esta division, é intentaron aprovecharse de ella, como lo hicieron, organizando un ejército con el cual invadieron el pais, y volvieron á destruir á Avila, que hacia poco tiempo que se habia reedificado: la Coruña y san Estevan de Gormaz sufrieron la misma suerte.

Noticioso el conde Garci Fernandez de estos estragos, reunió un corto ejército, salió al encuentro á los moros, y habiéndolos alcanzado les presentó una batalla que fué bastante obstinada; mas como las fuerzas del castellano eran pocas, quedó vencido, muy mal herido, prisionero, y al fin los moros le dieron la muerte, quedando siempre señalada en la historia la fama de sus acciones gloriosas en que igualó á su padre. De este modo le sucedió don Sancho García en el condado de Castilla el año 1006.

Por este tiempo empezaron las discordias y guerras civiles á desmembrar el grande imperio de los moros que Abderraman I habia fundado por los años 758. Hissen reinaba á la sazon en Córdoba, y se sublevó contra él Abdelmelic, hijo de Almanzor; pero habiendo muerto siguió esta revolucion su hermano Abderraman, quien fué abandonado despues por sus parciales. Sin embargo, otro moro mas sagaz, llamado Mahomad Almahadi, apresó á Hissen, lo encerró en una profunda y oculta prision, corriendo la voz de que habia muerto, y de este modo se apoderó del trono de los sarracenos. Zulema, pariente de Hissen, vino desde Africa á socorrer á este: el usurpador le salió al encuentro, y se ensangrentaron los dos partidos, apoderándose cada uno de lo que pudo. Cuando los príncipes cristianos podian haber destruido el dominio de los moros aprovechándose de estas disensiones, los vemos tomar vergonzosamente parte en ellas, ya en favor del uno, ya del otro, pues los castellanos se declararon por Zulema, y el conde de Urjel y el de Barcelona en favor de Mahomad; y aunque se diga que tomaron este partido no tanto con intencion de favorecerlos, cuanto por la idea de ensanchar sus dominios, nunca tendrá disculpa su afrentoso

proceder; lo cierto es que Zulema, protejido principalmente por el conde D. Sancho, dió á su contrario cerca de Córdoba una batalla en la que perecieron treinta y cinco mil moros. Vencido el tirano Almahadí, encontró despues socorro en los condes de Urjel y de Barcelona, reuniendo un ejército de nueve mil cristianos y treinta y cuatro mil moros, con el cual salió de nuevo á campaña, y dió á Mahomad una batalla bastante sangrienta no muy distante de Córdoba, en la cual murieron muchos cristianos; y lo mas afrentoso es que entre los que perecieron se hallasen los obispos de Vich, Barcelona y Jerona. El mismo conde de Urjel pereció tambien en esta batalla, y Almahadí con su esfuerzo reparó la accion, y animando á los suyos quitó á los enemigos la victoria de las manos. Zulema, viéndose vencido, huyó hasta Zafra, y no creyéndose alli seguro se marchó mas lejos. Hissen recuperó su cetro; pero muy desmembrado, y cuando ya no era sombra de lo que habia sido en otro tiempo, pues se habia dividido en tantas soberanías, cuantas eran las principales ciudades de que habian podido apoderarse cada uno de los muchos competidores que habian salido á la palestra. Sevilla, Valencia, Orihuela, Murcia, Zaragoza, Toledo, Almería y otros muchos pueblos de alguna consideracion, reconocieron soberanos independientes; y no siendo fácil que estos nuevos señores que estaban desunidos pudiesen resistir á los príncipes cristianos, tuvieron que sufrir despues su azote.

Estos príncipes conocieron sus verdaderos intereses, depusieron sus querellas, olvidaron el espíritu de partido que los devoroba, y trataron de reunir sus fuerzas para acabar el dominio de los moros. Entraron con un fuerte ejército por las tierras de estos recuperando las plazas que les habian usurpado, y estrechándolos considerablemente.

El conde de Castilla D. Sancho, deseoso de vengar la muerte su padre, se dirijió por tierra de Toledo, llevando á sangre y fuego todo cuanto encontraba por delante: lo mismo hizo en todo el pais de Córdoba, apoderándose en ambas partes de las riquezas, ganados y hombres que encontraba: ganó á Sepúlveda, Osma, San Estevan de Gormaz y otros muchos pueblos comarcanos á estos. Se dice que en este tiempo se concedió á la nobleza

castellana el privilejio de no poder ser obligada á hacer la guerra á su costa, sino que se la señalase sueldo como en las demas naciones. Toda la reputacion que ganó en esta jornada el conde de Castilla la oscureció con la muerte que dió á su madre, por haberse casado con un moro principal á quien sé habia aficionado, y porque previendo la oposicion de su hijo, determinó darle la muerte con una ponzoña mortal, para abrirse de este modo el camino á aquellas bodas. Avisado el conde de estas intenciones, obligó á su madre en jénero de obsequio á que tomase le bebida que á él le ofrecia, y de sus resultas murió. Añaden tambien que para alejar el odio que contra él se habia declarado por un delito semejante, edificó un monasterio, que del nombre de su madre le llamó Oña.

El rey D. Alonso, deseando aprovecharse de la paz, juntó córtes en Oviedo (1020) donde se reformaron las antiguas leyes de los godos.

El mismo D. Alonso queria ensanchar sus estados, y para probar fortuna marchó con sus tropas hácia la Lusitania, que formaba límites con su reino; obligó á los sarracenos á repasar el rio Duero, siguiéndoles con deseos de arrojarlos mas allá del Tajo, se puso sobre la ciudad de Viseo, que intentaba quitar á los moros, y en el cerco de esta ciudad le arrojaron una saeta con la que le quitaron la vida: sus tropas tuvieron que levantar el sitio y retirarse. La muerte de D. Alonso ocurrió en 1027, dejando un hijo llamado Bermudo, que le sucedió en el trono, y á doña Sancha de corta edad.

Poco tiempo antes habia muerto D. Sancho, conde de Castilla dejando casada á doña Elvira una de sus hijas, con D. Sancho, rey de Navarra, y la otra casó tambien despues con don Bermudo III. Sin duda se hicieron estos matrimonios con el objeto de ir estrechando los vínculos que debian unir á los príncipes mas poderosos de España, tanto para destruir á los moros, cuanto para evitar motivos de rivalidades, funestas siempre á los estados.

Don bermudo III. — (1027) Cuando Bermudo sucedió á su padre tenia once años; al mismo tiempo falleció D. Sancho, conde de Castilla, á quien sucedió su hijo D. García, que daba á todos unas grandes esperanzas por sus amables cualidades;

pero todas se frustraron muy pronto con la alevosa muerte que le dieron en el primer año de su gobierno. Fué el caso que habiéndose tratado sus bodas con doña Sancha, hermana de don Bermudo, se señaló la ciudad de Leon para celebrar los desposorios con la mayor pompa y magnificencia, y D. García, que deseaba ver pronto á su esposa, salió para Leon con una numerosa comitiva que dejó en Sahagun, y se adelantó acompañado solamente de algunos hidalgos castellanos: llegó á aquella capital: los hijos de D. Vela, conde de Alava, deseosos de vengar los ultrajes que suponian haberse hecho á su difunto padre, formaron el proyecto de asesinar á D. García, y esperando un dia que este iba á entrar en la iglesia del Salvador, le acometieron á las puertas del templo y le asesinaron. Rodrigo, el mayor de los hermanos y ahijado de don García, fué el que le dió la primera herida, y los demas le remataron, fugándose inmediatamente al castillo de Monzon, donde refujiados se libertaron de ser presos.

Por muerte de D. García recayeron todos los derechos al condado de Castilla en su hermana doña Elvira, ó doña Mayor, que estaba casada con don Sancho, rey de Navarra, y de aquí vino el engrandecimiento de este, que sin embargo no saciaba su ambicion. Aunque tal engrandecimiento le hacia sospechoso para con el rey de Leon, Bermudo, escarmentado con la muerte de su padre, se dedicó á la conservacion de la relijion, al fomento de las artes, á la reforma de las costumbres, y á la administracion de justicia por medio de buenas leyes, con lo cual se ganó el afecto de sus vasallos.

D. Bermudo no tenia hijos, y por lo mismo era forzoso que al tiempo de su fallecimiento recayese el reino en su hermana doña Sancha; esto tenia disgustados á los leoneses, porque no querian verse obligados á obedecer á un príncipe estraño, y murmuraban. Sabedor don Sancho de estos rumores, se dejó arrebatar de la ambicion, y trató de perturbar la paz que se disfrutaba: prevía que se le iba á escapar de las manos el cetro de Leon, y así formó un ejército respetable, con el cual rompió por las tieras de este reino, apoderándose sin resistencia de todo el pais situado entre los rios Cea y Pisuerga, y arrinconando á D. Bermudo en Galicia; mas

este, confiado en el amor que le profesaban sus vasallos, y en el aborrecimiento que tenian al rey de Navarra, se puso bien pronto en aptitud de poder resistir á los navarros y medir sus armas con ellos. Todas las cosas se hallaban preparadas para una campaña; pero la mediacion de la grandeza, de los prelados y otras personas respetables lo calmó todo, y se trató de una transaccion, que se verificó casando á D. Fernando, hijo segundo de D. Sancho de Navarra, con doña Sancha, hermana de D. Bemudo, cediéndole el navarro el condado de Castilla, y el leonés una parte de la tierra de Campos que habia sido tomada por D. Sancho, para que sirviese de dote á la nueva esposa, con la calidad tambien de que habian de usar el título de reyes. Aunque este partido era desventajoso para los leoneses, sin embargo resultó de él una paz entre todos los cristianos, y desde entonces se llamaron don Fernando y doña Sancha reyes de Castilla. Concluidas estas cosas falleció D. Sancho en el año 1035, habiendo cometido antes el desacierto de dividir sus estados entre sus hijos, dejandoá D. García el primojénito, la Navarra, el ducado de Vizcaya, y desde la ciudad de Nájera hasta los montes de Oca: á don Fernando, su segundo hijo, le dejó hecho rey de Castilla como hemos visto: á D. Gonzalo, el menor de los tres lejítimos, cupieron el Sobrarbe y Ribagorza con los castillos de Lobani y san Emeterio; y á D. Ramiro, habido fuera de matrimonio de una señora de distinguida nobleza, le dió el reino de Aragon, con algunos castillos situados en aquellos paises.

Entre los moros no habia menos desórden en el repartimiento de reinos y ciudades, de lo cual se suscitaron las disensiones que al fin les condujeron á su total ruina; pero las discordias que de resultas de la division hecha por D. Sancho se levantaron entre tantos príncipes, á pesar de ser hermanos y deudos, impidieron acabar con los moros, que era el enemigo comun. D. Ramiro, sabedor de que su hermano D. García, rey de Navarra, se habia ausentado á Roma, invadió aquel reino con un buen ejército, poniendo sitio á Tafalla; mas D. García, luego que volvió de su peregrinacion, cargó de repente con las tropas que pudo reunir sobre el ejército invasor con tal ardor, que apenas pudo salvarse D. Rami-

ro, lo cual fué orijen de otras guerras.

Desembarazado D. Bermudo de un rival tan poderoso como D. Sancho de Navarra, pensó en recobrar lo que habia cedido á su cuñado y hermana: y con efecto, les quitó algunas posesiones: D. Fernando se le opuso y no le permitió pasar adelante, porque con un ejército de navarros y castellanos le salió al encuentro, y en el valle de Tamara, prócsimo á Carrion, le dió una batalla que fué bastante obstinada; y D. Bermudo, deseoso de encontrar á los dos reyes hermanos, se metió por las filas de los enemigos, en donde le dieron muerte atravesándole con una lanza. Asi quedó el reino de Leon por Fernando, como marido de doña Sancha, y se estinguió la segunda línea varonil de los reyes godos, cuyo orijen venia de D. Pelayo y de D. Alonso el Católico.



CAPITULO VI.

Reyes de Castilla y Leon: D. Fernando I.—D. Sancho II.—D. Alonso VI.—Doña Urraca.—D. Alfonso VII.—D. Sancho II de Castilla y III de Leon —D. Fernando II.—D. Alfonso VIII.—D. Enrique I.—D. Fernando III.—D. Alfonso X, el Sabio.—D. Sancho IV.—D. Pedro I, el Cruel.—Don Enrique II.

REYES DE CASTILLA Y LEON.

D. FERNANDO I.—(1037) Por la muerte de D. Bermudo III, y como marido de doña Sancha hermana y heredera de la corona de este, subió D. Fernando I al trono de Castilla (1) y Leon, habiendo sido coronado con su esposa el dia 22 de junio de 1037, á la edad de diezinueve años.

Luego que D. Fernando se vió colocado en el trono, se dedicó á gobernar con la mayor

(1) Este nombre le tomó sin duda esta hermosa provincia de los castillos que la poblaban y sirvieron de asilo á varios señores españoles para resistir los esfuerzos de los mahometanos al tiempo de la invasion. A aquellos mismos parece que deben atribuirse con algun fundamento los progresos de su conquista en tiempo de D. Alonso el *Casto*, quien aunque con ciertas señales de vasallaje, les permitió gobernarla con el título de condes, como lo hicieron por espacio de mas de dos siglos, estendiendo sus límites con las proezas de su valor. Llegaron con el tiempo á hacerse poderosos y temibles: aspiraron á la independencia de la córte de Leon, y aunque no se sabe cuándo lograron sacudir completamente el yugo, se mantuvieron muchos años en contínua lucha, hasta que por último los vió Castilla transformados en sobe-

dulzura y prudencia, con lo que se ganó el amor y cariño de sus vasallos: hizo reformas en las leyes antiguas, sustituyendo otras mas análogas á las circunstancias y costumbres de aquel tiempo: puso particular cuidado en la recta administracion de justicia, y como conocia que los grandes eran poco adictos á su servicio, buscó medios de dulcificar los ánimos, habiéndolo conseguido de tal modo que engrandeció su poder hasta el estremo de hacerle envidiable de su hermano D. García III de Navarra. Este cayó enfermo en Nájera de resultas de un ataque peligroso, y D. Fernando pasó á visitarle creyendo que con tan cariñosa demostracion depondria el enfermo los injustos zelos que contra él habia formado; pero el desleal navarro, luego que le tuvo en su poder, determinó ponerle en una prision para violentarle á cierto contrato de repartimiento de los estados: D. Fernando, que llegó á entender la perfidia de su hermano, se fugó con disimulo. Viendo D. García que se habia malogrado su proyecto, formó otro de nuevo para aplacar á D. Fernando, haciéndole muchas protestas en que aparentaba su inocencia. Con igual motivo de cierta enfermedad ocurrida á D. Fernando en Burgos, se presentó D. García con el aparente objeto de pagarle la visita y volver á su confianza. D. Fernando penetró la perfidia que ocultaba esta esterioridad, y le encerró en el castillo de Cea, de cuya prision se evadió por medio de dádivas é intrigas. Desde este momento se convirtió don García en una fiera deseosa de venganza, y determinó llevarla á cabo, hasta verter si hubiese podido la sangre de su hermano: este trató de evitar una guerra por todos los medios que estuvieron á su alcance; pero no lo pudo conseguir, porque don García, sordo á todas las mediaciones, reunió las tropas de su reino, se alió con las de Zaragoza y Tudela, y se introdujo como un torrente en los dominios de Castilla hasta llegar al punto donde se hallaba situado el ejército castellano, y allí se emprendió una obstinada bata-

ranos absolutos, aunque sin el título de reyes. Sus enlaces con las principales testas coronadas, su poder y sus hazañas les proporcionaron hacer un papel muy distinguido en las ajitaciones de aquellos infelices tiempos, y la memoria de algunos se conservará eternamente con aprecio en los fastos de la historia.

lla, en la cual D. García arrolló y desbarató todo cuanto se le ponia por delante; mas cuando ya casi tocaba el placer de la victoria y de la venganza, fué atravesado por una lanza enemiga, de cuya herida murió, y su ejército fué derrotado y perseguido por todas partes. Con esta victoria, ocurrida en el año 1054, quedó el reino de Navarra bajo el arbitrio del rey D. Fernando, quien mandó tratar á los cristianos con consideracion y dulzura; y compadecido del huérfano D. Sancho, por considerarle inocente, le ciñó la corona de su padre.

Cuando D. Fernando se vió libre de estas turbulencias, volvió sus fuerzas contra los moros, que intentaban una irrupcion en Galicia, en cuyas fronteras hicieron correrías: los persiguió por la Estremadura, tomándoles todas las plazas fuertes que ocupaban entre los rios Duero y el Tajo: entró en Portugal, y ganó á Viseo, Lamego y Coimbra. Noticioso despues de que los moros de las provincias de Cartajena y Zaragoza molestaban con correrías hasta las fronteras de Castilla, pasó contra ellos, los derrotó y se apoderó de San Estevan de Gormaz, Berlanga, Aguilera y otras muchas fortalezas, dejando aseguradas las fronteras de su reino por aquella parte: despues de estas conquistas celebró cortes jenerales, entró por el reino de Toledo, tomó á Talamanca, Guadalajara, Alcalá de Henares y á Madrid, haciendo tributario al rey moro de Toledo: desde allí pasó á Sevilla venciendo y apoderándose de todo el pais por donde fué transitando. El rey moro Abenabet, asustado con tantos desastres, pidió á D. Fernando dejase de destruir los pueblos de su reino, enviándole al efecto considerables regalos con una solemne embajada que le llevó el cuerpo de san Isidoro, arzobispo de aquella ciudad, que habia sido descubierto por revelacion que del mismo santo habia tenido el obispo Alvito.

Tantas victorias ganaron al rey D. Fernando el título de emperador, con el cual le aclamaron sus vasallos; mas Enrique II, emperador de Alemania, en un concilio que se celebró en Florencia en el año de 1055, se quejó contra el título que habia tomado D. Fernando de Castilla, y consiguiendo que la corte de Roma entrase en sus miras, intimó esta al rey de Castilla que renunciase aquel dictado y se sujetase á ser tributario de la

Alemania; pero la respuesta don Fernando á tan injusta y arbitraria resolucion, fué formar un ejército de diez mil hombres, mandados por el famoso Cid Rui Diaz, el cual puesto en camino atravesó los Pirineos y llegó á Tolosa, en donde un legado del papa con los embajadores del imperio lograron detenerlo. Ecsaminada allí mismo la causa, se discutió sobre los derechos de ambas potencias, y se declaró á España libre de todo vasallaje de príncipe estranjero.

Los moros feudatarios del rey D. Fernando se aprovecharon de aquellas diferencias, y el rey de Toledo se declaró independiente, preparándose con bastantes fuerzas para sostener su rebeldía. Por Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron los mahometanos llevando por delante el espanto y la muerte. El estado del reino de Castilla era tambien entonces muy crítico, pues el erario se hallaba ecsausto y los vasallos muy recargados por causa de tantas y tan repetidas campañas; mas la heróica resolucion de la reina doña Sancha acudió al remedio de todo vendiendo sus alhajas, pedrería y rentas de su patrimonio: con su producto se formó un ejército respetable, cuyo mando tomó á su cargo D. Fernando, y con él sujetó á su dominio todos los moros que antes le habian rendido vasallaje. Concluidas estas guerras sorprendió al rey una peligrosa enfermedad, y conociendo que se le acercaba la muerte, le combatian tambien el amor paternal por un lado, y las razones políticas por otro en el plan que meditaba sobre el repartimiento de sus estados entre sus hijos, y al fin venció el amor paternal, porque como cariñoso padre no podia mirar con indeferencia á sus hijos menores, privados de la herencia solo por haber nacido despues, y así con acuerdo de la reina su esposa hizo el repartimiento de sus estados de este modo: al primojénito D. Sancho dió el reino de Castilla; á D. Alonso el de Leon, y al menor D. García la Galicia y el Portugal; á doña Urraca su hija dió la soberanía de Zamora, y á Elvira la de Toro: despues se hizo conducir á la iglesia el dia 26 de diciembre de 1065, y á presencia de los grandes y los obispos se puso de rodillas delante del Santísimo Sacramento pronunciando las siguientes palabras: «Tuyo es el poder, Señor Dios »mio, y tuyo es el reino: tu

»eres sobre todos los reyes, y á »tí son sujetos todos los seño»res. El reino, Señor, que me »diste, aquí te le restituyo y le »pongo en tus manos. Solo te »suplico, Dios mio, que tengas »por bien de recibir mi ánima »entre los santos ánjeles de tu »gloria.» Al dia sigüiente entregó su alma al Criador, despues de haber recibido la Estrema-Uncion, entre los brazos de los obispos y sacerdotes que le asistian. Su esposa la reina doña Sancha murió dos años despues, y fué sepultada junto á su marido.

Don sancho ii.—(1065) Este sucedió á su padre como primojénito, y mientras vivió su madre contuvo su ambicion aunque se sentia agraviado en el repartimiento que habia hecho su padre; pero luego que murió doña Sancha, manifestó su reristencia á una desmembracion que en su concepto le perjudicaba, pues suponia que como primojénito debia entrar en el goce de todos los reinos y estados esclusivamente, y asi intentaba despojar á sus hermanos de lo que poseian por virtud del testamento de su padre. Esta idea la suspendió al principio D. Sancho por tener precision de hacer la guerra contra los moros, y esta le trajo otra contra D. Ramiro, rey de Aragon, como verémos despues.

Los moros que ocupaban la Carpetania se sublevaron luego que murió D. Fernando, marchó contra ellos D. Sancho y en muy pocos encuentros los venció y sujetó á la razon: no sucedió asi con los celtíberos, porque se defendieron con valor y obstinacion hasta encerrarse en Zaragoza, donde los estrechó y apuró estremadamente D. Sancho, y no se entregaron sino con la condicion de que este los habia de defender contra cualquier enemigo que les molestase.

Deseando D. Ramiro ensanchar su reino de Aragon, perseguia con sus armas vencedoras á los moros, obligando á los reyes de Zaragoza y de Lérida á que le pagasen un tributo anual, y tambien venció al de Huesca: se puso asimismo sobre el castillo de Grados que ocupaban los moros, y estando en este sitio vino contra él D. Sancho en virtud de los tratados que se habian celebrado, batió á los aragoneses por la retaguardia, y haciendo una salida los sitiados se vió D. Ramiro y su ejército entre dos fuegos, en cuya situacion no pudo menos de

emprender la batalla en que fué derrotado y muerto: asi principió D. Sancho sus hazañas con la muerte de su tio, ocurrida en el año 1067.

D. Sancho Ramirez sucedió á su padre D. Ramiro en la corona de Aragon: tenia dieziocho años; pero era de mucha capacidad y valor, ardia en deseos de vengar la muerte de su padre, y tanto para conseguirlo como para resistir al castellano, se confederó con el rey de Navarra; y juntas las tropas salieron contra el rey de Castilla que se habia introducido hasta Viana, donde se encontraron y se dió una batalla en la que el castellano fué vencido, y los vencedores recobraron todo cuanto por aquellos paises habia ganado D. Fernando.

Despues de estos sucesos poco honoríficos y menos favorables á D. Sancho el de Castilla, revolvió este sus armas contra sus hermanos, resuelto á quitarles sus reinos de Leon y de Galicia que poseian pacíficos por la última disposicion de su padre D. Fernando I. Su primera salida fué contra el de Leon en 1069, y llegando hasta Llantada donde se le opuso D. Alonso, se dió una batalla que fué desgraciada para este; pero al siguiente año se unió con D. García, rey de Galicia, y dando contra D. Sancho se empeñó otra batalla en Volpejar y abatieron su soberbia haciendo huir al ejército castellano, cuyo alcance no quiso seguir D. Alonso por evitar la efusion de sangre, entregándose al regocijo de la victoria; mas este descuido fué causa de su ruina, porque el Cid, que servia á D. Sancho le aconsejó que debia aprovechar aquella ocasion, y asi reunieron los dispersos y dieron sobre los campamentos de los contrarios que hallaron abandonados, esparciendo en ellos la confusion y el terror de tal modo, que D. Alonso se vió precisado á refujiarse á la iglesia de Carrion; de allí le sacaron preso y le llevaron á Burgos, de donde á instancia de doña Urraca salió con la precisa condicion de tomar el hábito de monje en Sahagun, año de 1071; pero se detuvo alli muy poco, porque persuadido por doña Urraca pasó á Toledo, donde el rey Almenon le admitió con gusto y se declaró su protector.

Desembarazado el rey de Leon por la fuga de D. Alonso, marchó contra Galicia, se apoderó de ella, y su hermano don Garcia huyó á buscar socorro

en el rey de Sevilla, á quien propuso que si le ausiliaba contra su hermano, le conquistaria el reino de Castilla. Abenhamet le contestó que quien no habia sabido conservar su reino, mal podria quitar á D. Sancho los de Castilla y Leon: por lo que pasó á Portugal, y con un pequeño número de moros y algunos españoles que le seguian, intentó reconquistar varias plazas en las fronteras de su reino, lo que no pudo conseguir porque le acometió D. Sancho, le venció y prendió en Santaren.

No estaba contento el ambicioso con los dos reinos sino que quiso tambien apoderarse de Zamora y Toro, pequeños patrimonios que su padre habia dejado á sus dos hermanas: marchó contra Zamora creyendo que tan pronto como se presentase delante de ella se le rendiria; pero le salió mal, porque su gobernador Arias Gonzalo la defendió con valor y obstinacion: la infanta, encerrada dentro de sus muros con un corto número de tropas, sostuvo el sitio que finalizó con la muerte desgraciada del sitiador. D. Sancho fué engañado por un supuesto y astuto desertor que salió de la ciudad y se presentó al rey ofreciéndole en secreto que le manifestaria el paraje por donde podria fácilmente apoderarse de la plaza: el incauto se alejó de sus tropas con muy poca precaucion, y cuando el finjido desertor encontró su ocasion le asesinó, y huyendo precipitadamente se refujió en Zamora cuyas puertas se le abrieron. Este suceso ocurrido en 1072, hizo que D. Alonso se despidiese de su amigo el rey de Toledo, y que pasase á reunirse en Zamora con su hermana doña Urraca, que le esperaba para tomar las medidas necesarias á fin de volver á su reino.

D. ALONSO VI.—(1072) Los vasallos fieles á D. Alonso le amaban estremadamente y le veian gustosos restituido en todos sus derechos; pero Castilla repugnaba reconocerle si no juraba que en la muerte de su hermano no habia tenido parte: D. Alonso contemporizó, pasó á Burgos, y delante de la nobleza castellana prestó en manos del Cid un solemne juramento, que repitió por tres veces, quedando de este modo reconocido por rey de Castilla y de Leon.

Creyéndose con derecho á la corona de Galicia como sucesor de D. Sancho, parece sin embargo que como hijo de D. Fernan-

do debia haber respetado su última disposicion; pero cometió la falta de apoyar sus derechos en las usurpaciones de su hermano, y pasó á Galicia, de la cual se apoderó despues de alguna oposicion que hizo D. García, el cual fué por último encerrado en una prision, en la que murió, dejando á D. Alonso libre poseedor de las tres coronas.

Desembarazado ya de toda competencia D. Alonso, se suscitó guerra entre los reyes moros de Córdoba y Toledo sobre los límites de sus dominios, y acordándose de la buena acojida y jenerosos ausilios de toda especie que en tiempo de sus desgracias le habia franqueado Almenon en Toledo, trató de emplear todo su poder en defenderle, porque tambien habia hecho con él un tratado de alianza que no podia olvidar: en virtud de estas justas consideraciones, y aunque el moro receló al principio, unió al fin sus fuerzas y marcharon contra el rey de Córdoba, hicieron grandes destrozos en sus campos y pueblos, derrotaron su ejército, cojieron muchos prisioneros, y volvieron victoriosos y llenos de riquezas.

En el año 1077 murió Almenon, al cual sucedió su hijo Issem, que tambien murió al año siguiente, y en su lugar entró á reinar su hermano Hiaya-Alderbil, que era muy diferente de su padre y hermano, de malas costumbres, cobarde, inhumano y cruel: los moros y los cristianos de aquella ciudad cansados de su tiranía escribieron á D. Alonso para que los librase de aquella opresion, y el rey, considerando que por la muerte de Issem habia quedado libre de su compromiso con el rey de Toledo, despues de haberlo consultado con sus valientes jenerales, mandó arreglar sus tropas, é inmediatamente se le reunieron muchos guerreros que ansiosos de tomar parte en la espedicion acudieron de Aragon, Navarra, Francia y otros paises estranjeros. Se pusieron en marcha, y tanto estos como los moros llegaron á Toledo, la sitiaron, y en aquel año no pudieron tomarla porque el rey tenia muy bien pertrechadas las murallas y fortalezas, pero los campos fueron talados, quemaron las mieses, y se hicieron presas considerables de hombres y ganados.

En 1079 se continuaron los desastres, se tomaron á los moros varios pueblos comarcanos á la ciudad, y como esta por su situacion se alimentaba de lo que la introducian de los pue-

blos inmediatos, se empezó á sentir en ella el hambre, por lo que despues de varias contestaciones tuvo que entregarse por capitulacion, en la cual se dejó al rey de Toledo la libertad de retirarse adonde mejor le pareciese. D. Alonso hizo su entrada pública en la ciudad el dia 25 de mayo de 1085.

A la toma de Toledo siguieron las de Talavera, Maqueda, Santa Olalla, Arganza, Consuegra, Mora, Illescas, Madrid, Guadalajara, Medinaceli, Escalona, Coria, Buitrago, Berlanga y otras muchas entre los rios Tajo y Guadiana.

De los moros de Toledo pocos acompañaron á su rey; los mas se quedaron en sus casas, y don Alonso estableció allí su corte hasta que se poblase bien de cristianos, llamando al efecto por sus edictos, y ofreciendo casas y tierras á cuantos quisiesen venir á aumentar la poblacion de aquella capital.

Tantos y tan señalados triunfos tardaron poco en oscurecerse, pues aunque D. Alonso era valiente y guerrero carecia de política; cualidad la mas necesaria en un soberano y conquistador, sin la cual no es fácil dar á los triunfos sus correspondientes grados de esplendor; así fué que cuando en esta época del imperio de D. Alonso parecia que se iba á estinguir en España la dominacion árabe, nuevas divisiones y guerras la hicieron durar y reanimarse vigorosamente por mucho tiempo.

Aunque el rey de Castilla habia sido casado por tres veces, de ninguno de estos matrimonios tenia sucesion, y casó en cuartas nupcias con Zaida, hija de Abenhabet, rey de Sevilla, que se hizo cristiana con el nombre de Isabel. Este enlace ensoberbeció de tal modo al rey moro, que formó la idea de hacerse dueño de toda la España sarracena, y al efecto invitó á su yerno para que apoyase una embajada que se envió á Jucef Tefin, rey de los almoravides en Africa, pidiéndole un ejército que le ayudase en su empresa. Tefin, si bien no quiso venir en persona, le pareció no debia desperdiciar la ocasion que se le presentaba para invadir la España cuando le pareciese oportuno, y envió un grande ejército bajo del mando de uno de sus mas famosos capitanes llamado Alí-Abenajá, el cual se reunió con el rey de Sevilla: no duró mucho esta amistad, porque no tardaron en venir á las armas unos y otros; los

de España fueron vencidos por los africanos, en cuyos combates murió el rey de Sevilla, suegro de D. Alonso, y todos sus estados pasaron al vencedor: este entró con un numeroso ejército por el reino de Toledo, llevando el terror y el saqueo por todas partes: engreido con su prosperidad juzgó le seria fácil subyugar á los cristianos; pero D. Alonso reunió un buen ejército, con el que salió á la oposicion, y cerca de un pueblo llamado Roda se batieron los dos ejércitos, quedando destruido el de D. Alonso, quien no por esto desmayó, sino que habiendo reorganizado sus tropas acometió de nuevo á los moros, y cerca de Cazalla fué destrozado segunda vez. Parece que las desgracias animaban mas al rey D. Alonso, pues con gran presteza rehizo sus fuerzas, aumentó su ejército, é invadió todos los terrenos hasta Córdoba; sitió á esta plaza, y el moro Alí cansado del largo asedio se rindió, obligándose á satisfacer los gastos de la guerra y á reconocer el señorío del rey de Castilla.

Un nuevo suceso le impidió disfrutar con tranquilidad de la victoria de sus armas. Emprendió la guerra contra la Celtiberia, bloqueando á Zaragoza, cuyos habitantes no se negaban á pagarle algun tributo, con la condicion de que los protejiese y desistiese de hacerles la guerra: mas el rey no convino en ello, y perdió lo uno y lo otro, porque Tefin, irritado con el rebelde Alí, habia desembarcado en España con un considerable ejército con el cual le sitió, le venció y le hizo decapitar: pasó á Córdoba, cuya ciudad se le rindió, y á su ejemplo todas las ciudades de Andalucía, y aun las demas de España volvieron á poder de los moros.

Temiendo D. Alonso que si se juntaban los de España con los de Africa caerian todos sobre él y sus pueblos, resolvió hacerles la guerra con toda enerjía: mandó reclutar jente, sin esceptuar los eclesiásticos, é hizo todos los preparativos necesarios sacando socorros de todas partes. Con este lucido ejército, y con el ausilio de diferentes príncipes, salió al encuentro á Tefin, le derrotó completamente y le obligó á refujiarse en lo interior de sus estados: despues se retiró al Africa. Los que mas se distinguieron en esta espedicion fueron Raimundo, conde de Tolosa, y otro Raimundo, conde de Bor-

goña, con un pariente suyo llamado Enrique. En premio de estos servicios Alonso casó á los dos primeros con sus dos hijas Elvira y Urraca, dando á esta en dote el condado de Galicia; al tercero le premió con la mano de otra hija suya llamada doña Teresa, y el condado de Portugal con feudo á la corona de Castilla.

Cuando el rey disfrutaba del sosiego que le habian proporcionado sus victorias, y se dedicaba á promover el culto de la relijion en muchas partes, mandando fundar monasterios y reedificar los pueblos destrozados con las guerras, un nuevo acontecimiento vino á impedir su sosiego. En Navarra asesinaron al rey D. Sancho dos hermanos suyos, y los hijos del desgraciado se acojieron á su amparo, suplicándole que á todo trance, y aun á costa de sus mismos estaos, procurase vengar el inhumano asesinato de su padre y rey, y el de Castilla lo tomó por su cuenta, empeñándose por esta razon en una nueva guerra: reunió tropas, marchó á Navarra, y apenas puso los pies en sus fronteras cuando se le entregaron la Rioja, Alava, Vizcaya, Guipúzcoa y alguna parte de Navarra.

El rey de Aragon D. Sancho, que envidiaba la suerte del de Castilla, se creyó autorizado para apoderarse de lo que pudiese: tomó varias plazas con las que ensanchó sus dominios, y persiguiendo á los asesinos que habian huido al amparo de los moros, encerrándose en la ciudad de Huesca, la puso sitio. El rey de Castilla envidioso tambien de los progresos del aragonés se decidió á ausiliar á su aliado el rey de Huesca y envió un ejército contra D. Sancho; pero tuvo que retirarse precipitadamente bien escarmentado y sin haber podido socorrer la plaza, la cual al cabo de muchos ataques sangrientos cayó en poder del sitiador, quien despues de esta victoria se preparaba para ir contra Zaragoza, cuando de repente y en un mismo dia (18 de agosto de 1104), se le murieron sus dos hijos don Pedro y doña Isabel, y él falleció tambien en el mes siguiente, sucediéndole en el trono su hermano D. Alonso.

Estaba aun reservado al rey de Castilla un golpe mas funesto y sensible, que solo su gran prudencia y valor podria haber resistido. Habiendo muerto Jucef Tefin en Africa, recayeron sus estados en su hijo Alí, el

cual noticioso de las desavenencias de España trató de aprovecharse de ellas; y apretando un numeroso ejército desembarcó con él en la península, se unió con los moros españoles, é invadió la Castilla, haciéndola el sangriento teatro de su ambicion. Como Alonso cargado de años y de achaques no podia ponerse al frente de sus tropas, dió el mando de ellas á su hijo único D. Sancho, que tenia muy corta edad, acompañándole D. García, conde de Cabra, y otros seis condes capitanes de muy buena opinion. El sarraceno victorioso por todas partes llevaba delante de sí el espanto y la muerte: encontró al ejército castellano cerca de Uclés, y le presentó una batalla que fué muy sangrienta, pues quedaron muertos en el campo una multitud de cristianos, entre ellos el jóven D. Sancho y los siete condes. Enardecido é inconsolable D. Alonso por la pérdida de su hijo y la derrota sufrida, se hizo superior á su ancianidad y achaques volviendo á presentarse á la cabeza de su ejército; y arrojándose como una fiera que busca al matador de sus cachorrillos, entró por Andalucía á sangre y fuego, persiguiendo y atropellando á sus enemigos hasta encerrarlos en Sevilla, de donde se retiró despues cargado de muy ricos despojos. Con esta última victoria borró D. Alonso la ofensa que le habian hecho los sarracenos; pero no pudo cicatrizar la herida que habia grabado en su corazon la muerte de su malhadado hijo, y asaltado de una grave enfermedad murió en Toledo el jueves 1.° de julio de 1109, dejando sus estados á doña Urraca, su hija, viuda de conde Raimundo de Borgoña.

Doña urraca. — (1109) Esta princesa, como primojénita de D. Alonso, le sucedió en el trono sin contradiccion alguna: cuando murió su padre tenia de su difunto marido el conde de Borgoña, un hijo llamado Alonso. El rey D. Alonso de Aragon suponia tener derecho á las coronas de Castilla y de Leon por su cualidad varonil, y para hacerlo valer se presentó con un ejército que debió ser considerable, puesto que los castellanos para contenerle, se vieron precisados á acordar el casamiento de la reina con el aragonés, sin embargo de su inmediato parentesco y la repugnancia de la reina y de la grandeza; mas por el bien público

sacrificaron sus voluntades, y se celebró el matrimonio, que por ser violento habia de traer necesariamente funestas consecuencias; por entonces se restableció la paz, y la reina pasó á la compañía de su marido, el cual no se fiaba mucho de la grandeza castellana, porque sabia que le habia sido contraria cuando se trataba su enlace, y por lo tanto no queria mezclarse entre ella sino acompañado de muchos de sus vasallos naturales. Hizo poner en las ciudades y castillos guarniciones de aragoneses para que no se pudiesen sublevar los castellanos; nombró para el gobierno interino de Castilla al recomendable Peranzules, que merecia el aprecio de ambas naciones: la prudencia de este jefe dirijia el gobierno con tal acierto, que todo caminaba al bien público; pero le duró poco el mando, porque la reina, á quien su esposo envió á Castilla, le maltrató injustamente, le separó de su empleo, y aun le despojó de su propio patrimonio, tomando por pretesto que en sus cartas á D. Alonso, le daba el título de rey de Castilla; mas la verdadera causa fué el no querer sufrir los consejos y reconvenciones que aquel hombre respetable la hacia sobre sus mal encubiertas deshonestidades. Sintió el rey mucho el mal trato que la reina habia dado á Peranzules, y le restituyó lo que se le habia quitado, con lo cual se retiró á Urjel por temor á la reina.

Deseando D. Alonso imitar á su suegro, se tituló emperador, prosiguió la guerra con los moros, á quienes quitó la plaza de Ejea que era una de las principales de Navarra, y cerca de Valterra dió una batalla á Abuhasalem, que se titulaba rey de Zaragoza, en la que le venció y derrotó su ejército. Despues en el año de 1111 pasó á Castilla, en donde se portó con mucha afabilidad con el objeto de ganar las voluntades de los naturales: por sí mismo ecsaminaba los pleitos, amparaba á los huérfanos, viudos y pobres, y de este modo se granjeó el cariño de sus vasallos; solo el endurecido corazon de la reina era el único que no se dejaba ablandar.

Afectaba doña Urraca tener escrúpulos por el matrimonio, lo que seria acaso mas bien por evitar el castigo y amonestaciones de su marido con motivo de su mal arreglada conducta; é hizo un gran partido en los descontentos en el gobierno de su es-

poso. D. Alonso era pariente en un grado inmediato de doña Urraca, porque el bisabuelo de ambos fué D. Sancho el Mayor, rey de Navarra, y cuando se casaron no se habian introducido todavia las dispensaciones de los papas en esta materia. El partido de la reina aparentó tanto disgusto de este enlace, que dió causa á que fuese presa en la fortaleza de Castelar, de la cual salió ausiliada de sus parciales y volvió a Castilla, mas no encontró la acojida que se prometia de la grandeza, antes bien la enviaron á su esposo, el cual le volvió á encerrar.

Los señores de Galicia, donde se criaba el infante D. Alonso, hijo de doña Urraca y de Raimundo, conde de Borgoña, se reunieron para destruir las disposiciones del aragonés y buscar medios de declarar nulo el casamiento de doña Urraca; acudieron al papa Pascual II, de quien obtuvieron un breve para que el obispo de Compostela conociese de la nulidad de aquel matrimonio: D. Alonso se enfureció contra los obispos, arrojó de sus iglesias á los de Burgos y Leon, prendió al de Palencia, despojó al abad de Sahagun nombrando en su lugar á fray Ramiro, hermano del rey; y don Bernardo, á pesar de ser legado apostólico y primado de España, tuvo que andar desterrado dos años fuera de su diócesis.

Doña Urraca abandonó la corte y palacio de su marido pasándose á Castilla, en donde protejida de su partido consiguió que los gallegos proclamasen rey al niño D. Alonso Ramon, su hijo. El rey de Aragon, ya fuese para impedir aquel desórden, ó para sujetar á los gallegos, se presentó en Castilla con un ejército capaz de hacer temer á los leoneses y castellanos, ocupó las fortalezas con tropas de su mismo reino, hasta que habiéndose encontrado con las de la reina en los campos de la Espina, inmediatos á Sepúlveda, se emprendió una batalla muy sangrienta en la cual quedaron vencidas las huestes castellanas, y el rey de Aragon, acompañado de la victoria, entro por Leon, arrolló otro ejército que intentaba impedirle el paso del Duero por tierra de Campos, y se apoderó de Burgos, Palencia y otras plazas: repuestos los castellanos hicieron cambiar la suerte del aragonés logrando vencerle y derrotarle en varios encuentros; y viendo el rey que sus fuerzas se disminuian continuamente, trató de hacer la paz á toda costa,

y se convino en que á la reina la señalasen rentas suficientes para su decente manutencion, y que su hijo quedase en posesion del reino.

Desembarazado por este medio el rey de Aragon de los asuntos de Castilla, volvió sus armas contra los sarracenos que acometieron las fronteras de su reino, y les dió varias batallas en las que se coronó de laureles.

Concluidas las disensiones entre los dos esposos por haberse reconocido la nulidad de su matrimonio, principiaron de nuevo entre el hijo y la madre, porque como durante las revoluciones habia sido aquel reconocido por rey de Leon y de Galicia, doña Urraca viéndose libre, solicitaba ejercer su autoridad absoluta aun en los mismos dominios del hijo, á cuya pretension se resistieron los grandes y la nobleza por sospechar de la privanza que D. Pedro de Lara disfrutaba con la reina, de modo que por mucho tiempo se vieron envueltos los reinos de Castilla, Leon y Galicia en guerras sangrientas, asesinatos, violencias y calamidades de todas clases; pero la muerte de la reina ocurrida en el año 1126, puso fin á todas las desgracias.

Alfonso VII. —(1126) Las tres coronas de Castilla, Leon y Galicia quedaron reunidas en las sienes de este príncipe, que fué proclamado siendo niño; y declarado mayor de edad, tomó muy jóven el timon del gobierno, habiendo tenido algunos obstáculos que vencer para desalojar á los aragoneses que con diferentes pretestos continuaban ocupando las plazas de sus estados: para conseguirlo sin efusion de sangre tomó el partido de pasar á visitar á su padrastro el rey de Aragon, á quien dió el nombre de padre, y este en vista de aquella noble accion, se puso de acuerdo con él, é hicieron una verdadera amistad devolviéndole el aragonés todas las plazas y posesiones que en tiempo de su madre le habia tomado en Castilla. En 1135 celebró cortes en la ciudad de Leon, en las cuales tomó el título de emperador. Inmediatamente resolvió hacer la guerra á los moros, y aprovechándose de las ajitaciones y disturbios que consumian á los mahometanos de Córdoba, equipó un buen ejército, con el cual entró en Andalucía para socorrer al régulo Zafaola, contra quien se habian rebelado los cordobeses, porque este jefe habiéndose fu-

gado de allí vino á pedir su proteccion al rey de Castilla á quien cedió todos sus dominios, y en recompensa le dió el castellano algunos estados en Toledo y Estremadura. El ejército marchó contra Córdoba bajo el mando de D. Rodrigo Gonzalez, que se portó con mucha valentía derrotando al ejército cordobés y volviendo á Castilla cargado de despojos y trofeos. El hijo del rey de Marruecos Texefin Abenbalí, formó un ejército numeroso con el cual se dirijió hácia Toledo, causando en la travesía daños considerables; pero avisado don Alfonso, le salió al encuentro y le hizo retroceder obligándole á someterse y rendirle vasallaje; despues emprendió la guerra con los moros de Portugal, los derrotó, y asoló cuanto encontró por delante, volviéndose á su capital cubierto de laureles. Seria molesto el referir menudamente las innumerables victorias que obtuvo don Alfonso de los sarracenos, y bastará decir que entonces apenas se dejaban las armas, ni las treguas duraban mas que el tiempo necesario para reponerse y volver á la campaña: fueron tantas las victorias de D. Alfonso, que consiguió hacer su nombre respetable entre los moros. Pasó las márjenes del Guadalquivir, proyecto que ninguno de sus antecesores se habia atrevido á emprender, adelantó sus conquistas hasta las cercanías de Granada, se apoderó de las importantes plazas de Córdoba, Jaen, Baeza, Guadix, y Almería, y si no se hubiera distraido con sus ambiciosas pretensiones á los reinos de Aragon y Navarra, habria logrado sin duda destruir completamente el poder de los sarracenos ó estender á su costa los dominios de Castilla.

D. Alfonso dividió sus estados entre sus dos hijos; el de Castilla lo dió á D. Sancho, y el de Leon, á D. Fernando: reinó treinta y un años, y despues de haber conquistado á Badajoz murió en Fresneda en 1157, cuando volvia de una espedicion contra los moros de Andújar. En su tiempo, esto es, por los años 1130 tuvo principio el reino de Portugal bajo el título de condado, cuya primera poseedora fué doña Teresa, hija natural de D. Alfonso VI, que habia casado con Enrique de Borgoña.

Don Sancho II de Castilla y III de Leon.—(1157) Con la particion hecha por D. Alfonso VII

se volvieron á separar los reinos de Castilla y Leon, y D. Sancho, llamado el *Deseado*, sucedió á su padre en el de Castilla: esta division produjo sobre corta diferencia los mismos resultados que las anteriores, pues desunidos los dos príncipes proporcionaron grandes ventajas á los sarracenos, y aunque despues se confederaron para atajar el daño, sirvieron de poco sus esfuerzos, porque los subyugados negaron el pago de sus tributos, arrojaron de sus ciudades las tropas que habia puesto en ellas D. Alfonso para tenerlos sujetos, y en un instante perdió Castilla los pueblos feudatarios de Andújar, Pedroches, Alarcos Baeza y otros muchos que habia conquistado el difunto rey.

D. Sancho, rey de Navarra, con el pretesto de vengar los agravios que habia recibido de D. Alfonso, entró por Castilla hasta Burgos arrasando todo el pais con la mayor ferocidad. El rey de Castilla oprimido por dos partes, atendió primero á lo que mas le apuraba: envió al conde de Minerva con un ejército, que encontrando al enemigo en las llanuras de Valpiedra, cerca de Bañares, le dió una batalla en la que le derrotó: reforzados los navarros, volvieron al combate y fueron vencidos segunda vez, quedando prisioneros muchos de los principales nobles, á quienes trató el conde con benignidad concediéndoles la libertad, diciendo que solo habia venido á castigar la insolencia de su rey, pero no á verter la sangre de unos vasallos fieles. La accion jenerosa de este grande hombre obligó tanto al rey de Castilla, que intercedió con el rey de Leon su hermano para que le restituyese á su privanza como lo habia estado antes.

Despues de haber quedado escarmentado el rey de Navarra se restableció la paz, y el de Castilla quedó desembarazado para reprimir la insolencia de los moros de Andalucía, que habia llegado al estremo de apoderarse de diferentes plazas de Castilla, y aun amenazaban á Calatrava: á esta plaza la defendian los caballeros templarios por encargo que les habia hecho el rey D. Alfonso, quien la conquistó de los sarracenos: parecia imposible la resistencia, y dos de los monjes llamados fray Raimundo y fray Diego Velazquez se presentaron al rey de Castilla ofreciéndole tomar á su cuidado la defensa. Velazquez habia sido un valien-

te soldado antes de entrar en el claustro, y aun conservaba el espíritu que le habia animado en las campañas. El rey admitió la oferta, y para empeñarlos mas los hizo dueños de la ciudad si conseguian sostenerla á favor de Castilla: la eficacia de fray Raimundo reunió bajo de sus banderas mas de veinte mil hombres, la mayor parte monjes; con ellos se encerró en la plaza, y resistió los ataques de los sarracenos. Obtuvo de Alejadro III (1164) una bula que confirmaba su estatuto militar, y desde entonces hicieron servicios muy importantes á los cristianos en las guerras contra los moros. Parece que esta fué la epoca del establecimiento de las órdenes militares, pues poco antes un ermitaño llamado Armando, animó á D. Gomez y D. Suero, caballeros salmantinos, para que fundasen, como lo hicieron, una fortaleza cerca de la ermita de san Julian de Pereiro, que fué el orijen de la órden de Alcántara, muy celebrada en la obstinada empresa de la restauracion de España, y que despues se agregó á la monacal del Cister. Los mahometanos invadian de contínuo los caminos de Compostela, intimidaban á los peregrinos que acudian á aquel santuario á visitar el sepulcro del santo apóstol, y estos daños movieron á los canónigos de san Eloy para formar hospicios á ciertas distancias, en los cuales encontrasen los peregrinos ausilios para continuar sus viajes, de lo que les resultó la gran ventaja de adquirir cuanto poseyeron con el tiempo: este ejemplo le siguieron algunos caballeros castellanos deseosos de libertar á su patria del yugo de los infieles: reunieron sus bienes y esfuerzos á los canónigos, adoptaron su instituto, que fué aprobado por la santa sede, y nombraron un gran maestre que lo fué el caballero leonés don Pedro de Fuente Encalada.

Un solo año duró el reinado de D. Sancho, pues murió en el de 1158, dejando un hijo de tres años llamado Alfonso, espuesto á la tutela que se disputaban dos facciones muy poderosas, á saber: la de los Castros y los Laras, quienes en cierto modo se apoderaron del pupilo; pero quedó gobernando el reino en nombre de su sobrino,

DON FERNANDO II.—(1158) Era este hijo de D. Alfonso VII, hermano de D. Sancho II, padre del menor, y con el pretesto de este inmediato parentesco se apoderó del mando so color de

defender á su sobrino, y le fué usurpando lo que pudo de sus estados. Los Laras conducian al niño de ciudad en ciudad y obligaron á D. Fernando á desistir de la empresa que habia formado de apoderarse de él. Nunca se vió Castilla mas turbada que en esta ocasion, pues se encendió una guerra tan sangrienta, que las ciudades eran invadidas ya por uno ya por otro de los dos partidos, sufriendo las penalidades de una horrorosa anarquía y de las frecuentes rapiñas, pues no daban á los soldados mas prest que el pillaje. D. Fernando no se descuidaba, el navarro se indemnizaba tambien de sus anteriores quiebras apoderándose de los estados del desgraciado menor, juguete de la tenacidad de sus ambiciosos tutores; pero los castellanos volvieron en sí al cabo de siete años de inumerables desastres, y declararon á D. Alfonso mayor de edad mucho antes de serlo, pues tenia entonces solos catorce años, y de acuerdo con su tio D. Fernando le casaron con Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra, en el año 1170; desde entonces D. Fernando dejó de figurar en Castilla.

Don Alfonso viii.—(1170) Tomó este jóven príncipe las riendas del gobierno de un reino en esqueleto; estado miserable á que le habian reducido las facciones y la guerra civil, introducidas y fomentadas en el tiempo que duró su pubertad é infancia: en su semblante y modestas acciones se presentaron ciertas señales que prometian grandes y heróicas virtudes: ecsistian en su córte militares antiguos honrados y valientes, amaestrados en la escuela de su abuelo, á quienes trataba el jóven Alfonso con la mayor estimacion, y los oia atentamente para tomar de sus consejos lo que mas conviniese al bien comun. De este modo aprendió á discernir lo injénuo de lo sospechoso y disimulado, ciencia sumamente necesaria á los que la suerte destina para gobernar. Viendo que su reino se hallaba desmembrado trató de recobrar los estados que se le habian segregado, y á consulta de su consejo resolvió hacer una visita jeneral, á cuyo efecto se acompañó de un buen número de tropas. Fué tal la prudencia y amabilidad de D. Alfonso en esta espedicion, que se ganó el amor de sus vasallos, y de este modo las ciudades y plazas usurpadas por sus vecinos volvieron á porfia á la obediencia

de su antiguo dueño: todo el reino siguió el ejemplo, y así llegó á hacerse respetable á pesar de la envidia de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Galicia: el primero hizo grandes esfuerzos para recobrar las plazas que se le habian desertado negándole la obediencia: le buscó su sobrino, le batió y le obligó á huir de Castilla: despues de este suceso formaron una liga los cuatro reyes contra D. Alonso; mas conociendo el apoyo de este en la estimacion de sus súbditos, no se atrevieron á chocar con él directamente, quedando así frustrado por entonces el objeto de tal confederacion, y buscaron medio de abatir el poder de su contrario suscitándole un enemigo poderoso en Abenjucef, miramamolin de los sarracenos, el cual atemorizaba toda la España y contaba con el ausilio que podrian suministrarle aquellos príncipes. Cuando Alfonso esperaba que estos depusiesen toda rivalidad, y acudiesen á la defensa de lo que á todos interesaba, una omision artificiosa le dejó espuesto en medio del peligro; y en este estado tuvo que hacer frente por sí solo á una multitud de moros que pasaron por Sierramorena, y encontrando al ejército castellano le dieron una batalla en la que le derrotaron y persiguieron, incendiando y arruinando cuanto hallaron al paso: hicieron un considerable número de cautivos, y se dice que quedaron tendidos en el campo veinte mil cristianos, habiéndose salvado el rey con mucho trabajo, aunque algunos aseguran que quedó prisionero. No era el menor enemigo de Alfonso su misma pasion, que casi le hizo mas daño que todos sus contrarios. Vió una judía y prendándose de ella escesivamente llegó al estremo de no poderse separar de ella, haciendo ostentacion de sus amores hasta el punto de abandonar su esposa, descuidar la administracion del reino, y oscurecerse por algunos años en la capital para disfrutar de sus perniciosos amores, hasta que irritados los grandes apagaron aquella funesta pasion dando la muerte á la mujer que la causaba. El rey D. Alfonso, deseando vengar su afrenta, reunió las tropas que pudo, publicó una cruzada contra los moros, esortó á los príncipes cristianos de España con quienes se confederó, y engrosado su ejército con gran número de religiosos militares vol-

vió contra los enemigos, á quienes en varios encuentros hizo conocer que no se le vencia impunemente; pero las tropas estranjeras que habian venido en su ausilio protestaron la falta de víveres y se retiraron: esta desercion de cuarenta mil cruzados dejó en estremo debilitado el ejército de Alfonso, por lo que el moro Mahomed Abenjucef, que habia sucedido á su padre, se atrevió á aventurar una batalla decisiva, y presentándose al ejército de los españoles fué atacado por este en las estrechuras de Losa, donde le dió un combate en que murieron, segun se dice, doscientos mil sarracenos, y Abenjucef huyó precipitadamente á ocultar su deshonor en Africa. Esta memorable batalla se conoce en la historia por la de las *Navas de Tolosa*. D. Alfonso persiguió á los moros despues por espacio de dos años, aterrándoles siempre con contínuadas victorias, hasta el de 1214 en que murió en Garci Muñoz, á la edad de cincuenta y ocho años. Aunque el rey Alfonso VIII tuvo once hijos de su esposa Leonor, hija de Enrique II, rey de Inglaterra, no le sobrevivió otro varon que el menor de estos llamado Enrique. Las infantas Berenguela y Blanca, hijas de este matrimonio, hicieron memorable el nombre de su padre, pues la primera, que era la primojénita, casó con D. Alfonso, rey de Leon, y fué madre de san Fernando: la segunda, casada con Luis VIII, rey de Francia, lo fué de san Luis, y ambas gobernaron sus reinos mientras duró la menor edad de sus respectivos hijos, á quienes educaron con el mayor esmero en la virtud, imitando á su madre doña Leonor.

ENRIQUE I.—(1214) Apenas tenia este príncipe once años cuando murió su padre, y fué proclamado rey bajo la tutela de la virtuosa reina doña Leonor su madre; pero murió esta veintiseis dias despues que el rey su esposo, y tuvo que encargarse de la tutela la infanta doña Berenguela, hermana mayor del niño Enrique, á la cual habia repudiado el rey de Leon, alegando un parentesco en grado prohibido. La tutora se esmeraba en la educacion de su pupilo y gobernaba con mucha prudencia el reino, cuando la ambicion é intrigas de los condes de Lara, casa la mas poderosa de Castilla en aquel tiempo, molestó su gobierno disputándola su dese-

cho y obligándola á renunciar, como lo hizo, en los tres hermanos Laras, quienes pusieron á la cabeza del gobierno al mayor de la familia, llamado don Alvaro Nuñez de Lara, hombre perverso y de dañadas intenciones, como lo demostró al tiempo que tomó las riendas del gobierno, pues se renovaron los males que habian afligido á Castilla en el principio del reinado anterior: las venganzas, tiranías, esacciones y dilapidaciones del real erario fueron enormes; enriqueció su casa con los despojos de la corona y de la iglesia, y en vano procuró impedir semejantes desórdenes la infanta doña Berenguela con sus amonestaciones, pues D. Alvaro no solamente no la dió oidos, sino que la despojó injusta y violentamente de los pueblos que la pertenecian, habiéndose escedido con insolencia á intimarla una órden para que saliese de Castilla; y seguramente se habria visto precisada á ceder á la fuerza, si no hubiese estado sostenida por muchos señores castellanos poderosos. El furor vengativo del ambicioso Lara se enardeció con esta resistencia, se declaró desvergonzadamente contra la infanta y los que la protejian, haciendo sufrir los horrores de la guerra civil á todos los pueblos que tuvieron valor para desaprobar su tiranía y despotismo; mas un desgraciado acontecimiento puso fin á estas calamidades.

El gobernador Nuñez se hallaba hospedado en el palacio episcopal de Palencia, y cierto dia bajó el niño rey D. Enrique á jugar en un patio con otros de su misma edad; se desprendió una teja del alero, ó se la tiraron á propósito, y le dió en la cabeza un golpe fatal de que murió once dias despues, que fué el 6 de junio de 1217; acontecimiento seguramente estraño, que quiso ocultar el tutor Lara, pero no le fué posible pues inmediatamente se estendió la noticia y llegó á oidos de doña Berenguela, sucesora de la corona de Castilla como hija mayor del rey D. Alfonso VIII. Esta señora estuvo casada con don Alfonso IX, rey de Leon, de cuyo matrimonio, que despues fué declarado nulo por inmediato parentesco de ambos esposos, nació D. Fernando, á quien se reconoce con el sobrenombre de III ó el *Santo*, y que estaba entonces en Toro en compañía de su padre: doña Berenguela le envió á llamar con

un simulado pretesto, renunció con él todos sus derechos, é hizo que la nobleza y el pueblo que le acompañaba le proclamasen en Valladolid.

FERNANDO III. — (1217) Muchas plazas de las adictas á los Laras se apresusaron á declararse en favor del nuevo rey, y otras no pudieron resistir el valor de Fernando, que colocado á la cabeza de un gran número de vasallos leales se esforzaba para hacerse respetable y que le reconociesen; pero anteponiendo el bien de los pueblos á las ventajas de una destructora guerra, trató de composicion con D. Álvaro: este hombre sanguinario se negó á toda proposicion, y continuaron las hostilidades con el mayor rigor: el rebelde cayó prisionero de D. Fernando, quien con la mayor jenerosidad le dió libertad luego que cedió las fortalezas que se sostenian á su favor: este tratado duró muy poco, porque acostumbrados los Laras á dominar, no se acomodaron á aquella dependencia, y asi se avistaron con el rey de Leon que miraba con zelos el engrandecimiento de su hijo, le hicieron ver facil la conquista de un reino que en la opinion de Alfonso IX se le habia usurpado con injusticias, estimulándole á que pasase á Castilla contra su hijo D. Fernando, sin reparar en los vínculos de la sangre. Habiendo enfermado D. Alvaro se reunieron varios prelados respetables é hicieron conocer al rey D. Alfonso que la guerra que intentaba era sumamente injusta, pues su hijo le tributaba los mayores respetos; penetrado el rey de estas razones se convenció y volvió á Leon, por lo cual D. Alvaro falleció de pesadumbre (1228), y con su muerte se tranquilizó todo.

D. Fernando, celoso defensor de la relijion cristiana, convirtió sus armas contra los sarracenos, logrando debilitar su poder en siete campañas continuadas, y facilitar para lo sucesivo las conquistas de Córdoba y Sevilla, que hicieron su nombre memorable. En 1230 falleció el rey D. Álfonso de Leon, dejando por herederas de su corona á sus hijas doña Sancha y doña Dulce, tenidas en su matrimonio con doña Teresa de Portugal: este acontecimiento que privaba á D. Fernando del lejítimo derecho que tenia al reino de Leon, alarmó á su madre doña Berenguela; mas las dos reinas doña Teresa y doña

Berenguela, madres de los interesados, terminaron las diferencias haciendo que renunciasen las infantas su derecho, por haberlas concedido D. Fernando una decente pension vitalicia: de este modo se unieron para siempre los reinos de Leon y de Castilla en el rey D. Fernando III y sus sucesores.

En virtud de estos tratados se presentó D. Fernando en Leon acompañado de su madre: encontraron la mas favorable acojida en la principal nobleza, y fué reconocido y jurado por rey de Leon en la catedral.

Nos ha parecido conveniente hacer aquí una suspension de los sucesos de este reinado para llenar la laguna que se nota en la historia de los reyes de Leon desde el año 1157, por la desmembracion que acaeció á la muerte de D. Alfonso VII.

Ya hemos visto al príncipe D. Fernando colocado en el trono de Leon: su jenial desconfiado le separó de sí el afecto de los nobles, pues algunos de ellos fueron ofendidos y oprimidos. Con motivo de las desavenencias de los castellanos en tiempo de la menor edad de D. Alfonso VIII, encontró D. Fernando ocasion para apoderarse del gobierno bajo el pretesto de pertenecerle la tutela del niño, mas la resistencia de los Laras y los Castros le hacian indispensable valerse para ello de un poderoso ejército. Sus armas se esparcian con libertad por toda la Castilla: en este tiempo D. Alonso Enriquez, primer rey de Portugal, invadió el reino de Leon en 1168, y se apoderó de Badajoz.

Viendo D. Fernando el peligro que amenazaba á sus estados, abandonó sus proyectos contra Castilla, y se dirijió sobre la fortaleza de Alcántara, acobardando al portugués de tal modo que le hizo salir de Badajoz, en cuya fuga se rompió una pierna y quedó prisionero; pero D. Fernando le hizo curar y le puso en libertad, de cuya noble accion resultó que ambos monarcas restableciesen la buena armonía, y que el de Leon quedase en posesion de las plazas que habia recobrado.

Otra nueva guerra igualmente peligrosa amenazó al reino de Leon: los moros de Andalucia, capitaneados por el valiente Aben-Jacob, invadieron el Portugal, se apoderaron de la fortaleza de Torresnovas, y ahuyentados por D. Alonso se dirijieron contra León: D. Fernando acu-

dió al socorro de Ciudad Rodrigo de donde los hizo retirar. Desde esta época hasta el año 1188 en que falleció el rey de Leon, solo hay de memorable una espedicion contra los sarracenos, en la cual coligado don Fernando con los castellanos y portugueses, atacaron á los invasores; y en una batalla les mataron veinte mil hombres, incluso su jefe.

Por la muerte de D. Fernando sucedió en la corona de Leon D. Alfonso IX, el cual se reconcilió con su primo D. Alfonso VIII de Castilla; pero duró poco esta amistad, porque los demas reyes de España miraban con recelos el engrandecimiento del de Castilla, y se coligaron para prepararle su ruina en ocasion que se hallaba muy apurado con las armas del miramamolin Jacob Abenjucef. Este proceder del rey de Leon le granjeó la censura y el odio de las jentes sensatas, y el transcurso del tiempo no bastó para borrar una mancha que oscurece su memoria: aun hizo otra accion peor, porque cuando el castellano se hallaba ocupado en contener á los sarracenos, invadió el de Leon las fronteras de Castilla, poniendo á su rey en el mayor apuro y consternacion. Con motivo de haberse retirado los moros á las Andalucías quedó el de Castilla libre para medir sus armas con el nuevo agresor: se avistaron los dos ejércitos, y á no haber mediado algunos prelados respetables, y aun la misma reina doña Leonor, se habrian ensangrentado los dos monarcas; pero aunque con alguna repugnancia, se hicieron las paces sellándose estas con el matrimonio del rey de Leon y la infanta de Castilla doña Berenguela en el año 1197, cuyo enlace mandó disolver el papa Inocencio III como ya hemos indicado, por ser parientes en segundo ó tercer grado de consanguinidad; pero las amables prendas de la infanta y el amor que la tenia su esposo hicieron diferir con varios pretestos la separacion por siete años, en los cuales el legado de Roma repetia sus conminaciones, y puso entredicho al reino de Leon: al fin llegó el momento de esta sensible separacion en el año 1204, quedando lejitimados los hijos, y en poder del rey de Leon los pueblos y fortalezas que habia cedido á su esposa en arras. El entredicho se levantó, pero antes de regresar á Castilla la infanta doña Berenguela, se reconoció é hizo jurar al príncipe D. Fer-

nando por sucesor y heredero del trono de su padre. Cuando parecia natural que D. Alfonso notase con placer la felicidad de su hijo en el reino de Castilla, vemos con admiracion manifestada la envidia que encerraba en su corazon. Los estados de Castilla vieron con sentimiento prócsimas á venir á las manos dos personas tan queridas, si la prudencia de D. Fernando no hubiese disipado la tempestad que amenazaba.

El rey de Leon se dirijió entonces contra los moros de Estremadura, y con sus valerosas armas entró en Cáceres, se presentó delante de Mérida, de la que se apoderó sin efusion de sangre, y deseando Aben-hut, rey de Sevilla, reparar estas pérdidas, pasó con un ejército de ochenta mil hombres con ánimo de sorprender á don Alfonso en Mérida: le salió este á recibir con un pequeño número de tropas, pasó de noche el Guadiana, y sin atender á sus pocas fuerzas le acometió y venció: desde allí pasó á Badajoz, la rindió y se apoderó de algunas otras fortalezas que abandonaron los sarracenos, dejando en ellas pequeñas guarniciones: concluida esta campaña volvió á Leon cargado de trofeos y de riquezas, mas cuando animado con semejantes victorias imajinaba volver á adquirir nuevos trofeos, le asaltó la muerte en Villanueva de Sarria, el año 1230, dejando á su hijo la gloria de continuar la guerra hasta conseguir la ruina del imperio mahometano.

Los moros se habian retirado á Córdoba y Sevilla, cuyas ciudades eran el centro de donde salian los ejércitos que asolaban los paises cristianos: D. Fernando se propuso destruir los últimos restos de los crueles invasores de la España, y su fortuna le proporcionó medios para conseguir una empresa tan arriesgada valiéndose de las disensiones que abrasaban á los mahometanos. El mal gobierno de los jefes habia escitado el descontento de los habitantes de Córdoba, quienes deseando vengarse, trataron de entregar á los cristianos un arrabal de la ciudad, y reuniendo estos un número de tropas escojidas, en una noche lluviosa y oscura llegaron hasta las murallas del arrabal, arrimaron las escalas y disfrazados en traje africano subieron al muro algunos valientes españoles que sabian el idioma árabe, con cuya estratajema se apoderaron de la mura-

lla, la recorrieron toda, asesinaron á cuantos se les opusieron, se hicieron dueños de la puerta de Martos y la franquearon á la caballería de los cristianos, que entró rápidamente y en poco tiempo cubrió de cadáveres las calles de la ciudad: con este improviso golpe se alarmó la guarnicion, acometió contra los cristianos haciéndolos retroceder por tres veces, y al fin no pudiendo contrarestar el valor de estos, los dejaron dueños del arrabal.

D. Fernando recibió tan favorable noticia en Benavente; al momento se puso en camino acompañado de muchos caballeros é hidalgos que en su tránsito se le fueron reuniendo, y se presentó delante de Córdoba: aunque la estacion era lluviosa, no fué obstáculo para que acudiesen los caballeros de las órdenes militares, y un gran número de vasallos que deseaban pelear al lado de su rey. Los moros, asustados con la vista de un ejército tan formidable, avisaron á su jefe Aben-hut, que á la sazon se hallaba en Ecija; pero éste creyó mas conveniente acudir al socorro de Valencia que estaba amenazada por D. Jaime de Aragon: este accidente infundió tal desaliento en los sitiados, que les obligó á capitular la entrega de la ciudad con la condicion de concedérseles la libertad de retirarse adonde tuviesen por conveniente. Luego que entró D. Fernando en la ciudad, arregló todos los ramos del gobierno y aumentó á los títulos de rey de Castilla y de Leon, los de rey de Córdoba y de Baeza. Así finalizó el reino de los miramamolines de Córdoba el año de 1236.

Como durante las anteriores escenas murió en Toro la reina doña Beatriz, se volvió á casar D. Fernando en Burgos con doña Juana, hija del conde de Ponthieu (1237). Con la conquista de Córdoba se debilitó en estremo el poder de los mahometanos, y D. Fernando se animó con la esperanza de reconquistar todo lo que poseían. En el año 1240 y los sucesivos se le rindieron casi todos los paises que ocupaban los sarracenos, que se hacian sus vasallos, entre ellos el rey de Murcia. En 1244 sitió á Granada: reforzada esta por los socorros que recibió de Africa su rey Ben-Alamar, y creyendo Fernando que la toma de Jaen proporcionaria la conquista de aquella ciudad ó la pondria en

estado poco temible, bloqueó á Jaen, la cual dilató su entrega por espacio de algunos meses, por el buen estado en que se hallaba, y los grandes esfuerzos que hizo para socorrerla el rey de Granada; pero al año siguiente se rindió al sitiador, y el mismo Ben-Alamar se presentó en el campamento de don Fernando á rendirle vasallaje, obligándose á pagarle cincuenta mil doblas anuales, servirle con sus tropas siempre que le llamase, y hacerle dueño de la ciudad de Jaen, donde entró en abril de 1246, en cuyo año murió la reina madre doña Berenguela.

En seguida emprendió don Fernando la conquista de Sevilla (1248), y para ello mandó construir una escuadra, bajo la direccion de Raimundo Bonifacio, marino muy afamado, el cual fondeó en la embocadura del Guadalquivir al tiempo que el rey con un numeroso ejército sitió por tierra á la ciudad: destruidos los bajeles de los moros y estrechado el sitio de la plaza, se vieron en el mayor apuro, enviaron á pedir socorro á los pueblos comarcanos, y con efecto les venia un gran refuerzo; pero el rey envió contra él al maestre de Santiago, D. Pelayo Correa, con algunas tropas, y encontrándose se emprendió un combate en que fueron derrotados los moros de tal modo, que muy pocos se libertaron de la muerte. Con este funesto golpe quedaron los sitiados sin recurso y tuvieron que capitular el 23 de noviembre del mismo año, firmándose los tratados con la condicion de que los moros saldrian libres con todo cuanto pudiesen llevar: de este modo entró el rey en Sevilla, en donde ocupó el resto del año y el siguiente en purificar las iglesias, repoblar y reedificar la ciudad. Despues se apoderó D. Fernando de todas las plazas que poseían los sarracenos hasta la embocadura del Guadalquivir. Se asegura que en virtud de la capitulacion de Sevilla salieron de ella cuatrocientas mil personas de todas clases y secsos, sin incluir los inumerables judios que tambien residian allí, y todos pasaron al Africa temerosos de nuevas persecuciones, ó se dispersaron entre los pueblos mahometanos de Andalucía, de modo que la ciudad quedó casi desierta.

Libre D. Fernando de los enemigos domésticos, y dueño de todas las plazas del reino de Se-

villa desde Guadalquivir hasta el Estrecho, intentó pasar al Asia á combatir por la fé católica; mas Dios que velaba sobre las acciones de este santo príncipe, no quiso que tuviese parte en las atrocidades con que se desfiguraba el carácter de la verdadera relijion cristiana en aquellos paises. Se le agravó la hidropesía que le molestaba hacia mucho tiempo, de la que murió en 31 de mayo de 1252 como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza, con una soga al cuello y desnudo de todas las insignias reales, los últimos ausilios de la relijion. Por sus virtudes le vemos colocado en el número de los santos por el pontífice Clemente X.

DON ALFONSO X.—(1252) Este príncipe sucedió á su padre y fué conocido con el nombre de *Sabio*, que efectivamente mereció, como veremos despues: subió al trono con una jeneral complacencia, pues consideraban en él las virtudes de su padre. En el principio de su reinado declaró la guerra á Enrique III sobre el derecho que alegaba este á la Gascuña: tambien se preparaba para llevar la guerra al Africa, y como tenia que hacer para ello gastos muy escesivos alteró el valor de la moneda, con lo que causó mucho disgusto en el reino.

Habiendo muerto el emperador de Alemania, Federico II, se dividieron los electores en el nombramiento de sucesor, y recayó la eleccion en D. Alfonso en competencia de Ricardo, conde de Cornwaille. Como tenia un inmediato parentesco con la casa imperial porque era nieto del emparador Felipe, suegro de San Fernando, intentó sostener su lejitimidad y eleccion: la distancia y los manejos de Ricardo, y sobre todo la corte de Roma que le favorecia, quitaron á Alfonso la corona imperial que por todos respectos le pertenecia. Mas con la muerte de Ricardo resolvió D. Alfonso aprovechar la ocasion y enviar tropas para sostener su derecho, lo cual impidieron las disensiones intestinas de su reino, y entretanto Roma se declaró por Rodulfo de Hapsburgo, que fué electo. Irritado D. Alfonso, abandonó su reino en la situacion mas crítica, dejando por gobernador de él á D. Fernando de la Cerda su hijo primojénito, llamado así por haber nacido con una larga cerda en las espaldas, y pasó á Italia.

La marcha de D. Alfonso causó algun cuidado á Gregorio X que á la sazon gobernaba la silla pontificia, y por lo mismo procuró escitar en Rodulfo un deseo de defender su eleccion, llegando á tanto la animosidad del papa que escomulgó á las repúblicas de Jénova y Pavía porque estaban en favor de don Alfonso: este monarca se avistó con el papa en Belcaire y nada adelantó, porque el carácter firme de Gregorio X le sostuvo en su resolucion: tambien don Alfonso era tenaz, pero no poseía la política necesaria para elejir los medios acertados de conseguir su empeño; y al fin desengañado, volvió á Castilla muy disgustado, contentándose solamente con usar del título de *rey de romanos*: ni aun este desahogo le permitió Gregorio, pues cuando llegó á su noticia espidió un breve al arzobispo de Sevilla, en que le mandaba amonestar al rey para que no usase de un título que no le pertenecia por haber un emperador lejítimo unjido y coronado: y que si le obedecia le concediese los diezmos eclesiásticos para que continuase la guerra contra los moros. Reflecsionando el rey sobre las desgracias que podian sobrevenir en su reino si se obstinaba en su parecer, desistió de su empeño contentándose con disfrutar esta renta que posee el real erario con el nombre de tercias reales, al principio solo por el tiempo que durase la guerra contra los moros, y despues perpétuamente por gracia de Inocencio VIII y otros pontífices.

En el año 1260 formó don Afonso el código de leyes, que se conoce con el título de las *Siete Partidas*, el mejor de Europa en su tiempo: lo compuso para uniformar en sus estados un sistema lejislativo, y mandó tambien que todos los actos públicos se escribiesen en el idioma vulgar. Sus tablas astronómicas, la crónica jeneral de España desde su poblacion hasta los tiempos de D. Ordoño II, la que escribió desde el principio y orijen de los godos hasta la muerte de su padre don Fernando, y otras obras suyas de literatura, tanto en prosa como en verso, que han llegado hasta nuestros dias, le adquirieron dignamente el renombre que se le dió de *Sabio*. Aunque en el discurso de su vida se noten algunas acciones poco conformes con una gran sabiduría, es preciso conocer que

en unos tiempos en que no brillaban las ciencias, no sería estraño que se deslizase el mismo hombre que habia logrado sobreponerse á la ignorancia jeneral; ni sus faltas como hombre deben oscurecer la memoria de un príncipe digno por otros títulos del aprecio de la posteridad.

Los sarracenos de Valencia, Murcia y Granada, ausiliares de Abenjusef, rey de Marruecos, resolvieron volver á su independencia por medio de una revolucion jeneral en España, y apoderarse de toda la peninsula; mas como los preparativos necesarios para tan grande empresa no pudieron ocultarse á la vijilancia de D. Alfonso, se retiró este de Sevilla dejándola bien provista de todo lo necesario, y pasó á Córdoba: los moros se apoderaron de muchos pueblos, y el rey envió algunas tropas para contenerlos, entretanto que pudiese acudir con fuerzas suficientes para combatir con enemigos tan poderosos. Como el número de tropas castellanas era muy corto, pidió socorros á su suegro D. Jaime de Aragon, que se prestó á ello, formándose entre ambos soberanos en el invierno de 1263 el plan de operaciones para emprender la guerra en la primavera siguiente: llegada esta, y mientras los aragoneses marchaban sobre Murcia, D. Alfonso entró por los dominios de Granada, venció á los reyes moros coligados, aunque recibieron un gran refuerzo de Africa, se apoderó de muchos pueblos y plazas, y el mismo rey de Granada tuvo que rendir de nuevo vasallaje á D. Alfonso, con las condiciones que este quiso imponerle: mientras el rey de Castilla se cubria de gloria con esta victoria, el de Aragon, le conquistó y cedió el reino de Murcia, adonde el castellano envió por gobernador á su hermano el infante D. Manuel.

Tan continuadas victorias habian hecho respetable el nombre castellano, y llenado de espanto á los sarracenos; pero los crecidos gastos para tales espediciones agotaron al erario y apuraron á los vasallos, estenuados ya con anteriores desembolsos; y no atreviéndose el rey á imponer nuevas cargas, pensó que podria salir de sus apuros rebajando el valor y ley de la moneda: semejante determinacion produjo unos resultados totalmente contrarios á las ideas que el rey se habia propuesto, porque á proporcion de la pérdida de las monedas creció el precio de los jé-

neros, y determinando fijarle nadie quiso vender. Con la escasez se introdujo el descontento, y algunos grandes se rebelaron contra el rey, protejidos por el granadino. Las cabezas principales de esta rebelion eran don Nuño Gonzalez de Haro y el infante D. Felipe, que se habia estrañado de Castilla y puesto al servicio del vengativo rey de Granada. D. Alfonso hizo cuanto pudo para impedir semejante desacato: satisfizo con suavidad y moderacion á las quejas, cediendo de su derecho cuanto le fué posible sin comprometer su dignidad: les propuso varios partidos ventajosos que no admitieron, amenazando invadir los dominios castellanos. Irritado el rey con tantos desacatos determinó castigarlos por medio de su hijo primojénito D. Fernando de la Cerda, á quien envió con tropas escojidas: este príncipe, antes de venir á las manos, intentó la reconciliacion, la cual se verificó, aunque sus condiciones eran poco admisibles; mas el rey se convino á todo por el bien de la paz, y por quedar libre para dirijir sus atenciones hácia otra parte.

Los reyes de Fez y de Marruecos, coligados con el de Granada, invadieron con un poderoso ejército los estados de Castilla, se apoderaron de algunas plazas, y se pusieron sobre Jaen y Ecija. D. Nuño de Lara, adelantado de aquellas fronteras, acudió inmediatamente al socorro de estas plazas, y con las pocas tropas que tenia combatió valerosamente con la muchedumbre enemiga rompiendo con la mayor bizarría las filas mahometanas, de modo que su jeneral temió una completa derrota; mas al fin oprimidos por la multitud tuvieron los castellanos que retirarse, dejando la victoria á los moros. Este desgraciado acontecimiento hizo que el príncipe D. Fernando de la Cerda reuniese rápidamente en Burgos las tropas que pudo, y se puso en marcha, habiendo llegado en pocos dias hasta Ciudad Real, donde le asaltó una aguda enfermedad que le quitó la vida en pocos dias. Noticioso el infante D. Sancho de la muerte de su hermano, se puso en marcha para la Andalucía con las tropas que pudo reunir; llegó á Ciudad Real, habiéndose granjeado en el camino el afecto de los ricos-hombres con tal arte, que le reconocieron por inmediato sucesor al trono de su padre lue-

go que este muriese, y atrajo á su partido á D. Lopez Diaz de Haro, señor de Vizcaya.

Habiendo pasado á Sevilla advirtió que podria finalizarse aquella guerra colocando una escuadra en el Estrecho para impedir que entrasen socorros de Africa; y temiendo el rey de Fez que con semejantes preparativos le impidiesen la retirada, se marchó al puerto de Aljeciras. Bien habria querido regresar á Africa; pero como sus bajeles no estaban en disposicion de emprender un combate con la escuadra castellana, buscaba un medio de hacer su salida sin tener choque. Con la venida del rey D. Alfonso se propuso al Marroquí un armisticio de dos años, que aceptó gustoso, porque en aquellas circunstancias le era muy favorable. Igual tratado se celebró con el rey de Granada, y así quedaron por entonces suspensas las hostilidades, y los castellanos gozaron de algun reposo. Concluida la guerra marchó el príncipe D. Sancho á verse con su padre, y á pedirle que le declarase heredero de la corona con esclusion de los hijos de D. Fernando: aunque D. Alfonso sentia privar á sus nietos del derecho que tenian á la corona como hijos del primojénito, sin embargo las insinuaciones de D. Lopez Diaz de Haro, que representó al rey con la mayor enerjía los grandes servicios que habia hecho D. Sancho durante su ausencia, le decidieron á consultar el punto con su consejo.

Como el rey habia compuesto el código de las Siete Partidas, en el cual se declaraba á los hijos de los príncipes que muriesen antes que su padre el derecho de representacion de la persona de este para heredar al abuelo, no se atrevieron los consejeros á oponerse á la opinion que el rey acababa de manifestar: solo el infante D. Manuel, arreglado á las leyes godas, espuso que la corona no debia pasar al nieto, sino desde el rey que la poseía al hijo mayor que le vivia como si este fuese el primojénito: con esta manifiesta opinion se conformaron los demas ministros por fundarse en la lejislacion de sus antecesores. El rey convocó las cortes en Segovia para decidir sobre este punto, y en ellas fué D. Sancho declarado inmediato sucesor de su padre, y jurado como tal. Ofendida la reina doña Violante del perjuicio que se acababa de hacer á sus nietos, y

temiendo algunas aserhanzas, marchó con ellos, y con su madre doña Blanca á Aragon, desde donde creyó poder destruir con el ausilio del rey D. Pedro III los manejos de D. Sancho.

Luego que se supo en Francia el fallecimiento del príncipe D. Fernando de la Cerda, envió el rey cristianísimo un embajador para pedir á D. Alfonso el dote de doña Blanca, y que esta y sus hijos volviesen á Francia, aunque despues de haber declarado heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos. D. Alfonso resistió estas peticiones, y ofendido el rey de Francia se preparó para romper la guerra contra Castilla, mas por entonces la impidió la mediacion del papa. En el año 1277 volvieron los embajadores reiterando las mismas pretensiones, y D. Alfonso sostuvo lo que habia contestado anteriormente en órden á la sucesion del reino, añadiendo que como los infantes Cerda y su madre doña Blanca se habian pasado á Aragon, estaban privados del derecho que pudieran haber tenido á la corona y bienes dotales por su marcha clandestina. Esta nueva respuesta alteró al francés, y declaró la guerra que tampoco tuvo efecto por mediacion de la corte de Roma.

Entretanto concluyó el armisticio hecho con los moros, y don Alfonso que tenia apostada una escuadra de cien velas en el Estrecho para impedir los socorros que pudiesen venir de Africa, reunió sus tropas en Sevilla, encargando á su hijo el infante D. Pedro el mando de ellas para que bloquease á Aljeciras y se apoderase de ella. Con efecto redujeron esta ciudad al mayor apuro, se sostuvo algun tanto por el socorro que esperaba de Tánjer, pues Abenjucef se lo habia prometido en la primera ocasion, la cual se le presentó, y no la desperdició porque el príncipe D. Sancho, que mandaba la escuadra, habia enviado á su madre los caudales destinados para sostenerla en el Estrecho, y la tripulacion enferma y hambrienta habia buscado en tierra sus alojamientos en miserables chozas. Este acontecimiento lo supo el africano, y con catorce galeras acometió á la escuadra cristiana con tal denuedo, que quemó, apreso y echó á pique todas las naves que se le presentaron, entrando el socorro en la plaza: el sitio por tierra se consideró inútil por esta desgracia: la desercion y las enfermedades

destruian el ejército, el cual tuvo que retirarse, abandonando al enemigo todos los pertrechos de guerra; de modo que viéndose D. Alfonso sin naves ni tropas tuvo que hacer treguas con Abenjucef.

Seguia el empeño de hacer venir á Castilla á los infantes de la Cerda con la reina doña Violante, y solo se consiguió la venida de esta; mas no la de los infantes, porque el rey de Aragon se empeñó en no enviarlos aunque sí prometió que no los dejaría pasar con su madre á Francia. Esta potencia tampoco habia olvidado sus pretensiones acerca de los infantes la Cerda: el papa instaba igualmente diciendo que llevaria adelante su empeño mientras no se revocase el nombramiento de don Sancho, ó cuando menos se separasen de nuevo los reinos de Leon y de Castilla, colocando en el uno al primojénito del difunto D. Fernando, con la amenaza de que recurriria á todos los arbitrios de su poder; pero sin embargo de las cartas y embajadas que se multiplicaban no se adelantó cosa alguna. Se avistaron los dos reyes, disputaron sobre el punto con el mayor empeño, contentándose ya el francés con que al infante D. Alonso de la Cerda se le diese el reino de Jaen, feudatario de Castilla, cuya proposicion eludió el príncipe D. Sancho con sutiles manejos. Se retiró el rey de Francia, encargando de paso al de Aragon que protejiese á los Cerdas contra los insultos de Castilla; y como al aragonés le interesaba tenerlos en su poder como en rehenes, no necesitaba este encargo, pues asi tenia sujeto por temor al príncipe de Castilla en su alianza, y podia contar con un poderoso enemigo que oponer á la Francia en todo caso. El rey de Aragon y el de Castilla con el príncipe su hijo ajustaron en el año 1281 cierta confederacon *de amigo de amigo y enemigo de enemigo* contra toda potencia que se declarase contra uno de ellos: este tratado se formalizó con la condicion de que el que le quebrantase primero habia de pagar veinticinco mil marcos de plata. Aunque esto sonaba en público, lo que verdaderamente se determinó en secreto fué reunir las fuerzas de ambos estados contra la Navarra, y dividirla entre los dos, y aun se dice que el príncipe D. Sancho cedió su parte al de Aragon, con tal que cuando muriese su padre le pro-

tejiese en la sucesion del reino.

D. Alfonso abrigaba en su pecho un vivo resentimiento contra su hijo D. Sancho por la pérdida de su ejército y armada en el sitio de Aljeciras: aunque conocia que el autor de tan considerable pérdida era su hijo, no se atrevia á descargar sobre él su enojo, y siendo preciso que hubiese una víctima que inmolar, culparon de aquel daño al depositario de los caudales destinados al efecto, que era un hebreo poderoso llamado D. Zag de la Malea, á quien se le formó proceso y se le condenó á muerte, mandando el rey que este desdichado fuese arrastrado hasta el suplicio, pasándolo por delante de la habitacion del príncipe: quiso este salir á libertarle, pero habiéndoselo impedido, prorrumpió en amargas quejas contra su padre, jurando vengar aquella accion tan injuriosa á su persona.

En el año 1282 se sublevó D. Sancho contra su padre, aprovechando la ocasion del descontento de los pueblos y de la nobleza sobre la violencia que se les hacia para admitir el código de las Partidas y fueros municipales. La sangre del infante D. Felipe y la del señor de los Cameros, muertos en suplicio sin que se supiese la causa, fueron otros motivos para animar esta conspiracion: todos se separaban del rey y aumentaban el partido del príncipe, aliándose este tambien con Aragon, Portugal y Granada. En tal estado D. Alfonso temió el riesgo que le amenazaba, y procuró evitarle transijiendo pacíficamente, á cuyo efecto solicitó avistarse con su hijo; este detuvo con temeridad á los embajadores de su padre, y reuniendo en Valladolid á sus parciales, le reconocieron por su rey y se obligaron á contribuirle con las rentas reales. D. Alfonso volvió á repetir sus oficios, mas el príncipe á nada asintió, por lo cual viéndose el rey espuesto á perder su corona, y no hallándose en estado de castigar á los rebeldes, pidió ausilio al papa, á la Francia, Aragon, Portugal, Granada y Marruecos; pero todos le desampararon á escepcion del papa y el marroquí que le prestaron algun socorro, el primero de censuras eclesiásticas, y el segundo de dinero y naves bien tripuladas; mas como este último no era cristiano se le miraba con desconfianza, y se difundieron voces de que aspiraba á sacar ventajas de las disensiones de los castellanos:

resentido el moro se retiró á Africa, privando á D. Alfonso de un ausilio que le habria sido útil en tan apuradas circunstancias: sin embargo, su retirada no sirvió de obstáculo para que se fuese aumentando el partido del rey. Las amenazas del papa y de los obispos contra todos los que no fuesen fieles al rey que habian jurado, hicieron volver á su deber á los caudillos de la rebelion y á una multitud de pueblos.

D. Alfonso convocó córtes en Segovia, dió un manifiesto en que patentizaba á la faz del universo las injurias que le habia hecho don Sancho, á quien desheredó, fulminando contra él su terrible maldicion. Por último, en el año 1284 supo el rey que su hijo D. Sancho habia caido en una peligrosa enfermedad, y que estaba arrepentido de sus desaciertos, deseando postrarse á los pies de su irritado padre, quien compadecido le perdonó, retractando sus maldiciones contra él. La pesadumbre le hizo enfermar en tal estremo, que murió D. Alfonso el dia 4 de abril de dicho año, y fué enterrado en la catedral de Sevilla. Este monarca tuvo de su esposa doña Violante, hija del rey D. Jaime I de Aragon, cinco hijos, á saber: el primojénito D. Fernando, que murió antes que su padre, á D. Sancho que le sucedió, á D. Pedro, don Juan y D. Diego; y bastardos otros dos que fueron D. Alonso y D. Fernando; ademas tuvo cuatro hijas, una de ellas tambien fuera de matrimonio.

Don sancho iv.—(1284) Este príncipe subió al trono por aclamacion de los pueblos que le prestaron obediencia. El infante D. Juan su hermano, apoyado en el primer testamento de su padre, habia formado el proyecto de quedarse dueño de Sevilla y Badajoz; pero al fin tuvo que desistir.

Abenjucef, rey de Marruecos, hizo á D. Sancho proposiciones de paz: habiéndole contestado este descortesmente se resintió el moro y pasó el Estrecho con una poderosa armada, sitió á Jerez y cometió en los pueblos cercanos á Sevilla los mayores estragos: cuando don Sancho se preparaba á la venganza, recibió un mensaje del rey de Francia para que no diese ausilio al de Aragon, á quien hacia la guerra: D. Sancho respondió vagamente á esta embajada, prometiendo enviar otros embajadores á Francia para arreglar el negocio: esta contesta-

cion no ofuscó al francés, y sin esperar otra embajada rompió por Aragon con un ejército de cien mil hombres, puso á Jerona en la mayor consternacion, y no encontrándose el aragonés en estado de hacerle frente, pidió al de Castilla que le ausiliase segun los tratados que habian celebrado: D. Sancho se escusó con el sitio de Jerez é invasion de los moros, por lo cual procuró el rey de Aragon resistir á los franceses, y murió poco despues.

Su hijo D. Alonso III le sucedió y continuó la guerra con la Francia. Reflecsionando entonces el rey de Castilla que concluida aquella lid podria intentar el nuevo rey la venganza, le envió una embajada pidiéndole á los Cerdas, y manifestando que deseaba continuar la alianza que unia á las dos coronas; pero la respuesta no fué satisfactoria al rey de Castilla, quien para ventilar el punto de si la alianza debia hacerse con Aragon ó con Francia, determinó celebrar córtes en Alfaro, en donde se prefirió la de Francia. En este congreso se presentó D. Lope Diaz de Haro, que habia tratado á los estados del rey su favorecedor con la mayor nsolencia, y con la misma defendió que se debia preferir la alianza de Aragon. D. Sancho aprovechó la ocasion formando el designio de apresarle y hacerle restituir sus usurpaciones; le intimó que se entregase preso, se resistió gritando á los suyos y arrojándose furiosamente con un puñal hácia donde estaba el rey, mas la guardia le mató de un porrazo; y al infante D. Juan su amigo y compañero habria sucedido lo mismo si no se hubiese acojido al regazo de la reina; sin embargo, fué preso y conducido á Burgos.

La viuda de D. Lope hizo tomar las armas á su hijo D. Diego Diaz de Haro, quien reunió bastante jente y se pasó á Aragon á solicitar la libertad de los Cerdas, que consiguieron, porque el aragonés deseaba una ocasion favorable para emplear su venganza contra el castellano; mas á poco tiempo falleció el D. Diego y con él fenecieron los resentimientos. Con este motivo quedó D. Alonso de la Cerda sin apoyo para sostener su figurada dignidad real: sin embargo, á fuerza de ruegos de este no pudo desentenderse el rey de Aragon, y apresurándose á pacificar las disensiones de sus estados, aumentó su ejército con mas de cien mil hombres, y mar-

chó contra D. Sancho: este le esperaba en sus fronteras, y cuando todo anunciaba una guerra cruel, se redujo á algunas correrias y asaltos sobre la villa de Almazan.

Como poco despues hubiese ocurrido la muerte del rey de Aragon, su sucesor D. Jaime II viendo que D. Sancho era ya un enemigo respetable, trató de confederarse con él, y así se verificó, resultando de esta union que el rey de Francia se aviniese tambien con el de Aragon, bajo algunas condiciones y seguridades que se dieron mútuamente.

Aunque D. Alonso tomó las mas vivas precauciones para sostener una corona violentamente adquirida, no habia podido apagar el fuego de la sedicion que al parecer estaba encubierta. El infante D. Juan insistiendo en sus pretensiones, luego que se vió libre empezó á fomentar la insurreccion unido á los Laras; mas la vijilancia de D. Sancho la atajó en sus principios, y don Juan tuvo que huir y embarcarse para Africa. Por un contratiempo llegó á Tánjer, en donde tuvo la astucia de persuadir á Abenjucef que venia á ponerse á su servicio, y como á la sazon meditaba una espedicion contra Castilla, le dió el mando de cinco mil caballos para la conquista de Tarifa. El infante admitió este encargo y se presentó delante de la plaza, la sitió y asaltó con el mayor denuedo; pero su gobernador D. Alonso de Guzman el *Bueno* la defendió vigorosamente rechazando á los mahometanos en los asaltos que la dieron.

Irritado el infante juró no abandonar la empresa hasta rendir la plaza de cualquier modo que fuese; y una casualidad hizo se valiese de uno de los medios mas terribles que pueden imajinarse. Supo que el gobernador Alonso habia sacado de Tarifa á su hijo único, de tierna edad, temeroso de los peligros del sitio, trasladándole á un pueblo inmediato. El infante mandó se apoderasen del niño y se le llevasen al campo delante de la plaza, é hizo intimar al gobernador su padre que si no la rendia traspasaria con su espada al tierno niño. D. Alonso, haciéndose superior á los sentimientos de la naturaleza, sacrificó su hijo á su patria, y conociendo los mahometanos la inutilidad de sus esfuerzos, levantaron el sitio repasando el Estrecho, y el infante se retiró á Granada.

El dia 26 de abril del año

1295 falleció D. Sancho en la ciudad de Toledo, dejando nombrado por sucesor á su hijo don Fernando en la edad de nueve años, cuya tutela encargó á la reina doña Maria de Molina.

Don fernando iv.—(1295) Casi siempre han sido fatales en España las minorías de los reyes, y la del niño D. Fernando habria sido la mas desgraciada á no haber caido en manos de su virtuosa madre doña María de Molina, señora de un alma tan estraordinaria, que apenas se nos presentará otra en la historia. Despedazaban en este tiempo su reino cuatro facciones contrarias, dos de las cuales disputaban al rey niño la corona bajo el pretesto de ser ilejítimo su nacimiento, suponiendo nulo el matrimonio de sus padres; y las otras dos pretestaban que la tutela y gobierno de los estados no correspondian á la reina, porque por su secso no tenia la firmeza necesaria para hacerse temer y respetar.

La prudencia, habilidad y virtudes de la reina doña María se demostraron en el tino con que manejó los negocios políticos en un tiempo de tantas turbulencias. Rodeada de unos príncipes y grandes turbulentos que solo aspiraban á su engrandecimiento á costa del rey niño, á cuya vista la hicieron algunas veces sospechosa, supo manejarse de tal modo que se granjeó el afecto y estimacion de los pueblos por su bondad y buen manejo en las circunstancias mas delicadas. D. Fernando fué coronado rey de Castilla y de Leon, y reconocido por todos sus vasallos; mas apenas se efectuó su proclamacion cuando el infante D. Juan, hijo tercero de D. Alonso el *Sabio*, protejido por el rey de Portugal, empezó (1296) á apellidarse rey de Castilla, de Leon, de Galicia y de Sevilla, amenazando apoderarse del reino con un ejército compuesto de jentes de todas clases, á quienes halagaba con la esperanza del botin. Tambien rompió la faccion de D. Diego de Haro, haciéndose dueña de una parte de Vizcaya y molestando las fronteras de Castilla. No se quedó atras D. Alonso de la Cerda, pues sostenido por los reyes de Francia, de Aragon y de Granada salió igualmente á la palestra. Siguiose la parcialidad de la mayor parte de los grandes pretendiendo el gobierno como privilejio esclusivo de la grandeza: en medio de tantas asechazas tuvo la reina que implorar la pro-

teccion de D. Juan y don Nuño de Lara, personas de mucho poder, á quienes D. Sancho habia recomendado el amparo del príncipe y su madre; estos la fueron traidores porque despues de haberse ofrecido á tomar partido en su defensa y percibido los caudales que la reina les franqueó para la empresa, se unieron al rebelde D. Diego de Haro.

Cuando D. Enrique, tio del rey, supo este acontecimiento, formó el proyecto de apoderarse de la tutela de su sobrino; en semejante estado la reina resolvió convocar las córtes en Valladolid para ratificar la obediencia que se habia jurado á D. Fernando: D. Enrique procuró impedir esta reunion con imputaciones poco decorosas á la reina, y aunque doña María y su hijo entraron en el congreso fueron vanos los esfuerzos que hicieron contra las pretensiones del infante, pues la tutela quedó encargada á D. Enrique, dejando á la reina solamente la crianza de su hijo. Despues de este apuro llegaron los encargados de D. Diego de Haro pidiendo la Vicaya, y que de lo contrario proclamarian á D. Alonso de la Cerda. La reina comisionó al maestre de Calatrava y otros personajes para proponer al don Alonso un partido razonable; pero se confabularon con ellos y volvieron amenazando á la reina que si no admitia sus proposiciones la abandonarian ellos tambien. No siendo posible á la reina admitir tales proposiciones, era preciso imajinar otros medios para la conciliacion: por otra parte apuraba el infante D. Juan estendiendo sus maquinaciones por los pueblos de Estremadura y Leon, lo que hacia temer que se dispusiesen los ánimos contra el gobierno de un desgraciado niño, combatido á la vez por tantas y tan poderosas facciones; mas el tutor se encargó de pacificar al portugués y al infante D. Juan, la reina de transijir con los Laras, y todo se consiguió con felicidad. Contento el portugués con la cesion de algunas plazas, abandonó á don Juan y trató el matrimonio de su hija Constanza con el rey don Fernando para cuando estuviesen en edad competente. El infante D. Juan se conformó en volver al servicio de su rey restituyéndole los estados que le pertenecian; y los Laras y Haros prometieron alguna tranquilidad despues de tantas inquietudes.

Poco duró esta calma, pues

para llevar adelante sus miras se reunieron el infante D. Juan, los Laras y el de la Cerda, sedujeron al débil portugués, ganaron á los reyes de Aragon y de Granada, de modo que formaron entre todos un ejército compuesto de cincuenta mil hombres que rompió por los estados del rey, apoderándose de todos los pueblos y fortalezas que no se declaraban inmediatamente por D. Alonso de la Cerda. Entraron en Leon sin resistencia y aclamaron al infante por rey. Como la toma de Burgos habia de facilitar la posesion del resto de Castilla, instaba D. Alonso para que se la pusiese sitio, sobre lo cual hubo alguna detencion, porque al infante don Juan interesaba poco la suerte de los Cerdas, pretestando que la conquista de Castilla debia suspenderse para despues. La reina, aprovechándose de esta discordia, se apresuró á poner á Burgos en buen estado de defensa; y su guarnicion unida con el vecindario frustró con bizarria los esfuerzos de los contrarios, los cuales causaron muchas estorsiones á los pueblos comarcanos, se apoderaron de varias poblaciones que despues tuvieron que abandonar por un contajio que les acometió, de modo que aquella liga quedó disuelta.

El infante D. Juan y los Cerdas seguian temerariamente su empeño, y el infante D. Enrique solo trataba de engrandecer sus estados. Aunque la reina conocia el carácter de este hombre y sus pérfidos proyectos, no podia romper contra él en las críticas circunstancias en que se hallaba, y consideró que sería menos malo tenerle por amigo poco fiel que por enemigo declarado. El mejor medio que encontró para deshacer sus proyectos ambiciosos fué acelerar la lejitimacion de los hijos de D. Sancho, y el matrimonio del rey D. Fernando con doña Constanza de Portugal: consiguió al fin nuevos subsidios en las córtes de Burgos en el año 1302, con cuyas sumas se impetraron y vinieron las bulas de lejitimacion y dispensa, se celebró el matrimonio, y cesaron los pretestos de la rebelion.

Estos heróicos procedimientos de la reina en medio de tantas turbulencias le ganaron el corazon de su hijo, el cual, aunque ya emancipado, la permitia todavia el mayor influjo en el gobierno, y sus consejos dirijian al jóven rey con envidia del infante D. Enrique, quien se

propuso introducir la discordia entre madre é hijo, porque la inesperiencia de este jóven le facilitaba el triunfo; y le sedujo de tal modo que aunque conocia bien la virtud de su madre, se entregó totalmente en manos de D. Enrique. Como este solo deseaba alejarle de la reina, le decidió á que pasase con el infante D. Juan y con Nuñez de Lara á reconocer los pueblos de Leon. Con el trato frecuente de estos les mostró el jóven rey cierta predileccion que no agradó á D. Enrique, que para contrarestar á los nuevos favoritos se unió con D. Diego de Haro al partido de la reina: la destreza de esta logró apaciguarlos, asegurando que nada se intentaria mientras lo pudiese impedir; pero la discordia renacia ya en una parte ya en otra.

D. Fernando convocó córtes en Medina del Campo (1303) y los pueblos viendo que esta convocatoria se hizo solo en nombre del rey, manifestaron á su madre que no concurririan si ella no lo mandaba. Doña María, que deseaba la paz, no solo se opuso á esta resolucion, sino que á peticion de su hijo asistió á la asamblea. Los concurrentes, indignados de ver al rey entregado á unos hombres cuyas maldades les habian hecho odiosos jeneralmente, pidieron á la reina permiso para retirarse, obligándose á concurrir si ella misma lo mandase. Cuando esta señora hacia los mayores esfuerzos para detenerlos, el infante D. Juan y Nuñez de Lara sujirieron al rey la idea de que su madre era la causa de todos los males que aflijian al reino, y que intentaba casar á su hija doña Isabel con D. Alonso de la Cerda y colocarlos en el trono de Castilla. Semejante imputacion no la creyó D. Fernando, porque tenia suficientes puebas del amor y jenerosidad de su madre; sin embargo, continuaba la amistad del rey con estos perniciosos favoritos, contra quienes don Enrique formó otro nuevo proyecto. Propuso á la reina que se uniese á él contra enemigos tan perjudiciales, y aunque la política se lo aconsejaba, el amor á su hijo y á la paz no se lo permitia: no obstante, presumiendo la reina que el consejo de don Enrique podria ser un medio para separar al rey de tan perversos amigos, se resolvió á contemporizar con él, y este fué un motivo especioso para que sus enemigos consiguiesen que el rey desconfiase de su madre y

se prestase á una alianza que le propusiéron contra la reina. Todo amenazaba una catástrofe jeneral: ambos partidos procuraban atraer al rey de Aragon, y D. Enrique contaba con un crecido número de pueblos que aborrecian á un rey tan abatido y entregado á unos hombres tan odiados. Afortunadamente el infante D. Juan, que deseaba su tranquilidad, convino en que se decidiese el derecho de los infantes de la Cerda al reino de Castilla por medio de jueces árbitros, y con la muerte de don Enrique, ocurrida á la sazon, tuvo efecto el compromiso, en el cual se le adjudicó á D. Alonso de la Cerda cierto número de pueblos, cuyas rentas deberian ascender á la suma de quinientos mil maravedís, y con esto cesaron en parte los disturbios. Los Laras envidiaban ciertos honores que el rey habia concedido á los Haros, porque como siempre aspiraban á mandar con absolutismo, no se hallaban bien con aquella especie de dependencia, y procuraron derribar á unos favoritos que les hacian sombra. Conociendo el rey la insaciable ambicion de sus falsos amigos, buscó en la prudencia de su madre el norte que debia modelar su conducta.

Mientras duraban estas contiendas de los Laras y Haros, salió D. Fernando de la menor edad, y habiendo aprendido desde su infancia las máximas de su prudente madre, adoptó una política dulce y apacible, con la cual recibió en su servicio á los principales jefes de los descontentos, á quienes trató con estimacion, culpando de las calamidades públicas á las desgracias de los tiempos, por cuyo medio logró atraerlos de tal modo, que de unos vasallos inquietos hizo unos súbditos fieles y amantes de su rey.

Con motivo de las disensiones que destrozaban á los moros en Andalucía, determinó D. Fernando arreglar un ejército para aprovechar la ocasion, se unió con el rey de Aragon y dieron principio á la guerra; el primero sitió á Aljeciras y el segundo á Almería cuyas plazas servian de escalon á los moros que de Africa pasaban á España: el aragonés despues de un largo sitio tuvo que retirarse para sosegar ciertas turbulencias ocurridas en Cataluña, y el rey de Castilla debilitado por la desercion de sus tropas, causada por las intrigas del infante D. Juan, tuvo que hacer la paz con los moros, sin haber sacado otro fruto

de esta espedicion que la conquista de Jibraltar, muy costosa por haber muerto en ella heróicamente el célebre D. Alonso Perez de Guzman el Bueno.

El infante D. Juan, receloso de la venganza del rey contra su persona, trató de evitar el golpe que le amenazaba y se refunjió en Burgos; pero despues, á ruegos de la reina y de algunos obispos, se le concedió un indulto que seguramente no merecia por sus muchas maldades.

Cansados los grandes de penosas revoluciones se entregaron al sosiego, lo cual proporcionó al rey la continuacion de sus espediciones: equipó, pues, un nuevo ejército, con el que pasó á Andalucia, y estando en Martos supo que se hallaban alli dos caballeros hermanos, llamamados Carvajales, indiciados gravemente en la muerte de un caballero, sucedida en la puerta del palacio real de Palencia, y el rey sin formacion de proceso ni otras pruebas les mandó prender, les condenó á muerte, é hizo arrojar de lo alto de una elevada peña: aunque los infelices reclamaron ser oidos en justicia, se les negó este derecho sin que se pueda advertir la razon que hubo para tal inhumanidad, atendida la benignidad y justicia del rey. Sufrieron pues la pena; pero antes protestaron su inocencia, y emplazaron al rey para que dentro de treinta dias compareciese á dar cuenta de su injusticia ante el tribunal del Juez Eterno. Esta citacion se oyó por entonces con bastante indiferencia, mas el suceso acreditó la seriedad de su efecto, porque el mismo dia que se cumplieron los treinta, que fué el 7 de setiembre de 1312, se encontró al rey D. Fernando muerto en su cama, siendo de edad de veinticuatro años. Este desgraciado suceso le dió el sobrenombre de *Emplazado*, y con él se le distingue todavia.

Don alonso xi.—(1312) Poco mas de un año tenia este príncipe cuando murió su padre, y aun no estaban cicatrizadas las heridas que habia recibido Castilla en las anteriores tutelas y turbulencias que de sus resultas habian ocurrido, cuando se suscitaron otras nuevas. Cuatro partidos contrarios, cuyas cabezas eran D. Juan y don Pedro, tios paternos del niño, su abuela y su madre, renovaron las escenas ruidosas del reinado anterior; todos aspiraban á la tutela tan obstinados que se decidieron á sacrificar sus intereses para con-

seguir su intento: los mas de los pueblos de Andalucía se declararon por D. Pedro, que se unió con la reina abuela, el rey D. Jaime II de Aragon, y D. Juan Alonso de Haro, quienes reunieron un ejército de doce mil hombres para contrarestar los intentos del infante D. Juan. Este contaba con algunos pueblos de Castilla, con los parciales de la reina viuda doña Constanza, los Cerdas, el infante D. Felipe, tio tambien del rey D. Juan Nuñez de Lara, y otros muchos personajes; mas todos estos no igualaban en fuerzas á las de D. Pedro. Como el D. Juan tenia de su parte á la reina madre, que habia puesto al rey niño bajo el amparo y custodia del obispo de Avila D. Sancho, formó la idea de apoderarse del niño, para de este modo hacerse obedecer aun de las mismas córtes: encargó esta comision á D. Nuño de Lara; pero la reina doña María, conociendo la inclinacion de su nuera hácia el partido del infante D. Juan, despachó algunas tropas al infante D. Pedro para hacer retroceder á Lara. Con objeto de restablecer la tranquilidad creyó que seria un buen medio convocar córtes para que en ellas se comprometiesen los pretendientes á su determinacion; se celebraron estas en Palencia, y como estaban divididos los representantes, no fué posible que se conviniesen: la reina abuela y su hijo D. Pedro obtuvieron los votos de las ciudades que estaban á su devocion, así como el infante D. Juan y la reina madre lograron los de las ciudades que igualmente les seguian.

Aunque la reina doña María se hallaba en una avanzada edad, y fatigada de los sucesos pasados, se empeñó sin embargo con toda su dulzura y política en buscar medios para sosegar los disturbios; mas nada fué bastante para reconciliar los dos partidos encontrados, porque aunque con la muerte de su nuera se debilitó algun tanto el de D. Juan, se fomentó este por otra parte con la agregacion de D. Juan Manuel, adelantado de Murcia, y procurando la reina evitar una guerra que podia ser desastrosa, propuso el medio de que se confiriese la tutela y gobierno de los estados á ambos infantes, y que cada uno desempeñase los respectivos á las ciudades que los habian elejido en Palencia, cuyo plan se aprobó en las córtes celebradas en Burgos en el año de 1315.

Ocurrió la muerte de D. Juan Nuñez de Lara, y por este feliz acontecimiento se pacificó todo, y se dedicaron los tutores al seguimiento de las guerras contra los sarracenos. El infante D. Pedro se encargó de combatirlos, se presentó en la vega de Granada, y con un mediano ejército consiguió algunas victorias, con las cuales se despertó la envidia del infante D. Juan, porque imajinaba que aquel llegaría á apoderarse de alguna parte del reino de Granada: tambien temia que otras muchas ciudades contrarias antes á don Pedro, entusiasmadas con sus victorias se pondrian á su devocion, por cuyo medio se alzaria con la tutela. Le escaseó pues, los socoros que debia enviarle, para comprometerlo al malogro de las ventajas adquiridas, y á la pérdida de su reputacion: instaba D. Pedro, pero nada conseguia, y así fué preciso que la política de la reina, á quien no se ocultaba la intriga, empeñase á D. Juan á tomar parte en la guerra, ofreciéndole ciertos donativos: se unieron los dos infantes en la frontera, mandando cada uno sus respectivos batallones: tomaron varias plazas, se situaron con la mayor intrepidez á la vista de Granada, y viéndose dueños de un rico botin, y fatigados de los ardores del estío, se retiraron. Entonces los acometieron los moros, y se trabó un obstinado combate, en el cual fueron arrollados y perseguidos los vencedores, perdiendo la vida sus dos jefes.

Este desastre fué muy sensible á la reina, tanto por la gran pérdida, cuanto por haber quedado sola en la tutoría del niño rey su nieto, en una edad cansada en que le era muy penoso luchar con los díscolos que aun restaban. D. Juan Manuel se declaró pretendiente á la tutela, y pretestando que la reina sola no podia sufrir tan penoso cargo, logró el voto de algunas ciudades. El infante D. Felipe, hijo de la reina abuela, determinó atajar las ideas ambiciosas del D. Juan, ó disputarle la tutela; mas la prudencia de la reina les hizo que repartiesen entre ambos el gobierno como lo estuvo en los dos infantes D. Juan y don Pedro.

Hecho este concierto, se presentaron otros dos competidores bastante poderosos, que fueron D. Juan el *Tuerto*, hijo del infante D. Juan, y D. Fernando de la Cerda, cada uno autorizado competentemente por la ciudad y consejo de Búrgos, y am-

bos reunidos formaron un gran partido contra la reina y sus dos co-tutores, resolviendo no obedecer las órdenes del soberano. Por otra parte las ciudades de Andalucía abandonaron á don Juan Manuel, y nombraron al infante D. Felipe, de modo que se vieron cinco tutores á la vez entre quienes diariamente se mudaba de partido; y para colmo de las desgracias que combatian al rey niño, ocurrió la muerte de su abuela doña María en Valladolid, en el año 1321, habiendo recomendado antes su desventurado nieto á los caballeros ricos-hombres y concejo de la ciudad.

Con la muerte de la reina se introdujo un jeneral desórden que atrajo la confusion y desastre del gobierno y de los pueblos: los tutores se destrozaban entre sí y sacrificaban á sus resentimientos á cuantos no seguian su partido: las ciudades mandaban sus nombramientos con la mayor facilidad, y estos desastres multiplicaron hasta lo infinito el número de salteadores y asesinos, de quienes muchas veces echaron mano las facciones para satisfacer su ambicion.

Cuatro años duró esta cruel ajitacion, y cumpliendo el rey los catorce de su edad en el de 1324, hizo que se declarase su mayoría, con lo que tuvieron los tutores que renunciar solemnemente su encargo.

El rey empezó con prudencia á restablecer el órden, amenazó con un severo castigo á los revoltosos; y viendo D. Juan Manuel y D. Juan el *Tuerto*, principales motores de tantas inquietudes, que el golpe terrible se iba á descargar sobre ellos, trataron de hacerse fuertes en Cigares, pueblo de la pertenencia de este último, y renovaron allí sus antiguas alianzas; mas el rey que previó las consecuencias de esta union, se valió de la mas fina política para hacerla, y como conocia el carácter de don Juan Manuel, le despachó un mensaje pidiéndole con el mayor sijilo á su hija por esposa. Este mal caballero é infiel amigo, deslumbrado con tal fortuna, y con la mayor esperanza de tener una grande influencia en el gobierno, abrazó inmediatamente tan ventajosa propuesta sin reparo de faltar al juramento hecho con don Juan el *Tuerto*. Celebróse el matrimonio, aunque nunca llegó á consumarse por la corta edad de la novia. El despreciado amigo de D. Juan Manuel se acojió á la

proteccion del rey de Aragon, despertó la animosidad de don Alonso de la Cerda, y procuró aliarse con el de Portugal. Con estos ausilios trataba de venir á Castilla á vengar el agravio hecho á su amor y á su amistad: el rey le temió, porque ecsausto de recursos por la miseria en que se hallaban sus pueblos con las pasadas rapiñas, no se hallaba con suficientes fuerzas para chocar abiertamente con tan poderosos enemigos, y asi era preciso buscar un medio político para desarmar al rebelde: hízole llamar á Toro con el colorido de transijir sus diferencias y combinar planes para la guerra que se proyectaba contra los moros: D. Juan sospechó alguna maquinacion y se escusó. Frustrado este golpe que intentaba dar el rey, resolvió valerse del engaño para separar al revoltoso de sus maquinaciones.

Le finjió ciertas ofertas, le despachó un salvo conducto con el cual se disiparon sus temores, y se presentó en Toro donde esperimentó un agradable acojimiento; mas al dia siguiente le mataron á puñaladas á la entrada del palacio con dos caballeros que llevaba en su compañía. Es cierto que las maldades de D. Juan le habian hecho acreedor á un castigo severo, y que la tranquilidad pública pedia su cabeza; pero un asesinato tal no está en el órden de la justicia, ni se debió cometer contra una persona escudada con la palabra de un monarca.

Cuando D. Juan Manuel tuvo noticia de la muerte de D. Juan el *Tuerto*, llegó á temer igual suerte, y fué á guarecerse en la plaza fuerte de Chinchilla, que era de sus estados, con las tropas que mandaba en las fronteras de Andalucía. Como el rey habia emprendido la guerra con los moros de Granada y le hacian falta aquellas tropas, envió á llamar á D. Juan desde Sevilla. Este se negó, y el rey repudió á doña Constanza, casándose con doña María, hija del rey de Portugal.

D. Juan Manuel, deseoso de vengar este ultraje, se unió con el rey de Aragon y el de Granada para romper contra Castilla: D. Alonso trató de prevenirse, y avisó á su favorito Garcilaso de la Vega con otros caballeros para que alistasen tropas en tierra de Soria y pasasen con ellas contra los moros y sus aliados; los sorianos se alborotaron, y estando Garcilaso y sus compañeros oyendo misa se ar-

rojaron sobre ellos de modo que se salvaron muy pocos disfrazados en hábito de relijiosos. Se irritó el rey con esta maldad, y á pesar de las escortaciones del papa asoló los pueblos de don Juan, quien por otra parte destruia los del rey; de modo que las poblaciones de Castilla quedaron transformadas en esqueletos descarnados. La insurreccion cundia: Valladolid, Toro, Zamora y otras ciudades se declararon contra D. Alonso, y aunque el conde de Trastamara don Alonso Nuñez de Osorio intentó justificar semejantes desacatos, el rey castigaba con el mayor rigor á los rebeldes que encontraba; acaso esta severidad hizo mas dificil la reduccion de los demas. Finalmente la necesidad de acudir á la guerra de Granada, que ya se hacia temible por los grandes refuerzos que su rey habia recibido del de Marruecos, obligó al de Castilla á buscar algunos medios de reconciliacion; pero fueron infructuosos, porque D. Juan Manuel no olvidaba la muerte alevosa de D. Juan el *Tuerto* y sospechaba igual proyecto en cada una de las proposiciones que se le hacian; y como la rebelion de Castilla le aseguraba en su concepto su independencia, asi como el patrocinio del rey de Granada y el ausilio de D. Juan Nuñez de Lara, no temia á un príncipe obligado á luchar con las discordias intestinas y con el formidable ejército que destruia las fronteras de Andalucía.

Dueños los sarracenos de la plaza de Aljeciras, sitiaron á Jibraltar; y como la guarnicion se hallaba hambrienta y desnuda, desprovista de todo por traicion de su alcaide Vasco Perez de Mera, sin que pudiese esperar ser socorrida, cayó en manos de los sitiadores. Acudió D. Alonso, y aunque la reconquista no se presentaba fácil por el buen estado de defensa en que se hallaba aquella plaza, el rey emprendió con ardor su asedio, y dió repetidos asaltos, que fueron rechazados por los sarracenos; sin embargo, la plaza, abierta por diferentes partes, habria tenido que rendirse si el hambre y la desercion de los castellanos no les hubiera puesto en el mayor conflicto. Afortunadamente ocurrieron turbulencias en el reino de Granada, por lo que los moros se vieron precisados á proponer la paz; y como el rey de Castilla tenia tambien noticia de los daños que los descontentos hacian en su reino, las aceptó y levantó el sitio.

Presentóse el rey D. Alonso en Castilla resuelto á concluir con la raza inquieta de sediciosos que por tanto tiempo destruian el reino: y atemorizados los rebeldes con los muchos castigos, trataron de dejar las armas y encomendarse á la bondad del rey bajo las correspondientes seguridades; en efecto, D. Alonso se desentendió jeneralmente de los agravios recibidos, y aparentando tener por arrepentimiento lo que solo era efecto de la fuerza, oyó con gusto sus pacíficas disposiciones, concedió un indulto jeneral y los recibió en su servicio benignamente.

Sosegadas las turbulencias de Castilla volvió el rey sus armas contra Portugal para vengarse de la proteccion que en el año anterior habia dado á los rebeldes: rompió la guerra por tierra al mismo tiempo que la escuadra castellana mandada por el almirante D. Alonso José Tenorió, derrotó la portuguesa en las aguas del Océano: esta pérdida, y el saqueo de un sinnúmero de pueblos de Portugal, dejaron tan escarmentado á su rey que se vió precisado á solicitar un armisticio, que, por la mediacion del papa y del rey de Francia, le otorgó D. Alonso.

Terminado el armisticio que por cuatro años se hizo en el sitio de Jibraltar, Albohacem, rey de Marruecos, se habia propuesto volver á conquistar la España, y envió numerosas tropas al rey moro de Granada, mandadas por Abomelic, hijo de Albohacem. Los reyes de Aragon y de Castilla, interesados en derrotar estos numerosos ejércitos, reunieron sus escuadras y las apostaron en las costas para impedir el paso de otras y dejar bloqueados á los que habian desembarcado. Principiáronse las hostilidades siendo siempre rechazados los sarracenos.

Abomelic movió su numeroso ejército hácia Jerez, y fué atacado por el alcaide de Tarifa D. Fernando Perez Portocarrero, que siguió el alcance de los moros, consiguió cortarlos, y los batió con tal rigor que casi todos quedaron en el campo.

Animado el ejército castellano con esta victoria, acometió á Abomelic, en la vega de Pagana, cerca del rio Patuté, sorprendió sus campamentos al amanecer, principiándose el combate con solos quinientos caballos sarracenos que despertaron á los gritos de *Santiago, Santiago*. En poco tiempo quedaron destrozados los moros que sostenian

el combate, y los castellanos redujeron á cenizas los campamentos enemigos, habiendo perdido la vida en este choque el mismo Abomelic, y el resto del ejército mahometano huyó despavorido á refujiarse en Aljeciras.

Irritado Albohacem é inconsolable por la muerte de su hijo y el desgraciado écsito de aquella espedicion, pertrechó una formidable escuadra de ciento cincuenta naves, partió para España con el objeto de vengar tan considerables pérdidas, y fondeó en Aljeciras: derrotó la escuadra castellana, y unido con el rey de Granada sitió á Tarifa con mas de doscientos mil moros.

Esta derrota puso al rey don Alonso en la situacion mas crítica: sin escuadra para impedir el paso de los moros ni disposicion para construirla con la brevedad que se necesitaba, y sin tropas para resistir á tan crecido número de africanos, era casi inevitable la ruina de toda España si los príncipes españoles no se apresuraban á reunir sus fuerzas para defenderla: ecsortó á los reyes de Aragon y Portugal, se dió prisa á reparar algunas naves que se habian librado de la derrota anterior, y con quince galeras jenovesas que tomó á su sueldo logró poner en el Estrecho una escuadra que si bien no era numerosa, se consideró al menos suficiente para impedir que los moros se hiciesen cada vez mas fuertes.

El sitio de Tarifa era de dia en dia mas estrecho, y habria tenido que rendirse si no hubieran acudido á socorrerla los reyes de Castilla y Portugal con doce mil infantes y ocho mil caballos, con cuyo ejército hicieron levantar el cerco á los sarracenos, que tomaron posicion en unos cerros inmediatos. Entre estas alturas y la plaza corria el pequeño rio del Salado, que dividia los dos campamentos, y era forzoso vadearle ó apoderarse de un puentecillo que defendian dos mil quinientos caballos sarracenos: embistiéronle con ochocientos hombres dos caballeros hermanos, llamados Lasos de la Vega, con cuya refriega se hizo jeneral la batalla franqueándose el paso las tropas españolas: en medio de la pelea se separó un destacamento cristiano y dió impetuosamente sobre el cuartel jeneral de Albohacem, de modo que atemorizados los enemigos que le custodiaban huyeron preci-

piladamente hácia Tarifa; á este tiempo salió la guarnicion de la plaza y derrotó á los que se aprocsimaban: el rey de Castilla atacó el ala derecha del ejército mahometano y la desordenó tan completamente, que presurosos los fujitivos en buscar refujio cayeron bajo la cuchilla de los cristianos, y la batalla se convirtió en horrorosa carnicería de los mahometanos, quedando tendidos en el campo mas de la mitad de ellos, y los demas esclavos ó fujitivos abandonaron el campo y sus grandes riquezas al vencedor. Esta heróica accion, comparable solo con la famosa batalla de las Navas de Tolosa, que ganó el rey D. Alonso VIII, se dió el 30 de octubre de 1340: de sus resultas cayeron en poder de los cristianos las plazas de Alcalá la Real, Priego, Benamejí y Aljeciras en el año de 1344.

A consecuencia de estas victorias ajustaron los moros una tregua de dieziocho años, con la obligacion de satisfacer el rey de Granada doce mil doblones de oro anualmente.

En 1345 cedió el rey de Castilla á D. Luis de la Cerda, hijo de don Alonso, los derechos á las Canarias, de cuyas islas le habia ya coronado rey el papa Clemente VI.

Escarmentados los moros con las considerables pérdidas que habian sufrido, observaron esactamente sus tratados, y Castilla disfrutó por algun tiempo de una amable paz.

La sublevacion de los hijos de Albohacem en 1350 puso en combustion el reino de Marruecos, y viendo á los moros tàn ocupados en sus querellas intestinas, no quiso desperdiciar tan buena ocasion D. Alonso: reunió las tropas y naves que pudo y se puso delante de Jibraltar, que habria conquistado si un gran contajio que se introdujo en el ejército castellano no hubiese malogrado las buenas disposiciones que se habian adoptado para conseguirlo. Persuadieron al rey que se retirase y levantase el sitio, mas no fué posible conseguirlo, prefiriendo la muerte al menoscabo de su reputacion: murió en efecto el monarca, y el ejército castellano, casi arruinado con la peste, tuvo que retirarse. Es lastimoso que un príncipe tan escelente como D. Alonso hubiese oscurecido su brillante carrera con una pasion amorosa que solo se desvaneció con la muerte. Enamorado de doña Leonor de Guzman, dama sevillana, hermosa y noble, de edad de dieziocho a-

ños, viuda ya de D. Juan de Velasco, conservó con ella su trato por espacio de nueve años, y en ellos fueron nueve hijos el fruto de su amor: algunos de estos murieron niños, otros cayeron víctimas de la crueldad del rey D. Pedro, y solo se salvó don Enrique, conde de Trastamara, que despues logró vengar á sus hermanos y ceñirse la corona de Castilla.

Don pedro i. — (1350) Este príncipe sucedió á su padre Alonso XI y fué proclamado en Sevilla á la edad de diezíseis años: sus bárbaras acciones le adquirieron el renombre de *Cruel* con que se le señala en la historia, y ennegrecen tanto su memoria, que quisiéramos ocultarlas con un velo impenetrable: parece que la cólera del cielo le envió al mundo para azote de Castilla, y aun de España entera: su lujuria, avaricia y todos los demas vicios le hacen semejante al malvado Atila, ó al romano Neron. Otros dos Pedros poco menos crueles que él le acompañaron en España hácia la mitad de este siglo, Pedro I en Portugal, y Pedro IV en Aragon; de modo que parece que la naturaleza quiso enviar en estos tiempos tres Nerones crueles para castigo de la desgraciada península. El de Portugal tirano por esceso de justicia, el de Aragon tirano por avaro y vengativo, y el castellano por temperamento, por gusto y por capricho.

Principió sus tiranias quitando la vida á doña Leonor de Guzman, dama que habia sido de su padre, á cuyo asesinato dió lugar la reina madre de D. Pedro por la ojeriza que la tenia. Se cree que contribuyó para acelerar esta desgracia, el casamiento que doña Leonor hizo de su hijo D. Enrique con doña Juana Manuel, hermana de D. Fernando, señor de Villena. Intentó el rey asesinar á su hermano D. Enrique, mas este huyó á refujiarse en Asturias, y aunque á instancias de D. Juan Alonso de Alburquerque, gran privado del rey, se le buscó, fueron vanas las dilijencias.

Tan abominable conducta provocó el odio de las personas mas sensatas contra el favorito: los grandes del reino no se podian conformar en que otro ocupase el distinguido lugar que creian pertenecerles privativamente: D. Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, se retiró á Castilla, donde sus grandes propiedades le proporcionaban sublevar el pais; pero murió, y el rey resolvió apoderarse de sus

bienes y estados, mandando asesinar á su hijo, niño de tres años; mas su vijilante nodriza se fugó con él libertándole por este medio la vida. El carácter vengativo de D. Pedro descargó entonces su cólera contra Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla, sin mas proceso ni delito que aparecer afecto á don Juan Nuñez de Lara, matándole á mazadas en el mismo palacio real, y arrojando su cádaver á la calle pública. A poco tiempo murió el hijo de D. Juan, y aprisionando D. Pedro á sus dos hermanas, niñas aun, se apoderó del señorío de Vizcaya y demas estados que las pertenecian.

El favorito Alburquerque conoció la disposicion en que se hallaba la nobleza, y se valió de la ocasion para deprimirla, lo que creyó conseguir aboliendo para siempre las vehetrías: hizo que el rey convocase córtes en Valladolid (1351), y se presentó Alburquerque en ellas disfrazando con máscara seductora su intento; pero discutiéndose el punto con el mayor calor, no logró el favorito que las vehetrías se aboliesen, y se decretó solamente el casamiento del rey con doña Blanca, hija segunda de D. Pedro, duque de Borbon. Mientras los comisionados para pedir la mano de esta señora evacuaban su encargo, se avistó el rey con su abuelo D. Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acojido don Enrique, y se reconcilió con este; mas no fiándose de tan repentina amistad, se retiró á las Asturias, reclutó jente, reforzó algunas plazas, y logró hacerse fuerte en Jijon; D. Pedro acudió y lo desvaneció todo perdonando á los que se rindieron voluntariamente.

Le acompañaba en esta espedicion su favorito Alburquerque, el cual para lisonjear al rey le presentó una doncella de su mujer llamada doña María, hija de D. Diego García de Padilla, señor de Villajera. Se enamoró el rey de ella, y correspondido se abandonó á su amor sin respetar las costumbres. Parece que revocó los poderes de los embajadores enviados á París, y hay quien dice se casó en secreto con la Padilla: lo cierto es que los embajadores llegaron con la princesa á Valladolid á tiempo que el rey se hallaba en Torrijos con su querida y una hija que acababa de darle á luz.

Consideremos la situacion de D. Pedro: él no amaba á doña

Blanca, ni el estado de su amor le permitia escuchar los consejos de la prudencia; mas la razon de estado apoyada por el favorito Alburquerque, obligó al rey á asentir al matrimonio, que se celebró en Valladolid el año 1353 con la mayor solemnidad: como en él no habia tenido parte el amor, abandonó el rey á doña Blanca á los dos dias, y voló á los brazos de su querida que se hallaba en la Puebla de Montalvan. Afearon esta resolucion tan escandalosa los mismos parientes de doña María, y á fuerza de ruegos consiguieron que el rey volviese á Valladolid; pero al cabo de otros dos dias volvió á abandonar á la reina, y para no verla mas la mandó arrestar en Arévalo.

Arruinóse la privanza de Alburquerque, y todas sus hechuras fueron desposeidas de sus empleos, colocando en ellos á los parientes de la Padilla: sin embargo, se asegura que esta dama desaprobaba en secreto la escesiva proteccion que el rey dispensaba á su familia; mas no supo contenerla siempre. El desgraciado D. Juan de Alburquerque, perseguido del monarca, puso su vida á salvo pasándose á Portugal. El rey se apoderó de algunos de sus pueblos, y dejando al frente de Alburquerque y la Codosera que se le resistieron, el competente número de tropas encargadas á sus hermanos D. Enrique y don Fadrique, y á D. Juan de Padilla, se volvió á Castilla llamado de otro nuevo amor.

Doña María de Padilla resolvió retirarse á un monasterio para acabar sus dias, y el rey, ó porque le durase algun resentimiento, ó por haberse entibiado su pasion con la belleza de doña Juana de Castro, consintió en la determinacion de doña María, que en otro tiempo le habria llenado de dolor. El ilustre nacimiento de doña Juana, viuda de D. Diego de Haro, señor que habia sido de Vizcaya, la estimulaban á no admitir el amor del rey sino en calidad de esposa, y oponiéndose á esto el matrimonio con doña Blanca, era preciso romperle. D. Pedro encontró medio de persuadir á la dama, supoponiendo que su matrimonio habia sido nulo como contrario á su voluntad; y obligando tambien á los obispos de Avila y Salamanca á que lo declarasen libre de este vínculo, no pudo resistirse esta alucinada señora á la pretension de un amante que con su mano

la ofrecia el trono. Se casaron efectivamente en la villa de Cuellar; pero ó porque sucedió el fastidio inmediatamente, ó porque la presencia del rey era necesaria en otra parte, duró este matrimonio solo veinticuatro horas, y tuvo que contentarse doña Juana con la villa de Dueñas y el vano título de reina de Castilla que la cedió su fementido esposo.

Aprovechóronse de la ausencia D. Juan Alonso Alburquerque, D. Fadrique, y los otros caballeros que habian quedado en Badajoz, quienes formaron una confederacion para restablecer á doña Blanca en su dignidad: este era el pretesto, mas el verdadero objeto de aquel movimiento fué separar á los Padillas del influjo que gozaban, ocupar sus empleos, y vengarse de algunos agravios recibidos.

Súpolo el rey en el mismo dia que celebraba su matrimonio con doña Juana, partió inmediatamente á Toro, y para evitar cualquier acontecimiento hizo trasladar á la reina desde Arévalo á Toledo. Los caballeros toledanos trataron á esta desgraciada señora con el mayor respeto y dulzura, y la proporcionaron cuantas comodidades pudieran suavizar su amarga suerte, ofreciéndola un seguro asilo que protejiese su inocencia, á cuyo efecto llamaron en su defensa á los infantes D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello, á los de Aragon don Fernando y D. Juan, al agraviado D. Fernando de Castro, hermano de la burlada doña Juana, á D. Juan de la Cerda y á D. Juan Alonso de Alburquerque, á quienes tambien se agregaron las ciudades de Cuenca, Córdoba, Jaen, Talavera, Ubeda y Baeza, entre las cuales juntaron un ejército de seis mil caballos y un crecido número de infantes, y con él obligaron al rey á refujiarse en la fortaleza de Tordesillas. Entabladas negociaciones mañosas entre estos señores y el rey, lograron hacerle pasar á Toro, donde con una imprudente accion dificultaron la composicion que meditaban. Los Padillas fueron depuestos de sus empleos, y remplazados por caballeros de la faccion contraria; algunos criados de la mayor confianza del rey fueron presos á su misma presencia, y este quedó poco menos, detenido en su alojamiento, en donde apenas podia oir ni hablar á persona alguna, permitiéndosele

solamente la diversion de la caza.

Cansado de tal esclavitud aprovechó la ocasion que para salir de ella le presentaba una mañana muy nublada, y con doscientos jinetes que le siguieron tomó el camino de Segovia. Con esta fuga del rey se intimidaron los de Toro, y se dispersaron á buscar cada uno su asilo donde pudiese, dejando solos á D. Enrique y á la reina, quienes con unos pequeños restos de tropas que les quedaron rechazaron al irritado monarca que dió contra aquella ciudad, y habrian caido en sus manos á no haber acontecido en Toledo cierta conmocion que obligó á D. Pedro á pasar á sosegarla.

Estaban divididos en partidos los toledanos, unos en defensa de doña Blanca, otros que pretendian una composicion con el rey; y como la ocupacion de Toledo era muy importante, acudieron á esta plaza desde Talavera D. Enrique y D. Fadrique, los que aunque con bastante oposicion de los que la ocupaban, á pretesto de una transaccion con el rey, entraron á la fuerza por el puente de Alcántara é hicieron un terrible destrozo en los que se les habian opuesto. Al dia siguiente se presentó el rey, le disputaron el paso los dos hermanos con mucho valor, y no creyéndose seguros en la ciudad tuvieron que retirarse á Talavera.

Entró el rey en Toledo esgrimiendo su furor vengativo contra los que habian favorecido á los confederados é hizo en ellos una cruel carnicería.

Tranquila Toledo por el terror, volvió el rey á Toro, donde se habian refujiado sus hermanos: sus oportunas medidas redujeron á la ciudad al mayor apuro, y D. Enrique partió á Galicia bajo un pretesto simulado, quedando la plaza en la mayor consternacion, tanto por esta marcha, como por la escasez de víveres y desercion de jente que se pasaba á los sitiadores. Don Fadrique, que la defendia, supo con tiempo que algunos trataban secretamente de abrir al rey las puertas de la ciudad, y tuvo destreza para obtener con bastante anticipacion el perdon del rey, quien apoderado de Toro por medio de aquel tratado, dejó una memoria indeleble de su crueldad en los castigos que hizo. La reina madre pudo marchar á Portugal, y doña Juana Manuel, mujer de D. Enrique, fué aflijida en una prision, de la que

por una casualidad la sacó y puso en libertad un caballero amigo de su esposo.

Las sangrientas ejecuciones de Toledo y de Toro habian llenado de espanto á todos, y el que no deponia las armas, solicitaba el permiso del rey para volver á su servicio, siendo uno de estos D. Tello, que hizo sus súplicas desde Vizcaya, donde se habia refujiado, y el rey accedió gustoso á su pretension, porque deseaba ver reunidos á todos sus hermanos para deshacerse fácilmente de ellos; pero reflecsionando despues D. Tello el lazo que se le urdia, difirió su presentacion todo cuanto le fué posible. Solo un imprevisto accidente pudo librar á D. Fadrique de la perfidia del rey su hermano.

Se divertia este en las almadrabas del Puerto de Santa María viendo pescar atunes, á tiempo que se aprocsimó á hacer aguada una escuadra aragonesa que iba á socorrer á la francesa contra la Inglaterra, y encontrando en la rada dos barcos placentinos que llevaban aceite para Alejandría, los apresó pretestando que pertenecian á jenoveses enemigos de Aragon, y aunque D. Pedro reconvino al almirante sobre aquel hecho, no hizo caso y siguió su derrota. El castellano pidió una satisfaccion de aquel insulto el rey de Aragon, quien se negó á darla, con cuyo motivo hubo de parte á parte muchas reconvenciones, y por último vinieron á un absoluto rompimiento. El aragonés procuró reforzar sus tropas, llamando al conde don Enrique y demas caballeros fujitivos de Castilla; pero no tuvo efecto esta guerra por la mediacion del papa.

Entretanto D. Pedro en lugar de aprovecharse de esta tregua para prevenir sus fuerzas y arreglar sus estados, parece que habia formado empeño en ganarse el odio jeneral de sus pueblos, asesinando una multitud de caballeros poderosos que habrian podido serle útiles en aquellas circunstancias. Entre las inumerables víctimas que inmoló á su encono lo fueron su hermano don Fadrique y el infante de Aragon D. Juan: el primero, demasiado confiado en la sospechosa amistad del rey, fué muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla: el segundo, vilmente engañado con mentidas promesas de D. Pedro, tuvo igual suerte en Bilbao, y aun D. Tello no se hubiera librado de su

crueldad á no haberse fugado precipitadamente.

Cuando estaba empeñado en tan sangrientas ejecuciones, le detuvo algun tiempo la noticia de haber renovado las hostilidades su hermano el conde D. Enrique, el cual furioso y ardiendo en deseos de vengar la muerte de su hermano, rompió por tierra de Soria. El infante D. Fernando de Aragon, que no miraba con indeferencia el asesinato de su hermano D. Juan, entró tambien con el mayor encarnizamiento por el reino de Murcia. Se jeneralizó la guerra por mar y tierra con el mayor ardor, y aunque el papa envió un nuevo legado para restablecer la paz, fueron por entonces infructuosas sus dilijencias: últimamente, despues de muchas hostilidades y escaramuzas la política del aragonés puso á D. Pedro en la precision de avenirse á un partido razonable, con tal que saliesen de Aragon el conde D. Enrique, D. Tello y D. Sancho sus hermanos, con los demas caballeros fujitivos de Castilla.

Debilitado el imperio mahometano por las sediciones de algunos moros que se habian repartido entre sí los restos de la soberanía destrozada, se sentó sobre el trono granadino Mahomad Aben-Alamar, por sobrenombre el *Bermejo*, arrojando de él á Mahomad Lago, su lejítimo soberano. Las relaciones de alianza y amistad que unian á Lago con el rey de Castilla, hicieron temer al usurpador el empeño con que este habia de tomar la defensa de su aliado, y para enrobustecerse acudió al rey de Aragon, quien con efecto le prometió su proteccion, porque necesitaba presentar al castellano un enemigo que le distrajese de sus fronteras, y así persuadió astutamente á Aben-Alamar para que rompiese por Castilla. Tuvo noticia D. Pedro de este tratado, y precisado á acudir contra el moro tuvo que aceptar la paz que le propuso el aragonés, y deponer la arrogancia que antes habia manifestado.

Separó sus tropas de las fronteras de Aragon para acudir contra Alamar y favorecer al destronado Lago; pero tuvo que suspender sus resentimientos para entregarse á la pena que le causó la muerte de doña María Padilla, cuya pasion le obligó á manifestar el mas vivo dolor: hizo que vistiesen luto jeneral todos los pueblos, y doña María, á quien viva habia

considerado como una amiga, fué despues de su fallecimiento reconocida por su lejítima consorte y reina de Castilla.

Parece que libre ya D. Pedro del objeto de sus amores no habia impedimento que le separase de doña Blanca. Todo el reino pedia su union; D. Pedro la aborrecia, y esto era en su concepto bastante motivo para no condescender con el deseo jeneral de toda la nacion; y así tomó una resolucion tiránica para desembarazarse de un objeto que le molestaba. Determinó su muerte, y por medio de un criado de su médico le envió un veneno á Medinasidonia, donde se hallaba arrestada la princesa bajo la custodia de D. Iñigo Ortiz de Zúñiga, el cual se resistió á intervenir en un hecho tan infame y detestable haciendo dimision de sus empleos á los pies del rey: este furioso, firme en su abominable proyecto, dió el encargo á un criado suyo, que desempeñó sin repugnancia tan brutal comision.

Alamar seguia sus preparativos en Granada; D. Pedro se reunió con su amigo Lago, y rompió por las Andalucías causando á los moros algunas pequeñas derrotas, que hicieron conocer á Alamar la dificultad de resistir á los dos reyes coligados, y con muchas señales de jenerosidad intentó ganar el favor de D. Pedro; mas viendo que no podia conseguirlo, se presentó él mismo en la corte bajo de un salvo-conducto del rey, acompañado de treinta moros caballeros de los mas principales, escolta que consideró suficiente para custodiar los ricos presentes con que deseaba conseguir la paz. Las proposiciones de Alamar fueron bastante razonables, porque solo pedia á D. Pedro que retirase sus tropas y le dejase ventilar sus contiendas con Lago, y que si se hallaba formalmente empeñado en restablecerle en el trono, le permitiese á él su retirada á Berbería; mas D. Pedro, faltando á su palabra real, comprometida en el salvo-conducto, y á todo derecho divino y humano, trató vilmente á Alamar, le mató con sus propias manos, y mandó degollar á cuantos le acompañaban en el mismo sitio donde se acostumbraba quitar la vida á los malhechores.

Estando ocupado el rey de Aragon en destruir las compañías de bandidos, que con el nombre de *grandes compañías* destrozaban el Rosellon, intentó

D. Pedro hacerse dueño impunemente de muchas ciudades importantes de aquellos estados, y con un trato falaz se alió con el rey de Navarra y se apoderó de Calatayud, que se entregó á discrecion. Sorprendido el aragonés, llamó al conde D. Enrique, á sus hermanos D. Tello y D. Sancho y á todos los caballeros castellanos que se hallaban retirados en Francia; pero estos, acordándose de la ofensa que les habia hecho el de Aragon, se negaron constantemente, hasta que á fuerza de repetidas instancias se decidieron á venir en su ausilio. Como D. Enrique se habia propuesto coronarse en Castilla destronando á un príncipe jeneralmente aborrecido, se resolvió á esta empresa, y como Aragon necesitaba un socorro, se unió estrechamente á D. Enrique.

Formalizado este convenio pasó el infante á Francia y reclutó las *grandes compañías* al mando de sus caudillos Beltran Duguesclin y Hugo de Caureley, con cuyo ausilio y un gran número de tropas que se le unieron, pasó á España, atravesó por Aragon y Navarra, donde se le unieron tambien otros muchos soldados desafectos á D. Pedro. Con este crecido ejército entró en Castilla por Alfaro, se apoderó de Calahorra, donde fué proclamado rey de Castilla, y animado con la cobardía de su hermano, encerrado en Burgos, le acometió en esta capital. El cobarde D. Pedro huyó precipitadamente á Sevilla, y la ciudad de Burgos, abandonada por su mismo soberano y absuelta por él mismo del juramento de fidelidad, abrió las puertas á don Enrique y fué testigo de la coronacion del nuevo príncipe, que se celebró en el monasterio de las Huelgas (1366), habiendo imitado despues á la capital toda Castilla la Vieja, á escepcion de un corto número de pueblos. Toledo hizo tambien una pequeña resistencia, mas al fin fué ocupada. D. Enrique hizo innumerables donativos á los que le habian favorecido, de tal modo, que desde entonces fué conocido con el nombre de *don Enrique el de las mercedes*: de esta suerte se granjeó el afecto de muchos amigos, y D. Pedro se vió abandonado de todos cuantos al parecer le eran leales.

Solo restaba á D. Enrique arrojar á su hermano de los últimos puntos donde se habia guarecido, ú obligarle á firmar una renuncia vergonzosa de todos sus derechos; y para llevarlo á

efecto marchó á Sevilla, en donde poco seguro D. Pedro no podia subsistir por el mucho odio que le tenian: determinó salvarse con su familia y tesoros pasando por el mar á Portugal; pero la resistencia del portugués á recibirle, y la pérdida del tesoro que el almirante Bocanegra apresó con traicion, le dejaron en la mas triste situacion: y acordándose de D. Fernando de Castro, que olvidado de sus agravios vivia oculto en Galicia sin haber tomado parte en las revoluciones pasadas, partió sin mas comitiva que su desgraciada familia á buscar en él su ausilio. D. Fernando, unido al arzobispo de Santiago, le acojió con humanidad, y asi logró poner en campaña dos mil infantes y novecientos caballos, intentando pasar con ellos á Logroño que se mantenia en su obediencia; pero amedrentado por el riesgo de la travesía, determinó pasar á Inglaterra en busca de la proteccion de aquel rey.

Antes de marchar hizo asesinar infamemente al mismo arzobispo que tanto bien le habia hecho, sin otro delito que ser natural de Toledo.

Con esta ausencia, y la conquista de la Andalucía, se ajustaron paces con el granadino, y D. Enrique gozó de alguna tranquilidad; mas su confianza le engañó. Las *grandes compañias* que tanto le habian servido, fueron despedidas despues de haberlas recompensado con jenerosidad, quedándose solamente con mil quinientos hombres bajo el mando de Beltran Duguesclin.

D. Pedro aprovechó este tiempo en interesar en sus desgracias al rey de Inglaterra, quien á fuerza de ruegos y grandes promesas le proporcionó un buen ejército de tropas escojidas bajo el mando del príncipe de Gales, y con él se presentó en Navarra: este imprevisto suceso esparció el miedo por las provincias castellanas, y muchas ciudades y pueblos abandonaron á D. Enrique, cuyas tropas sufrieron tambien una grande desercion por el espanto que causó la repentina llegada de don Pedro. Aunque D. Enrique creia inevitable su ruina, procuró ocultar sus temores, y resuelto á vencer ó morir en su empresa, reunió las tropas que pudo y marchó en busca de su hermano: se encontraron en las márjenes del Najerilla, y deseosos ambos de venganza, se trabó una sangrienta batalla en la cual ven-

ció D. Pedro, porque D. Enrique fué abandonado de los suyos en lo mas vivo del combate, y vendido traidoramente por su hermano D. Tello, que abandonó con cobardía el puesto que ocupaba. No quedó al desgraciado D. Enrique otro recurso mas que refujiarse precipitadamente en Francia, donde esperaba encontrar ausilios para lavar su afrenta. Las inauditas é innumerables crueldades que cometió D. Pedro despues de esta victoria con cuantos creia que habian sido parciales de su hermano, escasperaron tanto los ánimos que las principales ciudades volvieron á sublevarse contra tan monstruoso tirano.

No se engañó D. Enrique en su esperanza, porque el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox y otros muchos caballeros poderosos le franquearon á porfia cuantos socorros y caudales pudo necesitar, con los cuales logró formar un ejército suficiente para salir con honor de sus primeras tentativas. Esperando una ocasion favorable para presentarse en Castilla, la encontró, porque irritado el príncipe de Gales con las crueldades de D. Pedro, la falta de fé en sus promesas, la capciosidad de sus tratos, y las supercherías con que detenia el pago de las tropas ausiliares, le obligaron á separarse de él.

Se presentó D. Enrique en España; se declararon en su favor muchas ciudades, y animado con la disposicion favorable en que encontraba á los castellanos, siguió hasta Calahorra, en donde se apeó del caballo, se puso de rodillas, y formando una cruz sobre la tierra juró no volver á salir de Castilla, arrostrando en ella cuantos peligros le pudiesen sobrevenir. Pasó á Burgos donde le recibieron con el mayor regocijo; discurrió por Leon, Asturias y ambas Castillas sin encontrar obstáculo hasta llegar á Toledo, en donde le hicieron una obstinada resistencia, y reforzado con quinientas lanzas que á las órdenes de Beltran Duguesclin, le envió el rey de Francia, fué en busca de don Pedro, que con el granadino le salia al encuentro, alcanzándolo en los campos de Montiel: le derrotó completamente, y le obligó á encerrarse en un castillo, donde la falta de víveres, la contínua desercion de sus tropas, y la ninguna esperanza de socorros, hacian inevitable su rendicion.

Abrasaba á D. Pedro la idea de verse en poder de su herma-

no, de quien no esperaba compasion, y la fuga era imposible si no ganaba alguno de los jefes sitiadores: intentó este proyecto valiéndose de un parcial suyo llamado Mendo, para que negociase este asunto con Beltran Dugueselin. Este francés era estremadamente afecto á D. Enrique, y muy dificil de sobornar, al mismo tiempo que muy astuto para malograr la ocasion de hacerle un gran servicio; aparentó alguna inclinacion á entrar en el plan, tomándose para ello un breve plazo, que aprovechó para dar noticia á su señor de aquella intriga. D. Enrique, reconocido á la lealtad de Dugueselin, le ofreció el mismo galardon que su hermano, y le propuso que engañase á Mendo con la esperanza de libertar á D. Pedro si le traia una noche á su tienda: con efecto, se logró atraerlo con una pequeña escolta, y poco despues se presentó don Enrique preguntando dónde estaba D. Pedro, porque le desconocia: respondió éste con orgullo y palabras descomedidas que ecsasperaron al infante, el cual le acometió y se trabó entre ambos una obstinada lucha, que finalizó matando D. Enrique al rey su hermano.

Enrique II.—(1369) Con la muerte de D. Pedro se trocaron todas las cosas en favor del vencedor: hasta Toledo que se resistia contra las tropas de D. Enrique que la sitiaban, se entregó solicitando todos sus habitantes la merced del nuevo rey; y del mismo modo que Toledo se sometieron algunos otros pueblos, únicos que se habian mantenido fieles: casi todo el reino, desentendiéndose del fratricidio cometido por el nuevo soberano, besaba espontáneamente la ensangrentada mano de su libertador. Las amables cualidades y la liberalidad de D. Enrique le presentaban á la vista de sus vasallos como un príncipe destinado á hacerlos felices. Parecia que estas felicidades le aseguraban para siempre en el trono de Castilla; pero como si estuviese condenado á no disfrutar jamas la dulzura de un reinado quieto y pacífico, la muerte de D. Pedro le suscitó un número considerable de competidores. La procedencia de D. Enrique venia de una union ilejítima, y aunque la sucesion de su difunto hermano no la presentaba mucho mejor, habia bastantes personas que pudiesen alegar un derecho fundado á la usurpada corona.

El rey de Navarra se habia apoderado de muchos y ricos pueblos de Castilla; al de Aragon se le entregaron por traicion de los alcaides las villas de Molina, Cañete y Requena; el de Portugal pretendia la sucesion á la corona de Castilla y de Leon, por ser sin contradiccion alguna bizniete del rey D. Sancho IV, por su hija doña Beatriz, casada con D. Alonso IV de Portugal; habíansele agregado ya las plazas de Ciudad-Rodrigo, Alcántara y Tuy en Galicia; y unido con el granadino, el aragonés y el navarro, resentidos todos de D. Enrique, se declararon contra este: mas su gran política y destreza le proporcionó medios para deshacer tan temible liga negociando la paz con el granadino, complaciendo al navarro con el matrimonio entre su hija primojénita doña Leonor y el infante de Navarra, tambien primojénito, y obligando al aragonés á recordarle su amistad: últimamente, dejando al portugués abandonado por este medio, le precisó á firmar la renuncia de todas sus pretensiones. Tranquilo ya por este medio, se presentó otro nuevo pretendiente, que fué el duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales, bien que este nuevo competidor se movió por intrigas del rey de Aragon. El derecho que presentaba el inglés se fundaba en el de su mujer doña Constanza, hija del difunto D. Pedro y doña Maria de Padilla. No estaban muchos persuadidos del lejítimo matrimonio de que provenia esta señora, y ademas el rey D. Pedro habia declarado en las córtes de Sevilla en el año 1362, que doña Maria era su lejítima consorte: en las mismas se lejitimó su descendencia, y por esta razon habia adquirido un derecho á la corona de Castilla. Se enrobustecia la accion de la descendencia de la Padilla con la última disposicion que otorgó D. Pedro en el mismo año, en la cual nombró por sus sucesoras á sus hijas doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel por órden sucesivo; y habiéndose retirado la primera á un monasterio, es visto que habia transferido en doña Constanza todo el derecho que la pertenecia. Ademas de esto hay otras razones para probar que aun cuando no hubiera ecsistido tal matrimonio, y los hijos habidos en él quedasen en la clase de naturales, parece regular que, bastardo por bastardo, sucediese al rey un hijo primero que un hermano. Con el pre-

tendiente inglés se unieron los reyes de Portugal y de Aragon; mas el valor de D. Enrique supo triunfar de los últimos, y hacer retirar á Alencastre casi derrotado por la armada del rey de Francia.

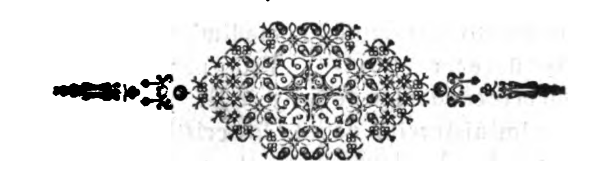
Despues de haberse desembarazado D. Enrique de casi todos sus enemigos, y cuando logró á costa de muchas fatigas restablecer la paz de que necesitaban sus estados, puso toda su atencion y cuidado en procurar medios de hacer felices á sus vasallos, para que olvidasen los desastres de las pasadas guerras; y con efecto consiguió sus deseos; hizo florecer el reino, arreglando la recaudacion de las rentas, la administracion de justicia con arreglo á las leyes, y una esacta observancia de ellas: adelantó las militares con útiles ordenanzas, dictó en todos los ramos oportunos reglamentos, y finalmente se dedicó á todo cuanto podia conducir al mayor bien y alivio de sus súbditos, con lo que logró ser prontamente obedecido de todos, y que los decretos que espedia fuesen admitidos con aplauso.

Estándose preparando don Enrique para hacer la guerra á Navarra, vinieron embajadores de aquel rey á tratar de paz, que con efecto se ajustó con las condiciones siguientes: que saliesen de Navarra todas las tropas inglesas; que para mayor seguridad quedasen guarnecidas de tropas castellanas por diez años las plazas de Estella, Tudela y Viana; que el rey de Castilla prestase al de Navarra, para ayuda de los gastos hechos en aquella guerra, la cantidad de veinte mil ducados luego que se firmase la paz. Se verificó este tratado y se avistaron los dos reyes en Santo Domingo de la Calzada, en donde se trataron con las mayores atenciones y comedimientos.

Esta paz hizo sospechar al rey de Granada que las fuerzas de los cristianos volverian contra él, porque creia que don Enrique no hubiese olvidado su resentimiento por los ausilios que habia prestado anteriormente al rey D. Pedro; y como sus fuerzas no eran suficientes, proyectó astutamente una infame idea para evadirse del peligro.

Persuadió á un moro muy sagaz para que aparentase huir de Granada pasándose á Castilla; lo hizo asi, y procuró ganar el favor del rey con algunos servicios y con ricas joyas y curiosidades que le presentaba, entre

las cuales fueron unos borceguíes á la morisca muy ricos y vistosos, pero inficionados con veneno mortal, segun varios autores: este hecho lo fundan en la dolencia que D. Enrique padeció desde que se calzó los borceguíes, de la cual murió á los diez dias en la misma ciudad de Santo Domingo, el 29 de mayo del año 1379, á cuya muerte asistió el obispo de Sigüenza D. Juan Manrique, con quien envió á su hijo D. Juan, su sucesor, los saludables consejos que debia observar en adelante.



CAPITULO VII.

D. Juan I.—D. Enrique III.—D. Juan II.—D. Enrique IV.—Doña Isabel y D. Fernando V.—Historia de Aragon.—D. Alonso I el Batallador.—Don Ramiro II el Monje.—D. Ramon Berenguel.—D. Alonso II.—D. Jaime el Conquistador.—D. Pedro III.—D. Alonso III.—D. Alonso IV.—D Pedro IV.—D. Juan I.—D. Martin.—D. Fernando.—D. Alonso V.—Don Juan II.

D. JUAN I.—(1379) Con un carácter grave y justo se hizo este príncipe respetar de todos: subió al trono de su padre adornado de las bellas prendas que en este habian brillado, y su primera dilijencia fué ratificar la alianza que D. Enrique habia hecho con la Francia, en la que siempre se mantuvo fiel, observando los consejos de su padre. En el año 1380 la ausilió con una buena escuadra y un ejército que la fueron muy útiles contra los ingleses que estaban apoderados de la Aquitania, de donde al fin fueron arrojados. Este proceder del rey D. Juan irritó á los ingleses, quienes hicieron que el duque de Alencastre volviese á entablar sus pretensiones á la corona de Castilla, y en su nombre se disponia un hermano del rey de Inglaterra para pasar con tropas de desembarco á unirse con las del rey de Portugal que trataba de romper por las fronteras de Castilla. Como este plan aun no le habia completado, creyó D. Juan que le seria muy conveniente anticiparse á sus enemigos, y lo primero que resolvió fué hacer salir á su escuadra contra la portuguesa, la cual fué derrotada casi totalmente con pérdida de veinte galeras, derrota que impidió el desembarco de los ingleses y dejó dueño absoluto del mar al castellano; pero el almirante vencedor, ufano con esta victoria, cometió la imprudencia de retirarse á Sevilla abandonando el crucero de las costas, con cuyo descuido consiguieron los in-

gleses entrar en Lisboa sin oposicion.

El rey D. Juan sitiaba á la sazon la plaza de Almeida formando empeño de abatirla, y aunque los sitiados se defendieron vigorosamente, procuró acelerar aquella conquista para marchar contra el ejército coligado y precaver la invasion. Le encontró en Yelves determinado á dar la batalla: hubo mediadores de una y otra parte y se hizo una transaccion, con la cláusula de que el castellano devolviese las galeras apresadas y prestase sus bajeles para que los ingleses regresasen á su pais, cediendo el rey de Portugal la mano de su hija primojénita doña Beatriz, para el infante D. Fernando, hijo segundo del rey de Castilla, que solo tenia un año. Este tratado fué poco ventajoso para D. Juan, porque ciertamente se hallaba en disposicion de dictar la ley mas bien que recibirla. Su complecsion debilitaba tanto su espíritu, que por no aventurarse al dudoso écsito de una batalla decisiva, habria admitido condiciones aun mas gravosas. Los tratados se cumplieron con esactitud por su parte, pero el matrimonio concertado no pudo tener efecto, tanto por la edad del esposo, como por cierto incidente que ocurrió é hizo mudar el estado de las cosas.

El rey D. Juan, que habia casado con doña Leonor, hija del rey de Aragon, perdió á su esposa de resultas de un parto, y con este motivo tuvo un pretesto el rey de Portugal para alterar los tratados hechos con el de Castilla: como este se hallaba en lo mejor de su edad, determinó el portugués enviarle un mensaje ofreciéndole por esposa á su hija doña Beatriz, y D. Juan no se detuvo en admitir la propuesta á costa de renunciar el derecho que como marido de doña Beatriz, pudiera tener al trono de Portugal despues de muerto su padre. Como era dificil que la nacion portuguesa, enemiga de la castellana, consintiese la reunion de ambas coronas en un príncipe castellano, se celebró un tratado con estas condiciones: que muriendo el rey de Portugal sin hijo varon heredaria el reino su hija primojénita doña Beatriz, permitiéndosele á su marido el rey de Castilla titularse rey de Portugal, reservándose el gobierno del estado á la reina viuda doña Leonor mientras viviese, ó hasta que doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, en

quien en este caso recaeria el gobierno y dictado de rey de Portugal, y cesarian sus padres. Á poco tiempo murió D. Fernando, y este accidente trajo nuevas y sangrientas guerras entre este reino y el de Castilla. Los portugueses sostenian su libertad é independencia sin querer permitir que les mandase un principe estraño: el pueblo se alborotó manifestando en públicos corrillos su disgusto: los señores principales se juntaron en Lisboa, mas no resolvieron cosa alguna porque el miedo al rey D. Juan no les dejaba decidir con libertad, y aunque algunos personajes principales le escribieron secretamente convidándole á la posesion de aquel reino, fué mas bien por deseos de granjearse su efecto, que por el beneficio comun.

Entretanto se pasaba el tiempo en Castilla en consultas y debates, y asi se perdió una ocasion que nunca pudo presentarse mejor: llegó á tanto la animosidad de los portugueses, que atropellaron los derechos de la sangre, la voluntad del rey, y aun de la misma nacion, que habia asentido á conferir á doña Beatriz, que no era castellana, los lejítimos títulos que la aseguraban la corona de sus predecesores. La nacion entera se negó á reconocerla, y solo disentia sobre la persona que la habia de sustituir. El infante D. Juan, hermano natural del rey difunto, y el maestre de Avis, hermano bastardo del D. Juan, eran al parecer los inmediatos sucesores á falta de doña Beatriz, y ambos tenian parciales; mas como aquel se hallaba ausente, venció el maestre, que se hizo dueño de las principales plazas, y finalmente fué aclamado rey.

Sin embargo de que el de Castilla habia conocido de antemano las dificuldades que se le habian de presentar para la posesion de la herencia de su esposa, determinó entrar en Portugal pacíficamente aunque seguido de un ejército numeroso para hacerse respetar en cualquier acontecimiento. Detenido en los preparativos indispensables para la empresa, llegó tarde á las fronteras, porque apenas tenia ya cosa alguna en Portugal; mas como sus fuerzas eran considerables se abrió camino hasta Lisboa, creyendo que á aquella ciudad, como capital del reino, la obedecerian todos los demas pueblos. Acudieron las tropas del maestre al socorro de la ciudad: el castellano la

cercó por mar y por tierra; pero se declaró despues en los campamentos castellanos una horrorosa peste que en pocos dias le cubrió de cadáveres y obligó al rey á levantar el sitio retirándose á Castilla.

Nada deseaba mas D. Juan que sujetar á una nacion refractaria: para conseguirlo hizo grandes preparativos, y en el año 1385 volvió con un ejército de treinta mil hombres á vengar las pérdidas anteriores: entró por el pais arrasando los pueblos por donde transitaba, encontró á los portugueses cerca de Aljubarrota en unos puntos muy ventajosos, en cuyas estrechuras se hallaban formados en dos divisiones de modo que el atacarlos era bastante dificil; mas el castellano sin reparar en aquellas ventajosas posiciones, ni en el cansancio de sus tropas, emprendió una batalla que los portugueses sostuvieron con el mayor entusiasmo, porque peleaban por vengarse de los castellanos y sostener su libertad, encarnizándose tanto esta pelea que los escuadrones se mezclaron unos entre otros resueltos á morir ó vencer: ni la superioridad del ejército castellano, ni el esfuerzo de sus campeones pudieron impedir su completa derrota, habiendo dejado muertos en el campo diez mil valientes castellanos, y el rey salvó su vida por la jenerosidad de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza, que le cedió su caballo quedándose él entregado á la muerte. El rey llegó á Santaren, donde se embarcó en una lancha, y por el rio Tajo llegó á la escuadra que estaba frente de Lisboa, hizo levantar anclas y partió á Sevilla cubierto de luto y de tristeza.

Orgullosos los portugueses con esta victoria entraron á sangre y fuego por Badajoz, despues de haber ocupado las plazas que los castellanos les habian quitado: y el nuevo rey envió al duque de Alencastre aviso de la derrota instándole para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla, porque en su concepto no estaba D. Juan en disposicion de defenderlo.

Aceptó el duque de Alencastre el partido que el portugués le hacia, y resolvió aprovechar la ocasion que se le presentaba: intentó pasar por Aragon, y sabiéndolo el rey de Castilla trató de impedir aquel paso, á cuyo efecto envió una embajada al rey de Aragon, quien con efecto no asintió á lo

que el inglés le pedia: este determinó pasar en una escuadra á España, y desembarcó en la Coruña, en cuyo puerto tomó seis galeras castellanas que se hallaban ancladas, sin que el pueblo ni el gobernador Fernan Perez que se defendió con valor y lealtad, pudiesen impedirlo. El tiempo que se entretuvo el inglés en la Coruña fué favorable á sus contrarios, si bien ganó algunos pueblos de Galicia; la misma ciudad de Santiago se le rindió por temor de ser violentada, haciendo lo mismo muchos personajes de aquella provincia. El de Alencastre, instado por el rey de Portugal, pasó en sus naves á aquel pais, anclando en la embocadura del rio Duero, y tuvieron sus conferencias. El duque de Alencastre traía en su compañía á su mujer y sus tres hijas, muy satisfecho del écsito favorable á su espedicion.

El portugués y el inglés formaron su confederacion y juntaron las fuerzas para entrar por el reino de Castilla, cuya conquista tenian por segura, tanto que determinaron que el portugués en recompensa de los ausilios que suministraba al de Inglaterra, se le entregarian ciertas ciudades y villas; que para mayor seguridad y firmeza del contrato casase con el nuevo rey de Portugal doña Felipa, hija de doña Constanza, habida en su primer matrimonio: el rey de Castilla no se hallaba desprevenido, y con el crecido ejército que habia reunido de Francia se creyó bastante poderoso para hacer frente al ejército combinado, arrojar de España al de Alencastre, y abatir al orgulloso portugués: asi se hubiera conseguido si en medio de estos preparativos el pacífico D. Juan no hubiese preferido una transaccion amigable á las ventajas que le presentaban sus fuerzas y estado brillante del ejército que habia reunido. El objeto del duque era concilar en cuanto fuese posible los intereses de la casa reinante en Castilla con los de la que se creia agraviada; y como este era un rasgo de política fina y moderada con el cual se ponia fin á guerras é inquietudes que habrian durado siempre, lo aceptó D. Juan todo con el matrimonio de su hijo pimojénito D. Enrique con doña Catalina, hija del duque y de su mujer doña Constanza. Abandonado el portugués de su amigo en el mejor tiempo, se esforzó temerariamente para continuar

por sí solo la guerra; mas al fin tuvo que ajustar por precision unas treguas por seis años.

Se celebraron los desposorios con real magnificencia en la ciudad de Palencia, señalada por el rey al efecto: las edades de los dos contrayentes eran desiguales: doña Catalina tenia diezinueve años y el príncipe don Enrique solos diez. Como los hijos herederos de los reyes de Inglaterra se llamaban príncipes de Gales, quiso el rey de Castilla, á su imitacion, que sus hijos primojénitos se llamasen desde entonces príncipes de Asturias, y ademas les adjudicó el señorio de Baeza y de Andújar.

Desembarazado el rey D. Juan de tan penosas tareas como habia sufrido en su reinado, se entregó á la tranquilidad análoga á su carácter, que tanto deseaba para aplicarse con empeño al gobierno de sus pueblos. No tenia mucha confianza de poderles proporcionar todas las felicidades que les deseaba su corazon, por lo que pensó algunas veces abdicar la corona; y como el reino apreciaba sus buenas cualidades, se opuso constantemente á su resolucion.

Cuando todos se hallaban en el mayor contento por estar sujetos á un monarca tan amable, un aciago acontecimiento les privó de el. Presenciaba el rey un dia las evoluciones que al modo africano ejecutaban sus soldados de á caballo, y queriendo imitarlos picó espuelas al suyo, el cual enardecido con la fogosidad y carrera de los otros le precipitó: murió el 6 de octubre de 1390 á los treinta y tres años de edad.

D. Enrique III.—(1390) Luego que el príncipe D. Enrique supo la desgraciada muerte de su padre, partió de Talavera acompañado de su hermano el infante D. Fernando: llegó á Madrid, donde encontró al arzobispo don Pedro Tenorio que todo lo mandaba, el cual dió orden de que se tremolasen los estandartes reales por el nuevo rey, y que le proclamasen primero en una junta de grandes, y despues públicamente.

Todos los señores del reino acudieron á porfia á besarle la mano y prestarle el debido homenaje.

Al tiempo que en las córtes que se celebraron se trataba del gobierno que habia de establecerse en el reino durante la menor edad de D. Enrique, se mandó leer el testamento que su papadre habia hecho, y se vió en él la multitud de tutores que

nombraba: todos eran muy poderosos; y cada uno queria ser absoluto, y como no se podia señalar los que precisamente habian de gobernar, resultaron de aquí las mismas disensiones que se habian esperimentado en las tutelas anteriores. El escesivo número de tutores, su rivalidad y ambicion desmesurada causaron tales desórdenes en el gobierno del estado, que muchas veces estuvo Castilla espuesta á sangrientas divisiones, sin que bastasen á sosegarlas las amonestaciones del nuncio que el papa envió, ni la mediacion de los embajadores que vinieron de Francia y del rey de Aragon. Tampoco bastaron los remedios paliativos que adoptaron las córtes para disminuir el número de tantos déspotas, ó para arreglar un sistema de administracion que fuese menos tumultuoso.

Como el arzobispo de Toledo lo manejaba casi todo, intentó favorecer al duque de Benavente y á D. Juan de Velasco, camarero del rey, en la pretension que entablaron sobre que se les abonase parte de los gajes que el rey D. Juan les dejó en su testamento: no pudo salir con su intento por mas dilijencias que hizo, y resentido acordó ausentarse de la corte; pero los gobernadores se recelaron de su salida, y supusieron al rey que de ella podian resultar algunos alborotos, aconsejándole que le mandase prender con el obispo de Osma y el abad de Fusella, para asegurar la tranquilidad publica; á lo que asintió el jóven príncipe, mas bien engañado que por inclinacion. Pareció escandaloso perder el respeto á tales personajes eclesiásticos, y habiendo llegado este suceso á oidos del papa, escomulgó al rey y demas personas que tuvieron parte en las prisiones.

Humillóse D. Enrique, pidió y obtuvo la absolucion de las censuras, que recibió en público en la catedral de Burgos, donde compareció en hábito penitente, precediendo juramento de que en adelante seria muy obediente á las leyes de la Iglesia.

D. Enrique conocia bien el desórden de su rejencia, y le aflijia que sus pocos años le estorbasen el poder por sí mismo remediarlo. Abrevió el término todo cuanto pudo, mandando celebrar córtes en Burgos (1393), á los catorce de su edad: en ellas manifestó los deseos que tenia de poner remedio á unos males que desde mucho tiempo causaban la afliccion de su corazon y

un conocido daño á sus vasallos, resolviendo que desde aquel punto cesasen los tutores y gobernadores en las funciones de su encargo, porque solo habian tratado de hacer su fortuna, y fomentar sus riquezas en perjuicio de sus miserables pueblos. El arzobispo de Santiago, uno de los tutores, tomó la palabra, y con un largo y prolijo discurso se propuso convencer al jóven rey del celo y cuidado con que los rejentes habian procurado gobernar el reino en tan críticas circunstancias, superando cuantos obstáculos se habian presentado; ecsajeró con impudencia sus rectas intenciones y trabajos, indicando al jóven príncipe sin el menor rebozo que para conducirse con acierto debia adoptar sus mismas mácsimas, sin separarse de sus consejos. Indignado Enrique con tan capciosa relacion, le respondió con entereza: «De vuestros servicios, de vuestra lealtad y prudencia da bastante testimonio todo mi reino: mientras fuí pupilo obedecí vuestros preceptos; ahora que soy rey, no dejaré de valerme de vuestros avisos cuando los considere necesarios; pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones.»

Como en la corta edad del rey era fácil que se deslizase en algunos de los grandes negocios que á la sazon ocurrian en el reino, acordaron se convocasen nuevas córtes jenerales en Madrid, señalando para la reunion el mes de noviembre de 1393.

Entretanto que se verificaba esta reunion, á instancia de los vizcainos pasó el nuevo rey en persona á tomar posesion del señorío de Vizcaya.

En este mismo año fué cuando se repitió la navegacion á las Canarias: los vizcainos armaron naves y costearon con ellas las riberas de España, desde donde se alargaron y descubrieron las Canarias: reconociéronlas todas, se informaron de sus nombres, de sus riquezas y temparamentos: surjieron en Lanzarote y saltaron en tierra; pelearon con los isleños, prendieron al rey, á la reina y ciento setenta de sus vasallos, con cuya presa volvieron á España cargados de pieles de cabra, cera y frutos que produce la fertilidad de aquellos paises, para ecsaminar la utilidad que podria sacarse de estas islas si continuaban las navegaciones.

Llegó el dia señalado para las córtes de Madrid, y en la pri-

mera junta habló el rey á los congregados, diciendo que tenia muchos y muy buenos ejemplos de sus antecesores para gobernar bien sus estados: que en su menor edad, si bien el reino se mantuvo en paz con los estranjeros, llegó á punto de perderse por las discordias y alteraciones de los naturales: que lo que por razon de los contratiempos se habia desarreglado, era preciso concertarlo con su autoridad y con el consejo de los presentes: que las ideas que se proponia eran quitar los obstáculos que impedian á sus vasallos buscar su prosperidad, procurando por su parte todos los medios para que ni la ambicion tuviese entrada, ni el dinero pudiese corromper: que deseaba poner en su su vigor las leyes, y restituir á los tribunales toda la autoridad que la libertad de los tiempos les habia usurpado: que las rentas reales estaban consumidas, y que para remediar este daño podria tomarse uno de dos caminos, ó imponer nuevos tributos á los pueblos, ó revocar las donaciones que sus tutores habian hecho forzados de la necesidad, aunque en grave perjuicio de su patrimonio real; que sobre todo queria usar de suavidad y clemencia, pues su condicion lo inclinaba mas á la piedad que al rigor. Este razonamiento del rey agradó mucho á los circunstantes, auaque algunos suponian que por su boca hablaban sus ministros y privados. Preguntados los procuradores de qué modo se podria acudir al reparo de las rentas reales, contestaron que el pueblo estaba sumamente recargado con imposiciones; pero que todavia les parecia que de las ventas y mercaderías se podria sacar para el erario un cinco por ciento: que aun sería mas fácil reformar el gran número de soldados que los señores sustentaban por sus particulares intereses á costa del comun, y lo mismo de las pensiones que los grandes cobraban del real erario. Este medio parció el mas acertado y fácil, y asi se reformaron y borraron de los libros del rey las pensiones que en tiempo de su menor edad ó se concedieron de nuevo, ó se acrecentaron en gran parte.

Los grandes y caballeros se resintieron de esta reforma, y de ella resultaron en Castilla la Vieja bastantes alteraciones. El duque de Benavente se salió de Madrid poco contento, y se apoderaba de las rentas reales y

eclesiásticas en todos los pueblos que podia: enviaron para que le detuviese y redujese á la razon al mariscal Garci-Gonzalez Herrera que llevó tambien órden de avistarse con la reina de Navarra y los condes de Jijon y Trastamara, igualmente resentidos de la misma causa, y que trataban de juntar sus fuerzas para levantar conspiraciones. Diego Lopez de Zúñiga fué por órden del rey á verse con el arzobispo de Santiago, y amonestarle que depusiese todo resentimiento y se viniese á la córte, porque habia noticia de que tenia inteligencia con los revoltosos. Todos desobedecieron las órdenes del rey dando para ello unas respuestas insultantes, ó á lo menos frívolas. Con este motivo se suscitaron tambien varias querellas del rey de Navarra y del de Portugal: este, valiéndose de la ocasion y de la poca salud y debilidad del rey, trataba de renovar la guerra; necesitaba un pretesto para cohonestar sus intentos, y le pareció bastante la faltas de firmas de los grandes de Castilla en los tratados de las treguas que se habian ajustado anteriormente: juntó sus tropas y repentinamente se apoderó de Badajoz, prendiendo al gobernador. De estos principios de rompimiento resultó una guerra que duró tres años con el mismo teson y porfia que la anterior. Para oponerse á los portugueses mandó el rey de Castilla reunir sus tropas, encargando el mando de ellas al jeneral D. Ruy Lopes Dávalos, y formó una escuadra bajo la direccion del almirante Diego Hurtado de Mendoza. Se emprendió la guerra, y la primera accion fué entre cinco galeras castellanas contra siete portuguesas que venian de Jénova cargadas de armas y municiones, entre las cuales se trabó un recio combate, del que resultó que los castellanos apresaron cuatro de ellas, echaron á pique otra, y las dos restantes se escaparon. El almirante castellano con su armada costeó las riberas de Portugal, quemó pueblos, taló los campos y saqueó todo el pais: muchos nobles é hidalgos portugueses conociendo la injusticia de aquella guerra, se pasaron á Castilla.

Por tierra se apoderaron los portugueses de Tuy, y pusieron sitio á la villa de Alcántara; pero acudiendo á su socorro el condestable de Castilla desbarató á los sitiadores, los hizo retirar y rompió por las fronteras

de Portugal, recorrió y saqueó el pais, se apoderó de algunos pueblos, y refrenó el orgullo y osadía de los agresores. Otro ejército castellano acudió sobre Miranda de Duero, la sitió y rindió; de modo que con tantas pérdidas se templaron los portugueses y concibieron la esperanza de poder entablar tratados de paz con algunas buenas condiciones: con efecto, se renovaron las treguas.

Despues de concluidas todas las negociaciones con las potencias limítrofes, y restablecida la paz interior, se dedicó don Enrique á asegurar una paz duradera á sus vasallos, y con su prudencia y dulzura logró la amistad de los príncipes españoles, é hizo dejar las armas á sus mayores enemigos. Sin embargo, una empresa caballeresca espuso el reino á nuevas contiendas. El maestre de Alcántara seducido por un ermitaño fanático, creyó que haria un gran servicio á la relijion y á la patria defendiendo con las armas la santidad del cristianismo contra la secta mahometana: juntó para ello un pequeño número de campeones tan imprudentes como él, y sin reparar en las treguas que habia con el granadino, ni en el enojo del rey D. Enrique, envió un cartel de desafío con muchos insultos al soberano de Granada, llamándole á un combate que prometia sostener con una mitad menos de jente en proporcion á la que él comandase. El rey hizo conocer al maestre el disgusto que le causaba una empresa tan intempestiva y temeraria contra sus miras políticas, y acaso funesta para el reino; pero el alucinado caballero respondió que no podia abandonar sin mengua suya un empeño en que se hallaban comprometidas su piedad y reputacion, y en que tenia segura la proteccion del cielo confirmada con indudables vaticinios. Marchó aquella tropa de fervorosos guerreros llenos de confianza, y precedida de una cruz se introdujo con osadía en la comarca de Granada; como los moros no se creian obligados á respetar esta insignia, los acometieron con la satisfaccion que les daba la superioridad de sus fuerzas, y los mataron sin quedar uno. Este hecho fué muy sensible al rey D. Enrique; pero interesándole la conservacion de la buena armonía con el granadino, procuró darle una satisfaccion, asegurándole que no habia tenido parte en aque-

lla empresa, que habia sido cometida sin su mandato y contra su voluntad.

A pesar de la sinceridad de estas protestas, no pudo Castilla libertarse de la repentina irrupcion que, como por via de represalias, hicieron los moros de Granada en 1406. Entonces don Enrique concibió el proyecto de arrojarlos de toda la península; pero cuando se hallaba haciendo los preparativos para llevar á cabo su vastísimo plan, habiéndose agravado sus dolencias habituales, le sorprendió la muerte el 25 de diciembre del referido año; dejó por heredero del trono á su hijo primojénito.

DON JUAN II.—(1407) Apenas tenia este príncipe veintidos meses cuando ocurrió la muerte de su padre, y su tutela quedó depositada en la reina su madre y en su tio el infante don Fernando, príncipe amable, valiente y de la mayor integridad, cuyo gran talento y virtudes le hacian merecedor de la confianza que su difunto hermano habia hecho de él para encargarle un negocio de tanta gravedad y peligro en aquellas críticas circunstancias. Su proceder con los espíritus revoltosos que le ofrecieron la corona, la resistencia que hizo de admitirla, su celo y actividad para conservar ileso el patrimonio de su inocente pupilo á quien intentaban destronar, dan pruebas suficientes de la grandeza de su alma y de su desinterés.

Sin embargo, no pudo librarse de las asechanzas de los envidiosos, quienes con sus intrigas le desconceptuaron con la reina madre, cuya buena armonía estuvo á pique de perderse, y para prevenir las funestas consecuencias de tales asechanzas, apresuró el repartimiento de los negocios del gobierno segun lo habia dispuesto el rey difunto, para que cada uno de los tutores se encargase de su parte con absoluta separacion ó independencia. A la sazon perturbaban los moros granadinos las fronteras del reino, y se hacia necesario que el infante marchase á contenerlos: dejando al cuidado de la reina las provincias de Castilla la Nueva, se encargó don Fernando del de Castilla la Vieja, á la cual correspondian las provincias de Andalucía. Presentóse en ellas D. Fernando al frente de sus valerosos tercios, batió á los mahometanos en varios encuentros, los derrotó completamente en las aguas de Cádiz y en las cam-

Piñas de Archidona, se apoderó de la importante plaza de Antequera, y los obligó á pedir la paz.

. Con motivo de la muerte del rey de Aragon D. Martin (1410), se suscitaron en las provincias de Cataluña y Valencia, comprendidas en este reino, muchas disensiones sobre la eleccion de rey; pero para evitar debates comunicaron entre sí y se convinieron en nombrar nueve jueces, tres de cada provincia, para que fallasen sobre el punto, con la circunstancia de que para dar sentencia se habian de reunir seis votos, y que entre ellos habian de concurrir cuando menos uno de cada provincia. Hecho asi se juntaron los nombrados en Caspe para oir las alegaciones del derecho que cada uno presentaba: con efecto, se formó el proceso con toda legalidad, y con la misma se dictó la sentencia, que fué declarar por rey de Aragon al infante don Fernando.

Con este motivo tuvo el infante que marchar á Aragon y abandonar á Castilla; pero no dejó de cuidar de los intereses de su menor continuándole su proteccion con el mayor empeño; mas con su muerte, que acaeció muy pronto (1416) dejó á D. Juan espuesto á las furias de las revoluciones que se levantaron poco despues.

La reina madre se encargó de la tutela, que apenas desempeñó dos años por haber muerto tambien; y el rey, que ya contaba catorce años, se puso al frente del gobierno. Mas como su poca edad y escaso conocimiento en los negocios necesitaban de un ministro capaz de dirijir el timon del estado con acierto en las críticas circunstancias en que se hallaba el reino, el nombramiento recayó en don Alvaro de Luna, que poseía todo el amor y confianza del rey.

La privanza de D. Alvaro escitó la envidia de las personas que se habian prometido sacar partido de la bondad del jóven monarca, y secretamente formaron una conspiracion para derribar al favorito. El primero que se declaró fué el infante D. Enrique, maestre de Santiago é hijo del difunto D. Fernando rey de Aragon; pero demasiado diestro para descubrir sus tortuosas miras antes de tiempo, dirijió sus ataques contra D. Alvaro, sacando con disimulo de la corte á todos sus amigos, en cuyos empleos colocó á sus partidarios: asi logró despues confi-

nar al rey en Tordesillas bajo el pretesto de tenerle en seguridad; pero el verdadero objeto era apoderarse de su voluntad y de sus estados. Hubo muchos que conocieron las ambiciosas miras de D. Enrique, y algunos que intentaron romper las cadenas que oprimian al desgraciado don Juan. D. Alvaro de Luna fué uno de los que mas lo deseaban, y temia las sangrientas conmociones, dañosas siempre á los pueblos, por lo cual tuvo que contemporizar por entonces. Sin embargo, intentó un medio para estraer al rey de tan escandalosa prision, y pretestando una cacería logró sacarle de Tordesillas y pasarle á Montalban, bajo la custodia de algunos caballeros amigos suyos. Noticioso D. Enrique, se presentó con un crecido número de tropas delante del Castillo, y le sitió con todo el rigor de la guerra, reduciéndole al mayor apuro por haber interceptado los víveres; y aunque el rey le amonestó sobre su atentado, no dió oidos á sus preceptos, mas viendo D. Enrique que venian fuerzas en socorro del castillo, huyó precipitadamente hasta Ocaña, y aun allí encontró medios para continuar la discordia, pues se apoderó á la fuerza del marquesado de Villena, que el rey tenia prometido á su mujer la infanta doña Catalina; pero D. Juan envió tropas, le recobró, y derogó la gracia de sucesion en los descendientes del infante, porque esta gracia se habia arrancado al rey durante su detencion en Tordesillas, y porque de este modo debilitaba el poder de don Enrique. La mediacion de la reina de Aragon aplacó la cólera de su hijo separándole de la intencion que tenia de marchar con todas sus tropas en busca del rey de Castilla, y disponiéndole á terminar sus disputas por medios mas suaves. Se presentó don Enrique en la córte, procuró sincerarse con cautelosas propuestas, pero se interceptaron á la sazon ciertas cartas del condestable de Castilla Ruy Lopez Dávalos, parcial de D. Enrique, por las cuales se descubrió una horrorosa trama formada por los dos, escitando al rey moro de Granada para que con todas sus fuerzas invadiese la Castilla, donde se lo sostendria por ellos y sus parciales. Inmediatamente fué conducido preso al castillo de Mora, cometiéndose el ecsámen del negocio al consejo del rey: el maestre D. Enrique protestó en vano su inocencia y la falsedad de las cartas: temió el

resultado y procuró facilitar su fuga, que al fin consiguió salvándose en el reino de Valencia; pero perdió todos sus cuantiosos bienes que fueron aplicados á diferentes caballeros, tocando á D. Alvaro el honroso destino de condestable.

Muchas fueron las instancias del rey de Aragon para hacer la amistad entre D. Enrique y don Juan, y este, aunque con repugnancia, tuvo que condescender al fin por evadirse del peligro con que le amenazaba un poderoso ejército que tenia aquel rey en sus fronteras. El infante se unió con su hermano D. Juan, rey de Navarra, quien entró gustoso en esta alianza que se dirijia á subyugar al rey de Castilla, con la esperanza de conseguir muchas ventajas; pero como el condestable D. Alvaro era un obstáculo para sus miras, se hacia indispensable buscar su ruina por todos los medios, y así determinaron desconceptuarle con el rey y con el reino: empezaron á esparcir contra él las mas atroces calumnias, se le señalaba como causa principal de cuantas desgracias aflijian al reino de Castilla, y se pedia su castigo, apurando al rey de tal modo, que se decidió á cometer el fallo de este negocio á cuatro individuos, que por desgracia eran parciales del infante don Enrique, quienes sentenciaron á D. Alvaro y á todas sus hechuras á un destierro de la corte. La ambicion de los nuevos corifeos que se disputaban los empleos y el gobierno del reino irritó al rey de Castilla de modo que revocó la sentencia dada contra D. Alvaro, le llamó inmediatamente, y para precaver ulteriores disensiones prohibió las juntas clandestinas, mandando retirar de la córte á cuantos caballeros le eran sospechosos.

Este triunfo del condestable avivó el encono del maestre y del navarro, quienes unidos con su hermano D. Alonso V, rey de Aragon, se presentaron con un grueso ejército en las fronteras de Castilla creyendo dar á D. Juan un golpe que le hiciese arrepentir de su volubilidad; pero la perspicacia de D. Alvaro habia previsto este suceso, y prevenido con un buen ejército, se halló al momento el rey don Juan en disposicion de hacerles una vigorosa resistencia y de infundirles temor. Por mediacion del legado del papa se tranquilizaron algun tanto los contendientes y se entablaron negociaciones de paz, á la que asentia D. Juan con tal que el rey de

Aragon se apartase de la alianza que habia hecho con sus hermanos; pero este se negó á tan justa proposicion, y fué preciso usar de las armas. El rey de Castilla rompió con el mayor furor por los dominios de Aragon, al mismo tiempo que sus tropas de las fronteras de Navarra incendiaban y destrozaban las ciudades, villas y campiñas de aquel reino, en donde se hicieron temibles las armas castellanas. En seguida pasó D. Juan á Estremadura, donde se habian fortificado D. Enrique y su hermano D. Pedro despues de haber sido arrojados de algunas plazas de importancia. Apoderados los dos hermanos de Alburquerque, los bloquearon allí, y habiéndose presentado el rey por ver si podia conseguir la tranquilidad, hizo publicar un indulto al pie de las murallas de la fortaleza, concediendo perdon á todos los culpados, ofreciendo recibir en su servicio á los infantes si dejaban las armas, y que de lo contrario serian tratados como rebeldes y reos de lesa majestad: á estas pacíficas y jenerosas ofertas contestaron con una horrorosa descarga de metralla y flechas. Ofendido el rey con tal desacato pensó darles un severo castigo; mas luego persuadido de la dificultad de rendir una fortaleza que se sostenia por la desesperacion, hizo convocar córtes en Medina del Campo á principio del año 1430, en las cuales fueron acusados los infantes y condenados á perder sus estados en Castilla.

Despojados de sus considerables rentas, y sin esperanza de socorro, desconfiaban de poder resistir á los grandes ejércitos castellanos, y no les quedaba otro medio que pedir la paz: tambien la pidieron los reyes sus aliados, aunque con tan duras condiciones, que no habrian sido admitidas por otro que las hubiera deseado menos que don Juan. Sin embargo de hallarse este en una ventajosa situacion por sus grandes fuerzas, se firmó una tregua de cinco años.

Desembarazada Castilla de unos enemigos tan encarnizados, se vió inmediatamente comprometida en otra nueva guerra con los moros de Granada. Mahomad el *Izquierdo*, que anteriormente habia sido repuesto en su trono por la jenerosidad de D. Juan, cometió la ingratitud de negarse á continuar satisfaciendo el tributo que se habia estipulado al tiempo de su restablecimiento, aliándose con el

rey de Tunez para invadir los dominios de su bienhechor, el cual logró desbaratar con tiempo esta alianza, empeñando al tunecino á no protejer semejante injusticia: y como las tropas castellanas se hubiesen apoderado en aquella sazon de Ronda, Cambil, y otros muchos pueblos, á pesar del esfuerzo de Jucef Abencerraje que fue muerto, entró D. Juan á sangre y fuego por la vega de Granada, y dió una gran batalla, en la que dejó tendidos en el campo treinta mil moros, y se habria apoderado de la capital si no lo hubiese impedido la estacion y sus muchas fortificaciones.

Volvió el rey al año siguiente y emprendió la campaña con el mayor vigor, derrotó á los moros en muchos encuentros, y ausiliando el partido de Jucef Abenalmao, contrario de Mahomad, acometió á este con todas sus fuerzas, obligándole á dejar á Granada y retirarse á Málaga. Con su marcha recibieron los granadinos á Jucef Abenalmao, que prestó juramento de estar siempre unido á Castilla, y pagarla cierto tributo de dinero anual: el rey don Juan se retiró á su corte.

Cómo Abenalmao era anciano, le duró poco la alegría de verse colocado sobre el trono de Granada, pues murió á los seis meses de haber tomado posesion de él. Mahomad volvió á Granada luego que supo la muerte de su contrario, donde fué bien recibido y repuesto en su trono con grande alegría de sus parciales. Deseaba con el mayor ardor vengarse de los insultos pasados, y para llevar adelante sus rencorosas ideas volvió poco despues á la guerra con el mayor encarnizamiento. Se dieron diferentes batallas en el espacio de tres años, con sucesos varios, en Alora, Archidona y Huelma: se apoderaron los ejércitos castellanos de Huescar por asalto y consiguieron otras muchas victorias: últimamente, cansaron á los mahometanos de tal modo, que el rey de Granada, viendo asoladas sus campiñas, asaltadas sus principales fortalezas, é introducida en sus dominios una guerra civil que hacia vacilar su trono, abandonó las armas, retiró sus tropas, y concluyó la guerra.

La paz de Castilla duró poco: eran muchos los que envidiaban la privanza de D. Alvaro, y maquinaban secretamente su ruina con constancia; pero esperaban que alguno levantase la voz de la discordia. En medio

de esta aparente calma, se descubrió una conspiracion prócsima á estallar sobre la cabeza del condestable: la movia don Pedro Manrique, resuelto á encontrar su ruina, ó anegar en sangre á Castilla; y creyendo don Alvaro que la prision de Manrique intimidaria á los conjurados, le prendió bajo un simulado pretesto, encerrándole en el Castillo de Fuentidueña, de donde consiguló escapar el adelantado, y al instante se pusieron sobre las armas sus parciales dirijiéndolas contra el condestable: pidieron al rey que sacudiese el yugo que oprimia á su persona y la de sus vasallos, haciéndole responsable de los daños que ocurriesen por culpa del favorito. Este cauteloso pretesto sedujo á la multitud, que acudió prontamente á alistarse bajo las banderas del rebelde, patrocinado por el príncipe heredero D. Enrique, por el maestre don Enrique y por el rey de Navarra. El condestable apuró todos los recursos para contener la insurreccion, aunque inutilmente, pues sus contrarios invadieron todos sus estados, y al fin triunfaron del débil rey, logrando que desterrase al condestable por seis años.

Los rebeldes ambicionaban entre sí les empleos, y no pudiéndolos ocupar todos á un tiempo, se envidiaban unos á otros, y cada cual caminaba sobre las ruinas de los demas. Este desórden no podo menos de producir la mayor desunion; pero conociendo las consecuencias de tales discordias, se convinieron en que todos renunciasen el supremo favor para dedicarse á espiar al rey de modo que no tuviese correspondencia alguna con los que ellos miraban con desconfianza. A tal estremo redujeron al desgraciado monarca los calumniadores de D. Alvaro, suponiendo que eran medidas para salvar á la majestad de una vergonzosa esclavitud; y aun llegó á ser esta todavia mas rigorosa por haberse sospechado algunos manejos ocultos del condestable para arrancar al rey de tal prision. Con efecto, hacia ya mucho tiempo que D. Alvaro meditaba el modo de romper sus prisiones, y solo esperaba un momento favorable, que en efecto le proporcionó la desunion de sus contrarios. Uno de los descontentos, llamado D. Juan Pacheco, era el blanco de los tiros de todos los rebeldes, y trató de vengarse revelando al príncipe D. Enrique, su favorecedor, las ambi-

ciosas ideas é inicuas tramas de los revoltosos. Esasperado el príncipe y determinado á dar la libertad á su padre, buscaba un medio para conseguir su intento: en este tiempo recibió con el mayor sijilo un aviso del condestable ofreciendo ausilios para aquella empresa, y para poder abatir al mismo tiempo el orgullo de los malvados. Inmediatamente se pusieron de acuerdo el príncipe y el condestable, reunieron sus fuerzas, y con las del conde de Haro y otros muchos señores y vasallos leales que apetecian morir en la gloriosa empresa de librar á su rey de la opresion, se hallaron bien pronto en disposicion de batir á los contrarios, á quienes ausiliaban los reyes de Aragon y de Navarra. Los rebeldes se previnieron, y aunque aumentaron su vijilancia con el oprimido monarca, no pudieron evitar su evasion, ni tampoco el destrozo que sufrieron sus tropas bajo las murallas de Olmedo, en cuya batalla salió herido el infante D. Enrique, que fué á morir á Aragon, y quedó prisionero el almirante de Castilla, una de las cabezas principales de la conjuracion.

Era de esperar que muerto el revoltoso maestre D. Enrique y presos ó fujitivos los principales jefes de los rebeldes, dejarian descansar al reino por algun tiempo; pero por desgracia no sucedió así: inmediatamente se presentaron otras conspiraciones mas escandalosas y mas trascendentales: como el condestable habia adquirido nuevamente el favor del rey, conoció Pacheco la inutilidad de los esfuerzos que habia hecho con objeto de apoderarse del absoluto influjo en la corte: se creyó desairado, y procuró debilitar el partido del condestable, avivando secretamente á sus enemigos para entablar contra él una lucha que precisamente habia de terminar en desdoro de la majestad, poniéndola en estado de no poder sacudir el yugo que el partido vencedor le impusiese, y de este modo era segura la remocion del condestable, á quien aborrecia toda la nobleza. Animóse Pacheco con la esperanza de que el jóven príncipe, algo ambicioso, se prestaria con facilidad á cuanto le diese alguna idea de superioridad respecto de su padre, y que se dirijiese á la destruccion del favorito: dispuesto así el plan, le sedujo, pintándole con los mas feos colores la conducta ambiciosa y cruel del condestable, á quien suponia

autor de los castigos de tantos nobles rebeldes: se decidió á huir de la corte y á rebelarse nuevamente contra su padre con tanta crueldad, que mandó á las ciudades que le obedecian se negasen á cumplir las órdenes del rey, y no se defendiesen contra los moros que unidos con el rey de Navarra y los gascones, asolaban los territorios castellanos. El rey D. Juan en un estado tan crítico tenia que disimularlo todo: el condestable conoció que aquellos movimientos se dirijian contra su persona, y trató de precaverse: aconsejó al rey que procurase ecsortar al príncipe para una composicion; pero este se negó á todo mientras no cesasen los castigos contra los revoltosos, y se remunerase á Pacheco por sus muchos servicios. En la dura alternativa de haberse de conformar con tan insolentes propuestas, ó esponerse á los desastres de una escandalosa guerra, vacilaba el monarca sin saber cuál de los dos partidos deberia admitir; mas al fin adoptó el medio de premiar á D. Juan Pacheco dándole el marquesado de Villena, y haciendo que elijiesen maestre de la órden de Calatrava á su hermano D. Pedro Jiron.

No era fácil al condestable encontrar arbitrio para reprimir á sus enemigos y conservar la absoluta autoridad, pues para ello era preciso contar con unas fuerzas respetables y con mas firmeza que la que presentaba el débil D. Juan; y ya que esto no le fué fácil, procuró buscar un apoyo que le protejiese en cualquier desgracia que pudiese sobrevenirle. Bien conoció que las asechanzas de sus enemigos manifestadas hasta entonces no eran mas que un ensayo de ulteriores tentativas, y que debia temerlo todo de la inconstancia de un monarca pusilánime. Don Juan se hallaba viudo de doña María de Aragon, y creyendo que un enlace con la infanta doña Isabel de Portugal le proporcionaria para lo sucesivo un buen protector, al paso que facilitaba una poderosa alianza á Castilla, se resolvió á entablar estas negociaciones con la esperanza de conservar al lado del rey el mismo influjo que siempre habia tenido, y de este modo poder desconcertar los manejos é intrigas de sus ambiciosos enemigos; pero encontraba un obstáculo que vencer, cual era la aficion de D. Juan á Rodegunda, hija del rey de Francia; y aunque podia lisonjearse de que se prestase á sus consejos, te-

mia no salir con su empresa.

El condestable manifestó á D. Juan su pensamiento, y á pesar de alguna repugnancia admitió al fin la propuesta. Se celebró el matrimonio, y la nueva reina luego que obtuvo el dominio del corazon de su esposo, se manifestó celosa de que otra persona le poseyese: descubrió su aborrecimiento al favorito, y ayudada del rey, que tambien se mostraba descontento de las libertades de D. Alvaro, se resolvió á deshacerse de él tan pronto como encontrase una ocasion oportuna, que no tardó en presentarse.

Entretanto los moros continuaban sus correrías y conquistas por la Andalucía sin encontrar oposicion alguna. Don Alvaro intentó reconciliar al rey con el príncipe, pero su mediacion sirvió solamente para aumentar las discordias: la ciudad de Toledo, hostigada por las vejaciones y empréstitos ecsijidos con violencia por D. Alvaro, se rebeló tambien, defendiéndola contra el rey su gobernador Pedro Sarmiento, quien viéndose muy apurado ofreció la ciudad al príncipe, el cual suplicó á su padre que levantase el sitio y se reconciliaria: esta propuesta fué admitida por don Juan para evitar mayores males. Continuaban los moros sus saqueos y conquistas; los descontentos escitaban mayores sublevaciones; D. García de Toledo, hijo del conde de Alba, tomó las armas para vengar la prision que sufria su padre confundido entre los desleales, y desde el castillo de Piedrahita saqueaba los pueblos del contorno: últimamente, cansado el rey de tantas turbulencias, trató de buscar medios para cortar de raiz tantos males y restablecer la paz que apetecian sus pueblos: para conseguirlo con mas solemnidad solicitó y obtuvo del pontífice una bula en que escomulgaba á todos los que no se reconciliasen con el rey; y en efecto se logró la reconciliacion, habiendo entrado el monarca en Toledo donde hizo algunos castigos en los rebeldes, especialmente en los de Sarmiento. El dia 23 de abril de 1451 dió á luz la reina una infanta que se llamó doña Isabel y despues fué reina de Castilla, la cual casó con D. Fernando V el *Católico*. Últimamente la reina, el príncipe y muchos grandes trataron de destruir al favorito, de modo que el rey escribiese de su puño un decreto en que mandaba la prision de D. Alvaro de Luna: se

le formó causa y se le condenó á muerte en un consejo de jueces por unanimidad. El dia 7 de junio de 1453, fué conducido al cadalso, y despues de sacar del pecho una cinta que llevaba prevenida para que le atasen las manos, presentó su garganta bajo la cuchilla con el mayor valor y serenidad. Este fué el fin que tuvo en Valladolid un hombre que habia disfrutado por mucho tiempo todo el poder y autoridad del rey de Castilla, y que al cabo de su penosa vida fué enterrado de limosna en el mismo cementerio que los malhechores. Acaso le habria perdonado el rey á no tener á la vista tantos y tan poderosos enemigos; pero sea como quiera, D. Juan pagó muy mal al condestable sus muchos servicios y celo por su conservacion en ocasiones muy apuradas, arrancándole del poder de muchos y temibles enemigos, esponiendo su vida, y haciéndose el blanco de las asechanzas y tiros de los desleales vasallos, que solo ambicionaban su engrandecimiento, como se vió despues de la muerte de D. Alvaro; porque apenas se hallaron los grandes desembarazados de un enemigo que se oponia siempre á sus rebeliones haciéndose respetar, empezaron á manifestar su ambicion é insolencia; y aunque el rey quiso sujetarlos con las armas, no pudo conseguirlo á pesar de cuantas medidas y proyectos formó, pues todo fué ineficaz.

Sin embargo, empeñado el rey en sujetar á los revoltosos, se ocupaba en los preparativos, cuando le acometieron unas cuartanas dobles que le quitaron la vida el dia 21 de julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad, cuarenta y siete de su reinado, y trece meses despues de la muerte de D. Alvaro de Luna su favorito.

De su primera mujer doña María dejó un hijo llamado don Enrique, y de doña Isabel de Portugal su segunda esposa á doña Isabel, que despues fué reina de Castilla, y á D. Alonso. Segun se dice era D. Juan muy aficionado á la historia y á la poesia; y á pesar de su limitado talento, algunas de sus composiciones poéticas que se han conservado no son totalmente despreciables.

Don Enrique IV.—(1454) Este príncipe sucedió á su padre D. Juan II, en cuyo tiempo habia casado con doña Blanca de Navarra, de quien se divorció por dispensacion que obtuvo del pontífice, en la cual se res-

cindió el matrimonio que se consideró nulo por impotencia respectiva, á causa de no haber tenido sucesion en doce años que vivieron juntos, y por esta razon se le llamó el *Impotente*: quedaron ambos consortes en libertad de unirse nuevamente con quien les conviniese. Doña Blanca se restituyó á Navarra, y D. Enrique no determinó por entonces contraer nuevo enlace hasta que subiese al trono de su padre; en efecto, luego que se verificó pensó en borrar la nota de su impotencia. Habiéndole ponderado mucho la belleza de doña Juana, infanta de Portugal, la pidió á aquel rey, que condescendió gustoso, y formalizadas las correspondientes capitulaciones se celebró el desposorio: la nueva reina vino á Castilla, donde fué recibida con mucho aparato y obsequio.

En el año de 1456 pasó el rey á Andalucía con un ejército de cuarenta mil hombres contra los moros, los batió, taló sus campos, reconoció todas las costas hasta Jibraltar, y estuvo en Ceuta y en Tarifa. En el año siguiente pasó á Vizcaya á sosegar ciertas turbulencias escitadas por varias facciones que se habian reunido contra él; y no era estraño, porque una de las indiscreciones que cometió D. Enrique al principio de su reinado, fué ecsasperar á los grandes, elevando á los mayores empleos á las personas de bajo esfera, sin mas mérito que el influjo de sus favoritos: la dignidad de canciller y condestable la puso en criados del marques de Villena, y el maestrazgo de Alcántara en un miserable hidalgo de Cáceres: á su criado D. Beltran de la Cueva, le ascendió repentinamente al cargo de mayordomo mayor y su único favorito. La nobleza, que necesitaba poco para manifestar su disgusto, se empezó á rebelar contra las disposiciones de D. Enrique, y los primeros que se quejaron al rey fueron el arzobispo de Toledo, el almirante D. Fadrique, don Pedro Jiron, maestre de Calatrava, el marqués de Santillana, los condes de Haro, Alba, Benavente y otros personajes poderosos. Le hicieron presente la malversacion de las rentas por induccion de sus malos consejeros, la impunidad de los delitos, el abrigo de los delincuentes á quien debia castigar el desenfreno con que en todas las clases se burlaba el vigor de las leyes, y últimamente la indolencia que se notaba en todos los ramos de la administracion

pública. Tambien le hicieron presente la necesidad de convocar unas córtes en que se adoptasen medios enérjicos para remediar tantos males; mas en realidad el objeto de los grandes en esta convocacion era arrojar de la córte al favorito y sus hechuras, y declarar por príncipe heredero de la corona al infante D. Alonso, pretestando la impotencia del rey, que se confirmaba en su segundo matrimonio; pero el monarca conoció las ideas de los grandes, y se previno tratando con el rey de Navarra sobre los medios de su seguridad, haciendo con él una alianza ofensiva y defensiva.

Volvió D. Enrique á Segovia ofreciendo convocar córtes; pasó en seguida á Granada contra los moros, obligó á su rey á reconocer vasallaje y pagarle un tributo anual, y habiendo vuelto á la córte siguió con mayor teson ensalzando inumerables familias de baja esfera á destinos que no les correspondian. Los desafectos manifestaron su encono con mas enerjía; formaron una nueva liga á cuya cabeza se pusieron el arzobispo de Toledo y otros grandes, quienes volvieron á representar al rey que les guardase sus fueros y privilejios con arreglo á la ley, que administrase con rectitud la justicia segun lo habia jurado, que separase de su lado las malas compañías, que hiciese la guerra á los mahometanos, y últimamente le pidieron que tratase de educar á sus hermanos D. Alonso y doña Isabel con el decoro y honor correspondientes á su alta dignidad, y supuesto que no tenia hijos, declarase por sucesor suyo á don Alonso.

A la sazon el rey de Aragon, que habia reunido á sus estados la corona de Navarra, se unió á los descontentos confederados, cuyo agravio trató de vengar D. Enrique: entró por los estados de Aragon, se apoderó de algunas plazas, pero al fin concluyó esta guerra con una reconciliacion entre los grandes, el aragonés y D. Enrique. En este tiempo dió á luz la reina una infanta á quien pusieron el nombre de Juana, y el rey, para quitar á sus contrarios la esperanza de lograr sus intentos, dispuso que se la reconociese y jurase como princesa heredera de la corona de Castilla. Todos conocieron por la impotencia del rey que no era hija suya, y *sí* del favorito D. Beltran de la Cueva; por cuya razon la llamaron la *Beltraneja*. La mayor parte de

la grandeza se resistió á prestar el juramento que se ecsijia, y los infantes D. Alonso y doña Isabel protestaron contra este reconocimiento, sobre lo cual se suscitaron muchas turbulencias mas encarnizadas que hasta entonces, formándose el proyecto de destronar al rey y colocar en el trono al infante don Alonso. El rey continuó la guerra con los moros apoderándose de las plazas de Archidona y de Jibraltar, en cuyas conquistas representaron el primer papel el duque de Medinasidonia y el maestre de Calatrava. Se aumentó el partido de los descontentos con la union del marqués de Villena, enemigo declarado de D Beltran de la Cueva; tambien ayudaba el rey de Aragon, porque deseaba el enlace de su hijo D. Fernando con la infanta doña Isabel: con estas agregaciones se hallaron los enemigos bastante fuertes para enviar al rey una representacion quejándose de la falta de resolucion á las diferentes reclamaciones que habian hecho sobre las reformas que se necesitaban en el reino; de la violencia que se habia hecho á todos los vasallos para que jurasen por primojénita y sucesora del trono á doña Juana, apoderándose ademas de los infantes D. Alonso y doña Isabel, presos á la sazon en Segovia; y últimamente protestando que si el rey no refrenaba tantos desórdenes y declaraba un sucesor lejítimo del trono, estaban resueltos á defender su derecho.

D. Enrique creyó contener á los descontentos entregándoles al infante D. Alonso para que se le jurase su sucesor en la corona, con tal que se casase con doña Juana cuando tuviese la edad competente; y como se dudaba de la lejitimidad de esta, tomó el ridículo medio de hacer una informacion de su potencia, comisionando al efecto á los obispos de Cartajena y Astorga, quienes se vieron en la precision de recibir declaraciones para averiguar si doña Juana era verdaderamente hija del rey ó adulterina por algun engaño. Lo único que resultó de esta sumaria fué, que hasta la edad de doce años no se habia notado en D. Enrique defecto alguno natural, que despues no habia tenido sucesion de doña Blanca su primera esposa, y que al fin habia tenido la fortuna de recobrar su potencia jenerativa; pero estas deposiciones tienen visos de haberse amañado al gusto del que las habia mandado recibir. El rey D. Enrique y su es-

posa se hallaban en Toledo, y noticiosos de que el rey de Portugal, hermano de la reina de Castilla, pasaba á Guadalupe, salieron á visitarle al Puente del Arzobispo: en esta entrevista trataron dos casamientos, el uno del rey de Portugal con la infanta doña Isabel, hermana del de Castilla, y el otro de doña Juana, su hija, con el príncipe heredero de Portugal; mas dilatándose para otro tiempo estas bodas, no tuvieron efecto por la tardanza.

D. Enrique principiaba á mirar con enfado al arzobispo de Toledo y al marques de Villena por sospechar que en las diferencias de Aragon no se habian portado con la mayor lealtad: lo conocieron estos y se pasaron al partido da los descontentos, quienes deseosos de llevar adelante su proyecto de deponer á D. Enrique, pasaron con el infante D. Alonso á Avila, en donde formaron un espacioso tablado inmediato á la ciudad, con un magnífico trono en donde colocaron una estátua de D. Enrique vestida de todas las insignias reales, y delante de una gran multitud de jentes de todas clases se le formó una especie de proceso en que fué condenado á perder la corona en castigo de las injusticias, escesos y crímenes que suponian habérsele justificado: esta sentencia se leyó en alta voz, y se ejecutó inmediatamente despojando la estátua de los adornos que la habian puesto de la majestad real, arrojándola ignominiosamente del trono y remplazándola en él por el infante, á quien aclamaron rey de Castilla.

Intentaban los confederados sorprender á D. Enrique, que se hallaba en Salamanca con la infanta doña Isabel, lo que no se verificó por cierta oposicion entre ellos, y fueron á sitiar á Simancas; mas acudió el rey con bastantes tropas, les acometió y les obligó á levantar el sitio. En 1467 intentó el arzobispo de Sevilla apoderarse del rey, y para lograrlo le aconsejó pasase á tratar con los descontentos el modo de dar fin á tantas turbulencias; pero el pueblo de Madrigal se opuso á la salida del rey por sospechar la trama que se le urdia: se informó del caso, y reuniendo un buen ejército marchó á Medina y desde allí á la villa de Olmedo, en donde encontró á sus enemigos el 20 de agosto, y al frente de ellos el infante D. Alonso y el arzobispo de Toledo. Los conjurados intentaron impedir el paso á las tropas

del rey, á cuyo efecto salieron formados en órden de batalla: el rey les acometió, se trabó una pelea que fué muy sangrienta y se suspendió por la oscuridad de la noche, habiéndose retirado los conjurados á Olmedo, y el rey prosiguió su camino hasta Medina del Campo.

Ni estos contratiempos ni la muerte del infante D. Alonso, acaecida el 5 de julio de 1468, bastaron para que los sublevados abandonasen su proyecto, pues enviaron un mensaje á la infanta doña Isabel, que se hallaba en Avila, ofreciéndola la corona que decian pertenecerla como inmediata sucesora: esta virtuosa señora no quiso admitir la oferta escusándose con modestia, bien que les advirtió que no le agradaria que recayese en la *Beltraneja*. Quedaron sorprendidos con un rasgo tan jeneroso de desinterés, y no pudieron menos de alabar su resolucion; por lo cual convinieron en dejar las armas, si bien no se verificó así hasta que el rey admitió las condiciones que le propusieron; que la infanta doña Isabel fuese declarada y jurada heredera del reino, y se la entregasen las ciudades de Avila y Ubeda, las villas de Medina del Campo, Olmedo y Escalona; que jurase esta no celebrar matrimonio sin consentimiento del rey; que este habia de divorciarse de la reina con anuencia del papa; que ejecutado así, la reina y su hija pasasen á Portugal; y últimamente, que los descontentos fuesen perdonados, restituyéndoles todos sus bienes y empleos que en tiempo de las revoluciones pasadas se les habian quitado. En efecto así se verificó, ajustándose la paz con el rey, y enviando á la reina doña Juana y su hija á Portugal.

En el año 1469 se suscitaron nuevos choques sobre los intereses de los cortesanos, por envidiarse los unos á los otros y anhelar todos á apoderarse del gobierno. El marqués de Villena hacia demasiada sombra á otros de su clase por haber logrado el mayor influjo con el rey: se oponia con algunos otros al enlace de la infanta doña Isabel con el príncipe D. Fernando, heredero del reino de Aragon y condecorado con el título de rey de Sicilia. El arzobispo de Toledo, que habia sido uno de los principales ajentes de los descontentos, se declaró contra las ideas del marqués, y favorecia la pretension del infante D. Fernando, lo que bastó para que Villena intentase ca-

sar á la infanta con el rey de Portugal ó con el duque de Berri, habiendo logrado dividir la córte en partidos: el del arzobispo era el mas ventajoso porque defendia el gusto de la infanta cuyo objeto acaso no se hubiera logrado á no ser por los muchos desvelos y constancia del prelado, pues él mismo formó el plan, dió las disposiciones, suministró caudales, y desvaneció todos los obstáculos que opusieron lo contrarios: cuando estuvo todo dispuesto salió secretamente la infanta de su retiro y pasó á reunirse con el arzobispo. Villena hizo por detenerla en el camino, pero no lo logró porque el prelado, sospechando de sus intrigas, se habia anticipado á protejer la marcha de la infanta con trescientos caballos escojidos que la acompañaron hasta Valladolid. Viéndose Villena burlado, despachó órdenes muy severas á las fronteras de Aragon para que impidiesen el paso á D. Fernando, el cual avisado por el arzobispo se arrojó sin embargo al peligro, y se introdujo disfrazado en Castilla, llegando á Valladolid sin el menor obstáculo, acompañado de solas cuatro personas. Celebráronse inmediatamente los desposorios en la catedral de dicha ciudad, (25 de octubre de 1469) despues de haber jurado el príncipe guardar y observar inviolablemente las condiciones que se habian estipulado cuando se trató el casamiento.

Este produjo nuevas contiendas en Castilla, porque ofendido Villena dirijió sus tiros contra los príncipes, intentando con el mayor encono privarles de la corona, á cuyo efecto dispuso que el rey de Portugal se presentase á vengar la injuria que decia haberse hecho á doña Juana la *Beltraneja*. Estos movimientos del marqués se fundaban en la suposicion de que reinando doña Isabel en Castilla perderia su marquesado de Villena y otros estados que poseia tanto en Castilla como en Aragon, á cuyos reinos se habian arrancado con astucia; y con la misma persuadió al rey de que la *Beltraneja* era efectivamente su hija, y que no debia consentir que habiendo sido jurada se la despojase de la sucesion. Los grandes atizaban el fuego de la rebelion; el rey que se hallaba ofendido por el matrimonio de D. Fernando, se persuadió fácilmente, y anuló su disposicion hecha en favor de doña Isabel, publicando otra

en el de doña Juana. El marqués tuvo por necesaria la union de alguna potencia estranjera, y confiado en la fuerza de la Francia protejió la pretension del duque de Berri, sin atender al empeño que habia contraido con el rey de Portugal, de casarle con la misma infanta doña Juana: en efecto, llegó á tanto la audácia del marqués de Villena, que hizo formalizar el casamiento de Berri con la infanta en el valle de Lozoya, á vista de una córte muy numerosa que habia convocado al efecto. Los embajadores de Berri, que sin duda no estaban muy persuadidos de la lejitimidad de doña Juana, ecsijieron públicamente á la reina que declarase que su hija lo era verdaderamente de su marido don Enrique, y habiéndolo asegurado asi, fueron á verse con el rey para que hiciese otra igual declaracion: este, que se hallaba incierto, porque unas veces lo creia y otras lo negaba abiertamente, no tuvo al fin dificultad en afirmar lo que no podia saber.

La muerte del duque cortó de raiz semejantes intrigas, y burlado Villena volvió á animar al portugués; mas este viéndose desairado despreció la propuesta; se acordó Villena de D. Enrique Fortuna, hijo póstumo de D. Enrique, hermano del rey de Aragon, y tampoco encontró en él el interés que apetecia.

Mientras el marqués de Villena se hacia aborrecible por sus intrigas, D. Fernando y doña Isabel ganaban cada dia mas el amor de los pueblos y su partido se aumentaba considerablemente; de modo que llenó de temor á sus contrarios; solamente faltaba atraerse el amor del rey para dejar solo al marqués, lo que consiguieron por la mediacion del marqués de Moya y del cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Moya, bajo las condiciones y seguridades de no inquietar los estados del rey, de permitirle gozar pacíficamente la corona durante su vida, de ayudarle á recobrar los pueblos enajenados, y no incomodar de manera alguna á los caballeros que estaban á su servicio. Con mucho regocijo aceptaron los príncipes estas condiciones, y para dar al rey evidentes pruebas de la confianza que de él hacian, pasaron sin la menor escolta á Segovia, donde se hallaba don Enrique, y este los recibió con las mayores muestras de cariño dando una pública prueba de su

afecto. Todos se hallaban contentos porque creian haberse concluido para siempre las inquietudes que habian causado tantos daños al reino; mas la presentacion del marqués de Villena en la córte cambió esta agradable escena en un nuevo conflicto. Sedujo al débil D. Enrique con un nuevo proyecto contra los príncipes; estos lo descubrieron con tiempo y se convencieron de lo poco que podian esperar de un monarca tan inconstante. Cayó el rey enfermo y pasó á Madrid, en donde declaró por su heredera y sucesora en el reino á doña Juana la *Beltraneja*. Murió poco despues en el dia 12 de diciembre del año 1474. Este príncipe, que tenia buen corazon y manifestaba mucha piedad, era tan indolente y tan poco aplicado al gobierno del estado, que en los muchos años que ocupó el trono siempre fué gobernado por sus favoritos, que no reparaban en cometer las mayores injusticias para aumentar su fortuna, sirviéndose del poder del rey para vengar sus resentimientos particulares.

DOÑA ISABEL Y D. FERNANDO V.—(1474) Cuando murió D. Enrique se hallaba D. Fernando ausente en Aragon con motivo de celebrarse allí unas córtes, é inmediatamente que supo la ocurrencia partió á Castilla: en el tránsito que hizo se le presentó en Almazan un emisario de D. Luis de la Cerda, conde de Medinaceli, con una representacion haciéndole presente que el reino de Navarra pertenecia á doña Ana su mujer, como hija de D. Cárlos, príncipe de Viana: D. Fernando no dió respuesta y continuó su viaje para Segovia, adonde llegó el dia 3 de enero de 1475 y fué proclamado con su esposa doña Isabel por rey de Castilla, en virtud del reconocimiento y declaracion que habia hecho don Enrique. Hubo un aplauso y regocijo jeneral, aunque despues se suscitaron algunas diferencias sobre el manejo de los negocios del reino; mas con la amabilidad y política de la reina doña Isabel se pacificó todo, y los nuevos soberanos se dedicaron á correjir todos los desórdenes y abusos que se habian introducido en el reino con motivo de las turbulencias: esta conducta hizo concebir á todos las mas lisonjeras esperanzas de un reinado feliz. Sin embargo, la gran política y dulzura de estos amables príncipes no fueron suficientes para estinguir el jér-

men de las discordias y refrenar la ambicion.

Parecia que el nuevo marqués de Villena, que resucitó el partido de doña Juana la *Beltraneja*, se habia propuesto burlarse del rey D. Fernando y de don Alonso, rey de Portugal, pues tenia intelijencia con ambos á un mismo tiempo: no habiendo podido conseguir el maestrazgo de Santiago, se puso al frente de los parciales de doña Juana, y redujo al portugués á admitir la mano de esta con la oferta de ponerlo en posesion de la corona de Castilla, fundando su proyecto en la declaracion, que habia hecho D. Enrique al tiempo de su muerte, en la que reconoció á doña Juana por su hija y sucesora, nombrando por sus curadores al cardenal de España y al marques de Villena. Estos unidos con el arzobispo de Toledo que se hallaba descontento por no habérsele premiado como él queria, y con otros grandes, contaban con casi toda la superioridad; pero les salió mal porque la mayor parte de los que tenian por partidarios suyos los desampararon al mejor tiempo.

El rey de Portugal tomó á su cargo la empresa, y con un buen ejército se introdujo rápidamente en Castilla hasta Plasencia, en donde se desposó con doña Juana, la cual fué aclamada reina: desde allí pasaron á Arévalo, Zamora y Toro, que se le entregaron sin resistencia: D. Fernando, que habia salido de Segovia con sus valerosas tropas los sorprendió y les obligó á encerrarse en la plaza con ánimo de dar una batalla decisiva para terminar con ella la guerra; mas el portugués no admitió esta especie de desafio, permaneciendo fuerte dentro de la plaza que se hallaba bien provista; y como á D. Fernando le llamaban otras atenciones de importancia, y veia que el sitio iba largo, le levantó para ir á socorrer á Burgos que se hallaba bastante oprimido por sus gobernadores.

Viéndose libre el portugués se internó hasta Peñafiel: la reina hizo apostar diferentes partidas en las cercanías para que observasen al enemigo y le incomodasen con choques y escaramuzas. El conde de Benavente desde Baltana acometió al portugués con el mayor vigor, y habiendo acudido los contrarios con fuerzas muy superiores se dieron varios combates, en los que fueron rechazados por dos veces los portugueses á pe-

sar de su gran superioridad; mas al fin venció esta, y el conde lleno de heridas, sin jente, y oprimido por el número, tuvo que entregarse al vencedor; bien que despues logró su libertad bajo las condiciones de no volver al servicio de la reina de Castilla, de entregar en rehenes las plazas de Portillo, Villalba y Mayorga, y ademas su hijo primojénito D. Alonso. Luego que se vió en libertad el conde se presentó á la reina ofreciéndola de nuevo sus servicios aunque perdiese todos sus estados y su hijo.

Cuando esto sucedia en Castilla, se introdujeron en Portugal á fuego y sangre D. Alonso de Cáceres y el duque de Medinasidonia, cuyas valerosas tropas se vengaron grandemente haciendo los mayores destrozos. Por otra parte D. Fernando, luego que dejó escarmentados á los traidores de Burgos y la plaza bien provista, pasó á Zamora, de la que se apoderó haciendo huir al portugués precipitadamente hasta Toro, en donde le empeñó forzosamente á una batalla, y á pesar de ser las fuerzas castellanas muy inferiores logró D. Fernando una señalada victoria, pues destruyó el ejército del rey de Portugal, y este se puso en huida hácia los montes hasta llegar á Castronuño, sin que quedase entre los suyos la menor noticia de su paradero, tanto que creyeron que habia muerto entre los demas. Los vencedores no pudieron seguir el alcance por la oscuridad de la noche, y se replegaron á sus campamentos; así quedó el portugués escarmentado é imposibilitado de continuar la guerra.

Desamparados el marqués de Villena y sus secuaces por la fuga del portugués, tuvieron que implorar la clemencia del rey; solo el arzobispo de Toledo rehusó someterse é insistió en su proyecto, aconsejando al portugués que volviese á Castilla. La amabilidad y política de D. Fernando y doña Isabel buscaron por todos los medios la pacificacion de este prelado, mas su obstinacion fué tal que les obligó al fin á enviar tropas en su busca y á secuestrarle sus rentas: viéndose en tal estado, y sin medios para continuar sus planes, tuvo que acojerse á la piedad de los reyes, que le perdonaron todos los agravios que les habia hecho.

Poco tiempo despues el marqués de Villena y otros partidarios suyos volvieron á la-

vantar el estandarte de la rebelion: se aliaron de nuevo con el portugués, el cual quiso probar fortuna olvidando sus pasados desastres; pero al momento fueron subyugados los rebeldes y destruido el portugués, de modo que se vió en la precision de implorar la paz que se verificó por haberse obligado á abandonar sus pretensiones á la corona de Castilla, y dejar de protejer á la doña Juana. Desengañada esta de su mala suerte, y no habiendo podido conseguir la dispensa para verificar su matrimonio, tomó el hábito de monja en el monasterio de santa Clara de Coimbra.

El 19 de enero de 1479 murió en Barcelona el rey D. Juan II de Aragon, padre de D. Fernando, con cuyo motivo recayó en él la corona de aquel reino y se incorporó para siempre en la de Castilla. Por esta razon nos parece muy oportuno suspender aquí la historia de este reinado para referir, aunque sucintamente, la

HISTORIA DE ARAGON.

Despues de la derrota del ejército godo en la batalla de Guadalete, de cuyas resultas invadieron los sarracenos la España, se refujiaron los cristianos en las asperezas de las montañas segun los iban arrojando de las demas provincias: llegaron algunos á Aragon, situado en la falda de los Pirineos, donde se fortificaron, y bajo la direccion de los jefes que nombraron con el título de condes ó príncipes se defendieron con el mayor valor contra los árabes.

Este jénero de gobierno siguió así hasta principios del siglo XI en que se apoderó de una parte de Aragon D. Sancho III el Mayor, rey de Navarra, quien lo cedió á su hijo D. Ramiro, en 1034, con el dictado de reino.

Acaso en ninguna otra parte de España se habrán sostenido guerras mas porfiadas y frecuentes que en Aragon, pues eran perpétuas por la obstinacion de los moros para estender sus dominios, y los aragoneses, mas porfiados y valientes que ellos, se empeñaron tambien en defender su pais.

El rey D. Ramiro I aumentó sus estados con algunas conquistas que hizo en las cercanías de Zaragoza; pero tuvo la desgracia de morir en la empresa que intentó de apoderarse de Graus (1063). D. Sancho, su hi-

jo, le sucedió inmediatamente en el reino, y reuniendo muchas fuerzas se apoderó de Boles, Loharre, Tudela, Monzon y otras fortalezas, habiendo destrozado en tan continuadas luchas á los sarracenos. Puso sitio á la fuerte ciudad de Huesca, estrechando á sus habitantes hasta el mayor estremo: con el objeto de dar el último golpe á la plaza se acercó á reconocer sus murallas para formar con conocimiento el plan del asalto, y desgraciadamente le dispararon desde las murallas una saeta que se le introdujo por debajo del brazo y le dejó mortal.

El dia 4 de junio del año de 1094 murió D. Sancho de resultas de su herida, y le sucedió su hijo D. Pedro I, el cual se dedicó con el mayor ardor á rendir la plaza; juntó nuevas tropas y con ellas estrechó mas el sitio poniéndola en estado de entregarse, cuando tuvo noticia de que se acercaba un formidable ejército mahometano con deseos de socorrer la ciudad: D. Pedro, sin reparar en las muchas fuerzas de los enemigos, les salió al encuentro, y les dió una batalla en la cual los desbarató dejando muertos en el campo cuarenta mil de ellos. Con esta famosa victoria se amedrentaron los sitiados y rindieron la plaza. Poco tiempo disfrutó D. Pedro este laurel y el reino, pues murió en el año 1104 sin dejar sucesion.

Don Alonso I. — A D. Pedro sucedió su hermano D. Alonso, y sus primeras espediciones se dirijieron contra Castilla, porque suponia que esta corona se habia adjudicado á doña Urraca en perjuicio suyo. Sus tentativas fueron desgraciadas, pues los castellanos abatieron su orgullo obligándole á abandonar la esposa, el reino y sus figurados derechos.

Mas felices fueron las armas aragonesas contra los moros, porque D. Alonso, que despues de sus derrotas en Castilla quiso ensanchar sus dominios, se propuso conquistar á Zaragoza, corte de los sarracenos, en donde residia su soberano, y por consiguiente el foco de donde salian las principales fuerzas mahometanas. Los choques de D. Alonso contra Zaragoza fueron infructuosos por el gran número de defensores que la sostenian; mas aunque pidiesen socorros á los régulos comarcanos, la constancia y firmeza de D. Alonso los derrotó siempre en continuadas

batallas, sin que lograsen introducir socorro en aquella capital, la cual tuvo al fin que rendirse al valor del aragonés: imitáronla un gran número de plazas importantes, y de este modo don Alonso consiguió arrojar á los moros de casi todo su reino, pues les hizo huir hasta los confines de Valencia. Se apoderó de Mequinenza y sitió á Fraga, que no tomó por haber acudido un formidable socorro enviado por los régulos de Lérida, Valencia y Murcia. Atacado el ejército aragonés por un prodigioso número de enemigos, fué deshecho y puesto en huida, y el rey á quien acompañaba un corto número de tropas, fué embestido nuevamente y muerto en esta segunda refriega. De veintinueve batallas que dió D. Alonso á los moros, solo perdió la última, y por esto le dieron el nombre de *Batallador*. No habiendo dejado hijos, se dice que nombró por herederos del reino á los caballeros Templarios.

D. RAMIRO II.—(1134) Este príncipe, á quien llamaron el *Monje*, fué colocado en el trono por los aragoneses, á pesar del estravagante nombramiento hecho por su hermano. Casó con doña Inés Potiers, hermana del conde de Aquitania, y tuvo de ella una hija que se llamó doña Petronila, á la cual á pesar de no tener mas que dos años, casó con D. Ramon, conde de Barcelona, y los declaró sus herederos, nombrando gobernador del reino al conde hasta que pudiese consumarse el matrimonio, y con deseo de gozar de una tranquilidad própia de su carácter pacífico, se retiró á Huesca sin haberse reservado mas que el título y autoridad de rey mientras duraba la menor edad de su hija.

D. RAMON BERENGUER.—(1137) Entró á reinar el conde D. Ramon por cesion que hizo en él D. Ramiro, del reino de Aragon. Desde el tiempo de D. Sancho estaba incorporada á la corona de Aragon parte de la Navarra, y esta se declaró independiente cuando murió D. Alonso. Como D. Ramiro fué de un carácter pacífico, miró con indiferencia esta desmembracion. D. Ramon Berenguer trató de recobrar aquella parte de Navarra, pero el navarro le obligó á desistir de este proyecto por entonces. El conde se alió con su sobrino D. Sancho III, rey de Castilla, y aunque con condiciones algo gravosas, logró enrobustecer su ejército, con el que rompió á sangre y fuego por aquella pro-

vincia, tomó varias plazas y fortalezas, y obligó al navarro á tratar de una composicion. Murió el conde el dia 6 de agosto de 1162, dejando tres hijos y una hija, y su viuda la reina propietaria de los estados los repartió entre sus hijos, dejando al primojénito D. Alonso el reino de Aragon y el condado de Barcelona.

Don Alonso II. — (1162) Este príncipe se dedicó á ensanchar su reino por la parte de Valencia: tomó á Teruel y otros muchos pueblos y plazas á las márjenes del rio Guadalaviar, y obligó al gobernador de Valencia á pagarle tributos dobles: no continuó sus conquistas por haber tenido que acudir á contrarestar á su infiel enemigo el réy de Navarra, que se habia introducido por las fronteras de Aragon; le buscó D. Alonso, y el navarro supo evadirse de una batalla repartiendo sus tropas por la frontera y manteniéndose á la defensiva; mas D. Alonso rompió las líneas, se introdujo en Navarra, donde hizo los mayores estragos, se unió despues con el réy de Castilla y llegaron hasta Pamplona, donde destrozaron al navarro y recobraron muchas plazas. La necesidad de acudir contra los moros les obligó á transijir las diferencias; aunque á alguno no pareciesen justas las condiciones del contrato. Murió D. Alonso el dia 5 de abril de 1196.

Don Pedro II. — Le sucedió inmediatamente su hijo primojénito D. Pedro II, por cuya menor edad quedó tutora la reina doña Sancha, hija del réy de Castilla D. Alonso VII. D. Pedro quiso recibir la corona de mano del mismo vicario de Cristo, á cuyo efecto fué á Roma y le coronó el pontífice Inocencio III: D. Pedro hizo á su reino feudatario de la Santa Sede, sumision que le granjeó el sobrenombre de *Católico*: los aragoneses se descontentaron protestando los perjuicios que se les seguian, y de sus resultas hubo muchas inquietudes; pero se sosegaron con la declaracion que hizo el rey de que el feudo á que se habia obligado no debia estenderse á sus sucesores, sino hasta el último dia de su vida.

Con motivo de haberse suscitado en Francia cierta conmocion contra los albijenses, tuvo que acudir D. Pedro al socorro de su pariente el conde de Tolosa, uno de los principales ajentes de aquella secta, y murió en la empresa el

dia 13 de setiembre de 1213.

DON JAIME EL CONQUISTADOR.

—(1213) Solo tenia cinco años cuando murió su padre y por esta razon no faltaron disensiones sobre la rejencia: D. Jaime se hallaba depositado por el papa en poder de Simon de Monfort, jefe de la cruzada contra los albijenses: sin embargo, la mas sana parte del reino se declaró en favor de don Jaime, y suplicó al papa dispusiese su entrega para colocarle en el trono, por cuyo medio se evitaría la guerra civil que comenzaba: en efecto, despues de algunas disputas fué restituido el jóven príncipe á los aragoneses, encargando su custodia á D. Guillen de Monredó á quien debió una escelente educacion.

Descontentos los aragoneses con el gobierno durante la minoría del príncipe, resolvieron que éste tomase las riendas del estado á pesar de su corta edad de diez años, llevándole á Zaragoza para reconocerle en público como rey; y se hizo así sin embargo de los muchos obstáculos que se presentaron. Para asegurarse mas los aragoneses y proporcionar al nuevo rey un protector, creyeron preciso casarle con doña Leonor, hija de D. Alonso VIII de Castilla; pero se adelantó muy poco porque los contrarios de D. Jaime se apoderaron de él y le tuvieron en su palacio como prisionero. Se cansó el jóven rey de esta esclavitud, y con el ausilio de sus amigos se refujió en el castillo de Orta. La muerte violenta de uno de los contrarios de D. Jaime, llamado Abones, fué causa de que todos los pueblos, escepto Calatayud, se pasasen al partido contrario, cuya cabeza era el infante don Fernando, llamado el *Monje*, tio del rey; mas al fin valiéndose D. Jaime de medios políticos y suaves, logró apaciguar la sedicion de tal modo, que el mismo D. Fernando desistió de sus pretensiones é imploró su perdon, que consiguió para sí y para todos los demas, quedando por este medio restablecida la quietud en todo el reino.

El espíritu guerrero de D. Jaime le inclinaba á nuevas conquistas, que emprendió apoderándose de Mallorca y las otras islas Baleares, y haciendo prisionero al rey moro.

Con la toma de estas islas quedaron los moros privados de un punto muy interesante para el abrigo de sus piraterías, y apoyo de las tropas que venian del

Africa para Murcia y Valencia: y D. Jaime determinó apoderarse de esta ciudad, formando al efecto la empresa de convocar una especie de cruzada, á la que concurrieron españoles, franceses, italianos, ingleses y otros muchos, logrando así reunir un ejército bastante fuerte con el cual entró en el territorio de Valencia, se apoderó de Burriana, Peñíscola y otras muchas fortalezas muy importantes hasta haber colocado sus tropas al frente de Valencia, que despues de seis meses de sitio logró rendir en el año de 1238, y destrozar totalmente á los sarracenos, de modo que todas las ciudades, villas y aldeas se entregaron á porfía, haciéndose así dueño de los reinos de Valencia y Murcia.

D. Jaime tuvo de la princesa de Castilla, su esposa, un hijo llamado D. Alonso; mas habiéndose disgustado despues con ella, se divorció con el pretesto de un tercer grado de parentesco, y se casó nuevamente con doña Violante, princesa de Hungría, de la que tuvo otro hijo llamado D. Pedro. Determinó el rey hacer su testamento y en él nombró por sus herederos á ambos príncipes, asignando al D. Pedro el condado de Barcelona con cierta alteracion de límites. D. Alonso, viéndose perjudicado en esta particion, creyó deberse oponer á tal desmembracion, porque con ella se debilitaba el reino, y por otra parte tampoco estaban contentos los catalanes y aragoneses, quienes se declararon en favor del primojénito, formándose partidos que estuvieron á pique de romper hostilmente, y aunque D. Jaime permaneció firme en su resolucion, no llegó el caso de usarse de las armas, hasta que la muerte de D. Alonso puso fin á las diferencias. Parece que D. Jaime habia hecho empeño en dividir sus dominios, pues teniendo ya tres hijos de doña Violante, asignó al primojénito el Aragon, Cataluña y Valencia; al segundo llamado D. Jaime, las islas Baleares, y á D. Fernando la Provenza y demas estados que poseia en Francia.

Cuando esperaba D. Jaime disfrutar el beneficio de sus fatigas, ya cargado de años, tuvo que tomar las armas para reprimir á los moros que andaban descontentos, resueltos á sacudir el yugo; pero en Alcira le acometió una grande enfermedad que le hizo creer muy prócsima su muerte, y pidió perdon públicamente de los

malos ejemplos que habia dado, resignó la corona en su hijo D. Pedro, y se vistió con el hábito del Cister, determinado á finalizar sus dias en el monasterio de Poblet: algo mejorado de su enfermedad pasó á Valencia, donde falleció el 27 de julio de 1276, dejando la memoria de muchas gloriosas empresas que le ganaron el sobrenombre de *Conquistador*.

D. Pedro III.—(1276) Subió al trono á la muerte de su padre, y señaló los primeros tiempos de su reinado escarmentado á los moros de Valencia de tal modo, que la mayor parte de ellos tuvieron que huir á refujiarse en Granada. Estuvo á riesgo de perder la corona por defender los derechos de su mujer doña Constanza al trono de Nápoles y de Sicilia, cuya conquista habia costado tanto trábajo á sus predecesores. Los sicilianos pedian á D. Pedro que les ayudase á sacudir el yugo de los tiranos que les oprimian y acudiese á tomar posesion de un reino que pertenecia á doña Constanza su mujer, ofreciéndole armas, dinero, y todo cuanto necesitase para la empresa. Con estos ausilios fletó muy pronto el aragonés una grande escuadra que salió de Tortosa para Sicilia. Seguros ya los naturales con un protector como don Pedro, se sublevaron contra los franceses y ejecutaron la horrorosa carnicería que se conoce con el nombre de *Vísperas Sicilianas*. Cárlos de Anjou trató de vengar este insulto, se presentó en la isla con un fuerte ejército, y habiendo llegado la escuadra de don Pedro tuvo que huir á Calabria: últimamente despues de muchos choques parciales convinieron ambos reyes en terminar sus querellas cuerpo á cuerpo ó en un combate de cien hombres de una parte é igual número de la otra en la ciudad de Burdeos, bien que este fué un ardid de Cárlos para retirar á D. Pedro de la isla é introducirse en ella con sus tropas; pero D. Pedro no fué tan incauto que la dejase indefensa. El dia señalado para el desafio se presentó el aragonés en Burdeos acompañado de solo tres caballeros, y cansado de esperar á su competidor todo el dia, se retiró temiendo alguna emboscada, muy satisfecho con un testimonio que ecsijió de su puntualidad.

Mientras se ocupaba D. Pedro en lo de Sicilia se introdujo el rey de Francia en Aragon, y despues de haber destruido

una porcion de pueblos indefensos se retiró con la mezquina satisfaccion de haber hecho estos daños. El papa aprovechó tambien la ocasion: valiéndose del terror que causaban las censuras eclesiásticas, pronunció una sentencia privando á don Pedro de su reino y ofreciéndoselo al príncipe cristiano que lo quisiese conquistar; y no satisfecho todavia, dió la investidura á Cárlos de Valois, hijo del rey de Francia, con cierta sumision á la silla romana. Don Pedro apeló de esta sentencia, protestó su injusticia y nulidad, ofreció pruebas, é hizo todo cuanto le fué posible para acreditar su justicia; mas por si todas estas jestiones eran infructuosas, reunió bastantes fuerzas para defender sus estados.

Bien conoció la utilidad de tales preparativos, porque el rey de Francia se apoderó del Rosellon, del Ampurdan, y despues de una vigorosa resistencia entró en Jerona por capitulacion. Cuando unas y otras tropas se ocupaban en el sitio de la plaza, una escuadra que salió de Barcelona, encontró á otra francesa de veinticuatro galeras, emprendió con ella, y despues de un sangriento combate la derrotó, apresó quince, y las restantes huyeron. Despues de esta victoria se trabó otro combate en el cabo de San Feliu y tambien fueron derrotados los franceses con pérdida de trece galeras y otros barcos menores, la caja militar, y cuatro mil hombres entre muertos y prisioneros. Estos infortunios y la voracidad de una peste que se empezó á padecer en el ejército francés, obligaron al rey á levantar sus tropas del pais aragonés y retirarse á Francia. El de Aragon, conociendo el sitio por donde habian de retirarse, ocupó las alturas de los Pirineos; y acometiendo á aquel ejército fujitivo y enfermo, le acabó de destruir.

Poco despues de esta memorable campaña, murió D. Enrique en Villafranca el dia 8 de noviembre del año de 1285, recomendando á su hijo primojénito D. Alonso el castigo de la mala correspondencia de su hermano don Jaime. Antes de morir D. Pedro tuvo la satisfaccion de ver asegurado el trono de Sicilia en su hijo segundo D. Jaime por la muerte de su competidor, la prision de su hijo Cárlos de Salerno, y la renuncia que este hizo de todos sus derechos.

Don alonso iii.—(1285) Al tiempo de coronarle protestó que la corona no la recibia por la autoridad de la Iglesia ni en contra suya, y que aun cuando la ceremonia se ejecutaba en lugar sagrado, podrian hacerla él y sus sucesores en cualquiera otro sitio. Este proceder de don Alonso en un tiempo en que nadie se atrevia á disputar á la silla romana la facultad de disponer de las coronas, hizo que el papa se resintiese y no conviniese despues en la paz que el aragonés le propuso. Medió el rey de Inglaterra en este negocio, y se transijió dando don Alonso libertad á su prisionero Cárlos de Salerno, bajo la condicion de que este habia de conseguir de Roma, Francia y de Cárlos Valois tres años de treguas con Aragon y Sicilia, y que si no lo lograba habia de volver á su arresto donde se le mandase, dejando antes en rehenes á sus tres hijos, una gran cantidad de dinero, y el condado de Provenza. Puesto en libertad el de Salerno, se burló de los tratados Cárlos de Valois, y contra todo el derecho de jentes hizo prender en Narbona á unos embajadores que envió D. Alonso al papa, y este hizo tomar el título de rey de Sicilia á Cárlos de Salerno, coronándole ademas solemnemente sin respetar las condiciones del convenio, bajo del cual obtuvo su libertad. El rey de Inglaterra pretestó algunas escusas y creyó haber cumplido su encargo con estrechar al de Salerno para que se presentase al aragonés como habia prometido; pero no lo hizo así, y ambos contrarios trataron de decidir el punto con las armas, disponiéndose para la guerra con el mayor ardor. Esta no tuvo efecto porque el papa se allanó á comprometer las pretensiones de cada uno en dos legados que envió para proporcionar el concierto, el cual se concluyó con el acuerdo de ciertos embajadores aragoneses y franceses, estipulándose la seguridad del papa en la posesion de Sicilia, con perjuicio de los descendientes de Manfredo. La aprobacion de esta concordia fué un borron para D. Alonso por haber abandonado los intereses de su madre y hermano. Murió D. Alonso el dia 18 de junio del año 1291 habiendo obtenido el sobrenombre de *Liberal*.

Don jaime ii.—(1291) Este príncipe, hermano de D. Alonso, que á la sazon era rey de

Sicilia, le sucedió en el trono, habiendo abandonado esta corona á su hermano Federico para tomar la de Aragon. Es muy notable que despues de haber sostenido una obstinada lucha con Roma sobre la conservacion de la Sicilia, se declarase en favor de las pretensiones del papa y que se uniese con Cárlos de Salerno, como lo hizo, presentándose con una fuerte armada al frente de aquella isla; mas el valiente Federico se le opuso denodadamente, le obligó á desistir de su empresa y á contentarse con la Górcega y la Cerdeña que el papa le habia concedido si las conquistaba, como lo hizo. Su hijo primojénito D. Jaime se resistió á reinar, á pesar de cuantas persuasiones le hizo su padre, y á presencia de todos los estados hizo su renuncia formal, tomó el hábito del órden de San Juan de Jerusalen, y sin la menor ambicion ni pena vivió despues como un simple aventurero. Murió D. Jaime II el dia 2 de noviembre del año 1327, habiendo elejido para sucesor del trono á su hijo menor.

Don Alonso IV.—(1327) Cuando subió al trono este príncipe acababa de enviudar por la muerte de su esposa doña Teresa de Entenza, y aunque tenia un hijo llamado D. Pedro en quien se aseguraba la sucesion, casó segunda vez con la infanta de Castilla doña Leonor, y antes de celebrar este matrimonio se obligó D. Alonso, bajo de juramento, á no enajenar parte alguna del patrimonio real en el término de diez años; pero cuando se verificó el enlace faltó á su promesa donando á su nueva esposa la ciudad de Huesca y otras villas y castillos; y aunque se resintieron los estados, buscó medios de pacificarlos, declarando que no debia comprenderse en la promesa á su mujer ni á sus hijos: á poco tiempo dió á luz uno la reina, y don Alonso señaló al recien nacido un patrimonio en la ciudad de Tortosa, Alicante, Orihuela, Guardamar y otros pueblos. Semejantes prodigalidades fueron contradichas por los tres estados del reino. Valencia se dispuso para defender la integridad del real patrimonio, y creyendo el rey que con su presencia podria refrenar á los descontentos, se presentó en el consistorio de la ciudad, reconvino y aun amonestó á los opositores, quienes le resistieron manifestándole que no debia haber permitido unas cesiones

tan opuestas á los estatutos del reino, como perjudiciales á la corona, y le manifestaron estar decididos á morir antes que permitir tan escesivas desmembraciones en perjuicio de los derechos del príncipe: esta firmeza hizo temer al rey que todos estuviesen conformes, y ya fuese por prudencia ó por otro cualquier motivo, lo cierto es que revocó las donaciones. Resentida la reina juró vengarse de los que componian el consistorio de Valencia, y aprovechándose del dominio que tenia sobre su esposo, consiguió que unos fuesen desterrados de la córte, otros procesados como reos de lesa majestad, y que muriese ignominiosamente el que tuvo la debilidad de presentarse. Semejante persecucion la atrajo un odio jeneral, y particularmente el del príncipe D. Pedro. Murió D. Alonso el dia 24 de enero de 1336; y la reina no considerándose segura entre unas jentes que la aborrecian, se marchó á Castilla con todas sus riquezas.

Don pedro iv.—(1336) Este príncipe sucedió á su padre, y lo primero que hizo fué secuestrar las grandes rentas que poseia la reina viuda en Aragon, Valencia y Cataluña. D. Alonso XI, rey de Castilla, resentido del poco aprecio que hizo el aragonés de su mediacion, entró con tropas por el reino de Valencia: D. Pedro salió á la defensa, pero al fin medió el papa en el asunto, y se convinieron en permitir á la reina doña Leonor el disfrute de los pueblos cedidos durante su vida, quedando la jurisdiccion á favor de la corona. D. Pedro formó despues el proyecto de arrebatar la de Mallorca á su cuñado don Jaime II, valiéndose de medios indecorosos y viles; fraguó una atroz calumnia contra aquel rey, que era como un feudatario de Aragon, y formando un aparente proceso, dió en él una sentencia en que le depuso de la corona. El mallorquin tomó las armas, y aunque tenia bastante valor para sostener su derecho, fué abandonado cobardemente por sus tropas y tuvo que someterse á su cuñado, quien le despojó inhumanamente de todos sus estados.

Las leyes de Aragon escluian á las hembras de la sucesion en el reino, y D. Pedro que no la tenia masculina, trató de infrinjirlas en favor de doña Constanza, su hija primojénita: como los aragoneses son en estremo afectos á la conservacion de sus fue-

ros y privilejios, tomaron las armas para sostenerlos, y de aquí resultó una terrible lucha en que se derramó mucha sangre. El mallorquin destronado, intentó aprovecharse de las discordias para probar fortuna, reunió alguna jente, se alió en secreto con los descontentos, y desembarcó en Mallorca; pero murió en una batalla. La tenacidad de los aragoneses duró dos años, y al fin tuvo D. Pedro que ceder nombrando sucesor de la corona á D. Fernando, hijo de su madrastra doña Leonor, para en el caso de que muriese sin hijos lejítimos varones.

Por otra temeridad se vió don Pedro empeñado en una sangrienta guerra que duró diez años con D. Pedro rey de Castilla, sobre defender á un almirante que quebrantó osadamente la neutralidad que habia entre los dos reinos apresando en un puerto castellano ciertos barcos placentinos. Otra accion de don Pedro que oscureció mucho su conducta, fué haber condenado á pena de muerte á D. Bernardo de Cabrera, que habia sido su jeneral, su ministro favorito desde que entró á reinar, y siempre se habia mostrado fiel á su rey, sosteniéndole en medio de las contínuas y sangrientas turbulencias que afiijieron á Aragon en tiempo de su reinado: esta sentencia se fundó solo en calumnias y delitos supuestos, que no se probaron. Hay quien dice que el mismo rey fué el que pronunció el fallo de muerte contra D. Bernardo, y otros afirman que fué dictado en un tribunal que presidió el duque de Jerona, hijo del rey; pero los historiadores estan conformes en que el delito de Cabrera consistió en haber sido fiel criado de un amo desleal. D. Pedro falleció en 5 de enero de 1387, dejando dos hijos varones habidos en su tercera mujer doña Leonor de Sicilia, llamados D. Juan y don Martin.

D. JUAN I.—(1387) Este príncipe, que era el primojénito, sucedió á su padre en el trono. Casi antes de morir D. Pedro huyó la reina de Barcelona temerosa de que su hijastro D. Juan se vengase del mal tratamiento que le habia dado en vida de su marido; mas tan luego como el nuevo rey tomó el mando, la hizo buscar, la alcanzaron en el camino, la trajeron á la córte, y la hicieron sufrir un rigoroso tormento para que confesase el crímen que se la atribuia de haber hechizado al nuevo rey, y haber quitado del palacio real

todo lo que pudo llevarse, estendiéndose el martirio á cuantos la acompañaban, pues unos fueron degollados, otros encerrados en oscuras prisiones, y la reina se libertó de la muerte por haber mediado el cardenal don Pedro de Luna.

En una caceria que tuvo don Juan se empeñó en perseguir á una loba, y cayendo del caballo le encontraron muerto los monteros, ó le faltaba poco para espirar. Era este príncipe de carácter complaciente, y oia con bastante calma los consejos que le daban.

Don martin.—(1396)Muerto D. Juan, heredó el trono de su hermano, que á la sazon se hallaba en Sicilia, y no faltó quien pretestando mejor derecho le disputase la corona. Fué uno de estos el conde de Foix en concepto de marido y conjunta persona de doña Juana, hija mayor del rey difunto; se apoderó de muchos pueblos de Cataluña y se titulaba rey de Aragon. Doña María de Luna, mujer de D. Martin, hizo presente á los aragoneses el atrevimiento de Foix en ausencia de su marido, y que por lo tanto debian tomar á su cargo la defensa del reino y el castigo del invasor: los aragoneses convinieron con la pretension de la reina, formaron un ejército, dieron contra el usurpador, y le obligaron á retirarse á Francia bien escarmentado. Al tiempo de salir de Sicilia D. Martin, dejó colocado en el trono á su hijo único, llamado tambien Martin, pero este príncipe falleció muy jóven y su padre no tardó mucho tiempo en seguirle al sepulcro (1410). Con su muerte salieron seis pretendientes á la corona de Aragon, que fueron el infante don Fernando de Castilla, nieto de D. Pedro IV; D. Jaime, conde de Urjel, biznieto del rey D. Alonso IV; el duque de Gandía, como hijo del infante D. Pedro, que fué cuarto hijo del rey don Jaime II; Luis de Anjou, nieto por su padre de D. Juan I; don Fadrique, hijo natural lejitimado de D. Martin el jóven; y el conde de Foix en concepto de marido de doña María de Aragon, hija del rey D. Juan I. Cada uno creia que su respectivo derecho era preferente al de los demas, y casi todos acudian á las armas para disputar su causa, sin embargo de que el infante D. Fernando era el pariente mas inmediato del último monarca. El conde de Urjel, pretestando ser inmediato sucesor, habia logrado apoderarse del

gobierno viviendo aun D. Martin; y como Aragon se resistia á reconocerle, se dividió en facciones que destrozaban el reino. Iguales turbulencias ocurrieron en Valencia y Cataluña, mas en este principado tuvieron la precaucion de confiar la rejencia á un consejo compuesto de individuos de mucha probidad y prudencia.

En medio de estas turbulencias se reunieron los tres reinos y remitieron la decision del asunto á nueve individuos, que fueron nombrados tres por cada uno con poderes bastantes para dictar el fallo, y con imparcialidad y justicia declarar á quien correspondia la corona. Verificada la reunion de este tribunal de letrados, formaron el espediente, oyeron á todos los que alegaban derecho, y en su vista declararon que la corona pertenecia al infante de Castilla don Fernando; y con esto se restableció la tranquilidad y cesaron las discordias en todo el reino.

D. FERNANDO.—(1410) Todos los aspirantes se sometieron gustosos y prestaron obediencia al nuevo rey, escepto el conde de Urjel que intentó llevar adelante temerariamente su pretension, manteniendo sus tropas sobre las armas; pero lo que adelantó fué ser derrotado por D. Fernando, y sitiado en la fortaleza de Balaguer, donde sufrió la vergüenza de tenerse que entregar á discrecion; y aunque le perdonó el rey, no pudo librarse de una prision perpétua á que en un proceso jurídico le condenaron los estados del reino. Don Fernando se habia ganado por su amabilidad el afecto de los aragoneses, mas por desgracia de todos lo disfrutó solos cuatro años, pues murió el dia 2 de abril de 1416 en la villa de Igualada.

D. ALONSO V.—(1716) Por la muerte de D. Fernando su padre subió este príncipe al trono de Aragon, y desde el principio de su reinado manifestó sus bellas cualidades y suma aficion á las ciencias, haciendo mucho aprecio de los sabios, con quienes se acompañaba de contínuo y los premiaba con mucha liberalidad. Casi siempre tenia un libro abierto, y decia que un príncipe ignorante no es mas que un asno coronado. En este tiempo ajitaban al reino de Nápoles unas crueles facciones suscitadas por el duque de Anjou contra la reina Juana; y viéndose esta espuesta á perder la corona, llamó en su socorro á D. Alonso, y

para inclinarle mas á prestar este auxilio le prometió adoptarle por hijo y sucesor. Aunque este príncipe conocia que iba á empeñarse en una penosa y costosa guerra, y que no podia prometerse mucha ventaja del carácter voluble de la reina, se prestó inmediatamente á libertarla con sus armas de los enemigos que la molestaban: lo consiguió muy pronto ahuyentándolos del reino de Nápoles, y doña Juana cumplió su promesa otorgando formalmente la adopcion de don Alonso; pero despues que se vió libre desconfió de las muchas fuerzas de su favorecedor, y trató de arrojarlo de Nápoles: para verificarlo se unió en secreto con el papa, intentó deshacerse pérfidamente de D. Alonso, y no habiendo logrado el golpe revocó la dopcion sustituyendo al duque de Anjou que estaba unido tambien con el papa. D. Alonso tuvo que suspender por entonces sus resentimientos por algunos inconvenientes que tenia para desplegar su venganza como deseaba. Llegó este tiempo, equipó una considerable escuadra con la que se dió á la vela para Nápoles y encontró mudada la escena, porque la reina se habia disgustado con el duque de Anjou, y volvió á convidar á D. Alonso con la corona de Nápoles, ofreciéndole revocar la adopcion de Anjou, y revalidar la suya, como lo verificó con el mayor sijilo. Era necesario la aprobacion é investidura del papa, y aunque este aparentaba á D. Alonso tenerle afecto y le ofrecia una y otra, estaba muy lejos de cumplir su palabra, como lo acreditó despues con pretestos y dilaciones, cuyo objeto no se podia comprender: el resultado fué que el rey no logró la investidura.

Murió doña Juana, dando en su fallecimiento una prueba de que todos los tratos de su vida habian sido otras tantas supercherias, pues olvidando la adopcion de D. Alonso nombró por su heredero á Renato, hermano del duque de Anjou, ya difunto. Unido Renato con el papa y los napolitanos, le aclamaron rey, y anularon todos los actos hechos á favor de D. Alonso, quien se vió precisado á acudir á las armas: conociendo que confederados el papa y Renato con los milaneses, venecianos, jenoveses y florentinos que estaban empeñados en arrojarle de Italia, harian los mayores esfuerzos para conseguirlo, equipó una poderosa armada con la cual se presentó delante de la plaza de

Gaeta que se defendió valerosamente; estrechó el bloqueo y sitio hasta poner á la guarnicion y á los habitantes en el mayor apuro, llegando á tanto estremo el hambre, que tuvieron que arrojar de la ciudad á todas las mujeres, niños y bocas inútiles. Querian los aragoneses hacer que estos miserables volviesen á la ciudad, mas D. Alonso mandó que no se les hiciese daño y se les dejase el paso libre, pues decia: «Mas quiero dejar de tomar la plaza, que faltar á lo que debo á la humanidad aflijida.»

Una flota jenovesa que despachó el duque de Milan, se presentó delante de la plaza para socorrerla, y trabando una batalla con la aragonesa la desbarató completamente el milanés, desembarcó sus tropas y dió un combate al ejército de tierra, que tambien fué derrotado, quedando prisioneros el rey don Alonso, el de Navarra, el infante D. Enrique, el príncipe de Tarento y muchos caballeros aragoneses que fueron conducidos en triunfo del jeneral vencedor; mas el duque de Milan tuvo la jenerosidad de restituirles la libertad.

Parecia regular que este contratiempo hiciese desistir á don Alonso de sus pretensiones, y separarse para siempre de Italia; pero no fué así, porque se unió con el duque de Milan, que habia llegado á desconfiar de Renato, equipó una nueva escuadra y volvió con mayor empeño á su empresa; se apoderó de Nápoles, obligó al papa á concederle la investidura, y fué coronado rey con el consentimiento de los naturales, quienes tambien reconocieron por lejítimo sucesor del trono á don Fernando, su hijo natural.

D. Alonso murió en junio del año 1458: sus virtudes, jenerosidad y hazañas le ganaron el renombre de *Magnánimo*: fué político, fino, atento, nada artificioso, pues esta falta la miraba con el mayor horror, y guerrero sin crueldad, como lo acreditó en el sitio de Gaeta.

Don juan ii. — (1458) No habiendo dejado hijos D. Alonso, le sucedió su hermano don Juan. Era este príncipe rey de Navarra cuando ascendió al trono de Aragon. Los siniestros informes de la reina, su segunda mujer, le habian inspirado un odio mortal contra su hijo D. Cárlos, príncipe de Viana, y le redujeron á un estremo de tiranía. El único delito del príncipe fué reclamar con mucha moderacion la corona de

Navarra, que le correspondia de derecho por su madre: por esta reclamacion le hizo prender con la mayor perfidia; y solo pudo lograr su libertad porque la Cataluña y todo el reino se declararon en favor de su inocencia y tomaron las armas; pero la sensibilidad de don Cárlos no pudo sufrir la pena que le causaba la desconfianza de su padre, y murió de pesadumbre. Tambien murió su hermana doña Blanca, perseguida por la madrastra y envenenada.

Con estas muertes tan inesperadas se fomentaron las inquietudes de Cataluña, sitiaron la plaza de Jerona, donde se hallaba la reina con su hijo don Fernando, batieron la ciudad con el mayor rigor, y aunque la guarnicion se defendió valerosamente, lograron los sitiadores apoderarse de ella por la fuerza. La reina pudo retirarse con su hijo á un antiguo castillo llamado Jironella, y aun allí estuvo en gran peligro, pues habria perecido si no se hubiese presentado el rey con tropas en su socorro.

es armó en masa toda la Cataluña, y se declaró independiente, aventurando una batalla muy sangrienta en la que quedaron triunfantes las armas del rey. Los catalanes, tenaces en su empeño, ofrecieron el señorío al rey de Castilla, quien admitió la oferta, y se introdujo en Aragon con un fuerte ejército; mas como hiciese despues la paz con el aragonés, quedaron burlados los catalanes, y en la precision de elejir nuevo señor, que lo fué D. Pedro, condestable de Portugal: no por esto mejoró la suerte de los catalanes, pues el rey se fué apoderando de las principales plazas y castillos, y el condestable abandonó sus insignias reales, teniendo que huir precipitadamente para salvar la vida.

No desmayaron los catalanes con tantos reveses, antes bien trataron de buscar otro nuevo señor, y lo lograron en Renato de Anjou, enemigo encarnizado de la casa reinante de Aragon, el cual se hallaba protegido por el rey de Francia, quien le ausilió con un ejército que bajo las órdenes del duque de Lorena se presentó en las fronteras de Aragon, se apoderó de Rosas y otras plazas, y entró en Barcelona, en donde tomó posesion de aquel condado y señorío en clase de lugar-teniente de su padre. La avanzada edad

de D. Juan II, y el hallarse ciego, le impidian salir por sí mismo á la defensa: lo único que pudo hacer fué aliarse con los enemigos de la casa de Anjou, encargando á la reina el cuidado del gobierno y de la guerra. Esta señora, acompañada de su hijo Fernando, tomó el mando de las tropas, sitió á Rosas, se apoderó de ella, y persiguió al duque de Lorena obligándole á desalojar todo el Amperdan. Murió la reina, y el rey recobró la vista afortunadamente, á cuya felicidad siguió el fallecimiento del duque, y que la Francia dejase de protejer á Renato. Desembarazado el rey de estos enemigos y debilitados los rebeldes, logró hacerse dueño de toda Cataluña, á escepcion de Barcelona, que continuó defendiéndose con la mayor obstinacion por mucho tiempo.

El rey D. Juan habia cedido anteriormente el Rosellon y la Cerdania al rey de Francia, en seguridad de cierto suministro de lanzas que le habia hecho al principio de la revolucion de Cataluña; y como durante este tiempo se alzase el francés con aquel estado declarándose contra don Juan, determinó este tomar una satisfaccion del agravio. Comunicó su intencion con aquellos estados, diciéndoles que trataba de libertarlos de la opresion en que se hallaban, y que para conseguirlo era necesario tomasen las armas, como lo verificaron batiendo al ejército enemigo, á quien quitaron varias fortalezas: cargaron sobre los sublevados cuarenta mil franceses, pero los catalanes, que ya se habian unido con el rey, los acometieron, y bien escarmentados se vieron en la precision de ajustar un armisticio, que no quiso ratificar el rey de Francia, y fué forzoso continuar la guerra. El rey de Aragon se había apoderado de Perpiñan, en donde se hallaba bien fortificado, y el francés envió un nuevo ejército, que se presentó delante de la plaza, en donde sufrió tan mala suerte como el anterior, teniendo que contentarse los franceses con saquear y talar los campos y pueblos indefensos, bien que en estas correrías padecieron muchos descalabros: volvieron á insistir los franceses en sus pretensiones, y despues de repetidas y sangrientas batallas y derrotas, se vió obligado el francés á tratar de la paz cuando ya habia perdido sus mejores tropas y consumido cuantiosas

sumas. Don Juan contaba ya ochenta y dos años, y tanto por su avanzada edad como por sus muchas fatigas, enfermó y murió cubierto de la gloria que adquirió en sus muchos triunfos, dejando por heredero á su hijo D. Fernando, á cuyo valor debió la mayor parte de sus victorias.

CAPITULO VIII.

Continúa el reinado de los reyes católicos.—Guerra de Granada.—Toma de Zahara por los sarracenos.—Conquista de Alhama por los cristianos.—Derrota del rey de Granada Boabdil, que queda prisionero.—Conquista de Ronda y otros pueblos.—Sitio de Granada y conquista de esta ciudad por los reyes católicos.—Espulsion de los judios.—Descubrimiento de América por Colon.—Muerte de la reina doña Isabel.

CONTINUA EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.—De este modo quedó reunida la corona de Aragon en D. Fernando, marido de doña Isabel, reina de Castilla. Estos dos monarcas se vieron muy pronto en el estado mas floreciente: jamas habia ocupado el trono de España un matrimonio mas feliz, y procediendo uno y otro consorte de la augusta sangre castellana, se amaron tiernamente, y trajeron ambos considerables estados, que reunidos fueron gobernados en comun con la mas perfecta armonía, de lo que resultó la uniformidad en el sistema de administracion y gobierno de la monarquía, cuyos estados respectivos separaron con mucha prudencia para evitar entre los vasallos alguna mala intelijencia que pudiese ocasionar el temor de confundirse unos con otros. Cada uno gobernaba por sí sus pueblos, limitándose el otro á ayudarle con sus consejos y socorros: sin embargo de esta separacion, las órdenes se espedian siempre á nombre de ambos, asi como los planes y proyectos que se hacian para la guerra y el gobierno: para colmo de estas felicidades dió á luz la reina doña Isabel una hija, que se llamó doña Juana, el dia 6 de noviembre de 1479.

A la sazon se notaron en Castilla ciertas opiniones en punto de relijion, pues Pedro Oxomense, lector de teolojía en Salamanca, publicó con la mayor osadía un libelo contra la ma-

jestad de la Iglesia Romana y el sacramento de la confesion, pero el arzobispo de Toledo, por mandado del papa Sixto IV, convocó en Alcalá una junta de personas muy doctas, con quienes consultó el punto, y condenó aquellas opiniones imponiendo á su autor la pena de escomunion si no se retractaba de ellas, cuya sentencia fué confirmada por el pontífice.

Restablecida la paz interior en el reino, y la esterior por medio de tratados ventajosos con las potencias estranjeras, se dedicaron los reyes D. Fernando y doña Isabel á buscar medios para completar la felicidad del reino: consiguieron del papa la nominacion de los beneficios eclesiásticos, y el establecimiento del tribunal de la inquisicion en Castilla, para que juzgase en los negocios de la relijion.

Tranquilos ya D. Fernando y doña Isabel sobre el trono, pensaron en emplear sus armas contra el rey moro de Granada: habia muchos fundamentos para romper esta guerra, pues los sarracenos, aprovechándose de las disensiones que abrasaban á Castilla en los reinados anteriores, se negaron con insolencia á pagar los tributos que habian concertado con los reyes; y últimamente habiendo sido requeridos por estos para que continuasen el pago, el imprudente rey granadino respondió con orgullo: «que en Granada no »se labraba moneda para dar »parias, sino lanzas y dar»dos para defenderla: que ya »habian muerto los que solian »pagarlas: y asi que en adelante »lo harian á lanzadas.» Esta insolente respuesta quedó por entonces sin castigo, mas llegó el tiempo de hacer que el moro se arrepintiese de su altanería.

Los moros, durante las últimas treguas (1481), asaltaron á la villa de Zahara en la Serranía de Ronda en ocasion que se hallaba descuidada y desprovista, y una noche se apoderon de ella asesinando á todos los habitantes que tomaron las armas para defenderse, y los restantes los llevaron cautivos á Granada, sin tener compasion de los ancianos, niños y mujeres. Recordando los castellanos estos y otros desastres trataron de usar de represalias, y proyectaron con el mayor sijilo la conquista de Alhama, plaza fuerte, pero mal defendida á la sazon. Al efecto reunieron en Sevilla el necesario número de tropas para la empresa, y mandadas por el

marques de Cádiz y el asistente de Sevilla Diego de Merlo, se pusieron en marcha, llegaron de noche á la plaza, sorprendieron á las avanzadas del campo, colocaron sijilosamente las escalas en la muralla, por las cuales subieron un soldado llamado Juan de Ortega, y otros doce compañeros que le siguieron; mataron á las centinelas y al alcaide, se apoderaron de la fortaleza, y abriendo las puertas proporcionaron la entrada á un grueso cuerpo de infantería. Sorprendidos los moros con tan inesperado golpe tomaron las armas inmediatamente, é hicieron tan fuerte resistencia que se cubrieron de cadáveres las calles y plazas de tal modo, que los invasores tuvieron precision de romper la muralla para que entrase el resto de sus compañeros, y asi duró un obstinado combate todo el dia, rindiéndose al fin la plaza cuando apenas tenia un defensor. Tan aterrados quedaron los moros, que para lamentarse de esta desgracia compusieron una cancion lúgubre, que el rey moro Abul-Hoscin tuvo que prohibirla para evitar el desaliento de sus vasallos.

Este feliz suceso animó á los reyes de Castilla para intentar la conquista del reino de Granada, único resto que poseian en España los árabes. Publicó pues una espedicion contra Granada, en la cual se hizo cargo la reina de todas las provisiones para que el ejército estuviese siempre bien abastecido; el rey don Fernando mandaba las tropas; el clero y la nobleza se interesaron en tener parte en una empresa tan gloriosa, contribuyendo cada uno á porfía con todo el número de guerreros que podia equipar á sus espensas: y como todos los españoles estaban animados con el mayor deseo de acabar de esterminar el imperio de los mahometanos en la Península, se reunió un formidable ejército que anunciaba la total ruina de los sarracenos.

Los reyes marcharon á Córdoba, en donde se tuvo una junta para arreglar el plan de operaciones: algunos opinaban que se desamparase á Albama, y la reina con su espíritu varonil juzgó que se debia sostener y reforzar, porque era la primera que se habia ganado en su tiempo, y su localidad muy interesante: se acordó asi, y ademas que se sitiase á Loja, por estar no muy distante de Alhama, y que el grueso del ejército se situase en Ecija: verificado esto marchó el rey á Alhama, guar-

neció la plaza con nuevas tropas encargando su defensa á D. Luis Portocarrero: á su vuelta recorrió la vega de Granada, causando mucho daño á los enemigos, y pasó á Córdoba para dar disposiciones. Salieron tropas para Loja, y la sitiaron por la parte del rio Jenil. El comandante de la ciudad, que era un capitan valiente llamado Alatar, hizo diferentes salidas porque esperaba socorros de Granada, y dividiendo sus tropas en dos cuerpos acometió á los cristianos que formaban la primera línea: estos se batieron, y sostuvieron aunque sin órden varias escaramuzas; pero cargando los enemigos fueron acometidos por la espalda, trabándose una pelea dañosa á los cristianos, pues murieron muchos, y entre ellos el maestre de Calatrava. Noticioso el marques de Cádiz de esta derrota, salió al encuentro á los moros que perseguian á los fujitivos; los batió y derrotó, poniéndoles en fuga hasta encerrarlos en la ciudad.

Los moros orgullosos con las ventajas que acababan de conseguir, volvieron á sitiar á Alhama; el rey D. Fernando acudió con sus tropas y logró proveer la plaza para nueve meses, nombrando para gobernador de ella á D. Luis Osorio, que si bien era obispo electo de Jaen, poseia el arte de la guerra, y tenia ademas mucho valor. Volvió el rey á la vega de Granada, hizo mucho daño á los moros, obligándolos á encerrarse en la ciudad, en donde reinaban muchas discordias contra su rey Albohacen, á quien últimamente arrojaron de la ciudad, y colocaron en el trono á su hijo Mahomad Boabdil, conocido con el nombre del *rey Chiquito*.

Por ciertas ocurrencias que sobrevinieron tuvo que desistir el rey por algun tiempo de la guerra contra los moros para volver á Toledo, dejando antes nombrados jefes para las fronteras de Ecija, Jaen y Sevilla.

Se celebraron cortes en Madrid, en las cuales trató de reformar con nuevos estatutos las hermandades, para que no hiciesen mal uso de su poder, y que ayudasen á los gastos de la guerra: con efecto, ausiliaron con dieziseis mil caballerías de carga para el servicio del ejército. El pontífice Sixto IV mandó á las iglesias que contribuyesen con cien mil ducados por una vez, y últimamente concedió una cruzada á todos los que á su costa fuesen á la guerra, ó por lo me-

nos ayudasen con dinero para los gastos.

Los aragoneses no querian recibir por virey á D. Ramon Folch, conde de Cardona, sobre lo cual hubo algunas contestaciones; pero D. Fernando contemporizó con ellos, poniendo en su lugar á su hijo D. Alfonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza.

Los asuntos de Portugal y de Navarra eran los que daban mas cuidado á los reyes, y para atraer al portugués le enviaron un embajador con encargo de granjearse su amistad por todos los medios: al reino de Navarra enviaron á Rodrigo Maldonado con comision para tratar el casamiento de la reina doña Catalina con el príncipe D. Juan, hijo del rey D. Fernando.

Entretanto los moros hacian muchos daños en las cercanías de Málaga. Apoderado de Cañete D. Pedro Enriquez, se unió con el marqués de Cádiz, y trataron con otros señores de salir contra los moros de Málaga: marcharon sobre esta ciudad por unos montes muy fragosos, que llaman la Ajarquía, y los batieron encarnizadamente, destruyéndoles los ganados, las alquerias y aldeas hasta el punto de haber avanzado algunos caballos hasta las mismas puertas de Málaga: irritados los moros salieron contra ellos, se derramaron por todos los montes, y los encerraron en unas hondonadas, guarneciendo con tropa todas las alturas que los rodeaban. Quisieron los cristianos salir de aquel peligro, pero no tenian mas que dos caminos: el mas llano la ribera del mar, y este era muy peligroso por las baterias de los castillos; el otro, por donde habian venido, era muy fragoso y casi impracticable en aquella situacion: fueron molestados por los enemigos hasta que sobrevino la noche, en la cual principiaron á subir con muchas dificultades, y luego que llegaron á la cumbre tuvieron que empeñarse en una sangrienta batalla con mucha mortandad de los cristianos, habiendo escapado el marqués de Cádiz porque encontró ciertos guias que le pusieron en salvo. Las tropas del conde de Cifuentes quedaron las últimas, y por consiguiente sufrieron mayor daño, pues fueron hechos prisioneros el mismo conde y su hermano, y llevados á Granada: de dos mil setecientos jinetes que llevaban, murieron ochocientos, entre ellos tres hermanos del marqués de Cádiz: el

número de cautivos fué casi doble: algunos pocos se salvaron por los matorrales, y llegaron á Antequera.

Derrota del rey de Granada Boabdil, que queda prisionero.—Muy pronto vengaron los cristianos tales daños: orgulloso el rey moro Boabdil con esta victoria, reunió un buen ejército que dirijió hácia Ecija con intencion de apoderarse de Lucena, adonde llegaron y principiaron á batir la ciudad, que se defendió valerosamente en varias salidas contra los moros, derrotándolos con tanta constancia, que les hicieron perder la esperanza despues de haberles escarmentado bien; desfogaron su rabia contra los olivares, que talaron y destruyeron con el mayor furor. Noticioso el conde de Cabra de estos desastres, acudió con sus tropas al mismo tiempo que D. Alonso de Aguilar venia de Antequera con un pequeño refuerzo: entrambos acometieron á los enemigos por distintos puntos, y los amedrentaron de tal modo que huyeron precipitadamente: el mismo rey trataba de esconderse en un matorral; pero le prendieron y llevaron á Lucena.

En este combate, en que se ocupó un corto número de cristianos, fueron muertos mas de mil caballos y cuatro mil infantes, y ademas perdieron las considerables presas que habian hecho. Los moros, viendo las desgracias de su príncipe, volvieron á restablecer en el trono de Granada á Albohacen, á quien antes habian depuesto.

Estaban los reyes en Madrid cuando tuvieron la agradable noticia de esta victoria, y acordaron repartir entre sí los graves negocios del estado para acudir pronto á todas partes. La reina doña Isabel pasó á la raya de Francia para apresurar el casamiento de su hijo, por el deseo que tenian de impedir al francés la entrada en España á apoderarse, como queria, del reino de Navarra, y el rey D. Fernando marchó á Córdoba para tratar la prosecucion de la guerra con los moros de Granada.

Se juntó con la mayor presteza un ejército de seis mil caballos y cuarenta mil infantes que mandaba el mismo rey don Fernando; y de paso hizo destruir los arrabales de Illora, tomó por fuerza y demolió á Fajara, cerca de Granada, y llegando á la vega de esta ciudad hicieron los cristianos muchos daños á los enemigos.

El rey Albohacen, poco confiado de los granadinos, envió embajadores al de Castilla para que le entregase á su hijo Boabdil, ofreciendo dar libertad al conde de Cifuentes y otros nueve caballeros de los mas principales que tenia cautivos, prometiendo ademas confederarse con los cristianos; mas la contestacion no le fué favorable, porque D. Fernando le respondió: «que no habia ido á recibir leyes sino á dárselas, y »que no trataria de paz mientras no dejase las armas.» El marqués de Cádiz y otros jefes principales tenian aficion al prisionero Boabdil, y á su favor imploraron la misericordia del rey; dispusieron presentarle á este, y el prisionero hincó la rodilla con mucha sumision, pidió la mano al rey para besarla, cuya gracia le fué concedida, y ademas se inclinó el piadoso monarca á favorecerlo, como se efectuó, habiéndose formalizado un contrato con la condicion de que Boabdil diese en rehenes á su hijo mayor con otros doce hijos de los moros mas principales; que habia de pagar cada año doce mil escudos de tributo; que concurriria á las córtes del reino cuando se le avisase; finalmente, que por espacio de cinco años pusiese en libertad cuatrocientos esclavos cristianos: concluido este convenio se le puso inmediatamente en libertad.

En 1484 se trataba en Córdoba de una nueva espedicion, y habia dudas sobre el punto por donde debia principiarse; los mas se convenian en acometer á la villa de Alora porque su localidad interesaba para adelantar la conquista hasta el Mediterráneo, y venir á caer sobre la comarca de Málaga é impedir por aquella parte los socorros que pudiesen llegar de Africa á los moros. Sitiada esta villa fué batida y destruidas sus murallas de modo que la guarnicion se rindió el dia 21 de junio con la condicion de salir libre y llevar consigo todas sus alhajas: lo mas particular de la conquista de esta fortaleza es el no haber muerto en ella ningun cristiano.

Desde Alora pasaron las tropas castellanas á apoderarse de otros pueblos comarcanos, y en las cercanías de un lugar llamado Cassarabonela se trabó un combate en que desgraciadamente murió el valiente jóven don Gutierre de Sotomayor, conde de Belalcázar; batieron y se apoderaron del fuerte castillo de

Setenil, desde donde pasaron á la ciudad de Ronda, cuya localidad la hacia casi inaccesible; y como no era fácil apoderarse de ella con brevedad porque se hallaba ademas muy bien provista, la sitiaron, y no pudiéndose sostener los sitiadores por haber faltado el dinero y demas necesario para el sustento de la tropa en un largo sitio, se tuvieron que retirar.

Conquista de Ronda y otros pueblos.—A principios de 1485 recibieron los españoles nuevos socorros y se trató de volver sobre Ronda, porque situada en un punto tan interesante, convenia no dejarla detras para recaer con mas seguridad sobre la ciudad de Málaga, tomando antes las villas de Coin y Cartama, como en efecto se verificó así, y algunas tropas se dirijieron hácia aquella ciudad con el objeto de entretenerla con varias escaramuzas. El ejército pasó á Ronda y la puso en tal apuro, que tuvo que rendirse el 23 de mayo, y despues la siguieron muchos pueblos de aquella comarca: entre los mas principales de ellos fueron Casarabonela y Marbella situada en la ribera del Mediterráneo. Acordó el rey otra nueva espedicion, y para ello hizo reunir un ejército en Alcalá la Real, dando órden á Martin Alonso de Montemayor para que se pusiese sobre la fuerte plaza de Moclin, cerca de Granada. Noticioso el moro Abohardil de este movimiento, salió con mil quinientos caballos y mayor número de infantes á impedir el paso de los cristianos en unas estrechuras muy ásperas, les batió y derrotó los mejores soldados, y el conde de Cabra despues de haber recibido algunas heridas escapó huyendo. Noticioso D. Fernando de esta desgracia juró vengarse: se puso en camino y los primeros pueblos que acometió fueron dos castillos á la parte de Jaen, llamados Cambil y Albahar, que se rindieron á la fuerza.

A la sazon ocurrieron en Aragon y Cataluña unas lijeras alteraciones que el rey tranquilizó con mucha prudencia. Algunos ciudadanos de Zaragoza, acostumbrados á sus antiguos fueros, se descontentaron con D. Juan de Burgos, alguacil del rey, sobre ciertas palabras contra Pedro Cerdan, jefe de los jurados; acusaron y prendieron al alguacil formándole un proceso en que le sentenciaron á la pena de horca, que tuvo efecto sin atender á los

respetos debidos á la majestad real. D. Fernando dió comision á Juan Hernandez de Heredia, gobernador de aquel reino, para que castigase con severidad el atrevimiento: no se pudo prender al jefe de los jurados por haberse acojido al justicia de Aragon, que segun sus fueros tenia esta prerogativa; se prendió á Martin Pertusa que era el segundo jefe, porque fué uno de los principales que tuvo parte en la muerte del alguacil real, y se le quitó la vida: esta pronta ejecucion causó algunas alteraciones que al fin se sosegoron por la prudencia del juez comisionado.

El descontento de los catalanes consistia en la dureza con que los señores ecsijian las escesivas contribuciones que los moros hacian antes pagar á los cristianos, y para defenderse habian acudido á las armas: la prudencia del rey acudió al remedio, tomó en consideracion las pretensiones de los catalanes, y bien enterado de todo pronunció su sentencia en que declaró que aquella servidumbre era muy gravosa á los cristianos; y por tanto la mandó revocar conmutándola en otra mas suave, como fué que cada vasallo pagase á su señor sesenta sueldos barceloneses anuales: de este modo se tranquilizaron.

Los moros granadinos ardian en disensiones domésticas entre los partidos de Abohardil, hermano del destronado Albohacen, y Boabdil su sobrino, sobre el repartimiento de los estados que poseía, y al fin se convinieron en que el tio quedase con Granada, Almería y Málaga, y que todo lo demas lo gobernase Boabdil. Los cristianos entendieron el artificio de este repartimiento; reunieron sus tropas, marcharon contra Loja, y apenas la empezaron á batir con la artillería se rindió con la condicion de salirsus moradores libres llevando consigo sus bienes. Se presentó Boabdil humildemente á los cristianos pidiéndoles perdon de su falta de cumplimiento á los tratados que habia hecho con el rey, y asi se le concedió.

En seguida de esta victoria marchó D. Fernando sobre otros pueblos, y aunque algunos hicieron pequeña resistencia, se rindieron al fin muchos, entre ellos Zagna, Baños, Illora y Moclin en las cercanías de Granada: eran tan fuertes estas dos últimas plazas, que los granadinos llamaban á Illora el ojo derecho, y á Moclin el escudo de aquella ciudad.

Todavía envió Boabdil parte de su caballería al puente de los Pinos para impedir á los cristianos el paso del rio Jenil, mas no pudieron conseguirlo, contentándose con cargar sobre el último escuadron de los que aun no habian pasado, en que iba por capitan D. Iñigo de Mendoza, duque del Infantado: este corto número de valientes se defendió de mil y quientos caballos y diez mil infantes que le tenian rodeado, sosteniéndose con el mayor denuedo hasta dar lugar á que le viniesen refuerzos: luego que estos llegaron dieron todos sobre los moros, los obligaron á huir, y siguiéndoles el alcance se trabó de nuevo una batalla en que los derrotaron y volvieron á poner en fuga con el mayor desórden.

Se trataba en Córdoba sobre el modo de continuar la guerra contra los moros, y el rey don Fernando se resolvió á ir sobre Málaga para impedir la entrada de socorros del Africa: durante su marcha reflecsionó que seria muy conveniente apoderarse primero de Velez: dirijió sus tropas á esta ciudad, la sitió, y á pesar de los muchos esfuerzos de los moros, logró rendirla con la condicion de que sus habitantes tendrian libertad para irse adonde quisiesen con todos sus bienes. Siguió su marcha para Málaga, apoderándose de camino del pueblo de Bentome, y se alborotaron los de Málaga con la procsimidad de los cristianos; don Fernando con artillería gruesa que hizo traer de Antequera, adelantó sus líneas hasta la vista de Málaga, cercándola con sus trincheras y fortificaciones de mar á mar. En medio de estas operaciones salieron tres mil moros de la ciudad para acometer las tropas que mandaba el marqués de Cádiz: este los resistió en un gran combate, causándoles muchos daños y obligándoles á encerrarse en la ciudad; pero quedó herido el marqués en esta refriega. Viéndose los sitiados en el mayor apuro, acordaron la infame empresa de matar al rey, y comisionaron al efecto á un moro audaz que gozaba entre ellos la opinion de santo; admitió este el encargo, salió de la plaza y se dejó prender, pidiendo le condujesen á la presencia del rey: mas viéndole la reina mandó que le llevasen á la tienda del marqués de Moya; y el moro, creyendo que este era el rey, sacó el alfanje, que por poca precaucion no le habian

quitado, y acometió á D. Alvaro de Portugal, que estaba hablando con la marquesa doña Beatriz de Bobadilla; el D. Alvaro huyó el cuerpo, y burlado el moro fué preso y muerto por los que acudieron al ruido.

Llegó á verse la ciudad en el mayor conflicto, y trataban de capitulacion por evitar el hambre y desastres que esperaban. Un moro de los mas principales, llamado Dordux, salió de la ciudad para tratar de capitulacion con el rey; pero este se empeñó en no admitir proposicion alguna que no fuese dirijida á entregarse á su voluntad, y secretamente prometió á Dordux los mayores premios y dar libertad á él y á todos sus parientes si mediaba para que se hiciese la entrega sin efusion de sangre: el moro empeñó su palabra y llevó consigo algunos soldados cristianos á quienes introdujo en el castillo y puso el estandarte real en lo mas alto de la torre del Homenaje. Confusos los moros con tal acontecimiento, preparaban sus fardos y equipajes para salir con ellos, pero se engañaron, porque acudiendo los cristianos se apoderaron de estos, haciéndose dueños tambien de la ciudad, sus castillos y habitantes: los cristianos que se habian pasado á los moros pagaron con la vida: los judíos que despues de bautizados apostataron de la relijion cristiana, fueron quemados, y á todos los demas habitantes de la ciudad se les dió libertad por un pequeño rescate.

El rey D. Fernando deseaba apoderarse del reino de Murcia, donde obtenia Abohardil el nombre de rey con algunas dificultades, sin embargo de tener todavía bajo su jurisdiccion á Guadix, Almería, Baza y toda la Alpujarra: para llevar adelante su intento mandó D. Fernando que acudiesen muchas tropas á la ciudad de Murcia, donde se hallaba dispuesto á salir para Vera, que tomó sin dificultad, como tambien á Mujacra, Velez, el Blanco y el Rojo, con otros muchos castillos y pueblos que se le fueron entregando sin resistencia. Intentaba el rey pasar á Almería, pero lo impedia el inespugnable castillo de Taberna, defendido por los moros que habian acudido de Guadix hasta el número de diez mil caballos y veinte mil infantes, cuyas tropas situó en los bosques para dar sobre los cristianos y escusar una batalla campal. Para provocar á los moros

enviaban los cristianos escuadrones que destrozaban los campos especialmente en las cercanías de Almería, y despues en las de Baza, en cuyas correrías perdieron bastante jente por las grandes acequias que cruzan aquel pais, por lo cual el rey, que no se hallaba con mucha jente, puso por entonces guarniciones en los puntos mas ventajosos para que sostuviesen aquel pais, y pasó á Huescar y á Murcia, desde donde por ciertas ocurrencias tuvo que marchar á Toledo. La ausencia del rey alentó al moro para cargar sobre los pueblos que anteriormente le habian tomado, y los volvió á reconquistar.

En este tiempo se conjuraron los moros de Gausin contra los soldados cristianos que guarnecian la plaza, y los asesinaron. No les duró mucho la alegría, porque los moros comarcanos, para acreditar que no habian tenido parte en aquel horrible atentado, tomaron las armas y cercaron á Gausin: acudieron el marqués de Cádiz y el conde de Cifuentes con sus tropas, y recobrando aquella plaza pasaron á cuchillo é hicieron esclavos á todos sus moradores.

En el año 1489 pasaron los reyes desde Medina del Campo á Córdoba, y mandaron que se reuniese el ejército en Jaen; hecho asi se pasó revista á doce mil caballos y cincuenta mil infantes, tropas las mas escojidas y valientes de todo el reino. Con esta jente se dirijió el rey sobre Baza, tomando al paso la fortaleza de Cujar, y despues llegó á Baza, de donde salió un fuerte destacamento de moros y se trabó una obstinada pelea, en la que á pesar de los muchos embarazos que causaban á los cristianos las acequias y encañados de aquel pais, persiguieron á los enemigos y los obligaron á encerrarse en la ciudad, despues de haber sufrido un gran daño: en seguida continuaron haciendo otras muchas escaramuzas por espacio de algun tiempo, con lo que se dilataba la rendicion de la plaza, tanto que el rey pensaba en desistir de la empresa porque tambien enfermaban las tropas y perecian muchos soldados con los alimentos poco saludables. Para acelerar la rendicion resolvieron estrechar mas el sitio, rodeando las murallas con fosos y trincheras que levantaron á trechos, guarnecidas con tropas para que los enemigos no pudiesen hacer sorpresas ni tampoco recibir víveres de las cercanías.

En el mes de octubre llegó la reina con la infanta doña Isabel y otros personajes, y los sitiados se desanimaron creyendo que su ruina estaba inmediata. El gobernador de la ciudad, llamado Hacen el Viejo, salió á tratar con el jeneral cristiano manifestándole deseos de un concierto, lo comunicó con su rey que estaba en Guadix, y acordaron entregar la ciudad. Con efecto, concluida la capitulacion, se rindió la plaza el dia 4 de diciembre, y al siguiente entraron los reyes Católicos en ella como en triunfo. Este suceso atemorizó á los pueblos comarcanos, de modo que muchos se rindieron voluntariamente, dieron rehenes y proveyeron de trigo, y de todo lo necesario en abundancia: entre los pueblos que se entregaron fueron los mas principales Taberna, Seron, Guadix y Almería, plazas que cada una de ellas podria haber sufrido un largo sitio: el mismo rey Boabdil salió junto Almería á verse con el rey D. Fernando, quien le recibió con agrado, le hizo grandes festejos y ademas le cedió dos castillos muy fuertes llamados Almuñécar y Salobreña.

Deseaba D. Fernando concluir la guerra de los moros, pero lo impedia una gran dificultad, cual era las muchas tropas que se encerraban en Granada, sus numerosas fortalezas, las grandes provisiones que en ellas tenian los moros, su dilatado circuito, y ademas la palabra que tenia dada al rey Boabdil de no causarle agravio á él ni á sus parientes; sin embargo, se presentaba una buena ocasion para sin contravenir á su promesa sujetar la ciudad. Los granadinos, sin atender al peligro que les amenazaba, se rebelaron contra su rey; quien tuvo que guarecerse en una fortaleza para librarse de la muerte, y desde allí pedia auxilio al rey D. Fernando; pareció á éste que no debia desamparar á aquel príncipe en el conflicto en que se hallaba, y así envió á decir á los ciudadanos de Granada que no molestasen á Boabdil de modo alguno, y que si dejaban las armas y se entregaban, los trataria como á los demas que se le habian rendido: esta amonestacion les movió á sosegarse y acudir á lo que á todos interesaba, porque veian empeñado á D. Fernando en favor de su rey y resuelto á apoderarse de la ciudad. Los alfaquíes y otras personas tenidas por respetables, escortaban á la paz,

les rogaban y amonestaban para que dejasen las disensiones y empleasen las armas en proporcionarse la union entre sí, porque si seguia la discordia, unos y otros serian víctimas de los enemigos que los amenazaban: con esta ecsortacion se pacificaron los moros é hicieron cierto convenio entre sí.

A la sazon habia marchado D. Fernando á Córdoba; viéndose los moros libres se unieron con Boabdil, que ya se habia declarado enemigo de los cristianos, y acometieron al castillo de Alhendin, le tomaron y demolieron. Por otra parte los moros de Guadix se conjuraron, tomaron las armas é intentaron matar á los soldados de la guarnicion de aquel castillo; pero salieron vanas sus esperanzas, porque acudió á tiempo el marques de Villena, y con el pretesto de pasar revista á los moros los sacó de la ciudad y cerró las puertas, dejándolos fuera, sin medios de volverse á rebelar.

Los reyes Católicos trataron con Maximiliano, emperador de Alemania, el matrimonio de la infanta de Castilla doña Juana con el archiduque D. Felipe: tambien se concluyó el de la infanta doña Catalina con el príncipe de Gales, hijo de Enrique VII.

Volvió el rey á la vega de Granada y trató de vengar el atrevimiento de los moros, á cuyo efecto hizo que sus tropas destruyesen todas las mieses en que los rebeldes fundaban la esperanza de sustentarse el año siguiente. Boabdil tenia sitiado el castillo de Salobreña, y acudiendo D. Fernando al socorro tuvo el moro que alzar el sitio y volver á Granada.

Sitio de Granada y conquista de esta ciudad por los reyes católicos.—Se trató de continuar la guerra contra esta capital, que era lo único que quedaba para estinguir el imperio mahometano en España. La reina, con sus hijos, se quedó en Alcalá la Real para acudir desde allí con las provisiones y todos los demas socorros que fuesen necesarios para el ejército, y muy en breve pasó á participar de la honra y del peligro de la empresa. Don Fernando situó sus campamentos en una aldea á legua y media de Granada: hizo recorrer los montes comarcanos y esplorar las intenciones de los enemigos, cuya comision encargó al marques de Villena con tres mil caballos, formando el rey su

retaguardia para ausiliarle en todo caso. Salieron los moros de la ciudad para cargar sobre el marques, y el rey, que llegába á Padul, los rechazó mientras que aquel evacuaba su comision, como lo hizo saqueando nueve aldeas; y volviendo cargado de despojos donde estabá el rey, siguieron juntos el reconocimiento hasta lo mas interior de aquellas tierras con la mayor prosperidad: destruyeron otras quince aldeas, y persiguieron á los moros que se habian apostado en unos estrechos senderos para impedirles el paso: concluida esta espedicion volvieron las tropas á sus mismos campamentos, en donde se fortificaron con mas de cuatro mil caballos y cuarenta mil infantes. Dentro de la ciudad habia un considerable número de tropas de todas armas, cuyo conjunto se habia formado de las reliquias de los ejércitos veteranos y aguerridos.

La ciudad de Granada por su grandeza, sus fortificaciones, murallas y baluartes parecia inespugnable: por la parte de Poniente se estiende una gran vega de quince leguas de circunferencia; por la de Levante la elevada sierra de Elvira; por el Mediodia la Sierra Nevada: su localidad es parte llana, y parte sobre dos collados, entre los cuales pasá el rio Darro, que á la salida de la ciudad tributa sus aguas al Jenil, y por estas causas no era facil sitiarla toda alrededor.

El rey estaba resuelto á verificar el último esfuerzo sin desistir de su empresa hasta sujetar aquella capital. Con este objeto disponia salidas por todas partes para quitar las provisiones á los sitiados. Ocurrió por entonces un desgraciado suceso que pudo haber ocasionado muchos daños. Fué el caso que en la noche del 10 de julio se prendió fuego á la tienda del rey: el incendio siguió á las tiendas inmediatas que se abrasaron sin poderlo remediar: el rey sospechó que esto podria ser algun ardid de los enemigos, y el marques de Cádiz, que pensó lo mismo, se adelantó á salir con parte de la caballería, y estuvo toda la noche sobre las armas en puntos avanzados por donde le pareció que los moros habian de pasar forzosamente; mas por fortuna no ocurrió otra desgracia que la quema de las tiendas. La reina, para evitar otro igual suceso, mandó que en aquel sitio se construyesen casas de piedra en lugar de tien-

das, y asi se formó una ciudad que se llamó Santa Fé, la cual aun ecsiste.

Viendo los de Granada que su ruina era inevitable, se inclinaron á capitular, y Bulcaxin Mulch, gobernador y alcaide de la ciudad, pasó al campamento de los cristianos con el objeto de capitular: el rey nombró al efecto á Gonzalo Fernandez de Córdoba, quien trató el negocio con bastante detencion, y al fin se formaron los artículos del contrato, y se juraron por ambas partes el 25 de noviembre. Las condiciones eran que dentro de sesenta dias entregarian los moros los dos castillos, las torres y puerta de la ciudad: que habian de hacer homenaje al rey D. Fernando, y estar á su obediencia con toda lealtad: que se pusiese en libertad á todos los cristianos sin rescate alguno: que mientras se cumplian estas condiciones habian de dar en el término de doce dias quinientos hijos de los ciudadanos moros mas principales; que los ciudadanos quedasen con sus heredades, armas y caballos, entregando solamente la artillería: que fuesen libres en el ejercicio de su culto, y gobernados conforme á sus leyes, señalándoles jueces de su misma nacion nombrados por el rey D. Fernando; que por espacio de tres años se habian de minorar en mucha parte los tributos, sin que en adelante se impusiesen otros mayores que acostumbraban pagar á sus reyes: que los moros que quisiesen pasar al Africa pudiesen vender sus bienes, y se les diesen naves en los puertos que ellos mismos señalasen: que á Boabdil se restituyese su hijo con los demas señores que anteriormente habian quedado en poder del rey.

Esta concordia estuvo á pique de desbaratarse por cierta turbacion que ocurrió en Granada. Un moro, cuyo nombre no se refiere, corrió por la ciudad con palabras muy descompuestas, escitando al pueblo para que tomase las armas, suponiendo que en el tratado habia alguna oculta intencion: decia que Boabdil y los principales de la ciudad eran moros solo en la apariencia, y que favorecian á los cristianos: con esta impostura logró seducir y amotinar veinte mil moros, que tómaron las armas y recorrian la ciudad como frenéticos, sin que se supiese lo que pretendian. Boabdil, llamado el *rey Chiquito*, viéndose sin autoridad, para que no le perdie-

sen el respeto se mantuvo dentro de la Alhambra. La muchedumbre tiene el primer ímpetu furioso, pero pronto se sosiega y mas cuando se ve sin jefes y sin fuerzas: así es que al dia siguiente se sosegó aquella tempestad. Boabdil aprovechó la ocasion, y juntando los que pudo de su parcialidad, con un lijero discurso logró apaciguar algun tanto á los revoltosos. No se sabe el paradero del moro que amotinó al pueblo; lo que consta es que Boabdil no se fiaba de sus conciudadanos, y por lo tanto avisó al rey D. Fernando del suceso, diciéndole que entretanto que pasaban los dias señalados en el concierto, podrian acaso resultar nuevas revoluciones, y que para evitarlas convenia usar de presteza anticipando la entrada, pues estaba dispuesto á entregarle al dia siguiente la Alhambra y el reino como á vencedor.

El rey D. Fernando recibió este aviso el dia 1.° del año 1492: al siguiente se adornó con todas sus insignias reales, y acompañado de toda su corte vestida de gala se puso en camino para el castillo, armados todos como si fueran á batalla; la reina y sus hijos acompañaban al rey, y estando cerca del alcázar salió Boabdil á recibirle acompañado de cincuenta caballeros: hizo demostracion de quererse apear para besar las reales manos de los vencedores; pero el rey no lo consintió: entonces Boabdil con bastante tristeza dijo: «Tuyos somos, rey invencible: esta ciudad y reino te entregamos, confiados en que usarás con nosotros de clemencia.» Puso las llaves en manos del rey, este en las de la reina, y esta señora las dió al príncipe su hijo, que las entregó á don Iñigo de Mendoza, conde de Tendilla, nombrado por el rey para la tenencia y capitanía jeneral del reino.

En seguida tomó el rey la posesion, haciendo tremolar en todas las torres de aquella capital los estandartes de la cruz, el de Santiago y el Real. La entrada en público se hizo despues con la mayor pompa y aparato relijioso: sería muy difícil significar el regocijo de este dia en que todos los españoles daban muestras del mayor placer, al mismo tiempo que en el semblante de los moros se veia pintada la tristeza y la desesperacion, pues apenas se atrevian á levantar la vista de la tierra para mirar á sus vencedores. Así tuvo fin la dominacion

de los árabes en España, despues de setecientos ochenta años, cinco meses y siete dias, contados desde el 25 de julio de 711 en que tuvo lugar la desgraciada batalla del Guadalete, hasta el 2 de enero de 1492, que fué el de la toma de posesion por el invicto rey D. Fernando V el Católico.

Boabdil, luego que hizo la entrega de Granada se retiró con los moros que quisieron seguirle á las Alpujarras, y aunque su terreno es por partes bastante fértil, no pudo permanecer en él con tranquilidad; pues es muy dificil que un rey desposeido viva con sosiego como súbdito en unos estados que ha señoreado, y asi pasó al Africa donde vivió poco tiempo desgraciadamente, y al fin murió privado de la vista.

Los reyes Católicos permanecieron en Granada el tiempo necesario para arreglar el gobierno. Se pusieron fuertes guarniciones en todas las plazas fronterizas para evitar nuevas invasiones de la moros en caso de intentarlas, y toleraron por algun tiempo á los moros que quedaron en Granada, el uso de su relijion; mas como se suscitasen despues algunas turbulencias, les obligaron á hacerse cristianos, ó salir de la ciudad y marchar al Africa. Se bautizaron muchos, y se espatriaron setenta mil familias, cada una de las cuales tuvo que pagar diez doblas.

Espulsion de los judios. — Los judios salieron mejor librados, pues habiendo dado los reyes un decreto de espulsion el 30 de marzo, se les permitió llevar sus grandes riquezas sin ecsijirles impuesto alguno: se asegura que salieron en esta ocasion de España ochocientas mil almas de ambos secsos, causa de su despoblacion en aquel tiempo; pero creyóse que convenia asi para conservar la pureza de la fé y la tranquilidad del estado. Para sostener lo primero se estableció el tribunal de la inquisicion, y por esto merecieron los reyes el glorioso nombre de Católicos, con que los condecoró la silla apostólica en el año de 1496, cuyo honor fue estensivo á sus sucesores.

Mucha parte de los que emigraron de España pasaron á Portugal, en donde con licencia del rey D. Juan II se refujiaron, con tal que pagasen por cada persona ocho escudos de oro, y que en el término que se les señaló habian de salir del reino, apercibiéndoles que pa-

sado aquel tiempo serian tenidos por esclavos los que permaneciesen, como se verificó en muchos infelices que no tuvieron proporcion para salir; mas despues el rey D. Manuel, al principio de su reinado, les restituyó la libertad.

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA POR COLON.—Elevados los reyes Católicos al sumo grado de gloria y de esplendor, cuando habian estendido su dominacion por las costas de Africa y la Italia, y cuando parecia que ya no les quedaba cosa alguna que apetecer, la Providencia les preparaba otro mayor laurel: fué este el descubrimiento de las Indias Occidentales, debido al injenio y ciencia del memorable Cristóbal Colon. Cierta nave andaba ocupada en el comercio de la costa de Africa, y un gran temporal la arrebató haciéndola aportar á tierras no conocidas hasta entonces: sosegada la tempestad volvieron en sí los pasajeros, siguieron su navegacion, y al fin llegaron á la isla de la Madera en donde se hallaba Cristóbal Colon, natural de Cogureto, en la costa de Jénova, hombre muy práctico en la navegacion: este hospedó en su casa al patron de la nave, tratándole con la mayor hospitalidad; y como hubiese fallecido á pocos dias, dejó á Colon todos los apuntes que habia formado en aquella navegacion. Ya sea por esta razon, ó porque Colon desde su niñez habia estudiado con aficion las matemáticas, y especialmente la astronomía y cosmografía, lo cierto es que se decidió á buscar los terrenos que en su concepto debian ecsistir á la parte de Occidente.

Comunicó este proyecto con el rey de Portugal, y despues con Enrique VII, rey de Inglaterra; pero como á ambos monarcas les pareciese aquello una vision, le despreciaron: no desistió Colon de su empresa, y pasó á la córte de los reyes don Fernando y doña Isabel, en donde permaneció haciendo sus instancias por espacio de siete años: últimamente, acabándose de conquistar el reino de Granada, consiguió que la reina armase á su costa tres navios, y que para hacer su espedicion se le diesen diezisiete mil ducados que se tomaron á préstamo. Antes de salir Colon capitularon con él los reyes Católicos, nombrándole almirante y virey de todos los paises que conquistase, con cuantos privilejios y facultades disfrutaba el pabellon castellano y leonés en los

mares de estos reinos, cuya dignidad seria hereditaria en sus sucesores: que proveeria los empleos de todas clases en dichos paises, proponiendo tres personas para los gobiernos de cada uno: que él mismo elejiria entre españoles los jueces que habian de entender en los negocios de las Indias: que la décima de las riquezas y productos de los estados que descubriese pertenecerian á él despues de satisfechos los gastos: que por sí mismo decidiria las diferencias que pudiesen suscitarse en toda la estension de su almirantazgo; y finalmente, que tendria derecho á interesarse en la octava parte de todos los buques que se armasen para comerciar en los nuevos descubrimientos.

Hízose Colon á la vela el dia 3 de agosto 1492, saliendo de Palos de Moguer, puerto donde se habian aprestado las naves, y despues de vencidas las olas del mar Atlántico, llegó á las islas Canarias: desde alli tomó la derrota del Poniente, y al cabo de muchos dias de muy penosa navegacion descubrió ciertas islas que llamó del Príncipe, en donde se reparó algunos dias, construyendo un castillo en el que dejó varios de sus compañeros, y por su capitan á Diego de Arana.

Despues se estableció una especie de comercio entre los españoles y los isleños, dando estos á aquellos oro por rosarios de vidrio, gorros encarnados y otros efectos que Colon les repartió. Estos isleños eran de una estatura mediana y bien formada, tez de color de aceituna, cabellos negros y espesos, que unos los llevaban tendidos y otros rodeados á la cabeza; el esterior era sencillo y franco, sus facciones regulares, aunque desfiguradas por pintarse de varios colores. Por señas indicaron á Colon que habia otros pueblos como ellos en varias islas, con los que peleaban por no dejarse esclavizar. Con tales noticias, y viendo Colon que en aquella isla no habia el oro que se prometia encontrar en las que le señalaban, dirijió su ruta á la parte de Mediodia, y descubrió la isla de Haiti, á la que llamó *Española*, y al puerto donde desembarcó *San Nicolás*. Despues siguió Colon haciendo otros muchos descubrimientos de islas y tierra firme, de las que tomó posesion en nombre de sus soberanos.

Volvió á España trayendo muestras de las riquezas que

dejaba descubiertas, y fué muy bien recibido de los reyes. Cuando salió de España Colon era un problema si este hombre habia perdido el juicio; cuando volvió fué recibido como el primer hombre del mundo, el mayor jenio de la tierra, y no se encontraban elojios para encarecerle. Hizo el viaje á España en cincuenta dias de navegacion, arribando al puerto de Palos en el mes de marzo de 1493. Premióle el rey declarándole almirante del Nuevo Mundo; ennobleciólo, y le dió por armas un mar de plata en campo azul, cinco islas de oro, y el globo de la tierra por cimera.

En el segundo viaje que hizo Colon á la América, descubrió la isla de Cuba, la de Santo Domingo, que apellidó la isla *Española*, las de Puerto Rico y las costas de Tierra Firme que corren de N. á S.: dispuso un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, y se restituyó á España cargado de inmensas riquezas. No se hallaba premio proporcionado para recompensar tan importantes servicios. Creósele duque de Veraguas y gran almirante de las Indias Occidentales; nombre con que se empezó á distinguir el pais nuevamente descubierto, para diferenciarle de las Indias Orientales, que tambien acababan de descubrir los portugueses.

Americo Vespucio, natural de Florencia, prosiguió los descubrimientos de Colon. En el año 1497 descubrió á Méjico, en 1499 las Antillas y las costas de Castillo de Oro ó Tierra-Firme, y en el de 1500 se restituyó á Cadiz. Poco satisfecho del servicio de España, se pasó al del rey D. Manuel de Portugal, y dilató su corona con el descubrimiento del Brasil, del que tomó posesion el año 1502 en nombre de su rey. Desde entonces se dió en Portugal el nombre de América, como si dijésemos tierra de Americo, al pais que Vespucio habia descubierto. Y aunque Vespucio no habia tenido la gloria de ser ni el primero que le descubrió, ni mucho menos el que logró su conquista, ha conseguido la dicha de dejarle su nombre y de inmortalizar su fama.

Los reyes Católicos se aprovecharon ventajosamente del descubrimiento de las Indias, sacando de ellas gran cantidad de oro y plata, que bien necesitaban para desempeñarla de los crecidos empréstitos á que les habian precisado tan-

tas y tan gloriosas conquistas.

Carlos VIII, rey de Francia, tenia un vivo deseo de emprender la conquista del reino de Nápoles, al que suponia tener derecho muy fundado, ademas de otras intenciones que á ello le movian; pero temia que el rey D. Fernando saliese á la defensa de los de Nápoles, que eran de la casa de Aragon; y para evitar este inconveniente le pareció oportuno confederarse con él, proponiéndole la restitucion de los estados del Rosellon y de la Cerdania, que tenia en prenda del préstamo que le habia hecho en los años anteriores: se verificó en efecto esta confederacion, y por ella recuperaron los reyes Católicos el Rosellon y la Cerdania. Cuando esto sucedia en la parte de Levante, en la opuesta se apoderaron los reyes de la Isla y puerto de Cádiz, que por donacion de Enrique IV poseia don Juan Ponce de Leon, conde de Arcos, bien que se le recompensó con la villa de Casáres, el título de Arcos, y la isla de Palma, que es una de las Canarias.

Los grandes maestres de las tres órdenes militares estaban esentos de la jurisdiccion real, y D. Fernando, para evitar los perjuicios y daños que habia esperimentado el reino por estar sus cuantiosas rentas, y aun la jurisdiccion, en manos ajenas, trató de apoderarse de ellas, y lo consiguió obteniendo una bula del papa Inocencio VIII para tenerlos en administracion por todo el tiempo de su vida: despues por confirmacion de Alejandro VI, se estendió á la reina doña Isabel. Mas adelante, á peticion de Carlos I, concedió la silla apostólica estos maestrazgos á la corona de Castilla perpétuamente.

Las crueldades de Fernando II, rey de Nápoles, descontentaron á los señores mas principales de aquel reino, que buscaron medios para salir de la tiranía con que se les perseguia; unos llamaron á Carlos VIII, rey de Francia, y otros á D. Fernando el Católico, haciendo presente á este que su derecho era mas claro, porque los poseedores eran bastardos; mas el rey no les dió oidos por entonces por sospechar que miraban á solos sus intereses, y se contentó con entretener mañosamente al francés. Instaron los napolitanos haciendo presente el peligro que corria la Sicilia si los franceses llegaban á apoderarse de Nápoles; sin embargo

no bastó esto para que el rey Católico rompiese con la Francia, y solo se determinó á enviar al papa á Garcilaso de la Vega para asegurarle en la proteccion; tambien despachó un embajador á Francia avisando al rey Cárlos que si intentaba hostilizar á Nápoles estaba resuelto á no desamparar á sus parientes y aliados. El francés no hizo caso de estas amenazas; luego que supo la muerte del rey Fernando de Nápoles se presentó en Italia con un fuerte ejército de veinte mil infantes y cinco mil caballos, pasó los Alpes, y llegó á la ciudad de Aste al confin del estado de Milan; desde allí fué á Plasencia, despues á Toscana, habiendo recibido en el camino embajadores de todas partes que le ofrecian la amistad de sus señores. Estando en Pisa le llegó un legado del papa y no le quiso ver. Los florentinos ofrecieron entregarle á Sarazana, Saracenela, Piedra Santa, Pisa y Liorna; pero los naturales se irritaron tanto de estas cesiones, que desterraron á los Médicis como causantes de tal desmembracion. Desde Pisa pasó el rey á Florencia, en donde trató con los gobernantes que concluida aquella guerra les entregara sus fortalezas.

Estaba Roma entonces muy alborotada por el apuro y falta de alimentos que sufria, y por que entendian que el papa se concertaria con el rey de Francia ó se saldria de Roma; mas el pontífice desengañó á los romanos diciéndoles que su intento era favorecer la justicia, y que si el rey de Francia insistiese para entrar en Roma, le haria frente y se defenderia con su ejército hasta morir: al fin entró el rey D. Cárlos en Roma el dia primero del año 1495, en donde se convino con el papa que se le entregasen los castillos de Civitavechia, Terracina y Spoleto, que tendria en su poder durante aquella guerra: despues pasó el francés á Nápoles.

D. Fernando el Católico luego que tuvo noticia de estos sucesos se irritó sobremanera, principalmente por el poco respeto que se habia tenido al pontífice. Intimó, pues, al francés que desistiese de la guerra contra el papa y los estados romanos, y al mismo tiempo mandó salir de Alicante la armada que tenia dispuesta, para hacer la guerra por mar y tierra al francés si no se convenia en lo que le tenia propuesto. Mientras que el fran-

cés estaba en Roma, D. Alonso, rey de Nápoles, sucesor del difunto D. Fernando, viendo perdida la esperanza de poderse defender, renunció la corona, que aun no habia poseido un año entero, en su hijo D. Fernando, y se embarcó con sus riquezas para Sicilia.

De este modo los franceses en muy poco tiempo se apoderaron sin la menor contradiccion de todo el pais desde los Alpes hasta la última punta de Italia; y aun los mismos castillos de Nápoles que se habian defendido, se rindieron tambien por traicion; el de Gaeta fué el único que tomaron á la fuerza; de modo que no quedaba por don Fernando el Católico mas que algunos pueblos de la Calabria, y aun estos se iban entregando, porque aunque la escuadra española surjia á la vista de Mecina, no tenia órden de maniobrar.

Viendo los príncipes de Italia el fomento que habian tomado los franceses, temieron su preponderancia, y trataron de confederarse con algunas potencias para la defensa comun. La Sicilia era lo que mas peligraba, porque se decia que apoderados los franceses de Nápoles, intentaban pasar á ella: para prevenir este daño deseaba D. Fernando que los demas príncipes juntasen sus fuerzas contra la Francia: trataba tambien de que el emperador y el rey de Inglaterra se ligasen, consiguiendo al fin que se formalizase la union, como se verificó con el nombre de Liga santísima, que habia de durar por espacio de veinticinco años, y que entre todos se juntase un ejército de treinta y cuatro mil caballos y veintiocho mil infantes, repartidos segun la posibilidad de cada uno de los coligados. Tuvo noticia de esta confederacion el rey de Francia, y temeroso de que le cortasen la retirada, determinó volverse con toda brevedad, dejando nombrado por virey de Nápoles á Jilberto, duque de Mompesier.

Apenas habian salido los franceses de Nápoles, cuando la escuadra española llegó á Mecina: acudieron á ella los reyes despojados D. Alonso y D. Fernando su hijo, al mismo tiempo que el rey D. Fernando se habia apoderado de la fortaleza de Rijoles y otros pueblos comarcanos de Calabria. Pasó á Sicilia con resolucion de ir á Nápoles antes que llegase allí la noticia de los sucesos anteriores: con efecto, reunió sesenta naves, y casi sin

mas jente que los marineros, entró en Nápoles, donde fué recibido con grande alegría, habiéndose tremolado las banderas por su rey: los de Capua, la Pulla, Salerno y otras muchas ciudades hicieron lo mismo.

Vuelto el rey D. Fernando á Castilla, se acordó llevar á efecto los matrimonios concertados con la casa de Austria, porque habia presunciones de que el Archiduque se manifestaba indiferente; y asi se dispupo la salida de la infanta doña Juana en una escuadra que estaba preparada en Laredo, hasta donde la acompañó su madre la reina doña Isabel. Con las muertes de D. Alonso y su hijo D. Fernando de Nápoles, y con la desunion que se empezó á notar en los príncipes coligados, hallaron los franceses una buena ocasion para volver á Italia, que aun no estaba del todo sosegada. Habia muerto Cárlos VIII, y su sucesor Luis XII reunió un fuerte ejército, rompió por el Piamonte y Monferrato, apoderándose en poco tiempo de la Lombardía y el Jenovesado. Noticioso de esta espedicion el rey Católico, temió que cayesen en su poder la Calabria, Sicilia y Cerdeña, é hizo sus preparativos para sostener estos dominios: mas el rey de Francia le propuso una paz cuyo ajuste duró mucho tiempo, y al fin se arregló repartiendo entre ambos soberanos el reino de de Nápoles, renunciando tambien el frances á favor de don Fernando el derecho que pudiese tener al Rosellon y la Cerdania, que habia sido el objeto de muchas discordias entre las dos potencias.

Cuando los reyes Católicos disfrutaban con la mayor tranquilidad el premio de sus muchos afanes, un desgracido accidente acibaró tantas felicidades: falleció el príncipe D. Juan, hijo único y heredero de los tronos y coronas que ambos reunian: perdieron tambien á su hija primojénita doña Isabel, casada con el rey de Portugal, y doña Juana, archiduquesa de Austria y heredera de Castilla y Leon, habia caido en una especie de demencia que le hacia ejecutar muchas estravagancias, lo que parece resultó de la escesiva pasion que tenia á su marido, de quien no era bien correspondida, porque siempre buscaba pretestos para alejarse de ella. Vinieron estos consortes á España, y los recibieron sus padres en Toledo, en donde

fueron jurados por príncipes de Castilla y Leon. En 27 de octubre siguiente fueron recibidos con regocijo por los aragoneses, que les prestaron el debido homenaje con las prevenciones que se acostumbraban en Aragon. Asi la princesa doña Juana fué la primera mujer que hasta entonces se jurase por heredera de aquel reino. El archiduque que no estaba contento en España, pretestó negocios urjentes en Flandes y partió dejando á la princesa con sus padres. En doña Juana se notaban muchas señales de tener perturbado el juicio: deseaba con grande empeño que la dejasen ir con su marido, pero su madre la entretenia con maña porque el tiempo no era á propósito: al fin viendo que no habia medio para contenerla, mandaron los reyes aprestar una escuadra en Laredo, y la llevaron á Flandes, donde se hallaba su marido.

Muerte de la reina doña Isabel.—La temprana muerte del príncipe D. Juan y la desgraciada situacion de la princesa doña Juana, sumerjieron á la reina doña Isabel en una profunda melancolía, de la que le provino una gran enfermedad que la causó la muerte en Medina del Campo el dia 26 de noviembre de 1504, lo cual causó un sentimiento jeneral. Antes de morir doña Isabel, nombró por su heredera á la princesa doña Juana, encargando que si por la poca salud de esta ó por su ausencia no pudiese ó no quisiese gobernar, en tal caso tuviese la administracion el rey D. Fernando, hasta tanto que su nieto el infante don Cárlos cumpliese la edad de veinte años; mandó que ademas de la administracion de los maestrazgos que tenia por concesion de la silla apostólica el rey D. Fernando, tuviese la mitad de las utilidades que resultasen de las islas y tierra firme que tenia descubiertas, sin otros diez millones que le mandó en cada un año, situados en las alcabalas de los maestrazgos. Nombró por testamentario al rey su esposo, al arzobispo de Toledo, al de Palencia, á Antonio de Fonseca y Juan Velazquez sus contadores mayores y á su secretario Juan Lopez de Lezarraga.

FIN DEL TOMO TRIJESIMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMO TERCERO.

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXXII.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UN SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1845.

Se hallará en Madrid, calle de la Gorguera, núm. 7.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMO TERCERO.

CAPITULO IX.

Disensiones despues del fallecimiento de Isabel la Católica. — Entrevista del rey D. Fernando con el archiduque. — Doña Juana y D. Felipe. — Don Fernando el Católico, segunda vez. — Historia de Navarra. — Iñigo Arista. — Garcia Iñiguez II. — Fortun Garcia. — Sancho Garcia Abarca.— D. Sancho el Mayor. — D. Sancho Garcia. — D. Sancho Ramirez.— D. Garcia Ramirez. — D. Sancho el Sabio. — D. Sancho el Fuerte. — Teobaldo ó Tibaldo. — Teobaldo II. — Enrique Campano. — Luis Utin. — Cárlos II. — Cárlos el Noble. — Doña Blanca y D. Juan. — Doña Leonor. — Francisco Febo. — Doña Catalina. — Reunion de la corona de Navarra á las de Castilla y Aragon.

DISENSIONES DESPUES DEL FALLECIMIENTO DE ISABEL LA CATÓLICA. — La muerte de la reina doña Isabel dió motivo á muchos disgustos: el rey católico, con arreglo á la cláusula del testamento, quería mantenerse en el gobierno de Castilla por la enfermedad é impotencia de la reina su hija: escribió al archiduque su yerno que no se le permitiria entrar en Castilla sin su mujer, y al mismo tiempo convocó córtes en la ciudad de Toro para que se diese cumplimiento á la disposicion testamentaria de la reina: se juntaron los procuradores, y bajo la presidencia de Garcilaso de la Vega, comendador mayor de Leon, se vió la cláusula respectiva á la administracion: conforme á ella juraron por reyes á doña Juana, como propietaria de Castilla y heredera lejítima de su madre, al rey archiduque como su marido, y á D. Fernando el Católico como administrador.

En estas mismas córtes se declaró el impedimento notorio de la reina doña Juana, por lo cual encargaron el gobierno á su padre, pidiéndole los castellanos que no los desamparase. Despacháronse mensajeros á Flandes avisando todo lo que se habia hecho: mas como los cortesanos ambiciosos deseaban mudanzas en el gobierno, porque se hallaban disgustados con el rey Católico de resultas de haberles quitado las donaciones hechas en tiempo de D. Enrique, para salir con su empresa se valieron de todo jénero de intrigas, sembrando por todo el reino la discordia, y haciendo que se desaviniesen don Fernando y su yerno, ausente entonces en Flandes.

No pararon en esto las alteraciones, sino que llegaron tambien á Italia; tanto, que el rey sospechó del gran capitan: algunos de los grandes lisonjeaban al rey Católico, diciéndole debia conservar las riendas del gobierno hasta que su nieto D. Cárlos cumpliese los veinte años, en el caso de que su hija doña Juana no pudiese gobernar: otros persuadian al archiduque á que entrase á gobernar el reino en union con su mujer, haciendo que su suegro no conservase la mas mínima autoridad, pues esto le era indecoroso, supuesto que tenia la suficiente capacidad para dirijir por sí sus estados sin sujetarse á la voluntad de otro.

El rey Católico envió á Flandes al obispo de Palencia para que hiciese compañía á la reina su hija, y á Lope de Conchillos para que le sirviese de secretario. El archiduque mandó prender á Conchillos porque la reina le habia mandado escribir una carta á su padre diciéndole que era su voluntad tuviese el gobierno de sus reinos segun su madre lo habia dejado dispuesto. La desgraciada reina se apesadumbró en estremo por la resolucion de su marido, y se alteró tanto que se le aumentó considerablemente su indisposicion, de modo que fué menester recojerla.

Con este motivo empezaron ambos príncipes á mirarse con desconfianza; y sabiendo el rey católico que su yerno preparaba en Flandes una escuadra con un poderoso ejército para venir á Castilla en clase de conquistador, creyó que no debia esponerse á un desaire, á pesar de que le era muy repugnante venir á las manos con el mari-

do de su hija; mas sin embargo fortificó sus fronteras. De esto tomaron pretesto los partidarios de D. Felipe para inclinarle á creer que su suegro trataba de disputarle la entrada en su reino, y por si llegase este caso le inclinaron á prevenirse con la amistad del rey de Francia. D. Fernando, mas sagaz que ellos, desbarató todos sus planes, pues conociendo que el francés se agregaria al mejor partido, concertó con él el matrimonio de su sobrina doña Jermana de Foix, pidiéndosela por esposa, y el rey de Francia no solo manifestó al rey Católico su buena voluntad, sino que dió á su sobrina en calidad de dote la parte del reino de Nápoles que le pertenecia por la division hecha entre los dos reyes, renunciando ademas en favor de la misma y de sus descendientes el título de rey de Jerusalen, y otro cualquier derecho que le perteneciese. El rey D. Fernando correspondió á la jenerosidad del francés ofreciendo que en el caso de no tener hijos los dos contrayentes volveria aquel reino al de Francia y á sus sucesores, obligándose ademas á pagarle por gastos de la guerra quinientos mil ducados en el término de diez años: quedó concertado igualmente que el rey de Francia ayudaria á D. Fernando contra el emperador y su hijo en el caso de que tratasen de removerle de la gobernacion de Castilla. Una de las cláusulas de estos contratos fué el casamiento de Roberto de San Severino, príncipe de Salerno, con doña María da Aragon, hija de D. Alonso de Aragon, conde de Rivagorza, cosa que fué de mucho placer para el rey de Francia, tanto que intimó al rey archiduque no pasase á España hasta ventilar las diferencias que tenia con su suegro; y para obligarle á ello trató con el duque de Güeldres que aumentase el ejército, é hiciese la guerra en Flandes.

El archiduque sintió mucho que por este medio le quitasen totalmente el reino de Nápoles, le pusiesen en cuestion la corona de Aragon, y se le disputase en todo ó en parte el de Granada si el rey su suegro tuviese hijo varon de este matrimonio. D. Fernando, para evitar disgustos, envió á Flandes un embajador avisando á su yerno aquellas paces y conciertos, instándole á que pusiese en libertad á Lope de Conchillos.

Con el objeto de refrenar las

demasías del archiduque y de los grandes de Castilla, á quienes desde Bruselas prevenia para que se inclinasen á su partido, hizo el rey D. Fernando publicar en Salamanca las paces que habia ajustado con la Francia. Los grandes con quienes contaba el archiduque D. Felipe eran el marques de Villena, duque de Nájera, Garcilaso de la Vega, duque de Medinasidonia, conde de Ureña, y aun el almirante y condestable de Castilla, con otros que tambien atizaban la tea de la discordia. Confiado el archiduque en estos y otros muchos amigos que tenia en Castilla, creyó no debia retardar su venida; pero su padre, mas prudente ó tímido, no aprobaba su resolucion considerando que produciria infinitos males, y ofreció mediar para la pacificacion. D. Felipe asintió á estos deseos de su padre, y aparentemente solicitó una composicion amigable por medio de los embajadores que tenia en Castilla; D. Fernando la deseaba, porque no se creyese resistia la entrada á su hija, que era la reina propietaria; despues de algunos debates quedó repartida la administracion del reino entre doña Juana, D. Felipe su lejítimo esposo, y D. Fernando, como gobernador perpétuo. Don Cárlos fué reconocido por príncipe é inmediato sucesor despues de los dias de su madre, y tambien se acordó repartir las rentas de Castilla por mitad entre D. Fernando y sus hijos.

Aunque este concierto fué recibido en Castilla con una alegria jeneral, no sucedió asi en Flandes, porque á D. Felipe y sus parciales no agradaba la buena armonia, y asi tacharon el concierto de desigual y poco ventajoso al archiduque.

Creyeron que presentándose este en España obligarian fácilmente á D. Fernando á rectificarlo, y si no le arrojarian de Castilla. Reservando este designio para otro tiempo, hicieron en público demostraciones de paz, acelerando la venida del aleman.

En Castilla se esperaba por momentos la venida de los nuevos reyes, y al mismo tiempo se festejaba el casamiento del rey D. Fernando y doña Jermana, cuyas bodas se celebraron en Dueñas el dia 18 de marzo. Concluidos los regocijos marchó el rey á Burgos para recibir á los reyes sus hijos, que creyó aportarian á Laredo ó á alguno de los puertos de aquella costa; pero en Torquemada, donde llega-

ba, tuvo aviso que habian desembarcado en la Coruña: la causa de haberse dirijido á esta ciudad fué porque á D. Felipe pareció conveniente entrar en Castilla por paraje distante de donde se hallase su suegro, y tener tiempo para esplorar la intencion de los grandes y de los pueblos con quienes podria contar para sus intentos, y maniobrar segun se presentase la ocasion, porque venia resuelto á no pasar por las capitulaciones ajustadas en Salamanca, á no ser á la fuerza.

Tan pronto como desembarcó el archiduque en la Coruña acudieron á ofrecérsele un sinnúmero de señores, descontentos de la sujecion en que los habia puesto D. Fernando en tiempo de su reinado; y el nuevo príncipe lisonjeado con la esperanza de que á estos se unirian otros muchos grandes, se quitó la máscara, declarando que no pasaria por la concordia; de modo que la venida de D. Felipe, que deberia haber causado un contento y sosiego universal, hubiera sido un motivo de rompimiento, si la prudencia y tolerancia del rey Católico no hubiera suplido las faltas y apagado el incendio que se prendia por todas partes. La conducta é ideas de los dos reyes eran muy diferentes, y totalmente contrarias. El nuevo rey envió á requerir á los condes de Benavente, de Lemos y otros señores de Galicia, y á los grandes de Castilla, para que se declarasen por sus súbditos; y como le salió bien esta primer dilijencia, principió á agraviar á los dependientes del rey su suegro: desposeyó de sus empleos á los alcaldes y alguaciles de corte que por órden del rey Católico servian sus oficios en la Coruña: venia muy advertido para no sufrir tutor alguno, y los de su servidumbre publicaban grandes quejas contra el rey Católico por el casamiento con la reina doña Jermana y sus condiciones.

Luego que el rey Católico supo la llegada de sus hijos, envió comisionados á visitarlos de su parte, y él mismo se puso en camino para Leon con el objeto de ir en persona á verse con ellos, si bien se detuvo en Astorga hasta saber su voluntad, y envió á su secretario para que acordase con el rey D. Felipe el dia y sitio en que podrian avistarse: el archiduque lo escusaba mañosamente, pues señaló para la primera visita en Sarria, despues en Ponferrada, de modo que en ningun sitio le

venia bien, porque los grandes y los alemanes que le acompañaban temian que si los dos reyes se avistasen seria muy fácil el concierto, del cual no esperaban ellos ventajas. Al rey Católico le aconsejaban algunos que no se debia apresurar esta visita, porque con la tardanza se descubririan las intenciones del príccipe y las ambiciosas marañas de los cortesanos, y que las discordias de estos le pondrian en estado de conocer sus verdaderos interoses. Entretanto el archiduque reunia tropas en secreto y aumentaba el número de sus parciales, ya distribuyendo mercedes, y ya colocando en su consejo á los enemigos del rey Católico. Viendo este que su yerno caminaba con un ejército como en actitud hostil, resolvió ponerse en estado de defensa, diciendo que su ánimo era restituir la libertad á su hija que tenian encerrada violentamente el archiduque y sus favoritos; pero considerando la falsedad de los que le habian parecido leales, lo lejos que estaba de Aragon, que no habia prevenido al rey de Francia para que le enviase socorros, y finalmente que no pareciera bien fomentar una guerra sangrienta, hizo saber á su yerno que se hallaba resuelto á pasar á verle en cualquier paraje que se hallase. Al saber el archiduque la resolucion de su yerno, envió mensajeros para que acordásen con el rey Católico el dia y sitio donde se babia de verificar la entrevista, y por último convinieron en que tuviese lugar en una casa de labor llamada Remesal, cerca de la Puebla de Sanabria.

Entrevista del rey D. Fernando con el archiduque.—La comitiva del rey católico se componia de unas doscientas personas en traje de paz, en mulas y desarmados; mas D. Felipe iba en estado de guerra: á la parte de la Puebla dejaba situadas dos mil picas sin las jentes del pais que á caballo iban acompañando á los grandes: delante llevaba, como para reconocer el terreno, mil alemanes, siguiendo á estos los cortesanos, quienes llevaban armas ocultas. Como D. Felipe venia el último, se puso el rey D. Fernando en un alto para ver pasar toda aquella comitiva y aparato.

Llegó al fin D. Felipe, y aunque con semblante de algun sentimiento, hizo demostracion de apearse del caballo y besar la mano á su suegro: este le abrazó y besó con mucho amor y

semblante risueño. Entraron en una ermita para hablar de sus asuntos, y aunque la conferencia duró dos horas, el resultado fué que se separaron los monarcas sin resolver cosa alguna, pocos satisfechos uno del otro: D. Fernando, que observó la indiferencia de su yerno, y la esquivez conque le trataban los grandes reputándole como estranjero, determinó retirarse y dejar libres á sus enemigos. Los reyes siguieron su camino, el aleman á Benavente y don Fernando por el lado opuesto sin dejar este de instar para que se concluyese la concordia: con efecto se nombraron comisarios cuya mayor parte eran parciales del archiduque, y acordaron que el rey Católico dejase libre á su yerno el gobierno de Castilla; que marchase á Aragon con retencion de los maestrazgos; y que se cumpliesen los demas legados que le habia hecho la reina doña Isabel: tambien hacian confederacion entre sí de amigo de amigo, y enemigo de enemigo sin escepcion alguna, cuya alianza juraron los dos reyes.

DOÑA JUANA Y FELIPE EL HERMOSO.—Tan luego como marchó D. Fernando, el archiduque y sus favoritos formaron un acuerdo en que se declaraba la impotencia de la reina para gobernar; de modo que esto fué alzarse el archiduque con todo y mandar sin competidor. El rey Católico hizo secretamente sus potestas y despues marchó á Tordesillas, en donde despachó y publicó un manifiesto dando cuenta á todos de su recta intencion: que siempre la tuvo de dejar á sus hijos el gobierno luego que llegasen á Castilla; y que para dar pruebas de esta verdad se salia de estos reinos con objeto de atender al gobierno de los suyos, que por su ausencia padecian.

D. Felipe le escribió antes de que saliese de Tordesillas, sobre ciertos asuntos que ocurrieron entre él y la reina en Benavente, suplicándole que como padre pusiese en ello remedio; pero D. Fernando le respondió que en materia tan delicada se remitia á su virtud y conciencia, esperando que escojeria el mejor y mas honesto medio, lo cual le rogaba afectuosamente. El rey Católico se pasó á una aldea llamada Tudela junto á Valladolid, y D. Felipe se fue á Mucientes: en el camino procuraba inclinar á los grandes á su opinion, arrancándoles firmas para encerrar á la reina: mandó al al-

mirante que hiciese lo mismo, mas este le dijo que necesitaba ver antes á su señora para averiguar si era justa la resolucion: fué con efecto á la fortaleza de Mucientes, donde estaba encerrada, y hallóla en un aposento muy oscuro vestida de negro: se adelantó la reina y le preguntó si venia de donde estaba su padre, y cómo le habia dejado: á lo que contestó el almirante que el dia anterior habia salido de Tudela para Aragon: la reina le dijo que se alegraria mucho de verle: despues entabló el almirante algunas conversaciones con la reina, á las cuales contestaba siempre con mucha cordura; y habiéndose despedido dió parte á D. Felipe de lo que habia observado. Permaneciendo este en su intento le hizo presente el almirante los inconvenientes y disturbios que podia ocasionar su resolucion, y asi que su parecer era que llevase consigo á la reina: lo comunicó el rey con su consejo, se decretó que la llevase á Valladolid, y que antes se tuviese segunda entrevista de los dos reyes en Renedo. Avisado el rey Católico previno á su yerno que aquella junta se celebrase con muestras de mas cariño y decoro que las anteriores, pues asi convendria al honor y reputacion de ambos: se avistaron en efecto, dándose pruebas del mayor amor, y lo único que ocurrió en la conferencia fué que el rey Católico aconsejó á su yerno lo que debia hacer, y de lo que se debia guardar para gobernar con acierto su reino, con otras espresiones muy políticas y atentas, con las cuales se despidieron: el rey Católico sin tratar negocio alguno, y aun sin ver á su hija, volvió á Aragon. El duque de Alba le suplicó que le permitiese ir en su compañia hasta Nápoles, y á pesar de sus muchas instancias no se lo quiso conceder, diciéndole que le haria mejor servicio en quedarse á cuidar de sus negocios, y celar á los que dejaba encargados de ellos. Esta salida del rey Católico, que muchos creyeron ser muy afrentosa, la sufrió él con la grandeza de alma que le era propia.

Conocidas las ideas del archiduque y el carácter de los que le rodeaban, se dejaba entender que los negocios de Castilla no permanecerian mucho tiempo en órden, que en breve sentirian el daño que ellos mismos se habian hecho, y aun clamarian por el gobierno del que tantos años los habia mantenido en

paz y en justicia con su valor. Apenas habia salido D. Fernando de Castilla cuando se vieron en ella grandes novedades, por las cuales los naturales empezaron á sentir la falta del gobierno anterior, pues el nuevo rey era demasiado incauto para conocer la ambicion de sus cortesanos, á quienes abandonó el gobierno de los pueblos y los tesoros de la corona, para entregarse á las diversiones propias de su jenio festivo y franco.

Convocó córtes en Valladolid, y en ellas propuso llevar adelante su intencion de encerrar á la reina, socolor de su enfermedad y que no queria entender en los negocios del gobierno: este plan lo apoyaban los grandes, á quienes tenia ganados, y aun el arzobispo de Toledo pretendia con empeño que se la entregase. Solo el almirante de Castilla, entre cuantos se hallaban presentes, fué el primero que lo contradijo, sin querer dar su consentimiento para una novedad tan estrepitosa: previno á los procuradores de córtes que no consintiesen en ello, y el almirante les prometió su palabra de honor y oferta de unirse á ellos y ayudarles siempre en cuanto pudiese resultar. Escudados con esta oferta los procuradores, contradijeron la proposicion, y solo juraron lo mismo que habian acordado en las córtes de Toro, esto es, á doña Juana por reina propietaria de aquellos reinos; por rey al archiduque, como su lejítimo marido, y por príncipe y sucesor en la corona despues de los dias de su madre á D. Cárlos su hijo. Poco contento D. Felipe con esta negativa pasó á Burgos é inmediatamente mandó salir de palacio á doña Juana de Aragon, mujer del condestable, para privar por este medio á la reina su hermana del consuelo que tenia con su compañía: dispuso se formase proceso al duque de Alba mandándole entregar en clase de fianza algunas fortalezas; pero este habiéndolo comunicado con el marqués de Villena y otros grandes se escusó de hacerlo.

Amenazaban á Castilla algunas disensiones, que prometian muy fatales consecuencias, cuando sobrevino al rey D. Felipe una calentura maligna que le quitó la vida en setiembre de 1506 á los veintiocho años de edad: este accidente alteró sobremanera el juicio de la reina, quedándola solamente

algunos lúcidos intervalos y estos muy impropios para que se pudiese encargar del gobierno. Se entregó totalmente á la pérdida de su marido, sin que fuese posible separarla del cadáver, que llevaba consigo á todas partes, y por mas reflecsiones que la hicieron no pudieron distraerla de sus melancólicas ideas, que llegaron al estremo de hacerla aborrecer todo cuanto se dirijia al gobierno.

Hallábase el reino en un estado tan deplorable, que era preciso buscar un medio para ahogar las disensiones que principiaban á manifestarse; los grandes estaban discordes y descontentos porque los principales empleos del reino se habian puesto en poder de los flamencos, quienes solo pensaban en enriquecerse á costa del sudor de los infelices habitantes; y como no hacian ánimo de arraigarse en España por mucho tiempo, de todo procuraban sacar interés. Los pueblos, ofendidos con tantas vejaciones y persuadidos tambien por los grandes, principiaban á dividirse en parcialidades: los mas suspiraban por el gobierno del rey Católico y aun se quejaban de él por haberlos dejado, sin considerar que ellos le habian abandonado: la reina, á quien tocaba la pacificacion, no podia hacerlo por su indisposicion; su hijo el príncipe D. Cárlos era niño y criado fuera de España, y si entraba á sustituir a su madre era forzoso que los que le dirijiesen fuesen estranjeros: de dos abuelos que tenia, el emperador estaba lejos, y de su gobierno podia temerse con razon igual inconveniente. Restaba solo don Fernando, de cuya prudencia y valor no dudaban aun los que le eran desafectos; pero estaba fuera de España y muy disgustado por los malos tratamientos que le habian dado. Los grandes que se habian señalado como contrarios suyos, recelaban que si volviese castigaria su deslealtad: los que amaban la paz proponian que se le llamase, no dudando que depondria sus resentimentos por atender al bien del reino y de su desgraciada hija, en una situacion tan lamentable; sin embargo, estaban divididos y algunos remontaban sus pensamientos á ideas muy estrañas. Para prevenir estos inconvenientes se juntaron el condestable, el almirante, el duque del Infantado, y se declararon por el rey Católico, habiéndoles acompañado en esta empresa el marqués de Villena

y otros grandes, cabezas del partido contrario: pasaron á la posada del arzobispo de Toledo en donde se convinieron con otros muchos grandes en no reunir jentes, porque entre todos cuidarian de asegurar sus castillos y propiedades de modo que no recibiesen daño: que ninguno de ellos se apoderaría de la reina que se hallaba en Burgos, ni del infante D. Fernando que á la sazon se criaba en Simancas. Al tiempo que se celebraba esta concordia se hallaba el rey don Fernando en Jénova, donde recibió cartas del arzobispo de Toledo y otros grandes en que le hacian instancias para que depuesto todo resentimiento, volviese á Castilla á encargarse del gobierno, pues todo estaria dispuesto: que no diese lugar á que con la dilacion se desgraciase el concierto hecho entre los grandes: el rey determinó seguir su viaje á Portufy, contentándose con escribir á los prelados, grandes y ciudades el sentimiento que le habia causado la muerte de su hijo, encargándoles se mantuviesen leales á la corona real como siempre lo habian manifestado: que él no les faltaría, y que dejando ordenados los asuntos de Nápoles volveria á Castilla resuelto á hacer mercedes á todos segun era justo.

El rey Católico tardaba, y Castilla volvia á sus disensiones: la reina, á pesar de su dolencia, con la noticia que tuvo de la venida de su padre desconcertó los designios de los descontentos, y por el arzobispo de Toledo avisó al rey para que apresurase su venida, pues de otro modo no se podria precaver la anarquía que amenazaba al reino: entretanto el sagaz y político arzobispo, á sus propias espensas y tomando el nombre de la reina, se apoderó de las principales plazas y fortalezas de Castilla, para por este medio sujetar el fanatismo de los que manifestaban ideas contra la reina por el golpe que acababa de dar, revocando todas las mercedes que cautelosamente habian arrancado á su marido.

Don fernando v, segunda vez.— D. Fernando, cediendo por fin á las instancias y súplicas que le hacia la mayor parte de la nobleza castellana, se puso en marcha y llegó á Valencia; pasó inmediatamente á Tórtoles, donde se hallaba su hija y en su primera entrevista intentó la princesa besar los pies á su padre: mas este la recibió en sus brazos. Despues entablaron una

larga conversacion, por la cual se persuadió D. Fernando de que su hija no estaba tan falta de entendimiento como le habian hecho creer. Con objeto de prevenir cualquier resultado que pudiese acontecer, instó el rey Católico al emperador que enviase á España al príncipe don Cárlos para educarle como correspondia á su dignidad, y que aprendiese, segun las leyes y costumbres del pais, el modo de gobernar; pero el emperador nunca quiso enviarle á España si no se le daba á él parte en el gobierno y en las rentas del reino, con lo que pensaba remediar sus necesidades, que no eran pocas; y para obligar mas á que se accediese á esta su peticion, intentó que mil quinientos soldados españoles que servian en Francia, se pasasen á su servicio. Don Fernando se anticipó enviando órden á su comandante para que los detuviese, y con efecto obedecieron, sin embargo de que el jeneral aleman los declaró por rebldes, como si fuesen vasallos del emperador. Aunque sobre este particular se resintieron algun tanto los soberanos, no obstante, despues por la gran política del cardenal arzobispo Jimenez de Cisneros, entró D. Fernando con el papa y la Francia en la liga de Cambray para reprimir el orgullo de los venecianos, que se habian engrandecido sobremanera hostilizando toda la Italia, y quitando á aquellos soberanos lo mejor de sus posesiones.

El rey Católico conocia la preponderancia que los franceses habian tomado: para evitar temores trató de convenirse con el emperador de Alemania sobre el gobierno de Castilla, y por medio de embajadores se formó un tratado, en el cual se determinó que D. Fernando tuviese la gobernacion del reino de Castilla por todos los dias de la vida de su hija doña Juana, con tal que si esta muriese habia de entregar el gobierno al príncipe D. Cárlos luego que cumpliese los veinte años, segun lo habia ordenado en su testamento la reina doña Isabel: que en el caso de tener D. Fernando hijo varon en su segundo matrimonio, se asegurase la sucesion del príncipe D. Cárlos en los reinos de Castilla, sin que estos fuesen perturbados en manera alguna. Concluido este asunto se unió el rey D. Fernando con el papa y los venecianos, y formaron la liga santa: se rompió la guerra con una famosa batalla en Ravena entre el ejército

combinado y el francés, en la que quedó este victorioso, aunque se cubrió de gloria la infantería española para poner en salvo una gran parte del ejército combinado, en cuyos sangrientos choques perdió la vida el jeneral francés Gaston de Foix. Esta derrota podia haber sido muy funesta á no haber acudido las tropas del papa en socorro de los coligados, y á no haber amenazado tambien los ingleses con un desembarco en Normandía. Con este motivo tuvo que acudir el francés á fortificar aquellas fronteras: al mismo tiempo procuraba tener de su parte al rey de Navarra, y al efecto hizo con él una alianza que fué la causa de su ruina, porque sabiendo el papa que se habia unido con los enemigos de la Iglesia, juntó el colejio de cardenales y lo escomulgó, privándole del título y dignidad real, por cuyo medio dió facultad de ocupar aquel reino al que lo pudiese conquistar.

Don Fernando el Católico requirió al rey de Navarra para que le asegurase que por su raya no le resultaria daño alguno, y que se mantendria neutral; pero que si seguia en la union con Francia, hostilizaria él á la Navarra. Temia el navarro que el rey Católico despues de la muerte de Gaston de Foix se apoderase de aquel reino por su mujer la reina doña Jermana, como heredera de su hermano; y prometiéndole el de Francia que en este caso acudiria á socorrerle con todas sus fuerzas, pospuso cuantas obligaciones tenia contraidas con el de España y se alió con el francés. Reunió D. Fernando bastantes tropas en Castilla, con intencion de apoderarse de Navarra para dejar seguro el tránsito á los ejércitos que pasaban á continuar la guerra en Italia; entonces viendo el navarro el peligro que le amenazaba, envió un embajador al rey Católico para hacer algun convenio: se conformaba en entregar en clase de fianzas algunas fortalezas suyas, como no fuesen las de Estella y san Juan de Pie de Puerto; pero el rey de Castilla dió órden para que sus tropas marchasen sobre Pamplona, en donde se hallaba el navarro con intencion de defender la ciudad; y como el ejército castellano no encontraba resistencia, tuvo el rey que dejar la capital y retirarse á la villa de Lumbierre (1518). Con su ausencia tuvieron los de Pamplona que capitular con el jeneral

español, y se entregaron. Del mismo modo se apoderó don Fernando de toda la Navarra en poco tiempo, y el rey don Juan pasó los puertos y se retiró á Francia. D. Fernando puso el mayor empeño en asegurarse de todos los pueblos de Navarra, disponiendo que en Pamplona le jurasen y prestasen homenaje, no ya como depositario de aquel reino, sino como rey. El de Francia retiró sus tropas de Italia, y los españoles despues de muchas batallas acabaron de arrojar las guarniciones francesas de las plazas, de lo que resultó el ajuste de una tregua entre el rey Católico y el de Francia. Como desde esta época quedó incorporado el reino de Navarra á los de Castilla, Leon y Aragon, nos parece oportuno suspender por un corto intervalo la narracion de la historia de estas tres monarquías reunidas, para referir sucintamente los sucesos históricos del reino de Navarra.

HISTORIA DE NAVARRA (1).

El reino de Navarra parece debió tener su orijen por el mismo tiempo que el de Asturias, pues los españoles que de resultas de la desgraciada batalla del Guadalete huian de las innumerables y sangrientas cuchillas de los sarracenos, unos se refujiaron en las encumbradas rocas de Covadonga, y otros en las fragosas y escarpadas montañas de los Pirineos, en donde parece que para resistirse contra los moros nombraron un jefe que les dirijiese, y fué García Jimenez, español de nacimiento, á quien algunos llaman tambien Ramirez: este caudillo los gobernó por espacio de cuarenta y un años con título de conde, dependiente de los reyes de Asturias, y en el año 758 le sucedió García Iñiguez que se tituló rey de Pamplona, al cual despues de su largo reinado sucedió Fortun Garcés, á quien tambien se conoce por Fortunio García, que reinó gloriosamente, y al fin murió en un monasterio que habia mandado construir á sus espensas. Parece que á Fortun sucedió en el año 815 Sancho García ó Garcés, que se salió del monasterio de Leire, adonde se habia retirado, para ayudar á su hijo y sucesor en la guerra que habia emprendido contra el rey moro de Córdoba.

(1) La descripcion jeográfica de este reino puede verse en la pájina 107 del tomo XXX de esta obra.

ÍÑIGO ARISTA.—(840) Muchos se resisten á reconocer reyes en Navarra hasta la época de Íñigo Arista, conde de Bigorra, caballero francés, oriundo de sangre castellana: este fué el primer rey verdadero de Navarra, porque habiéndose mezclado en las alteraciones de aquel pais sobre su separacion del dominio de D. Alonso II de Asturias, llamado el *Casto*, adquirió un gran partido entre los navarros. Como Arista estaba protejido por el rey de Francia su deudo, resolvió D. Alonso convenirse con el conde de Bigorra para que en calidad de feudatario gobernase aquella provincia, bajo la condicion de darle en matrimonio una señora francesa llamada Jimena, parienta del mismo conde, para por este medio atraerle mas á su amistad, y asi gobernó hasta su muerte.

GARCIA ÍÑIGUEZ II.—(867) Este sucedió á su padre Arista, y fué proclamado como rey, sin que lo pudiese impedir el de Asturias, porque se hallaba ya aquel con mucho poder: casó con Urraca, condesa de Aragon, y reunió este estado con el de Navarra.

FORTUN GARCIA.—(885) Este príncipe tuvo la desgracia de morir en una sorpresa que le hicieron los moros en el valle de Eivar en Guipúzcoa, por lo que solo reinó seis años.

SANCHO GARCIA ABARCA I.—(891) Apenas nació este príncipe cuando murieron sus padres, y por consiguiente estuvo el mando de sus dominios por espacio de catorce años en manos de unos caballeros que fueron nombrados sus tutores, y gobernaron el reino en clase de rejentes. Cuando D. Sancho tomó el mando, empezó á manifestar las mejores cualidades para el gobierno. Estendió sus dominios por toda la Navarra, Aragon y tierras de Castilla, habiendo conquistado á Nájera, Calahorra, Tudela, Jaca y otras fortalezas: fundó el célebre monasterio de Albelda; aspiró al dominio de la Gascuña francesa, y estando en ella tuvo noticia que los moros caminaban contra Pamplona, por lo que se dispuso á marchar á su socorro: mandó á sus tropas que se calzasen abarcas para transitar con comodidad sobre las nieves, y de este modo se arrojó de improviso sobre los mahometanos, haciéndoles una horrorosa matanza, de la que pocos escaparon, y por esta razon se le puso el nombre de Abarca.

Por muerte de Sancho sucedió en el trono de Navarra Garci Sanchez en el año 920, y á este su hijo D. Sancho II el *Trémulo,* cuyo nombre le dieron porque antes de entrar en una batalla le acometió un temblor que le calificó de cobarde; pero lo desmintió despues, porque se hizo terrible en los combates.

DON SANCHO EL MAYOR.—(1000) Muerto D. Sancho el *Trémulo,* le sucedió su hijo D. Sancho el Mayor, que juntó el reino de Castilla á la Navarra por el casamiento que hizo con doña Mayor ó Elvira, hija de don Sancho, conde de Castilla: fué valiente, y ensanchó sus estados por Francia, Vizcaya y Aragon: por sus hazañas le dieron el nombre de Mayor y el de emperador, que hasta entonces no se habia dado á ningun rey: repartió sus dominios entre sus tres hijos D. Sancho García, D. Fernando y D. Ramiro, tocando al primero la Navarra.

DON SANCHO GARCIA.—(1034) Este príncipe se hallaba ausente en Roma á la muerte de su padre, y D. Ramiro aprovechándose de su ausencia se armó contra él para apoderarse de la Navarra, aliándose para ello con los moros: acampó junto á Taalla donde esperaba á su hermano, y en efecto se presentó este, le atacó con buen écsito, matándole la mayor parte de sus tropas y poniéndole en fuga con los que le restaban. Despues de esta guerra emprendió D. García otra contra su hermano D. Fernando de Castilla, con quien se encontró en el valle de Atapuerca, y empeñando una gran batalla murió en ella D. García.

DON SANCHO RAMIREZ.—(1076) Este rey de Aragon se apoderó de la mayor parte de los estados de Navarra á título de protector de los hijos del difunto rey, y así permaneció la Navarra unida á Aragon hasta el reinado de D. Ramiro II, llamado el *Monje,* en cuyo intermedio la poseyeron D. Pedro y D. Alonso de Aragon.

DON GARCIA RAMIREZ.—(1104) D. Garcia subió al trono de Navarra porque los naturales trataron de sacudir el yugo que los oprimia, y se hicieron independientes: de esto resultó una guerra entre aragoneses, navarros y castellanos, en la que don Garcia sostuvo con valor su independencia. Murió en una cacería, de resultas de la caida de un caballo.

DON SANCHO EL SABIO.—Sucedióle en el trono D. Sancho,

apellidado el Sabio, el cual viendo que los reyes de Castilla y Aragon se habian coligado contra él, rompió por sus estados á sangre y fuego; pero reuniendo ellos sus fuerzas dieron contra D. Sancho, le derrotaron, se apoderaron de varias plazas de sus estados, y al fin le concedieron la paz que pretendia.

DON SANCHO EL FUERTE.—(1194) Este príncipe pasó al Africa con objeto de casarse con una hija de Abenjucef, rey de Marruecos, en donde fué detenido contra la buena fé; y cuando logró volver á su reino le encontró invadido por los reyes de Aragon y Castilla; mas D. Sancho le recobró todo, y despues reinó pacíficamente hasta que falleció en 1234. Este D. Sancho adoptó á D. Jaime el *Conquistador* por privar de la corona á Teobaldo, conde de Champaña, en quien debia recaer, como sobrino suyo, por no dejar sucesor: sin embargo su mala intencion no tuvo efecto, porque los navarros desentendiéndose de la adopcion, colocaron en el trono á Teobaldo sin la menor oposicion.

TEOALDO Ó TIBALDO.—(1234) Este príncipe se cruzó para ir á la guerra de la Tierra Santa, en cuya espedicion lo único que ganó fué alguna esperiencia en los negocios del gobierno, con la cual estableció en sus estados el cultivo de las viñas como se hacia en Champaña; por esta razon han logrado los navarros la escelencia de sus vinos. Aseguran que Teobaldo poseia la poesia y la música, que era amante de las ciencias, y que favorecia á los sábios.

TEOBALDO II.—(1253) Sucedióle su hijo Teobaldo, el cual casó con una hija de san Luis, rey de Francia, y tomó parte en una cruzada contra los moros de Tunez, que dispuso san Luis: esta espedicion fué muy desgraciada, porque los escesivos calores de aquel clima levantaron una peste desoladora que hizo perecer á infinitos cruzados, entre ellos el mismo san Luis y su hijo; finalmente, habria perecido toda la cruzada bajo las murallas de Tunez si el rey de Nápoles y Sicilia no hubiese ajustado una paz con el tunecino, á condicion de pagar una crecida contribucion anual. La escuadra se dirijió entonces hácia Palestina; pero en esta travesía el rey de Navarra y las tropas tuvieron que abandonar la empresa y volverse á sus hogares.

ENRIQUE CAMPANO.—(1270) A

Teobaldo sucedió su hermano Enrique, por no haber dejado aquel hijos: cuando se ausentó Teobaldo de Navarra quedó gobernando el reino Enrique, quien lo disfrutó muy poco, porque murió en el año 1274, dejando por heredera á su hija doña Juana, que tenia solos dos años. La reina viuda doña Blanca entregó el gobierno á D. Pedro de Monteagudo, y con este motivo escitó la envidia de otros que aspiraban á él, de modo que estando doña Blanca ausente en Francia á concertar el matrimonio de su hija con Felipe el *Hermoso,* quiso apagar las discordias nombrando á un caballero francés, llamado D. Eustaquio de Vellamarque, y esto enardeció mas á los navarros, porque no querian obedecer á un estranjero. Dividida la Navarra en tres partidos, se vió envuelta en venganzas y asesinatos. El rey de Francia, para atajar estos males, envió tropas que en breve tiempo calmaron en Navarra todas las sediciones, restableciendo la tranquilidad y conservando el gobierno hasta que falleció doña Juana en 6 de abril de 1307, dejando la corona á su hijo.

Luis utin.—Este príncipe tambien se ciñó la corona de Francia, y gobernó ambos reinos hasta junio del año 1315 en que falleció, dejando una hija llamada Juana; y Felipe el *Largo,* hermano del difunto Utin, tomó injustamente el título de rey de Navarra en perjuicio de su sobrina; mas su sucesor Felipe de Valois restituyó despues el reino á doña Juana II, que habia casado con Felipe, conde de Evreux; y por muerte de esta recayó la corona de Navarra en

Cárlos ii.—(1343). Subió al trono á los diez y ocho años de edad, dando á conocer su carácter turbulento: fué digno amigo de D. Pedro el *Cruel,* pero poco leal, porque mientras trataba con el castellano, lo hacia tambien en secreto con sus enemigos. Se le acusa de asesinatos, de escitar turbulencias por todas partes; y finalmente su presencia atemorizaba tanto, que todos la tenian por precursora de malos sucesos. Se dice que intentó envenenar á su suegro, y que lo verificó con Cárlos su cuñado; mas al fin pagó sus delitos, pues se asegura que murió abrasado por haberse prendido fuego á una sábana empapada de aguardiente en que se habia envuelto para aliviar el reumatismo que padecia.

CARLOS III NOBLE.—(1386) Sucedióle su hijo Cárlos, que á la sazon tenia veinticinco años; era de muy diferentes inclinaciones que su padre, pues con su dulzura y afabilidad ganó el afecto de sus vasallos, y vivió en paz con todos sus vecinos. Falleció en setiembre del año 1425, dejando una hija llamada doña Blanca, casada ya con don Juan de Aragon, quien sucedió en el trono como marido de esta. No gustaba al aragonés vivir en un pais tan áspero como el de Navarra, por cuya razon permanecia poco tiempo en ella, aunque sí le agradaban mucho las escesivas cantidades que sacaba de ella por impuestos, que invertia en escitar disensiones, como lo verificó en Castilla, contra la cual sostuvo una guerra ruinosa á la Navarra. Despues de haber dado su hija doña Blanca al príncipe de Castilla D. Enrique IV, sublevó á este contra su propio padre, se declaró cruelmente contra su hijo el príncipe de Viana, y le persiguió porque reclamó respetuosamente la corona de Navarra, que por muerte de su madre doña Blanca le pertenecia. No se libertó D. Juan de las disensiones y anarquía que se encendieron en el reino por el poderoso partido que se empeñó en defender las justas reclamaciones del príncipe de Viana; y sin duda habria sido arrojado del trono á no ser por los ausilios que le suministraron los aragoneses y catalanes, quienes se interpusieron para pacificar á padre é hijo, resolviendo nombrar diputados de Aragon y de Navarra para que formasen la transaccion. Con efecto, convinieron en que se devolviesen al rey las plazas de que el partido del príncipe se habia apoderado; que el rey les diese los bienes que les habia confiscado y á su hijo el principado de Viana, quedando éste sujeto á la voluntad de su padre. El príncipe se hallaba á la sazon preso en el castillo de Monroy, y sin reparar firmó la concordia por el deseo de conseguir su libertad.

Creyóse que con esto calmarian las turbulencias, pero muchos pueblos de Navarra conocieron la violencia del convenio, y rompieron por las fronteras de Aragon haciendo innumerables destrozos, porque sabian que el rey de Castilla se habia propuesto colocar en el trono al príncipe de Viana, que lejítimamente la debia ocupar por

la muerte de su madre. El rey de Castilla y el príncipe don Enrique su hijo, habian entrado por diferentes puntos en Navarra y Aragon aterrando á todos los pueblos. Se concertó con ellos el príncipe de Viana, y las córtes de Aragon que veian prócsima la ruina de todo el reino si no acudian con urjencia al remedio, solicitaron una tregua para ver si podian conciliar los ánimos ecsasperados. Aunque D. Juan resistió este tratado, consintió al fin en que la reina de Aragon pasase á Castilla á conseguir que su hermano el rey D. Juan II proporcionase medios de finalizar la discordia. Con esto desconfió el príncipe de adelantar cosa alguna favorable en Castilla, y pasó á Nápoles á implorar el favor de su tio D. Alonso V para una composicion; mas por la muerte de este quedó sin efecto la negociacion. En tal estado procuró acelerar la conclusion de la concordia pendiente en Castilla, y se entregó sin premeditacion á las mentidas esperanzas y señales de bondad que le manifestó su padre para hacerle caer en el lazo que le habia armado, pues le prendió cuando le habia hecho confiar en un fin favorable á tantos disturbios.

Un rasgo tan injusto de crueldad irritó á todo el reino, y aunque D. Juan quiso justificarse aglomerando delitos falsos y enormes contra su hijo, que decia haber conspirado contra su rey y su patria, ninguno se dejó engañar nuevamente, y la Navarra, Aragon y Cataluña se armaròn repentinamente para defender con todo empeño á su desgraciado príncipe. Viéndose el cruel padre en semejante apuro, contra su voluntad tuvo que dejar libre á su inocente hijo; pero este, agoviado con las duras cadenas, trabajos y aflicciones con que le habian oprimido, ó acaso envenenado como se cree, contrajo una languidez y melancolía que le hicieron bajar al sepulcro sin dejar sucesion, declarando en su testamento heredera de la corona á su hermana mayor doña Blanca, segun lo dispusieron en los suyos su madre y su abuelo con arreglo á las leyes fundamentales de aquel reino; mas el rey D. Juan sin otro derecho que su venganza y obstinacion, irritado contra doña Blanca por el afecto que tenia á su desgraciado hermano, habia tomado sus medidas para privarle de la corona que lejítimamente le correspondia, del mis-

mo modo que se la usurpó al príncipe de Viana.

Don Juan habia premeditado muy de antemano injustas marañas contra su primojénito y su hermana doña Blanca; para llevarlas á efecto habia casado á su hija doña Leonor, habida en segundo matrimonio, con Gaston, conde de Foix, para que este le ayudase á sujetar á los aragoneses y navarros, y de este modo llevar á cabo sus designios vengativos. El yerno se obligó á ausiliar con todas sus fuerzas al suegro contra el príncipe de Viana, y no desistió de su empeño hasta sujetar toda la Navarra, y hacer sufrir al príncipe la pena que le impusieron segun los supuestos crímenes de desobediencia: el rey, en premio de estos servicios, ofrecia al conde de Foix que á su muerte le dejaria la corona y el ducado de Nemours, en union con su mujer doña Leonor, para ellos, sus hijos, herederos y descendientes, sin esclusion de las hembras: ademas se obligaba á no perdonar jamás á los dos hijos de su primer matrimonio, aun cuando se le humillasen y diesen las mayores pruebas de obediencia. Llegó á mas la tiranía de este desnaturalizado padre; porque dispuso que para dar á su disposicion una apariencia de juicio, nombraria un tribunal que formase proceso al príncipe y á la infanta, declarándoles destituidos de todos sus derechos y acciones, é inhabilitándolos con todos sus descendientes para suceder en la corona de Navarra, en el ducado de Nemours, y en todas las herencias paterna y materna. Ultimamente proyectaba el rey D. Juan la última maldad que puede imajinarse para dar una especie de solemnidad á sus inícuas maquinaciones, porque ofreció tambien al de Foix que treinta dias despues que entrase en Navarra, haria juntar las córtes del reino para que ratificasen la injusta sentencia que ya tenia forjada y habian de pronunciar los jueces que elijió contra sus hijos. Estas mismas córtes habian de jurar al conde y condesa de Foix por lejítimos herederos de la corona.

Para asegurar mas la ejecucion de esta cruel venganza y sacrificar á la inocente doña Blanca, determinó D. Juan sacarla violentamente de Navarra, y la mandó conducir al poder del conde y de la condesa de Foix. La desgraciada doña Blanca veia por momentos su de-

(tr)astrado fin: se desconsolaba, buscaba medios para burlar la vijilancia de los que la guardaban, y encontrando una ocasion, dejó hecha en Roncesvalles una protesta contra la violencia que sospechaba la harian para renunciar la corona de Navarra en su hermana doña Leonor, declarando por nulos y de ningun valor cualesquiera documentos que pudiesen aparecer en lo sucesivo, hechos en su nombre y con su firma, y especialmente cualquiera renuncia en favor de su hermana, de sus hijos, del infante D. Fernando de Aragon, ó de otra cualquiera persona, á escepcion del rey de Castilla D. Enrique IV ó del conde de Armeñac.

A los tres dias de haber hecho esta protesta supo que iba á ser entregada al conde, en cuyo poder no esperaba vivir mucho tiempo, y en San Juan de Pie de Puerto otorgó una donacion *inter vivos* del reino de Navarra y demas estados que la correspondian á favor de su primo y marido en otro tiempo el rey de Castilla D. Enrique IV, á quien pedia la libertase de la opresion en que la tenian, ó vengase su muerte. No se engañó en su presentimiento, pues inmediatamente la encerraron en el castillo de Ortes, en donde al cabo de pocos dias fué envenenada por su hermana doña Leonor. A pesar de todas sus precauciones, D. Juan no pudo vivir con sosiego en adelante, pues la Cataluña se sublevó contra él, y le puso en el mayor apuro. El conde de Foix, marido de su hija doña Leonor, deseoso de reinar se arrojó sobre la Navarra, hizo que le nombrase gobernador del reino, y no contento con esto intentaron los dos esposos ceñirse la corona, de modo que don Juan tuvo que tomar las armas para conservarla sobre sus sienes: finalmente murió en el año 1480, dejando el fruto de sus delitos á

Doña Leonor.—Esta princesa era hija del segundo matrimonio: fué coronada al instante que falleció su padre, y le duró poco lo ambicion que tenia de reinar, pues murió á los veinticuatro dias.

Francisco febo. —Hijo de Leonor y de Gaston de Foix, sucedió á su madre en el trono: prometia grandes esperanzas para el gobierno, pero vivió poco tiempo, y falleció muy jóven: algunos sospechan que fué envenenado, aunque no dicen quién pudiese haber sido el autor de este crímen.

Doña Catalina. — Sucedióle su hermana doña Catalina, la cual casó con D. Juan Labrit, conde de Perigord, y ocuparon el trono contra lo que esperaba el rey Católico, pues el objeto de apetecer el reino de Navara era asegurarse por aquella parte de las invasiones de la Francia, con quien estaba en guerra sobre sus derechos al reino de Nápoles. Como por este tiempo entró el reino de Navarra en poder de D. Fernando el Católico, y desde entonces forma una provincia del de Castilla, volveremos á seguir el curso de la historia del reinado de D. Fernando.

La guerra en Italia seguia con el mayor ardor por la discordia entre el rey de Aragon y el de Francia. Los italianos, enemigos de uno y de otro, no desperdiciaban la ocasion que se les presentaba para abatir al dominante, por temor de que este les sujetase despues: las voluntades de los príncipes coligados no iban conformes, porque el emperador deseaba poseer el ducado de Milan para darlo á uno de sus nietos, cuando los italianos querian que se pusiese un señor própio y natural en aquel estado. Para cortar estas desavenencias se resolvió que Macsimiliano Esforcia pasase á Milan, en dónde entró y tomó el mando en clase de duque, con órdenes de hacer la guerra, y oponerse á todos los esfuerzos de la Francia; aunque por otra parte el rey Católico por acudir á asegurarse en la posesion del reino de Navarra, asintió á las proposiciones del francés sobre una tregua que se ajustó por el término de un año.

En este tiempo falleció el rey de Francia Luis XII, y le sucedió en el trono Francisco I, que irritado con los sucesos de Italia y deseoso de hacer valer sus derechos al estado de Milan, dispuso un grueso ejército, con el cual pasó á Italia. Acudió á la defensa el duque de Milan, con un corto número de italianos, y quince mil suizos que se habian puesto á su servicio: presentóse al frente de los franceses, y emprendió una fuerte batalla, en la cual al principio se apoderaron los suizos de parte de la artillería francesa; mas al amanecer del dia siguiente, en que se continuó la batalla, se amedrentaron los suizos y se retiraron á Milan, cuya ciudad se rindió á los franceses: el duque, que se habia encerrado en el castillo, permaneció si-

tiado por los enemigos treinta dias, al cabo de los cuales se entregó, y le condujeron á Francia.

El virey de Nápoles, D. Ramon de Cardona, jeneral de todas las tropas españolas, trató de asegurar aquel reino, y refrenar á los naturales que andaban alborotados. El papa se acomodó á las circunstancias contemporizando con el vencedor, de modo que el jeneral español, desconfiando de los italianos, se situó bajo el cañon de Plasencia, por no considerarse en disposicion de emprender por entonces una batalla: en este tiempo se agravó la última enfermedad del rey Católico en términos que le condujo al sepulcro el dia 23 de enero del año 1516, en la aldea de Madrigalejo, jurisdiccion de Trujillo, á los sesenta y cuatro años de edad. En su testamento nombró por su heredera á la reina doña Juana, y por gobernador á su hijo el príncipe don Cárlos; y hasta que el príncipe viniese á España, tuviese el gobierno de Aragon el arzobispo de Zaragoza, y el de Castilla el cardenal de España Jimenez de Cisneros. Despues de los funerales fué conducido el cuerpo del rey D. Fernando á su capilla real de Granada, y se le colocó junto al de la reina doña Isabel. El nombre y reinado de don Fernando V y de su esposa doña Isabel la Católica son y serán siempre memorables en los fastos de la historia por los singulares acontecimientos de su tiempo. Reunió todas las coronas de España en una sola: estendió en su imperio la relijion católica, protejiéndola con todo empeño, para cuya conservacion estableció el tribunal de la fé; dejó á la nacion libre de los mahometanos: hizo respetar la autoridad del trono, humillando el orgullo de los que siempre habian aspirado al gobierno, restableció la recta administracion de justicia: adquirió un nuevo mundo, en donde siempre fueron en aumento sus armas respetables; y finalmente llegó casi á dominar á los demas príncipes de Europa.

CAPITULO X.

Sétima época: España bajo la dinastía austriaca.—Cárlos I de España y V de Alemania.—Comunidades de Castilla.—Derrota de los comuneros en Villalar.—Suplicio de Padilla y otros jefes.—Guerra de Italia.—Derrota de los franceses en Pavía y prision de Francisco I, rey de Francia.—Toma de Tunez por el emperador D. Cárlos.—Abdicacion del emperador Cárlos V.—Felipe II.—Batalla de San Quintin.—Combate naval de Lepanto.—Reunion del reino de Portugal á la corona de España.—Sublevacion de Zaragoza.—Suplicio de D. Juan Lanuza, y abolicion de los fueros de Aragon.—Felipe III.

SETIMA EPOCA.

CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA.—(1517) Cuando falleció D. Fernando el católico quedó gobernando al reino el cardenal de España D. Francisco Jimenez de Cisneros; mas apenas habian sabido en Flandes la enfermedad del difunto rey, cuando el consejo del príncipe D. Cárlos envió á España á su maestro Adriano, dean de Lovaina, á quien dieron instrucciones secretas para impedir cualquiera intriga que pudiese ocurrir y para apoderarse del gobierno á nombre de D. Cárlos, hasta que este llegase á la edad competente. Cisneros, escudado con la disposicion de D. Fernando, sostuvo la observancia de su nombramiento, sobre lo cual hubo algunas diferencias, mas al fin se convinieron los dos rejentes y gobernaron con la mas buena armonía. Algunos grandes y descontentos quisieron ecsijir al cardenal los poderes en cuya virtud gobernaba, y este hombre valiente y político les hizo asomarse á una ventana, desde donde les señaló un cuerpo de tropas veteranas formadas en batalla con su correspondiente artillería y mechas encendidas, diciéndoles: «Ved »ahí los poderes con que gobernaré la España hasta que venga »el príncipe D. Cárlos.» Con esta resolucion contuvo á los descontentos y les impuso silencio.

Su gobierno fué firme é ilustrado, muy político y atento para con los grandes, vijilante para el bien de los pueblos, y últimamente este prelado nada omitió para el bien jeneral, haciendo el mayor aprecio de la virtud, y procurando que la justicia se administrase con la debida rectitud. Despreció los libelos y calumnias infamantes que contra él se esparcieron. A uno de sus compañeros, que se quejaba de esto, respondió con risa y serenidad: «Pues nos dejan hacer, »dejemos á los demas la liber»tad de hablar: si es falso lo que »dicen, merece risa; y si es cier»to, debemos correjirnos.» El nuevo rey D. Cárlos de Austria aportó al pueblo de Villaviciosa en Asturias, y tan luego como supo el cardenal su venida, salió á recibirle; pero no llegó mas que hasta la villa de Roa, porque murió allí, segun se dice, envenenado con una trucha que le dieron á comer, sin duda para que no suministrase al príncipe algunas noticias y avisos, que podian ser perjudiciales á ciertas clases. No es fácil hacer de este hombre los debidos elojios que mereció por sus altos y grandes servicios: solo recordaremos lo que los sabios historiadores han referido de su mucha sabiduría, lealtad, prudencia y jenerosidad. Por sus méritos ascendió á la silla metropolitana de Toledo: con el ahorro que hizo de las pingües rentas de esta dignidad, puso en campaña un floreciente ejército que él mismo condujo á Oran, de cuya plazo se apoderó, formando asi un valladar contra las incursiones que pudiesen intentar los moros en España: y para decirlo todo, fué tal su modestia, que cuando se hallaba en su mayor elevacion pasó á ver á sus parientes, que eran unos pobres pero honrados, y aunque los llenó de beneficios, no los quiso sacar de la clase humilde en que habian nacido. Este digno prelado fundó la universidad de Alcalá, y para que no se estinguiese el rito muzárabe fundó en la catedral de Toledo un cabildo de capellanes, con obligacion de celebrar los oficios segun este rito; la Biblia Complutense, la primera Poliglota que se conoció, inmortalizará su nombre por las inmensas sumas que invirtió para adquirir tantos preciosos manuscritos. Otros muchos establecimientos magníficos de España le deben su ecsistencia, con la particularidad de que todos estos crecidos gastos se hicieron con la mitad de sus

rentas, porque la otra mitad la destinó esclusivamente para el socorro de los pobres, bajo su misma inspeccion.

Cuando en setiembre de 1517 llegó á España el príncipe D. Cárlos, hubo opiniones sobre su admision, porque algunos no querian reconocerle hasta que falleciese doña Juana su madre; mas por la incapacidad de esta, el papa, el emperador y los mismos españoles le reconocieron por rey en union con su madre, y fué coronado. Tambien los aragoneses despues de haber celebrado córtes en Zaragoza le proclamaron rey de Aragon.

En 1519 murió el emperador Macsimiliano, y fué electo por su sucesor D. Cárlos en competencia de Francisco I rey de Francia. Esta noticia la tuvo en Barcelona, é inmediatamente convocó córtes á Santiago de Galicia, para donde se puso en camino: llegó á Valladolid y no quiso dar audiencia á varios diputados: pasó á Tordesillas para despedirse de su madre, y corrió la voz de que intentaba llevársela á Alemania. Con este motivo y el disgusto que reinaba se alborotó Valladolid, en cuya plaza se reunieron mas de seis mil hombres armados, que gritaban: viva el rey y mueran sus malos consejeros; y efectivamente hubieran perecido los flamencos de la comitiva real, si no hubiesen corrido á ponerse en salvo; se hicieron algunos castigos que amedrentaron á los sublevados, y D. Cárlos pudo continuar su viaje á Santiago, en donde se celebraron las córtes en el mes de abril de 1520: despues de varias sesiones nada se pudo concluir; porque los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla y otras ciudades, se opusieron á conceder al rey el servicio que pedia, y era el principal objeto de la convocacion. Irritado D. Cárlos trasladó las córtes á la Coruña, y á no habérselo impedido las circunstancias, habria hecho un ejemplar castigo; pero se contentó con desterrar solo al representante de Toledo. Se concedió en estas córtes un subsidio de doscientos millones de maravedís, sobre cuyo donativo protestaron las ciudades de Toledo, Madrid, Salamanca y otras, mas nada consiguieron. El destierro del representante de Toledo fué causa de que la ciudad se sublevase, y que se pusiese al frente de esta conspiracion uno de los señores principales llamado Juan de Padilla. El populacho impidió la prision que el rey

habia mandado hacer de las principales cabezas de los sublevados, y habria asesinado al correjidor y demas autoridades, si con anticipacion no hubiesen huido. Los comuneros (este nombre tomaron los amotinados) se apoderaron del Alcázar y de la ciudad, de donde arrojaron todas las autoridades, colocando en su lugar otras de su partido: mas en virtud de las persuasiones enérjicas de algunos eclesiásticos, se aplacaron algun tanto los ánimos, y habiendo encontrado al correjidor le quitaron la vara, y despues se la devolvieron en nombre de la comunidad y del rey.

Sin embargo del estado en que se hallaban los negocios del reino, D. Cárlos se resolvió á marchar dejando nombrado gobernador de Castilla y Leon al cardenal Adriano, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; para virey de Valencia elijió á D. Diego de Mendoza; para justicia mayor de Aragon á D. Juan de Lanuza, y para capitan jeneral de las armas á D. Antonio Fonseca; hecho esto marchó el rey con sus ministros flamencos y algunos señores españoles.

Como las reclamaciones de los procuradores no habian conseguido fruto alguno, se aumentó el furor de los comuneros maravillosamente; se declararon por ellos Toledo y muchas ciudades de España, bajo el pretesto del bien de la pátria, y contra la avaricia de los flamencos que habian hecho desaparecer de España todo el oro y riquezas: el populacho de Segovia ahorcó á varios alguaciles reales, al procurador de córtes de Tordesillas y á otras personas. En Zamora, Valladolid y otras partes se cometieron inumerables escesos. Los comuneros de Madrid se apoderaron del gobierno, y últimamente la insurreccion se comunicó repentinamente de pueblo en pueblo. Las tropas que armaron los comuneros, y los ausilios que enviaban á cuantos se los pedian, pusieron al cardenal y demas gobernadores en el mayor apuro, sin poder resolverse á cosa alguna. Los principales jefes de las comunidades eran Juan de Padilla y su mujer doña Maria Pacheco, D. Antonio de Acuña, obispo de Zamora, D. Fernando Dávalos y otros caballeros principales. Cuando los pueblos negaban á las tropas reales todo suministro, lo franqueaban con abundancia á los comuneros, y asi juntaron en poco tiempo un

fuerte ejército del que nombraron á Padilla jeneralísimo, y venció al alcalde del Ronquillo. Padilla, aprovechando la inaccion de los gobernadores, pasó á Tordesillas donde se hallaba la reina doña Juana, y con un suave artificio la hizo presente los desastres que aflijian el reino, halagándola con presentarla tropas para que escudasen su real persona en aquellas turbulencias, de modo que por este medio logró que la reina le confirmase el título de capitan jeneral, y le encargase la pacificacion de los sublevados; pero el fuego cundia por todas partes; cada vez eran mas atrevidos los jefes de los comuneros, y se representaron escenas horrorosas. Los rejentes se trasladaron á Burgos, en donde recibieron tropas del virey de Navarra, les llegaron tambien socorros de dinero del rey de Portugal, y con esto juntaron un crecido ejército, cuyo mando dieron al conde de Haro. Marcharon los comuneros llevando al frente al obispo de Zamora, D. Antonio de Acuña, y habiendo encontrado á los realistas en Rioseco, se emprendió una batalla en que los primeros fueron vencidos y dejaron muchos prisioneros.

Cuando España se hallaba aflijida con estos desastres, el rey habia sido bien recibido y coronado emperador de Alemania en Aquisgran: tan luego como subió á aquel trono, renunció en favor de su hermano los estados que por muerte de su padre le pertenecian en Alemania. El rejente y demas gobernadores dieron parte al rey D. Cárlos desde Rioseco, manifestándole el estado en que se hallaba la España, y que era muy urjente su venida.

Al mismo tiempo le escribieron los comuneros pintando las cosas á su modo; mas D. Cárlos, que se hallaba bien enterado de lo que pasaba por algunos flamencos que habian huido del riesgo, contestó con suavidad que volveria pronto y proveeria á sus súplicas. Estas ofertas del rey produjeron un buen resultado, pues varias ciudades y muchos nobles de Castilla y Leon reunieron tropas y formaron un ejército de diez mil y quinientos hombres que situaron en Rioseco; el de los comuneros era de diez mil infantes y novecientos caballos, y se hizo fuerte en Tordesillas. Entabláronse algunas negociaciones que no tuvieron efecto, por lo que se emprendió una batalla en

Rioseco que los realistas quisieron rehusar; pero supieron aprovecharse de la imprudencia de los comuneros para sorprenderlos y quitarles á Tordesillas; Juan de Padilla ocupó entonces á Torrelobaton, de donde tuvo que salir á refujiarse en Toro para hacer una defensa vigorosa; mas le alcanzaron junto á Villalar, fué acometido, y habiendo sobrevenido en medio de la batalla un fuerte temporal de viento y lluvia que daba de cara á los comuneros, fueron estos derrotados por los realistas haciendo prisioneros á los principales jefes de aquellos, entre los cuales era uno Padilla, que habia sido herido en una pierna, y al dia siguiente 24 de abril de 1521, sufrió la pena capital con los demas jefes sus compañeros, concediéndose despues una amnistía jeneral para todos los otros sublevados. Toledo, donde se hallaba el obispo de Zamora y doña Maria Pacheco, viuda de Padilla, se defendió con el mayor vigor por algun tiempo; al fin tuvieron que retirarse á la fortaleza del alcázar, donde continuaron su defensa con el mayor teson, hasta que siendo embestida el dia 3 de febrero de 1522 por las tropas reales, pudo salvarse la viuda con un hijo suyo vestidos de aldeanos, y refujiarse en Portugal. El obispo huyó hácia Francia, pero fué detenido en el camino; lo pusieron preso en Simancas, y habiéndose escapado segunda vez volvieron á prenderle y le ahorcaron.

De las comunidades de Castilla resultó una nueva guerra en Navarra, pues el rey de Francia, enemigo siempre del emperador, deseoso de restituir á Enrique de Labrit aquel reino, envió un grueso ejército que halló facil la entrada, porque las tropas reales habian sacado de las plazas toda la artilleria para acudir á la guerra de los comuneros: llegó hasta la misma ciudad de Pamplona sin encontrar resistencia por haberla desamparado el virey D. Antonio Manrique, encerrándose en la ciudadela que defendió con valor, y allí fué herido san Ignacio de Loyola, natural de Guipúzcoa, que algun tiempo despues se retiró á Manresa y fundó la compañía de Jesus. Ensoberbecido el jeneral francés con sus victorias, se introdujo por los estados de Castilla y sitió á Logroño; mas habiendo acudido los castellanos le acometieron y le obligaron á levantar el sitio huyendo precipitadamente

hasta cerca de Pamplona, donde le dieron una batalla en que los castellanos desbarataron el ejército francés; y el reino de Navarra con la misma ciudad de Pamplona volvió al poder de España. El rey de Francia quiso vengar esta pérdida enviando otro ejército por la parte de Vizcaya, y con él se apoderó de Fuenterrabía; los castellanos se resistieron vigorosamente, dieron diferentes batallas y al fin lograron recobrar la plaza.

El emperador obtuvo del papa la investidura de los reinos de Nápoles y Sicilia, con el tributo de la Hacanea y siete mil escudos de oro por lo respectivo á Nápoles, con ciento cinco mil por la Sicilia. Los imperiales reunieron sus tropas, abrieron la campaña, y se apoderaron de Milan, Pavía, Alejandría y todo el Milanesado, restableciendo en él al duque Francisco Esforcia.

A la sazon vacó la silla pontificia por muerte de Leon X, y el emperador hizo los mayores esfuerzos para conseguir que fuese elejido Adriano su preceptor, como se verificó el 10 de enero de 1522.

D. Cárlos volvió á España dejando nombrado por gobernador de Alemania, con nombre de vicario del imperio, á su hermano D. Fernando, y llegó á Santander el dia 16 de julio del mismo año. En octubre siguiente publicó en Valladolid un indulto jeneral para todos los que se habian mezclado en las turbulencias pasadas.

PRISION DE FRANCISCO I, REY DE FRANCIA.—(1525) Desembarazado ya D. Cárlos de las alteraciones intestinas y de la guerra de Navarra, tuvo que continuar la de Italia, adonde Francisco I habia enviado diez y seis mil suizos en socorro de Milan; mas habiéndose presentado las tropas imperiales, los derrotaron, y los franceses acabaron de perder lo que les restaba en Italia. El emperador obtuvo del papa Adriano una bula, fecha 6 de setiembre de 1523, en la que le concedió á él y á sus sucesores el derecho de presentar todos los obispados de España, y la administracion de las órdenes militares: hizo alianza con Clemente VII, sucesor de Adriano, con el objeto de ir contra Enrique VIII, rey de Inglaterra; pero como á la sazon Francisco I, émulo siempre de Cárlos, envió á Italia un ejército de cincuenta mil hombres, y se iba apoderando

de casi todo el Milanesado hasta ponerse sobre Pavía, que defendia Antonio de Leiva, tuvieron que acudir las tropas imperiales á la defensa de la plaza; atacaron al ejército francés que la sitiaba, y el 24 de febrero de 1525 se trabó una obstinada batalla en la que á pesar de la superioridad de fuerzas de los franceses, fueron derrotados completamente por los españoles, quedando prisioneros el mismo rey Francisco y Enrique de Labrit: los franceses perdieron en esta accion mas de diez mil hombres, y los restantes huyeron de Italia. Labrit sobornó á los guardias que le custodiaban, y pudo escapar del castillo: Francisco I fué conducido á España, y se le recibió en Madrid con el decoro correspondiente à su alta dignidad.

Con esta gran victoria quedó sosegada la Europa y libre del azote de la guerra. El papa, temeroso de la preponderancia de Cárlos, hizo formar contra él una liga que se llamó de la Libertad de Italia ó Clementina, en la cual entraron los venecianos, la Francia y Francisco Esforcia, á quien el emperador acababa de entregrar el ducado de Milan, que habia conquistado á costa de mucha sangre. Se trataba de la libertad del rey de Francia, y en efecto se celebró una concordia en la que Francisco I tuvo que renunciar toda pretension al Milanesado, Nápoles, Jénova, los Paises-Bajos y la Borgoña, y Labrit el título de rey de Navarra. Esta concordia se firmó en Madrid el 14 de enero de 1526, y el rey de Francia marchó de España dejando en rehenes sus dos hijos, Francisco que era el Delfin, y Enrique, el segundo. Al mismo tiempo se celebraron en Sevilla las bodas de D. Cárlos con doña Isabel, hermana mayor del rey de Portugal. Luego que el francés se vió en libertad, se desentendió de la fé de su palabra, y se incorporó con la liga que el papa habia formado. El motivo de haberse separado el pontífice de la amistad del emperador, fué el haberse decretado por ley en España que los beneficios no se diesen á estranjeros, y que el consejo real ecsaminase las bulas del papa. El emperador envió á este un embajador para separarle de la liga, manifestándole que no parecia bien que el jefe de la iglesia fomentase guerras entre los príncipes cristianos, cuando los turcos amenazaban con muchas fuerzas á toda la cristiandad; mas siendo

ineficaz esta ecsortacion, el emperador encargó el mando de su ejército al condestable de Borbon para que con él pasase á tomar una satisfaccion de semejante desprecio: puesto en marcha el condestable se fué apoderando sucesivamente de muchas plazas hasta sitiar á Roma, y en el asalto que mandó dar fué herido mortalmente el de Borbon, de un tiro que le dispararon desde la muralla. Le sucedió en el mando el príncipe de Oranje, el cual redoblando sus esfuerzos, entró en la ciudad el dia 5 de mayo de 1527: las tropas enfurecidas degollaron, saquearon, y destruyeron cuanto encontraron por delante, obligando al papa á guarecerse en el castillo de Sant Anjelo, donde le sitiaron. Despues de haber sufrido Clemente VII todos los horrores de un largo sitio, se rindió con la obligacion de pagar cuatrocientos mil ducados, de devolver á Civitavechia, Parma, Plasencia y Módena, de no molestar al emperador sobre los asuntos de Milan y de Nápoles, y de subsistir en la prision por seis meses, en los cuales habian de cumplirse todas las condiciones; pero el pontífice huyó disfrazado, y se refujió en Orvieto que guarnecian las tropas de la liga. Estaba el emperador en Valladolid entregado á los regocijos que se hacian por el nacimiento del príncipe D. Felipe, cuando recibió la noticia de lo ejecutado por sus tropas contra Roma, y mandó suspender las fiestas y que se hiciesen rogativas públicas por la libertad del papa.

El rey de Inglaterra y el de Francia, resentidos de los sucesos de Roma, se declararon por la liga. El francés envió un grande ejército con el pretesto de dar libertad al jefe de la iglesia, y unido con los venecianos se apoderó de Alejandría y Pavía, ciudades fuertes en el estado de Milan. Entonces fué cuando el célebre marino Andrea Doria, que estaba al servicio de Francisco I, descontento por cierto desaire que se le habia hecho, se pasó al del emperador, y mandó á su sobrino que separase sus galeras y socorriese á Nápoles, que se hallaba oprimida por la liga. El papa y el francés viendo la gran fuerza de su competidor y que las suyas se iban deteriorando por instantes, pidieron la paz, que se ajustó en Cambray, el año de 1529, bajo las condiciones que se habian pactado en Madrid con Francisco I, el cual habia de

pagar al emperador dos millones de escudos por el rescate de sus hijos. Tambien se comprendió en esta paz al rey de Inglaterra y á todos los príncipes y repúblicas de Italia. Deseaba el emperador D. Cárlos pasar á Roma para tomar la corona imperial de mano del pontífice, y con este intento escribió al papa, que condescendió á sus deseos. D. Cárlos se embarcó para Italia en donde fué muy bien recibido del pontífice; y como Roma se hallaba bastante deteriorada por los desastres pasados, acordaron que la coronacion (1530) se hiciese en Bolonia, como en efecto se verificó, dando á D. Cárlos tambien el nombre de Augusto: por intercesion del sumo pontífice y de los venecianos se volvió el ducado de Milan á Francisco Esforcia, con la obligacion de pagar novecientos mil ducados, con tal que mientras se cumpliese el trato permaneciesen sujetas al emperador la plaza de Como y el castillo de Milan. Al marqués de Mántua se dió el título de duque. Para terminar las diferencias que el papa y el de Ferrara tenian sobre las ciudades de Módena y de Reggio, nombraron por juez árbitro al emperador, quien las consignó al de Ferrara.

Despues pasó el emperador á Alemania, convocó una dieta en la que hizo coronar rey de romanos á su hermano don Fernando, que reunia ya los estados de la casa de Austria y los de Hungria, y asi se formó un buen ejército, que se aumentó con un crecido número de italianos que envió el papa, y portugueses que acudieron de órden de aquel rey. Todas estas fuerzas ascendian á veinte mil caballos y ochenta mil infantes, que se acamparon en las cercanías de Viena. El emperador D. Cárlos tomó el mando del ejército y marchó contra los turcos que ya habian entrado en Hungría y Bohemia, en donde hicieron mucho daño con sus correrías. Viendo el turco las fuerzas que venian contra él, y á pesar de que las suyas eran muy superiores, no se atrevia á dar una batalla; pero D. Cárlos le atacó con la mayor impetuosidad, causándole una pérdida considerable, y obligándole á retirarse precipitadamente.

Concluida esta campaña, pasó el emperador á Italia; avistóse en Bolonia con el pontífice, é hizo con él una liga contra los turcos. Trataron de convocar un concilio jeneral para dester-

rar las herejías; mas el principal objeto de estas conferencias era por parte de D. Cárlos impedir la entrada de los franceses en Italia. No habia pureza en estos tratos; porque luego que el emperador partió para España, el papa Clemente por mar y el francés por tierra se juntaron en Marsella: se sospechó que resultarian de esta union nuevas guerras y disensiones en Italia, mas no fué así, porque con la muerte del pontífice se descubrieron y desbarataron todos los proyectos.

Toma de Tunez por el emperador don Cárlos.—Un corsario famoso llamado Haradin Barbaroja, jeneral de la escuadra turca, se habia apoderado del reino de Tunez despojando de él á Muley Hacem, tributario de Castilla: acudió este al emperador D. Cárlos, quien para socorrerle reunió una escuadra numerosa en Barcelona, desde donde partió para el Africa y abordó á la entrada del puerto de Tunez, tomando á la fuerza el castillo de la Goléta y la ciudad, que fué entregada al saqueo á pesar de que la defendia un ejército de ciento cincuenta mil moros. Veintidos mil cristianos que se hallaban en aquellas fortalezas, teniendo noticia, de que el bárbaro Barbaroja intentaba asesinarlos, se sublevaron, rompieron las cadenas, y se unieron con los españoles ayudándoles en la batalla. Muley Hacem fué restituido en su trono (1535), y en la Goleta quedó por gobernador D. Bernardino de Mendoza con una buena guarnicion. Concluida esta espedicion marchó el emperador á Sicilia y desde allí á Nápoles.

Mientras Cárlos V se ocupaba en la conquista de Tunez, el de Francia pasó los Alpes, se apoderó de la ciudad de Turin y otros muchos pueblos del Piamonte, de lo que resultaron grandes disensiones, especialmente porque habiendo fallecido el duque Francisco Esforcia, á la sazon sin hijos, nombró por su heredero en aquel estado al emperador D. Cárlos. En 1536 pasó el emperador á Roma, y á presencia del pontífice y cardenales se quejó gravemente del rey de Francia, habiéndose alterado tanto que le desafió á sostener con él un duelo. Partió de Roma, y con un grueso ejército rompió por Francia y sitió á Marsella; mas tuvo que retirarse sin conseguir su objeto.

Tratándose de formar una

nueva liga contra los turcos, el pontífice, el emperador y los venecianos juntaron sus armadas con este objeto; y para que el francés no impidiese las intenciones de la liga, se acordó que Francisco I y el emperador tuviesen una conferencia en Niza, en la cual se ajustó una tregua por diez años, y con esto volvió D. Cárlos á España. A principios de mayo de 1539 murió en Toledo la emperatriz doña Isabel, cuyo cuerpo fué conducido á Granada: quedaron de esta señora tres hijos, el príncipe D. Felipe, y las infantas doña María y doña Juana, de las cuales la primera casó despues con el emperador Macsimiliano II, y doña Juana con el príncipe D. Juan de Portugal.

La ciudad de Gante, en los Paises Bajos, se alborotó por cierta imposicion que se hizo para gastos de guerra: el emperador se hallaba en España y determinó ir á sosegarla, haciendo su marcha por Francia para llegar con mas brevedad; y con efecto, entrando en París casi solo, fué recibido afectuosamente por el rey y el delfin: pasó á Gante, y luego que se presentó apaciguó los sublevados, haciendo castigos en los principales autores del motin: desde Gante pasó á Alemania con intencion de reconciliar á los herejes con la Iglesia: se celebraron muchas juntas en que se disputó acaloradamente sin que se adelantase cosa alguna, aunque el papa deseoso de la paz les concedió algo de lo que pretendian; y vuelto á Roma fué reprendido con aspereza en el consistorio. El emperador pasó á Jénova donde Andrea Doria tenia aprestada una armada para ir contra la ciudad de Arjel; en efecto, se trató sobre esta espedicion, y Cárlos V fué en persona á ella con sesenta galeras, doscientos bajeles mayores y ciento mas pequeños, cuyo mando encargó al duque de Alba, á Doría, y otros jenerales. Aunque muchos hicieron presente al emperador que el tiempo no era á propósito para la espedicion, se mantuvo firme en ella, y el 20 de octubre se hizo á la vela desde Mallorca, llegando con felicidad á la costa de Arjel; pero sobrevino una tempestad tan horrorosa, que destruyó casi toda la escuadra y echó á fondo la mayor parte de los buques y sus tripulaciones: con esta desgracia, el resto de la armada tuvo que le-

vantar el sitio de Arjel dejando abandonadas las armas, bagajes, pertrechos y mucha jente que no pudo embarcarse, y se refujió en Bujía, desde donde pasó al puerto de Cartajena sin haber logrado provecho alguno.

Las grandes guerras que habian suscitado entre sí los príncipes, impidieron la celebracion del concilio de Trento: en el año 1512 publicó el papa un edicto mandado que los obispos de todas partes acudiesen á la espresada ciudad con ànimo de celebrarle, y tampoco tuvo efecto por entonces, porque el francés volvió á la guerra contra el emperador por muchas partes: el duque de Orkang atacó y tomó varias plazas en Flandes; el delfin sitió á Perpiñan, que entonces era de España, y al fin tuvo que retirarse; el conde de Longoville hizo muchas correrías y daños en el estado de Güeldres, y el duque de Vendoma derrotó varias plazas en la Picardía; el rey de Francia por la parte de San Quintin molestaba las fronteras de Flandes; el corsario Barbaroja, luego que quemó la ciudad de Rijoles en el Faro de Mesina, pasó por las costas de Italia hasta que llegó al puerto de Tolon; unido allí con el príncipe Anguiano, acometieron la ciudad de Niza, que tomaron, y no habiendo podido rendir la fortaleza en muchos meses, se volvieron á pasar el invierno á Tolon. A principios de 1544 volvió Barbaroja hácia Levante, y de paso recorrió la costa del reino de Nápoles, saqueó la isla de Lípari, de cuya ciudad se apoderó en Sicilia, tomó, saqueó y quemó la ciudad de Pati, llevándose un sin número de cautivos. El príncipe Aguiano con un grueso ejército se internó por el estado de Milan; le salió al encuenel marqués del Basto, y cerca de Cariñan se trabó un fuerte combate en el que quedaron victoriosos los franceses, aunque no pudieron apoderarse de aquel estado.

Cárlos V habia hecho alianza con el rey de Inglaterra para ir contra la Francia; entró por las fronteras de Flandes, se apoderó de muchas plazas en aquellos contornos, llegando hasta cerca de París, cuyos habitantes se amedrentaron de tal modo que los mas de los ciudadanos desampararon la capital; al mismo tiempo el rey de Inglaterra se apoderó de Bolonia. Estrechado el de Francia, tuvo que proponer la paz, que al fin se ajustó

con las condiciones de restituirse recíprocamente todo cuanto por una y otra parte habian tomado despues de las treguas que se ajustaron en Niza: que se juntasen sus fuerzas, y formasen liga en favor de la relijion contra los herejes y los turcos: y que el francés se separase de toda pretension sobre Flandes, Aragon y Nápoles.

En 1546 se tuvo una dieta imperial en Ratisbona, en la que se suscitaron muchas disputas entre los cristianos y protestantes, lo que sirvió para irritar mas los ánimos: muchos de los príncipes convocados á esta dieta no quisieron concurrir, principalmente el duque de Sajonia Federico, y el landgrave Felipe. Al emperador pareció indispensable acudir á las armas: mandó que en Flandes y en Alemania se reclutasen tropas, que viniesen los españoles, espidió un manifiesto á las ciudades de Alemania para que no se dejasen seducir, y partió de Ratisbona para Baviera. Situó sus campamentos cerca del pueblo llamado Landshust, en donde recibió un buen número de tropas italianas que le envió el pontífice; poco despues llegaron seis mil españoles y reuniendo asi un numeroso ejército, nombró por jeneral de todo él á don Fernando de Toledo, duque Alba. Los contrarios se situaron en un punto ventajoso, desde el cual hacian mucho daño con su artillería al ejército imperial. El landgrave intentaba asaltar las trincheras del emperador, porque se hallaban en un bajo; pero no se atrevió á ejecutarlo. Luego que llegaron los flamencos se puso en marcha D. Cárlos hácia Nerlingo con el enemigo siempre á las espaldas. A la misma sazon Mauricio, duque de Sajonia, se apoderaba de las tierras del duque Federico; los protestantes, por acudir á este daño y estar muy faltos de víveres, se retiraron á Sajonia; el landgrave hizo lo mismo hácia sus estados, y muchos príncipes y ciudades viendo que la guerra se hacia muy dura, cayeron en la cuenta y conocieron su engaño. El conde Palatino Federico perdió la esperanza de que venciesen los rebeldes, y habiendo encontrado medio de que el emperador le perdonase, se sometió: el duque de Witemberg siguió su ejemplo, que tambien imitaron las ciudades de Ulma, Augusta y otras, aunque á costa de un grande impuesto que tuvieron que pagar para los gastos de la guerra.

El emperador se unió con su hermano D. Fernando: pasó á la Misnia, y situó sus tropas junto al rio Albis, á cuyo lado opuesto estaban los enemigos: este rio es por aquella parte bastante hondo, y su paso dificil; pero el atrevimiento y esfuerzo de unos soldados españoles que con las espadas desnudas en la boca se arrojaron á él, ganaron ciertas bancas á propósito para hacer un puente, y de este modo se logró que el ejército imperial pasase el rio y acometiese á los contrarios, quienes huian á refujiarse á Witemberg. La lijereza de las tropas del emperador los alcanzó y obligó á dar una batalla que duró todo el dia, en la cual quedó prisionero el duque de Sajonia: pasaron á cuchillo á muchos de los rebeldes, y los demas huyeron precipitadamente, quedando la victoria por el ejército imperial: poco despues vino voluntariamente el landgrave á someterse al emperador, y con la prision de los dos príncipes se sosegaron todos los demas.

Enrique II, rey de Francia, sucesor de Francisco I, movió repentinamente la guerra contra el emperador por la parte de Flandes y el estado de Milan, ayudado de la armada turca que en las costas de Sicilia se apoderó del castillo de Augusta, desde donde pasó á la isla de Malta; siguió su ruta para el Africa, donde se apoderó de Trípoli por entrega que le hicieron los caballeros de Malta; los mas culpados en esta traicion fueron los caballeros franceses de aquella órden, habiendo costado cara á los españoles su lealtad, porque fueron pasados á cuchillo cuatrocientos de ellos. En abril de 1552 llegó á Trento la noticia de que el duque Mauricio se habia apoderado de la ciudad de Augusta, y que el emperador peligraba en Inspruch donde se hallaba: este suceso fue causa de que los padres del concilio se retirasen á toda prisa. Por una parte el marques de Brandemburgo entró en la ciudad de Tréveris, y causó muchos males á los pueblos comarcanos: el francés se apoderó de Verdum, Lorena y Metz. Todas estas desgracias pusieron al emperador en una gran perplejidad por no poder acudir á todas partes: al fin se resolvió á poner en libertad al duque de Sajonia y al landgrave, por cuyo medio logró sosegar al duque Mauricio. Retiróse á la raya de Italia, donde le acudieron tropas de

diversas partes, y perdonó al marques de Brandemburgo porque pretendia valerse de él contra el rey de Francia.

El emperador tenia puesta guarnicion en la ciudad de Sena, y encargado de su gobierno á D. Diego de Mendoza, porque como los naturales se manifestaban descontentos, temian que se entregase á la Francia: el gobernador queria asegurarse mas, y formó un baluarte para que los soldados estuviesen á cubierto; los ciudadanos entendieron que aquel preparativo se dirijia á quitarles la libertad: tomaron las armas, arrojaron de allí á la guarnicion, y desbarataron la fortificacion: fué preciso prepararse para la guerra que se verificó despues, y para ello marchó D. Pedro de Toledo contra aquella ciudad; pero le atajó la muerte, y las tropas se retiraron á Nápoles para contener una armada turca que venia sobre esta capital, mandada por el príncipe de Salerno: se presentó en efecto la armada junto á Nápoles, mas pasó adelante, á Córcega, donde se apoderó de la mayor parte de la isla, que pertenecia á los jenoveses.

La reina de Inglaterra acababa de enviudar, y deseaba asegurar el reino elijiendo un nuevo marido que fuese á propósito para sostenerla: la pareció que ninguno podia ser mas al caso que el príncipe de España D. Felipe; entabló sus negociaciones, y formalizados los conciertos pasó el príncipe á Inglaterra, donde se celebraron las bodas el 25 de julio de 1554. En 11 de abril del año siguiente, murió la reina doña Juana en el palacio de Tordesillas, donde estaba retirada.

Abdicacion del emperador Carlos V.—Fatigado D. Cárlos de las armas y lleno de achaques, hizo reconocer y jurar al príncipe D. Felipe por su sucesor en Flandes, cediéndole los Paises Bajos, el ducado de Milan y el reino de Nápoles: le mandó pasar á Bruselas y allí renunció en él la corona de España, haciendo declarar por rey de romanos á su hermano D. Fernando, en quien tambien abdicó el imperio de Alemania, y él se retiró al monasterio de San Jerónimo del Yuste, en Estremadura, donde permaneció hasta el 21 de setiembre de 1558 en que falleció, á los cincuenta y ocho años de edad.

Las tropas imperiales habian vuelto al sitio de Sena, y vencieron en una batalla á Pedro

Strozi, que era un florentino forajido enviado por el francés para socorrer á los sitiados y arrojar de Toscana á los imperiales; mas no lo pudo conseguir, y la ciudad, cansada con las grandes molestias de un obstinado sitio, se rindió al emperador. A la sazon era virey de Nápoles el duque de Alba, y se le mandó pasar á Milan para hacer frente al señor de Brisac, que de órden del rey de Francia hacia la guerra en aquel estado.

Mientras D. Cárlos vivió retirado se olvidó absolutamente de todos los negocios del gobierno, como si nunca hubiese tenido conocimiento en ellos, pues se dedicó solamente á los ejercicios piadosos. Algunos dicen que Cárlos V hizo celebrar en vida sus ecsequias, y que él mismo las presenció: en su tiempo se principió á dar el título de majestad á los reyes de España, en lugar del de alteza que se les habia dado hasta entonces: se establecieron las dignidades de grandes de España en los que antes se titulaban ricos-hombres; dió nueva forma al Consejo de Estado y creó el de Indias: últimamente, en su tiempo se hicieron las conquistas de Méjico y del Perú. Sin embargo de que algunos autores prodigan los mayores elojios á Cárlos V, y otros quieren oscurecer su mérito hasta lo infinito, lo cierto es que fué uno de los soberanos mas célebres que menciona la Historia.

Felipe II. —(1556) En virtud de la renuncia voluntaria hecha por D. Cárlos, subió al trono su hijo Felipe II el dia 17 de enero de 1556. Lo primero que hizo este príncipe fué unirse con los ingleses, y dar órdenes al duque de Alba para que batiese á las tropas francesas que hacian la guerra en la Lombardía, y molestaban al reino de Nápoles por invitacion del papa: el duque acometió por los Estados Pontificios, y luego que se apoderó de casi todos, se situó cerca de Roma, que habria podido saquear otra vez con mucha facilidad; pero su miramiento fué tal, que hizo con el pontífice un tratado bajo condiciones muy honestas. Cosme, duque de Florencia, consiguió al principio de esta guerra que el rey católico le entregase la ciudad de Sena, y D. Felipe condescendió por acomodarse á las circunstancias y á la necesidad que tenia de socorros para la guerra: entrególe la ciudad con la condicion de que le pagaria cierta cantidad de dinero,

y que la poseeria como feudatario de España.

Batalla de san quintin.— No calmó por esto la guerra entre franceses y españoles, antes bien estaba el fuego encendido por diversas partes á un tiempo. El rey D. Felipe tenia puesto sitio á la plaza fuerte de San Quintin, situada en la frontera de Flandes, junto al rio Soma: acudieron los franceses á socorrerla, y el dia 10 de agosto de de 1553 fueron desbaratados con una horrorosa pérdida entre muertos y prisioneros. En esta accion se presentó D. Felipe cubierto de todas armas, y animó de tal nodo á los soldados, que el destrozo de los franceses fué incalculable, pues dejaron tendidos en el campo seis mil hombres, perdieron cincuenta y dos banderas, diezíocho estandartes, toda la artillería y bagajes, quedando prisioneros un considerable número de jefes y personas de distincion.

Al cuarto dia asaltaron los sitiadores la plaza con tal fiereza y denuedo, que la rindieron, pasando á cuchillo la mayor parte de la guarnicion. El ejército victorioso pudiera haber llegado á Paris si D. Felipe no hubiera preferido un tratado de paz, á la seguridad de haber dejado entonces abatido el orgullo de sus obstinados enemigos, pues en París le esperaban llenos de consternacion. El rey se horrorizó tanto á la vista de aquel encarnizado combate, que durante él hizo dos votos; el no volver á encontrarse en otra batalla, y el de edificar un gran manasterio con el título de San Lorenzo, en cuyo dia se dió esta memorable accion nombrada de San Quintin. Cumplió D. Felipe sus votos haciendo construir un magnífico monasterio en el Escorial, del órden de san Jerónimo, cuya ejecucion duró diezinueve años: le empezó el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, en el de 1563, y le concluyó Juan Herrera su discípulo en el de 1582.

El rey de Francia, deseoso de vengar la afrenta pasada, mandó al duque de Guisa que reuniese un ejército y marchase contra Calais, como lo verificó, apoderándose de esta plaza y de Thionville; pero mientras los franceses se engreian con estas victorias, el ejército español ganaba otras, una de las cuales fué la de Gravelinas al mando del mariscal Thermes, teniendo que reconocer los franceses la superioridad de los aguerridos bata-

llones españoles, que merecian entonces el concepto de la mejor tropa de Europa; tuvieron pues que pedir la paz, que se ajustó en Cambray el 17 de abril de 1559; tratado que hizo al rey de España soberano de Thionville, Miriemburgo, Montmidi, Sding y el condado de Charolois: para consolidar mas este contrato casó D. Felipe en terceras nupcias con madama Isabel, hija de Enrique II de Francia, y por esta razon fué llamada *de la Paz*: estaba esta señora prometida antes al príncipe D. Cárlos, hijo de D. Felipe, cuyo hecho parece fué la causa de la muerte del príncipe. El casamiento del rey se verificó en Paris por medio de procurador que lo fué el duque de Alba, y D. Felipe volvió á España victorioso, dejando buenas disposiciones en los Paises Bajos para contener á los pueblos y señores flamencos en su obediencia, confiando el gobierno de aquellos paises á su hermana doña Margarita, duquesa de Parma, hija natural de Cárlos V.

Los flamencos se descontentaron con el nombramiento de la duquesa, suponiéndose hacia en él una grande ofensa al príncipe de Oranje, Guillermo de Nassau, y á los condes de Horn y de Egmond. No fué menos motivo de descontento la promulgacion del concilio de Trento, la introduccion que se quiso hacer del tribunal de la inquisicion, el rigor que empezó á ejercer sobre ellos la gobernadora, y los progresos que hacian las nuevas opiniones de Lutero, recibidas con entusiasmo en los Paises Bajos. Asi, el príncipe de Oranje, la demas nobleza y los populares, pretestando quejas sobre las imposiciones que hacia el ministerio español, se sublevaron pidiendo que saliesen del territorio las tropas estranjeras, por ser muy gravosas á aquel estado. Concediéseles esta peticion, con lo que quedó el gobierno sin fuerzas, y los tres caudillos firmaron una confederacion para mantenerse unidos y armados hasta que se revocasen los decretos dados contra los protestantes, y se estinguiese el tribunal de la inquisicion: saquearon las iglesias, recibieron socorros de los hugonotes de Francia, y con ellos se apoderaron de muchas plazas.

Felipe II envió al duque de Alba con un poder absoluto para sujetar á los sublevados, y apenas entró en Flandes cuan-

do un gran número de estos emigraron á Alemania y paises limítrofes, tomando otros el partido aparente de la sumision para dar tiempo á que viniese el príncipe de Oranje con nuevas fuerzas. Los condes de Egmond y de Horn fueron convencidos de traicion, y los hizo degollar en Bruselas en 4 de junio de 1568. Este castigo ensoberbeció estremadamente á los naturales, y aunque el rey quiso remediar el descontento de los flamencos, no pudo conseguirlo por la cruel política del duque de Alba; antes bien dió motivo á que lo atribuyesen á debilidad, y asi rehusaron cuantos partidos les prometió el monarca.

El príncipe de Oranje se presentó en los Paises Bajos con un ejército de cincuenta mil hombres, cuyo mando dividió con su hermano Luis de Nassau, para batir á los españoles por la Frisia y el Brabante. El duque de Alba, sin embargo de sus pocas fuerzas, aprovechó la ocasion de atacar á sus enemigos por hallarse divididos: fué primero contra el de Nassau, forzó sus campamentos y pasó á cuchillo casi todas sus tropas. Inmediatamente volvió contra Oranje que estaba en el Brabante, escaso de dinero y víveres para mantener su jente; y para que no pudiese sacarlos de los pueblos tomó el partido de irle cercando por muchas partes y molestándole por la espalda: de este modo pasearon ambos ejércitos por el Brabante, la provincia de Namur y la de Henao, en cuyas caminatas perdió el de Oranje casi todo su ejército; de modo que tuvo que ritirarse á Francia con unos trescientos hombres.

Cuando esto pasaba en Flandes se alborotaron en España los moriscos del reino de Granada, de resultas de ciertas pragmáticas que se habian publicado contra ellos, y el rey católico envió á D. Juan de Austria, su hermano, hijo natural de Cárlos V, y al marqués de Mondéjar, quienes los vencieron en diferentes batallas, y los acabaron de sujetar quitándoles todo medio de poder volver á sublevarse, esparciéndolos por los pueblos de Castilla. Casi al mismo tiempo, esto es, en 20 de julio de 1568, falleció el príncipe de España D. Cárlos, en la prision donde le tenia su padre, y despues en 3 de octubre murió de parto su madrastra la reina doña Isabel, sin dejar hijo varon, por lo que el rey D. Felipe se casó por cuarta vez con doña Ana,

hija del emperador Macsimiliano, cuyas bodas se celebraron en la ciudad de Segovia el 12 de noviembre de 1570.

Sobre la causa de la prision y muerte del príncipe se dijo mucho en aquel tiempo, como suele acontecer en sucesos de tanta gravedad; pero nada puede asegurarse.

La rebelion cundía en los Paises Bajos porque la reina de Inglaterra ausiliaba á los descontentos, á lo que ayudó mucho la desacertada conducta del duque de Alba, en cargar á los pueblos con nuevos impuestos. Erijióse en Amberes una estátua al duque de Alba y esto acabó de enfurecer á los descontentos, que se reunieron en Holanda y Zelanda amenazando con tanto orgullo al duque de Alba, que desesperanzado este de poderlos reducir á partido alguno, hizo dimision del gobierno, que le fué admitida, nombrándose en su lugar al comendador mayor de Castilla don Luis de Zúñiga y Requesens, y á D. Juan de Austria, personas de apreciables cualidades, que trataron de acariciar á los rebeldes; mas estos lo atribuyeron á cobardía: y dando entretenidas procuraron fortificarse en secreto haciendo interesantes alianzas. Los gobernadores conocieron el engaño y se propusieron adoptar las mácsimas del duque de Alba; pero nada bastó, porque se emprendieron muchas batallas, y aunque perdieron algunas lograron al fin sacudir el yugo nueve provincias de Flandes, negándose á obedecer al rey Felipe II: rompieron el sello real y se erijieron en república libre é independiente.

COMBATE NAVAL DE LEPANTO.—Hacia treinta años que los venecianos conservaban la paz con los turcos, y Selim trató de apoderarse de la isla de Chipre; requirió á los venecianos para que se la entregasen ó que en otro caso les declararia la guerra: con este motivo hicieron una liga con el papa y el rey de España para evitar la ruina que amenazaba á la cristiandad: entretanto los turcos se apoderaron de una de las principales ciudades de aquella isla, llamada Nicosia, y sitiaron la de Famagusta que se defendió obstinadamente cerca de un año, y al fin tuvo que rendirse. La armada de la liga constaba de doscientas galeras y ochenta buques de diferentes tamaños, cuyo mando se encargó á D. Juan de Austria, y salió contra la turca que se componia de mas de

trescientas naves de guerra y estaba en el golfo de Lepanto: se trabó un sangriento y obstinado combate que duró con la mayor viveza tres horas, al fin de las cuales venció la armada cristiana, dejando el mar teñido de sangre: doscientas galeras de los turcos fueron unas echadas á pique y otras apresadas; murieron treinta y cinco mil turcos; fueron inumerables los heridos, diez mil quedaron prisioneros, y se dió libertad á veinte mil cristianos cautivos que tenian al remo: por parte de los cristianos murieron siete mil, y tres mil quedaron heridos: en una palabra, esta victoria fué una de las mas señaladas y sangrientas que en muchos siglos se habian visto, y casi puede decirse la mayor que hubo en el mundo: se dió el dia 7 de octubre del año 1571, y á ella se debió el sosiego de la Europa, la libertad del ominoso yugo de los turcos, y la conservacion de la relijion católica. En 1573 fué nombrado D. Juan de Austria para una espedicion contra los turcos sobre la plaza de Tunez, de la cual se apoderó en nombre del rey de España, hizo construir en ella una gran fortaleza que pudiese contener ocho mil hombres de guarnicion, y restituyó en el trono de Tunez á Muley Mahamed, á quien habia despojado Muley Amida su hermano, quedando aquel vasallo del rey de España. En 1574 aportó otra escuadra turca á Tunez con cincuenta mil hombres de tropas, tomó el fuerte de la Goleta y Tunez, que se defendieron con la mayor obstinacion hasta que no quedaron mas que treinta cristianos, y estos, faltos de todo lo necesario y abrumados con la gran muchedumbre de enemigos, tuvieron que sucumbir.

En 1575 vino á España don Juan de Austria: y el rey su hermano le nombró su lugarteniente en todos los dominios de Italia: inmediatamente volvió á aquel pais para asegurarle y hacer frente á los turcos que preparaban una armada contra los cristianos. En el siguiente año murió en Flandes el comendador de Castilla, con cuya ocasion se juntaron todos aquellos estados y se conjuraron contra el rey D. Felipe para arrojar de todo el pais á los españoles. Hicieron venir de Alemania á Matías, hermano del emperador, á quien dieron el titulo de príncipe, y este, viendo que aquel dictado era

solo en el nombre, pues ellos lo gobernaban todo, se volvió á Alemania. Pusieron sitio al castillo de Amberes á tiempo que los españoles sin jefe andaban amotinados; sin embargo, acudieron de muchas partes á la defensa de la plaza, y entre los de la guarnicion y ausiliares se juntaron unos cuatro mil hombres; los de la ciudad contaban con mas de cuarenta mil de armas tomar, pero esta muchedumbre no pudo impedir que saliesen del castillo los soldados y unidos con los otros acometiesen á los enemigos y les matasen catorce mil. Entre soldados y paisanos saquearon é incendiaron aquella rica y populosa ciudad, y con la presa quedaron ricos y sosegados los españoles. El mismo dia 4 de noviembre en que ocurrió este suceso, llegó don Juan de Austria á Luxemburgo, encargado por el rey D. Felipe para que remediase las desgracias de Flandes, mas causó poco efecto su presencia, pues los negocios estaban en muy mala situacion.

Don Juan de Austria, con el intento de pacificar á los flamencos, hizo que los españoles saliesen de los castillos de Flandes y se pusiesen guarniciones de naturales; apenas habian salido cuando los flamencos y protestantes trataron de prender á D. Juan de Austria: avisado este del peligro se retiró con brevedad á la ciudad de Namur á donde llamó tropas, hizo volver á los españoles que marchaban á Italia, tuvo algunos choques contra los enemigos, y aunque les ganó varias plazas se frustraron todas sus esperanzas, porque en su mismo campamento le asaltó una enfermedad que le quitó la vida á principios del mes de octubre: sucedióle en el gobierno Alejandro Farnesio, príncipe de Parma. Estaban los estados muy descontentos con el archiduque Matías, y llamaron en su lugar á Francisco, duque de Alanzon, y en Mons de Henao le dieron el título de protector de Flandes.

Reunion del reino de Portugal a la corona de España. — En 1578 falleció en Africa el rey D. Sebastian de Portugal, en una espedicicion contra los moros. Luego que los portugueses tuvieron noticia de esta muerte, nombraron por rey al cardenal D. Enrique, su tio, que era ya anciano, y sin embargo trataron de casarlo, lo que no tuvo efecto por haber

ocurrido su muerte en 31 de enero de 1580: fueron muchos los que pretendian sucederle; pero como D. Felipe era el heredero de mejor derecho, á pesar de la oposicion de D. Antonio, hijo natural del infante D. Luis, y el duque de Braganza como marido de la infanta doña Catalina, tomó la posesion. El pueblo de Lisboa, ausiliado de la Inglaterra, proclamó rey á D. Antonio; mas D. Felipe hizo reunir un buen ejército de italianos, alemanes y castellanos para marchar á sostener su derecho, nombrando por jeneral al duque de Alba, á quien mandó adelantarse hácia aquellas fronteras, al mismo tiempo que dió órden al marqués de Santa Cruz para que con la escuadra se presentase en Lisboa. Aunque el ejército no era muy grande, pues se componia de unos doce mil infantes y mil quinientos caballos, las tropas eran veteranas y ejercitadas por muchos años en la guerra: tan luego como atacaron á D. Antonio en Lisboa fué vencido: retiróse á la ciudad de Oporto y allí fué embestido y desbaratado su ejército, por lo que tuvo que huir y salir del reino.

En Flandes, despues de la muerte de D. Juan de Austria, se continuaba la guerra: los naturales una vez tomadas las armas contra su rey no querian someterse: el duque de Alanzon se apoderó de la ciudad de Cambray, y entró en Amberes, en donde fué nombrado duque de Brabante; mas le duró poco el mando y la esperanza de casarse con la reina de Inglaterra que era muy voluble, pues se burló de él como lo habia hecho con otros príncipes.

Habia fallecido en Madrid el príncipe D. Diego, y por esta razon los estados de Portugal juraron al príncipe D. Felipe su hermano por heredero de aquella corona, en febrero de 1583, y el rey volvió á Castilla para atender á los negocios del gobierno. En Madrid fué jurado el mismo príncipe por heredero del reino el dia 11 de noviembre de 1584, cuya ceremonia se celebró en el monasterio de san Jerónimo. En el año 1587 la reina de Inglaterra doña Isabel, hizo quitar la vida á su sobrina María Estuardo, reina de Escocia, y el rey D. Felipe preparó en Lisboa una grande armada, para tomar venganza de la muerte de esta inocente reina; nombró por jeneral de ella al du-

que de Medinasidonia, quien se hizo á la vela, dobló el cabo de Finisterre, y llegando á la Coruña sobrevino de repente una tempestad que desbarató la escuadra, de modo que apenas pudo reponerse para continuar su marcha ,como lo hizo en setiembre hasta llegar á Flandes, siempre perseguida y dañada por la artillería de la escuadra inglesa; algunas naves fueron apresadas por los enemigos y la mayor parte maltratadas: y como para volver á España tuvieron que dar un largo rodeo, se anegaron muchas, otras fueron á pique, y las tripulaciones con el escesivo frio y falta de bastimentos se deterioraron considerablemente, tanto que muy pocos buques y un pequeño número de soldados llegaron á diferentes puertos de España á principio del invierno: puede decirse que pereció en esta espedicion la flor de la milicia española. Tal fué la suerte de una hermosa escuadra que costó á España cuarenta millones de ducados, veinte mil hombres y cien navíos.

En 1589 estuvieron en mucho peligro los negocios de Portugal, por haberse presentado una armada inglesa que venia á poner en posesion del reino al príncipe D. Antonio: este se adelantó tanto que llegó á situarse sobre Lisboa; y como los habitantes no se declararon á su favor como esperaba, y le escaseasen los víveres, tuvo que volverse á Inglaterra. En Lisboa se descubrió cierta conspiracion de algunos ciudadanos en favor de D. Antonio; mas habiendo quitado la vida á algunos se pacificaron los demas, y la nobleza se manifestó leal á su rey.

Sublevacion de Zaragoza. — El célebre Antonio Perez, secretario de estado que habia sido del rey D. Felipe, habia estado preso por espacio de mas de doce años; se huyó de la cárcel donde le tenian en Madrid, y pasando á Aragon, se presentó al justicia mayor para responder de la acusacion que se le hacia sobre haber mandado asesinar á Juan Escovedo una noche al salir de palacio. Los comisionados del rey quisieron prenderle; mas el pueblo alterado para defender sus fueros, que concedian asilo á los que allí se refujiaban, tomó las armas, acometió la casa del marques de Almenara, ministro del rey, á quien dieron la muerte, y en seguida asaltaron las cárceles y

pusieron en libertad á Antonio Perez, que huyó á Francia, en donde murió. El rey envió á Zaragoza un ejército bajo las órdenes del jeneral D. Alonso de Vargas, con el cual venció y sosegó á los sublevados, quitando la vida á muchos culpados, entre ellos al justicia mayor don Juan de Lanuza: el duque de Villahermosa y el conde de Aranda fueron presos y enviados á Castilla, donde á poco tiempo fallecieron en prisiones: últimamente, el rey abolió los fueros de Aragon, que concedian tal privilejio al justicia mayor.

A principio de 1595 murió en Flandes Ernesto, que gobernaba aquellos estados, y el rey nombró en su lugar al archiduque Alberto su hermano.

El pirata inglés Drach hostilizaba nuestros establecimientos en América, y con su muerte fué desbaratada su escuadra por la española: poco despues se apoderaron los ingleses de Cádiz, en donde cometieron las mayores crueldades, y destrozaron la ciudad. Se dispuso otra escuadra en España para salir á la venganza; pero fué deshecha por los temporales con pérdida de muchos buques. El dia 10 de marzo 1597 se apoderaron las tropas españolas con cierto ardid de la ciudad de Amiens, y en seguida se ajustó una paz con la Francia.

En 6 de mayo de 1598 renunció el rey los estados de Flandes en su hija mayor la infanta doña Isabel, y la casó con el archiduque Alberto, su primo, habiéndose reservado el derecho de feudalismo y el de nombrar alcaides en algunas fortalezas, como la de Amberes, Gante y Cambray. Felipe II falleció el dia 13 de setiembre de este año en el Escorial, de edad de sesenta y un años: fué casado cuatro veces: de su primera mujer doña María de Portugal, tuvo á D. Cárlos, que murió en la prision, y de la cuarta, doña Ana María de Austria, le vivió solo su hijo Felipe, en quien recayó la corona.

Felipe III.—(1598) La monarquía española, que á principios de este siglo representaba con tanta gloria el principal papel en las escenas de Europa, habia caminado con bastante celeridad hácia su decadencia, y apenas conservaba una sombra de su antiguo esplendor. Sin dinero por la porfiada y desastrosa guerra de los Paises Bajos, sin poblacion por las contínuas emigraciones á Flandes y á las Américas, sin agricultura, sin comercio, sin industria, y empe-

ñada en cuarenta millones de ducados de deuda, por los que pagaba siete de intereses, la mayor parte á los jenoveses: era lamentable el estado de la España cuando entró á reinar Felipe III, príncipe demasiado débil, y de una capacidad bastante limitada para acudir al remedio de tantos males. El primer acto de su soberanía fué entregar las riendas del gobierno á su favorito D. Francisco Rojas, marques de Denia, hombre de un carácter vario y emprendedor, que no habiendo sabido buscar los árbitrios correspondientes al remedio de los males del estado, adoptó los mas gravosos para ocurrir á los apuros de mayor urjencia, y así se perpetuó la miseria jeneral, pues á una nacion ya empobrecida se la recargó con nuevos impuestos sobre los artículos de primera necesidad: se duplicó el valor de la moneda de cobre, con lo cual se aumentó tambien el precio de los jéneros, y se dió lugar á que los estranjeros introdujesen en España considerables sumas de moneda de dicha especie fabricada en sus paises. Por consecuencia de estos males los campos quedaron eriales; los talleres sin manos que los dirijiesen, dejaron de producir las manufacturas mas precisas, y se destruyó el comercio; de modo que las cuantiosas riquezas y tesóros que venian del Nuevo Mundo, apenas hacian en España un pequeño tránsito para pasar á las naciones estranjeras.

En 1601 trasladó el rey su córte de Madrid á Valladolid, con intencion de fomentar aquella provincia que se hallaba bastante empobrecida; pero habiéndose encontrado algunos inconvenientes se restituyó á Madrid despues de algunos años. El dia 8 de abril de 1605 nació en Valladolid, donde se hallaba la córte, el príncipe D. Felipe, que en el de 1608 fué jurado y reconocido por sucesor á la corona.

La guerra contra la Holanda continuaba con calor: el archiduque Alberto, á quien Felipe II habia cedido la soberanía de Flandes, se apoderó de Ostende despues de un obstinado sitio de tres años, en el que perecieron mas de ochenta mil hombres; y no habiendo sabido conservar estos triunfos se vió el rey de España precisado á concluir con los holandeses una tregua de doce años, en que se les dejó cuanto poseian, y se les aseguró el libre comercio en las Indias Orientales. De es-

te modo de las diezisiete provincias que componian los Paises Bajos, siete fueron desmembradas de la casa de Austria: este fué el fin de aquella terrible lucha que habia durado por espacio de cuarenta y cinco años, con unas provincias rebeladas.

En 17 de mayo de 1609 nació en el Escorial el infante don Fernando, y el 25 del mismo de 1610 nació en Lerma la infanta doña Margarita. En dicho año se espidió un decreto para la espulsion de los moriscos de toda España, porque tenian intelijencia con los turcos de Berberia: esta órden, que manifiesta la pobreza de talento de los consejeros de Felipe III, hizo salir de España mas de un millon de almas, entre las cuales se contaban labradores, negociantes, y artesanos que con su industria formaban una considerable parte de riqueza en el territorio de la Península. Aunque estos desgraciados proscritos propusieron al monarca que si los dejaba continuar viviendo en su pátria darian dos millones de ducados de oro, no fué oida su pretension, pues el consejo del rey se mantuvo inflecsible, y muy pronto sintió la monarquía los efectos de tan terrible emigracion. D. Felipe quiso remediar este mal por medio de una órden que espidió concediendo los privilejios de nobleza y esencion del servicio militar á cuantos españoles se dedicasen á la agricultura; pero esta disposicion no produjo efecto alguno, porque una parte de los españoles estaba entregada á una absoluta ociosidad, y la otra fundaba toda su esperanza en el ejercicio de las armas.

La córte de Roma habia sido ofendida por los venecianos, y el rey D. Felipe envió en su socorro un ejército de treinta mil hombres, con el cual logró transijir las diferencias entre el papa y Venecia, asegurando tambien la paz de los estados de Italia. Prestó igualmente ausilios á la duquesa de Mántua y al emperador Fernando II contra los enemigos que los molestaban, logrando por este medio que se aquietasen y estableciesen entre sí una buena armonía. Abatió el orgullo turco en varias espediciones marítimas, en que se distinguieron muchos jenerales españoles: el marques de Santa Cruz destruyó la isla de Loango, la de los Querquenes y otras muchas posesiones de los turcos: el duque de Osuna, en las costas de Berbería, se apoderó de Chircheri, y sus tropas, al

al mando del capitan Francisco Rivera, con cinco galeones, destruyeron una escuadra turca de cincuenta y cinco galeras: don Octavio Aragon obtuvo otra gran victoria contra diez galeras mahometanas, apoderándose de seis de ellas con sus correspondientes tripulaciones, todo á la vista de una crecida escuadra turca que no se atrevió á entrar en combate. El puerto de Larache en el reino de Fez cayó bajo el dominio de Felipe III: don Luis Fajardo tomó á la fuerza á á Marmorra, cerca de Tánjer. Los holandeses se habian apoderado de las islas Molucas, y los españoles las reconquistaron, derrotando ademas una escuadra holandesa que iba contra Filipinas.

En 18 de octubre de 1615 se celebraron los desposorios del príncipe D. Felipe con doña Isabel, hermana del rey de Francia Luis XII, y el de este con doña Ana, infanta de Castilla, la cual renunció antes en toda forma el derecho que pudiese tener, á falta de sus dos hermanos, á la sucesion de los reinos de España y de los estados de Flandes.

El duque de Lerma, que disfrutaba todo el favor del monarca, y manejaba todos los negocios de la córte de España, obtuvo el capelo, cuya dignidad, unida á su gran poder, causó su desgracia, pues se le desterró de la corte. Sucedióle en el ministerio D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, su íntimo amigo, el cual no fué mas afortunado, porque se le supusieron varios crímenes, le reduxeron á prision, y formándole un proceso que se siguió por algun tiempo, le cortaron la cabeza en un público cadalso á principios del reinado siguiente, esto es, en 9 de julio de 1621, como veremos mas adelante.

El 22 de abril de 1619 partió el rey D. Felipe para Portugal, entró en Lisboa, en donde el 15 de julio juraron al príncipe D. Felipe por sucesor de aquel reino, habiéndose tratado en las córtes que se celebraron, los puntos que conducian á la mejor estabilidad del gobierno.

En el año 1620 fué depuesto del vireinato de Nápoles el duque de Osuna, conduciéndole preso á España, de cuyas resultas murió despues en 1624, sin que se hubiese podido saber la verdadera causa de su desgracia, por mas instancias que se hicieron para que se le oyese en justicia. Sus enemigos decian que ha-

bia proyectado alzarse con el reino de Nápoles, ó que se habia negado á obedecer las órdenes del gobierno, cuando le parecian indecorosas al honor de la nacion; acaso sería esto lo mas cierto, ó que su caida hubiese provenido de algunas burlas pesadas que le sujirió su jenio agudo y chistoso contra la persona del rey.

En la plaza de Adra desembarcó un cuerpo de tropas turcas que vinieron en siete galeras: el gobernador, D. Luis de Tovar, les presentó un combate con solos veintiseis hombres, y despues de una obstinada pelea tuvo que retirarse al castillo en el que resistió un asalto: los turcos se apoderaron de la villa á pesar de una vigorosa resistencia, en que perecieron Tovar y sus valerosos compañeros, y sin embargo no pudieron tomar el castillo, porque acudiendo tropas de la Alpujarra, fueron rechazados los turcos y arrojados á sus galeras, dejando muertos en el campo seiscientos de ellos y muchos heridos. Volvió D. Felipe de Portugal, y murió en 31 de marzo de 1621, á los cuarenta y tres años de edad y veintitres de reinado, dejando por su sucesor á su hijo D. Felipe, habido en su matrimonio con Margarita de Austria. Era Felipe III de un carácter dulce y afable, y poseyó todas las virtudes domésticas y relijiosas: pero no tuvo los talentos necesarios, ni aun la aficion que se requiere para el mando, y asi entregó las riendas del gobierno en manos de un favorito que no era mas diestro: sin embargo, la buena opinion que España habia adquirido en los reinados anteriores, hizo que conservase la gloriosa preponderancia que obtenia en la Europa. Sí las prendas que caracterizan un buen rey se redujesen todas á la devota piedad, apenas podria hallarse príncipe alguno que haya escedido á este monarca en el relijioso celo, y caritativa liberalidad en fundar monasterios y otras obras pias; pero por desgracia carecia de todas las demas.

CAPITULO XI.

Felipe IV. — Sublevacion del principado de Cataluña. — Rebelion del Portugal y separacion de este reino de la monarquía española. — Cárlos II. — Rejencia de la reina madre doña Mariana. — Continúa la guerra con los franceses. — Paz de Aquisgran. — Los franceses vuelven á romper las hostilidades. — Paz de Nimega.— El conde de Oropesa remplasa en el ministerio al duque de Medinaceli. — Liga de Augsburgo. — Nueva guerra contra la Francia. — Paz jeneral de Riswik. — Muerte de Cárlos II. — Resúmen de la dominacion de la dinastía austriaca en España.

Felipe IV. — (1621) Apenas contaba este príncipe dieziseis años cuando subió al trono de su padre. Solo España se hallaba tranquila en esta época, sin participar el azote de las guerras y herejías que despedazaban toda la Europa: las primeras disposiciones del jóven príncipe prometian las mas lisonjeras esperanzas de hacer feliz á la nacion, y de restablecer en ella el buen órden. El consejo de su difunto padre le habia elevado cierta consulta, dirijida á que se adoptasen prudentes medios para fomentar la poblacion del reino, reformar ciertos abusos de la corte y modificar los crecidísimos gastos que agotaban los tesoros del erario; y aunque estos arbitrios no fuesen suficientes para remediar el deplorable estado de la nacion, por lo menos manifestó el nuevo monarca vivos deseos de buscar un remedio á tantos males, cuya obra principió bajo los mejores auspicios con su mucho talento; mas por desgracia mudó todo de aspecto, porque el conde duque de Olivares se apoderó de su corazon, llegando á ser su único favorito y dueño absoluto del gobierno, cuyas riendas quitó de las manos al jóven rey, á quien adormeció en los placeres para asegurar su dominacion. Como el conde duque no podia tolerar competidor alguno en su auto-

ridad, derribó del ministerio al duque de Uceda, su favorecedor, haciéndole salir de la corte para quedar único árbitro de todo, aun de las acciones del rey. Colocó en los primeros empleos á todos sus parciales, y oia con agrado las quejas que se dirijian á desconceptuar y hacer aborrecible el gobierno de los ministros que le habian precedido. Lo primero que hizo fué convocar córtes para llevar á efecto la consulta del consejo de que hemos hecho referencia, se empezaron á recobrar las enajenaciones, que por capricho ó liberalidad se habian hecho en el anterior reinado por disposicion del duque de Lerma, único medio para restablecer la debilitada monarquía.

Una de las víctimas de la suspicaz política del duque de Olivares fué D. Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, quien en virtud de causa sustanciada de la que resultó convicto de homicidio, sufrió la pena de muerte á que fué condenado, segun se ha indicado en el reinado anterior. Fué cosa bien estraña que teniendo tantos enemigos D. Rodrigo, no hubiese un solo testigo que se prestase á declarar en su causa voluntariamente, sino que hubo necesidad de apremios. El duque de Osuna fué otra de las víctimas sacrificadas á la crueldad de Olivares: era Osuna aquel virey de Nápoles que en el reinado de Felipe II se habia distinguido contra los turcos: fué acusado de conspirador y de quererse apoderar de aquel reino, acusacion infame que no tuvo mas fundamento que la envidia de los laureles que le habian ganado sus muchas victorias, y con ella hicieron desconfiar al débil monarca, quien mandó trasladarle de prision en prision hasta que murió en la fortaleza de la Alameda, pueblo del condado de Barajas, dos leguas distante de Madrid. La contradiccion de las acusaciones fiscales, los escritos esparcidos en contra y en favor del duque, apenas han dejado la menor duda de su inocencia; pero como el mónstruo de la envidia es tan temible, el duque de Osuna, semejante á otros insignes aunque desgraciados hombres, ni aun siquiera tuvo el consuelo de que se le permitiese usar de los recursos legales que jamás se niegan á los mayores delincuentes. Despues de un contínuo padecer en prisiones, por

espacio de tres años, se postró á una violenta enfermedad de hidropesía, y murió lleno de amargura por ver la ingratitud con que se remuneraban sus grandes servicios.

Por disposicion del conde duque se creó un consejo para que reformase los abusos en todo el reino: se redujo el mucho número de consejeros, alcaldes, escribanos, procuradores, rejidores y otros oficiales públicos á una tercera parte; se señaló un término á los litigantes forasteros para su permanencia en Madrid; se mandó que los pleitos, aunque fuesen entre privilejiados, se sustanciasen en los juzgados ordinarios; se suprimieron los jueces de comision, escepto en las causas criminales; y que los señores de vasallos se retirasen á sus pueblos á no ser muy urjente la causa de su permanencia en la corte. Para aumentar la poblacion se concedieron privilejios y esenciones á los que contrajesen matrimonios; se prohibió la emigracion de familias aun para las Américas, y últimamente se proveyeron otros decretos y reformas para reponer al estado de sus antiguas pérdidas, tomándose cuantas medidas parecieron conducentes al efecto: mas como los males de la nacion la habian debilitado tanto, no bastaron todos estos medios para hacerla convalecer con la brevedad que se necesitaba. Por otra parte el prurito del duque de Olivares en destruir lo que otros habian hecho, y cuando, atendido el estado de la nacion española, debia haber adoptado el sistema pacífico de sus antecesores, se empeñó en hacer todo lo contrario, presentándose con disposiciones hostiles. La tregua que habia hecho Felipe III con la Holanda concluyó en el año 1621, y con este motivo se volvió á encender una encarnizada guerra; las potencias enemigas de la casa de Austria, envidiosas de su engrandecimiento, no se descuidaron en suscitar enemigos á España, ya por sí mismas, ya por sus aliados. Las tropas españolas fueron derrotadas por los holandeses cerca de Lima; el jeneral Espínola tomó á Juliers; los holandeses se aliaron con los ingleses y se apoderaron de Ormuz en el golfo Pérsico y de san Salvador del Brasil; pero Espínola tomó á Breda despues de haberla bloqueado por algun tiempo. La Francia suscitó tambien la guerra sobre la pose-

sion de la Valtelina y Jénova, que la España queria para conservar un paso libre á sus dominios de Italia y Flandes, que resistieron el duque de Saboya y los franceses. Con la paz de Monzon cesaron estas contiendas, estipulándose que en la Valtelina no se admitiria otra relijion que la católica.

La muerte del duque de Mántua (1627) renovó la guerra; el emperador y el rey de España se opusieron á que el duque de Nevers entrase á poseer aquel ducado; Luis XIII se declaró protector del duque, forzó el paso de Suzza, rompió por los estados de Saboya que tenian alianza con España, obligó á las tropas de esta á levantar el sitio de Casal, dió dos batallas á los austriacos en que los derrotó, pero el emperador tomó y saqueó á Mántua, y el duque de Nevers logró asegurar su herencia. El elector de Tréveris habia prestado sus servicios á la Francia en perjuicio de la casa de Austria, y las tropas españolas rompieron por el electorado, tomaron su capital, y dentro de ella hicieron prisionero al elector, conduciéndole á Bruselas. El rey de Francia declaró la guerra á España, y fué tan obstinada que duró veinticinco años; y aun cuando en un principio fué feliz por haberse los españoles apoderado de las islas de san Honorato, santa Margarita y otras enfrente de Tolon, y destruido una escuadra francesa en la playa de Valencia, sin embargo acabó de arruinar á la España. En el año siguiente se emprendió otra campaña, y el ejército español, compuesto de treinta mil hombres, pasó el Soma, tomó á Champelle, Chatelet, Corvíer, Noyon y otras varias plazas, derrotó al ejército francés y puso en consternacion á Paris; el duque de Lorena asoló la Borgoña; el almirante de Castilla entró en el territorio francés ocupando y saqueando muchos pueblos; el marques de Leganes (1636) hizo retirar á los franceses del estado de Milan, se apoderó de Alejandría de la Palla, Villafranca y otros pueblos; consiguió grandes victorias, y en fin se apoderó de Brenia y de Venceli. En el año siguiente reconquistaron los franceses mucho de lo perdido, quemaron doce embarcaciones españolas y sitiaron á Fuenterrabía; mas habiendo acudido el virey de Navarra los derrotó é hizo levantar el sitio. En los Paises Bajos fueron mas afortunados los franceses,

pues tomaron las plazas de Coutray, Arnas, Hesdin y Gravelinas, pertenecientes á Felipe III por muerte de su tia Isabel Clara, casada con el Archiduque Alberto. Mientras ocurrian estos sucesos en Flandes y Francia, se celebraron córtes en Madrid, y se reunió un crecido donativo para continuar la guerra contra la Francia, guerra que la astuta política del cardenal Richelieu prolongaba para destruir á la España.

La paz se hacia cada vez mas necesaria, pero no podia conciliarse porque cada una de las naciones buscaba sus ventajas particulares, aunque fuesen incompatibles con las de sus amigos ó enemigos; y como ninguna se hallaba todavia en el estado de sujetarse á condiciones poco decorosas, no se entablaban sino unas débiles negociaciones que se desbarataban fácilmente con artificios, especialmente por el cardenal de Richelieu, que sabia suscitar con sutileza peligrosas turbulencias entre los príncipes discordes, con el intento de comprometerlos á su destruccion para ponerlos al fin en estado de pedir la paz á cualquier precio. La España esperimentó los efectos de esta malvada política, pues se encendió en Nápoles una cruel revolucion, otra en Sicilia, y la mas funesta en Cataluña; finalmente otra en Portugal que le hizo perder la posesion de este rico y poderoso reino.

La Cataluña, como mas inmediata á Francia, habia sufrido considerables daños con el tránsito de las tropas y sus desórdenes, por lo que los catalanes se manifestaban descontentos, quejándose de la violacion de alguno de sus privilejios; de modo que se hallaban dispuestos á un rompimiento violento, cuando el año 1640 la imprudencia del conde duque de Olivares, no contento con esponerlos á las incomodidades que les causaba un ejército de dieziocho mil hombres que mandó acantonar en las fronteras de Francia para observar los movimientos del de Condé, que permanecia en las cercanias de Carcasona haciendo correrias en el Rosellon y Cataluña, recurrió al medio poco suave de imponer á aquellos pueblos la carga de suministrar al ejército cuanto necesitase. Cataluña, que ni por derecho ni por costumbre se consideraba obligada á otra cosa que á suministrar á las tropas ciertos artículos, se resistió á

quererlo voluntariamente y se la quiso obligar por fuerza, cometiendo la soldadesca muchos daños, y aprisionando á varios catalanes principales. Esta conducta, unida con la del ministerio que contínuamente los conminaba con castigos infrinjiendo sus fueros, les hizo insoportable tanta opresion, y el dia del Corpus levantaron la sublevacion quinientos segadores, que bajo el pretesto de asistir á la procesion habian bajado de la montaña prevenidos de armas: uno de ellos fué reconocido, y viendo esto los demas se pusieron en defensa: acudieron otros labradores de los pueblos comarcanos, y con un crucifijo que llevaban delante apellidaban la defensa y venganza de la relijion; incendiaron el palacio del virey, atropellaron á los ministros reales y saquearon sus casas. Ni las persuasiones de los obispos, del clero y de las personas mas respetables bastaron para pacificarlos: el virey se vió precisado á huir queriendo embarcarse en una galera; y los sublevados, dueños ya de Monjuí, hicieron varias descargas de artilleria, é impidieron el embarque: huyó con otros caballeros al campo en donde fué muerto á estocadas: los que habian quedado en la ciudad saquearon el palacio de Villafranca, asesinaron y cometieron muchas crueldades con los criados y oficiales reales, entregándose con la mayor furia á todos los desórdenes propios de un populacho desenfrenado, y acaso no habria sido posible sacarlos de la ciudad si no se hubiese esparcido mañosamente la voz de que las tropas castellanas oprimian en el Rosellon algunos pueblos: esta voz les hizo tomar el partido de acudir á la defensa, y despues de dos dias que emplearon en saquear y robar aquellos contornos se retiraron á sus casas. Sin embargo, todo este desórden en que aun no se habia mezclado mas que cierta clase de jente, se podria haber calmado si el conde duque de Olivares se hubiese manejado con la política y suavidad que ecsijian las circunstancias; pero se empeñó en sostener sus ideas.

Los catalanes, cada vez mas indignados, buscando un príncipe que los sostuviese, acudieron á Luis XIII ofreciéndole vasallaje. Los enviados á esta negociacion fueron despedidos por Richelieu con mucho grado y buenas esperanzas; mas viendo los catalanes que tardaba el socorro y que el nuevo virey los

amenazaba con un grueso ejército, erijieron á la Cataluña en república soberana é independiente, para de este modo fiar á sus propias fuerzas su defensa. El virey los acometió; redujo algunos pueblos á la obediencia del rey, y conociendo los catalanes lo dificil que era salir con su empresa, disolvieron aquel jénero de gobierno, reconociendo conde de Barcelona al rey de Francia, con la circunstancia de conservarles sus fueros y privilejios, de no imponerles nuevos tributos, ni poner el gobierno de las plazas en manos estranjeras, pues habia de recaer precisamente en los naturales del pais. Intentó el virey apoderarse de Monjuí, y los catalanes le rechazaron y mataron muchos castellanos: finalmente, despues de varios sucesos y batallas que se dieron por los famosos capitanes marqués de Mortara y D. Juan de Austria, hijo natural de D. Felipe IV, se entregó Barcelona en el año 1652, y los franceses que andaban en Cataluña fueron despues arrojados de la provincia; la cual se pacificó por virtud de un indulto que se concedió á los descontentos, esceptoá los principales culpados. Se atizó otra revolucion por los franceses, mas la actividad y valor de don Juan de Austria detuvo sus progresos, y en el año 1659 se restituyó la paz por medio del tratado de los Pirineos.

Rebelion del Portugal.— Cuando sucedia esto en Cataluña, los portugueses, que estaban incomodados con el yugo del conde duque de Olivares, por haber este descontentado á la nobleza con una órden que dió para que pasase la mayor parte de ella con muchas tropas á Cataluña, ejecutaron el proyecto que anteriormente habian premeditado de proclamar rey de Portugal al duque de Braganza, descendiente de su familia real. Por otra parte tampoco agradaba á los portugueses el gobierno de la duquesa de Mántua y su ministro Miguel de Vasconcelo; tomaron las armas, asesinaron á este, le arrojaron por una ventana del palacio, encerraron á la rejente y proclamaron rey de Portugal al duque de Braganza con el nombre de Juan IV. La insurreccion, que ayudaba la Francia y la Holanda, se estendió por todo el reino, arrojando ignominiosamente de él á los castellanos: y como la España estaba entretenida en la pacificacion de Cataluña, contrarrestando las fuerzas francesas que se

habian aglomerado en las fronteras, no pudo evitar que el de Braganza fuese reconocido en Portugal y los Algarbes, y que tambien lo fuese en el Brasil, la India, las islas Azores, Mozambique, Goa y Macao que obedecian á la España.

El rey D. Felipe no tuvo noticia de esta revolucion porque los cortesanos se la ocultaban; y cuando ya no hubo remedio, se atrevió á manifestársela el favorito Olivares, quien con semblante festivo le dijo: «Señor: el duque de Braganza ha perdido el juicio; acaba de hacerse proclamar rey, y su locura vale á V. M. una confiscacion de catorce millones.» Admirado D. Felipe, le respondió: «Es menester poner órden;» y le volvió la espalda para ir á consolarse en el seno de los placeres. Este suceso desconceptuó á Olivares, porque indignada la reina hizo conocer á su esposo que la siniestra política del favorito era la causa de todos los males de España; entonces le retiró el rey su confianza.

Cansados los aliados de Felipe, así como sus pueblos, de sufrir unas guerras tan ruinosas y unos gastos tan inmensos, enviaron en el año 1648 sus plenipotenciarios á Munster, en donde se hizo la paz entre el imperio, Francia, Suecia y los demas aliados; quedando reconocida la república de Holanda por independiente y libre de la dominacion española, lo mismo que sucedió á Portugal.

Por este tiempo se sublevaron Nápoles y Sicilia, y siguiendo el mal ejemplo de los catalanes y portugueses, desobedecieron á las autoridades lejítimas, desenfrenándose de tal modo, que asesinaron á todos los dependientes de la administracion real para declararse en república independiente; se pusieron, como Cataluña, bajo la proteccion de la Francia, y ofrecieron la presidencia al duque de Guisa, que la admitió sin rebozo. Sostenidos el virey de Nápoles, duque de Arcos, y el valiente D. Juan de Austria por la nobleza napolitana, que se mantuvo fiel al rey D. Felipe, no solamente calmaron la insurreccion con los castigos que hicieron en las cabezas de los sublevados, sino que aprisionaron al duque de Guisa, trasladándole á España, y encerrándole en el alcázar de Segovia, en donde permaneció hasta el año 1652, que se le puso en libertad. Los sediciosos de Nápoles ofrecieron la corona á D. Juan

de Austria, queriendo lisonjearle por un medio tan traidor; mas el jeneroso D. Juan los desechó con indignacion guardando al rey su padre la debida fidelidad.

Sintiéndose agraviado el rey D. Felipe en la paz de Munster, continuó por sí solo la guerra contra la Francia, é hizo respetar las armas españolas en Italia, Flandes, Rosellon y Cataluña. El archiduque Leopoldo invadió y destruyó la Picardía y la Champaña, se apoderó de san Venancio, del fuerte de la Mota, de Gravelines y otras fortalezas; D. Felipe reconquistó á Nápoles, ganó la famosa batalla de Valencia sobre el Pó, á lo que contribuyó mucho el haberse pasado á su partido el duque de Enghien, ya príncipe de Condé, perseguido por el cardenal ministro de Francia Mazarino; y aunque doña Ana de Austria tuvo sucesos no menos prósperos, ya venciendo al ejército español, ya tomándole varias plazas, sin embargo pidió la paz, y despues de algun tiempo se establecieron las negociaciones en la isla de los Faisanes (que forma el rio Vidasoa en la frontera de ambos reinos), las cuales se concluyeron con la famosa paz de los Pirineos, cuyos principales artículos fueron el matrimonio de la infanta de España doña María Teresa con el rey de Francia Luis XIV, la cesion del Rosellon, parte del Artois y los derechos de España sobre la Alsacia; estos tratados de paz constan de ciento veinticuatro artículos, en los cuales apuró Mazarino todos los recursos de su diestra política, y en ellos se determinan las plazas que en Flandes habian de quedar á la Francia, y las adjudicadas á España; ceder aquella el Rosellon y demas dominios que esta poseia de la parte de allá de los Pirineos, el perdon de los catalanes, reintegrándoles en sus empleos, honores, posesiones y privilejios, y privar á los portugueses de los ausilios de la Francia.

Desembarazado D. Felipe de enemigos esteriores, y habiendo fallecido D. Juan IV en 1656, volvió sus fuerzas contra los portugueses; y doña Luisa de Guzman, viuda del difunto don Juan, que gobernaba aquel estado por la menor edad de su hijo Alfonso VI, viendo los preparativos que se hacian en Castilla, no quiso esponerse á las continjencias de una guerra, y creyó mas útil negociar un partido honroso. Felipe IV se mantuvo

inexorable, envió nuevas tropas bajo el mando de D. Juan de Austria para ayudar á las que anteriormente habian entrado en la provincia de Alentejo, y tambien envió al duque de Osuna con tres mil hombres, para que al mismo tiempo se introdujese por la parte de Ciudad Rodrigo. Renováronse las hostilidades con mucho empeño, tomaron los españoles á Ebora, Estremoz y otras plazas, destrozaron un cuerpo de doce mil portugueses en Valdelamula, y habiendo puesto sitio á Castel-Rodrigo fueron completamente derrotados, como igualmente lo fué D. Juan de Austria el año anterior. En estas batallas fueron ausiliados los portugueses por Inglaterra y Francia, á pesar de los tratados que se habian celebrado. D. Juan de Austria y el duque de Osuna hicieron dimision de sus destinos en el año 1665, sucediéndoles el marqués de Caracena; y en 17 de junio del mismo año fueron atacadas las tropas españolas cerca de Villaviciosa y derrotadas despues de un reñido combate en que los españoles hicieron prodijios de valor, perdiendo en esta batalla cuatro mil hombres, gran número de prisioneros, el bagaje, muchas banderas y demas efectos de guerra. Con esta memorable victoria se decidió la suerte de Portugal, pues desde entonces quedó separado para siempre de España, y asegurada la corona en el duque de Braganza y su posteridad. El descrédito que este golpe causó á la nacion española hizo mucha impresion en el ánimo del rey D. Felipe, y de sus resultas le provino una grave enfermedad que le quitó la vida el dia 17 de setiembre del mismo año 1665, á los sesenta años y seis meses de edad, y cuarenta y cuatro de reinado; dejando de su primera esposa doña Isabel de Borbon á la infanta doña María Teresa, y de la segunda, doña Mariana de Austria, á Margarita Teresa y al príncipe D. Cárlos: tuvo ademas un hijo natural que fué D. Juan de Austria. D. Felipe estaba dotado de un buen talento; pero su vergonzosa indolencia le hizo abandonar el gobierno en manos del conde duque de Olivares y sus parciales, quienes ofuscaron sus bellas cualidades; y así, aunque moderado, afable, jeneroso, bienhechor y amante de sus súbditos, nunca fué temido ni respetado, ni supo manejar el reino del modo que se necesitaba en circunstancias tan apuradas.

Carlos ii.—(1665). Apenas contaba este príncipe cuatro años cuando sucedió á su padre; y por consiguiente quedó sujeto á la tutela de su madre la reina doña Mariana. Encargada esta de la rejencia, gobernó el reino con una autoridad absoluta, porque los seis consejeros que, segun el testamento del difunto rey, componian la rejencia, se sometieron á su voluntad dejándola obrar á su arbitrio. Parecia regular que D. Juan de Austria por su calidad, sus buenas prendas y opinion hubiese ocupado el primer lugar entre los elejidos para el gobierno, y mas porque poseia el amor de la nacion, la cual se resintió de tal desaire. La reina doña Mariana por la influencia de la córte de Viena atendia mas á los intereses de Alemania que á los de España. El primer paso que dió fué elevar á su confesor el padre Nithard, jesuita aleman, á la dignidad de inquisidor jeneral y consejero de estado, y muy pronto se hizo el árbitro en el gobierno: no apreciaba á los españoles; pero estos le aborrecian á él, pues le tenian por la causa impulsiva del odio de la reina contra D. Juan de Austria á quien se hizo retirar á Consuegra, porque era el único que podia hacer frente al favorito Nithard, en cuyas inespertas manos se habia puesto el cetro de España; y como todos consideraban á la reina causante de tal injusticia, aborrecian su gobierno.

Entretanto Luis XIV, desentendiéndose de la solemne renuncia que habia hecho la infanta doña Maria Teresa cuando se casó con él, pretendió la posesion del Brabante y el Franco Condado; bien que su intencion fué la de redondear sus estados á costa de un reino débil y entregado en las manos de una mujer y un fraile. Rompió la guerra año de 1666, y su primer ensayo fué la toma de Charleroy, al mismo tiempo que el numeroso ejército mandado por el mismo Luis, penetró en el centro de la Flandes y se repartió para apoderarse, como lo hizo despues de algunas débiles resistencias, de Ath, Tournay, Bergues, Furnes, Armentieres y Courtray; Dowba y Udenarda se defendieron vigorosamente, y abiertas trincheras se entregaron despues de cinco dias. Lila se hallaba guarnecida de dos mil hombres de infantería y ochocientos caballos, bajo el mando del valeroso y esperimentado militar conde de Broy;

y despues de haber sufrido un sitio de nueve dias sin haber recibido socorros, capituló. La reina gobernadora y su confesor intentaban alejar de sí á D. Juan de Austria, y le nombraron gobernador de los estados de España en Flandes; pero D. Juan, recordando los sucesos de la campaña de Portugal, en que por la falta de ausilios le comprometió la reina, no quiso admitir el mando, pues no dudaba que su reputacion iba á ser igualmente comprometida. En esta resistencia se fundó la calumnia de que D. Juan era cabeza de una conspiracion fraguada contra la vida del confesor, y se le quiso prender, mas huyó refujiándose á Aragon, en donde supo que D. José Mayadas, á quien apreciaba mucho, habia sido preso en Madrid á las once de la noche y ahorcado dos horas despues por órden de la reina, sin que se hubiese podido saber la causa: D. Juan la atribuyó al rencor del padre Nithard contra todos sus amigos, y se empeñó en arrojar de España al confesor de la reina ó perecer en la empresa. Inmediatamente desmintió la impostura que se le hacia, ecsijió de la córte una satisfaccion y la salida del padre Nithard. Se le quiso halagar con el permiso de acercarse otra vez á la córte, y D. Juan lo verificó llegando hasta Torrejon de Ardoz, tres leguas distante de Madrid, donde puso la tropa que traia en órden de batalla: los rejentes se intimidaron, le enviaron el nuncio del papa con un breve en que le ecsortaba á transijir con la córte, y le pidieron cuatro dias de término para darle una completa satisfaccion: D. Juan insistió en que dentro de dos dias se verificase la separacion del padre confesor y su salida de España; lo que tuvo efecto por medio de un decreto honorífico que espidió la reina enviándole á Roma en clase de embajador estraordinario. Despues de algunas contestaciones entre la córte y D. Juan, en que tomaron partido Cataluña, Aragon, Granada y otras provincias en favor de éste, se le ecsimió del gobierno de los Paises Bajos, nombrándole virey y vicario jeneral de Aragon, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y Cerdeña, poniendo su córte en Zaragoza, por cuyo medio se restableció en algun modo la tranquilidad del reino. La prosperidad de las armas francesas seguia en aumento, pues Luis se apoderó del Franco Condado

y otros estados en Flandes.

PAZ DE AQUISGRAN.—La Inglaterra, la Holanda y la Suecia que miraban con bastante temor el fomento de Luis XIV, se coligaron y formaron la triple alianza contra la Francia, obligando á esta á suspender sus conquistas; trataron de una paz que se firmó en Aquisgran en 1668, y por ella quedó Luis XIV dueño de todo lo que habia conquistado, á escepcion del Franco-Condado que devolvió á España; esta tuvo que reconocer la independencia de Portugal, y por soberano lejítimo de aquel reino á D. Alonso, hijo del duque de Braganza.

La tranquilidad de España duró muy poco; el desórden seguia en la corte y no se oian sino quejas que alguna vez tuvieron malas consecuencias. Al padre Nithard remplazó D. Fernando Valenzuela, paje que habia sido en casa del duque del Infantado: fué elevado al empleo de caballerizo mayor, á la dignidad de grande de España y único dueño de la voluntad de la reina. La nobleza se resintió, y corrieron por la córte rumores que hicieron temblar á Valenzuela; este procuraba desvanecerlos con agasajos, mas no pudo conseguirlo, pues cuando el rey tomó el mando fué desposeido de todos sus empleos y desterrado.

LOS FRANCESES VUELVEN Á ROMPER LAS HOSTILIDADES.—Luis XIV logró deshacer la triple alianza, separando de ella á la Inglaterra, y haciéndola de nueva con la Suecia: de este modo quedaron los holandeses espuestos á ser el juguete del resentimiento de un monarca poderoso. Con efecto, volvió Luis XIV sus armas contra la Holanda, que estrechó mas su alianza con España, con el emperador, con el elector de Brandemburgo y demas príncipes del imperio. Cuando parecia que el monarca francés se intimidaria, se vió todo lo contrario, pues marchó contra los holandeses con un fuerte ejército, y en poco mas de dos meses se apoderó de las provincias de Utrecht, Ower-Issel y Güeldres, con mas de cuarenta plazas fuertes y otras muchas que tambien conquistó en los Paises-Bajos; volvió á ocupar el Franco-Condado, y venció en 11 de agosto de 1674 al príncipe de Oranje en una famosa batalla que se dió en Senef. Mecina se sublevó, acojiéndose á la proteccion de los franceses, que no tuvieron reparo en favorecerla.

El duque de San Jerman, jeneral del ejército español en las fronteras de Cataluña, intentaba apoderarse del castillo de Bellegarde, y con cierto ardid en que hizo retirar de aquel punto el grueso de las tropas francesas, consiguió su objeto. Pasó á apostarse en Morellas, y el francés, salió á impedirle que se acercase á Perpiñan: San Jerman finjió retirarse á Cataluña, y el jeneral Bret le persiguió con toda la caballería; pero cayó en el lazo que el jeneral español le armó, pues luego que estuvo el francés entre las quiebras de aquellas montañas, se descolgó oportunamente la infantería española sobre la caballería enemiga, y la atacó de modo que acaso hubiera sido totalmente muerta ó prisionera si no hubiese acudido en su ausilio el jeneral francés Schomberg; sin embargo, perdió tres mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, siendo uno de los que quedaron tendidos en el campo un hijo del jeneral Schomberg. El duque de San Jerman tenia precision de retirarse á Cataluña, porque parte de sus tropas se habian de marchar á Sicilia, con motivo de una rebelion que estalló en Mecina, en donde el pueblo se habia apoderado de todas las fortalezas, escepto el castillo de San Salvador, y pedido ausilios á la Francia. Llegaron con efecto los socorros de Cataluña, y el gobernador atacó á los rebeldes, que le rechazaron con mucha pérdida. Una escuadra francesa llegó al puerto con tropas y víveres para los rebelados, y el caballero Balbello que la mandaba tuvo buen cuidado de apoderarse del castillo de San Salvador, á pesar de su gran resistencia, cuya entrega se hizo por virtud de una forzada capitulacion.

En toda la Europa se hacian grandes preparativos (1675) que anunciaban una guerra jeneral, y con efecto estalló: la Suecia, solicitada por el rey de Francia, se declaró contra Brandemburgo, Brunswich y Dinamarca que se habian confederado. El príncipe de Oranje se unió con el duque de Villahermosa, gobernador de los Paises Bajos contra los franceses que se habian apoderado de Lieja y Herbay, y amenazaban á Luxemburgo y Mons. La actividad con que Luis XIV siguió esta guerra, le hizo apoderarse con la mayor rapidez de Limburgo, Dinant y Huy, sin que tuviesen tiempo los aliados

para acudir á socorrerlos: se interpuso entre el ejército del duque de Lorena y el del príncipe de Oranje, logrando así que no se reuniesen, tomando al mismo tiempo á Santront y Tirlemont. Con esto cesaron los progresos del francés en los Paises Bajos, porque le fué preciso acudir á reforzar los ejércitos del Rhin y del Mosela. Las tropas imperiales mandadas por el jeneral Montecúculi, y las francesas dirijidas por el mariscal de Turena, hicieron en el Rhin una campaña de movimientos, que prueban la gran pericia de ambos caudillos, y en ella murió Turena en el acto de buscar un lugar á propósito para una batería: esta muerte facilitó á Montecúculi la toma de la Alsacia, y arrojar de ella al ejército francés: sitió á Tréveris, destruyendo al mariscal Oregui que venia á socorrerla, cuyo ejército quedó casi todo muerto ó prisionero, y poco despues tomaron los imperiales la plaza, en la que se hizo prisionero al mismo Oregui que se habia introducido en ella.

En la parte del Rosellon el jeneral Schomberg se apoderó de Figueras, plaza entonces poco fuerte: tomó á Bellegarde, el fuerte de la Capilla, y en la Cerdania ecsijió contribuciones. En el Faro de Mecina se encontraron la escuadra francesa y la española, y se trabó un reñido combate, que fué contrario á los españoles, porque en lo mas fuerte de él salió de Mecina Valbelle con sus bajeles y atacó á los españoles, quienes tuvieron que huir á Nápoles con pérdida de cuatro navíos y mucha jente. El jeneral Vivone entró en Mecina, y se apoderó de Augusta y de Leontini.

Paz de nimega. —(1678) La reina gobernadora de España, noticiosa de los progresos de la Francia, trató de enviar á Sicilia á D. Juan de Austria con título de vice-jeneral, porque imajinaba que con su presencia calmaria la rebelion, y porque sería muy conveniente no estuviese en España cuando el rey su hijo llegase á la edad de gobernar, cuyo tiempo estaba muy inmediato. Consiguió que el almirante holandés Ruitter viniese al Mediterráneo para contrarestar á la escuadra francesa en la costa de Cataluña, donde se le habia de reunir D. Juan de Austria, lo que no tuvo efecto, porque llegó el rey á la edad competente de tomar

el mando, y le escribió ordenándole venir á la córte. Pasó Ruitter á Mellazo, y ausilió con su escuadra á los españoles, quienes se apoderaron de Iviso que estaba por la Francia. La guerra seguia con el mayor ardor; pero habiéndose separado la Inglaterra de la alianza de los franceses, tuvo Luis XIV que acceder á las proposiciones de paz que le hicieron los de la liga, y en 1678 se concluyó un tratado en Nimega, por el que sacrificó la España el Franco-Condado, y todo lo que Luis XIV habia tomado en los Paises Bajos.

Para consolidar mas la paz con la Francia, trató D. Juan el matrimonio del rey con María Luisa de Borbon, hija del duque de Orleans y sobrina de Luis XIV; la reina queria casarle con una hija del emperador; mas el jóven príncipe prefirió la francesa: se celebró el matrimonio en Fontainebleau el 9 de agosto de 1679, y la nueva reina llegó á España el 3 de noviembre del mismo, habiendo sido recibida con el mayor regocijo. Cuando toda la nacion estaba entregada al júbilo, fué acometido D. Juan de Austria de una gran melancolía que, causándole una calentura violenta, le quitó la vida el dia 17 de setiembre del mismo año, á los cincuenta y dos de su edad. Apenas falleció D. Juan de Austria, trajo el rey á su madre á la corte, en donde no dejaron de ocurrir algunas intrigas.

Era de esperar que con el casamiento del rey de España y la princesa de Francia se cimentase entre las dos potencias la buena armonía y una paz duradera; mas el ambicioso Luis XIV, ensoberbecido con sus victorias, trató de continuar la guerra, buscando para ello un pretesto, que fué hacer á España varias proposiciones, obligándola á cederle el condado de Chiney en los Paises Bajos, amenazando con una escuadra á la isla de Mallorca, y finalmente obrando como si fuese el único árbitro de toda la Europa. La España se hallaba envuelta en intrigas de corte entre los partidos que aspiraban al mando: sin embargo el rey hizo alianza con el imperio, la Holanda y la Suecia; pero surtió esto poco efecto, porque el aleman tuvo que acudir contra los turcos que invadian la Hungría. Jénova, que estaba á la proteccion de España, temerosa de la preponderancia de Luis, se reconcilió con

él. El ministerio del duque de Medinaceli, en vez de atender á las necesidades públicas, intrigaba para conservarse en el poder, contra Eguia y otros que se lo disputaban; el confesor del débil D. Cárlos tenia tambien su parte en estas disesiones, apoyado en el ascendiente de su relijioso ministerio para infundir escrúpulos y temores en el corazon del jóven monarca, y finalmente, todo era un jeneral desórden y confusion.

Luis XIV pidió á España la cesion del condado de Alós, el viejo Ganté y otros territorios de Flandes, cuya pretension no se le concedió, fundando la negativa en el derecho de propiedad y en el tratado de la Barrera, en cuyo recinto se comprendian estos estados. En medio de estas turbulencias murió María Teresa, reina de Francia, y nació Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV, el mismo que despues sucedió en el trono de España.

Exausto esté reino de todo recurso para oponerse á la Francia, tuvo que hacer en Ratisbona una tregua de veinte años con Luis, á quien cedió el ducado de Luxemburgo en lugar del de Alós que pretendia: Courtray y Dixmude se restituyeron á España. Luis XIV (1684) siguió oprimiendo á todos los estados débiles que le habian sido poco afectos: hizo destruir las fortificaciones de Tréveris: envió una escuadra contra Jénova por solo haber manifestado inclinacion á España: bombardeó la ciudad, incendió uno de sus arrabales, aunque con alguna pérdida de los franceses; y sujetó al dux y á sus senadores, obligándoles á dar una satisfaccion al gabinete francés; mas el orgullo y desmesurada ambicion de Luis hizo que la Europa entera le aborreciese y se conjurase contra él.

El conde de Oropesa remplaza en el ministerio al duque de Medinaceli.—Conociendo el rey de España el desórden del ministerio en la administracion interior del reino, y los males que de ello resultaban á la nacion, trató de remediarlos: el duque de Medinaceli fué remplazado por el conde de Oropesa, el cual con su mucha intelijencia y los ausilios del marqués de los Velez, ministro de Hacienda, remedió en algun tanto la escasez, minorando el número y sueldos de los empleados; formó un fondo con las pensiones mal concedidas por la prodigalidad de sus antecesores; y si no pudo estinguir esteramen-

ta la miseria del estado, fué porque la corte no se prestó á disminuir sus gastos. El rey, con la mas buena intencion, se separó de sus diversiones, y se dedicó al trabajo y direccion del gobierno, de modo que se esperaba el total restablecimiento de una debilitada monarquía, pues sus grandes recursos bien aplicados, podian volverla á su antiguo esplendor.

Liga de Augsburgo.—Las relaciones diplomáticas con las demas naciones, dieron bien pronto á conocer las mejoras que se habian hecho en la administracion interior de España: abrieron los ojos á los príncipes de Europa para que conociesen el despotismo de la Francia, y los animaron á buscar el modo de romper su yugo: se hizo sospechar que la Francia aspiraba á la dominacion universal, con lo cual no fué dificil armar toda la Europa contra Luis XIV. Con efecto, se hizo una liga en Augsburgo entre el emperador, el rey de España, el elector de Babiera y otros muchos príncipes de Italia para obligar á Luis al cumplimiento del tratado de Nimega, y á la restitucion de cuanto habia usurpado. Aunque el príncipe de Oranje no se prestó á entrar en esta liga, se presumia que sus proyectos eran mas vastos. Mientras se hacian estas secretas negociaciones, Luis XIV hostilizaba á la España: una escuadra francesa apresó dos galeones españoles en el golfo de Cádiz, y ecsijió á esta ciudad mil escudos por libertarse del bombardeo.

En 1687 sitiaron los moros á Melilla y Oran; pero fueron rechazados de una y otra plaza por el valor de sus gobernadores, aunque ambos perecieron en los combates con setecientos cincuenta valientes españoles: sin embargo, habiendo continuado en el mando el duque de Veraguas, persiguió á los moros, é hizo en ellos una horrorosa carnicería, vengando de este modo la muerte de sus compañeros.

Aumentóse la alianza contra la Francia con la union de los venecianos, que fué muy útil, porque arrojaron á los turcos de la Morea. Cuando Luis XIV tuvo noticia de la liga de Augsburgo, agotó todos los medios para deshacerla; mas no pudo conseguirlo, y tuvo que prepararse para resistir la nube que iba á descargar sobre él. Los ocultos designios del príncipe de Oranje cuando no quiso entrar en la liga, se descubrieron en el

año 1688. Salió de Holanda con una grande escuadra que conducia catorce mil soldados de tierra, y se dirijió á Inglaterra, desembarcando en Torvay sin la menor oposicion, antes bien se le unieron todas las fuerzas de Inglaterra, por cuya razon tuvo que huir el rey Jacobo á refujiarse á París, en donde fué recibido y tratado con la mejor hospitalidad. Entretanto Oranje raunió en Lóndres el parlamento: este declaró depuesto del trono á Jacobo, y proclamó á su hija María con su marido, á quien coronaron con el nombre de Guillermo III. Este suceso asombró á Luis, porque se vió colocado entre dos opulentas naciones marítimas, y por otra parte amenazado de las considerables fuerzas de la liga; sin embargo, se anticipó á ser el agresor contra todos sus enemigos.

Guerra contra la Francia.— Invadió las fronteras del Rhin, sitió y tomó á Filisburgo, é hizo que le obedeciesen como dueño todas las plazas del Rhin, desde Maguncia á Strasburgo.

En 1689 murió la reina de España sin sucesion, y Cárlos II se casó de segundas nupcias con María Ana de Neoburgo, hija del elector palatino. La guerra se encendió por todas partes; la escuadra francesa encontró en el canal de la Mancha á la inglesa y holandesa, y las venció en un reñido combate; pero en Flandes fué batido el ejército francés con pérdida de mas de dos mil hombres; en Cataluña el mariscal Noailles tomó á Camprodon, Juaquera y Figueras; mas habiéndose reforzado el ejército español con tropas que vinieron de Italia, se opusieron á los franceses, los cuales despues de varios choques tuvieron que retirarse al Rosellon destruyendo antes la fortificacion de Camprodon, cuyo segundo sitio les costó dos mil hombres entre muertos y heridos. El ejército francés, al mando del mariscal de Luxemburgo, se encontró con el de los aliados en las orillas del Sambra, cerca del Fleurus, y se trabó una obstinada batalla, que tuvo sucesos varios con mucha pérdida de una y otra parte, hasta que el francés rompió el último cuadro que habia formado el príncipe de Valdeck, y penetró por el centro de los enemigos poniéndolos en retirada, y apoderándose del campo. Aunque la victoria quedó por los franceses, no la ganaron sin una enorme pérdida, pues les costó catorce

mil hombres entre muertos y heridos: la de los aliados fué de seis mil hombres muertos, ocho mil prisioneros y muchos heridos: dejaron en poder de los vencedores cuarenta y nueve cañones, doscientos carros de municiones, doscientos estandartes, y otros pertrechos de guerra. Los franceses talaron el Brabante y la Flandes: en la Alemania asolaron y destruyeron casi todas las campiñas y ciudades del palatinado: en el Piamonte se dieron diferentes batallas, de cuyas resultas cayó en poder de los franceses el ducado de Saboya, escepto las plazas de Montmelian, Saluces, Susa y otras fortalezas. El ejército aliado, con un refuerzo de cuatro mil españoles, se puso en estado de sostener á Turin. Por la parte del Rosellon eran las fuerzas de los franceses y españoles casi iguales; los primeros al mando del mariscal Noailles, se apoderaron de San Juan de las Abadesas, hicieron prisionera á la guarnicion de Ripoll, y pasaron á las llanuras de Vich para mantenerse á costa del pais; el marqués de Villahermosa les hizo frente, obligándolos á retirarse á invernar al Rosellon y á la Cerdania.

En 1691 el mariscal Noailles se apoderó de Urjel, fortificó á Bellerbert, esijió contribuciones en el territorio de Barcelona asolando todo el pais, sin que se hubiese podido oponer el virey, duque de Medinasidonia, por no tener suficientes tropas. La escuadra francesa bombardeó á Barcelona y Alicante; mas acudiendo la española huyó la francesa sin que se la hubiese podido dar alcance: las galeras de Nápoles y los corsarios de San Sebastian apresaron un buque francés de veinte cañones, y dos tartanas, con otras presas de bastante consideracion.

El rey de Francia entró en Flandes al frente de un ejército de cien mil hombres, sitió á Mons, plaza de las mas fuertes de los Paises Bajos, que estaba defendida por una fuerte guarnicion de tropas españolas, que se resistió vigorosamente agotando todos los ardides de la guerra; pero la muchedumbre de los franceses que se remudaban continuamente, puso á la plaza en tal situacion, que no habiendo tenido socorros despues de veinticinco dias de sitio, se rindió. En la Italia ganaron muchas victorias los franceses, se apoderaron de Benarque, Savigliano, Villafranca, Bizac, Veillane y Carmañola; mas ha-

biéndose reforzado el duque de Saboya, fueron rechazados de Coni, y el duque reconquistó á Carmañola y Saluces; Montmelian cayó en poder de los franceses.

Esta terrible guerra pasó á la isla de Santo Domingo: el gobernador francés que mandaba la parte occidental de ella, se propuso arrojar de allí á los españoles, y le salió mal su proyecto, porque rechazado de la ciudad de Santiago de los Caballeros con un gran daño, sufrió despues la muerte y la pérdida de casi todo su ejército en la llanura de Puerto Real: esta victoria la ganó D. Francisco Segura Sandoval, con un pequeño número de españoles; y don Jacinto Lopez Jicon, que mandaba una armada española, se apoderó de dos navíos y una fragata francesa en el puerto de Guarico.

El conde de Oropesa y el de Melgar, su sucesor en el ministerio, hicieron reformas en la administracion, que podrian muy bien haber mejorado la situacion del reino y cubierto las necesidades que provenian de las contínuas guerras; pero el prurito de gastar en placeres y magnificencias, consumió los productos del gran comercio de América, única industria que habia quedado á España. El duque de Medinasidonia penetró en el Rosellon hasta cerca del Boló, y temiendo que le cortase el mariscal de Noailles que se internaba en Cataluña, tuvo que retirarse. El jeneral francés sitió la plaza de Rosas, que estaba guarnecida por dos mil infantes y cuatrocientos caballos, al mando de D. Pedro Rovi, y al mismo tiempo le atacó por mar la escuadra francesa. El gobernador hizo los mayores esfuerzos para sostenerla; mas habiendo perdido en los ataques mucha jente y un brazo que le llevó una bala de cañon, se vió obligado á rendirla: el castillo de la Trinidad, falto de socorros, tuvo que capitular pocos dias despues.

El mariscal de Luxemburgo habia penetrado por Flandes hasta Lieja y sitió á Huy; mas habiendo amenazado el príncipe de Oranje al Artois, acudió Luxemburgo al socorro de aquella provincia, y avistándose los dos ejércitos principió una reñida batalla en Nerwinda, cuya villa fué tomada sucesivamente cuatro veces por uno y otro ejército con gran mortandad, hasta que por fin quedó en poder de los franceses, como igual-

mente la plaza de Charleroy, que hizo resistencia con cuatro mil hombres que la guarnecian hasta no quedarle mas que la mitad de esta jente. Los franceses fueron arrojados despues de todo lo que poseian en el Piamonte, y los aliados emprendieron por este tiempo el sitio de Piñerol, que defendió valerosamente el conde de Tessel.

Paz jeneral de Riswik. — (1697) La España sufrió considerables pérdidas por espacio de ocho años que duró esta obstinada guerra; la tomaron los franceses muchas plazas en Cataluña, entre ellas Barcelona. Los aliados, cansados tambien de una lucha tan desastrosa, trataron de conciliar sus particulares intereses, y nombraron plenipotenciarios, que se reunieron en el castillo de Riswik, en donde se ajustó una paz jeneral el dia 20 de agosto del año 1697, por la que se restituyó á España todo lo que la Francia habia conquistado despues del tratado de Nimega.

Intrigas de los aspirantes á la sucesion de Carlos II. — Cuando España concluyó la guerra esterior, fué aflijida por la intestina, orijinada por la enfermedad que hacia tiempo molestaba al rey; y como no tenia sucesion, principiaron discordias de bastante consecuencia entre los ambiciosos que aspiraban al trono y sus partidarios. Unos intentaban dividir el reino entre las familias que pretendian tener derecho; otros se inclinaban á favor de la casa de Austria, y otros á la de Borbon. La casa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el rey, como descendiente de ella, y por el influjo de la reina, del almirante de Castilla, del marqués de Melgar y del conde de Oropesa, que tenian esclavizada su voluntad en términos, que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor jeneral Rocaberti, que estaban por la casa de Borbon, procuraron dar cuerpo á esta voz supersticiosa, que no dejó de infundir cierta desconfianza en el ánimo del rey, cuyas dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores. Por otra parte, el padre frey Froilan Diaz, su nuevo confesor, apoyaba la ficcion, ecsorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman, cuyas voces y anatemas aterraban al doliente sin curarle, y aumentaban su natural pusilanimidad. El pueblo, escandali-

zado, pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros, y el rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la casa de Austria unos ajentes tan poderosos.

Los buenos españoles no permitian la desmembracion de ninguno de sus estados, y de estos era uno el cardenal Portocarrero, cuyo sistema de política estaba por la integridad de la monarquía española; y viendo que su plan no podia efectuarse teniendo por contraria á la Francia, inclinó al rey á que con arreglo á las leyes nombrase al duque de Anjou por su sucesor: D. Cárlos quiso tranquilizar su conciencia, y habiéndolo consultado con el papa, le contestó este en favor de la pretension de Portocarrero, por lo que otorgó el rey su testamento el dia 21 de octubre del año 1700, nombrando por heredero de todos sus estados en ambos mundos á Felipe, duque de Anjou: el dia 29 del mismo mes nombró una junta para que gobernase durante su enfermedad, y murió en 1.° de noviembre á los treinta y nueve años de edad y treinta y cinco de reinado. Fué Cárlos un príncipe de buenas costumbres; pero su suavidad, carácter débil y escasez de conocimientos fueron muy perjudiciales al reino, el cual con su muerte quedó espuesto á temibles disensiones.

Resumen de la dominacion de la dinastia austriaca.—La dinastía austriaca, estinguida en Cárlos II, habia consumido todos los medios de fuerza que poseia la nacion, creados por Fernando V, en empresas y guerras inútiles, y por consiguiente dañosas á la España. A la verdad, tuvimos la gloria de ser la potencia dominante en Europa durante siglo y medio; y á este fantasma efímero (porque ¿qué son ciento y cincuenta años en la vida de las naciones?), á esta ilusion peligrosa, de la cual nos despertaron el tratado de Westphalia y el de los Pirineos, se sacrificaron los tesoros del Nuevo-mundo, la industria y agricultura nacional, y un diluvio de sangre española. ¿Por qué Cárlos V en el repartimiento que hizo de su mal combinado imperio entre las dos ramas austriacas, nos dejó el Franco-Condado y los Paises Bajos, causa y alimento de guerras destructoras, y que en nada aumentaban el poder de la España?

Fernando V conocia mejor los cimientos que debian darse á la potencia española; Africa era el teatro natural de nuestra

ambicion; poblarla y civilizarla debió ser el objeto de nuestros hombres de estado. ¿Qué nos importaban las guerras de relijion de Francia ó de Alemania? Dueños del Mediterráneo por la posesion de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, por la dependencia de Jénova que era casi un vasallaje, por la nulidad de Venecia y por la debilidad de los Estados pontificios y de Toscana, pudimos oponer nuestras fuerzas navales y terrestres á las tribus bárbaras de los turcos. Si Felipe II no hubiera tenido otras guerras á que atender despues de la batalla de Lepanto ¿hubiera sido tan inútil esta memorable victoria? El poder de España aumentándose á costa de los musulmanes, enemigos naturales de la nacion, hubiera convertido en ciudades florecientes de comercio las guaridas que Arjel, Tunez y Trípoli dieron á los piratas; y nuestras escuadras, recorriendo victoriosas desde el Estrecho hasta la costa de Siria, hubieran convertido la Grecia y el Ejipto en coloniasó provincias de la monarquía española. Su potencia hubiera estado concentrada, y las comunicaciones hubieran sido fáciles por la superioridad de nuestra marina, que hubiéramos conservado, porque era evidente su necesidad.

Pero Cárlos V, sucediendo á aquel gran monarca, cambió el teatro de su ambicion y desplegó nuestras fuerzas en el Elba, el Danubio y el Mosela, donde nada teníamos que ganar. Felipe II quiso aumentar su poder en los estados que ya tenia, mas bien que conquistar otros de nuevo. La política de Felipe III fué conservar. Felipe IV, queriendo invadir perdió, y vemos que en tiempo de Cárlos II, á pesar de las pérdidas del Franco-Condado y de una parte de la Flandes, aun se queria conservar lo que teníamos en los Paises-Bajos y en Italia: uno de los motivos mas poderosos que hicieron popular en España el partido del duque de Anjou, fué la esperanza de que con el poder ausiliar de la Francia se podria conservar la Béljica y la Italia. Todos los buenos españoles, al mismo tiempo que confesaban lo inútiles que nos eran aquellos dominios, creian sin embargo que estaba consignada á su posesion la gloria del nombre y la dignidad del trono español; mucho mas cuando sentian vivamente cuán ignominioso era para la nacion sufrir la ley de los tratados de repartimiento del Haya y de Lóndres.

Habia ya caido el antiguo poder de la España; pero la memoria de su esplendor vivia en todos los corazones, y este espíritu de pundonor, que es característico de los españoles, siendo bien dirijido daba esperanzas, que despues se ampliaron, de nuestra resurreccion política.

Desgraciadamente, aunque el principio era noble y honrado, se oponia á las nociones mas elementales de la ciencia del gobierno. Era imposible conservar la Italia sino con fuerzas navales, y estas no las teníamos ni podíamos adquirirlas sino despues de muchas y grandes reformas en nuestra administracion interior. La herencia, pues, de la monarquía española íntegra, era la herencia de una guerra cruel, que pudiera haberse evitado cediendo desde el principio dominios inútiles que era imposible conservar.

La dinastía austriaca de España, que cuando conservaba todavia un gran poder cedió despues de cortos esfuerzos el reino de Portugal, tan cercano, tan fácil de conservar, tan útil á la España bajo todos conceptos, legó á la casa de Borbon la guerra con el resto de la Europa por sostener dominios y conquistas antiguas que de nada nos servian. La desgracia fué que se hizo una estrecha alianza entre el honor español que llevaba á mal las desmembraciones y la ambicion del gobierno francés, al cual acomodaba que la España, ya aliada suya, tuviese posesiones en Italia y en los Paises Bajos, que sirviesen de caminos militares á los ejércitos de Luis XIV.

Nuestra administracion interior era entonces poco mas ó menos semejante á la de toda la Europa en el siglo XVI; pero como primero Holanda, y despues Inglaterra y Francia habian mejorado sus leyes administrativas, y favorecido la produccion, se hallaban en opulencia y prosperidad un siglo delante de nosotros. La poblacion habia disminuido notablemente en España por la ruina de la industria, reducida casi al comercio de factoría de America, y se habrá observado en la historia que durante los reinados de Felipe IV y Cárlos II, una desgracia que sucediese á la flota de Indias, sumerjía á la nacion en la miseria y desconsuelo. La suerte de un pais industrioso y agricultor por la estension y feracidad de su terreno, estaba confiada por un gobierno indolente al arbitrio

de las olas y de los vientos.

Nuestra literatura era correspondiente al estado de decadencia de la nacion. Los vicios de Góngora y Palavicino plagaron la poesía y elocuencia histórica y sagrada, y no estuvo esento de ellos Solís, el mejor escritor de esta época. Muerto Calderon, se apoderaron él y Candamo del teatro, y con mucho talento dramático, produjeron obras medianas, porque Solís era conceptista, y Candamo el mas fiel de los discípulos de Góngora. Nicolás Antonio y Pellicer ilustraron los dos reinados últimos de la dinastía austriaca, mas como eruditos que como escritores clásicos.

Cuando murió Cárlos II estaba la nacion sin filósofos, sin poetas, sin oradores, sin riquezas, sin ejército y sin marina. Habia llegado en fin al último grado de decadencia. Una nueva era histórica se abre para la España á principios del siglo XVIII, y la Europa la vió, bajo los auspicios de la casa de Borbon, cobrar nuevas fuerzas y concurrir en el estadio de la gloria con naciones mas adelantadas entonces que ella; y si no aspiró á la supremacía que obtuvo en el siglo XVI, supo á lo menos trabajar con écsito por su felicidad, conservar su independencia, hacer respetar su pabellon, mejorar notablemente sus leyes administrativas, y abrir los verdaderos manantiales de la riqueza pública. La gran dificultad era dar enerjía al pueblo español, desalentado con las calamidades contínuas de mas de medio siglo, y la adquirió en los mismos riesgos que rodearon á la dinastía de Borbon en sus principios. La España era indolente cuando la atacaban en Flandes y en Italia; pero apenas vió invadidas sus provincias interiores, despertó del letargo, y volvió á hallarse con aquellos brios, con aquella constancia indomable que triunfó de los sarracenos en una lid de ochocientos años.

CAPITULO XII.

España bajo la dinastía de Borbon: Felipe V. — Guerra llamada de sucesion. — Toma de Jibraltar por los ingleses. — El archiduque Cárlos se apodera de gran parte de España. — Entrada del archiduque en Madrid. — Felipe V recobra esta capital y otros muchos pueblos. — Batalla de Almansa. — Batallas de Brihuega y Villaviciosa. — Paz de Utrech. — El cardenal Alberoni. — Renuncia de Felipe V. — Luis I. — Felipe V segunda vez. — Fernando VI. — Cárlos III. — Infructuosa tentativa para reconquistar la plaza de Jibraltar. — Cárlos IV. — Guerra con la Francia. — Guerra con los ingleses. — Combate naval de Trafalgar. — Tratado de repartimiento del Portugal. — Invasion de los franceses. — Motin en Aranjuez. — Abdicacion de Cárlos IV.

OCTAVA EPOCA.

España bajo la dinastia de Borbon: Felipe V. — (1701) Cuando Luis XIV recibió en Francia el testamento de Cárlos II, en el que nombraba por sucesor de la corona de España á su nieto Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, reflecsionó sobre su contenido y el tratado de repartimiento que infrinjió aceptando la disposicion testamentaria, y haciendo proclamar en Francia á su nieto por rey de España el dia 19 de noviembre de 1700. D. Felipe entró en Madrid en febrero del siguiente año, y fué proclamado con las mayores demostraciones de amor y regocijo, ya por el derecho con que entraba á gobernar el reino, y ya por las grandes esperanzas que fundaban en él los españoles por sus grandes talentos en la corta edad de diezisiete años. El atractivo de su juventud, sus nobles modales, su afabilidad y loables prendas, le adquirieron el amor de todos los españoles; pero á pesar del derecho de la sangre, la justicia que le daba el testamento del difunto rey, el reconocimiento del papa Clemente XI, del rey de Inglaterra Guillermo III, Pedro II de Portugal, Federico IV de Dinamar-

ca, la república de Holanda y otras, fué necesario que él mismo se asegurase con su valor la posesion del trono.

Guerra de sucesion.—El emperador Leopoldo fué el único que no reconoció á Felipe, por sostener el derecho que suponia en favor de su hijo D. Cárlos á la corona de España, proponiéndose disputarle el trono con las armas. Para salir con su empresa hizo que se declarasen á su favor varias potencias de Europa, especialmente aquellas que se habian inclinado al repartimiento: fueron estas Alemania, Inglaterra y Holanda, que formaron un solemne tratado en el Haya, que se llamó la grande alianza, proponiéndose el pretesto de equilibrar el poder entre las casas de Borbon y de Austria, para que así se asegurase la tranquilidad de la Europa. El rey D. Felipe hizo otra alianza con el Portugal, la Francia, el duque de Saboya y otras potencias, y este fué el principio de la guerra llamada de sucesion. Las primeras operaciones de la grande alianza fueron invadir la Lombardía y demas estados españoles en Italia: los ejércitos imperiales eran mandados por el príncipe Eujenio de Saboya, y el español y francés por el marqués de los Balbases, y los mariscales Catinat y Villeroy: el primero, despues de haber conseguido algunas ventajas contra los españoles y franceses que sostenian á Carpi y Chiary, sorprendieron á Cremona, en donde hicieron prisionero á Villeroy; pero no pudieron apoderarse de la plaza porque hizo una valerosa resistencia: bloquearon á Mántua, que estuvo muy apurada, y habria caido en manos de los sitiadores si no hubiese acudido á su socorro el duque de Vandoma. El rey don Felipe acababa de contraer matrimonio con doña María Luisa Gabriela, hija del duque de Saboya, el cual por esta razon seguia entonces el partido de la casa de Borbon: sin embargo, el duque y el rey de Portugal, abandonaron poco despues el partido de Felipe V, y se pasaron al de la grande alianza.

El rey D. Felipe creyó conveniente pasar á Italia, tanto para alentar á sus tropas, como para impedir los disturbios que movian en Nápoles el príncipe Eujenio y la casa de Austria. Encargó el gobierno á la reina su esposa, ausiliada de los consejos del cardenal Portocarrero. Apenas llegó á Nápoles cuando se estinguieron hasta las mas

pequeñas centellas de la sedicion; pues los napolitanos viendo restablecida en su posesion la casa de Anjou, y que su rey castigaba los agravios perdonando y dispensando gracias, se llenaron de júbilo, y le prestaron cuantos ausilios necesitaba para la defensa de aquel reino. Pasó D. Felipe inmediatamente á Milan y á santa Victoria para incorporarse con el duque de Vandoma, que acampaba allí su ejército. Tan pronto como llegó sorprendió á un cuerpo de alemanes: le derrotó, le persiguió por todas partes, poniéndole en fuga y quedando dueño del Modenés. A esta feliz espedicion siguió la famosa batalla de Luzara contra el príncipe Eujenio, en la que D. Felipe quedó dueño del campo, sin que sus enemigos se atreviesen á desalojarle de él, ni impedirle la ocupacion de la importante plaza de Guastala, que se le entregó á los seis dias de trinchera abierta.

Mientras D. Felipe aseguraba con estas victorias los estados de Italia, una escuadra inglesa de ciento cincuenta buques, se presentó delante de Cádiz é intimó en vano el reconocimiento del archiduque Cárlos; desembarcó en Rota, saqueó el puerto de Santa María, y cuando se disponian las tropas inglesas al asalto del castillo de Matagorda, fueron acometidas por una corta division que mandaba el marqués de Villadarias; portándose en esta accion con tanta gloria, que hizo huir precipitadamente á los enemigos hasta Rota, donde se rembarcaron. Los españoles recobraron á Rota y ahorcaron á su gobernador por traidor. La escuadra inglesa se dirijió á las costas de Galicia, y dando vista á una rica flota que se esperaba de las Américas, la embistió en las aguas de Vigo, y á pesar del fuego de la plaza y naves españolas y francesas que la convoyaban, se trabó un reñido combate ventajoso á los ingleses por la superioridad de sus fuerzas; viendo los españoles que era inevitable su pérdida, salvaron la jente y algunas mercaderías, é incendiaron la flota para que los enemigos no se aprovechasen de sus riquezas; sin embargo, los ingleses pudieron libertar mucha parte del dinero, y con siete buques de guerra que apresaron se retiraron victoriosos. Esta infausta noticia, la de haberse incorporado los portugueses en la liga contra España, deseosos de ensanchar sus dominios

por la parte de Galicia y aun en las Américas, y la desercion del duque de Saboya, que se vendió al emperador por la oferta que le hizo del Monferrato y otros dominios, obligaron al rey D. Felipe á volverse á España. Entretanto fué reconocido el archiduque en Viena por rey de las Españas é Indias con el nombre de Cárlos III: llegó á Lisboa en el año 1704, acompañado de una grande escuadra inglesa y holandesa, creido que tan luego como desembarcase en territorio de España le reconocerian los castellanos y le admitirian por el afecto que profesaban á la dinastía austriaca; mas le salieron fallidas sus esperanzas, porque los castellanos, fieles á su rey, é indignados de que se intentase someterlos á otro soberano, no se dejaron seducir de los manifiestos que esparcia el austriaco para ganarse el afecto y aumentar su partido. Llegó el rey D. Felipe á su capital, en donde fué recibido con el mayor entusiasmo de alegria por sus súbditos, quienes le prodigaron todo jenero de ausilios contra sus enemigos; con ellos y con las tropas que en su cocorro envió la Francia, se dirijió contra el inconstante portugués, emprendiendo la campaña con el mayor ardor, tomándole varios pueblos; entraron sus tropas, al mando del marqués de Villadarias, en Castel David y en Morvan, y se apoderó de todo el pais ecsijiendo contribuciones á las provincias interiores de Portugal: por otra parte las armas españolas tomaron á Salvatierra, Segura, Peña-Garcia, Iraña, Monte-Santo, Castel-Blanco, Porto-Alegre y muchos pueblos mas. Otras pequeñas victorias obtenidas contra las tropas portuguesas hicieron mas gloriosa esta campaña que duró solos tres meses, porque los calores impidieron su continuacion. El rey D. Felipe se volvió á Madrid; el de Portugal y el archiduque quisieron penetrar en Castilla por la parte de Ciudad-Rodrigo; pero habiéndoles salido al encuentro el duque de Berwik con un corto número de valientes, no se atrevieron á medir con él las armas y huyeron vergonzosamente.

Toma de Gibraltar por los ingleses.— A esta felicidad sucedió la desgracia de haber tomado los ingleses por sorpresa la plaza de Jibraltar, que estaba guarnecida con solos o-

ochenta hombres faltos de víveres y municiones. Esta plaza no se ha podido recobrar desde entonces, aunque por parte de España se han hecho esfuerzos repetidos. Dueños ya los ingleses de Jibraltar, intentaron apoderarse tambien de Ceuta con la idea de hacerse dueños de la comunicacion del Océano y Mediterráneo, lo que no consiguieron, pues su gobernador el marqués de la Jironela, con la valerosa guarnicion, hizo una heróica resistencia, sin dar oidos á las seductoras promesas del archiduque; y los ingleses tuvieron que retirarse sin conseguir su objeto. Igual suerte tuvieron en Cataluña las insinuaciones del archiduque, aunque estaban á su favor ciertas partidas de desafectos; mas tuvo que retirarse nada satisfecho. Poco despues fueron atacados los ingleses en las aguas de Málaga por una armada francesa y española, trabándose un sangriento combate, de cuyas resultas se vieron obligados los ingleses á abandonar el Mediterráneo.

En Italia se incorporó el ejército de Saboya con los alemanes, y los franceses los desbarataron en varios encuentros, apoderándose el duque de Vandoma de Susa y Verceli, con otras plazas del Piamonte, obligando á los enemigos á retirarse hácia el Trentino; pero los imperiales fueron mas afortunados en Alemania ganando una gran victoria en Bleinhoim.

En 1705 los portugueses, ingleses y holandeses reunidos, reconquistaron á Salvatierra, Alburquerque y Valencia de Alcántara despues de una tenaz resistencia que hizo el gobernador marqués de Villafuerte, en la que sostuvo cinco asaltos y fué herido de gravedad: avanzaron hasta Badajoz, la sitiaron, y acaso habria caido en poder de los enemigos si no hubiese acudido á su socorro el mariscal de Tesse.

El archiduque Carlos se apodera de una parte de España.—Mientras los emisarios del archiduque, esparcidos por todas partes, disponian secretamente el ánimo de los naturales, se embarcó el archiduque en Lisboa con un buen armamento, con el que se presentó delante de Alicante, donde le recibieron á cañonazos sin permitirle desembarcar un solo hombre: pasó á Denia, que le entregaron varios sediciosos, y desde allí se dirijió

á Barcelona, porque en ella reinaba la discordia entre los partidos, que se distinguian con los nombres de Maulets y de Botifiers; los primeros defendian al rey, y los segundos al archiduque; ambos partidos manifestaban en lo esterior bastante indiferencia, y aun se prestaban á dar ausilio al virey; pero los del archiduque procuraban facilitarle la entrada, y cuando se presentó delante de la plaza se declararon sin rebozo á su favor haciendo venir una multitud de bandidos á la puerta de la ciudad, bloqueándola por tierra para impedir la entrada de todo socorro: propagóse la insurreccion por casi todos los pueblos, de modo que se vió la capital reducida á la mas deplorable situacion. Saltó en tierra el archiduque, ocupó por sorpresa el castillo de Monjuí, batió la ciudad con el mayor rigor, y á pesar de su gran resistencia, abiertas brechas por todas partes, sin fuerzas para contener un asalto, tuvo al fin que rendirse por capitulacion. En Tarragona sucedió lo mismo; Jerona, Lérida, Tortosa y Figueras, ocupadas por partidas de malvados, se entregaron tambien. Finalmente, todo el principado quedó subyugado al archiduque, escepto Cervera y Rosas, que se defendieron con mucha lealtad y esfuerzo. El incendio se propagó al reino de Aragon que se prestó á la obediencia del archiduque, menos la plaza de Jaca, que se sostuvo leal: siguió al reino de Valencia, en el cual solo se mantuvieron firmes Alicante y Peñíscola: en la Mancha se dejaban percibir algunas centellas: últimamente el mal se jeneralizó, y el remedio se hizo mas urjente, pero mas dificultoso, pues separado el Aragon de Castilla, se vió privado D. Felipe de unas cuantiosas rentas, con las cuales podría haber acudido al socorro de sus estados invadidos por tantos puntos. Sin embargo de tan desgraciados sucesos, el rey envió contra Valencia al conde de las Torres; y encontrando este en los pueblos mucha resistencia, ejerció sobre ellos todo el rigor de la guerra; puso fuego á Paterna y á todos los pueblos rebeldes hasta San Mateo, y redujo á cenizas todos los molinos y alquerías; el pueblo de Cuarte consintió abrasarse con mucha parte de sus habitantes por no someterse al rey; Villareal, que no quiso entregarse á partido, fué entrada á la fuerza, incendiada, y pasados á cuchillo to-

dos sus habitantes sin escepcion de secsos ni edades, y todo habria quedado reducido á cenizas si los pueblos no hubiesen manifestado docilidad, y si el rey no hubiese tenido que reforzar el ejército que trataba de enviar á Cataluña. Esta provincia no era mas feliz, pues con la licencia y desenfreno de la soldadesca apenas hay calamidad que no hubiese sufrido; asesinatos, violencias, robos, y todo jénero de escesos se ejercian por todas partes: los catalanes, luego que vieron marchar al rey D. Felipe contra la capital, retiraron todos sus ganados á lo interior del pais, quemaron los víveres y sus haciendas para que pereciesen de hambre las tropas castellanas, envenenaron las aguas, y en una palabra, no hay esceso alguno que no cometiese su desenfreno y ecsaltacion. El dia 3 de abril de 1706 se presentó don Felipe con su ejército delante de Barcelona, llevando en su compañía al mariscal de Tesse; la sitió, tomó el castillo de Monjuí despues de una desesperada resistencia, y redujo la plaza al mayor apuro: viéndose sus defensores en aquel conflicto, cercados por mar y tierra, sin esperanza de socorro, hacian algunas salidas de noche precipitándose desesperadamente sobre las bayonetas de los sitiadores, buscando la muerte ó la victoria. Rechazados por todas partes y abierta brecha en la muralla, se esperaba por momentos que la plaza y el archiduque, que estaba encerrado en ella, cayesen en manos del rey, cuando se avistó una escuadra inglesa; y la francesa, que sitiaba la plaza, viéndose inferior en fuerzas, tuvo que retirarse: el ejército real se vió precisado á levantar el sitio y pasar al Rosellon con bastante molestia: desde allí partió el rey á Madrid; el archiduque penetró por Aragon, entró en Zaragoza, y recibió el vasallaje que le prestaron los demas pueblos.

Los portugueses y sus aliados entraron por Castilla, se apoderaron de Alcántara, Ciudad-Rodrigo y Salamanca, y rindieron todos los pueblos del paso hasta Madrid: el rey abandonó la capital, trasladando su córte á Burgos con todos los tribunales, porque temió ser sorprendido, y pasó á Sopetran donde acampaba el grueso de su ejército. Efectivamente, los portugueses entraron en Madrid, que se entregó por no poderse defender; pasaron á Cuenca, cuyos habitantes se resistieron, y desde a-

llí fueron á incorporarse con el archiduque que se hallaba ya en Guadalajara.

El jeneral desaliento que notaba el rey en sus tropas le ponía en la mayor consternacion, mas su valor y resolucion de morir antes que abandonar sus pueblos, le hicieron desechar los consejos que algunos pusilánimes le dieron para que trasladase su trono á Méjico: lejos de aceptar semejante partido, se resolvió á no ceder sus derechos, dedicándose á inflamar el ánimo de sus soldados de tal modo, que les hizo recobrar su antiguo valor, y jurar no abandonar á su rey en peligro alguno, deseando ya venir á las manos con sus enemigos. Los aliados no supieron aprovecharse de sus victorias, y envanecidos con ellas permanecian en una inaccion que dió lugar á que el rey reuniese sus tropas, reconquistase á Madrid, aprisionase al conde de las Amayuelas, que con tropas portuguesas guarnecia esta capital, y que destruyese los ejércitos aliados sin empeñarse en una batalla decisiva. El archiduque se retiró á Valencia, y el rey restituyó su corte á Madrid. El conde de Santa Cruz, gobernador de Cartajena, hizo traicion al rey entregando esta ciudad á los enemigos, y pasó á su partido con dos galeras que llevaban á Oran gran cantidad de dinero; rindió á Alicante despues de una vigorosa resistencia y menazó á Murcia; mas su obispo, D. Luis Velluga, se puso al frente de una porcion de leales que mantenia á su costa, y la defendió con el mayor valor, obligando á los enemigos á retirarse con vergüenza, dejando en su poder la ciudad de Orihuela, y despues de cinco dias de sitio se apoderó de Cartajena. Los navarros, leales al rey, defendieron sus fronteras contra los aragoneses rebeldes, habiéndose distinguido en esta ocasion con la mayor bizarría el obispo de Calahorra: por la parte de Salamanca rechazaron los naturales á los portugueses que intentaron invadir á Castilla: las islas Canarias se resistieron con el mayor teson contra una escuadra que intimó la rendicion á Tenerife. No sucedió lo mismo en Mallorca, pues se levantó una sedicion contra el virey, que queria defenderse de una escuadra enemiga, y se vió obligado á capitular y entregar las islas Baleares.

Cuando ocurrian estos sucesos en la Península, los impe-

riales ganaron en los Paises Bajos á principios del año 1706 la batalla de Ramilliers, tomaron á Bruselas y muchas plazas que pertenecian á España y Francia, derrotaron las tropas de esta potencia delante de Turin, de cuya plaza se apoderaron, y sucesivamente del Piamonte, el Modenés, el Milanesado, Mantuano y casi todo el reino de Nápoles; pero despues triunfaron las armas españolas y francesas en la batalla de Castillon.

BATALLA DE ALMANSA.—(1707) Luis XIV enviaba á España un ejército dividido en tres cuerpos, que habian de entrar el uno por Castilla para reunirse con el español, el otro por el Rosellon y Cataluña, y el otro por Aragon y Navarra. Los españoles enemigos del rey, trataron de atacar al ejército castellano antes que se uniese al francés que mandaba el duque de Orleans, y habiendo marchado hácia Valencia, le encontraron los enemigos el 25 de abril: á pesar de lo avanzado del dia se empeñó una batalla que estuvo indecisa mucho tiempo: cargaron al fin los castellanos sobre los aliados que estaban reunidos, y se decidió la victoria en favor del ejército del rey, quedando muertos en el campo seis mil aliados, entre los que se contaban rejimientos enteros de portugueses; se les tomó toda su artillería, compuesta de veinticuatro cañones, ciento veinte banderas, un considerable número de armas y municiones, trescientos carros de víveres, con otros infinitos despojos; se hicieron prisioneros cinco jenerales, siete brigadieres, veinticinco coroneles, y un crecido número de oficiales de todas graduaciones con doce mil soldados; por manera que en la batalla de Almansa perdieron los aliados dieziocho mil hombres, y el rey don Felipe aseguró la corona de España. Este feliz suceso hizo que los reinos de Valencia y Aragon se sujetasen á la obediencia del rey, y que en Cataluña le reconociesen tambien en el año 1708 las ciudades de Lérida, Tortosa, Puigcerdá y la Cerdania entera. Al mismo tiempo perdieron los portugeses á Moura, Serpa, Ciudad-Rodrigo, y en Goudiña perdieron igualmente una memorable batalla por la buena direccion del jeneral español marques del Bay. Los confederados se hallaban con solos cinco ó seis mil hombres; mas reforzados en el año siguiente con un crecido número de tropas, volvieron contra Tortosa y

Menorca y se apoderaron de ellas.

En los Paises Bajos derrotó el príncipe Eujenio al ejército francés, apoderándose de muchas plazas por la memorable victoria de Malplaquet, obligándole á retirar las tropas ausiliares de España, y á pedir la paz á Holanda, que no le quiso otorgar. Aunque el rey D. Felipe quedó reducido á solas sus fuerzas, se empeñó en no abandonar el trono de España, á pesar de que el papa habia reconocido por rey de ella al archiduque, dando paso por sus estados á las tropas imperiales contra el rey de Nápoles. En Cataluña se apoderó de la plaza de Balaguer el jeneral de los aliados Staremberg, sosteniendo varias refriegas que duraron todo el año.

En el de 1710 se puso el rey D. Felipe al frente de sus tropas y marchó á Cataluña, acampando en las orillas del Segre, dos leguas distante de Lérida: quiso empeñar á los enemigos en una batalla que estos rehusaron, hasta que habiendo recibido refuerzos de los ingleses, acometieron al ejército del rey, le derrotaron y obligaron á ponerse en retirada para Lérida, desde donde se replegó á Aragon. Siguióle el archiduque, y en las cercanías de Zaragoza se trabó otra batalla que tambien perdió D. Felipe, de cuyas resultas se hicieron dueños los aliados de esta ciudad; no se detuvo en ella el archiduque, sino que marchó inmediatamente á Madrid, y el rey trasladó la corte á Valladolid, desde donde pasó aceleradamente á ocupar los puentes de Almaraz y del Arzobispo para impedir á los enemigos la comunicacion con el Portugal: resolucion que destruyó los planes de Staremberg, que confiaba en los refuerzos que los portugueses debian introducir por Estremadura. El archiduque tuvo noticia de que el jeneral Noailles trataba de entrar por el Rosellon en Cataluña con un ejército de franceses, y temiendo que le cortase la retirada, partió precipitadamente á Cataluña. Poco despues le siguió el ejército que tenia en Aragon, y el rey volvió á entrar en Madrid, en donde fué recibido con el mayor entusiasmo de alegría y lealtad, pasando en seguida á reunirse con sus tropas que estaban acampadas en Guadalajara. Caminaba el ejército de los aliados en dos cuerpos; el uno bajo el mando del jeneral Staremberg,

te componia de imperiales y portugueses, y el otro de ingleses y holandeses, se habia retrasado pernoctando en Brihuega. El duque de Vandoma, que habia venido á auxiliar al rey don Felipe, tuvo la precaucion de ocupar con algunas tropas el pueblo de Torija, cortando asi á Stanhope, jeneral de los aliados, la retirada y comunicacion con Staremberg; atacó á Brihuega, donde estaban fortificados los enemigos, emprendiéndose un choque de los mas sangrientos que se conocieron en esta guerra de sucesion, pues se disputó el terreno á palmos, y al fin fueron prisioneros de guerra los jenerales Stanhope, Hill y Carpentier, con muchos oficiales de diferentes graduaciones y cuatro mil ochocientos hombres, dejando muertos quinientos, y otros tantos heridos.

Noticioso Staremberg de esta derrota, voló inmediatamente al socorro de los suyos, pero llegó tarde. El rey marchó con su ejército al dia siguiente contra Staremberg, á quien encontró en las llanuras de Villaviciosa. El jeneral en jefe Vandoma dispuso la formacion de su ejército, encargó al marqués de Valdecañas el mando del ala derecha, al de Aguilar la izquierda, el centro al de las Torres, y él acudia á todas partes, habiendo colocado la artillería en dos líneas con mucho acierto. El rey se puso con su guardia á tiro de cañon de los enemigos, en un pequeño cerro. Los contrarios se prepararon, y creyendo que los fuerzas del rey por el ardid de Vandoma, eran mucho mas numerosas, y oyendo cañoneo á la parte de Brihuega, conoció Staremberg que los ingleses se habian rendido. Celebró pues un consejo de oficiales sobre suspender la batalla y en aquella noche retirarse á marchas dobles á las fronteras de Aragon, y preparó una batería para deslumbrar al ejército real; mas viendo Vandoma que se acercaba la noche sin emprender la accion, sospechó la intriga de Staremberg y mandó acometer á los contrarios: el ala derecha del ejército real rechazó y derrotó completamente la izquierda del enemigo, empeñándose en perseguirlos á pesar de que el jeneral Valdecañas procuró detenerlos para atacar el centro: este rompió la primera línea española por haber huido algunos soldados bisoños, que procuró reu-

nir su comandante conde de las Torres, mientras las tropas veteranas atacaban el ala enemiga: Vandoma entró con su reserva batiendo los costados del centro de los enemigos, con lo que se hizo la batalla jeneral. Staremberg se defendió con tanta valentía, que hizo desconfiar á Vandoma del écsito, creyendo perdida ó al menos indecisa la accion; pero Aguilar, que habia reunido sus tropas dispersas, cargó nuevamente sobre el ala derecha del enemigo, y desconcertó los planes de Staremberg, obligándole á hacer frente á las tropas reales, que avergonzadas del desórden que habian causado cargaron sobre los alemanes y portugueses logrando casi deshacer el ala izquierda de los aliados. Staremberg, en el centro, se vió obligado á formar el cuadro, y la caballería española se empeñó en deshacerle, arrojándose con temeridad sobre las bayonetas enemigas: en esto sobrevino la noche, que aprovechó diestramente el jeneral enemigo para emprender una retirada gloriosa, en la que fué molestado hasta muy entrada la noche por D. Feliciano Bracamonte con la caballería que mandaba, dividida en trozos, hasta que la oscuridad hizo cesar la batalla, concluyendo su retirada Staremberg con buen órden hasta un bosque inmediato con solos seis mil hombres que le quedaban, y el marqués de Valdecañas se apoderó de la artillería, bagajes y pertrechos de los enemigos. El rey mandó que el ejército permaneciese sobre las armas aquella noche: reunió un consejo de guerra para tratar sobre lo que debia hacerse al dia siguiente, enviando á Bracamonte con dos mil caballos para que se aprocsimase todo lo posible al enemigo y cubriese el campo, donde estuvo toda la noche. A esta célebre batalla debió Felipe V la corona de España: en ella murieron cuatro mil enemigos, dejaron seis mil prisioneros y muchos heridos, veinte cañones, dos morteros, cincuenta y siete banderas, los equipajes y demas efectos de guerra.

Luego que vino el dia emprendió Staremberg su marcha hácia Zaragoza, y escribió al archiduque disimulando la derrota; pero no pudo menos de decirle que no habia podido sacar su artillería por falta de caballerías, y que habia quemado las cureñas: se detuvo po-

co en Zaragoza, porque el ejército del rey entró en dicha ciudad el dia 19 del mismo mes de diciembre. El rey ordenó un sistema de tribunales en Aragon como el que habia dado á Valencia, conforme á las leyes de Castilla, quitándoles muchos fueros en castigo de su deslealtad. El jeneral Staremberg, precisado á encerrarse en Cataluña con muy pocas fuerzas, tuvo que sufrir los progresos del duque de Noailles que tomó á Jerona y otros varios pueblos reduciendo al archiduque á solas las plazas de Barcelona y Tarragona. Tantos desastres descontentaron á los aliados, y empezaron á desconfiar de su establecimiento en España: la muerte del emperador, ocurrida á la sazon, acabó de deshacer la liga, porque el archiduque fué llamado á aquel trono y marchó de Barcelona á tomar posesion de él.

Paz de utrech.—(1713) Los aliados trataron de evitar que en un solo monarca se reuniesen tantas coronas como habia poseido Carlos V, y se propuso una negociacion de paz. Abrióse un congreso en Utrech, compuesto de plenipotenciarios de todas las principales naciones de Europa, empezándose las conferencias en el año 1712, que caminaron con lentitud por las muchas y complicadas pretensiones de los concurrentes; y como se presentasen graves inconvenientes para la decision del tratado, propuso la Inglaterra á Felipe V la alternativa de renunciar sus derechos á la corona de Francia, transmitiéndolos á su hermano menor el duque de Berri, ó que cediese la España al duque de Saboya, indemnizándole por de pronto con los estados de este, el Monferrato, el Mantuano, el reino de Nápoles y Sicilia, cuyos estados podrian reunirse á la corona de Francia en caso de recaer esta en él ó en alguno de sus sucesores. Luis XIV admitia la proposicion; pero Felipe V, que amaba á sus vasallos españoles, no quiso abandonarlos, resolviéndose á hacer, como lo hizo, la renuncia, con la cual se concluyó y firmó la paz el año 1713, bajo los preliminares propuestos por Luis, cuyas principales condiciones fueron: que Felipe V sería reconocido rey lejítimo de España: que Cerdeña, Nápoles y Milan se agregarian á la casa de Austria, y el reino de Sicilia al duque de Saboya: que casi todas las ciudades de Flandes que habian pertenecido á España pasarian á la

casa de Austria bajo la custodia de los holandeses, y que la Inglaterra conservaria la plaza de Jibraltar y la isla de Menorca. Tambien fueron comprendidos en la paz jeneral los portugueses, logrando la ventaja de recobrar las plazas que habian perdido en sus fronteras, y adquirir la propiedad de la colonia del Sacramento, perteneciente á la corona de Castilla, bien que se reservó España la facultad de rescatarla por medio de algun equivalente que propondria.

El emperador de Alemania no quiso acceder á esta paz que le habria sido muy ventajosa, y con ella se hubiera terminado totalmente la sangrienta guerra que por espacio de trece años aflijia á la Europa. Lisonjeado con la esperanza de lograr sus designios en España aun por sí solo, siguió sus demandas hostiles hasta que le fué forzoso prometer la evacuacion de Cataluña, Mallorca é Iviza. Staremberg tenia principiada la campaña con el sitio de Jerona, que el duque de Berwik le hizo levantar á viva fuerza, obligándole á retirarse hácia la capital. Como en la paz estipulada se habia acordado la salida de los alemanes de Cataluña con una amnistía para los rebeldes, Staremberg hizo entrega de Tarragona al rey de España; pero no lo hizo de Barcelona y otros pueblos en que se habian fortificado los catalanes, porque habria sido necesario batallar con ellos, y por esto mucha parte de las tropas alemanas se pusieron á sueldo de los rebeldes. El rey D. Felipe empleó entonces todas sus fuerzas contra los catalanes; se apoderó de Manresa, Solsona y todas las fortificaciones de los rebeldes, escepto Cardona, y se preparó para sitiar á Barcelona.

El 14 de febrero de 1714 nació el infante D. Fernando, y murió la reina de sobreparto. El rey trató de contraer segundo matrimonio, y lo verificó con doña Isabel Farnesio, princesa heredera de Parma y Plasencia. No quedaba ya á D. Felipe para poseer tranquilo sus estados, mas que someter la Cataluña, que subsistia en su rebelion con el mayor furor: obstinados aquellos habitantes, mantenian una lucha muy desigual, y no querian ceder. Barcelona sufrió un cruel sitio, que cubria un ejército numeroso de franceses y españoles bajo el mando del duque de Berwik. El puerto lo bloqueaba una escua-

dra combinada, y nada intimidó á los catalanes para sostener su capital: erijiéronse en república independiente, cometieron la locura de pedir ausilio á los mahometanos, y lejos de desalentarse con la repulsa de la puerta Otomana, acudieron al emperador de Alemania, cometiendo las mayores bajezas para que los protejiese: últimamente se resolvieron á sostener su temeridad hasta morir. Como furiosos frenéticos hacian salidas, reforzando con tropas á los pueblos para animarlos á seguir la rebelion; mas el fruto que sacaron de esta temeridad fué la devastacion de los pueblos y la muerte de los que de nuevo se revelaban. No era ya decoroso al rey tolerar tamañas injurias; sin embargo, los ecsortó repetidas veces, mas nada consiguió. El duque de Berwik con quince mil franceses ausiliares, estrechó el sitio de la plaza, y empezó á batirla con vigor: impidió la entrada de socorros, acercó las trincheras, y ocupó las fortificaciones esteriores de los rebeldes, que resueltos á morir ó vencer, peleaban como desesperados: los miqueletes, repartidos en pelotones por las campiñas y por los desfiladeros, molestaban á los sitiadores, y se unian para sorprender las líneas matando á cuantos castellanos y franceses encontraban rezagados en pequeñas porciones. Abierta al fin brecha en la muralla, se dió el asalto jeneral que sufrieron los sitiados con una osadía é intrepidez dignas de mejor causa. Desalojados de las murallas, se atrincheraron en las calles, prolongando así la resistencia hasta el último estremo. No se daba ni se pedia cuartel; todo era confusion y degüello; la ciudad presentaba el aspecto mas horrible y doloroso, pues no se veian mas que desastres y llamas por todas partes, cuya lamentable escena duró treinta horas; mas al fin se convencieron los rebeldes de su impotencia, y tuvieron que rendirse á discrecion. La clemencia del rey olvidó todos los agravios y concedió á los rebeldes un indulto jeneral: aun las principales cabezas de aquellas desgraciadas conmociones solo sufrieron el castigo de perder su libertad, y el mayor que impuso á Cataluña fué la abolicion de todos sus fueros y privilejios. En el año siguiente (1715) se consiguió la pacificacion de las islas de Mallorca, Iviza y Formentera, que

tambien fueron comprendidas en el indulto jeneral.

Tranquilo ya D. Felipe en la posesion de su reino, trató de reparar los males que por tantos años se habian esperimentado; mas su escesiva condescendencia con la princesa de los Ursinos, camarera de la reina, que se habia hecho árbitra de su corazon, hubiera malogrado del todo los loables intentos del monarca, si un acontecimiento imprevisto no hubiese disipado los proyectos de aquella mujer astuta y ambiciosa. Aunque la reina difunta habia dejado dos hijos llamados D. Luis y D. Fernando, como el rey se hallaba en la robusta edad de treinta y un años, se trató de un nuevo enlace. Luis XIV le propuso á doña Isabel Farnesio, heredera de los estados de Parma y Plasencia, cuyas loables cualidades la hacian sumamente apreciable; y Alberoni, que se hallaba en la corte en calidad de ajente del duque de Parma, manejó el negocio con tal destreza que hizo recaer la eleccion de D. Felipe sobre la parmesana. Apenas puso esta el pie en España, advirtió la preponderancia de la camarera, y trató de poner remedio, haciéndola salir de España, con lo cual mudaron las cosas de aspecto: todas sus hechuras fueron destituidas de sus destinos, y Alberoni, con el favor de la reina, se fué elevando poco á poco al ministerio de estado. Este hombre, que por su capacidad debia haber restablecido el órden en todos los ramos de la administracion del estado, en vez de dedicarse esclusivamente á ellos, quiso trastornar la Europa, y se labró su ruina. Intentó arrebatar al emperador los estados de Italia, que le pertenecian por el tratado de Utrech, y que Felipe V se encargase de la rejencia de Francia, que ejercia el duque de Orleans por muerte de Luis XIV, durante la menor edad de Luis XV. Tales fueron las ideas de Alberoni, y si las hubiera conseguido no hay duda que se habria granjeado una gran reputacion.

Alberoni habia hecho secretamente solicitud á un capelo. Ocultó con gran cuidado sus proyectos sobre la Italia, temiendo desagradar al papa, y como este esperase socorros de España contra los turcos que le amenazaban, le envió una escuadra con la cual hizo huir á la mahometana; y por este favor se propuso arreglar las diferencias entre

la corte de Roma y España sobre asuntos de la nunciatura: con esto quedó muy satisfecho el papa, y en el año 1717 logró Alberoni el capelo. Cuando lo consiguió se hizo á la vela en una poderosa armada que tenia en Barcelona con mas de ocho mil hombres, desembarcó en el puerto de Caller en la isla de Cerdeña, y con ellos hizo á D. Felipe dueño en poco mas de un mes de los estados que solo por conciliar la paz habia cedido al emperador, en el supuesto que cumpliria este con el tratado sacando todas sus tropas de Cataluña; y como no lo habia hecho, se hallaba el rey de España suficientemente autorizado para recobrar lo que habia cedido sin fruto.

El buen ésito de esta empresa animó al ministro Alberoni para efectuar la segunda parte de su proyecto. Se creia con fundamento que trataba de reunir la Sicilia á los estados de la casa de Austria. A la córte de España interesaba que tal incorporacion no tuviese efecto, porque desnivelaba el equilibrio establecido en el tratado de Utrech, y como el duque de Saboya no se hallaba en estado de hacer resistencia á las potencias interesadas en aquel concierto, parecia regular que el gobierno español tratase de impedirlo. En esta ocasion dió á conocer Alberoni los grandes recursos de la monarquia española. Todas las potencias quedaron sorprendidas al ver que una nacion debilitada por muchos años con el azote de la guerra y con las disensiones domésticas, presentó en menos de tres meses otra nueva espedicion de mas de treinta naves completamente tripuladas y abastecidas de todo lo necesario. El gran secreto con que Alberoni ocultaba sus proyectos, acrecentaba los recelos de las demas potencias, y se creyeron autorizadas para ecsijir declaraciones sobre el objeto de tal disposicion. La inglaterra y la Holanda se unieron con la Alemania para prevenir las consecuencias de la oculta política del ministerio español; pero nada bastó á impedir que la escuadra española desembarcase en Sicilia treinta mil hombres, que se apoderaron de casi toda la isla en menos de dos meses. Este suceso habria sido mas completo si una escuadra inglesa no hubiese sorprendido y derrotado á la española delante de Siracusa, y si el duque de Saboya y la Fran-

cia no hubiesen formado la triple alianza contra España.

Los franceses penetraron en Navarra y tomaron á Fuenterrabía y San Sebastian. Una escuadra española que pasaba á hacer un desembarco en Escocia fué desecha por un temporal, y los ingleses saquearon y destruyeron el puerto de Vigo. Aunque las tropas imperiales fueron desechas en Sicilia en diferentes choques, sin embargo recobraron en poco tiempo una gran parte de la isla. Alberoni perdió su concepto; pues el rey, dando oidos á las reclamaciones de las potencias, empezó á disgustarse de él, le separó del ministerio, le desterró, y solo trató de salir con honor de sus apuros. Se principiaron negociaciones de paz, y D. Felipe aceptó el tratado hecho en Lóndres en 1717, por el cual debia España restituir la Sicilia y la Cerdeña al emperador y al duque de Saboya, quedando los estados de Parma y de Toscana para el infante D. Cárlos, hijo del segundo matrimonio de don Felipe.

En 1721 se ajustó el casamiento del príncipe de Asturias D. Luis con doña Isabel de Orleans, y en el de 1724 resolvió el rey D. Felipe renunciar la corona en su hijo, retirándose con su esposa y una pequeña comitiva al palacio que habia hecho construir en San Ildefonso. El príncipe de Asturias Luis I falleció de viruelas el 31 de agosto del mismo año á los diez y siete de su edad, y Felipe V despues de muchos ruegos de la reina, de la nobleza y tribunales, abandonó su tranquilidad y tomó segunda vez á su cargo el gobierno del reino.

La córte de España reclamó el gravámen que se pretendia imponer á los estados de Parma y de Toscana sujetándolos al feudalismo del imperio; las potencias tuvieron por conveniente remitir la decision de estas pretensiones á un congreso que convocaron en Cambray. Fueron tantas las intrigas y disensiones entre los congregados, que en vez de convenirse se aumentaron las discordias. La España, constante en sus intentos, y el emperador en los suyos, se propusieron no ceder de sus derechos, y este empeño proporcionaba á las demas potencias la ocasion de sacar un ventajoso partido. La Francia se manifestaba casi indeferente, y con esto se aumentaron mas los recelos del inglés y del emperador, porque temian el restable-

cimiento de la buena armonía entre las dos casas de Borbon. La España, poco satisfecha de la mediacion de las potencias, trataba de arreglarse con el duque de Parma y el de Toscana sin contar con los demas soberanos; pero nada se consiguió, y así puede decirse que el congreso de Cambray fué la junta diplomática mas insignificante que ha conocido la Europa.

D. Felipe hizo la paz con el emperador de Alemania por medio del célebre baron de Riperdá, cuya negociacion le proporcionó su ascenso al ministerio. Se ordenaron las leyes encargando severamente su observancia, y que en casos de injusticia de los tribunales pudiese acudir á su real persona el mas ínfimo de sus súbditos: se mandó el pronto despacho de las causas civiles y criminales: que los tribunales remitiesen al ministerio una lista mensual de todos los pleitos que en él se hubiesen sustanciado. Promulgó una ley prohibiendo los desafios, declarando por infames y privados de sepultura eclesiástica á los que muriesen en ellos: para enriquecer sus pueblos llamó estranjeros que viniesen á establecer manufacturas de todas clases, mandando á los españoles que no usasen otras que las fabricadas en el reino: fundó un monasterio para señoras nobles que habian de ser admitidas sin dote: estableció un colejio real para la instruccion de la nobleza; y últimamente fundó la real academia para conservar la pureza del idioma castellano, de modo que su reinado fué uno de los que han hecho mas honor á la España hasta su tiempo.

En 1731 murió el duque de Parma sin sucesion, y creyendo que su esposa quedaba en cinta nombró por heredero al póstumo, y á falta de este al infante D. Cárlos, su sobrino, hijo de la reina de España: con este motivo el jeneral austriaco entró en aquel estado con seis mil hombres, y se apoderó de él ofreciendo restituírsele al infante en el caso de no dar á luz la duquesa, ó que lo que naciese fuese hembra: esta arbitrariedad consternó á todos los pueblos de Italia; mas habiéndose desvanecido la preñez de la duquesa, y mediante un tratado hecho en Viena, surjió en Liorna una escuadra española é inglesa combinada que trajo el infante, le puso en posesion de su herencia, é hizo que le reconociesen inmediato

sucesor al ducado de Toscana.

Reconquista de Oran. — Se preparó en Alicante una formidable armada con mas de cincuenta mil hombres de desembarco destinados á la reconquista de Oran, que habian ocupado los moros en tiempo de las disensiones pasadas. Salió con efecto la espedicion bajo el mando del duque de Montemar, quien correspondió honrosamente á la confianza que de él se hizo. Se presentó delante de Oran, derrotó un ejército africano, y se hizo dueño de la plaza en solos tres dias.

En 1733 envió Felipe V un ejército de treinta mil españoles á Italia bajo el mando del duque de Montemar, á las órdenes del infante D. Cárlos, duque de Parma, á quien su padre nombró jeneralísimo, el cual con este brillante ejército penetró en el reino de Nápoles hasta la capital sin la menor oposicion: fué recibido el jóven vencedor con las mayores pruebas de alegría, que se aumentaron por haber recibido el infante un decreto de su padre cediéndole todos los derechos de la corona de España sobre el reino de las Dos Sicilias, facultándole para constituir monarquía independiente y coronarse en ella. Y como hacia mas de doscientos años que los napolitanos estaban reducidos á ser una provincia mercenaria de unos vireyes que la devastaban, y que ademas ni aun el idioma de ellos entendian, tuvieron gran complacencia en la presente mutacion, porque tambien consideraban la decadencia de las artes, las ciencias, el comercio y la agricultura, orijinadas por la dureza de una potencia estranjera que los trataba como esclavos.

Entretanto se habia reunido un cuerpo de siete mil alemanes, que segun se dijo, habian de incorporarse con seis mil croatos en el territorio de Bari. Montemar juntó inmediatamente quince mil hombres, se dirijió en busca de los enemigos, y encontrándolos fortificados en las cercanías de Bitonto, los atacó con denuedo, y despues de alguna resistencia los derrotó é hizo huir, dejando muertos en el campo mas de dos mil hombres, y en poder del vencedor las banderas, tiendas, municiones y la artillería, con un gran número de prisioneros. De esta victoria resultó la rendicion de Gaeta, Cortona y Cápua, que fueron las únicas que hicieron alguna resistencia, por cuyo medio quedó allana-

do todo el reino de Nápoles.

Inmediatamente se emprendió la conquista de Sicilia. Delante de Palermo se presentó una escuadra española de cinco navíos é igual número de galeras, con trescientos buques de transporte y veinte mil hombres de desembarco; la ciudad se hallaba indefensa, y reconoció inmediatamente á D. Cárlos por su rey. El jeneral Montemar pasó despues á Mecina que igualmente se sometió; pero no la ciudadela, donde se retiró el gobernador con las tropas que habia podido recojer de todas partes para defenderla; así se sostuvo hasta el año siguiente (1735) en que se entregó, lo mismo que Trapana y Siracusa, quedando de este modo ocupada toda la isla sin dejar en ella un aleman. La Inglaterra y la Holanda fundaron celos del engrandecimiento de la casa de Borbon, y Jorje II invitó á las naciones belijerantes para que depusiesen las armas, apoyando sus instancias con un formidable armamento: intimó á España y Francia que si resistian un tratado de paz jeneral, atacaria en union con el Austria y Holanda sus establecimientos en ambas Indias. No hay duda que el emperador apetecia esta mediacion, pues despojado y estrechado por todas partes, se hallaba en el mayor apuro. La Francia tambien manifestaba deseo de una negociacion, mas España estaba en un sentido muy contrario, sin acceder á ninguna proposicion que no se dirijiese á asegurarla la posesion de todos los dominios austriacos en Italia: para hacer respetar su determinacion, tenia destinados veinte mil hombres contra la Lombardía, y el duque de Montemar queria llevar sus armas hasta las puertas de Viena. Los grandes talentos y viveza de la reina Doña Isabel habian puesto al gobierno de España en estado de mantenerse firme en la determinacion de desalojar al emperador de toda la Italia.

El ejército español se habia puesto en marcha desde Nápoles para unirse con el galo-sardo en la Lombardia; y cuando se ocupaban en la toma de Mántua principiaron las negociaciones entre la Alemania y la Francia, quienes concluyeron un tratado en octubre del mismo año, al cual tuvo que acceder España para evitar el resentimiento de todos: por este tratado quedó ajustado entre otras cosas que el reino de Nápoles y el de las Dos

Sicilias quedarían para D. Cárlos, con tal que renunciase sus derechos á Toscana y Parma; que este último estado con el ducado de Plasencia habian de pasar al Austria, pudiendo esta unirlos á sus dominios en Lombardía. Solos los habitantes de Parma y Toscana quedaron disgustados de este repartimiento, porque se veian separados de un príncipe, cuyas amables prendas les prometian las mas lisonjeras esperanzas, para caer en las manos de un gobierno que solo les anunciaba miseria y esclavitud.

Aun no se habian canjeado las condiciones del tratado anterior, cuando Felipe V. se vió precisado á tomar nuevamente las armas. La ambiciosa Inglaterra ejercia en los puertos de América un descarado y considerable contrabando: España se quejó, pero fué en vano: se aumentaron los guarda-costas para impedir el desórden; se apresaron algunos buques, y de aquí empezaron á agriarse las contestaciones entre ambos gabinetes. Felipe V ofreció con la mayor jenerosidad la indemnizacion de noventa y cinco mil libras esterlinas por los daños que pudiese haber sufrido la Inglaterra, y sin embargo, no fué posible contener su orgullo, escediéndose despues á disputar sobre los límites de la Florida y de la Carolina, y por último se declaró la guerra en el año de 1739.

El almirante Vernon, con un poderoso armamento, invadió las costas de América, tomó á Portobelo y destruyó sus fortalezas; intentó hacer lo mismo en Cartajena, y las tropas españolas bajo la direccion de su gobernador, D. Sebastian de Saba, le rechazaron, obligándole á abandonar la empresa. La misma suerte tuvo en la isla de Cuba, en donde habia desembarcado sus tropas, y siendo batido con el mayor esfuerzo, se vió precisado á rembarcarlas precipitadamente con una pérdida de mucha consideracion. En la Guayra y Puerto-Cabello, provincia de Venezuela, sufrió igual derrota, teniéndose que retirar bien escarmentado. En las costas de Provenza se dió una batalla naval entre doce navíos españoles y cuarenta y cinco ingleses, y sin embargo de la gran superioridad de estos, fué humillada la arrogancia de la Inglaterra, pues tuvo que retirarse su escuadra muy maltratada, dejando indecisa la victoria.

Al mismo tiempo que se ha-

cia esta guerra marítima, ocurrió otra por tierra en Italia con motivo de la muerte del emperador de Alemania Cárlos VI, dejando por heredera á su hija doña María Teresa, gran duquesa de Toscana, que inmediatamente tomó posesion de su patrimonio y fué proclamada reina de Hungría; pero se le disputaron dos competidores, dejándola reducida á una situacion muy apurada. El elector de Baviera reclamaba los derechos que creia competirle; el rey de Polonia, elector de Sajonia, era otro de los que alegaban derecho: Felipe V aspiraba tambien á la herencia como descendiente de la reina doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, hija del emperador Macsimiliano, y por ciertas consideraciones limitó su pretension á las provincias que María Teresa poseia en la Lombardía, para establecer en ellas al infante D. Felipe, hijo de su segundo matrimonio. Al efecto envió á Italia al duque de Montemar con quince mil hombres que en Orvitelo se unieron con otros quince mil que habia dispuesto el rey de Nápoles; mas todas estas fuerzas no pudieron impedir que los austriacos ocupasen los ducados de Módena y de Reggio, porque Montemar tuvo precision de seguir unos planes mal metodizados, pues en otro caso quizá se habria apoderado de toda la Lombardía sin disparar un tiro: su prudente comportamiento fué interpretado siniestramente por la envidia, sirviendo esto de pretesto para desacreditarle con la córte y separarle del mando del ejército. El rey don Cárlos no creyó que enviando tropas ausiliares al ejército de su padre se le consideraria como potencia belijerante, y los ingleses se presentaron delante de Nápoles con una escuadra amenazando el bombardeo si el rey no ofrecia retirar sus tropas del ejército español: se le estrechó con el término de una hora, y no estando en disposicion de defenderse, se vió en la precision de tolerar este insulto y firmar la promesa que se le ecsijia.

El conde de Gajes, sucesor de Montemar, recibió en 1743 una órden del gobierno de España para favorecer una usurpacion en los estados de Saboya, mandada por el infante D. Felipe para facilitar á este la entrada en el Piamonte; los enemigos tuvieron noticia y le esperaron en las inmediaciones de Campo Santo, donde se dió una batalla en que perecieron muchos sol-

dados de una y otra parte, y al fin tuvieron que volver los españoles á Bolonia bastante derrotados, disminuidas las compañías, sin oficiales, cargados los carros de heridos y en el mayor desórden. De resultas de este funesto accidente, el conde de Gajes, reducido á unas débiles fuerzas por la retirada de los napolitanos, por la mucha desercion y dolencias de la tropa, no se consideró seguro al frente de un enemigo que á cada momento aumentaba sus fuerzas: todo un año lo ocupó en hacer retiradas, dar ataques y acantonarse en puntos defendibles en el Boloñés, Ferrarés y Marca de Ancona, hasta que apurado por treinta mil enemigos tuvo que refujiarse en el reino de Nápoles, haciendo ver á D. Cárlos las causas que le habian obligado á quebrantar la neutralidad de sus estados. Tan apurado compromiso hizo dudar á D. Cárlos sobre el partido que deberia tomar; convencido de que las intenciones de la reina María Teresa se dirijian á apoderarse de las Dos Sicilias, trató de prevenirlas pasando en persona á ausiliar al ejército español, y con el suyo hacer una defensa comun.

Reunidos estos ejércitos, y deseando D. Cárlos evitar á sus pueblos los desastres de la guerra, se introdujo en el estado pontificio para impedir al enemigo la entrada que al parecer proyectaba en el reino: al efecto juntó todas las tropas hácia Veletri, en donde estableció su cuartel jeneral. El enemigo se dirijió á este punto, resuelto á desalojar de él al príncipe don Cárlos; pero su ventajosa posicion le impidió asaltar las trincheras y se acampó á la vista. Se trabaron frecuentes escaramuzas, nada decisivas, aunque ventajosas á D. Cárlos, porque contenia al enemigo, y á pesar de sus esfuerzos conservaba él la comunicacion con los paises limítrofes. Al fin se decidió el jeneral austriaco á acometer al ejército de D. Cárlos; atacó la ciudad por diferentes puntos, con seis mil hombres, mató las centinelas que estaban descuidadas, pasó á cuchillo todos los que se defendieron, y los que no pudieron salvarse por la fuga cayeron en manos del vencedor: todo era terror y confusion; las tropas alemanas inundaban toda la ciudad; ya iban á asaltar la habitacion de D. Cárlos, cuando este apenas mal vestido tuvo la suerte de ponerse en salvo por entre las armas enemigas, y

refujiarse en los capuchinos con el duque de Módena. Los austriacos, que debian haber perseguido á los fujitivos, se entregaron al saqueo, de modo que con la detencion volvieron en sí los españoles y napolitanos, y acometieron sobre ellos con tal furor, que sembraron de cadáveres las calles de la ciudad, arrojando á los agresores y quedando dueños de ella. El aleman asaltó con nueve mil hombres las trincheras del Monte de los capuchinos, y como las tropas que las guarnecian estaban alerta, solo consiguió ocupar algunos puestos: el fuego de los españoles, que fué sumamente vivo y bien dirijido, hacia rodar hasta el valle á cuantos alemanes avanzaban, de modo que despues de una porfiada lucha en que sufrió mucha pérdida el ejército austriaco, tuvo que abandonar los puestos que ocupaba y retirarse.

Los ejércitos permanecieron observándose recíprocamente dos meses sin intentar accion alguna de importancia, hasta que convencido el jeneral austriaco de lo imposible que era la entrada en el reino de Nápoles, levantó el campo, enviando los enfermos á Liorna con dos numerosos cuerpos de tropas, y él marchó tambien aceleradamente á Roma. D. Cárlos le persiguió con la mayor constancia con diezioche mil hombres, y aunque se le escapó de las manos logró arrojarle de los estados pontificios. Entretanto el infante D. Felipe, sostenido por un ejército francés, pasó el Var, sometió el condado de Niza, forzó los atrincheramientos que se le opusieron en los Alpes, se franqueó el paso para Villafranca, y se introdujo hasta Montalban arrostrando los mayores peligros: asaltó unas fortificaciones que habian hecho sobre una escarpada roca, de donde consiguió desalojar al rey de Cerdeña; se apoderó de Casteldelfin, penetró hasta Dumont, se hizo dueño de la fortaleza de Stura, limpió de enemigos las llanuras del Piamonte, y sitió á Coni. La guarnicion de esta plaza hizo una salida y atacó á los sitiadores en sus mismas trincheras; pero batida por los españoles y franceses, tuvo que refujiarse precipitadamente en la plaza, dejando en el campo mas de cinco mil hombres muertos. A pesar de todas estas victorias, las inundaciones y malos temporales, peligrosos en aquella parte de Italia, obligaron al ejército combinado á levantar

el sitio y repasar los Alpes.

En 1745 Jénova, que se habia mantenido neutral, se vió precisada á romperla para conservar la integridad de su territorio y su independencia política: al efecto celebró un tratado con la España, y las tropas del infante D. Felipe, sostenidas por dieziseis mil jenoveses, tuvieron franco el paso para la Lombardía. El conde de Gajes, que habia perseguido á los austriacos hasta Módena, tuvo órden de la córte de Madrid para pasar el Apenino, y atravesando por el estado de Jénova, se unió con el ejército del infante, que entonces ascendió á cerca de noventa mil hombres. Reforzado así D. Felipe, redujo á su obediencia el Tortonés; por otra parte un destacamento de diez mil españoles entró en Plasencia, rindió la fortaleza, y pasó á Parma, de cuya plaza se hizo dueño, quedando prisioneras las guarniciones austriacas, ó fugándose sin oponerse al vencedor. El rey de Cerdeña se habia fortificado sobre el Tanaro junto á Bisignano, en donde quiso disputar el paso al ejército combinado; mas habiéndose encendido un fuerte combate, fueron forzados los atrincheramientos y perseguidos sus defensores hasta Casal y Pavía, cuyas plazas, la de Valencia, Asti y el Monferrato cayeron en poder de D. Felipe; y este, despues de haber ahuyentado á sus enemigos de casi toda la Lombardía, entró en Milan sin la menor resistencia.

En 1746 la reina de Hungría, que habia logrado desembarazarse de sus enemigos por la parte de Alemania, introdujo un crecido ejército en Italia: sorprendió á Asti, en donde quedaron cerca de seis mil franceses prisioneros; el ejército combinado no estaba en disposicion de resistir la considerable fuerza de sus enemigos, quienes ocuparon toda la Lombardía. Tambien se vió precisado á evacuar á Milan, Casal, Parma, Guastala y todo lo que habia conquistado D. Felipe en la campaña anterior. Los austriacos, mandados por el príncipe de Lichtemstein, sitiaron á Plasencia, en donde se habia refujiado el infante con las reliquias de su ejército; y como para proporcionar su salida era forzoso abrirse el paso por entre tantos enemigos, se trabó una sangrienta batalla, cuyo resultado fué quedar los austriacos dueños del campo, habiendo perdido el ejército combinado cerca

de nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. No habia ya otro medio que hacer una pronta retirada, y esta era muy difícil por tener que emprender otra nueva batalla, como se verificó cerca del rio Tidona, donde los autro-sardos atacaron al ejército coligado, y consiguieron una victoria de las mas ruidosas y completas.

En medio de tantas desgracias y reveses acaeció la muerte de Felipe V, de resultas de un accidente apoplético que le quitó la vida el dia 9 de julio á los sesenta y tres años de edad y cuarenta y seis de reinado.

Don fernando vi.—(1746) Este príncipe sucedió á su padre á la edad de treinta y cuatro años, manifestando una suma bondad y escelente corazon: los manejos de su madrastra le habian separado de la córte amancillando su crédito y separándole de los negocios: era el hijo único que habia quedado á Felipe V de su primer matrimonio: con sumo dolor, pero sin poder aplicar remedio, habia visto que las riquezas y fuerzas de España se habian agotado solo por conquistar en Italia estados para colocar los hijos de Isabel Farnesio: sin embargo de tantos motivos de resentimiento, su alma jenerosa y noble se olvidó de todo, y no solo conservó á la reina viuda todo cuanto el difunto rey la dejó, sino tambien la permitió vivir en la córte. Con sus hermanos se mostró igualmente jeneroso y franco, prometiendo sostener sus intereses como suyos propios. Aunque amante de la paz, como que veia la necesidad que España tenia de disfrutar de ella, buscó medios para proporcionar á sus pueblos un beneficio de tanta importancia, y sin embargo creyó como un deber suyo ayudar á la Francia en la lucha que sostenia contra la Inglaterra y el Austria.

No tardó mucho tiempo en abandonar esta cooperacion, pues apenas supo la negociacion secreta del ministro francés con los holandeses, se incomodó con aquellos manejos diplomáticos, intentando eludir la especie de tutela que habia tolerado su padre. Dió principio á su intento quitando el mando del ejército de Italia á Gajes y Castelar, nombrando en su lugar al marqués de la Mina, á quien encargó la conservacion de las tropas, mas bien que la de los estados de Italia: no obstante, la Francia ofreció á España su ausilio en la conquista de Tos-

cana para el infante D. Felipe. El mariscal de Belle-isle, comandante del ejército francés de los Alpes, se unió al marques de la Mina é hizo retirar al enemigo al otro lado del Var, siguiéndole los ejércitos reunidos y estendiéndose por la ribera occidental de Jénova, á cuya ciudad enviaron refuerzos de franceses y españoles; estas tropas arrojaron á los austriacos de los puestos que tenian alrededor de Jénova, obligándoles ademas á levantar el bloqueo de esta plaza.

El mariscal de Belle-isle, que estaba apoderado del condado de Niza, trató con el marques de la Mina sobre elejir un camino para penetrar en las llanuras de Italia, y se resolvieron á hacerlo por el de Coll de Ejiles, en la frontera del Delfinado; encontraron al ejército piamontés fortificado en un punto muy ventajoso con formidables atrincheramientos; Belle-isle se empeñó en dar un ataque temerario segun las reglas del arte de la guerra, por lo que en solas dos horas que duró perdió tres mil setecientos hombres muertos, mil seiscientos heridos, y el mismo jeneral falleció arrancando con sus manos las empalizadas de los enemigos: el resto de ejército francés se retiró á cuarteles de invierno.

Entretanto el marqués de la Mina, conociendo que las tropas del infante peligraban en Italia, las fué retirando poco á poco al Jenovesado, al condado de Niza y á la Provenza, sin poder evitar que Jénova quedase espuesta á la furia de los enemigos. El rey de Cerdeña se apoderó de las riberas de poniente, y los austriacos se acercaban presurosos á la capital, cuyos habitantes tuvieron que implorar la clemencia de los vencedores sujetándose á duras condiciones. Como el orgulloso austriaco tratase con el mayor rigor á los vencidos, el pueblo de Jénova se enfureció, tomó las armas, y como desesperado se hizo temible en pocos dias á sus opresores: la inaccion del jeneral aleman dió lugar á que el príncipe Doria se pusiese al frente de aquella multitud y recayese con ardor sobre sus enemigos, los desbaratase, les hiciese cuatro mil prisioneros y les obligase á pasar precipitadamente el puerto de la Bochetta. Los austro-sardos invadieron la Provenza ocupando mas de cuarenta leguas del pais; pero los españoles y franceses unidos les hicieron

frente y les obligaron á repasar el Var bien escarmentados. Entonces los austriacos cayeron de nuevo sobre Jénova con órden de su soberano para borrar la mancha que habian puesto al honor de las armas imperiales. Viendo el rey don Cárlos que no era decoro suyo dejar en el peligro aquella espirante república, la socorrió inmeditamente con tropas, municiones, víveres y dinero; con cuyo socorro, y la desesperada furia de los jenoveses por la fuerte é inespugnable situacion de aquella capital, obligaron á los austriacos á retirarse al Piamonte.

Cansadas las potencias europeas de tan porfiadas guerras, sostenidas con tanta efusion de sangre, en que tambien se habian consumido inmensos tesoros, trataron de poner fin á los males que habian arruinado infinitos pueblos sin utilidad. No siendo justo privar á María Teresa de Austria de su herencia paterna, parecia regular que las potencias abandonasen unas pretensiones casi irrealizables, y se contentasen con las ventajas que les pudiese proporcionar una transaccion. Al efecto se convocó un congreso en Aquisgran á principios del año de 1748, y en él quedó la princesa reconocida emperatriz de Alemania y reina de Hungría, devolviéndola el ducado de Milan. Al infante D. Felipe se cedieron los de Parma, Plasencia y Guastala, con la condicion de reversion á la emperatriz en caso de recaer la corona de Ñápoles en él: tambien se arreglaron en este congreso ciertas diferencias que habia con la Inglaterra sobre puntos de comercio.

Cuando ya cesaron las calamidades y ajitaciones de la guerra, se dedicó D. Fernando á fomentar una respetable marina, estendiendo la navegacion: trató de mejorar las fábricas y manufacturas, emprendió la construccion de algunos canales y caminos, y finalmente se dedicó á todo cuanto podia interesar al bien de sus estados como príncipe y padre amante de todos sus súbditos.

Los franceses é ingleses volvieron á encender la tea de la discordia y de la guerra en el año 1756; pero no pudieron conseguir que D. Fernando desistiese del pacífico plan que se habia propuesto, cuyo saludable sistema observó sin tomar parte en aquellas demandas,

empleando sus escuadras en protejer sus colonias y comercio. Este benéfico monarca obtuvo en el año de 1753 de la córte de Roma, el concordato que terminó las alteraciones que hubo por mucho tiempo sobre el patronato real, dejándole anejo á la corona perpétuamente: tambien se aseguró al rey el derecho de presentar para las dignidades y beneficios eclesiásticos de España, á escepcion de doce que se reservó la silla pontificia. El establecimiento de la real Academia de san Fernando en Madrid es obra de Fernando VI: está dedicada al estudio de las nobles artes, pintura, escultura, arquitectura y grabado, pues aunque su augusto padre D. Felipe V habia aprobado una junta preparatoria en el año 1744, no se habia erijido en formal academia hasta este tiempo: se enviaron á Roma algunos discípulos de ella para proporcionarles la mejor instruccion, y á París fueron pensionados por el real erario varios jóvenes para perfeccionarse en el grabado y en la delineacion de mapas jeográficos. El establecimiento de un jardin botánico se debe tambien á los patenarles desvelos de D. Fernando VI: en él hacen su estudio los que se dedican á la botánica y conocimiento de las plantas medicinales; y por último su celo verdaderamente paternal no omitió medio alguno para el fomento de la instruccion pública; dispuso que á sus espensas viajasen fuera de España sujetos hábiles y aplicados á diversas profesiones, con el objeto de adquirir luces y conocimientos que fuesen útiles á la patria.

En estas loables ocupaciones se hallaba el digno monarca, cuando de resultas del sentimiento que le causó la muerte de su esposa, que habia fallecido el 27 de agosto de 1758, le asaltó una penosa enfermedad, de la que murió en 10 de agosto de 1759 sin dejar hijos. Sus vasallos, que siempre le habian considerado como un númen tutelar destinado á hacer la felicidad de toda la nacion española, le lloraron amargamente por perder en él un monarca y padre amado, y solo pudieron hallar consuelo con la certeza de que iba á sucederle un hermano igualmente benéfico y amable.

Don Carlos III. —(1759) En virtud del testamento de D. Fernando VI, que como hemos dicho

murió sin hijos, quedó por su heredero su hermano D. Cárlos III, rey de Nápoles: cuando recibió la noticia de esta muerte, cedió la corona en su hijo tercero D. Fernando, por la incapacidad física del primojénito D. Felipe, y porque el segundo, que era D. Cárlos, debia suceder á su padre en la corona de España. Luego que D. Cárlos dejó arreglados los asuntos de Nápoles, se hizo á la vela en una escuadra el dia 7 de octubre de 1759, en compañía de su esposa doña María Amalia Walburg y su hijo D. Cárlos, príncipe de Asturias, con la demas familia real, habiendo desembarcado en Barcelona despues de un viaje feliz: fué recibido en esta ciudad con el mayor entusiasmo de alegría: devolvió á los catalanes algunos de sus antiguos privilejios, les perdonó las contribuciones atrasadas, se dirijió á Zaragoza y desde allí á Madrid, á cuyas provincias concedió iguales gracias: su entrada en la capital fué el dia 9 de diciembre del mismo año, y las demostraciones de alegría y amor con que se le recibió, fueron recompensadas con la admirable conducta y sábia administracion de un monarca amaestrado en la escuela de la esperiencia. Era activo, cauto, suave y de mucha dignidad para hacerse respetar y aun temer. Ni el respeto filial, ni el influjo de sus mayores validos, fueron bastantes para hacerle desistir jamás de los intentos que consideraba justos. De los ministros que habian servido á su hermano, separó solamente al de hacienda, conde de Valparaiso, nombrando en su lugar al marqués de Esquilache, á quien apreciaba mucho. Conservó en sus empleos á todos aquellos que por su comportamiento no habian desmerecido la confianza pública: promulgó un decreto determinando el modo con que se habia de ir estinguiendo la deuda pública, que ascendia á sumas muy considerables, y consumia gran parte de las rentas. La calamidad de los tiempos habia hecho quedar incultas muchas tierras feraces, y habia privado á los labradores de Andalucía, Murcia, Castilla la Nueva y algunas otras provincias, de lo necesario para sembrar; pero el jeneroso monarca, conociendo que la agricultura es la fuente principal de la subsistencia pública, perdonó á los labradores las sumas que debian al real erario, y ademas hizo conducir muchos granos de paises estran-

jeros, y los repartió entre los necesitados para que continuasen sus sementeras; finalmente se dedicó á restituir á España todo el esplendor é influencia que habia tenido en Europa en otros tiempos.

El 19 de julio de 1760, fué jurado príncipe de Asturias don Cárlos, hijo segundo del rey, y en 17 de setiembre siguiente tuvo el rey la gran pena de ver morir á su amada esposa doña María Amalia.

La guerra que se habia suscitado entre Inglaterra y Francia el año 1756, continuaba con el mayor ardor y encarnizamiento: la marina inglesa obtenia tal superioridad sobre la francesa, que la tenia casi aniquilada, y los establecimientos de la Francia en la América estaban espuestos á caer en manos de la Inglaterra. Esta orgullosa nacion amenazaba tambien á los establecimientos españoles en aquellos paises, queriendo abrogarse el comercio de los vasallos del rey católico. Repetidas veces habian sufrido las naves españolas humillantes vejaciones de aquellos isleños que las habian rejistrado, detenido y despojado, ya con uno ó ya con otro pretesto. Semejantes insultos ofendian ya demasiado el honor de la nacion española, y D. Cárlos, que hubiera deseado conservar la neutralidad que relijiosamente habia observado, se vió en la precision de usar de las armas para vengar tamaños insultos, reprimir el orgullo de los agresores, y asegurar sus dominios de América, librándolos de la rapacidad de unos hombres que habian atropellado sin reparo los mas sagrados derechos de las naciones. Cárlos III habia heredado de sus padres el odio á los ingleses, y no habia olvidado el insulto que siendo rey de Nápoles le hizo un marino breton obligándole á firmar en veinticuatro horas un tratado de neutralidad. Todas estas razones, y el temor de perder los estados de América, le hicieron deponer el sistema de paz que se habia propuesto, y formar causa comun con la Francia. El 15 de agosto de 1761 se firmó en Madrid un tratado de union y amistad con el nombre de *Pacto de familia,* cuyo objeto era una defensa recíproca entre ambas naciones.

En el año siguiente se declaró la guerra á los ingleses, se dispuso que saliesen todas las fuerzas navales que fuese posible, se fortificaron los principales puertos de la Península, y se es-

citó al rey de Portugal para que entrase en la liga; este no se prestó á ella, procurando evadirse por medio de pretestos frívolos; y viendo Cárlos III que no podia sacar partido de este rey, mandó á sus tropas que invadiesen el Portugal: en efecto, penetraron con toda libertad hasta Miranda, de cuya plaza se apoderaron, haciendo lo mismo en la provincia de Tras-os-Montes. La corte de Lisboa, no considerándose con bastantes fuerzas para sostener esta lucha, pidió ausilio á la Inglaterra, de cuya nacion recibió diez mil hombres al mando del conde de la Lippa Meklemburgo; pero con toda su esperiencia no pudo este jeneral impedir al español, marqués de Sarria, que derrotase un cuerpo de cinco mil hombres que habia apostado en Villaflor, y que despues se apoderase de Mancorbo y Almeida; con lo que facilitaba el camino hasta la capital de Portugal.

En medio de esta felicidad, se recibió en Madrid la infausta noticia de que los ingleses, con una grande escuadra mandada por el almirante Pokok, habia invadido la isla de Cuba, y ocupado la capital á pesar de la vigorosa defensa que hizo su gobernador, quedando los ingleses dueños de la Habana y un distrito de ciento ochenta millas: cayeron en sus manos quince millones de duros pertenecientes al gobierno de España, nueve navíos de línea, tres fragatas y una considerable cantidad de municiones y pertrechos militares y navales: novecientos hombres que quedaban de la guarnicion, fueron remitidos á España con el gobernador y los españoles de otras colonias. A este jefe se le formó consejo de guerra, y se le condenó á muerte por su negligencia en dejar que el enemigo adelantase sus trabajos sin oposicion. Tambien cayó en poder de los ingleses Manila, sin embargo de la gran resistencia que hizo el arzobispo, que tambien era gobernador interino: muchos buques que habia en el puerto con los navíos Manila y la Santísima Trinidad, cayeron en poder del almirante Pokok, y la ciudad se libró de su total ruina por un rescate cuantioso, sin embargo de que en parte fué saqueada.

Se trató de una paz jeneral que con efecto se firmó en Fontainebleau el 10 de febrero de 1763, por la cual cedió España á la Inglaterra, en cambio de la Habana y de Manila, la Florida y los territorios que poseia al

Oriente y Occidente del Missisipi: y devolvió á los portugueses la colonia del Sacramento de que se habia apoderado. En el año 1764 se contrató el matrimonio del príncipe de Asturias con Doña María Luisa, hija del duque de Parma.

Entre los ministros Grimaldi y Esquilache habia una contínua emulacion: D. Cárlos dispensaba todo favor al último, pues hubo ocasion en que dijo: «Si no tuviera mas que un pan, lo partiria con Esquilache.» Este, que conocia el aprecio del rey, lo manejaba todo: hizo reformas muy útiles en todos los ramos, y especialmente en la policía de Madrid: quiso mudar el traje nacional, prohibiendo las capas y sombreros redondos, y al mismo tiempo tuvo la inadvertencia de conceder un privilejio de monopolio en los abastos, que hizo subir el precio de los artículos de primera necesidad, con lo cual estalló una sedicion el domingo de Ramos del año 1766 despues del medio-dia: los amotinados gritaban *viva el rey y muera Esquilache*; asaltaron la casa de este ministro, rompieron las vidrieras de las ventanas, quisieron forzar las puertas, y si se libró Esquilache, fué por estar aquel dia en el campo: los guardias walonas impidieron el desastre; y esparciéndose los sublevados por las calles, á nadie hicieron daño sino á esta tropa, matando á todos cuantos encontraron y quisieron apaciguar el desórden. Al dia siguiente continuaba el tumulto, y el rey se presentó en el balcon de palacio, prometió retirar á Esquilache, nombrar en su lugar á un español, derogar el decreto de las capas y sombreros, moderar el precio de los comestibles, y perdonar á los sublevados: de este modo se tranquilizó totalmente la capital: sin embargo, el rey con su real familia marcharon aquella misma noche á Aranjuez, acompañándole Esquilache, que secretamente se habia introducido en palacio. Al siguiente dia volvió á amotinarse el pueblo con mas violencia, se apoderó de las armas sin oposicion de la tropa, y por espacio de cuarenta y ocho horas estuvo Madrid en poder del populacho, sin que hiciese daño á nadie. Enviaron una carta al rey para que volviese á Madrid: S. M. contestó que estaba indispuesto y sangrado, por cuya razon no podia ponerse en camino; pero que se cumplirian sus promesas, con tal que el

pueblo devolviese las armas á los sitios de donde las habia tomado: el pueblo obedeció, se restableció el buen órden, Esquilache pasó á Italia, y despues de ocho meses volvió el rey á Madrid: entonces llamó al conde de Aranda para presidente del consejo de Castilla y capitan jeneral de la provincia.

Los jesuitas habian adelantado mucho en las ciencias y riquezas, de lo que resultó una emulacion entre sus enemigos, quienes les atribuyeron los crímenes de atentar contra la autoridad del rey y el sosiego de los pueblos. En Portugal y Francia se estinguió la Compañía; en España persuadieron al rey, y se dió secretamente un decreto, por el cual el 31 de marzo de 1767, á la hora de media noche, fueron cercados todos los conventos de jesuitas de España, y sus individuos conducidos á los puertos donde los embarcaron en transportes, y los condujeron á Civitavechia.

En el año 1772 asombró á la Europa el repartimiento del poderoso reino de Polonia entre la Rusia, Alemania y Prusia, y en el siguiente se repitió la misma escena, añadiéndose cada una de las tres potencias los territorios que les acomodaron para redondear mejor sus usurpaciones respectivas, dejando reducido aquel reino á la pequeña Polonia, y al ducado de Mazobia, con lo cual tiraron por tierra las murallas que podian oponer resistencia á las irrupciones que la Rusia quisiese intentar sobre la Europa.

Cárlos III, siempre amante de la prosperidad pública, se dedicó á buscarla por todos los medios; otro de los cuidados que ocuparon su atencion, fué el arreglo de la moneda: las de oro y plata que corrian por sus dominios estaban desgastadas por su antigüedad, y por consiguiente disminuido su peso. Se habia introducido otra moneda de inferior calidad, y el rey, para equilibrar el valor y sostener el crédito público, dispuso que toda la moneda antigua se cambiase por otra nueva que habia hecho acuñar para este efecto. Aunque amaba la paz, no por eso dejó de mejorar la milicia, introduciendo en sus tropas la nueva táctica de la Prusia que pasaba por la mejor de Europa. Aumentó las fuerzas marítimas, haciendo construir un gran número de navíos, con lo que logró el placer de ver su marina en el estado mas floreciente. Las plazas se pusieron

en el mejor estado de defensa, tanto por las fortificaciones que hizo construir, como por la buena artillería, guarniciones y demas aprestos militares.

En el año 1773 embistió el emperador de Marruecos la plaza de Melilla con un grande ejército, en cuya invasion se advirtió por las disposiciones de los moros, que algunos militares europeos dirijian las operaciones, y se dijo que los ingleses habian atizado el incendio de esta guerra, para que ocupado D. Carlos no pudiese atender á dar ausilio á las colonias setentrionales de América, que se habian sublevado contra ellos. Sin embargo, los marroquíes no lograron su intento, porque el gobernador de Melilla, D. Juan Sherloch, la defendió con el mayor valor, rechazando á los africanos, quienes esperimentaron igual suerte en el sitio del Peñon de los Velez, habiendo huido precipitadamente hasta sus hogares.

Para castigar estos insultos, pensó el gabinete de España equipar una formidable armada que limpiase las costas del Mediterráneo de los muchos piratas que las infestaban, especialmente á las de Andalucía, Valencia y Cataluña: se reclutaron y pusieron en movimiento muchas tropas bajo el mando del jeneral Orrelli, una grande escuadra de navíos, fragatas y otros buques menores, cuyo número ascendió al de cuatrocientas velas, mandadas por D. José Mazarredo, sin otras muchas naves ausiliares maltesas, toscanas y napolitanas que se reunieron despues. Todo este considerable armamento se presentó á la vista de Arjel; pero no podia esperarse buen resultado, porque los jenerales encargados de la espedicion, estaban discordes en el modo de maniobrar. Por otra parte, los enemigos ocultos de España habian proporcionado á los arjelinos todos los ausilios para oponer una vigorosa resistencia, de manera que apenas pusieron las tropas el pie en tierra, cuando se vieron obligadas á rembarcarse con la mayor confusion despues de un sangriento combate, sin que hubiesen podido los españoles adelantar un palmo de terreno, habiendo perdido cerca de tres mil hombres; la armada volvió á España, trayendo esta infausta noticia. Sin embargo, el rey dispuso que continuase una escuadra cruzando por las costas de Bertería, para atacar á los corsarios que hacian frecuentes correrías.

En 1778 formalizó D. Cárlos III con el rey de Portugal un convenio ó pacto de familia, y una alianza política y mercantil entre los dos reinos: se aseguraron recíprocamente sus dominios en ambos mundos sin perjuicio de sus negociaciones con otras potencias, y finalmente se arreglaron y renovaron varios privilejios sobre el comercio.

En el mismo año volvieron á la guerra el gabinete de San James y el de Versalles por la inclinacion que Luis XVI habia manifestado á protejer la sublevacion de las colonias anglo-americanas, con quienes de antemano habia celebrado un tratado. El rey cristianísimo instó con el mayor empeño á Cárlos III para que le ayudase en virtud del pacto de familia. Este monarca deseaba con ánsia vengar los ultrajes recibidos de los ingleses, y ver si podia arrancarles los puertos de Jibraltar y Mahon, perdidos en tiempo de Felipe V; pero temia comprometer su reputacion aliándose con la Francia para esta empresa, pues aunque era una potencia poderosa no la juzgaba en disposicion de sostener una guerra marítima y otra por tierra: sin embargo el mal comportamiento de los ingleses, que prevaliéndose de su gran superioridad sobre los mares se habian atrevido á insultar el pabellon español, y aun á interceptar la correspondencia, acabó de decirle al rompimiento, y á vindicar el honor de su corona, el decoro de su propia dignidad, y los agravios de sus vasallos que reclamaban con justicia.

Las primeras operaciones de esta guerra fueron desgraciadas para España, pues los ingleses con fuerzas muy inferiores se burlaron de una escuadra de mas de cincuenta y dos navios franceses y españoles que en el Canal de la Mancha trataban de impedir el comercio inglés, habiendo ademas favorecido la entrada en las costas de Inglaterra á dos ricos convoyes que venian de las Antillas.

D. Bernardo de Galvez, gobernador por el rey de España en la Luisiana, con solos dos mil hombres tomó á los ingleses las fortalezas de Misilimakinak, Panmure y Baton-rouje, muy interesantes por su localidad, reuniendo de este modo á los dominios de España un vasto pais de cuatrocientas treinta leguas sobre el Missipi, sumamente rico por su gran comercio de

peletería. En seguida se resolvió á desalojar á los ingleses de las fortalezas de Movilla y Panzacola, que se le entregaron, la última despues de haber hecho una vigorosa resistencia, en la que le faltaron todos los recursos, y no tuvo otro que el de capitular en 1781, habiendo obtenido la guarnicion los honores de la guerra: los ingleses habian gastado en la reparacion y fortificacion de esta plaza mas de diez mil libras esterlinas, y en otras obras mas de millon y medio de pesos fuertes: se encontraron ciento ochenta y nueve piezas de artilleria, con un gran surtido de municiones y víveres. Con esta plaza cayó en poder de los españoles todo el continente de la Florida occidental, situado á Levante del rio Missisipi.

D. Roberto de Rivas, gobernador de Yucatan, atacó los establecimientos ingleses de la bahía de Honduras: los ingleses aprovechando esta ocasion de estar ocupados los españoles en aquellas conquistas, salieron de la Jamáica bajo las órdenes del comandante Dalriple, y se apoderaron de la plaza de San Fernando de Omoa, que es la llave de la bahía de Honduras, y sirve de escalon á los buques que conducen desde Guatemala los caudales de la América Española. Fueron considerables las riquezas de que se apoderaron los ingleses con la toma de Omoa: en la caja militar ocho mil pesos fuertes; se regularon en tres millones las naves que apresaron, sin incluir las producciones de la América, ni doscientos cincuenta quintales de plata labrada que se habia conducido de Europa. Luego que Rivas supo esta desgracia, partió contra los ingleses para quitarles una presa tan interesante, y lo consiguió al cabo de pocos meses, porque los ingleses se vieron sin arbitrios para resistirse, y evacuaron el fuerte que fué ocupado por los españoles.

El rey D. Cárlos no perdia de vista el recobro de las importantes plazas de Jibraltar y Mahon: destinó al efecto al duque de Crillon, y éste ocupó desde luego toda la isla de Menorca, escepto el fuerte de San Felipe, al que puso sitio cuidando de asegurar que no le entrasen socorros por ninguna parte: asi subsistió por espacio de ocho meses, en que tanto los sitiados como los sitiadores dieron brillantes pruebas de constancia y valor; mas al fin se vió la plaza precisada á rendirse, como lo

verificó en febrero de 1782, quedando el jeneral y toda la guarnicion prisionera de guerra. A todos los isleños se conservaron sus propiedades y privilejios, estendiéndose esta gracia hasta á los que estaban armados en corso con bandera enemiga.

Infructuosa tentativa contra Jibraltar.—Jibraltar estaba sitiado, y luego que se conquistó Puerto Mahon pasaron las armadas á estrechar mas el sitio. El comandante D. Antonio Barceló, que se ocupaba en el bloqueo, se dedicó á impedir la entrada de socorros por el mar, apresó todos los convoyes enemigos, y como la localidad de Jibraltar le facilitaba la entrada de ausilios, ya de Africa, ya de otras naciones neutrales, se verificaron varios encuentros; sin embargo no pudo impedirse el socorro de la plaza. El gabinete inglés, considerando la escasez de víveres y municiones que sufriria Jibraltar, comisionó al almirante Rodney para que á costa de los mayores peligros socorriese la plaza. En el campo de San Roque se habia formado un campamento, que por parte de tierra impedia la entrada, y por el mar D. Antonio Barceló en el Mediterráneo y D. Juan de Langara en el Océano, interceptaban el paso; mas el valiente inglés arrolló la escuadra de Langara, que aunque inferior se batió con valor, y entró en Jibraltar con ocho barcos cargados de tropas, municiones y víveres. Con este refuerzo se hizo el sitio mas duradero y memorable, y acaso la conquista de muchas célebres fortalezas no presentó jamas á sus sitiadores tantas y tan peligrosas dificultades. Aunque la escuadra lijera de Barceló hizo todo cuanto era posible para bloquear la plaza por el mar, no pudo cerrar perfectamente todas las entradas á los refuerzos que vinieron de Africa y de Italia. Don Martin Alvarez, comandante de la espedicion contra Jibraltar, fué remplazado por el duque de Crillon, conquistador de Menorca: pasó este con un crecido número de tropas al campo de San Roque, y estrechó considerablemente el bloqueo, haciendo las baterías, que mandó acercar á la plaza, tan horroso fuego, que parecia imposible lo resistiesen los sitiados por mucho tiempo; pero la plaza no recibia mucho daño por aquella parte por su escesiva elevacion.

Un caballero francés, llamado Mr. de Arson, inventó las

baterías flotantes para atacar la plaza, con la esperanza de que cuando hubiesen abierto brecha desembarcarian las tropas por medio de muchos buques lijeros y darian el asalto. Realizado este proyecto marcharon las máquinas destructoras, y el dia 13 de setiembre de 1782 se situaron á distancia de unas trescientas toesas de las fortificaciones enemigas, pricipiaron un horroroso fuego al mismo tiempo que le hacian con el mayor ardor las baterías de tierra, y de un instante á otro se esperaba ver una gran brecha, cuando la artillería de la plaza vomitó contra las máquinas un sin número de balas rojas, que en muy poco tiempo redujeron á cenizas aquel grande armamento que habia costado considerables sumas. A este desastre siguieron unos temporales tan borrascosos, que en la noche del 10 de octubre fué destruido todo el campamento por una horrorosa tempestad, que deshizo casi todas las tiendas y puso á la escuadra combinada á peligro de estrellarse contra la costa, ó desbaratarse con el choque de unos buques con otros: en esta crítica ocasion se atrevió al almirante inglés Howe á introducir en la plaza un socorro de hombres y víveres, y volver á salir á favor de un viento fuerte de Levante, pasando el estrecho con la misma felicidad. Este oportuno socorro animó á los sitiados, y el ejército combinado viendo el ningun fruto que podia prometerse de sus muchas fatigas y penalidades, levantó el sitio.

Sin embargo de tantas ventajas, el gobierno inglés se hallaba bastante apurado; su comercio estaba entorpecido, su deuda se habia aumentado considerablemente, y los pueblos recargados pedian la paz. El ministro Pitt fué remplazado á la sazon por el moderado marques de Rochimgbam; y como las potencias aliadas deseaban tambien finalizar una lucha tan porfiada, dieron oidos á las proposiciones amistosas del nuevo ministro; y en 20 de enero de 1783 se firmó la paz en que recobró España la isla de Menorca y la Florida oriental, restituyéndose entre sí las potencias belijerantes todo lo que habian conquistado durante la guerra.

Finalizada esta, se volvió contra Arjel, asilo de corsarios y piratas, que infestaban las costas españolas. D. Antonio Barceló se presentó delante de aquel puerto con una poderosa armada, y sin

duda hubiera destruido la poblacion á no hallarse la estacion tan adelantada que le impidió permanecer en aquellos mares. En el año siguiente (1785) volvió con fuerzas superiores, pero desgraciadamente tuvo esta espedicion el mismo écsito que la anterior, pues aunque padecieron mucho los arjelinos, votaron al mar una multitud de lanchas que molestaron notablemente á los españoles. Se dijo que la defensa de los arjelinos habia sido dirijida por oficiales ingleses y holandeses; en lo que no hay duda es en que estas dos naciones abastecieron abundantemente á los moros de armas, municiones, y cuanto creyeron á propósito paro malograr el proyecto del gabinete español. Hubo mediadores de muchas partes para tratar un concierto: la Puerta Otomana y el rey de Marruecos influyeron por su parte todo cuanto les fué posible, y al fin, despues de muchas altercaciones, se firmó la paz el 14 de julio de 1786 con la rejencia de Arjel. Libre ya don Cárlos de las molestias de la guerra, pensaba solamente en procurar la felicidad de sus vasallos, y ayudado del sabio ministro conde de Floridablanca se entregó á este loable objeto: hizo construir un canal en el reino de Murcia para proporcionar el riego de las campiñas de Lorca. La construccion del canal real de Aragon hace gloriosa la época de su reinado: con sus aguas se fertilizan los campos desde cerca de Zaragoza hasta Miraflores en el monte Torrero: se une con el Ebro y facilitan la navegacion del Mediterráneo. Erijió el Banco nacional de San Cárlos, la compañía de Filipinas, y concluyó un tratado de comercio con la Puerta Otomana, facilitando por este medio el tráfico de Levante.

Convencido Cárlos III de la necesidad de una reforma en la lejislacion, cometió este importante y delicado encargo al conde de Campomanes, fiscal del consejo de Castilla, y á otros varios jurisconsultos.

La dolorosa muerte del infante D. Gabriel, hijo á quien amaba tiernamente, fué el golpe precursor que anunció la de un rey jeneralmente amado, y que habia de cubrir de luto y tristeza á toda la España: hasta entonces habia conservado Cárlos III una robusta salud por su mucho ejercicio y aficion á la caza; pero á principios del mes de diciembre de 1788, le

atacó una calentura inflamatoria, que le quitó la vida al amanecer del 14 del mismo mes.

DON CARLOS IV.—(1788) Luego que falleció Cárlos III, subió al trono su hijo Cárlos IV: era este príncipe de un carácter amable y bondadoso, con el cual siendo príncipe de Asturias se atrajo el amor de los pueblos; mas la revolucion que ocurrió en Francia en el año 1789, impidió que los españoles lograsen la felicidad que esperaban. Los franceses convocaron los estados jenerales, y sucesivamente una asamblea jeneral constituyente; esta se abrogó la soberanía, y formó una constitucion, por lo que Luis XVI trató de fugarse saliéndose de París; mas le prendieron y le encerraron en la torre del Temple, formándole un proceso en que le condenaron á muerte, cuya sentencia se ejecutó el dia 21 de enero de 1793.

Estos sucesos alarmaron á los soberanos de Europa que intercedieron en favor del desgraciado monarca, y amenazaron á la nacion con sus armas por medio de notas diplomáticas, en que se distinguió la España: los franceses despreciaron las peticiones de toda la Europa, y aunque su territorio fué invadido por varias potencias con numerosos ejércitos, la nacion francesa, constituida ya en república en 1792, supo oponerles formidables fuerzas para sostener á toda costa su libertad. Arrojaron de su territorio á los ejércitos estranjeros, apoderáronse de la Holanda y otros paises limítrofes á la Francia, y se hicieron temibles al universo, á pesar de que la nacion se habia dividido en partidos y facciones que con la mayor crueldad se destruian unos á otros inmolando en los cadalsos, que se veian en todas partes, infinitas víctimas sacrificadas por el sanguinario Robespierre y sus secuaces.

Entretanto hizo España sus preparativos para, en union con las demas potencias, sujetar á los franceses, declarándoles una guerra que fué el orijen de nuestros males; y para que estos aflijiesen mas pronto á los españoles, se separó del ministerio al sábio é ilustre conde de Floridablanca, cuyo lugar ocupó el conde de Aranda, que fué remplazado poco despues por D. Manuel Godoy, el cual disfrutaba todo el favor y aprecio de los reyes, pues lle-

gó á tanto grado que de guardia de corps le elevaron á grande de España, duque de Alcudia, capitan jeneral de los reales ejércitos, y en el año 1793 le confirieron el ministerio de Estado.

Aunque Godoy tenia un talento despejado, carecia de aquellos profundos conocimientos que ecsije la política de los gabinetes, muy necesarios para dirijir los árduos negocios de la diplomacía en un estado tan tempestuoso. Ademas era muy jóven, y falto de esperiencia aun en la misma carrera militar, por lo que tuvo necesidad de valerse de asesores, como fueron D. Eujenio Llaguno de Amírola y D. José Anduaga, oficiales mayores de la primera secretaría de estado. El nuevo ministro, no habiendo previsto las funestas consecuencias que podria traer á España cualquier acto hostil ejercido contra una potencia vecina, encarnizada y reunida entonces por su propio interes, no paró hasta conseguir del rey que tratase de vengar el desaire que habia recibido de la convencion francesa despreciando su mediacion.

Guerra con la francia. — (1793) El 23 de marzo de dicho año se declaró la guerra: los ejércitos españoles pasaron las fronteras y se apoderaron de algunas plazas, cuando el consejo y la política de los hombres mas sabios opinaban que España hubiese permanecido á la defensiva. Asi que, á pesar de la division de partidos de aquella nacion, fueron desgraciados para los españoles los sucesos de la guerra, porque despues de tres años de sacrificios y gastos incalculables, lograron los franceses arrojar á nuestras tropas de su territorio, se apoderaron en 1795 de las provincias Vascongadas, y en Cataluña ocuparon la fuerte plaza de Figueras, reteniéndola en su poder hasta el siguiente año en que nos la devolvieron en virtud de la vergonzosa paz que se ajustó el 22 de julio en Basilea, con condiciones sumamente humillantes, cuales fueron haber cedido España la parte que poseia en la isla de Santo Domingo, la de entregar á Francia veintiocho millones de pesos fuertes, y haberla de dar dieziseis mil hombres de infantería, ocho mil de caballería y quince navíos de línea con sus correspondientes tripulaciones siempre que tuviese guerra con cualquiera potencia. Aunque este tratado era

indecoroso, sin embargo se quiso suponer sumamente ventajoso á España, y por él se condecoró á Godoy con el título de príncipe de la Paz, como que fué obra de sus conocimientos políticos.

Guerra con los ingleses.—(1797) Poco duró esta paz, pues por consejo del mismo ministro se declaró la guerra á la Inglaterra: ofendida esta potencia de la alianza entre Francia y España, la declaró tambien á la Península. En el cabo de san Vicente el almirante inglés Ferwis, atacó á una armada española compuesta de veintisiete navíos de línea, cuatro fragatas y un cúter, derrotándola completamente. Los ministros Saavedra y Jovellanos reclamaron contra el proceder de Godoy por considerarle autor de las desgracias ocurridas; pero influyendo el favorito, fué desterrado Saavedra, y Jovellanos condenado á encierro perpétuo.

Combate naval de Trafalgar.—(1805) La paz de Amiens entre Francia y las potencias del Norte se concluyó en octubre de 1801; mas habiendo quebrantado este tratado Napoleon Bonaparte, que á la sazon dominaba en Francia, volvieron á declarar la guerra los ingleses y otras potencias contra la Francia: los ingleses apresaron cuatro fragatas españolas que venian cargadas de plata de las Américas, habiéndose perdido ademas la batalla naval dada en el cabo de Trafalgar el 21 de octubre de 1805, en la cual fué derrotada nuestra escuadra, muertos sus principales comandantes, apresados varios buques é inutilizados los demas; de modo que puede decirse que se acabó nuestra marina. Mas esta misma desgracia sirvió para que el gabinete español ensalzase en el año 1806 el poder de Godoy nombrándole jeneralísimo y almirante de mar y tierra. En virtud de este nombramiento creó el consejo de Almirantazgo, cuando ya no habia marina. No teniendo los reyes mas honores con que distinguir á su favorito, casáronle con María Luisa, hija del infante D. Luis, emparentando asi con la familia real; de suerte que en el año 1807 llegó á ser el árbitro de España. El pueblo estaba descontento del favorito, y atribuia su elevacion á relaciones amorosas de Godoy con la reina Maria Luisa. El indolente Cárlos IV, dejando enteramente en manos de su favorito las riendas del gobierno, solo pensaba en la ca-

za. Entretanto Napoleon, siendo ya emperador de los franceses, con el objeto de debilitar las fuerzas de la península, pretestó en el año 1804 la defensa del reino de Etruria: sacó cuatro mil soldados veteranos para este objeto, y para el Hannover otros once mil hombres.

Casi al mismo tiempo, en virtud de un tratado secreto entre Napoleon y Cárlos IV, cedió este á aquel la Luisiana española con seis navíos de línea y veinticuatro millones de reales; y Napoleon se obligó á coronar en Etruria, con título de rey, á Luis, heredero del ducado de Parma, casado con la infanta doña María Luisa, hija de Carlos IV; pero Napoleon sin hacer aprecio de estos tratados, vendió la Luisiana en cuatrocientos millones á los Estados-Unidos, y habiendo muerto el rey de Etruria, simuló un pretesto para despojar á María Luisa del reino y reunirlo al de Italia, del que ya era soberano.

Tratado de repartimiento del Portugal.—Mientras que el ambicioso Napoleon planteaba este proyecto, formó otro tratado secreto con Cárlos IV sobre el reino de Portugal, y por él se convinieron en que se dividiria, este reino en tres partes, á saber: Lusitania superior, Lusitania inferior, y los Algarbes; de las cuales se daria la primera al príncipe del Brasil, la segunda á la reina viuda de Etruria, y los Algarbes con la provincia de Alentejo al príncipe de la Paz: para que se pudiese ejecutar este plan, trató de que entrase en España un ejército de treinta y seis mil franceses, y que si este no bastase vendrian otros cuarenta mil, los cuales no habian de penetrar por las fronteras de España sin prévia anuencia del gabinete de Madrid.

En noviembre del mismo año (1807) principió la entrada del primer ejército francés con direccion á Portugal, bajo el mando del jeneral Junot, y habiéndose puesto en movimiento el ejército español para el mismo reino, se dirijieron ambos á Portugal, en donde manifestó Junot que no llevaba otro fin que guarnecer algunos puertos para impedir á los ingleses que los ocupasen en perjuicio de la Francia: los príncipes de Portugal penetraron los designios de Napoleon y se embarcaron para el Brasil, llevando consigo casi todos sus tesoros y riquezas, dejando nombrado un gobierno, y

publicado un manifiesto á sus vasallos en que los ecsortaban á observar buena armonía entre sí.

Las tropas francesas y españolas entraron en Lisboa sin haber encontrado oposicion: Junot dió por vacante el trono de Portugal por la fuga de sus príncipes, y proclamó á Napoleon por rey: este nombró por su lugar-teniente á Junot, faltando al convenio hecho con el rey de España, bajo el pretesto de que por entonces era necesario que Portugal obedeciese á un solo rey. Junot, con órden sin duda de su emperador, impuso una contribucion de cuatrocientos cuatro millones de reales, y confiscó todas las propiedades de los ingleses, ya perteneciesen ó no á individuos de esta nacion, las cuales ascendieron á un considerable número de millones, que condujeron á Francia con algunos miles de soldados y una diputacion que reconociese á Napoleon por soberano lejítimo de aquel reino.

Al mismo tiempo se proyectaba en España otro plan que se dirijia á presentar al príncipe de Asturias como criminal atentador contra la vida de su augusto padre, intriga que causó el arresto del inocente Fernando, y que se le formase la estrepitosa causa del Escorial, en que el fiscal pidió la pena de muerte contra el príncipe, por cuyo vil medio pensaron los maquinadores desconceptuarle con su padre y con la nacion, y consumar las ambiciosas ideas del astuto Napoleon, facilitando asi á este la ejecucion de sus vastos proyectos.

Invasion de los franceses.—(1807) Napoleon resolvió que entrase inmediatamente en España un crecido ejército bajo el mando de Dupont, y en efecto entró por Irun el 24 de diciembre. La corte de España cayó entonces en la red que Napoleon le habia tendido en el tratado hecho en Fontainebleau; pero las tropas imperiales (1808) entraban en nuestras plazas y á solicitud de los jenerales franceses prestaban el servicio en union con las españolas, consintiéndolo la corte, bien que las ciudadelas permanecian guarnecidas esclusivamente por los españoles. D' Armañac sorprendió á Pamplona, y Lechy á Barcelona en plena paz, cojiendo descuidadas las tropas y sus jefes. En virtud de órden de Madrid se apoderaron del castillo de San Sebastian, ocuparon á Figueras con un pretesto enga-

ñoso, y últimamente los jefes militares de Barcelona cedieron la fortaleza de Monjuí al jeneral Lechy que ya se habia apoderado de la plaza. A la sazon se iban acercando á Madrid las tropas de Napoleon. Izquierdo llegó á la capital á principios de marzo, y habló con el rey y con Godoy, sin que se pudiese saber el asunto de que trataron. El resultado fué que vuelto á Paris Izquierdo, se comunicó órden al marqués del Socorro para que saliese del Alentejo y pasase á Badajoz; se pidieron á Junot las tropas que mandaba Carrafa con el simulado pretesto de atender á un desembarco que intentaban los ingleses en Andalucia; y aun se pensó que S. M. emigrase á Méjico con toda la familia real, como lo habia hecho el portugués.

Motin en Aranjuez.—Ya entonces vieron los españoles con mas claridad la trama que se les urdia, y se resolvieron á no dejar usurpar el trono español con la misma facilidad que se habia hecho con el de Portugal. Se manifestó en Madrid, Aranjuez y la Mancha cierta ajitacion, que se amortiguó algun tanto por una alocucion del rey que se dió al pueblo en 16 de marzo, asegurando en ella que nada temia. La guardia real se marchó de Madrid y se reunió toda en Aranjuez; mas corriendo la voz de que el 17 por la noche emprenderia el viaje la familia real, se impacientó el pueblo, se enfureció, y ausiliado de la tropa atacó la casa del príncipe de la Paz: este se escondió; el rey se vió obligado á ecsonerarle de los destinos de jeneralísimo y almirante, mandando á su hijo D. Fernando que calmase la ajitaicon popular, y Cárlos IV conservó la corona hasta el 19 por la mañana, en que Godoy hostigado del hambre y sed, salió de su escondite, y cayó en manos de las tropas, que le prendieron.

Abdicacion de Carlos IV.—El monarca, viéndose entonces en la dura precision de entregarle á los tribunales, resolvió no ser ajente en la ruina de su favorito, y abdicó en su hijo la corona de España. Mientras ocurria esto en la córte y en el real sitio de Aranjuez, Murat se acercó á la capital al frente de un formidable ejército.

CAPITULO XIII.

Fernando VII. — Cautividad de este monarca en Francia. — Guerra de la independencia. — Instalacion de la junta central. — Alianza de España con la Inglaterra. — Heróica defensa de Zaragoza. — Id. de Jerona. — Disolucion de la junta central y nombramiento del consejo de rejencia. — Reunion de las córtes. — Derrotas de los ejércitos franceses, y evacuacion del territorio español. — Regreso de Fernando VII á España. — Sublevacion de la América Española. — Sublevacion del ejército espedicionario en Andalucía. — Proclámase la constitucion de 1812. — Congreso de Laybach. — Suplicio del jeneral Elio. — Sublevacion de los guardias. — Combate de los guardias contra la milicia de Madrid el 7 de julio. — Congreso de Verona. — Entrada del ejército francés en España. — Restauracion. — Alzamiento carlista en Cataluña. — Enfermedad del rey. — Muerte de Fernando VII.

D. FERNANDO VII.—(1808) Apenas se supo en la corte la renuncia que el rey Cárlos IV hizo en favor de su hijo D. Fernando, príncipe de Asturias, todos sus habitantes dieron muestras del mayor júbilo y afecto á su nuevo monarca, de quien esperaban su felicidad; pero esta alegria fué precursora de los muchos dias de luto que iban á entristecer á la nacion, porque el ejército francés al mando de Murat llegó á la córte el 23 de marzo con doce mil hombres. Napoleon trató de venir personalmente para felicitar á D. Fernando, disimular su perfidia, y apoderarse del trono de España, salvando antes por medio de Murat á Godoy, que fué conducido á Francia. Los reyes padres partieron para aquel pais; y el infante D. Cárlos salió á recibir al emperador, cuya venida se creia cierta aunque se dilataba. El rey lleno de buena fé se dirijió á Burgos y desde allí á Vitoria, adonde llegó el 15 de abril, y llamado por Napoleon determinó ir á Bayona: mas el pueblo cortó los tiros del coche, y espuso respetuosamente á S. M. que acaso podria ser víctima del astuto Napoleon: sin embargo, arredrado por el poder colosal

del tirano, el sencillo y tímido monarca, viendo ocupada su capital desoyó los consejos y pronósticos de sus súbditos, se alejó con sentimiento de estos, y llegó á Bayona el dia 20 del mismo abril.

Ocioso seria detenerse en describir la escena escandalosa ocurrida en esta ciudad, la iniquidad cometida por Nopoleon con la familia real de España, y la carta que supuso haber escrito Cárlos IV manifestando que la abdicacion de la corona hecha en Aranjuez habia sido violenta. Baste decir que una hora despues de haber sido don Fernando abrazado en Bayona por Napoleon, se le hizo saber que no habia medio entre renunciar la corona de España y el derecho que en lo sucesivo pudiese tener á ella, y la muerte. Napoleon, sin respetar el derecho de jentes, se atrevió á declarar que la dinastía de Borbon habia cesado de reinar. El monarca español, vivamente irritado, se resistió á tan degradantes proposiciones.

Pocos dias despues de esta terrible declaracion, se proclamó Napoleon rey de España y de sus Indias, y nombró á Murat lugar-teniente jeneral del reino. Despues nombró á José su hermano, que reinaba á la sazon en Nápoles, para que viniese á España. Convocó en Bayona la famosa junta de españoles, quienes formaron allí la constitucion que habia de rejir en su gobierno.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA. —Parecia imposible al pueblo español lo mismo que estaba viendo; pero convencido por la certeza de los hechos del abuso que Napoleon hacia de la franqueza y buena fé de los españoles y de su soberano, y previendo la vergonzosa esclavitud que se les preparaba, despertaron del letargo, se acordaron de lo que habian sido en otros tiempos, y al fin se resolvieron á vengar tamañas injurias, jurando un odio eterno al tirano y sus satélites, proponiéndose hacer los mayores sacrificios para defender sus justos derechos, es decir, su rey y su independencia. Napoleon resolvió consumar su maldad, y determinó arrancar de Madrid los restos que habian quedado de la familia real. Al subir al coche el infante D. Antonio el dia 2 de mayo para marchar á Francia, salió del jentío que le miraba una voz diciendo: *que le llevan, que le llevan*; propagada esta voz á las estremidades del palacio,

trató el pueblo de impedir la salida; la gran guardia que le escoltaba hizo fuego; el pueblo indignado corrió á las armas, y alborotándose Madrid contra el tirano y sus verdugos principió á correr la sangre en defensa de la libertad perdida, del honor de la patria, y en venganza de los ultrajes hechos á su rey. De aquí tuvieron orijen varias juntas que se formaron en las provincias: tal fué la de Sevilla en 8 de mayo. Uno de los primeros cuidados de todas ellas, ó por mejor decir de todos los españoles, fué dirijirse á la Gran Bretaña solicitando su alianza; y el gabinete inglés, convencido de la justicia de la guerra, tomó el mayor interés en la defensa y ausilio de los españoles, á quienes proveyó de armas, municiones, víveres y jente, haciendo cuanto estuvo de su parte para el buen écsito de la empresa. Asi principió nuestra heróica nacion desde el dia 2 de mayo la terrible lucha contra Napoleon, y se estendió con la velocidad del rayo por las provincias de la península desde la capital; y aunque exhausta la nacion de todos los ausilios, y ocupadas las plazas principales con la mayor parte de su territorio, la constancia de los españoles venció estos obstáculos; y oponiendo una tenaz y vigorosa resistencia, logró destruir á las huestes invencibles de Marengo, Austerlitz y Jena. El ejército de Dupont, el mas victorioso de los de Napoleon, llamado de las *Aguilas Imperiales*, se rindió al valor español á mediados de julio del mismo año en los campos de Bailen, y despues de haber dejado un considerable número de muertos en aquellas comarcas, desfiló prisionero por medio del ejército que mandaban Castaños, Reding, Coupigny, la Peña y otros. Evacuado Madrid por los franceses de resultas de esta batalla, proclamó solemnemente á Fernando VII con tal entusiasmo de alegria, que parecian los habitantes de esta heróica capital unos frenéticos, entusiasmados con el placer que esperimentaban, tanto por ver libre á su patria, como por la esperanza de salvar algun dia á su amado soberano de las cadenas en que le tenia el usurpador.

Instalacion de la junta central. — Cooperando todas las provincias á la salvacion de la pátria, resolvieron formar una junta central que gobernase el reino durante la cautividad del rey, á cuyo fin nombró cada

una sus respectivos diputados, que reunidos en el real palacio de Aranjuez el 24 de setiembre de 1808, instalaron al dia siguiente, segun tenian resuelto, la suprema junta central y gubernativa del reino, previas las formalidades acostumbradas; á continuacion prestaron el correspondiente juramento de fidelidad en manos del escelentísimo señor arzobispo de Laodicea: despues de haberse cantado un solemne *Te Deum*, y colocados los señores diputados en sus respectivos lugares, pronunció el señor presidente, conde de Floridablanca, un breve discurso análogo á las circunstancias, y se declaró la junta lejítimamente constituida, sin perjuicio de los ausentes, que segun el acuerdo del dia anterior debian componer la junta de gobierno.

ALIANZA DE ESPAÑA CON LA INGLATERRA.—Cuando Napoleon supo la derrota de Dupont no la creyó al pronto; pero por si era cierta determinó pasar à España al frente de ciento sesenta mil hombres, y antes de verificarlo quiso avistarse en Erfunt con su amigo el emperador Alejandro, para formar un tratado de paz ó convenio amistoso, invitando á la Inglaterra á que hiciese la paz con Francia. Los ingleses desecharon la invitacion, pues conocian cuánto les interesaba unirse á España para destruir á su comun enemigo; al efecto enviaron á la península un ejército al mando de Sir Arturo Wellesley, despues duque de Wellington, el cual desembarcó en Portugal, derrotó á Junot, y arrojó de allí á los franceses persiguiéndolos hasta Castilla la Vieja.

El ejército español que residia en Portugal á las órdenes de Junot, teniendo noticia de la anterior derrota, se pasó á España para defenderla, y lo mismo hizo el otro ejército español sacado por Napoleon en 1806 para Italia y Hannover, que á la sazon estaba en Dinamarca, mandado por el marqués de la Romana; pues advertido este por el comandante de la escuadra inglesa que surcaba el Báltico, de lo sucedido en España, logró salvarse con su division escepto algunos oficiales y soldados que quedaron prisioneros. Este ejército desembarcó en la Coruña y Santander y se unió al de Galicia, cuyo mando se dió al marqués de la Romana como jeneral en jefe de ambos ejércitos.

Entretanto Napoleon juntó ciento veinticuatro mil infantes

y veintidos mil caballos, con su correspondiente tren de artillería, y volvió á invadir casi toda la Península; sitió á Madrid y la tomó por capitulacion el 2 de diciembre del mismo año: otro ejército fránces ocupó á Galicia y persiguió á los ingleses hasta hacerlos rembarcar; la junta central tuvo qne retirarse á Sevilla y despues á Cádiz, en donde por mas esfuerzos que hizo Napoleon no pudo entrar. El dia 22 de enero de 1809 entró José Bonaparte en la capital, nombrado ya rey de España.

HERÓICA DEFENSA DE ZARAGOZA.—Esta invasion no dejó de encontrar obstáculos que vencer: los zaragozanos, aunque habitantes de una ciudad abierta sin mas fortificaciones que las que pudieron construir de pronto, se atrevieron á resistir y rechazar con heroismo repetidas veces á cuarenta mil franceses mandados por el mariscal Lefebre. Remplazado este por Moncey, Mortier, y últimamente por Lannes, sufrió la heróica Zaragoza otro segundo sitio rechazando de contínuo sus habitantes á los sitiadores, poniéndolos en vergonzosa fuga, hasta que habiendo sido acometidos del hambre y de la peste, se rindió aquella capital en virtud de una honrosa capitulacion.

Faltaríamos á la fidelidad de la historia si dejásemos de decir que en esta porfiada y sangrienta lucha de algunos años, se perdieron por necesidad muchas batallas, como fueron la de Uclés, en 13 de enero de 1809, la de Medellin en 28 de marzo, y otras varias: mas ¿qué estraño es que unas tropas disciplinadas, acostumbradas á la guerra por espacio de muchos años y en número muy crecido, venciesen á otras que se componian de jóvenes inespertos, salidos de las casas de sus padres y conducidos al campo de batalla sin otra instruccion militar que su fidelidad y patriotismo?

Otro tanto decimos de las infidelidades y traiciones que se atribuyeron, no pocas veces, sin motivo alguno, á los españoles, como tambien de las víctimas inocentes que sacrificó el populacho por una voz vaga ó una accion indiferente; pero estos contratiempos no arredraron á los españoles, que ecsaltados cada vez mas por su libertad y movidos de su patriotismo, inventaron, formando partidas sueltas, un nuevo modo de pelear desconocido hasta entonces, ó una táctica ignorada. Estas partidas, que atendiendo al ape-

llido de su principal inventor, se llamaron de empecinados, y cuyo singular modo de pelear mereció el nombre de guerra á la española, debieron su orijen á á la necesidad; mas lograron al fin destruir á los enemigos aunque mas poderosos y disciplinados: compuestas de solos cincuenta, setenta ó cien hombres sin formar jamás un cuerpo reglado capaz de ser atacado en forma, interceptaban las comunicaciones entre los ejércitos franceses, cojian sus convoyes, acometian, mataban, apresaban, y desaparecian como el rayo. Los jefes mas famosos de estas partidas fueron el Empecinado, Mina, Palarea, Chaleco, etc.

Defensa de Jerona. — La plaza de Jerona se habia resistido gloriosamente contra los franceses rechazándolos por tres veces en junio de 1808, y Napoleon mandó en 6 de mayo de 1809 al jeneral Saint-Cir que la sitiase, como lo verificó; mas dirijidos los habitantes de esta plaza por su invicto gobernador, el mariscal de campo D. Mariano Alvarez, quisieron todos imitar á su digno jefe, y ausiliados de los nuevos espartanos, ó sean trescientos hombres del rejimiento de Vitoria, única guarnicion que tenia la plaza, juraron morir antes que rendirse, como habian hecho otros trescientos espartanos en las Termópilas.

Cada habitante llegó á ser un héroe, y solo el hambre mas inaudita, la carencia de todos los recursos, y una peste cruel que diariamente hacia numerosas víctimas, pudieron obligar á rendirse á esta plaza despues de una obstinada defensa.

En los dias 27, 28 y 29 de julio del mismo año se dió la famosa batalla de Talavera de la Reina por el ejército combinado mandado por Wellesley, y el español por D. Gregorio de la Cuesta. El campo de la accion presentaba un horrendo espectáculo con el fuego infernal de mas de ciento treinta piezas de artillería, y de mas de ciento cuarenta mil fusiles de una y otra parte, que por espacio de tres dias no se interrumpió un momento. Millares de hombres fueron víctimas de la ambicion desmesurada de un tirano, y de la justa defensa de los pueblos oprimidos; pero todavía fué mayor azote no haberse unido estos como debian para sacudir de una vez el yugo del opresor. Esto

dió lugar á que el ejército francés se volviese á reunir y reformar por no haberle perseguido en la retirada, de manera que se perdió desgraciadamente otra batalla dada por los españoles en Almonacid de Toledo á 11 de agosto del mismo año. Casi todas nuestras tropas fueron derrotadas y dispersas, si bien en 18 del siguiente mes fué batido el ejército francés en Tamames con pérdida de tres mil doscientos hombres, una pieza de artillería, un águila lejionaria, dos carros de municiones, dos mil fusiles, y una infinidad de cajas de guerra, cuando por nuestra parte no pasaron de seiscientos setenta hombres entre muertos heridos y prisioneros. Poco despues de esta victoria se perdió en 19 de noviembre la desgraciada batalla de Ocaña, donde un ejército de sesenta mil españoles, el mas lucido que hasta entonces se habia puesto en campaña, fué derrotado por fuerzas enemigas muy inferiores. Se haria muy difuso este compendio si hubiésemos de describir aquí, aun concisamente, todas las batallas, ya prósperas, ya adversas, que se dieron entre españoles y franceses hasta principios del año 1810, cuando penetrando los enemigos por las Andalucías precisaron á la junta central, que estaba en Sevilla, á huir precipitadamente para no caer en manos de los invasores. Baste decir que si los españoles fueron vencidos en los encuentros de Cascante, Uclés, Ciudad-Real, Medellin, Almonacid y Ocaña, tambien fueron vencedores, cubriéndose de gloria en Bailen, Talavera, Tamames, Chiclana, la Albuera y los Arapiles. ¿Y qué diremos de los ilustres jenerales asi ingleses como españoles, y los impávidos jefes de partidas, que atreviéndose con los grandes mariscales del imperio francés hicieron desaparecer su soñada omnipotencia, y destruyeron los ejércitos tan poderosos y aguerridos que se habian creido hasta entonces invencibles? Con tan admirable constancia en los reveses, mostró la nacion en pocos años la firmeza de que era capaz para defender sus derechos contra los enemigos que querian esclavizarla.

Disolucion de la junta central. — Cuando victoriosos los franceses penetraron á principio del año 1810 en las Andalucías, se retiró la junta á la isla de Leon, y en virtud de

un decreto que parecia haber espedido el rey desde su cautiverio, en 5 de mayo de 1808, para que se convocasen córtes, si bien llegó á España con mucho retraso, mandó la junta la convocacion para el 1.° de marzo de 1810 en la misma isla. Posteriormente habiéndose disuelto por sí misma la junta el 29 de enero de dicho año, dejó nombrado un consejo de rejencia, compuesto de cinco individuos, que residió allí hasta mayo en que se trasladó á Cádiz. Este consejo de rejencia circuló la órden correspondiente para la convocacion de córtes jenerales y estraordinarias de la nacion, en la misma forma que se habia hecho antiguamente, como medio único en aquellas circunstancias para salvar á España.

Reunion de las cortes. — Estas córtes se compusieron de ciento cuatro diputados nombrados por las provincias del reino, y cuarenta y ocho suplentes para las de Ultramar y las que estaban ocupadas por los enemigos en la península. En sus primeras sesiones reconocieron y proclamaron otra vez por rey lejítimo de España é Indias al cautivo monarca D. Fernando VII, dando por nula la cesion que habia hecho en Bayona, y decretando en 1.° de enero de 1811 que la nacion no reconoceria, sino que tendria por nulo todo tratado, convenio ó transaccion hecha por el rey mientras que permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que se hallaba, pues jamas le consideraria libre la nacion ni le prestaria obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos; y finalmente, que la nacion española estaba resuelta á pelear incesantemente hasta dejar asegurada la relijion santa de sus mayores, la libertad de su monarca, y la absoluta independencia é integridad de la monarquía.

En 2 de enero de 1811 tomaron los franceses á Tortosa, y el 25 les ganó el jeneral Ballesteros una batalla en Castillejos. Desde entonces principió la España á ser la admiracion del mundo, el terror del dominador de la Europa, y el escollo donde se derrocó todo su poder, al paso que las naciones del Norte le temblaron, y miraban con la mayor indiferencia la suerte de nuestra heróica nacion. En 19 de febrero se perdió la accion de san Cristóbal delante de Badajoz, y en 5 de marzo la de

Chiclana. Los franceses tomaron á Olivenza, que fué reconquistada por los ingleses en 15 de abril siguiente. El 18 atacó de improviso á los franceses el jeneral Zayas en Moguer. Rovira se habia apoderado de Figueras con una estratajema el 11 del mismo mes. En 5 de mayo fué derrotado Masena en Portugal, repasó el rio Agreda y perdió á Almeida, habiéndose retirado con Ney á Francia. El 19 ganaron los españoles é ingleses la famosa batalla de la Albuera. En 29 de junio tomaron los franceses por asalto á Tarragona é hicieron una terrible matanza en los paisanos. Desde julio, agosto y setiembre principiaron las partidas de guerrillas como la de Ballesteros, Mina, Villacampa, el Empecinado, el Marquesito, Eroles, Duran y otros muchos, á perseguir y acometer por todas partes á los invasores, interceptar sus comunicaciones y convoyes sin dejarlos sosegar. En 25 de octubre se dió la batalla de Pujol, cerca de Murviedro, y en 28 del mismo ganaron los aliados la de Arroyomolinos.

Pero lo que mas sorprende en esta guerra tan desigual, es que ni la pérdida de los combates, ni la entrega de las plazas como Murviedro, Peñíscola y Valencia, que lo hicieron por capitulacion, ni el hambre mas horrorosa que principió en Madrid, retrajeron á los españoles y sus aliados de continuar en la defensa de su justa causa; antes al contrario, no contento el lord Wellington con reconquistar en 20 de enero de 1812 á Ciudad-Rodrigo (1) y en 6 de abril siguiente tomar por asalto á Badajoz, todavía en 22 de julio dió el ejército anglo-español, al mando del duque de Ciudad-Rodrigo, la famosa batalla de los Arapiles, en la cual fué derrotado el ejército francés que mandaba el mariscal Marmont. Entretanto los españoles, despreciando los peligros y haciendo á Cádiz baluarte invencible de su libertad, volvieron á proclamar en 19 de marzo rey de las Españas al señor D. Fernando VII de Borbon. Esta heroicidad y firmeza de los españoles mereció el aplauso de las demas potencias de Europa, de modo que todas toma-

(1) Por esta conquista concedieron las córtes al jeneral Wellington el título de Castilla, con el dictado de duque de Ciudad-Rodrigo.

ron entonces las armas para destruir al déspota Napoleon; y declarándose contra él el Austria y la Rusia, formaron una alianza ofensiva y defensiva, concentraron sus ejércitos, y derrotaron á los franceses en diferentes combates.

De resultas de la batalla de los Arapiles, el rey intruso, José Bonaparte, se fugó el 11 de agosto de Madrid á Valencia: el dia siguiente entró Wellington con su ejército en la capital del reino, y el 15 capitularon los franceses que quedaron en el Retiro: el Empecinado hizo dos mil prisioneros en los campos de Guadalajara. El 19 del mismo mes se rindieron las tropas imperiales de Astorga á Santocildes, y el 15 levantó Soult el sitio de Cádiz para evacuar las Andalucías; se reunió despues en Almansa con el fujitivo ejército del intruso José, y dirijiéndose ambos otra vez á Castilla, volvió á entrar en Madrid el 2 de noviembre; por lo cual, retirados los aliados á Portugal, se volvieron á estender los franceses por las Castillas.

El año 1813 preparó nuevas alianzas á los españoles, coligándose la Prusia y la Rusia contra los franceses en el mes de marzo: no por eso se desanimó Napoleon, pues en 2 de mayo ganó con un ejército de jóvenes conscriptos é inespertos la batalla de Lutzen contra los aliados rusos y prusianos, con cuya victoria, si hubiese sabido aprovecharse de ella como supo lograrla, habria asegurado para siempre su imperio. Lo mismo le sucedió en la que ganó contra los aliados en Dresde el 27 de agosto, ya despues de declarada el Austria contra la Francia, y en cuyo combate perdieron los soberanos aliados veinte mil prisioneros, cuarenta banderas, diez jenerales, y la artillería.

Derrotas de los ejercitos franceses.—En 27 de mayo evacuaron los franceses con la mayor precipitacion por última vez á Madrid, y persiguiéndolos el ejército anglo-hispano mandado por el duque de Wellington, ganó este en 21 de junio la célebre batalla de Vitoria, cuando iban de retirada José Bonaparte y el mariscal Jourdan, quienes fueron derrotados completamente y obligados á retirarse en el mayor desórden á Francia con todo su ejército, dejando sus tesoros, que eran inmensos, coches, equipajes y hasta su sombrero en poder de los aliados, que pasaron á sitiar las plazas de Pamplona y San Sebastian.

En lo restante de este mes Mina reconquistó á Zaragoza, y Suchet evacuó el reino de Valencia, escepto la plaza de Peñíscola, hasta que en 30 del mismo fué arrojado el ejército francés al otro lado de Irun.

Habiendo vuelto á España el mariscal Soult, reunió el mando de todos los ejércitos, y queriendo socorrer á Pamplona fué derrotado desde el 25 al 28 de julio por los españoles, que reconquistaron la plaza en 1.° de noviembre. En 31 de agosto tomaron los aliados la ciudad de San Sebastian, y el jeneral Freire ganó la batalla de San Marcial. Los ejércitos inglés y español invadieron el territorio francés en 7 de octubre, y en los dias 16, 18 y 19 ganaron los aliados del Norte la batalla de Leipsick contra todas las fuerzas del imperio francés.

Regreso de Fernando VII a España.—(1814) Tantas victorias obtenidas por todas partes contra las fuerzas de Napoleon, hicieron á este conocer lo imposible que era apoderarse de España; y así trató con nuestro cautivo monarca D. Fernando, á quien reconoció por rey de España é Indias, que cesasen las hostilidades, que se evacuasen las plazas y se retirasen los ejércitos de la península: á pesar de que este tratado no se ratificó, el monarca español, tan deseado y rescatado á costa de la sangre de sus súbditos, llegó á su territorio despues de seis años de cautiverio, en 24 de marzo de 1814, acompañado de los infantes D. Cárlos y D. Antonio. El 14 de abril entró en Valencia, en donde no pocos diputados le representaron contra la constitucion; y el rey por su decreto de 4 de mayo, dado en aquella ciudad, declaró nulo cuanto habian hecho las córtes en su ausencia, y abolió la constitucion política formada por las mismas en Cádiz en el año de 1812.

Así logró España, despues de una guerra de seis años, salvar á su monarca y quedar libre de la esclavitud del ambicioso Napoleon, el cual perseguido tambien por los aliados que entraron en París el 31 de marzo, abdicó el imperio francés, y el gobierno de París capituló á nombre del pueblo con los soberanos aliados. Napoleon fué despojado del trono de Francia, y confinado á la isla de Elba.

En virtud de la paz concluida despues entre España y Francia en 1.° de setiembre, se retiraron los restos de los ejércitos que habian quedado en la península,

se evacuaron las plazas que se habian ocupado por traicion y perfidia, se devolvieron ambas naciones sus prisioneros, y la Francia restituyó á España muchas de las pinturas, alhajas y preciosidades estraidas por Napoleon para adornar sus museos y gabinetes de ciencias y artes de París: finalmente, se restableció del todo la tranquilidad y paz de la Europa, perturbada y bañada de sangre por la ambicion de un solo hombre. Este fué el fin que tuvo la gloriosa revolucion de España, y la obstinada lucha que sostuvo por espacio de seis años contra un coloso á quien temieron todas las naciones, para asegurar su independencia y libertad, y restablecer en el trono de sus mayores á Fernando VII su lejítimo rey.

El gabinete de Madrid se hallaba indeciso en la marcha que debia seguir, porque acosado por las diferentes ecsijencias de los partidos y sometido al influjo de una camarilla, compuesta de los favoritos de Fernando, hallaba á cada paso mil obstáculos, y presentaba síntomas de que su ecsistencia seria de corta duracion.

El 29 de mayo de 1815 se publicó un decreto restableciendo á los jesuitas, que habian sido espulsados de España en el reinado de Cárlos III.

Los adictos á la constitucion de Cádiz, entre los cuales se contaban muchos jefes militares, distinguidos por su valor y por los relevantes servicios que habian prestado á la patria durante la invasion francesa, perseguidos como liberales por el gobierno de Fernando, hacian algunas tentativas para derrocar el sistema absoluto, pero todas se malograron. Don Francisco Espoz y Mina intentó apoderarse de la ciudadela de Pamplona para que sirviese de baluarte á la libertad; mas fué descubierto su plan y tuvo que refujiarse á Francia. El jeneral don Juan Diaz Porlier proclamó la constitucion en la Coruña el dia 19 de setiembre, y marchó con algunas tropas sobre Santiago; pero vendido villanamente por algunos de sus cómplices, fué preso en el camino, y el dia 3 de octubre espió en un cadalso su amor á la libertad.

Sublevacion de la America española.—La sublevacion de la mayor parte de nuestras Américas reclamaba la atencion del gobierno español; el fuego de la insurreccion habia cundido desde Caracas hasta el nuevo reino

de Granada, y cada dia se aumentaban las filas de los partidarios de la independencia americana. En vez de emplear medidas conciliadoras, prefirió el gobierno español usar de la fuerza para sujetar á los rebeldes, y mandó reunir en Cádiz una division espedicionaria compuesta de diez mil hombres al mando del jeneral D. Pablo Morillo, el cual, aunque con descontento de las tropas á las que no les era muy grato el ir á pelear al Nuevo Mundo, se hizo á la vela para Venezuela. La espedicion arribó sin contratiempo alguno á aquellas islas, y fondeó el 13 de julio delante de Santa Marta, en la América meridional, para marchar en seguida contra los insurjentes de Santa Cruz de Bogotá, capital de Nueva Granada. El 11 de agosto atravesó Morillo el rio de la Magdalena, batió á los rebeldes, y se dirijió sobre Cartajena de Indias que bloqueó por mar y tierra; pero el 15 de octubre se vió obligado á levantar el bloqueo. El 20 de dicho mes otro cuerpo de tropas realistas batió á los insurjentes del alto Perú, y Morillo sitió nuevamente á Cartajena, cuyos defensores enviaron emisarios á la Jamaica, ofreciendo someterse á los ingleses si estos los ausiliaban; mas no obtuvieron resultado alguno.

La insurreccion se habia estendido tambien á la América setentrional, especialmente al reino de Méjico; pero el jeneral Villasana, que mandaba las tropas españolas, batió el 4 de noviembre á los rebeldes en las orillas del rio Alcuango, haciendo prisionero al cura de Morellos que los capitaneaba.

El jeneral Pezuela, que mandaba las tropas reales en el alto Perú, batió en Sipe el 29 de noviembre á los insurjentes acaudillados por Rondau. Morillo continuaba sitiando á Cartajena, y el 12 del mismo mes ordenó el asalto de la plaza; pero sus tropas fueron rechazadas con mucha pérdida: por último, Cartajena se rindió el 6 de diciembre: los insurjentes con su jefe Bermudez se embarcaron para la Jamáica, y Bolívar para otro punto.

En 1816 resolvió Fernando VII contraer segundas nupcias, y elijió por esposa á doña María Isabel de Braganza, hija de Juan VI, rey de Portugal, la cual tenia á la sazon diezinueve años, cuyas virtudes y escelente carácter hicieron presentir á los españoles muchos dias de ven-

tura; pero desgraciadamente esta flor se marchitó en la primavera de su edad. Hallábase esta princesa en el Brasil; y embarcándose en el navío *San Sebastian* llegó á Cádiz el 4 de setiembre, en donde se desposó con el conde de Miranda, como apoderado del rey. El 29 del mismo mes se celebraron en Madrid las velaciones reales al propio tiempo que las del infante D. Cárlos con la infanta doña María Francisca de Asís, hermana de doña María Isabel.

En América continuaban los españoles derramando su sangre infructuosamente, y la insurreccion tomaba mayor incremento. Despues de la toma de Cartajena se dirijió Morillo á Santa Fé de Bogotá, de cuya plaza se apoderó el 29 de enero; mas á pesar de los triunfos de Morillo y de otros jefes de las tropas realistas, el 23 de marzo se reunió en Tucuman un congreso jeneral constituyente que tomó la denominacion de las *Provincias Unidas del Rio de la Plata*; poco tiempo despues se proclamó la independencia de estas provincias, y en setiembre del mismo año fué nombrado Puirredon director supremo de Buenos-Aires.

Por consecuencia de la rebelion de nuestras posesiones de ultramar, habian cesado las cuantiosas sumas de metálico que aquellas remitian á España, lo que puso en grande apuro á los ministros de Fernando, que se hallaban sin recursos para cubrir las atenciones del Estado, y el desórden de la hacienda se aumentaba de dia en dia. Para remediar estos males, dióse el ministerio de Hacienda á don Martin de Garay, sujeto de bellas cualidades, y muy intelijente en el ramo, el cual formó un nuevo plan de rentas, que se aprobó y publicó en decréto de 30 de mayo de 1817. En este nuevo sistema se establecia la regularidad de los impuestos, se abolian aquellos que por su naturaleza ó modo de ecsijirlos eran odiosos á los pueblos, se establecian arbitrios para subvenir á las obligaciones del Estado, observando la mas rigorosa economía, y se hacian pesar las derramas sobre todas las clases, sin esceptuar las privilejiadas, como la eclesiástica. El señor Garay obtuvo del papa, por bulas de 15 y 16 de abril, el permiso para imponer al clero treinta millones de reales de subsidio, la hipoteca por dos años de los beneficios que vacasen, y usufructo de las rentas

de otros. Estos recursos no eran despreciables en la penuria en que se hallaba el tesoro, y hubieran contribuido en gran manera á repararle; pero el jenio del mal, que parecia presidir los destinos de nuestra nacion, no dejó llevar á cabo la obra del señor Garay. La camarilla, que solo pensaba en la política, y en sostener el réjimen arbitrario, consiguió bien pronto derribar al ministro que habia tenido la audácia de querer destruir los monopolios, y hacer que el clero, que tan pingües rentas disfrutaba, contribuyese como los demas españoles, para atender á las necesidades de la nacion.

El 5 de julio del mismo año fué fusilado en Mallorca el jeneral Lacy, por atribuírsele planes de revolucion.

En esta misma época se fraguó otra conspiracion en Madrid, dirijida por don Vicente Richard, comisario de guerra, cuyo plan, se dijo, era asesinar al rey en una de las audiencias públicas que este daba; pero descubierta la trama, Richard fué sorprendido y condenado á muerte.

Nuestra marina, que tan numerosa y respetable habia sido en los reinados de Felipe V, Fernando VI y Cárlos III, se hallaba ahora en un estado tan deplorable, que el gobierno de Fernando VII compró este año á los rusos algunos buques de guerra casi inútiles, para poder transportar una nueva espedicion á América.

A pesar de lo disminuidas que se hallaban las fuerzas de Morillo, el 17 de julio tomó á los insurjentes la isla Margarita; y el cabecilla Mac-Gregor abandonó en 4 de setiembre la isla Amelia, junto á la Florida, de la cual se habia apoderado hacia dos meses y medio. El jeneral español ofreció, á nombre del rey, el indulto á los rebeldes de Caracas, al cual se acojieron otros muchos; pero habiéndose pasado á sus filas algunas tropas realistas, cobraron nuevo vigor, sobre todo luego que tuvieron por jefe á don Javier Mina, sobrino del famoso guerrillero de Navarra en la guerra de la independencia. Este nuevo jefe no tardó en caer en una emboscada de las tropas realistas, y hecho prisionero, fué conducido al suplicio. El 29 de noviembre batió Morillo á los rebeldes de la provincia de Caracas; pero los portugueses, aprovechándose de la distraccion de las tropas españolas, se apoderaron el 20 de diciembre de nuestra colonia del Sacramento, en

las riberas del rio de la Plata.

En 1818 Vidal, Beltran de Lis y algunos otros conspiraron en Valencia para restablecer el réjimen constitucional; pero fueron delatados por uno de los mismos conjurados. El jeneral Elío, acompañado de algunos miñones, sorprendió á los conspiradores en un villar, donde se hallaban reunidos, y fueron fusilados como traidores.

En América continuaba la guerra con el mayor furor. En la parte setentrional se apoderaron las tropas realistas el dia 1.° de enero del fuerte de los Remedios en Méjico, y el 11 de marzo del fuerte de la Lanilla. En la meridional batió Morillo á Bolivar, uno de los jefes mas atrevidos de los insurjentes.

El jeneral Osorio, enviado con todas las fuerzas disponibles por el virey del Perú para la reconquista de Chile, obtuvo al principio grandes ventajas, pero el 5 de abril fué atacado por los rebeldes de Buenos-Aires acaudillados por San Martin, y completamente derrotado en las llanuras de Maipo: esta victoria de los republicanos aseguró la independencia de Chile.

La insurreccion se propagaba prodijiosamente, se organizaba con algun órden, y se formaban repúblicas independientes que daban leyes, espedian decretos y adquirian cada dia mayor solidez. El gobierno español resolvió enviar una segunda espedicion, mas respetable que la primera, reuniéndose las tropas en las inmediaciones de Cádiz, de cuyo puerto se dió á la vela la primera division el 21 de mayo. Mas para mayor desventura, al llegar estas fuerzas á la Amérca, se sublevó la tripulacion del navío *Trinidad* y se entregó á los enemigos, que tambien apresaron la fragata *Isabela*.

Las tropas de la segunda division, que debia marchar bajo las órdenes del conde del Abisval, fueron reuniéndose en varios puntos de Andalucía en lo restante de este año y principios del siguiente, para dar tiempo á que se equipase la escuadra que las habia de conducir.

El dia 26 de diciembre falleció la reina doña María Isabel, cuya pérdida fué sentida por todos los españoles, que la amaban por la bondad de su carácter.

Las provincias de América se iban emancipando sucesivamente de la metrópoli. En 1819 se hizo independiente la provincia

de Charcas, en el Perú, arrojando del territorio al jeneral Laserna. Las repúblicas de Chile y de la Plata concluyeron un tratado de alianza ofensiva y defensiva para sustraer el Perú del dominio de España y fundar en él una república bajo la garantía de aquellas. Pero dejemos de hablar de estos lejanos paises ya perdidos para nosotros, y veamos lo que sucedió en la península.

A principios de julio de este año comenzaron á notarse síntomas de revolucion entre las tropas reunidas en Andalucía para la espedicion de América, y el 8 del mismo mes descubrió y desbarató el proyecto el conde del Abisval, prendiendo y separando del ejército á varios jefes; pero poco tiempo despues, haciéndose tambien sospechoso á la camarilla el conde, fué separado del mando del ejército, y remplazado por el conde de Calderon. Sin embargo de haber sido descubiertos los planes de los liberales, no por eso habian desistido estos de su empresa; antes bien la continuaron con mayor constancia, aunque con mas precaucion. El embarque no se pudo verificar á causa de haberse declarado la fiebre amarilla en Cádiz y otros puntos de la costa, y parte de las tropas tuvieron que retirarse al interior de Andalucía, donde permanecieron todo lo restante del año, propagándose entretanto las ideas de libertad por el ejército, que se hallaba sumamente disgustado de tener que embarcarse para aquellas lejanas rejiones, no por miedo á los republicanos de América, sino por temor al clima y á las enfermedades que en él se padecen. Los ajentes de la sublevacion obraban con la mayor actividad, y al finalizarse este año estaba todo dispuesto para el prócsimo alzamiento.

El 19 de octubre pasó Fernando á terceras nupcias, con la princesa doña María Josefa Amalia de Sajonia, hija del príncipe Macsimiliano, celebrándose el casamiento con la solemnidad de costumbre.

En este año fallecieron en Roma, donde hacia tiempo se hallaban retirados, los reyes padres Cárlos IV y Maria Luisa.

SUBLEVACION DEL EJERCITO ESPEDICIONARIO EN ANDALUCIA.—(1820) El dia primero de enero dió el grito de libertad, proclamando la constitucion de 1812 en el acantonamiento de las Cabezas de San Juan, D. Rafael del Riego, comandante á la sa-

zon del segundo batallon de Asturias, con cuya fuerza sorprendió el cuartel jeneral, apoderándose de Calderon y de su estado mayor. El resto del ejército, reunido en la isla de Leon, imitó el ejemplo de Riego, y se encargaron de dirijir el levantamiento los coroneles don Antonio Quiroga, D. Miguel Lopez Baños, D. Felipe de Arco Agüero y el brigadier D. Demetrio O-Dally. Trataron de apoderarse de Cádiz; pero el gobernador de esta plaza les cerró las puertas y se preparó á la defensa. Luego que llegó esta noticia á conocimiento del gobierno, reunió las tropas que pudo y las envió contra los sublevados. Riego, que se habia dirijido á Málaga, fué alcanzado por las tropas realistas á las órdenes del jeneral D. José O-Donell, y dentro de la misma ciudad se trabó una accion que quedó indecisa: Riego se retiró á la sierra, y despues de muchos dias de contínuas marchas, su columna quedó casi destruida por el cansancio y algunos encuentros que habia sostenido. El jeneral D. Manuel Freire amenazaba al mismo tiempo con las fuerzas de su mando á las tropas constitucionales que habian quedado en la isla de Leon, y que tenian como bloqueado á Cádiz. Pero el levantamiento tambien habia estallado ya en la Coruña, Zaragoza, Valencia, Barcelona y otros puntos: hasta la capital de la monarquía se hallaba en la mayor efervescencia; y aunque el gobierno se esforzaba en calmar los ánimos, cada dia era mayor la ajitacion.

Proclamase la constitucion de 1812. — El conde del Abisval, destinado por el gobierno á perseguir á los constitucionales, luego que llegó á Ocaña proclamó la constitucion, y toda la Mancha siguió su ejemplo. Por último Fernando tuvo que ceder á la fuerza de las circunstancias; el 7 de marzo publicó un decreto manifestando que estaba decidido á restablecer la constitucion de 1812, y mientras se reunian las córtes, nombró una junta provisional de gobierno que le recibió el juramento el 9 del mismo mes. Restableciéronse los decretos de las córtes, se formó la milicia nacional, se puso en libertad á todos los que jemian en los calabozos por sus ideas liberales, y se abolió el tribunal de la inquisicion. El 22 del propio marzo se publicó el decreto de convocacion de córtes, y el 9 de julio

se verificó la apertura de estas: el rey, presentándose en el salon de las sesiones, prestó en manos del presidente el juramento de cumplir y hacer observar la constitucion.

Las córtes se mostraron nobles y jenerosas con sus adversarios, aboliendo el decreto de proscripcion promulgado contra los llamados *persas*, declarándolos, sin embargo, inhábiles para ser representantes de la nacion. Otros muchos decretos aprobaron las córtes, entre los cuales los mas notables fueron: el de 17 de agosto por el cual quedaron estinguidos los jesuitas; el de 26 de setiembre declarando desaforados y sujetos á la jurisdicion ordinaria á todos los eclesiásticos seculares ó regulares en el acto de cometer algun delito que mereciese pena aflictiva; el de 27 de dicho mes suprimiendo toda clase de mayorazgos y vinculaciones; y el de 1.° de octubre suprimiendo igualmente los monacales (menos ocho casas), agregando sus bienes á la nacion, y señalándoles una pension para su sustento: lo mismo que para los frailes se mandó para las monjas asignando tambien una pension á cualquier relijioso de ambos secsos que se secularizase. Finalmente, las reformas sé sucedian con rapidez, y la precipitacion de las córtes aumentó cada dia el número de los descontentos; lo que seguramente hubieran evitado con una marcha menos veloz, pero mas segura.

El gobierno mandó disolver el ejército de la Isla como innecesario ya, y este fué uno de los mayores desaciertos que cometió, porque no se pasó mucho tiempo sin que necesitase de aquellas fuerzas para oponerlas á los enemigos de la constitucion; entonces tuvo que formar otro nuevo ejército, para lo cual necesitó mucho tiempo y mayores dispendios.

Congreso de Laybach.—(1821) La revolucion de España alarmó á todos los monarcas absolutos de Europa, porque Portugal, Nápoles, y poco despues el Piamonte siguieron el ejemplo de los españoles, proclamando la constitucion de 1812. Temiendo pues los soberanos de la Santa Alianza que el espíritu de libertad se propagase á sus estados, reunieron un congreso en Laybach á mediados de enero, en el cual acordaron oponerse al pronunciamiento liberal de Italia y volver las cosas al mismo estado que tenian en 1814. A consecuencia de esta determi-

nacion, un ejército austriaco á las órdenes del baron de Frimont invadió á Nápoles, batió á los constitucionales napolitanos mandados por el jeneral Pepé, disolvió el parlamento y restableció el réjimen absoluto: despues penetraron los austriacos en el Piamonte, donde tambien restablecieron el despotismo; sin embargo el rey de Cerdeña no quiso volver á ocupar el trono. Con respecto á España, la gloriosa lucha que acabada de sostener contra Napoleon, aun la hacia respetable, y no se atrevió la Santa Alianza á acometerla por entonces; probablemente no se hubiera atrevido nunca, si la desunion de los españoles y las intelijencias secretas de Fernando no le hubiesen presentado un triunfo tan fácil.

Ecsasperados los corifeos del partido realista con las reformas de las córtes y la intolerancia de los liberales, formaron conspiraciones en todas partes, é hicieron estallar la guerra civil. Levantáronse partidas de facciosos en Castilla la Vieja, Salvatierra, Cataluña y otros puntos; estas eran batidas casi siempre por las tropas constitucionales, pero nunca fueron enteramente destruidas, porque tenian muchos protectores en los pueblos.

La segunda lejislatura de las córtes se abrió el 1.° de marzo; el rey, despues de leer el discurso de apertura, pronunció algunas palabras quejándose de sus ministros. Al dia siguiente los ecsoneró, y solicitó de las córtes que le indicasen los sujetos que creyesen mas á propósito para remplazarlos.

Los bandos en que se hallaba dividido el partido liberal, y los discursos acalorados de los tribunos de café, que solo aspiraban á los empleos, conseguian arrastrar á la ignorante muchedumbre, y habia frecuentes asonadas. En la tarde del 4 de mayo, el pueblo amotinado, acometió la cárcel de la Corona, penetró en ella, y asesinó al presbítero D. Matias Vinuesa, conocido vulgarmente por el cura de Tamajon, que se hallaba preso por conspirador contra el sistema constitucional. En el seno de las córtes hubo algunos diputados que clamaron contra este crimen atroz, cometido en un individuo que se hallaba bajo la éjida de la ley; pero nada consiguieron, y los perpetradores quedaron impunes.

Las córtes continuaron sus trabajos lejislativos, y despues de haber votado los empréstitos,

terminaron las sesiones á últimos de junio.

El 18 de setiembre, con motivo de haber ecsonerado á Riego de su cargo de capitan jeneral de Aragon, hudo otro motin en Madrid; pasearon algunos grupos el retrato de Riego por las calles; pero cuando llegaron á la de las Platerias, fueron atacados y disueltos por el jefe político San Martin, puesto á la cabeza de la milicia.

Abrióse otra nueva lejislatura en 28 de dicho mes, y en ella principiaroñ á discutirse los códigos. Entretanto las insurrecciones estallaban por todas partes, las facciones se aumentaban, y la fiebre amarilla estendia sus estragos por Cataluña.

Las córtes, despues de haber votado un nuevo empréstito, se cerraron el 14 de febrero de 1822. A poco tiempo se abrió otra lejislatura, compuesta en su mayor parte de hombres del partido ecsaltado, y nombraron por su presidente al jeneral Riego.

SUPLICIO DEL JENERAL ELIO.—Los ajentes del absolutismo trabajaban sin descanso en minar el sistema constitucional, y se valian de todos los medios posibles para derribarle. En Aranjuez, donde á la sazon se hallaba la córte, el 30 de mayo la guardia real y algunos paisanos principiaron á manifestar síntomas de sedicion, dando algunos vivas al rey absoluto; mas este incidente no tuvo resultado alguno por entonces. Sin embargo, debe notarse que coincidió con lo acaecido en Valencia el mismo dia: el piquete de artillería de tierra que habia entrado en la ciudadela de esta plaza para hacer las salvas de ordenanza, por ser dia de San Fernando, se sublevó al anochecer proclamando al rey absoluto, dando mueras á la constitucion, y vivas al jeneral Elio, que se hallaba preso en aquel fuerte desde el dia que se proclamó la constitucion en Valencia; pero dominada la ciudadela por varios edificios que ocupó la milicia, fué tomada con facilidad; los artilleros, juzgados por un consejo de guerra, fueron fusilados la mayor parte: el jeneral Elío que en 1814 se habia declarado con todo su ejército en favor del absolutismo, y se hallaba ahora complicado en esta sublevacion, fué sentenciado á la pena de garrote, que sufrió con valor y resignacion el 4 de setiembre.

SUBLEVACION DE LOS GUARDIAS.—El dia 30 de junio cerró Fer-

nando las córtes, y al retirarse á palacio se oyeron entre los batallones de guardias que estaban formados en la carrera, las voces de *muera la constitucion y viva el rey absoluto*: contestaron otras en sentido opuesto, y en poco estuvo que no llegasen á un rompimiento; pero acudieron las autoridades, la formacion se concluyó, y todo quedó tranquilo. Aquella misma tarde fué asesinado por los soldados de su cuerpo dentro del real palacio, D. Mamerto Landaburu, teniente de guardias, y sujeto de ideas liberales. Los sucesos de este dia tenian alarmada la capital, y la tropa de la guarnicion y milicia nacional permanecieron todo el dia y parte de la noche sobre las armas. Por último, en la madrugada del 2 de julio, cuatro batallones de guardias abandonaron la capital en un estado completo de insurreccion, y se trasladaron al Pardo: los dos batallones restantes estaban de servicio en palacio; pero las ideas de estos eran idénticas á las de los otros. Morillo, que ya habia regresado de América, cuya insurreccion no pudo vencer, se hallaba á la sazon de capitan jeneral de Madrid, y á pesar de sus amonestaciones no consiguió hacer entrar en su deber á los guardias sublevados. Tocóse inmediatamente jenerala; la tropa y milicia se pusieron sobre las armas y se tomaron las medidas de prevencion y defensa que las circunstancias requerian.

Los guardias, al salir de Madrid, se vieron abandonados por la mayor parte de sus oficiales; sin embargo siguieron constantes en su propósito. Cinco dias tardaron en acometer la capital, y esta dilacion debe atribuirse sin duda á que los corifeos de la contrarevolucion, si bien se hallaban acordes en derribar el sistema constitucional, no lo estaban aun sobre el que deberia sustituírsele, y los guardias esperaban las órdenes de palacio; por fin el arresto de los ministros, del jefe político y de otras personas notables en la noche del 6, dió á conocer que la camarilla habia resuelto ya en favor del despotismo.

COMBATE DE LOS GUARDIAS CONTRA LA MILICIA DE MADRID EL 7 DE JULIO.—Efectivamente, al amanecer del 7, los guardias del Pardo penetraron en la capital con el mayor silencio, y dejando destacamentos en algunos puntos, acometieron la plaza Mayor, defendida por los milicianos que los recibieron con

denuedo: los guardias dieron dos cargas en las que fueron rechazados con gran pérdida, y entonces tomando los milicianos la ofensiva los hicieron huir en derrota, dejando las calles inmediatas á la plaza sembradas de cadáveres. Los demas destacamentos fueron dispersados por las tropas de la guarnicion, retirándose en desórden los guardias á palacio, que se vió entonces en grave peligro, porque á no impedirlo el capitan jeneral, la guarnicion y la milicia lo hubieran asaltado. Por esta razon permanecieron allí los guardias sin acometer ni ser acometidos, hasta las cuatro y media de la tarde, á cuya hora, no queriendo dejar las armas á pesar de las intimaciones que se les hicieron, abandonaron la capital marchando por la puerta de la Vega; pero la caballería de la guarnicion y la milicia nacional salieron en su persecucion, hicieron en ellos un estrago horroroso, cojieron prisioneros á la mayor parte, salvándose algunos pocos con la fuga. Así se frustró la mayor tentativa que se había hecho hasta entonces para restablecer el despotismo: venció la causa constitucional; y sin embargo el ministerio de Martínez de la Rosa fué remplazado por otros sujetos de ideas mas ecsaltadas.

Alarmado el gobierno francés con estos sucesos, y temiendo que con tal ejemplo se reprodujesen en su suelo las sangrientas escenas de la revolucion de Francia, invitó á los monarcas del Norte que estaban á la espectativa de nuestros sucesos desde 1820, á que interviniesen en los asuntos de España.

Congreso de Verona.—Las potencias de la Santa Alianza accedieron á la invitacion del ministerio de Luis XVIII, y el 15 de octubre abrieron un congreso en Verona, cuyas conferencias duraron hasta el 14 de diciembre: en él se trató la intervencion armada en España, y el gabinete francés se brindó á efectuarla; pero antes de invadir el territorio español, resolvieron enviar notas á nuestro ministro de estado D. Evaristo San Miguel, pidiendo en ellas una modificacion del sistema constitucional.

Presentadas las notas al gobierno español en 1.° de enero de 1823, se trató de ellas en las sesiones de córtes de los dias 9 y 11; y el ministro de estado, de acuerdo con los representantes de la nacion, contestó á los embajadores de Ru-

sia, Prusia, Austria y Francia, con mas arrogancia de la que permitian los recursos, y las fuerzas de que podia disponer para rechazar una agresion poderosa, porque el partido liberal se hallaba muy desunido, y de consiguiente era poco fuerte. Los embajadores salieron inmediatamente de Madrid.

El cabecilla Bessiéres con una division realista de cinco mil hombres bajó de Aragon á la provincia de Guadalajara y amenazó á la capital de la monarquía. El 21 del propio enero salió de Madrid contra Bessieres una columna de tres mil hombres compuesta de tropas y milicia nacional; pero por lo intransitable de los caminos á causa de las lluvias y la mala direccion que se dió á estas fuerzas, fueron derrotadas el 24 por los facciosos en Brihuega; y los dispersos que volvieron á Madrid infundieron el mayor terror en esta poblacion. El gobierno reunió nuevas tropa de distintos puntos y dió el mando de ellas al conde del Abisval, que salió en persecucion de Bessieres, haciéndole retirarse otra vez al Aragon.

El dia 19 de febrero cerró el rey las sesiones ordinarias, y acto contínuo destituyó á los ministros: esto produjo por la noche un motin, y los alborotados quisieron penetrar en palacio; pero el aspecto imponente de la milicia, que se puso sobre las armas, así como la tropa de la guarnicion, y se preparó á hacer fuego sobre los grupos, pudo contener las desgracias que amenazaban; el ayuntamiento consiguió que el rey repusiese en sus destinos á los ecsonerados ministros, y se restableció la tranquilidad.

Las córtes volvieron á abrirse el 1.° de marzo y determinaron su traslacion y la del gobierno á Sevilla. Fernando se escusó con los ataques de gota que padecia; pero el congreso le señaló dia para la partida. Llegado este se puso en marcha toda la familia real con los ministros, el consejo de estado y otros individuos del gobierno, escoltados por algunas tropas y gran parte de la milicia nacional de Madrid, quedando con el mando militar y político de la capital el conde del Abisval: las córtes suspendieron sus sesiones el 22, y se trasladaron tambien á Sevilla.

Entrada del ejército francés en España. — El 7 de abril atravesó los Pirineos un ejér-

cito francés compuesto de cien mil hombres, al mando del duque de Angulema, y penetró en el territorio español. Los franceses, recordando la lucha que la España habia sostenido contra Napoleon, temian hacer esta guerra; pero bien pronto se convencieron de que sus recelos eran infundados: la España de 1823 no era ya la de 1808; no porque hubiese dejenerado el valor de sus hijos, sino porque la funesta division que reinaba entre ellos tenia enervadas sus fuerzas. Por otra parte los franceses entraron como *mediadores*, no como serviles ni liberales; y los pueblos, que deseaban la paz, los recibieron con agrado.

Ya se hallaban los franceses á poca distancia de la capital de la monarquía, y aun no se sabia en ella su paradero, suponiéndolos muy distantes, por la escesiva reserva que guardó el conde del Abisval; esto infundió sospechas acerca de sus intenciones, se desconfió de él, y el 18 de mayo se vió obligado á entregar el mando al comandante jeneral marqués de Castelldosrius ausentándose en seguida de Madrid.

El jeneral Zayas fué comisionado para tratar con el ejército francés sobre la ocupacion de la capital, y quedó estipulado que este verificaria su entrada en ella el dia 24 del mismo. El ejército constitucional verificó su retirada el 19 hácia Estremadura, quedando solo en Madrid las tropas necesarias para la guarnicion á las órdenes del coronel de caballería de Lusitania D. Bartolomé Amor.

Zayas regresó de su comision á las tres de la madrugada del 20 y tomó el mando; pero á las once de la mañana se presentó el cabecilla Bessieres con su faccion en la puerta de Alcalá, con intento de apoderarse de Madrid. Zayas le hizo presente lo que ya estaba convenido con los franceses, invitándole á que se retirase; pero Bessieres se obstinó en penetrar en la poblacion. Entonces salió Zayas contra él con cuatrocientos cincuenta infantes del rejimiento de Guadalajara, setenta caballos de Lusitania y un obús: los facciosos esperaban formados en batalla junto á la venta del Espíritu Santo; trabóse una accion encarnizada, y los realistas fueron completamente derrotados y dispersos: la caballería de Lusitania y la metralla,

hicieron horrorosos estragos no solo en los facciosos, sino en la multitud de habitantes, adictos suyos, que habian salido á recibirlos. A consecuencia de este suceso entró parte de la fuerza francesa en Madrid el 23, y el 24 lo efectuó el resto del ejército, con el duque de Angulema. Nombróse una rejencia compuesta de cinco individuos, que fueron el duque del Infantado, presidente, el baron de Eroles, el duque de Montemar, el obispo de Osma y el jeneral Calderon. Así principió á organizarse la restauracion. Este nuevo gobierno toleró que el populacho acometiese y saquease las casas de los liberales, á quienes él mismo persiguió tenazmente. Tambien se estableció la superintendencia de policía y se crearon los cuerpos de voluntarios realistas.

Las córtes volvieron á abrir sus sesiones en Sevilla el 23 de abril, mas luego que tuvieron noticia de los sucesos de Madrid, acordaron trasladarse á Cádiz, donde creian que estaria mas seguro el gobierno. Negóse el rey á esta traslacion, y las córtes, á propuesta del diputado Alcalá Galiano, destituyeron al monarca de su utoridad, nombraron el dia 12 de junio una rejencia compuesta de tres individuos que fueron los señores Valdés, Ciscar y Vigodet, y se trasladaron á Cádiz, en cuya ciudad entraron el 13, obligando al rey por fuerza á seguirlas.

Entretanto las tropas constitucionales, acosadas por todas partes, sufrian contínuos descalabros, y sus jenerales capitulaban casi sin combatir. Mina, que mandaba el ejército de Cataluña, fué el que por mas tiempo resistió, conteniendo la marcha triunfante de los enemigos. Los franceses avanzando por Andalucía, se dirijieron sobre Cádiz, y el 25 de junio cercaron esta plaza por mar y tierra, cuyo sitio dirijia el duque de Angulema en persona. El dia 16 de julio hicieron los sitiados una salida, y despues de batirse denodadamente, tuvieron que retirarse con alguna pérdida. A las dos de la madrugada del dia 31 de agosto atacaron los franceses el Trocadero, sorprendiendo la primera línea de los españoles, que pereció casi toda; pero resistiéndose los demás con valor, se trabó un sangriento combate que duró hasta las tres de la tarde, quedando por último los franceses dueños del Tro-

cadero, aunque á costa de una pérdida considerable, y sus defensores se retiraron á Cádiz. El 20 de setiembre se entregó al duque de Angulema el castillo de Sancti-Petri.

El jeneral Riego habia salido de Cádiz á últimos de julio para reunirse con el ejército de Ballesteros, dirijiéndose por la serranía de Ronda al reino de Granada; pero habiendo capitulado este último el 4 de agosto con el jeneral francés conde de Molitor, Riego tuvó que huir disfrazado, para sustraerse á la persecucion de sus muchos enemigos. Despues de andar errante algun tiempo, fué conocido por unos paisanos el 27 de setiembre; le prendieron y condujeron á la cárcel de la Carolina, desde donde mas tarde fué trasladado á Madrid.

Restauracion. — El mismo dia 27, conociendo las córtes que si prolongaban la resistencia solo conseguirian la ruina total de la ciudad de Cádiz, en cuyos edificios hacian muchos estragos las bombas que arrojaban los sitiadores, acordaron disolverse, como efectivamente lo ejecutaron, declarando al rey libre y en el pleno ejercicio de su soberanía. Este dió un manifiesto el 30 prometiendo seguridad y garantía á cuantos le habian seguido á Cádiz, y el 1.° de octubre le dejaron salir libremente de ésta plaza con la real familia. Desembarcó en el puerto de Santa María y luego que saltó á tierra, olvidando las promesas que habia hecho el dia anterior, dió otro manifiesto por el cual anuló sin escepcion alguna todos los actos de la época constitucional, y restableció las cosas al estado en que se hallaban á principios de marzo de 1820.

El dia 4 tomaron los franceses posesion de Cádiz, pero ya se habian salvado por medio de la fuga los liberales mas comprometidos.

Al saberse en las provincias la rendicion de Cádiz, se entregaron las plazas que aun no lo habian verificado, y la paz se restableció en toda España.

Mientras ocurrian estos sucesos, se continuaba en Madrid la causa contra el jeneral Riego, preso en la cárcel de córte; y vista por la sala de alcaldes, fué sentenciado á la pena ordinaria de horca, que sufrió con serenidad el dia 7 de noviembre.

El 13 del referido mes entra-

ron en Madrid el rey y la familia real, donde fueron recibidos con muchos festejos públicos.

Poco despues de consumada la restauracion, el duque de Angulema, dejando guarniciones en algunas plazas, repasó los Pirineos con el grueso de su ejército.

El ministerio de Victor Saez continuó con el mayor furor las persecuciones contra los liberales, y muchos de estos que no pudieron emigrar, fueron unos entregados al verdugo y otros destinados á arrastrar una cadena en los presidios. Fernando conoció que un sistema tan atroz seria mas perjudicial á su trono que las mácsimas de los liberales mas ecsaltados, y sustituyó al ministerio furibundo con otro compuesto de hombres mas moderados.

El nuevo ministerio trabajaba por dar una amnistía á los liberales, y al fin apareció el decreto en 1.° de mayo 1824; pero con tantas escepciones, que á muy pocos podia alcanzar aquella gracia. A pesar de lo ineficaz que debia ser esta sombra de amnistía, desagradó tanto al partido realista furibundo, que principió á retraerse de su afecto á Fernando, y á dirijir sus miras hácia el infante D. Cárlos, formando conspiraciones que no tuvieron resultados, para colocarle en el trono.

Los emigrados españoles fraguaban tambien algunos planes para invadir el reino en favor de la constitucion; pero sus tentativas fueron desgraciadas. El 6 de agosto desembarcó Valdés en Tarifa con unos doscientos hombres, se apoderó de la ciudad y permaneció en ella hasta el 24 del mismo, en que acudiendo á aquel punto tropas realistas y francesas, cercaron la plaza y los liberales se vieron obligados á entregarse. Valdés pudo escapar con algunos pocos: los demas fueron pasados por las armas.

El partido realista estremado, que deseaba llevar la persecucion á los liberales hasta un término indefinido, estaba cada dia mas enconado contra la marcha que seguia el ministerio de Fernando; y Bessieres, uno de sus corifeos, se decidió á derribarle, sublevándose contra el gobierno; pero su imprudencia le costó bien cara. El 16 de agosto de 1825 salió Bessieres de Madrid y se dirijió á la provincia de Guadalajara, donde principió á reclutar jente para, segun él decia, libertar al rey, á quien tenian oprimido. Llegó, pues, á

reunir una partida; mas habiendo enviado el gobierno contra él al conde de España con una division, fué aprehendido Bessieres y fusilado inmediatamente.

Este suceso no tuvo mas consecuencias: el rigor ejecutado con Bessieres contuvo á los mas furibundos.

En 1826 hicieron otra tentativa los liberales emigrados para restablecer el sistema constitucional, pero tambien sin fruto alguno. El 21 de febrero desembarcó en la costa de Valencia el coronel don Antonio Fernandez Bazan, acompañado de un hermano suyo, don José Selles y algunos otros: acometieron al pueblo de Guardamar que no pudieron tomar, y perseguidos por los realistas, que les impidieron rembarcarse, se retiraron á la sierra de Crevillente, donde atacados por fuerzas numerosas fué muerto Selles; y casi todos los demas, entre ellos Bazan, hechos prisioneros y fusilados. Estas incursiones de los liberales solo servian para derramar sangre inútilmente, y para tener en contínua alarma al gobierno, que á cada tentativa de aquellos aumentaba él las persecuciones y el rigor con los amigos de la libertad que permanecian pacíficos en sus hogares; pero nada influian en la tranquilidad de que gozaba la España.

ALZAMIENTO CARLISTA EN CATALUÑA.—Olvidados ya del trájico fin de Bessieres, volvieron los realistas furibundos á levantar la cabeza en 1827, no con pretestos frívolos de sacar al rey de opresion, como dijeron dos años antes, sino quitándose enteramente la máscara y declarándose por el infante D. Cárlos, á quien querian colocar en el trono. Efectuóse el alzamiento en algunos puntos de Cataluña, formáronse partidas, y creció tanto el número de los sublevados, á los cuales se dió el nombre de *carlistas*, que causó gran zozobra en el gobierno, porque anunciaba el principio de una nueva guerra civil; pero afortunadamente determinó Fernando pasar á Cataluña para apaciguar por sí mismo aquella rebelion, y el 22 de setiembre salió de Madrid con direccion á Tarragona. Su presencia en el principado bastó para sosegar los ánimos: mas para sofocar la insurreccion, se valió de un medio impropio del carácter augusto de un monarca. Concedió un indulto jeneral á los rebeldes, cuyos principales jefes, confiados en la real palabra, acudieron á Tarragona, donde fueron en-

carcelados, y sufrieron la pena de muerte. Cataluña quedó completamente pacificada.

Restablecida la tranquilidad en el principado, se dirijió el rey á Aragon, recorrió la Navarra y provincias vascongadas, y por último se restituyó á Madrid, en cuya villa entró el dia 11 de agosto de 1828, enmedio del aplauso de sus habitantes que le recibieron con fiestas y regocijos públicos.

Lo mas notable que ocurrió en este año, fué que los franceses evacuaron totalmente el reino, en donde aun ocupaban algunas plazas, y que nuestro gobierno reconoció á favor de la Francia un crédito de ochenta millones de francos por la permanencia de sus tropas en España.

El 17 de mayo de 1829 murió en Aranjuez la reina Doña María Josefa Amalia, é inmediatamente se pensó en procurar al monarca una nueva esposa que diese al trono la sucesion directa que tanto anhelaba España. La eleccion recayó en doña María Cristina de Borbon, hija de los reyes de las Dos Sicilias, la cual entró en Madrid el 11 de diciembre, celebrándose los desposorios en aquel mismo dia. Cristina fué recibida con mucha alegría de los españoles, especialmente por el partido liberal, que cifraba en esta reina todas sus esperanzas.

Algunos meses despues de este enlace (1830), se anunció que la reina estaba en cinta. Entonces se ventiló una cuestion de grande interés para la nacion española: tratábase de resolver si, en el caso de dar á luz doña María Cristina una niña, y morir el rey sin mas sucesion, heredaria el trono su hija, ó el príncipe varon mas inmediato de la sangre. Despues de ecsaminado detenidamente este asunto, el rey espidió un decreto el 29 de marzo, mandando publicar como ley del reino la pragmática sancion de 1789, por la cual se establece la sucesion directa de las hembras á falta de varon, conforme á la ley 2.ª, título 4.º, Partida 2.ª Probablemente influirian mucho en el ánimo del monarca para tomar esta resolucion, el amor que tenia á su esposa, y los disgustos que le causaba su hermano Cárlos, cuyo nombre figuraba siempre en todos los planes de los absolutistas.

A consecuencia de las escitaciones de los franceses, á últimos de octubre penetró Mina con alguna jente por la frontera de Navarra; pero cargando sobre

á tropas realistas muy superiores en número, se frustró su tentativa, y despues de haberse hallado en grande riesgo de ser cojido, tuvo que internarse nuevamente en el territorio francés. De los que acompañaban á Mina, muchos cayeron en manos de los realistas, y sufrieron la pena de muerte. Otras tentativas se hicieron por la parte de Cataluña, que tampoco tuvieron resultado.

El dia 10 de octubre dió á luz la reina una niña, á quien pusieron los nombres de María Isabel Luisa, y se le hicieron los honores debidos como princesa de Asturias y sucesora inmediata de la corona.

Tambien en 1831 se repitieron las tentativas de los españoles emigrados, para restablecer el sistema constitucional.

En la noche del 28 de enero entró el jeneral Torrijos en España por la parte de Aljeciras, desembarcando en el sitio que llaman la Aguada, con doscientos hombres que habia reunido en Jibraltar; pero atacado por mayores fuerzas realistas tuvo que retroceder á Jibraltar despues de un combate que duró algunas horas.

A pesar del mal écsito de esta empresa, los refujiados en Jibraltar volvieron á repetir su tentativa á últimos de febrero: ciento cincuenta hombres al mando de D. Antonio Manzanares, saltaron en tierra por el punto de Jetares dirijiéndose á sierra Bermeja y monte del Duque; donde acosados por las tropas realistas que marcharon en su persecucion, se dispersaron la mayor parte. Manzanares con unos veinte hombres se presentó á un cabrero de la sierra ofreciéndole gran cantidad de dinero si les proporcionaba un barco, y veinte reales por cada pan que les trajese. El cabrero en vez de ir á buscar el barco fué á dar aviso al pueblo de Igualeja, de donde salieron muchos paisanos armados y voluntarios realistas que guiados por el referido cabrero sorprendieron á los constitucionales. Manzanares, viéndose descubierto atravesó con su sable al delator; pero un hermano de este mató á aquel de un tiro. De los que acompañaron al desgraciado Manzanares en esta espedicion, sesenta y uno cayeron en manos de las tropas del rey, y todos fueron fusilados.

Casi al mismo tiempo, es decir, en la noche del 5 de marzo, se sublevaron en la isla de Leon las tropas que componian la brigada real de marina y dos

compañías de los rejimientos de línea Rey y Reina, dando el grito de libertad. El levantamiento de estas tropas y la entrada de Manzanares era una combinacion de Torrijos, cuyo plan se desgració como todos los anteriores. Los sublevados salieron de la isla dirijiéndose hácia Bejér, con objeto sin duda de unirse á las fuerzas de Manzanares, de cuya infausta suerte no tenian aun noticia; mas fueron atacados por numerosas tropas realistas, y despues de alguna resistencia rindieron las armas; eran unos cuatrocientos hombres.

Estas frecuentes incursiones de los constitucionales, tan funestas para ellos mismos, dieron orijen á la creacion de las comisiones militares ejecutivas y permanentes, mandadas establecer por real decreto de 19 del referido marzo, para formar y fallar las causas por delitos políticos, cuyos atroces tribunales tanta sangre de beneméritos españoles derramaron.

Víctima del absolutismo fué por este tiempo en Madrid el desgraciado D. Antonio Miyar, á quien sin embargo de no poderse probar el delito de conspirador, se le condujo al cadalso el dia 11 de abril.

Ni aun el secso débil hallaba compasion en las almas de aquellos jueces inhumanos: doña Mariana Pineda vecina de Granada, fué sentenciada á muerte por haber hallado la policía en su casa una bandera á medio bordar, que se dijo ser para los constitucionales; cuya pena sufrió el 26 de mayo, admirando con la fortaleza de su espíritu, á los que presenciaron su ejecucion.

Sin embargo del rigor que el ministro Calomarde empleaba con los liberales, y de lo infructuosas que habian sido todas las acometidas parciales de los emigrados, no desistieron estos de sus intentos y se obstinaron en vencer ó morir por la libertad. Con esta resolucion volvió á salir Torrijos de Jibraltar el dia 1.° de diciembre acompañado de otros cincuenta y dos emigrados, y desembarcó por la parte de Aljeciras en el punto llamado la Fraujirola. Inmediatamente marcharon en su persecucion las tropas del rey; Torrijos se situó en una alquería donde fué cercado con fuerzas numerosas por Moreno, gobernador de Málaga; por último se rindió con todos los suyos, y conducidos á Málaga, fueron fusilados el 11 del mismo mes.

El dia 30 de enero de 1832 dió

á luz la reina Cristina otra niña que recibió los nombres de María Luisa Fernanda.

Enfermedad del rey.—En esta época hallábase la corte dividida en dos partidos poderosos, que luchaban por obtener el triunfo: el uno, amigo de un gobierno moderado y de reformas á cuya cabeza se hallaba la reina, anhelaba que tuviese cumplido efecto la ley de sucesion publicada en 1830: el otro, acérrimo defensor del despotismo, cuyo principal corifeo era el ministro Calomarde, deseaba que D. Cárlos heredase la corona. A últimos de agosto, hallándose la familia real en la Granja, enfermó peligrosamente el rey, y creyendo que su fin estaba prócsimo, ambos partidos redoblaron sus esfuerzos; el primero para sostener la pragmática sancion de 1789; el segundo para anularla. Los amigos de Calomarde, aprovechándose de la debilidad del monarca en los momentos de mas peligro que este tuvo, consiguieron arrancarle la revocacion de aquella ley; pero su victoria fué de corta duracion, porque pasada la crisis y algo mas aliviado el rey, los partidarios de Cristina triunfaron completamente del ministro y sus secuaces.

Por decreto de 1.° de octubre fué depuesto Calomarde, sucediéndole Zea Bermudez, que formó un nuevo ministerio; y por otro decreto de 6 del mismo encargó el monarca á su esposa el despacho y direccion de los negocios del estado, durante el tiempo de su enfermedad. El primer acto de la interina administracion de Cristina, fué el decreto de apertura de las universidades, que se hallaban cerradas desde 1830, cuyo paso le granjeó el afecto de toda la juventud. En seguida destituyó de sus empleos á los adictos á don Cárlos, y el 15 del referido mes dió el decreto de amnistía para todos los presos y espatriados por delitos políticos esceptuando de esta gracia únicamente á los que votaron la destitucion del rey en Sevilla, y á los que hubiesen acaudillado fuerza armada contra su soberanía. Estos actos aumentaron considerablemente el partido de Cristina; porque los liberales se adhirieron á su causa esperando de ella las reformas que la nacion necesitaba.

Zea Bermudez, conociendo que si se inclinaba enteramente á favor de los liberales, aumentaria el partido de D. Cárlos con los adictos á la soberanía real, los cuales, con la amnistia, ha-

bien concebido temores de que se variase la forma del gobierno, espidió una circular el 3 de diciembre trazando la línea política que el gabinete se habia propuesto, que era seguir los mismos principios de Fernando, sin hacer alteracion alguna en el sistema establecido.

El dia 31 del propio mes manifestó Fernando VII, ante los secretarios del despacho, consejeros, grandes de España, y otras muchas personas de distincion reunidas en la real cámara, que libre de toda influencia y coaccion, declaraba solemnemente que el decreto de anulacion le habia sido arrancado por sorpresa en las angustias de su enfermedad, y que era nulo y de ningun valor. De este modo quedó restablecida en toda su fuerza la pragmática sancion de 1789, y desconcertados los planes de los partidarios de don Cárlos.

El dia 4 de enero de 1833 volvió á encargarse el rey del despacho de los negocios. Restablecido algun tanto de su enfermedad, se conocia sin embargo que el mal no cederia á ningun medicamento, y que si le acometia otro ataque peligraba su vida, porque no podria resistirlo.

Habiendo sido desterrada á Portugal la princesa de Beira, adicta en estremo á D. Cárlos, este infante creyó comprometida su propia seguridad si permanecia en la corte, y pidió permiso para acompañar á su cuñada á aquel reino: concedióselo el rey, y el 16 de marzo salió de Madrid con su familia.

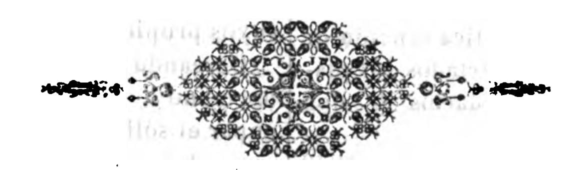
Poco tiempo despues se presentó á D. Cárlos el embajador de España en Portugal, y le invitó de órden de Fernando, á que reconociese y jurase como heredera de la corona á la princesa Isabel; pero el infante se negó á ello abiertamente, enviando al rey su hermano una protesta, con fecha 29 de abril, en que decia que su honor y su conciencia no le permitian reconocer otros derechos que los suyos propios.

Deseando el rey quitar á su hermano toda esperanza de ocupar el sólio, y afianzarle mas en su hija doña Maria Isabel, determinó convocar las córtes del reino con objeto de que fuese jurada como princesa heredera del trono á falta de varon. Verificóse la ceremonia con gran solemnidad el dia 20 de junio en la iglesia del monasterio de San Jerónimo, donde prestaron el juramento de fidelidad

é hicieron pleito homenaje el infante D. Francisco y sus hijos, los prelados, los títulos y los procuradores de las ciudades. La jura de la princesa fué celebrada en toda España con fiestas y regocijos públicos que duraron muchos dias.

MUERTE DE FERNANDO VII.— Pero estas funciones debian ser en breve seguidas por el luto de corte. La salud del monarca iba declinando visiblemente de dia en dia, y hacia temer su próximo fin. Por último el 29 de setiembre á las tres menos cuarto de la tarde, le acometió repentinamente un ataque tan fulminante de apoplejia, que murió á los cinco minutos.

Fernando dejó en su testamento por tutora y curadora de sus hijas á la reina Cristina, nombrándola al propio tiempo rejente y gobernadora de la monarquia para que gobernase y rijiese por sí sola el reino durante la menor edad de doña Maria Isabel.



CAPITULO XIV.

Isabel II.—Guerra civil de España.—Publicacion del Estatuto Real.—Sitio de Bilbao por los carlistas.—Accion de Mendigorría.—Sublevacion de las provincias contra el gobierno de Madrid.—Sucesos de la Granja y publicacion de la Constitucion del año de 1812.—Levantamiento del segundo sitio de Bilbao.—Constitucion de 1837.—Entrada de Cabañero en Zaragoza.—Convenio de Vergara.

ISABEL II.—(1833) Luego que murió Fernando VII, todas las provincias de España reconocieron por reina lejítima á Isabel II, y por gobernadora del reino á su augusta madre. Los carlistas, que solo aguardaban la muerte de Fernando para sublevarse; no tardaron en levantar el estandarte de la rebelion. El primer cabecilla faccioso que apareció fué don Manuel María Gonzalez, administrador de correos que habia sido de Talavera de la Reina, á la sazon suspendido de su destino y procesado, el cual, con algunos pocos que le acompañaban, dió el grito de *viva Cárlos V* en el referido pueblo la noche del 2 de octubre: esta faccion insignificante fué deshecha prontamente; pero en las provincias vascongadas estalló tambien la sedicion, y fué el principio de una guerra sangrienta y porfiada que duró siete años, é hizo vacilar el trono de nuestra inocente reina. El dia 3 del mismo mes, el brigadier Zabala y el marqués de Valdespina, á la cabeza de los voluntarios realistas de Bilbao, proclamaron en esta villa al infante D. Cárlos por rey de España: en Vitoria dieron el grito de rebelion Verástegui y otros cabecillas; en Orduña lo efectuaron Ibarrola y Goiri; y en Logroño D. Santos Ladron, que reunió en breve tiempo una faccion de ochocientos hombres. Marchó contra estos últimos con una columna de tropas de la reina el brigadier D. Manuel Lorenzo, coronel del 10.° de linea, alcanzó á los rebeldes en

los Arcos el dia 11, los batió, é hizo algunos prisioneros, entre ellos al cabecilla D. Santos Ladron, que fué fusilado en Pamplona el 14. Las tropas de la reina marcharon tambien en persecucion de los otros cabecillas, y aun cuando lograron algunas ventajas, no pudieron estinguir las facciones.

GUERRA CIVIL DE ESPAÑA.— Declarada pues la guerra civil, conoció la reina gobernadora que el partido liberal debia ser el mas firme sosten del trono de Isabel II, y procuró halagarle con algunas concesiones, que si no satisficieron por el pronto todos los deseos de aquellos, les inspiraron confianza de obtenerlas mayores en lo sucesivo.

El 24 del mencionado octubre tuvo lugar en Madrid la proclamacion de la reina Isabel II, y con tan fausto motivo, la reina rejente dió un decreto de amnistía para todos los liberales que habian sido escluidos de esta gracia en el de 15 de octubre del año anterior; por otro decreto de igual fecha mandó S. M. suprimir todos los impuestos que se percibian para los cuerpos de voluntarios realistas, paliando esta determinacion con el deseo de aliviar á los pueblos de las inmensas cargas que sobre ellos gravitaban; pero en realidad era preparar los ánimos al golpe atrevido que meditaba el gobierno, y que llevó á cabo tres dias despues. Como en todas las facciones que hasta entonces se habian levantado figuraban jefes é individuos de los cuerpos de voluntarios realistas, temíase que los que habian permanecido pacíficos, movidos por sujestiones ocultas ó por el propio interés, siguiesen el ejemplo de sus compañeros ya sublevados, lo que no podria menos de poner en grave conflicto al gobierno de Isabel, porque habia trescientos mil realistas armados en España, y el ejército que se les podia oponer solo constaba de cuarenta mil hombres. Era, pues, urjente prevenir este caso antes que llegase á realizarse, quitándoles de las manos las armas que podrian emplear contra su lejítima reina. Sin embargo del peligro que ofrecia este paso audaz, el ministerio Zea no titubeó en darle, y el dia 27 se espidieron por la secretaría de la guerra las órdenes correspondientes para desarmar á los voluntarios realistas. El capitan jeneral de Madrid hizo que la artillería entregase sus piezas aquella misma mañana, lo que e-

jecutó esta sin oposicion alguna; pero la infantería se resistió á entregar las armas: reuniéndose unos ciento en su cuartel, donde se hicieron fuertes. Inmediatamente fueron cercados por tropa de la guarnicion, y se rompió el fuego por ambas partes que duró mas de media hora, entregándose por último los realistas á la tropa, que se vió apurada para poder salvarlos del furor de la muchedumbre. Mientras esto sucedia en el cuartel, las calles de la capital parecían un campo de batalla: los realistas que iban á reunirse con sus compañeros en la prevencion, eran acometidos y desarmados por las patrullas y por los paisanos del partido liberal, que en grupos recorrian las calles en persecucion de aquellos; unos hacian uso de las armas, otros las entregaban sin resistencia; y todos eran conducidos al principal, donde quedaban arrestados. En estos choques hubo algunos muertos y heridos; pero al anochecer ya estaba restablecida enteramente la tranquilidad en Madrid.

En lo restante de España entregaron las armas los realistas sin oposicion; no obstante, muchos de ellos se ausentaron de sus pueblos, y se reunieron á las partidas carlistas que se levantaban en varios puntos de Castilla la Vieja y provincias vascongadas. En estas últimas tomó tanto incremento la rebelion, que el gobierno se vió obligado á enviar al norte al jeneral Sarsfield con parte del ejército de observacion en Portugal, cuyas fuerzas unidas á las del jeneral Lorenzo y algunas otras columnas, formaron el ejército de operaciones al mando de Sarsfield, principiando su campaña con la toma de Vitoria y Bilbao, y siguiendo luego la série de triunfos y derrotas que alentaban ó hacian desmayar á los partidos belijerantes.

A pesar de ser batidas en todas partes las facciones, estas se aumentaban prodijiosamente, porque los ajentes carlistas trabajaban con mucha actividad para hacerse prosélitos y aumentar las filas carlistas. La mayor parte del clero secular y regular se adhirió à la causa del pretendiente, y era la que mas defensores le procuraba, valiéndose de los medios que estaban á su alcance.

El fuego de la rebelion se habia propagado (1834) á las provincias de Aragon, Valencia, Cataluña, Galicia y algunas otras, en las cuales aparecian

contínuamente partidas insignificantes, que muy luego se engrosaban, y cometian en los pueblos toda clase de vejaciones y tropelías.

El ministro Zea, aferrado en su sistema de *justo medio*, fué perdiendo el prestijio, y llegó á desacreditarse hasta el punto de que en ninguna provincia se obedecian las órdenes del gobierno; lo cual obligó á la reina rejente á ecsonerarle del ministerio el 15 de enero, remplazándole Martinez de la Rosa. Tambien fué relevado Sarsfield del mando del ejército de operaciones del norte, nombrándose en su lugar al jeneral D. Jerónimo Valdés.

El nuevo ministerio entró en la carrera de las reformas, que, aunque lentas, hubieran producido con el tiempo los resultados que se apetecian. El partido liberal estaba dividido en dos fracciones, que se designaban con los nombres de moderados y ecsaltados: los primeros eran amigos del ministerio, porque les agradaba la marcha de este: los segundos, eran sus adversarios porque deseaban que las reformas se hiciesen con mas velocidad y mayor estension. El 16 de fabrero se dió un decreto para la organizacion de la milicia urbana, que ya se habia formado en algunos pueblos con diferentes denominaciones, cuyo objeto era la conservacion del órden y de la tranquilidad. Este reglamento fué jeneralmente mal recibido, porque solo admitia en las filas de la milicia á los pudientes: la mayor parte de sus artículos no se llevaron á efecto, y se hizo estensivo el alistamiento á todas las clases.

Publicacion del estatuto real.—El ministerio de Martinez de la Rosa continuaba haciendo importantes mejoras en todos los ramos, y removiendo, á pesar de la guerra civil, los obstáculos que se oponian al desarrollo de la riqueza pública; pero los liberales ecsaltados no se satisfacian con esto; querian mayor estension en la libertad política, en los derechos de ciudadanos, y que el pueblo tuviese parte en la formacion de las leyes; en una palabra, su tendencia era al restablecimiento de la constitucion de Cádiz. El gobierno, que conocia los defectos de este código y los inconvenientes que produciria su promulgacion, estaba muy distante de acceder á semejantes ecsijencias: sin embargo, queriendo conceder á los españoles todas

las garantías compatibles con el réjimen monárquico y con las necesidades y luces de la época, publicó el 15 de abril el decreto de convocacion á córtes, con el nombre de Estatuto Real, que al parecer debia satisfacer los deseos de la jeneralidad de los españoles, porque conciliaba los dos estremos opuestos: modificaba el poder real y restrinjia las ilimitadas facultades que la constitucion del año 12 concedia al cuerpo lejislativo.

El Estatuto prevenia que las córtes se compondrian de dos estamentos, el de próceres y el de procuradores. La corona tenia la facultad de convocar, suspender y disolver las córtes, y nombraba los presidentes y vicepresidentes de ambos estamentos, haciéndolo del de procuradores á propuesta en quinterna de estos. Las córtes no podian deliberar en ningun asunto que no fuese sometido á su ecsámen por un real decreto; pero les quedaba el derecho de peticion y el de votar las contribuciones, que no podian imponerse por mas de dos años sin que fuesen aprobadas de nuevo por los representantes de la nacion.

Así procuraba el gobierno restablecer las antiguas leyes fundamentales de la monarquia; pero esta especie de constitucion, tan sencilla en su teoría, era imposible para España, como lo dió á conocer desde luego la práctica.

A pesar de las repetidas órdenes del difunto monarca para que D. Cárlos se trasladase á Italia, este desobedeció constantemente al mandato de su hermano, y permanecia en Portugal por los consejos del rey D. Miguel, cuyo poder estaba ya vacilante y prócsimo á su ruina, porque D. Pedro, duque de Braganza, que defendia los derechos de su hija doña María de la Gloria, al trono de aquel reino, se habia apoderado ya de gran parte del pais y derrotado en muchos encuentros á las tropas miguelistas. D. Cárlos contaba ya con un cuerpo de quinientos españoles que se le habian ido reuniendo, y trataba de hacer una incursion en España, por Castilla la Vieja, enlazando sus operaciones con las de sus partidarios del norte; mas era preciso, para llevar á cabo su proyecto, alejar de la frontera al ejército de observacion; los ajentes carlistas debian al mismo tiempo sublevar varias provincias, para que el gobierno tuviera necesidad de emplear aquellas fuerzas contra los nue-

vamente rebelados, quedándole de este modo la entrada libre al pretendiente. Mas el gabinete de Madrid, que observaba los pasos de la faccion, resolvió tomar la iniciativa para destruir los planes de los enemigos de la reina. En su consecuencia, dió órden al jeneral Rodil, que mandaba el ejército de observacion en la frontera de Portugal, para que con toda prontitud penetrase en este reino y cayese sobre el pretendiente. El ejército emprendió su movimiento el 13 del referido abril, y marchó con tal celeridad, que á las cinco de la tarde del dia 15 alcanzó y aprehendió los equipajes de D. Cárlos, huyendo este apresuradamente al verse perseguido tan de cerca por las tropas de Isabel.

El 22 del propio mes se celebró en Lóndres un tratado entre España y Portugal, al cual se adhirieron tambien como partes la Inglaterra y la Francia: el objeto de esta alianza era unir sus fuerzas las dos primeras naciones para obligar á los infantes D. Cárlos y D. Miguel á salir de los dominios portugueses: la Inglaterra prometia cooperar empleando una fuerza naval en ayuda de las operaciones que debian emprenderse; y la Francia, que á pesar de sus ofrecimientos, siempre ha manifestado muy escasa voluntad en prestar sus ausilios á la España, se obligaba, en el caso de que se juzgase necesaria su cooperacion, á hácer cuanto determinasen de comun acuerdo las cuatro potencias signatarias, para conseguir completamente el fin de dicho tratado.

Las tropas españolas al mando del jeneral Rodil, en cumplimiento de lo convenido, emprendieron las operaciones en combinacion con el ejército de D. Pedro, y por último consiguieron que D. Cárlos y D. Miguel se embarcasen y dejasen libre aquel reino, que inmediatamente se declaró todo en favor de Doña María de la Gloria. Terminada esta campaña en dos meses, á mediados de junio volvióse á España con su ejército el jeneral Rodil, y fué nombrado jeneral en jefe del ejército de operaciones del norte, en remplazo del marqués de Moncayo, que habia sustituido en el mando al jeneral Valdés.

El cólera-morbo, que hacia horribles estragos en algunas provincias de España, se declaró tambien en Madrid, arrebatando numerosas víctimas, y desarrolló con mayor fuerza su maléfica influencia en los dias 15, 16

y 17 de julio, en que subió tanto el número de los invadidos y muertos, que llenaron de consternacion á todos los habitantes de la corte. Este terrible periodo de la enfermedad, dió orijen á escesos deplorables. Algunas personas ignorantes ó mal intencionadas, esparcieron la voz de que el agua de las fuentes estaba envenenada, y que esta era la causa de la mortandad, señalando como autores de tal crímen á los frailes. Como estos eran mal vistos por los liberales, que los tildaban de carlistas, y los síntomas que presentaba el cólera fuesen muy semejantes á los del envenenamiento, la multitud ignorante dió crédito á estas palabras, y creció de punto su ódio á los relijiosos. Pero cuando llegó á su colmo la efervescencia de los ánimos fué el dia 17, con motivo de las muchas personas que habian fallecido la víspera. Despues de pasarse la mañana en la mayor ajitacion, estalló un motin por la tarde: reuniéronse varios grupos de personas que á mano armada acometieron diferentes conventos, forzaron las puertas, y asesinaron á los relijiosos en sus celdas, en los claustros, donde quiera que los hallaban; ni aun al pie de los altares estaban seguros de aquellas sacrílegas manos. Á las cinco se tocó jenerala; la tropa y la milicia urbana se pusieron sobre las armas: se enviaron piquetes á los conventos para protejer á los ministros del altar; pero cuando estos llegaron, ya habian consumado en algunos los asesinos su ecsecrable obra; sin embargo, todavia consiguieron salvar á muchos relijiosos.

Tales fueron los tristes sucesos que precedieron á la reunion de las córtes jenerales del reino, cuya solemne apertura se verificó el dia 24 del mismo mes, conforme á lo dispuesto en la real convocatoria.

Por este tiempo, atravesando D. Cárlos la Francia, se presentó en las provincias Vascongadas, reanimando con su presencia el espíritu de sus partidarios, y haciendo tomar á la guerra un carácter imponente. No eran ya los carlistas del norte hordas indisciplinadas y errantes huyendo siempre de las tropas leales; eran un ejército rejimentado y organizado, que hacia frente á los soldados de Isabel, y que mas de una vez inutilizó los esfuerzos de estos valientes, disputándoles obstinadamente la victoria. Zumalacarregui, coronel que habia

sido del 17.° de línea, y ahora jeneral en jefe de los carlistas, hombre activo, valiente y emprendedor, jenio á propósito para la guerra, fué el que organizó el ejército del pretendiente; ganó algunas victorias, y en poco tiempo consiguió sobre las tropas de la reina una superioridad que no habian obtenido hasta entonces los rebeldes. A últimos de setiembre fué remplazado Rodil por el jeneral Mina en el maudo del ejército, y todos los amantes del trono lejítimo concibieron esperanzas de que este antiguo guerrillero, que tanta fama habia adquirido en aquellas mismas provincias, teatro de sus esclarecidas hazañas, terminaria en breve tiempo la guerra; pero desgraciadamente estas esperanzas no se realizaron.

Los sucesos que tuvieron lugar en Madrid el 17 de julio de 1834 se reprodujeron en Zaragoza el 3 de abril de 1835: varios grupos, acaudillados por un fraile organista de la Vitoria, acometieron algunos conventos, les pusieron fuego, y asesinaron á los relijiosos que encontraron.

La guerra continuaba con el mayor encarnizamiento y ferocidad; los prisioneros eran fusilados, los pueblos incendiados, en una palabra, se hacia guerra de esterminio. Para evitar en parte estos desastres, el gobierno inglés, de acuerdo con las demás potencias de la cuádruple alianza, envió á las provincias vascongadas á lord Elliot, encargado de proponer á las partes belijerantes un tratado que regularizase la guerra, el cual, despues de varias discusiones fué admitido y firmado por los jefes de ambos ejércitos, Valdés y Zumalacarregui, el 27 del referido abril.

Las córtes se cerraron el 29 de mayo habiendo estado reunidas diez meses. Larga fué esta lejislatura, y muy grande la oposicion que en ella sufrió el ministerio por los procuradores de la nacion; pero aun despues de la clausura de los estamentos, la opinion pública continuó mostrándose contraria á la marcha del gabinete; y Martinez de la Rosa, que se habia propuesto no dar un paso mas allá del Estatuto, presentó su dimision y fué sostituido por el conde de Toreno, á la sazon ministro de Hacienda, que formó un nuevo ministerio.

Sitio de Bilbao por los carlistas. — (1835) A mediados de

junio sitió Zumalacarregui con el grueso de la faccion á Bilbao, formando grande empeño en tomar esta villa; pero herido en una pierna por un bala de fusil, le hicieron la operacion para estraérsele y murió el 24 del mismo mes: su muerte fué un gran bien para la causa de Isabel y una pérdida irreparable para los defensores de D. Cárlos; mas á tal estremo llega la ceguedad de los partidos, que los carlistas furibundos celebraron como un triunfo la pérdida de su mejor caudillo, porque no participaba de sus ideas ecsajeradas. Sin embargo, el sitió continuó con el mismo teson, y los invictos defensores de Bilbao resistian con valor heróico, esperando que el jeneral Valdés acudiria en su socorro; pero viendo el jeneral Latre que los bilbainos se hallaban cada vez mas estrechados y que el jeneral en jefe no se movia, le hizo presente la influencia moral y política que adquiririan los rebeldes si llegaban á apoderarse de Bilbao, pues era la primera condicion que debian llenar estos para que el prentendiente recibiera un empréstito holandés; por consiguiente que era preciso librar á todo trance aquella villa. Despues de varias comunicaciones entre ambos jenerales, contestó Valdés que no podia acudir á hacer levantar el sitio porque tenia órden de no empeñar accion alguna formal.

El gobierno se habia empeñado en querer dirijir la guerra desde Madrid y con este absuerdo plan, el soldado se fatigaba en marchas y contramarchas inútiles, los jenerales se desacreditaban porque no tenian facultades para obrar, y los carlistas cobraban cada dia mas ánimo. Valdés dimitió el mando, que tomó el jeneral La Hera por antigüedad, el cual tambien se opuso al socorro de Bilbao fundado en las mismas razones que Valdés; pero las repetidas instancias de los jenerales Latre y Espartero le decidieron á resolver la cuestion en consejo de jenerales, y este acordó salvar la invicta villa. En su consecuencia las divisiones de Latre y Espartero marcharon inmediatamente á Bilbao, y la libertaron haciendo retirar á los carlistas que la sitiaban. Esto aconteció el 1.° de julio, y el mismo dia cesó La Hera en el mando, recayendo este en el jeneral Córdoba.

Por real decreto de 4 del referido julio fueron nuevamen-

te estinguidos los jesuitas y ocupadas sus temporalidades, aplicando sus bienes, rentas y efectos á la estincion de la deuda pública. Ya habian sido suprimidos algunos conventos de regulares por haberse marchado varios de sus individuos á la faccion, ó por favorecer abiertamente la causa del pretendiente; y además se publicó otro decreto en 25 del mismo mes, por el cual se suprimian todos los monasterios y conventos de relijiosos cuya comunidad no llegase á doce profesos.

Accion de Mendigorria. — A pesar del mal écsito que tuvieron en el sitio de Bilbao los facciosos, creian conservar todavia su anterior preponderancia; pero el jeneral Córdoba les dió una dura leccion en los campos de Mendigorría, que bajó mucho el orgullo de los rebeldes, é hizo recobrar á las tropas leales la superioridad que nunca debieron perder. La accion tuvo lugar el 16 entre Puente la Reina y Mendigorría: allí se reunieron fuerzas muy considerables de ambos ejércitos; el de la reina mandado por el jeneral Córdoba, y el de los carlistas por el pretendiente en persona. El combate fué porfiado y sangriento; por último vencieron los esfuerzos de nuestros valientes soldados, que obtuvieron una completa victoria, dejando el campo y las calles de Mendigorría cubiertas de cadáveres facciosos, los cuales tuvieron la pérdida de mil quinientos hombres inclusos trescientos prisioneros; sin embargo, este triunfo no se consiguió sin derramar mucha sangre de las tropas de Isabel, especialmente de la guárdia real que tuvo aquel dia mas ocasion de lucirse.

Como si no bastasen los horrores que traia consigo la guerra civil que asolaba casi todas las provincias de España, aun habia hombres obcecados y asesinos infames que promovian escisiones y alborotos en las ciudades, acrecentando de este modo los males de la patria. Muchos podia haber evitado el gobierno si en vez de ir suprimiendo paulatinamente los frailes, mostrára mas enerjía y cerrára de una vez todos los conventos, pues por no haber tomado esta medida volvieron á repetirse en este mes los atentados contra los relijiosos, y los incendios de los conventos, en Reus, Murcia, Caspe, Barcelona y otras pobla-

ciones de Cataluña y Aragon, teniendo en muchas de ellas que cerrar los conventos las autoridades locales para contener tamaños escesos.

Sublevacion de las provincias. — El dia 5 de agosto entró el jeneral Bassa en Barcelona con mil quinientos hombres, para castigar los crímenes perpetrados pocos dias antes en esta ciudad, lo que fué causa de que la tranquilidad se alterase nuevamente. Las turbas acometieron á Bassa en su palacio, le asesinaron, le arrastraron por las calles, y por último arrojaron su cadáver en una hoguera que hicieron con los papeles que habian estraido de las oficinas de policía. Los amotinados nombraron en seguida nuevas autoridades y se declararon independientes del gobierno de Madrid. Como la marcha del gabinete desagradaba á los progresistas, porque los habia defraudado en las esperanzas que de él concibieron cuando se formó, pues seguian con corta diferencia las huellas del ministerio de Martinez de la Rosa, muchas ciudades imitaron el ejemplo de la capital del principado declarándose independientes, entre ellas Valencia y Zaragoza, nombrando sus respetivas juntas.

No se mostró indiferente á estos sucesos la milicia de Madrid; al retirarse el piquete de la plaza de toros en la tarde del 15, se dirijió á la plaza Mayor, prorrumpió en voces contra el ministerio y declaróse en favor del movimiento de las provincias; tocóse jenerala, se reunió toda la milicia, la mayor parte en la plaza Mayor donde formó algunos fosos y parapetos, envió una esposicion á la reina gobernadora, que se hallaba en la Granja, pidiendo la variacion de ministerio y de la marcha por este seguida. Dos dias permanecieron en esta actitud hostil esperando la contestacion de S. M., hasta que el 16 espidió el gobierno de la Granja un decreto declarando la capital en estado de sitio y amenazando con la pérdida del destino á todo empleado que al dia siguiente no se presentase en la ofina á desempeñar su plaza. Sabida esta órden aquella misma tarde, por los oficiales de la milicia que en su mayor parte eran empleados, abandonaron casi todos á sus compañeros de armas. Entonces los milicianos, hallándose sin jefes, cedieron á la intimacion del capitan jeneral Quesada, que

tenia tomadas las avenidas de la plaza con la tropa de la guarnicion, de que dejasen las armas y se retirasen á sus casas.

El desarme de la milicia dió lugar en el dia 17 y el siguiente á escenas sangrientas de que fueron teatro las calles de la capital; porque creyendo los carlistas que habia llegado la hora de su triunfo, formando grandes grupos compuestos de la hez del pueblo, armados con palos y navajas, acometieron hasta en sus mismas casas á varios milicianos, asesinando á los que encontraban; pero bien pronto fueron contenidos y escarmentados con duras represalias por los mismos urbanos, que reuniéndose en grupos, armados unos con sables y otros con palos, recorrian las calles hiriendo y matando no solo á los carlistas agresores, sino á todo el que conocian por realista. Al fin el capitan jeneral hizo cesar esta carnicería, mandando salir numerosas patrullas, que recorriendo la capital evitasen tales desórdenes.

El 2 de setiembre se publicó un manifiesto de la reina gobernadora á la nacion, en el que despues de enumerar los beneficios de que los españoles le eran deudores, y de condenar las sublevaciones y desórdenes acaecidos en los diferentes puntos de la península, declaraba que no se separaria de la marcha trazada en el Estatuto, que las juntas eran ilegales, y concluia mandándolas se disolviesen; pero el gobierno no podia ya hacerse obedecer, porque todas las capitales de provincia, escepto las de Castilla la Vieja y Madrid, se habian declarado contra él y estaban dispuestas á resistirle.

A principios del referido mes el gobierno mandó salir al jeneral Latre con una division de tropas, destinada á pacificar la sublevacion de Andalucía; pero luego que llegó á Manzanares, le abandonaron el batallon de Córdoba y el de la Reina, que formaban parte de esta division, y fueron á unirse en Despeñaperros con las tropas que las juntas de Andalucía enviaban contra Madrid para obtener por la fuerza las reformas que habian solicitado en sus representaciones. Viendo, pues, el conde de Toreno que no podia luchar contra toda la España, presentó su dimision el dia 14, y fué nombrado para sustituirle el ministro de Hacienda Mendizabal, á quien encargó S. M. la formacion del nuevo gabine-

te. Este ministro presentó á la reina una esposicion que contenia el programa de la marcha que debia seguir el gobierno, la cual fué aprobada por Cristina y aplaudida por las provincias sublevadas.

Por real órden de 26 del propio setiembre se mandó que los batallones de la milicia urbana volviesen á organizarse como estaban antes y á prestar el mismo servicio. El dia 28 se espidió el decreto de convocacion á córtes, que deberian reunirse el 16 de noviembre, y se sustituyó al título de milicia urbana el de guardia nacional.

Habiendo conseguido que se realizasen las dos cláusulas principales que contenian las peticiones de las juntas directivas de las provincias, que eran la separacion de Toreno y la convocacion de las córtes, se disolvieron aquellas espontáneamente en todo el transcurso de octubre y se sometieron al supremo gobierno de Madrid.

En cumplimiento del tratado de la cuápruple alianza, el 25 del referido octubre entró en el territorio español por la parte de Zamora, una division portuguesa al mando del baron das Antas, para cooperar con las tropas de Isabel en la guerra contra el pretendiente.

El 16 de noviembre se abrieron las córtes, y ambos estamentos dieron principio á sus trabajos lejislativos.

Desde que Mendizabal habia tomado las riendas del gobierno, se notaba mas animacion y alegría en el pueblo. Se trató de hacer un esfuerzo para concluir brevemente la guerra civil: el gobierno decretó una quinta de cien mil hombres, redimible la suerte con cuatro mil reales, y por este medio obtuvo soldados con que reforzar el ejército y recursos para mantenerlos, ademas de los cuantiosos donativos que ofrecian diariamente todas las clases á porfia.

Las comunidades de relijiosos, que habian sido suprimidas por las juntas en todas las provincias, lo fueron igualmente en Madrid el 17 de enero de 1836, presentándose á las doce de la noche en todos los conventos algunos funcionarios públicos, los cuales recojieron y sellaron todos los papeles y documentos, haciendo saber á los relijiosos que quedaban estinguidos, que al dia siguiente debian desocupar los conventos, sacando los efectos de su propiedad particular, y que en lo sucesivo no podian usar de otro

traje que el seglar; pero el decreto de estincion no se publicó hasta el mes de marzo.

Las operaciones militares de los tres primeros meses de este año habian sido satisfactorias: en Cataluña fué tomado el santuario de nuestra Señora del Hort, donde se habian encastillado los rebeldes, cayendo todos los que le defendian en poder de las tropas de la reina, y fueron pasados por las armas: el 5 de marzo consiguieron las tropas leales un señalado triunfo contra los carlistas en Orduña; otro el 16 en Balmaseda; la faccion al mando de Batanero que se internó en Castilla, fué destruida, y las de la Mancha y Toledo habian quedado muy disminuidas por la activa persecucion que sufrian; se habia arrojado al enemigo de las inmediaciones de San Sebastian, y establecídose la línea de Zuribi en Navarra para protejer á los valles del Bastan, Roncal, Salazar, Aezcoa y Valcarlos, que se habian pronunciado por la causa de Isabel. La division ausiliar portuguesa, mandada por el baron das Antas, la lejion inglesa á las órdenes del jeneral Evans y la francesa á las del jeneral Bernell, trabajaban en union de las tropas nacionales á favor del trono lejítimo. Ademas el 22 de marzo se publicaron en gaceta estraordinaria los partes de las dos brillantes acciones ganadas por nuestras tropas, una el dia 16 en las inmediaciones del castillo de Piedra, en el camino de Bilbao, mandada por el jeneral Ezpeleta, y la otra el 19 en los campos de Unzá, por el jeneral Espartero. Bajo tan felices auspicios se abrieron las córtes en el espresado dia 22; pero estas solo duraron dos meses, á causa de la variacion de ministerio.

Mucho de su prestijio habia perdido Mendizabal, porque los pueblos se prestaron gustosos á todos los sacrificios que habia ecsijido de ellos, mediante la promesa que hizo de terminar la guerra en seis meses: siete iban ya transcurridos desde su ascension al poder, y si bien se habian conseguido algunas ventajas por nuestros ejércitos, se veia aun muy lejana la conclusion de la fatal contienda. Acaso la falta de cumplimiento en lo ofrecido no fué toda de parte del jefe del gabinete; tal vez contó para ello con la cooperacion de otras personas que no correspondieron á su confianza. Convencido el ministerio por varias esposiciones de autori-

dades populares, y aun por los procuradores de la nacion en dos sesiones secretas, de que era necesario hacer algunas variaciones en el personal de algunos ramos de la administracion, particularmente en el de la guerra, halló resistencia á las propuestas, y todos los secretarios del despacho presentaron su dimision el 13 de mayo, que fué admitida por S. M.

El 15 nombró la reina gobernadora el nuevo gabinete, y para presidirle á D. Francisco Javier Isturiz. El nombramiento de este ministerio compuesto de personas que pertenecian á la minoria de las córtes, fué muy mal recibido por el pueblo y por los representantes de la nacion: de modo que al dia siguiente de su nombramiento, al presentarse por pimera vez los ministros en el estamento de procuradores, hallaron ya formada una numerosa oposicion que comenzó sus hostilidades contra el nuevo gabinete, aun sin haberse pasado de oficio al estamento los nombramientos de los ministros. Los procuradores declararon que el nuevo ministerio no merecia su confianza y el gobierno disolvió las córtes.

A últimos de junio salió de las provincias vascongadas otra espedicion carlista compuesta de cinco batallones, dos escuadrones, y dos piezas de artilleria, mandada por el rebelde Gomez, que entrando por Castilla se dirijió á las provincias de Asturias y Galicia, saqueando los pueblos y llevándose á la fuerza los mozos que encontraba.

Los alborotos, que habian cesado desde que Mendizabal subió al poder, volvieron á reproducirse, y las patrullas á circular por la capital de la monarquia.

La disolucion de las últimas córtes acabó de ecsasperar los ánimos y produjo en las provincias escisiones semejantes á las de setiembre del año anterior. El dia 26 de julio se amotinó el pueblo de Málaga; los sublevados asesinaron á los dos gobernadores civil y militar; nombróse una junta de gobierno, presidida por D. Juan Antonio Escalante, comandante de carabineros, y fué proclamada la constitucion de 1812.

Las demás provincias de Andalucía siguieron el movimiento de Málaga, y en Zaragoza tambien se proclamó la constitucion.

Con estas noticias, en la noche del 3 de agosto se alteró la tranquilidad de Madrid, se reu-

nió la milicia al toque de jenerala sin órden de la autoridad militar, y salieron de entre sus filas algunos vivas á la constitucion; pero mandando el capitan jeneral Quesada que los milicianos se retirasen á sus casas, estos obedecieron. Al siguiente dia se declaró la capital en estado de sitio, y por otro decreto del 5 se disolvió la guardia nacional, mandando se formase de nuevo con arreglo á la ley de 29 de marzo anterior. La mayor parte de los milicianos entregaron los fusiles, segun lo disponia el bando del capitan jeneral, y Madrid continuaba en la mayor ajitacion á pesar de las numerosas patrullas que recorrian las calles para restablecer la tranquilidad.

Sucesos de la Granja.—(1836) Pero en la noche del 12 se sublevó la guardia real de infanteria en la Granja, donde se hallaba la familia real: una comision de sarjentos se dirijió al palacio y subió á manifestar á la reina gobernadora los deseos de la tropa, que eran la proclamacion del código de 1812, segun se les habia prometido, decian los sarjentos, en los campos de Navarra. La reina les contestó que necesitaba tiempo para deliberar, y que al dia siguiente les daria la respuesta; pero no teniendo en el sitio apoyo suficiente para sostener una resolucion contraria, aunque la oficialidad no habia tomado parte en aquel movimiento, hubo de acceder á lo que pidieron los sarjentos, y el 13 firmó los decretos necesarios para que se llevase á efecto.

El dia 14 se supo en Madrid la resolucion de S. M., y se formaron algunos grupos dando vivas á la constitucion, que fueron mandados disolver á la fuerza por Quesada.

Ultimamente al amanecer del 15 se supo ya la destitucion de Quesada, remplazándole en el mando el jeneral Seoane. Aquella misma tarde se promulgó la constitucion con toda solemnidad, y en gaceta estraordinaria se dieron al público los decretos firmados por S. M. el 13, mandando se promulgase la constitucion del año 1812, levantando el estado de sitio de la capital, que se reorganizase la guardia nacional, devolviendo desde luego las armas á las dos terceras partes á lo menos de los individuos que antes las tenian, y los nombramientos de nuevos ministros, concediendo la presidencia del consejo á D. José María Calatrava. Así terminaron estos sucesos con jeneral alegría

del pueblo, despues de tantos dias de ansiedad. Sin embargo, no dejó de causar disgusto á los ciudadanos honrados, el crímen cometido en la persona del destituido capitan jeneral Quesada, que habiendo huido de Madrid disfrazado aquella misma mañana, fué conocido en el pueblo de Hortaleza por algunos sicarios que le asesinaron vilmente.

En la tarde del 17 entraron en Madrid SS. MM. procedentes del real sitio de San Ildefonso, y con igual fecha firmó la reina Cristina el decreto de libertad de imprenta.

El jeneral Rodil fué nombrado ministro de la Guerra, y sucesor de Córdoba en el mando en jefe del ejército del Norte.

Despues de publicada la constitucion, el primer triunfo de las armas de Isabel fué el que consiguió el brigadier Iribarren, comandante jeneral de la division de la Ribera, el 19 del espresado agosto en las inmediaciones de Lodosa, contra la faccion del rebelde Iturralde, haciéndole novecientos prisioneros, entre ellos treinta y siete oficiales.

Para aumentar el ejército y procurarse recursos con que atender á la guerra, el gobierno decretó una quinta de cincuenta mil hombres, y un anticipo de doscientos millones á cuenta de las contribuciones de cuatro años.

El sistema de líneas establecido por el jeneral Córdoba, en el cual tanto tiempo se habia invertido inútilmente, no privó á los facciosos de hacer varias incursiones en Castilla.

La division espedicionaria al mando del rebelde Gomez, tuvo un encuentro el dia 30 en Jadraque con las tropas que mandaba el brigadier D. Narciso Lopez, cuyo resultado fué adverso á la causa de la nacion, quedando casi toda la columna de Lopez destruida y los dos cañones que llevaba en poder del enemigo. Mas al dia siguiente fué alcanzado Gomez por la division del jeneral Alaix, que iba en su persecucion, el cual vengó el desastre anterior y rescató las dos piezas de artillería, causando mucha pérdida á los carlistas.

El 11 de setiembre volvió á formar parte del ministerio don Juan Alvarez y Mendizabal, encargándose de la secretaría del despacho de Hacienda; y el 17 fué nombrado D. Baldomero Espartero jeneral en jefe del ejército de operaciones del Norte.

La division Alaix, continuando en persecucion de Gomez, volvió á alcanzarle en Villarrobledo el 20 del referido setiembre, y batió á esta faccion reunida á las de Cabrera, Serrador y Quilez, que componian la fuerza de ochocientos caballos y once batallones; hízoles mil doscientos setenta y cuatro prisioneros, inclusos cincuenta y cinco oficiales, y les tomó dos mil fusiles, municiones, etc. Esta victoria fué debida principalmente al valiente brigadier don Diego Leon, que con unos doscientos caballos deshizo los escuadrones enemigos y arrolló la infanteria.

El dia 24 de octubre se reunieron las córtes constituyentes que debian revisar la Constitucion y establecer definitivamente la ley fundamental del estado.

D. Francisco Espoz y Mina, tan célebre por su valor y patriotismo, falleció en Barcelona donde se hallaba de capitan jeneral, en la noche del 24 de diciembre: su muerte fué sentida por todos los buenos españoles y aun por muchos estranjeros admiradores de sus virtudes cívicas. La reina gobernadora, para dar una prueba del aprecio que le merecian los eminentes servicios que este ilustrue jeneral habia prestado á la nacion, hizo merced á su viuda de título de Castilla, con la denominacion de condesa de Espoz y Mina.

Levantamiento del segundo sitio de Bilbao. — A la misma hora que este esclarecido defensor de la patria ecsaló el último suspiro, tuvo lugar en otro ángulo de la península un suceso de mayor importancia para la causa nacional, que fué la accion de Bilbao el dia 24 de diciembre. Hacia dos meses que esta heróica villa sufria todas las calamidades de un sitio, el tercero que le habian puesto los facciosos en el transcurso de la guerra: sus defensores habian hecho prodijios de valor, ya efectuando algunas salidas, ya rechazando al enemigo cuantas veces intentó el asalto, haciendo ver á los partidarios del absolutismo de lo que es capaz un pueblo cuando pelea por su libertad. Bilbao presentaba el triste aspecto de la desolacion: por todas partes se veian edificios destruidos por las bombas y granadas de los rebeldes, y las filas de los defensores de la villa habian sufrido considerables bajas: sin embargo, nunca desmayó el ánimo de los bravos bilbainos, que estaban decididos á salvar la po-

blacion ó perecer entre sus ruinas. Frustradas todas las tentativas hechas en los dos sitios anteriores por los facciosos, procuraron estos reunir ahora el mayor número posible de sus fuerzas, con muchas piezas de artillería é inmensa cantidad de proyectiles: el ejército de la reina tambien reunió en portugalete el grueso de sus tropas, y hacia dias que estaban observándose ambos ejércitos: por último, el referido dia 24 se decidió el jeneral Espartero á atacar las posiciones de los sitiadores, y principió el combate á las cuatro de la tarde, que fué uno de los mas horrorosos que se habian empeñado en la presente guerra, porque allí no solo tenian que pelear los hombres contra los hombres, sino tambien contra los elementos, cojiéndoles en lo mas reñido de la accion un furioso temporal de agua, nieve y granizo que hizo suspender por algun tiempo la sangrienta lucha, siendo el frio tan intenso, que á muchos soldados se les caian las armas de la mano; pero haciendo un esfuerzo las tropas leales para sacudir sus ateridos miembros, acometieron á la bayoneta todas las posiciones de los carlistas, y los desalojaron de ellas, apoderándose de sus baterías. La accion duró hasta la mañana del 25, en que arrojados los carlistas de sus ventajosas posiciones, que defendieron con empeño, tuvieron que emprender la retirada, dejando en poder de nuestros soldados un inmenso botin, mas de veinte cañones de grueso calibre, doscientas cincuenta mulas, y doscientos sesenta prisioneros; ademas tuvieron los carlistas trescientos veinte muertos y cuatrocientos heridos. Bilbao se salvó; pero esta importante victoria nos costó doscientos muertos y mas de cuatrocientos heridos. Tal fué el feliz écsito que tuvieron las últimas operaciones militares de este año en favor de la causa nacional.

El 11 de enero de 1837 reprodujeron las córtes constituyentes el decreto de las del año 1834, por el cual declararon escluidos de la sucesion á la corona de España al pretendiente D. Cárlos y todos sus descendientes; á los ex-infantes don Miguel y don Sebastian, y á la duquesa de Beira.

Los sucesos de la guerra que tan favorables habian sido al trono lejítimo en el pasado año, trocáronse en adversos al principio del presente. Las tropas constitucionales sufrieron en

febrero dos descalabros, uno en Buñol, reino de Valencia, y el otro cerca del pueblo de la Panadella en Cataluña: estos reveses, unidos á la inaccion del ejército del Norte, que nada habia emprendido desde el levantamiento del sitio de Bilbao, tenian en la mayor ansiedad á los adictos á la justa causa: por fin, el 10 de marzo las tropas de Vizcaya, al mando de Espartero, hicieron movimiento hácia Galdácano, en combinacion con las de Navarra y Guipúzcoa á las órdenes de los jenerales Sarsfield y Evans, que atacaron al mismo tiempo, este la venta de Hernani y aquel las alturas de Sarasa y Erice: en todos los puntos quedaron triunfantes las armas de la reina; pero otro revés sufrido el 16 por las tropas anglo-españolas que mandaba Evans en Hernani, detuvo las operaciones de Sarsfield, y Espartero retrocedió á Bilbao.

El 26 de dicho mes se publicó la ley sancionada por S. M. en 22 del mismo sobre publicaciones periódicas, y se estableció el jurado para calificar y sentenciar los abusos de la prensa.

Los sucesos favorables á las armas de Isabel con la toma de Oyarzun, Irun y Fuenterrabía, cortaron á los rebeldes la comunicacion con Francia, por donde recibian estos muchos recursos, y determinaron buscarlos en lo interior de la península, para lo cual determinaron hacer una nueva espedicion compuesta de dieziseis batallones y mil doscientos caballos al mando del pretendiente en persona, con intencion de unirse á las facciones de Aragon y pasar á Cataluña. Al llegar D. Cárlos á Huesca el 24 de mayo, fueron alcanzadas sus huestes por el cuerpo de operaciones de Navarra á las órdenes del jeneral Iribarren, que las atacó denodadamente; pero despues de un sangriento combate en que ambas partes tuvieron considerable pérdida, se retiraron las tropas de la reina á Almudébar con su jeneral Iribarren herido, el cual falleció al siguiente dia. El jeneral Oraa remplazó en el mando al malogrado Iribarren, y en un reconocimiento que quiso hacer el 2 de junio sobre Barbastro, donde se hallaba la faccion espedicionaria, sufrimos un nuevo revés, porque empeñado el fuego de guerrilla, y haciéndose á poco rato estensivo á todas las fuerzas, volvieron la espalda dos batallones de la division de Oraa, que introdujeron el desórden en los demas cuerpos, y se perdió

la accion, que nos costó otro jefe valiente, el brigadier Conrad.

Pasó el príncipe rebelde con su espedicion á Cataluña, ufano de que las armas de Isabel no le habian podido vencer en los ataques de Huesca y Barbastro, aunque tanta sangre costaron tambien á los suyos, y creia poderse enseñorear fácilmente del principado; pero bien pronto se disiparon sus ilusiones, porque alcanzado el dia 12 del mismo mes en los campos de Grá por el baron de Meer, capitan jeneral de Cataluña, sufrió una gran derrota que le costó la pérdida de dos mil hombres, y se vió obligado á retroceder, abandonando el suelo catalan. En esta accion tuvo el baron de Meer setenta oficiales y cuatrocientos individuos de tropa fuera de combate.

Constitucion de 1837.—Las córtes constituyentes concluyeron de formar la nueva constitucion, mas monárquica que la de 1812, porque en ella se concedia el *veto* absoluto á la corona; y aceptada por S. M., la juró solemnemente en el congreso de diputados el dia 18 del espresado junio.

La faccion espedicionaria del pretendiente, que, como hemos dicho retrocedió, de Cataluña á consecuencia de la derrota de Grá, pasó al reino de Valencia, y el dia 15 del siguiente julio fué atacada en Chiva por el jeneral Oráa, que vengó el descalabro que sus tropas sufrieron, y causó á los rebeldes una pérdida considerable.

Otra division carlista, fuerte de cinco mil hombres á las órdenes de Zariátegui, habia salido de Navarra, y atravesando toda Castilla la Vieja, osó acercarse á la capital de la monarquía, llegando sus avanzadas á tirotearse el 10 de agosto, en la venta de la Trinidad, con las de una columna de observacion que salió de Madrid. Por la noche se puso sobre las armas la poca tropa que habia de guarnicion y la milicia nacional, ocupando los puestos que se les designaron hasta las seis de la mañana del 11 en que se les mandó retirar á sus casas. Tambien en la siguiente noche estuvo sobre las armas la guarnicion y milicia hasta el amanecer del 12, que se les hizo retirar por haberse recibido aviso de que ya se habia alejado la faccion, sabedora sin duda de la aproccimacion del jeneral Espartero, que en la tarde de este dia entró con sus tropas en Madrid. La llegada de estas fuerzas ocasionó la caida del ministerio,

porque setenta y dos oficiales de la brigada de Van-Halen, que se acantonó en Pozuelo de Aravaca, se negaron á seguir á sus cuerpos si no se variaba el gabinete, el cual presentó su dimision con este motivo.

Nombróse nuevo ministerio, del cual formó parte D. Pio Pita Pizarro, que duró poco tiempo; le remplazó el de Bardají y Azara, cuya permanencia en el poder no fué mas dilatada, y por último, se formó el gabinete presidido por el conde de Ofalia: todos estos cambios de ministerios ocurrieron en el corto espacio de cuatro meses.

El pretendiente, huyendo de las tropas del jeneral Oráa, habia penetrado en Castilla, y forzando las marchas se presentó el 12 de setiembre á la vista de Madrid, llegando sus batallones hasta el portazgo de Vallecas, en cuyos cerros tomaron posicion, permaneciendo en ella hasta las seis de la tarde: por la mañana cruzaron algunos fuegos de guerilla con la poca tropa que salió de la capital, resultando algunos heridos; pero los facciosos no se atrevieron á avanzar.

La guarnicion y milicia nacional cubrian las murallas desde la noche anterior, y en los parajes oportunos estaban colocadas las reservas para acudir adonde hubiese necesidad: multitud de patriotas que no pertenecian á las filas de la milicia, habian acudido á tomar las armas en los momentos del peligro, y formando gruesas patrullas dirijidas por los alcaldes de barrio, vijilaban por la conservacion del órden interior, mientras otros en sus casas estaban dispuestos á defenderse desde los balcones y ventanas en el caso de que los carlistas hubieran conseguido penetrar en la poblacion. Observando estos la tranquilidad que reinaba en la corte, y sabedores de que el ejército de Espartero se hallaba á corta distancia, emprendieron al anochecer su retirada hácia Vallecas. Al siguiente dia 13 á las tres de la tarde entró el jeneral en jefe con sus tropas en Madrid, á cuya hora se retiraron á descansar la guarnicion y milicia nacional. Despues que se repuso de sus largas y penosas marchas el ejército de Espartero, salió en persecucion del pretendiente, á cuya faccion alcanzó y batió en Aranzueque el dia 19, causándola una pérdida considerable: tambien el jeneral Oráa la dió otro golpe terrible, y la faccion, huyendo des-

pavorida, no paró hasta penetrar en sus antiguas guaridas de Navarra.

Los sucesos de la guerra á principios de 1838, fueron favorables á la causa de Isabel en las provincias del Norte; pero en las de Aragon, Valencia y Cataluña eran adversos. En la madrugada del 26 de enero sorprendieron los facciosos el fuerte de Morella, y asaltándole con escalas, validos de la oscuridad y de intelijéncias que tenian con algunos soldados de los que le guardaban, se apoderaron de él, y le conservaron hasta la conclusion de la guerra.

Las córtes que se siguieron á las constituyentes, estaban compuestas en su mayoría de hombres del partido moderado, que consiguieron ser elejidos por los crédulos pueblos mediante las promesas que les hicieron de intervencion francesa para concluir la guerra, que era lo que todos deseaban. Pero habiendo solicitado el ministerio Ofalia la intervencion de la Francia, una negativa esplícita y terminante fué el resultado de su peticion. Si el gabinete español no hubiera pedido la intervencion hasta estar seguro de obtenerla, no hubiese espuesto á la nacion á un desaire tan manifiesto de parte de su aliada. Al ver los pueblos frustrada de este modo su esperanza, y que ni la mayoría de sus representantes ni el gobierno hacian cumplir la constitucion que habian jurado porque tenian mas afecto al ya abolido estatuto que á la nueva ley fundamental, mostraron abiertamente su disgusto, y de aquí las contínuas asonadas, y los recelos fundados ó ficticios del gobierno, que en todas partes creia ver conspiraciones, cuando la mayoría del partido liberal solo queria la estricta observancia de la constitucion de 1837. Este ministerio, por medio del secretario de estado de la Gobernacion, que lo era el marqués de Someruelos, presentó á las córtes el 3 de febrero la nueva ley de ayuntamientos, que tantos disturvios habia de causar en la nacion: y á pesar de que la comision alteró notablemente el proyecto del gobierno, quedaba intacta una base impopular, cual era el nombramiento real de los alcaldes; pero aun cuando se discutieron y aprobaron algunos artículos del espresado proyecto en esta lejislatura, quedó pendiente para otra.

Entrada de Cabañero en Zaragoza.—Al amanecer del 5 de marzo, la faccion de Cabañero

compuesto de cuatro batallones y dos escuadrones, sorprendió á Zaragoza, llegando á penetrar hasta el centro de la poblacion y ocupando muchas de sus calles; pero los primeros tiros disparados por la guardia de la cárcel despertaron á los dormidos habitantes que acudieron presurosos á las armas y desde las casas hicieron un fuego horroroso sobre los rebeldes, hasta que fué de dia; entonces saliendo á la calle y reuniéndose en grupos la milicia, los paisanos y la corta guarnicion, dieron á los rebeldes varias cargas á la bayoneta, consiguiendo echarlos de la ciudad y hacerlos huir despavoridos despues de haber dejado las calles cubiertas de heridos y de cadáveres. Ciento veinte muertos, muchos heridos, y mas de seiscientos prisioneros costó á los defensores de D. Cárlos la audácia de pisar el suelo de la siempre heróica ciudad, mostrando los zaragozanos en esta ocasion como en todas, su valor y decision en defensa de la libertad de la patria. Hasta las mujeres tomaron una parte muy activa en la gloriosa lucha de este dia, arrojando por las ventanas y balcones sobre los facciosos cuantos objetos hallaban á mano con que poder dañarlos. Despues de ahuyentar al enemigo, trataron los zaragozanos de averiguar las causas de una sorpresa que tan fatal pudo haberles sido, y prendieron al jeneral Estellés, segundo cabo de aquella capitanía jeneral, por su poca vijilancia, por no haber tomado precaucion alguna, y porque en ningun punto se le vió durante la pelea. Mas al siguiente dia, resultando fuertes indicios contra este jeneral, de que tenia noticia del peligro que amenazaba á Zaragoza y no habia querido evitarlo, el pueblo impaciente no quiso esperar la moratoria de un proceso, mucho mas cuando la esperiencia habia demostrado que jamás se hacia un ejemplar castigo con los delincuentes de alto rango; y acudiendo algunos grupos á la prision donde aquel se hallaba, le sacaron de ella y le fusilaron en la plaza de la constitucion. Otras personas acusadas de complicidad con los rebeldes fueron tambien presas; y sentenciadas por un consejo de guerra, sufrieron la misma pena que el espresado jeneral.

Habiéndose desvanecido el medio con que contaba el gobierno para la pronta terminacion de la guerra, que era la intervencion francesa, se puso en

reunion con un escribano de Verástegui, apellidado Muñagorri, y le suministró fondos para que alzando en las provincias vascongadas la bandera de *paz y fueros*, procurase atraer bajo esta nueva enseña á los naturales de aquel pais que defendian á D. Cárlos, creyendo que de este modo se quedaria el pretendiente sin sus mas firmes apoyos, y se veria obligado á salir de aquel territorio; pero tampoco este medio produjo efecto alguno, porque el fuerista Muñagorri hizo pocos prosélitos, fué batido alguna vez por los mismos carlistas y últimamente tuvo que desistir de su empresa. El gabinete de Madrid solo consiguió con este plan entretener por algun tiempo las esperanzas de los crédulos, y emplear para realizarle algunos fondos no pequeños que debió mas bien haberlos enviado al ejército, que carecia hasta de lo mas preciso por falta de recursos.

Los contínuos clamores dirijidos al gobierno sobre el deplorable estado en que se hallaban las provincias de Aragon y Valencia, asoladas y saqueadas por el feroz y sanguinario Cabrera, Esperanza y otros cabecillas, que habian llegado á reunir mas de diez mil rebeldes, le obligaron á mandar al jeneral Oráa, que lo era en jefe del ejército del centro, que atacase la plaza de Morella, base de las operaciones de los facciosos. Hiciéronse los preparativos, que consumieron no poco tiempo, y por fin el 10 de agosto quedó formalizado el sitio y principiaron á jugar las baterías: abierta la brecha, aunque impracticable por hallarse á mucha altura, se ordenó el asalto; nuestros soldados acometieron con el denuedo que siempre habian manifestado, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y á no haberlos mandado retirar, hubieran perecido todos al pie de la muralla por el horroroso fuego que sostenian sin cesar los sitiados. No tuvo mejor resultado el escalamiento que luego se intentó practicasen tres columnas por diferentes puntos de los muros, porque si bien acometieron intrépidamente las tropas de Isabel, llegando algunos soldados á subir en las escalas, fueron arrojados de ellas y rechazados por último: en ambos asaltos *tuvo* el ejército de Oráa una pérdida considerable. Pero tanta sangre de valientes y leales soldados derramada, solo sirvió para aumentar el orgullo de los rebeldes, y para que de todas partes se elevasen amargas

quejas contra el gobierno, porque faltos los sitiadores de municiones de grueso calibre, y de víveres, llegando el caso de no tener el soldado otro alimento que un poco de trigo cocido, ó machacado entre dos piedras y asado sobre unas ascuas, tuvieron que levantar el sitio el dia 19. Las consecuencias que produjo esta determinacion fueron fatales para Aragon y Valencia; porque mas desembarazado Cabrera para continuar sus correrías, emprendió con mayor furor el saqueo de los pueblos, estendiendo sus incursiones casi hasta las puertas de Valencia, y atacó con mas audácia á las tropas leales, causándoles algunos descalabros, uno de ellos el que sufrió la division de Pardiñas en Maella, donde murió este jeneral, y sus tropas quedaron destrozadas llegando la barbárie é inhumanidad del cabecilla rebelde hasta mandar fusilar á noventa y seis sarjentos de los prisioneros.

La falta de recursos y de subsistencias habia sido muchas veces la causa de no emprender nuestros ejércitos las operaciones, y de malograrse otras ya principiadas; tambien lo fué de la caida en setiembre del ministerio Ofalia, al que remplazó el presidido por el duque de Frias, el cual creeria que reuniendo las córtes podría contar con recursos para mantener los ejércitos, y convocó la segunda lejislatura para el dia 8 del próximo noviembre; pero estos ministros por iguales motivos que los anteriores, solo duraron tres meses, formándose en diciembre otro nuevo gabinete, cuya presidencia se confió á D. Evaristo Perez de Castro. En el mismo mes continuaron las córtes la discusion pendiente del proyecto de ley sobre organizacion de ayuntamientos, y siguieron aprobando artículos con bastante rapidez, y al parecer con alguna indiferencia.

En las provincias del Norte ocurrió á principios de 1839 un suceso notable, que se miró como precursor de la terminacion de la guerra. Hallábase la corte de D. Cárlos dividida en dos partidos, compuesto el uno de carlistas furibundos, enemigos de toda transaccion, que arriesgaban el todo por el todo, y el otro de carlistas moderados que deseaban hallar algun medio de composicion y sacar el mejor partido posible. A estos últimos pertenecia Maroto, jefe superior de las tropas enemigas, el cual persuadido de

que la guerra no terminaria ínterin se hallasen en el ejército de D. Cárlos varios individuos de ideas ecsajeradas, marchó con algunos batallones á Estella, donde prendió é hizo fusilar en 18 de febrero á los titulados jenerales Guergué, García, Sanz, al brigadier Carmona y al intendente Urriz, atribuyéndoles planes de sedicion. Luego que este hecho llegó á noticia del pretendiente, publicó un manifiesto en que decia que Maroto habia procedido sin autorizacion suya, y arbitrariamente, privándole de sus mejores servidores, por lo cual le declaraba traidor, y autorizaba á sus súbditos para que cualquiera le prendiese ó matase; mas habiéndose dirijido Maroto al llamado cuartel real, huyeron los que no eran de su partido, y D. Cárlos, que no tenia voluntad propia, oyó los consejos de los amigos de Maroto al cual habia ya cobrado miedo, y declaró que este jefe habia obrado fiel y lealmente en las ejecuciones de Estella, mandando recojer y quemar su anterior manifiesto, pues dijo que habia sido sorprendido su ánimo por los calumniadores de Maroto. Dividido el partido carlista en dos bandos declarados ya rivales, cada dia se disminuia mas su fuerza física y moral.

No estaban menos desavenidos los liberales: los progresistas se quejaban de que los moderados tendian al despotismo y procuraban destruir la constitucion, y estos echaban en cara á sus adversarios que sus ideas eran anárquicas y que trataban de subvertir el órden del estado: lo cierto es que ambos partidos pugnaban por hacer triunfar sus doctrinas mas ó menos avanzadas y apoderarse del mando. El partido moderado, que tenia en sus manos las riendas del poder, en todas partes temia conspiraciones y alborotos por parte de sus adversarios políticos; pero si hubo escisiones en algunos puntos, solo debió culparse á sí mismo el ministerio por el sistema intolerante y arbitrario con que gobernaba á los pueblos. Esto no es decir que los progresistas no cometiesen tambien ilegalidades en el tiempo de su mando; pero ni estas eran tan frecuentes, ni las hacian tan descubiertamente como sus adversarios.

Por decreto de 8 de febrero se suspendieron las sesiones de las córtes, con objeto de hallarse el

gobierno mas desembarazado, segun él mismo decia, para la prócsima campaña.

A últimos de abril hizo una esposicion á la reina el ayuntamiento de Madrid y otra la milicia nacional, pidiendo la disolucion de las córtes y el cambio del ministerio. En el mismo sentido representaron tambien las corporaciones municipales y la milicia de otras poblaciones y capitales, mostrando de este modo el disgusto con que veian la marcha política del gobierno y de los cuerpos colejisladores; pero esta no varió, porque solo se hicieron algunos cambios parciales en el personal del gabinete, y no en su totalidad: lo único que obtuvieron los peticionarios fué la disolucion de las córtes, que se verificó el dia 1.° de junio.

El jeneral en jefe del ejército del norte principió las operaciones, y se apoderó despues de una vigorosa resistencia, de los fuertes de Ramales y de Guardamino que estaban protejidos por Maroto con el grueso de sus tropas, las cuales fueron batidas y obligadas á retirarse con bastante pérdida. Por este mismo tiempo acometió el jeneral Leon al pueblo de Belascoain y obtuvo un triunfo señalado, batiendo á los rebeldes y apoderándose de dicho pueblo. Queriendo la reina premiar estos hechos de armas tan importantes á la causa nacional, hizo merced al jeneral Espartero de la grandeza de España con el título de duque de la Victoria, y al jeneral Leon le agració con el título de Castilla bajo la denominacion de conde de Belascoain. A estas victorias siguieron otras muchas que aceleraron el término de esta guerra fatal.

Convenio de Vergara. — Por último llegó el mes agosto, y entablando relaciones el duque de la Victoria con el jeneral Maroto, hizo conocer á este la gloria que adquiria reconociendo á la reina Isabel II y contribuyendo á la paz de esta nacion magnánima destrozada por sus mismos hijos. Maroto se prestó á las insinuaciones del duque, y desde luego conferenciaron sobre las cláusulas del tratado. Los principales artículos eran qué el jeneral Espartero recomendaria á las córtes la concesion ó modificacion de los fueros; que se reconocerian los empleos, grados y condecoraciones de todos los individuos del ejército al mando de Maroto, los cuales quedarian en

libertad para continuar sirviendo en defensa de la constitucion y del trono de Isabel, ó retirarse á sus casas: á los jenerales y brigadieres que prefirieran el retirarse, se les concederia el cuartel para donde le pidiesen, con el sueldo que les correspondiese por reglamento; y los jefes y oficiales que se hallaren en el mismo caso obtendrian licencia ilimitada ó su retiro; que se pondrian á disposicion del duque de la Victoria los parques de artillería, maestranzas, depósitos de armas, vestuarios y víveres que estaban bajo la dominacion de Maroto; que los prisioneros pertenecientes á las divisiones vizcaína, guipuzcoana y castellana que se conformasen con los artículos de este tratado, quedarian en libertad y disfrutarian de las ventajas que en él se espresan; y los que no se conviniesen sufririan la suerte de prisioneros. El tratado fué ratificado el 31 de agosto en Vergara, donde se reunieron ambos ejércitos, y donde los dos caudillos consumaron esta grande obra estrechándose entre sus brazos con toda la efusion de sus corazones, cuyo ejemplo siguieron tambien las tropas con jeneral entusiasmo, proclamando todos á Isabel II y mirándose ya como verdaderos hermanos. Así se concluyó el convenio, obra esclusivamente de españoles, sin influencias estranjeras de ninguna especie, y sin mas garantías que la palabra de honor de ambos caudillos. Don Cárlos, viéndose abandonado de los suyos y temiendo caer en manos de Espartero, se apresuró á retirarse á Francia, lo que verificó con toda su familia el 14 de setiembre.

Imposible es describir las muestras de entusiasmo y alegría con que la nacion recibió el tratado de paz de Vergara: fiestas y rejocijos públicos por todas partes, músicas, iluminaciones, bailes; todos demostraban, cada uno á su modo, el placer que esperimentaban en su corazon por tan fausto suceso, y todos bendecian al ilustre jeneral que les proporcionaba el inestimable bien de la paz. Sin embargo, pasada la impresion de los primeros momentos, no dejó de disminuir algun tanto el jeneral contento el triste recuerdo de que en Aragon y Valencia aun continuaba Cabrera inmolando víctimas y destruyendo los pueblos; si bien la esperanza de que

en breve seria arrojado del pais aquel jefe carlista, hacia menos amarga esta idea.

Abriéronse las córtes el 18 de febrero de 1840, y su mayoría pertenecia al partido moderado que era el matiz político del ministerio. En esta lejislatura volvióse á la discusion del proyecto de ley para la organizacion de ayuntamientos.

Disuelto ya el grueso del ejército de D. Cárlos á consecuencia del convenio de Vergara, de cuyos individuos unos entraron al servicio de la reina, y otros se retiraron á sus casas, dejó el jeneral Espartero el número suficiente de tropas para la total pacificacion de las provincias del Norte y pasó con las demás fuerzas de su ejército al Aragon, cuyos pueblos tantas calamidades y horrores padecian con el terrorismo de Cabrera. Las primeras operaciones del duque de la Victoria en este pais se dirijieron sobre el castillo de Segura, cuyo fuerte sitió el dia 23 del ya espresado febrero, risistiéndose los sitiados hasta el 27 en que se vieron obligados á entregarse. Despues se dirijió el duque con su ejército á Castellote, que tambien tomó el 26 de marzo. El rigor de la estacion le hizo suspender la série de sus continuados triunfos, y no pudo sitiar á Morella hasta el 24 de mayo. Los sitiados habian enarbolado una bandera negra en señal de que moririan antes que rendirse, y se defendieron con valor. En la noche del 29 viendo los carlistas los estragos que las baterías del ejército de la reina causaban en el fuerte, trataren de ponerse en salvo á favor de la oscuridad y desfilar sin que lo notasen los sitiadores; pero sentidos por los escuchas, dieron estos la voz de alarma en el campo sitiador, y acudieron inmediatamente las tropas, que obligaron á retroceder á los enemigos, causándoles muchos muertos y prisioneros; al siguiente dia entregaron á discrecion la plaza sus defensores, con la única promesa que se les hizo de conservarles la vida, y el pabellon de Isabel II ondeó en aquel baluarte carlista. Finalmente, tomados todos los fuertes que ocupaban los facciosos en Aragon y Valencia, y arrojado Cabrera con sus huestes á Cataluña, marchó el ejército de Espartero al principado para acabar de destruir el bando rebelde.

Aprobada por el congreso la ley de ayuntamientos en la se-

sion del 4 de junio, concedió al gobierno por ochenta y tres votos contra once la autorizacion que pidió para plantear dicha ley. Muchas fueron las representaciones que dirijieron de todas partes las corporaciones populares á las córtes durante la discusion de este proyecto de ley; pero así el gobierno como los representantes de la nacion desestimaron todas las reclamaciones, y resolvieron llevarla á cabo á todo trance.

El 11 del mismo mes salió la familia real de Madrid con direccion á Barcelona, porque segun manifestó el gobierno en las córtes, los facultativos habian opinado que la reina Isabel debia tomar los baños de mar; pero esto solo fué un pretesto para ocultar las miras políticas del ministerio, como despues lo acreditaron los sucesos.

Durante el viaje de SS. MM. recibieron de todos los pueblos del tránsito señaladas pruebas de amor y adhesion, y repetidas súplicas la reina gobernadora para que se dignase negar su sancion á la ley que acababan de votar las córtes. Llegó por fin la córte á Barcelona en la tarde del 30, donde fué recibida la real familia con la mayor alegria en medio de toda clase de festejos que duraron algunos dias.

Entretanto, el 4 de julio, atacó el duque de la Victoria la villa de Berga; último baluarte de Cabrera, que la defendia con nueve batallones, y despues de alguna resistencia, que fué vencida por el valiente ejército de Espartero, huyó Cabrera despavorido y se refujió en Francia con unos cinco mil hombres. Nuestras tropas entraron en Berga, y puede contarse desde este momento terminada la guerra civil, pues aunque todavia quedaban algunas partidas rebeldes en diferentes puntos del reino, eran insignificantes, y fueron despues destruidas con facilidad.

Pero si afortunadamente habia terminado la sangrienta lucha que por espacio de siete años asolára la España, cuando los pueblos iban á gozar de las inapreciables ventajas de la paz, el jénio del mal habia arrojado la tea de la discordia entre los defensores de Isabel II, y amenazaba con una nueva contienda no menos funesta que la que acababa de tener fin. El gobierno, entregado esclusivamente á un partido, se proponia continuar la marcha que habia seguido, y hacer ejecutar sus ór-

denes á toda costa; los pueblos habian manifestado su disgusto por el sistema que seguia el gobierno, y se preparaban á resistirle abiertamente.

El dia 13 del referido julio, entró el duque de la Victoria en Barcelona, entre las estremitosas aclamaciones y júbilo jeneral de un pueblo agradecido, que contemplaba con entusiasmo al pacificador de España. Aquella misma noche conferenció la reina gobernadora con el duque sobre los asuntos del estado, pues queria saber S. M. cuál era el parecer del jeneral Espartero. Este aconsejó á la reina el cambio de ministerio, la disolucion de las córtes y la no sancion de la ley de ayuntamientos; pero el partido moderado trabajaba incesantemente para inclinar el ánimo de la reina á que resolviese todo lo contrario. En este estado se hallaban las cosas cuando en la noche del 14 llega á Barcelona la ley votada por las córtes, y los ministros de Estado, Guerra y Marina, que habian acompañado á SS. MM. en su viaje, se apresuraron á presentarla á la reina, que la sancionó inmediatamente, y fué remitida á Madrid.

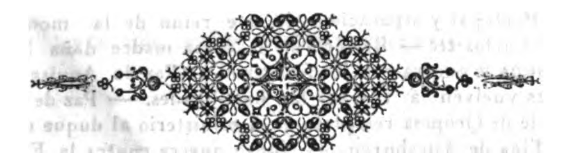
FIN DEL TOMO TRIJESIMOSEGUNDO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXXIII.

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT,
GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU,
ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UN SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1845.

Se hallará en Madrid, calle de la Gorguera, núm. 7.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMO TERCERO.

CAPITULO XV.

Pronunciamiento de setiembre de 1840.—La reina madre renuncia la rejencia del reino.—Rejencia del duque de la Victoria.—Tutoría de D. Agustin Argüelles.—Protesta de la reina madre.—Sublevacion en octubre de 1841.—Muerte del jeneral Leon y otros conjurados.—Rebelion de Barcelona y bombardeo de esta ciudad.—Ministerio del 9 de mayo.—Alzamiento jeneral contra el rejente.—Sitio de Madrid.—Rendicion de esta capital y desarme de la milicia nacional.—Sublevacion de Barcelona.—La reina declarada mayor de edad.—Cesacion del gobierno provisional, y nombramiento del ministerio Olózaga.—Su caida.—Es remplazado por el gabinete Gonsalez Bravo.—Ministerio Narvaez.—Reforma de la Constitucion.—Nuevo sistema tributario.—Literatura española.

Luego que el duque de la Victoria tuvo noticia de que la reina habia firmado la ley de ayuntamientos, á pesar de haberle prometido que no lo haría, presentó su dimision de todos los mandos y cargos que desempeñaba, solicitando de S. M. que le permitiera retirarse á su casa.

El pueblo barcelonés se amotinó cuando supo estas ocurrencias, y se dispuso en la noche del 18 á resistir con las armas al gobierno: los amotinados tomaron algunos puntos para hacerse fuertes; varios grupos fueron á palacio y frente á la casa alojamiento del jeneral Espartero, dando vivas á la constitucion, á las reinas y al duque, y pidiendo la caida del ministerio y de la ley recientemente sancionada. Viendo el duque que ni sus instancias ni las del ayuntamiento conseguian que los amotinados se retirasen, marchó á media noche á palacio, é hizo presente á S. M. el estado de efervescencia en que se hallaban los ánimos. Espartero, á

su vuelta de palacio aseguró á los grupos que los ministros habían hecho su dimision, y que él no saldria de Barcelona: con esto consiguió que cada uno se retirase á su casa, y que quedase restablecida la tranquilidad á las cinco horas de alterada. La reina nombró un ministerio del partido progresista, cuya presidencia conferia á D. Antonio Gonzalez, encargando interinamente el despacho de los negocios á oficiales de las respectivas secretarias. Leidos estos nombramientos en las córtes el dia 26, se suspendieron las sesiones hasta nuevo aviso del presidente.

Partieron los nuevos ministros para Barcelona; pero no habiendo aprobado la reina el programa de gobierno que estos le presentaron, hicieron dimision y continuó la crísis ministerial.

En la sesion que celebró el ayuntamiento de Madrid el dia 18, acordó que se opondria á la ejecucion de la ley de ayuntamientos, y la mayor parte de la milicia de la misma capital le manifestó que estaba pronta á apoyarle, y obedecer sus órdenes.

La reina gobernadora resolvió trasladarse con la corte á Valencia, en cuya ciudad entró el dia 23, habiendo salido de Barcelona el dia anterior, y haciendo su viaje por mar. El jeneral Espartero se quedó en esta última ciudad para el arreglo del ejército.

Por fin, el dia 28 se formó definitivamente el ministerio, compuesto de personas del partido moderado, y que por lo tanto se creia que seguirian el mismo sistema de gobierno que sus antecesores.

Pronunciamiento de setiembre.—Llegó el dia 1.° de setiembre, y se notó grande ajitacion en los habitantes de Madrid al saber los nuevos nombramientos hechos por la reina rejente para consejeros de la corona. En este dia celebraba el ayuntamiento su sesion ordinaria y pública, segun costumbre: multitud de jentes ocuparon el salon de las sesiones y salas inmediatas, para oir á sus concejales. Trataron estos de las últimas ocurrencias de Valencia, y del peligro en que se hallaba la nacion, manifestando que el ayuntamiento estaba decidido á sostener á todo trance la constitucion. Algunos de los oyentes tomaron la palabra, é hicieron presente al cuerpo municipal que no debia perderse tiempo,

porque tal vez una dilacion de veinticuatro horas podria hacer inútiles todos sus esfuerzos para salvar la causa nacional. El presidente contestó que solo en el caso de ecsijirlo la tranquilidad púbica, tendria el ayuntamiento facultad para tomar medidas. Entonces se oyeron algunas voces de *afuera!* y la multitud salió á la calle corriendo á las armas. El cuerpo municipal ofició al jefe político, poniendo en su conocimiento lo ocurrido, que el órden público se hallaba amenazado, y que habia mandado reunir la milicia. El jefe político acudió á las casas consistoriales, y dijo que no habia motivo alguno de alarma ni causa suficiente para la providencia tomada por el ayuntamiento. Mediaron algunas contestaciones, y tratando de retirarse dicho jefe, fué detenido por los cazadores del segundo batallon de la milicia nacional, cuya fuerza se habia reunido en aquel sitio para defender las casas consistoriales.

Reunida ya la milicia, y ocupando los puntos que se le habian designado, se agregaron á sus filas multitud de paisanos armados, y la capital presentaba un aspecto imponente. Serian las cuatro de la tarde cuando apareció el capitan jeneral Aldama por la calle de Luzon, que desemboca á la plazuela de la Villa, acompañado de un piquete de caballería y un batallon del rejimiento del Rey, 1.° de línea, cuya compañía de cazadores le precedia. Las centinelas avanzadas de la segunda de cazadores de la milicia, les dieron el quién vive y mandaron hacer alto; pero obstinándose en pasar adelante el capitan jeneral, se rompió el fuego por ambas compañías de cazadores, y la sangre de los españoles volvió á derramarse por sus mismos hermanos. El choque no fué de larga duracion; á los primeros tiros cayó muerto de tres balazos el caballo del jeneral, retirándose precipitadamente con su fuerza por la misma calle de Luzon, escepto la compañía de cazadores del rejimiento del Rey, que se refujió en dos casas inmediatas, entregándose á la milicia á la primera intimacion, y uniéndose á ella para defender la misma causa. Hubo algunos heridos de una y otra parte, y dos muertos, el uno cabo de cazadores del segundo batallon de la milicia, y el otro un paisano.

El ayuntamiento se trasladó en seguida á la casa de la Pana-

dería en la plaza de la Constitucion, se constituyó en sesion permanente, y encargó el mando de las armas al jeneral Rodil, y el de segundo cabo al jeneral Lorenzo. Reunido despues el ayuntamiento con la diputacion provincial, los referidos jenerales y los comandantes de la milicia nacional, nombraron los individuos que debian componer la junta provisional de gobierno de la provincia.

Casi todas las tropas de la guarnicion se pasaron al partido de la milicia nacional, y el jeneral Aldama, que habia permanecido desde por la tarde en el Retiro, con las fuerzas que le habian quedado, salió en la madrugada del 2 por la puerta falsa de dicha real posesion, dirijiéndose á Vallecas, negándose á seguirle el batallon de la Reina Gobernadora, que se unió á la milicia: de consiguiente, no quedaron ya en Madrid enemigos que pudiesen hostilizar á los pronunciados. Los nacionales de toda la provincia, así de caballería como de infantería, igualmente que las tropas del ejército que se hallaban en diferentes pueblos de ella, se trasladaron á la capital y se adhirieron al pronunciamiento. Las fuerzas del ejército y milicia reunidas en Madrid, ascendian á dieziseis escuadrones con mil novecientos treinta y seis caballos, veintidos batallones y dos baterías, que formaban un total de veinte mil hombres prócsimamente.

Al saberse en la corte de Valencia el pronunciamiento de la capital de la monarquia, comunicado por el jeneral Aldama, se mandó en real órden del 5 de dicho mes al duque de la Victoria que marchase con su ejército sobre Madrid á castigar á los alborotados; pero el duque envió una esposicion á S. M. con fecha del 7, en la que manifestaba las dificultades que se oponian á semejante resolucion, y los graves males que reportaria la patria si se llevaba á efecto, suplicándole al mismo tiempo se dignase acceder al voto de la nacion tan terminantemente espresado.

La mayor parte de las provincias de España habian secundado ya el pronunciamiento de Madrid y nombrado sus respectivas juntas de gobierno; en vista de lo cual y conociendo que no era posible contrarestar el jeneral alzamiento, la reina gobernadora nombró, por decreto del 16, presidente del consejo de ministros al duque

de la Victoria, sin que afectase á este cargo el desempeño de ningun ministerio, para que pudiese continuar dirijiendo el ejército, y confiriéndole ámplias facultades para elejir los individuos que habian de componer el nuevo gabinete, encargándole al propio tiempo que se los propusiese con toda urjencia para estender los decretos. El duque aceptó, y marchó inmediatamente á Madrid para combinar el ministerio. El dia 26 entró en esta capital, donde fué recibido con grandes aclamaciones y muestras de entusiasmo. Los dias 1, 2 y 3 de octubre, se consagraron á los regocijos públicos que dispuso el ayuntamiento para obsequiar al duque. Este conferenció con la junta de gobierno acerca de la marcha que debia seguir el nuevo gabinete y de las personas que le compondrian; y puestos de acuerdo sobre las bases, resultaron elejidos: para el ministerio de Estado D. Joaquin Maria Ferrer; para el de Gracia y Justicia D. Alvaro Gomez Becerra; para el de la Gobernacion D. Manuel Cortina; para el de Hacienda D. Agustin Fernandez de Gamboa; para el de la Guerra D. Pedro Chacon, y para el de Marina D. Agustin Frias; los cuales, escepto el de Hacienda que se hallaba de cónsul de España en Bayona, salieron en posta con el duque á las dos de la madrugada del 6 para Valencia, adonde llegaron el 8: aquella misma noche se presentaron á S. M., juraron y tomaron posesion de sus destinos al siguiente dia.

La reina madre renuncia la rejencia.—El 11 espidió la reina un decreto disolviendo las córtes; pero no queriendo aceptar las demas cláusulas del programa ministerial, hizo formal renuncia de la rejencia de España el dia 12, á cuyo solemne acto asistieron todas las autoridades y personas de categoria que se hallaban en Valencia. La rejencia recayó provisionalmente en el ministerio, hasta que reunidas las córtes nombrasen la persona ó personas que deberian encargarse de ella.

Los primeros actos del nuevo gobierno fueron la suspension de la ley orgánica de ayuntamientos, hasta que fuese nuevamente revisada por los cuerpos colejisladores; la renovacion de las diputaciones provinciales, y la convocacion á córtes para el 19 de marzo del año siguiente.

Habiendo resuelto la reina

viuda viajar por el estranjero, con el título de *condesa de Vista Alegre*, salió el dia 17 del puerto del Grao, embarcándose en el vapor español Mercurio con direccion á Inglaterra. La córte salió de Valencia el 20 y entró en Madrid el 28 con grande regocijo de los habitantes de esta villa, que á pesar de la lluvia que caia llenaban las calles del tránsito de la comitiva, ansiosos de volver á ver á la reina Isabel, en cuyo obsequio dispuso tambien el ayuntamiento tres dias de regocijos públicos.

Tal fué el término de unos sucesos que por tanto tiempo amenazáran á la pátria con nueva guerra civil, y que habrian acarreado calamidades sin fin si hubiese ecsistido menos union entre el pueblo y el ejército.

REJENCIA DEL DUQUE DE LA VICTORIA.—(1841) Reunidas las córtes el dia señalado y despues de constituidos los dos cuerpos colejisladores, tratóse la cuestion de rejencia; y aunque anduvieron divididos los pareceres sobre el número de personas que deberian componerla, las córtes resolvieron por último que fuese única, ó de una sola persona, y la confirieron al duque de la Victoria. Abriéronse en seguida los debates sobre la tutoría de la reina Isabel y de la infanta su hermana, y á pesar de que la reina viuda no habia renunciado á este encargo, las córtes acordaron relevarla de él y nombrar nuevo tutor, recayendo la eleccion en D. Agustin Argüelles.

PROTESTA DE LA REINA MADRE.—Cristina guardó silencio en cuanto á la concesion del supremo cargo de rejente á favor del duque de la Victoria; mas no fué así con respecto al cargo de tutora de sus hijas que consideraba inherente á su cualidad de madre, á los derechos que la ley le concedia, mucho mas desmintiendo con su confesion el fundamento de la inhabilidad en que sus émulos la colocaban; por lo que se apresuró á protestar contra lo que ella llamaba inaudita violencia, firmando el espresado documento en París con fecha 19 de julio.

SUBLEVACION EN OCTUBRE DE 1841.—La protesta de Cristina y sus enérjicas reclamaciones hicieron muy profunda impresion en los ánimos de sus apasionados, que constituian el partido moderado, temible rival del que empuñaba á la sazon las riendas del gobierno. Los hombres afiliados en aquel

no podian perdonar á Espartero su elevacion; recordaban las mercedes que á manos llenas le habia otorgado Cristina en todos tiempos, la oposicion que habia sostenido contra algunos de sus amigos, las comunicaciones con que habia pretendido varias veces influir en la opinion pública, entre otras la famosa del cuartel jeneral del Mas de las Matas, y atribuian á la mas negra ingratitud todos los actos de su conducta. Tal es el lenguaje de los partidos, muy distante á la verdad de la esactitud que debe presidir al juicio de los personajes de la historia; pero ya que no para pintar con sus propios colores al duque de la Victoria servirá cuando menos para representar las pasiones conjuradas en contra suya, y el odio que ocultamente se nutria y habia de ocasionar no mucho despues una esplosion terrible.

Debe notarse, sin embargo, que los mismos que acusaban á Espartero de ingratitud, eran los que menos muestras daban de agradecimiento; porque muchos de ellos le debian los grados y condecoraciones de que disfrutaban, y á pesar de eso fueron los primeros que se conjuraron contra el rejente.

La rebelion estalló repentinamente en las provincias vascongadas, donde á pretesto de la modificacion proyectada en sus fueros, se dió el grito de guerra. El jeneral D. Leopoldo Odonell fué el que primero se sublevó en el castillo de Pamplona el 2 de octubre, encerrándose allí con algunas tropas que habia logrado cooperasen á sus designios. Imitóle en Vitoria el brigadier D. Gregorio Piquero, que al frente de la guarnicion y de los soldados del provincial de Burgos, amotinó tambien la ciudad y esparció la alarma por las inmediaciones. Esta poblacion pareció la destinada á servir de foco á los planes de los conjurados, pues en ella se estableció una especie de directorio ó ministerio, compuesto de varias personas, á cuyo frente se hallaba el diputado qua habia sido á córtes D. Manuel Montes de Oca. El mismo ejemplo siguió Bilbao con fecha del 4. Instalóse igualmente en esta villa una junta de gobierno, de que formaron parte individuos notables, no solo de aquel punto y el pais, sino forasteros, que se hallaban allí accidentalmente de residencia, y tomó el mando de la fuerza el brigadier Lar-

rocha, coronel de provinciales. Otro proyecto igual en su tendencia, aunque en los medios diferente, llevó á cabo un comandante del rejimiento de la reina gobernadora llamado Orive, que salió de Toro en Castilla la Vieja con jente de aquel cuerpo, y comenzó á correr la tierra con ánimo de sublevarla. Pero lo que mas dió que recelar, porque suponia ya combinaciones mas estensas y calculadas, fué la salida de Zaragoza de tres batallones de la guardia, que acaudillados por el jeneral don Cayetano Borso di Carminati, se encaminaron el dia 5 por la mañana á Pamplona para incorporarse con Odonell. La bandera de los sublevados en todos estos puntos era la rejencia de María Cristina, y como de intelijencia con ella dábase cada cual el título que realmente habia recibido de persona al efecto autorizada, ó el que cumplia mejor á sus ambiciosos deseos.

Gran zozobra despertaron en Madrid entre los amigos del actual gobierno semejantes noticias. El rejente espidió con fecha del 5 un manifiesto en que refiriéndose á aquellos sucesos, procuraba tranquilizar los ánimos, y prometía el pronto y ejemplar castigo de los delincuentes; sin embargo, susurrábase que tambien en la misma capital estallaria muy en breve una conspiracion ruidosa. En esta incertidumbre llegó la noche del 7, y el toque jeneral de alarma fué el primer aviso que tuvieron sus desapercibidos habitantes de que peligraba la tranquilidad pública. Varios jefes militares, y entre ellos como caudillo ostensible el jeneral Concha, se dirijieron á palacio con algunas compañías de la Princesa, y unidos á la guardia intentaron penetrar en la real morada y apoderarse de las augustas huérfanas. El punto por donde mas fácilmente creyeron ganar el paso á las habitaciones interiores fué la escalera principal; pero á pesar de que tenian fuerzas mas que suficientes para acometer la empresa, no pudieron vencer en el discurso de la noche la valerosa resistencia que desde lo alto de la misma escalera les opusieron los diezíocho alabarderos que estaban de zaguanete, sosteniendo un vivo tiroteo.

Pasadas algunas horas de infructuosas tentativas, presentóse entre los que atacaban con tan poco respeto la morada de su reina, el jeneral Leon, que

fué recibido por los soldados con grandes aclamaciones; pero ni el alto prestijio de tan esforzado jefe, ni el valor de todos los demas que alentaban con sus gritos á los agresores, mejoraron su posicion. Esta por el contrario iba haciéndose cada vez mas crítica: las tropas de la guarnicion y la milicia nacional que habian acudido á las armas, los estrechaban mas y mas en el recinto de palacio: no podian recibir ausilios de ninguna parte, ni tenian quien se uniese á ellos; y si daban lugar á que se formalizase el ataque esterior por parte de la poblacion, no les quedaria otro recurso que entregarse al arbitrio de los vencedores. Estos cálculos infundieron mucho desaliento en los jefes de la insurreccion, quienes trataron de ponerse en salvo, como en efecto lo verificaron al amanecer, echando cada cual por distinto rumbo. Los soldados depusieron poco despues las armas, y quedaron encerrados la mayor parte en un edificio prócsimo.

No es concebible cómo hombres del juicio y esperiencia que debia suponerse en los principales de los conjurados se arrojajasen á tan temerario intento sin otras probalidades de triunfo que las que los asistieron en tan funesta noche. Díjose, y no carece la especie de verosimitud, que contaban con numerosas fuerzas, y que estas les faltaron luego, porque sabedor el gobierno de sus tentativas, convirtió en su favor los elementos que antes tenia contrarios.

Encomendando á la fuga su salvacion los principales jefes, como ya hemos insinuado, salió tropa de caballeria en su persecucion, y no habiendo hecho de antemano prevencion alguna para este caso, porque contaban con un seguro triunfo, fueron capturados á corta distancia de la capital el conde de Requena y el brigadier Quiroga y Frias que marchaban en una carreta ocultos entre seras de carbon; el jeneral Leon cayó, cerca de Colmenar Viejo, en manos de una partida de húsares; otros en distintos puntos, y solo el jeneral Concha y alguno que otro de menos nombradía lograron frustrar la vijilancia de sus perseguidores. Fueron conducidos los presos á Madrid y encerrados en varios lugares; Leon en el cuartel de la milicia nacional, donde permaneció custodiado por gran número de centinelas.

Para entender en las causas que se formaron á todos los que

fuesen prehendidos, se nombró con la oportuna antelacion un consejo de guerra permanente compuesto de oficiales jenerales.

Muerte del jenerál Leon y otros conjurados. — Celebrado el consejo del jeneral Leon, fué sentenciado á muerte por cuatro votos contra tres que pidieron la pena inmediata. Dispuesto todo para la ejecucion, hubo muchas personas que se interesaron en su favor; pero el fallo fué irrevocable: el 15 de octubre, Leon marchó con sereno rostro hácia la muerte que le esperaba, y llegado al sitio fatal, él mismo mandó hacerle fuego á los soldados preparados para tirarle.

Escepto el conde de Requena, D. José Fulgosio y el brigadier D. Fernando Norzagaray que fueron confinados á los presidios mas distantes, casi todos los demás jefes padecieron la misma suerte que D. Diego de Leon. Quiroga y Frias fué fusilado el 4 de noviembre; el teniente Boria y el subteniente Gobernado el 10, y D. Dámaso Fulgosio, comandante supernumerario del rejimiento de la Princesa y hermano del D. José, el dia 12.

La insurreccion de Madrid habia sido fácilmente sofocada; mas la de las provincias prosiguió algun tiempo despues con el mismo empeño. Por esta razon resolvió el rejente partir en persona á apaciguarla, saliendo de Madrid el 20 de octubre; pero á la mitad del camino recibió ya noticias satisfactorias. Con las nuevas de lo acontecido en la corte, del regreso de los batallones de la guardia que dijimos haber salido de Zaragoza, y la muerte de su jefe el jeneral Borso, que aprehendido en un pueblo de Aragon fué fusilado en dicha capital el 11 de octubre, creyóse de todo punto perdida la rebelion. Los de Vitoria desistieron los primeros y emprendieron la fuga; pero alcanzado Montes de Oca en Vergara por unos miñones, fué vuelto á la ciudad y pasado tambien por las armas el 20 de dicho mes. La efervescencia que parecia reinar en Bilbao se disipó como el humo; Odonell, que con alguna fuerza salió un dia de la ciudadela de Pamplona, se refujió á toda priesa en el vecino territorio de Francia; y por último Orive, el jefe del rejimiento Reina Gobernadora que dijimos vagaba por Castilla, hubo de introducirse en Portugal para evitar el ser presa de sus contrarios.

Este fué el término de los motines de octubre que dieron á conocer cuánto arriesga el que conspira ,contra cualquier gobierno ecsistente, y cuán funestas suelen ser para el vencido las consecuencias de su temeridad.

En 26 de mayo de 1842 salieron de los ministerios de Hacienda y Marina D. Pedro Surrá y Rull y D. Andrés García Camba, y fueron nombrados interinamente para el primero D. Antonio Maria Valle, intendente de Puerto Rico, y para el segundo el ministro de la Guerra San Miguel. La renovacion total del ministerio se verificó el 17 de junio, y admitida la renuncia de todos los individuos que lo componian fueron elejidos con la propia fecha el jeneral D. José Ramon Rodil, ministro de la Guerra y presidente del consejo; el conde de Almodóvar, D. Ildefonso Diez de Rivera, de Estado; D. Miguel Antonio de Zumalacarregui de Gracia y Justicia; D. Ramon María Calatrava de Hacienda; D. Dionisio Capaz de Marina, y don Mariano Torres Solanot de la Gobernacion.

Las córtes que quedaron abiertas en fines del año último, continuaron hasta el 16 de julio en que se dió fin á las sesiones por decreto del mismo dia. El 30 de setiembre se convocaron otras para el 14 de noviembre, y reunidas en efecto este dia, fueron disueltas al comenzar del año 1843, y en consecuencia de los sucesos que sobrevinieron.

Rebelion de barcelona.—(1842) Estos tuvieron lugar á semejanza del año último en otro estremo de la península, y amenazaron tambien turbar con largas discordias la paz que en ella se disfrutaba. Barcelona, donde como cabeza de la provincia dominaba mas impetuosamente que en ninguna otra parte del principado el espíritu de independencia que ha animado en todos tiempos á los catalanes, ofreció en el mes de noviembre síntomas que anunciaban alguna erupcion muy prócsima, síntomas que cada vez fueron mostrándose mas evidentes. El pueblo andaba inquieto con motivo de las voces esparcidas por los descontentos, y pública y secretamente aseguraban que ó el gobierno se abstenia de llevar á efecto las providencias que meditaba respecto á la provincia, poniendo término al rigor y desafueros del comandante jeneral D. Martin Zurbano, ó el principado en

masa se levantaba ensoberbecido, y hacia temblar á las lejiones de Espartero ante el ímpetu irresistible de los somatenes. Quejábanse de que se les obligase á entrar en el remplazo de la quinta de 1842, cuando siempre habian acudido á este servicio con sustitutos; de que el gobierno intentaba mejorar su posicion privada á costa de la industria y prosperidad del principado, contratando un empréstito de seiscientos millones con el gobierno inglés, y ofreciendo en reintegro el aumento que esperimentáran las aduanas permitiendo la introduccion de los jéneros de algodon con módicos derechos. Otras muchas especies mas ó menos ecsajeradas, pero todas desfavorables al gobierno, se propalaban, con lo que crecia la irritacion y se añadia combustible al fuego hasta entonces lento que ardia en los ánimos.

En los dias 13 y 14 las calles de Barcelona comenzaron á prepararse para servir en breve de campo á una horrenda lucha; los grupos amotinados en ellas y el carácter que iba tomando la sublevacion, daban á conocer que no se trataba de un motin parcial y pasajero, sino de una rebelion jeneral y porfiada que no cesaria hasta que ahogase la sangre ó aniquilase el fuego á uno de entrambos bandos contendientes. El 15 vinieron por fin á las manos los barceloneses con la tropa.

Referir los pasos que dió esta insurreccion, los combates que presenció Barcelona, las alternativas favorables cuándo á los de la ciudad, cuándo á las tropas encargadas de sostener el órden, seria tarea muy prolija. Don Antonio Van-Halen, capitan jeneral del principado, no pudo sobreponerse al furor que en los primeros momentos desplegaron los sublevados, y tuvo que abandonar una poblacion en que el pecho mas débil era un enemigo astuto; sin embargo conservó la ciudadela, el fuerte de las Atarazanas y el castillo de Monjuí, que eran los puntos principales para imponer respeto á los caudillos de la rebelion. Luego se vió obligado á mandar evacuar la ciudadela, á cuya pérdida se siguió la de Atarazanas y el cuartel de Estudios que por falta de ausilios hubieron de entregar sus defensores; con todo, la posesion del castillo equivalia á la de la ciudad toda, por lo que debia procurarse tenerlo abundantemente provisto, siendo el ham-

bre contrario mas terrible que el fuego y la espada del enemigo. Con esta mira mandó Van-Halen se recojiesen de las inmediaciones cuantos víveres pudiesen haberse á mano; escaseaban ya las subsistencias en aquel punto, y no debia perderse momento si se trataba de conservarlo; pero afortunadamente se adquirieron no solo los necesarios, sino muchos mas con que poder sostener la defensa por largo tiempo.

Entretanto el rejente viendo que el riesgo urjia, y que si el mal se descuidaba se propagaria el contajio, resolvió encaminarse con buen número de tropas á Cataluña, y poniendo al punto por obra su designio, salió de la córte el 21 del mismo noviembre. Ocho dias despues se hallaba ya en el campamento de Esplugas de Llobregat, desde donde revistadas las tropas y arreglado lo mas urjente, trasladó sus reales á Sarriá para poder dirijir mejor las operaciones del bloqueo. Ya para entonces estaban recobrados algunos de los puntos perdidos; y desavenidos los de la plaza, habíase intentado una contrarevolucion. La primitiva junta directiva que se encargó de dar impulso al levantamiento, chocó por su eesajeracion con los principales de la ciudad que no tardaron en deponerla, nombrando otra de personas juiciosas, que al punto se pusieron en comunicacion con el gobierno, ofreciendo componer amistosamente todas las diferencias. Pero transcurria tiempo y no se notaba resultado alguno; fijóseles plazo determinado y no dieron indicios de someterse: el duque ordenó por fin que comenzase el bombardeo, y viendo el terrible estrago que empezaba á sufrir la plaza, decayeron de ánimo los sitiados y se rindieron el 4 de diciembre sin condicion alguna. Impusiéronseles por via de castigo fuertes tributos que, compadecido de su desgracia, levantó el gobierno poco despues; la milicia nacional fué completamente disuelta; Barcelona en fin, allí donde creyó mas facil y duradero su triunfo, encontró mas cierta su ruina, y tras la sangre derramada, costóle lágrimas é indecibles aflicciones su mal calculada resistencia. Van-Halen, por disposicion del duque, cedió el mando al jeneral Seoane; el mismo duque, domados ya los ánimos y aherrojada la discordia, tornó pausadamente á Madrid, en don-

de entró el dia 1.° de enero de 1843.

Ministerio del 9 de mayo.— El minsterio Rodil tampoco satisfacia las necesidades de la nacion, porque durante la administracion, de este gabinete no se habian notado las mejoras que se esperaban. Desacreditado ya enteramente, fué remplazado en el mes de mayo de 1843 por el ministerio Lopez, que se compuso de diputados pertenecientes al partido progresista. El programa de este nuevo ministerio fué acojido con universal aplauso, porque ofrecia gobernar con estricta justicia y entera sujecion á la ley fundamental del Estado, trabajando en reconciliar á todos los españoles y formar de ellos una sola familia, para lo cual pensaba proponer á las córtes la amnistia mas lata para todos los delitos políticos posteriores á la conclusion de la guerra civil, de cuyo beneficio habian de disfrutar todos los partidos. Una de las primeras condiciones que ecsijió el ministerio Lopez para gobernar, fué la separacion del jeneral Linaje de las dos inspecciones que tenia á su cargo, porque decian los ministros que ni militar ni politicamente convenia que estuviesen acumuladas en un solo individuo: este fué al menos el motivo que alegaron; pero en realidad la intencion del gabinete era separar á Linaje de la procsimidad del rejente, porque se creia jeneralmente que el duque de la Victoria se guiaba por los consejos de aquel jeneral. Si solo hubiese sido el deseo del ministerio separar las dos inspecciones, hubiéranle dejado una de ellas; pero con lo único que pensaba remplazar los cargos que desempeñaba Linaje, era con una capitania jeneral, y así conseguia el objeto de alejarle de Madrid.

El rejente se opuso tenazmente á la separacion del jeneral Linaje, que por muchos años habia sido su amigo y compañero de armas, que tantas veces habian peleado y vencido juntos, y al cual habia colmado de honores y distinciones; pero estas afecciones particulares debió el duque de la Victoria sacrificarlas en las aras del bien público, porque la nacion ecsijia del rejente este sacrificio. La separacion de Linaje fué, pues, la manzana de la discordia; el ministerio la ecsijia como condicion precisa de su permanencia al frente de los negocios; el rejente se obstinó en la negativa,

y los ministros presentaron su dimision á los diez dias de su ecsistencia, que fué admitida por el jefe del Estado, el cual encargó la formacion de otro gabinete á D. Alvaro Gomez Becerra.

Alzamiento jeneral contra el rejente. — El congreso de Diputados que tan bien habia recibido el programa del ministerio Lopez, se ecsasperó con la caida de este, y las fracciones en que estaba dividida la cámara popular se unieron; no solo para hacer la oposicion al nuevo ministerio, sino tambien al rejente del reino. Con este motivo hubo sesiones muy ruidosas y discursos acalorados, hasta que por fin fueron disueltas las córtes. Los periódicos de todos los matices políticos se unieron á la coalicion de los diputados, así como los hombres pertenecientes á todos los partidos, escepto una fraccion progresista que permaneció fiel al rejente, á cuyos individuos se les designó con el nombre de *ayacuchos*. La coalicion trabajó para derribar al gobierno y al rejente, procurando desacreditar á este con la calumniosa voz de que trataba de prolongar su rejencia mas allá del tiempo marcado por la ley, acriminándole tambien por el bombardeo de Barcelona. La coalicion consiguió, pues, sublevar las provincias: Granada y Málaga fueron las primeras ciudades que dieron el grito de rebelion á principios de junio. El partido moderado, que se ha apellidado á sí mismo el partido del órden, y que siempre ha clamado contra las revoluciones, no solo se mezcló en esta, sino que la dió impulso y supo aprovecharse de la victoria, convirtiéndolo todo en su provecho. El movimiento de insurreccion se fué jeneralizando con rapidez, contribuyendo á él hasta la milicia nacional, alucinada por haber visto dar principio á aquella coalicion por las personas que mas prestijio habian tenido entre el partido progresista. Unicamente la mayoría de la milicia nacional de Madrid, Zaragoza y Cádiz, sinceramente adicta al rejente, no se dejó engañar por las seductoras palabras de olvido y reconciliacion que proclamaban los sublevados, porque desde luego dudó que obrasen de buena fé sus antagonistas políticos. Estos, como era consiguiente, se aprovecharon de la coyuntura que se les presentaba para sobreponerse al partido progresis-

ta, y consiguieron que las juntas llamadas de salvacion y defensa se compusieran casi enteramente de individuos pertenecientes al partido moderado. La mayor parte de los emigrados en Francia por los acontecimientos de octubre de 1841, se apresuraron á volver á España, y desembarcaron en las playas de Valencia. Inmediatamente representaron á la junta valenciana, ofreciéndole su reconocimiento y sus espadas para llevar á cabo el programa del ministerio Lopez, prometiendo defender y cumplir la constitucion.

La junta de Valencia nombró jeneral de las tropas de su distrito á D. Ramon María Narvaez; las demas juntas se apresuraron tambien á dar el mando de las armas á jefes que pertenecian al partido moderado, y á los del mismo bando que no eran militares, los nombraron para los empleos civiles de mas mportancia.

El rejente salió de Madrid, y con un numeroso ejército se dirijió hácia Valencia; pero al llegar á Albacete se detuvo en esta ciudad esperando, segun se dijo, una reaccion en Valencia: esta se desgració, y Espartero dió lugar, con el tiempo que perdió, á que los valencianos se preparasen á la resistencia, y se desmoralizase su ejército, que se fué pasando á los sublevados.

El jeneral Serrano, ministro de la guerra que fué en el gabinete de mayo, marchó á Cataluña, se puso al frente de la sublevacion de aquellas provincias, y principió á obrar como ministro universal, mientras se le reunian los demas compañeros que habian formado el espresado gabinete. El 28 de junio publicó Serrano un manifiesto á los españoles contra el duque de la Victoria, y con fecha del 30 dió un decreto destituyendo al rejente, relevando á todos los españoles de la obligacion de obedecerle, y en otro de la misma fecha confirmó el nombramiento de capitan jeneral que habia hecho la junta de Valencia en la persona de Narvaez.

Sitio de madrid.—En el mes de julio no obedecian ya al rejente mas que Madrid, Zaragoza y Cádiz; entonces determinaron los coalicionistas enviar fuerzas que redujesen á estas tres capitales, y el 12 de dicho mes apareció á la vista de Madrid el brigadier Aspiroz con una division, procedente de Castilla: tocóse jenerala, y la milicia y tropa de la guarnicion acudieron á las armas y cu-

brieron los puntos amenazados. Dos dias despues llegó Narvaez con otra division compuesta de las tropas de Valencia y algunas de Aragon, quedando enteramente sitiada la capital del reino. La milicia y tropa de Madrid se defendieron doce dias, sin querer ceder á las intimaciones de sus contrarios, confiando en que serian socorridas por alguna division del ejército de Espartero. Con efecto, tan luego como se supo que Madrid estaba sitiado, salieron de Zaragoza los jenerales Seoane y Zurbano con unos diez mil hombres, y se dirijieron á la córte con objeto de hacer levantar el cerco. Llegadas estas tropas á Torrejon de Ardoz, en donde las esperó Narvaez con las de su mando, se rompió el fuego por ambas partes; pero en vez de batalla, solo fué una escaramuza, porque á las primeras descargas se pasaron á Narvaez los batallones de Seoane, y la victoria quedó por los sitiadores. Perdida, pues, la esperanza de ser socorridos, capitularon los defensores de Madrid, y Narvaez entró en la capital el 22 del mismo mes, llegando á reunirse en Madrid unos cincuenta mil hombres de todas armas.

Desarme de la milicia nacional.—A pesar de haberse estipulado en la capitulacion que la milicia de Madrid continuaria armada, al siguiente dia de entrar Narvaez en la capital publicóse un bando en que se la mandaba entregar las armas, quedando en muy pocas horas efectuado el desarme. La misma suerte sufrió poco despues toda la milicia del reino, cuando ya habia esta cooperado al triunfo del partido dominante.

Llamóse nuevamente á los individuos que compusieron el ministerio Lopez, los cuales volvieron á tomar sus respectivas carteras y formaron el gobierno provisional.

Entretanto el jeneral Van-Halen con un cuerpo del ejército de Espartero sitiaba á Sevilla, cuya ciudad bombardeó sin que consiguiera rendirla. El rejente, no teniendo ya confianza en sus tropas, porque diariamente se le desertaban, marchó desde Albacete á Andalucia, donde se reunió con Van-Halen, que levantó por fin el sitio de Sevilla. Acosado el rejente por las tropas de la coalicion, al mando del jeneral Concha, y no contando ya con suficientes fuerzas para resistir, se dirijió á Cádiz, en cuyo puerto se embarcó, y con él los jenerales y

jefes mas comprometidos, dándose á la vela para Inglaterra. Entonces ocuparon á Cádiz las tropas de la coalicion. Zaragoza se habia rendido á poco de efectuarlo Madrid, y no quedó ya punto alguno de España que no estuviera sometido al gobierno provisional.

SUBLEVACION DE BARCELONA.—La ciudad de Barcelona, que tanto habia contribuido al triunfo de los enemigos del rejente, pidió al gobierno provisional que se instalase la junta central, ofrecida á los catalanes por el ministro universal Serrano, cuando aun estaba dudosa la victoria; pero conseguida esta se olvidaron las promesas, porque se presentaron muchos inconvenientes para cumplirlas, y en lugar de junta central el gobierno provisional convocó las córtes. Barcelona se sublevó; marchó contra la ciudad un numeroso ejército, la sitió, y los mismos que poco tiempo antes habian hecho tan severos cargos al rejente por el bombardeo de la espresada poblacion, arruinaron ahora con los proyectiles que la arrojaron muchos de sus mejores edificios: esta es la justicia con que jeneralmente proceden los partidos.

MAYORIA DE LA REINA.—Vencidos los catalanes, el gobierno provisional se ocupó de otra cuestion de suma importancia, cual era el declarar mayor de edad á la reina doña Isabel II. Poco tiempo despues de la instalacion del gobierno provisional, habia hecho renuncia del cargo de tutor de su S. M. Don Agustin Argüelles, y fué nombrado para remplazarle el duque de Bailen. El gobierno provisional traspasó en esto la línea de sus atribuciones, porque el nombramiento de tutor de las augustas huérfanas solo competia á las córtes: mas como estas no se hallaban reunidas á la sazon, el gobierno provisional salvó la dificultad haciendo el nombramiento por sí mismo. No se atrevió á hacer otro tanto con respeto á la vacante de la rejencia, porque esta cuestion hubiera escitado muchas ambiciones y rivalidades, y tal vez dado orijen á nuevos disturbios. Para obviar estos inconvenientes juzgó el gobierno provisional que lo mas acertado era declarar mayor de edad á la reina. Reunidas, pues, las córtes, el gobierno provisional sometió á su ecsámen esta grave cuestion, y en la sesion réjia celebrada el 8 de noviembre fué declarada S. M. mayor

de edad, para que pudiese rejir por sí sola los destinos de la nacion.

MINISTERIO DE OLOZAGA. — El gobierno provisional, luego que puso las riendas del Estado en las manos de la reina Isabel, trató de retirarse, porque encontraba obstáculos insuperables para llevar á cabo el programa que de su administracion futura habia presentado en 9 de mayo. Las circunstancias habian variado enteramente; porque aquellos mismos emigrados que se habian unido á la coalicion ofreciendo sus espadas y sus vidas á las juntas de salvacion para defender la ley fundamental y hacer que tuviese efecto el pensamiento concebido por el ministerio Lopez, ahora que se habian sobrepuesto á sus contrarios tenian grande interés en que no se verificase ya. Solo cuando no habia remedio conocieron el ministerio Lopez y los demas progresistas de la coalicion el daño que habian causado á su partido y á sí propios, por haber creido con tanta candidez en la sinceridad de los votos de sus enemigos políticos. Por esto los individuos que formaban el gobierno provisional, despues que la reina prestó en el seno de la representacion nacional el juramento á la constitucion el dia 10, pusieron en las reales manos una respetuosa esposicion pidiendo ser relevados de sus respectivas secretarias, y que se les concediese volver á la vida privada. A pesar de esta esposicion fueron confirmados por decretos de la misma fecha en sus destinos; pero solo consintieron en continuar desempeñándolos hasta que se formase el nuevo gabinete, cuya combinacion encargó S. M. á D. Salustiano Olóza, presidente á la sazon del congreso de diputados.

Todavia se compuso el nuevo ministerio de hombres pertenecientes al partido progresista; pero los primeros actos de Olózaga indispusieron de tal modo contra su persona á los moderados, que solo pensaron en derribarle apenas habia subido al poder. Olózaga publicó un decreto por el cual se reconocian todos los grados y condecoraciones que el duque de la Victoria habia concedido durante su rejencia, y presentó á la reina otro decreto para disolver las actuales córtes; pero al dia siguiente, 1.° de diciembre, apareció en la Gaceta el documento mas raro que puede

haberse visto, y que de todos modos revelaba una maldad inaudita. Era una declaracion de la reina doña Isabel II, en que manifestaba que D. Salustiano Olózaga la habia presentado el decreto de disolucion para que lo firmase, y que habiéndose negado S. M. á darle su sancion, el ministro cerró las puertas del despacho, y cojiendo la mano de la reina la obligó á firmar. Esta declaracion estaba legalizada por D. Luis Gonzalez Bravo, como notario mayor de los reinos, porque habia sido nombrado al mismo tiempo ministro de Gracia y Justicia y presidente del gabinete que debia remplazar al de Olózaga.

Hemos dicho que de todos modos revelaba el espresado documento una maldad inaudita, porque apenas es creible que un ministro tuviese la audácia de atreverse á forzar la voluntad de su reina, y de una reina niña y huérfana, obligándola violentamente á firmar un decreto que no era de su agrado: semejante villania era digna del castigo mas severo. Pero si fué un ardid de los enemigos de Olózaga, como muchos creyeron, para derribarle del poder, y se atrevieron á abusar tan inicuamente de la inocencia y del nombre de su soberana, tomándola por instrumento de ambiciosas miras, merecia no menos castigo que el delito anterior.

Olózaga se presentó en las córtes y trató de sincerarse del crímen de que se le acusaba; pero segun él mismo dijo, su vida estaba amenazada por asesinos pagados que acechaban la ocasion para clavarle los puñales, y se fugó de Madrid, dirijiéndose á Lisboa, desde donde poco despues se trasladó á Inglaterra. Nosotros nada podemos asegurar acerca de la verdad de los sucesos que acabamos de referir y que motivaron la caida de Olózaga. El tiempo solo podrá aclararlos.

Con la salida del ministerio Olózaga quedaron enteramente dueños del poder los moderados; pero en vez de atraer á sus antagonistas con medios suaves, con tolerancia, con la observancia de la constitucion, no hicieron otra cosa que ecsasperarlos mas y mas con su esclusivismo y arbitrariedad: estos mismos hombres á quien los progresistas de la coalicion tendieron una mano amiga para terminar la amargura de su emigracion, y que volviesen al seno de sus familias, lejos de

efectuar la apetecida reconciliacion, depusieron de sus destinos á todos los que no pertenecian á su partido: léanse las Gacetas de aquella época y se verá los numerosos nombramientos que diariamente aparecian en el periódico oficial, para sustituir á los que servian los empleos.

La ley de ayuntamientos que tanta oposicion habia sufrido de parte de los pueblos, y que produjo el pronunciamiento de 1.° de setiembre de 1840, fué nuevamente presentada por el gobierno á las córtes, aprobada con lijeras modificaciones, y por decreto de 30 de diciembre mandada poner inmediatamente en ejecucion. Al ver la marcha impopular del ministerio Gonzalez Bravo, principiaron otra vez las sublevaciones y motines. El 27 de enero de 1844, se rebeló contra el gobierno en Alicante el coronel de carabineros D. Pantaleon Boné, á la cabeza de los individuos de su cuerpo y de algunos milicianos nacionales; destituyó á las autoridades de la espresada plaza, y se nombró una junta de gobierno. Pocos dias despues siguió Cartajena el mismo movimiento. Inmediatamente se declararon en estado escepcional, no solo las provincias limítrofes, como Valencia, Murcia, Castellon de la Plana y Albacete, sino hasta la misma capital del reino, que tan distante se hallaba de los puntos insurreccionados.

El gobierno hizo marchar contra Alicante numerosas fuerzas, que al mando del jeneral Roncali cercaron la plaza: los sublevados se sostuvieron hasta el 6 de febrero, en que faltos de recursos y sin apoyo alguno esterior, abandonaron la ciudad; Boné fué alcanzado y preso el dia 7 con los pocos que le seguian, y al dia siguiente fué fusilado con otros veintitres. Tal era el rigor que el gobierno empleaba para sostenerse; no se contentó con castigar al jefe principal de la rebelion, sino que quiso derramar sangre á torrentes para ahogar en ella la revelucion.

Rendida la ciudad de Alicante, pasó el jeneral Roncali con las tropas á Cartajena, cuyos sublevados se defendieron obstinadamente; por último divididos los pareceres de los sitiados sobre la rendicion, queriendo unos entregarse y otros no, llegaron ellos mismos á las manos y se batieron unos con otros por las calles de la ciu-

dad: los individuos que componian la junta y otras personas comprometidas se embarcaron y salvaron con la fuga, porque jeneralmente los que se ponen á la cabeza de los movimientos populares siempre tienen cubierta la retirada cuando pierden, y son los únicos que se aprovechan de todas las ventajas cuando salen triunfantes.

Las tropas de Roncali entraron en Cartajena el dia 25 y se restableció el órden completamente.

Uno de los primeros cuidados del gobierno habia sido suplicar á la reina madre que volviese á España, tal vez por reparar los muchos agravios que el ministro Gonzalez Bravo habia escrito contra dicha augusta señora cuando era redactor del periódico titulado el *Guirigay;* pero la reina Cristina, olvidando pasadas injurias, y deseosa de abrazar á sus hijas despues de tres años y medio de ausencia, accedió á las esposiciones que la dirijieron desde España algunas corporaciones é individuos del partido dominante, y resolvió volver al reino, como lo verificó el 28 de febrero por Figueras; desde Cataluña pasó á Valencia, y el 25 de marzo entró en Madrid con sus augustas hijas, á las cuales se reunió en Aranjuez.

Ministerio de Narvaez.—El dia 3 de mayo salió del poder el ministerio Gonzalez Bravo, y fué remplazado por otro gabinete, presidido por el jeneral Narvaez: desde esta fecha puede decirse que el gobierno de España es puramente militar. Poco tiempo despues convocáronse nuevas córtes: se procedió á las elecciones, cuyo triunfo se disputaron únicamente los moderados y los carlistas, porque el partido progresista no quiso concurrir á ellas, y la victoria quedó, como era consiguiente, por el partido del gobierno. Abriéronse las córtes el 10 de octubre, y en la sesion del 19 el presidente del consejo de ministros leyó el proyecto de reforma de la constitucion, y lo sometió á la deliberacion de los cuerpos colejisladores, que no tardaron en ocuparse de él, porque este era casi el único objeto de su reunion.

Sublevacion de Zurbano.—El 13 de noviembre se levantó el jeneral Zurbano en la Rioja contra el gobierno, y entró en Nájera á la cabeza de unos cincuenta ó sesenta hombres, acompañándole sus dos hijos y su cuñado. Pocos dias despues

entraron por la provincia de Huesca algunos emigrados esparteristas, á cuyo frente se hallaba el jeneral Ruiz y el ex-jefe político Ugarte, y penetraron en los valles de Hecho y Ansó. El levantamiento de Zurbano coincidió con el descubrimiento de algunas conspiraciones, en Madrid y otros puntos, donde fueron presos muchos de los cómplices, por lo que se creyó que aquello era un vasto plan que tenia ramificaciones en todas las provincias.

El gobierno hizo marchar inmediatamente tropas de varios puntos contra Zurbano y contra Ruiz y Ugarte, los cuales, perseguidos activamente por numerosas fuerzas, y habiéndoseles frustrado el plan, sin duda por los descubrimientos que habia hecho el gobierno, se dispersaron, y cada uno buscó su salvacion en la fuga: los de los valles de Hecho y Ansó se volvieron á Francia, escepto algunos que cayeron en manos de la tropa que los perseguia, y fueron fusilados. Abandonado Zurbano de los suyos, se vió obligado á ocultarse. Uno de sus hijos, llamado D. Benito, fué preso por la tropa con el secretario de su padre, y como el gobierno habia publicado un decreto mandando que todo el que fuese aprehendido con las armas en la mano se le fusilase inmediatamente, vino á la corte una comision de la ciudad de Logroño á pedir el indulto del jóven D. Benito; tambien vino á echarse á los pies de la reina la desconsolada esposa de Zurbano, y pidió á S. M. gracia para su hijo; pero el consejo de ministros, despues de una larga discusion, resolvió que se llevase á efecto el decreto de muerte.

Díjose entonces que los ministros estaban ya á punto de perdonar al jóven prisionero, cuando recibieron el parte de que los sublevados de Hecho y Ansó habian fusilado á dos oficiales, y que esto fué lo que les decidió a decretar la muerte del hijo de Zurbano. De consiguiente el dia 26 del referido noviembre fué pasado por las armas con otros tres compañeros. Orive, comandante jeneral de la provincia de Logroño, fué depuesto de su destino por no haber cumplido la órden del gobierno que prevenia el fusilamiento de los sublevados tan luego como fuesen aprehendidos.

Poco despues de la prision del primer hijo de Zurbano, fué habido el otro hijo D. Feliciano, sin que se haya podido saber

positivamente si se presentó ó no; porque el parte del comandante jeneral Orive decia que el D. Feliciano se habia presentado en San Millan de la Cogulla; y el que daba el juez de primera instancia de Logroño, aseguraba que habia sido aprehendido á la entrada del mismo pueblo de San Millan; el resultado fué que el D. Feliciano sufrió la misma pena que su hermano. Zurbano, despues de andar errante por aquellos matorrales y de haber estado oculto algun tiempo, fué tambien preso y fusilado en Logroño, sin que pudiera librarle de tan infausta suerte la memoria de los grandes y numerosos servicios que durante la guerra habia prestado al trono de Isabel II.

Asi terminó esta rebelion de los progresistas contra el gobierno de Narvaez, que con semejantes triunfos aseguró su dominacion por mas tiempo; pero los gobiernos que quieren sostenerse por medio del terror haciendo correr la sangre de sus enemigos políticos, lejos de captarse el afecto de los pueblos, solo consiguen atraerse su odio, y despues de una dominacion azarosa é inquieta, tarde ó temprano se ahogan en la sangre que han derramado. Volvamos la vista atrás y veamos qué consiguó el gobierno absoluto de Fernando VII con el escesivo rigor empleado contra los liberales en los últimos años de su dominacion; en vez de contener por este medio las tentativas de los emigrados, no hizo mas que aumentarlas; pues apenas apresaba y fusilaba una partida en un punto, aparecia otra por opuesto lado. Y en la época actual ¿ha calmado el gobierno con la efusion de sangre la antipatía del partido vencido? al contrario, le ha irritado mas y mas, como lo prueban las contínuas conspiraciones que descubre y los frecuentes motines que se levantan contra él; pero en nuestra desventurada patria de nada nos sirven las lecciones de la esperiencia! Los gobiernos que procuran la reconciliacion y bienestar de todos sus súbditos, evitan las conspiraciones y deshacen los motines, mas bien que con las bayonetas, con la estricta observancia de la ley fundamental, con la recta administracion de justicia, con la supresion de empleos inútiles, con la equidad en los impuestos y con la proteccion al comercio y á las artes.

Los demas sucesos acaecidos en España en el transcurso del

presente año estan muy recientes, y nuestro espíritu demasiado afectado para que podamos referirlos con la calma é imparcialidad que requiere la historia; por lo mismo terminamos aquí la de España, rogando al Todopoderoso que se digne mirar á esta desgraciada nacion con ojos de piedad, y nos conceda dias mas tranquilos y felices que los que ahora alcanzamos.

LITERATURA ESPAÑOLA.

La literatura española es menos rica y menos variada que las literaturas francesa, inglesa y alemana; pero tiene la ventaja de haberse desarrollado de una manera enteramente nacional. Sus formas mas antiguas, sencillas en estremo, eran las *coplas*, os *villancicos* y las *glosas*. Probablemente el contacto con los rabes dió nacimiento al *romance*, jénero de poesia lírico-epica en el cual se cantaron las aventuras guerreras y amorosas. Despues, los autores de romances abrazaron séries enteras de contecimientos; y de la reunion de sus diversos cantos se formaron esos poemas, recopilados en el *Romancero jeneral*, que celebran las hazañas fabulosas de Carlomagno y de sus paladines, las heróicas aventuras del Cid, y los últimos esfuerzos de los moros defendiendo los muros de Granada. El *Poema del Cid* y el *Poema de Alejandro*, uno y otro probablemente del siglo XIV, son los monumentos mas antiguos del romance. En el espresado siglo la poesia española se enriqueció con todas las formas italianas, y llegó á su mayor apojeo.

Lope de Vega, Calderon y Cervantes, ilustraron su nombres á principios del siglo XVII.

Lope Féliz de Vega Carpio nació en Madrid en 1562, y murió en la misma villa en 1635. Durante su vida gozó del favor mas señalado. Jamás ha habido, en ninguna época, ni en ningun pais, un poeta que haya escrito tanto como Lope de Vega. Aun era niño cuando ya componia comedias; y fué tal su facilidad, que á veces acababa una pieza en un dia; era raro que necesitase mas de dos ó tres dias para cada una. El número de sus obras impresas es prodijioso, porque sin contar multitud de poemas de toda clase y los escritos en prosa, de grande estension, solo sus obras dramáticas, que son las mas importantes, ocupan veintiseis volúmenes en 4.°, cada uno de los cuales

contiene una docena de piezas, sin embargo de que sus obras impresas es la menor parte de lo que ha producido su pluma. Tan sorprendente fecundidad hará pasar siempre á Lope de Vega como un talento estraordinario; pero fácilmente se comprenderá que por eso mismo no podia ser un poeta perfecto: él mismo confiesa que no aspiraba á la gloria de un artista superior, y que su única intencion era agradar al público: asi todas sus comedias, estan concebidas lijeramente y ejecutadas de una manera que revela con frecuencia la precipitacion del autor.

Mucho mas alto que Lope de Vega se colocó, por la elevacion de su jenio, *D. Pedro Calderon de la Barca* (nació en 1601, y falleció en 1687). Este es, sin contradiccion, el mas perfecto de los poetas españoles. Así como su antecesor, se distinguió por una rara fecundidad, pues nos ha dejado mas de cien piezas teatrales, que tienen sobre las de Lope de Vega la ventaja de ser todas admirables por el plan y por la ejecucion. Ademas de las *comedias*, que ordinariamente tienen tres actos, se escribieron en dicha época otras piezas pequeñas de un solo acto, tales como los *autos sacramentales*, representaciones relijiosas y alegóricas, y los *sainetes* y *entremeses*, de carácter cómico.

El tercero de los grandes escritores españoles que hemos nombrado, fué *Miguel de Cervantes Saavedra*, ilustre autor de la novela cómica *D. Quijote de la Mancha*. Nació Cervantes en 1547 en Alcalá de Henares, de una familia noble, pero pobre: despues de haber concluido sus estudios, se trasladó á Italia y combatió, bajo las órdenes de D. Juan de Austria, en la batalla de Lepanto, en la cual quedó manco. Al volver á su patria en 1575, cayó en manos de los piratas berberiscos, y fué conducido á Arjel como cautivo. Por último, en 1580 se pagó su rescate y pudo volver á España, en donde hasta su muerte, que aconteció en 1616, vivió en la pobreza; y si sus obras tuvieron numerosos admiradores, el ilustre escritor no halló un amigo que se emplease activamente en su favor. Cervantes principió su carrera literaria con algunas producciones dramáticas; pero como Lope de Vega gozaba entonces esclusivamente del favor público, Cervantes tuvo bien pronto que abandonar el teatro. Entonces compuso la primera par-

te del *D. Quijote*, y diez años despues escribió la segunda. El increible entusiasmo que inspiró esta novela, el apresuramiento con que fué traducida á todas las lenguas de Europa, y el placer que aun se esperimenta en el dia al leerla, prueban suficientemente el mérito de esta obra satírica, llamada con razon inimitable.

Las novelas habian formado desde el siglo XIV uno de los jéneros favoritos de los españoles. Las mas célebres entre ellas, despues del Quijote, son las tituladas *Amadís de Gaula*, y *Guzman de Alfarache*.

En cuanto á los historiadores se distingue á *Mendoza* (Historia de la revolucion de los moriscos en Granada); *Zurita* (Historia de Aragon); *Mariana* (Historia de España); *D. Antonio de Solís* (Historia de la conquista de Méjico), y otros muchos justamente apreciados.

El advenimiento de los Borbones á principios del siglo XVIII, destruyó en cierto modo la literatura verdaderamente orijinal de España. Las ideas de París llegaron á ser desde entonces las dominantes en Madrid; las traducciones é imitaciones de obras francesas de toda clase, principalmente de piezas dramáticas, remplazaron á la antigua literatura nacional, y combatieron el gusto del pueblo que pasa por el mas adicto á sus tradiciones. Algunos escritores modernos han emprendido en el siglo XIX la noble tarea de emancipar á la España de esa especie de dependencia; pero sus esfuerzos hasta ahora han sido ineficaces, porque no han tenido imitadores.

FIN DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

LIBRO DECIMOCUARTO.

HISTORIA DE PORTUGAL.

CAPITULO PRIMERO.

Descricion jeográfica de Portugal. — Montes y rios. — Producciones naturales. — Industria y comercio. — Habitantes. — Gobierno. — Ejército y marina. — Lengua y literatura. — Division política.

DESCRICION JEOGRAFICA DE PORTUGAL.—El Portugal, que se estiende sobre la costa occidental de la península en una lonjitud de ciento veinticinco leguas, y una latitud de cuarenta á cincuenta, contiene cinco mil ciento veinticinco leguas cuadradas. Está limitado al Norte y al Este por España; al Sud y al Oeste por el Océano Atlántico.

MONTES Y RIOS. — El pais de Portugal es bastante fragoso: sus principales montañas son las que separan el Algarbe de Alentejo: las de Tras-os-Montes, las de Arrabeda y Montejunco en Estremadura, que se cree es una continuacion de la cadena de Guadarrama; las de Estrella en Beira; las de Ossa en Alentejo, que parece es una rama de las de Toledo; y la de Cintra á cinco leguas S. O. de Lisboa, bien conocida por ser la parte mas occidental de Europa. El bosque de Marinha-grande, distante diezlocho luguas de Lisboa, es abundante de pinos, con los cuales ha abastecido la marina real y la mercantil.

Los rios de mas consideracion en Portugal son el *Tajo*, el *Miño*, el *Duero*, el *Mondego* y el *Cadaon*. El primero nace en las montañas de Molina, ó montes de la Muela de san Juan, á la estremidad de Castilla, al O. de

Aragon cerca de Albarracin, que desagua en el Océano despues de un curso de ciento y ocho leguas por España, y solo treinta y dos por Portugal: este rio sale de madre todos los años hácia Villafranca y Santaren, y con sus inundaciones fecundiza el pais: los principales rios que enriquecen al Tajo en el territorio de Portugal, son el Ponzul, el Liza, Olaca, el Cecere y otros varios. El Miño y el Duero forman los límites de la provincia llamada *Entre Duero y Miño*: á esta misma provincia la atraviesa por varias direcciones el *Lima*, que es navegable hasta seis leguas del mar; el *Nieva*, el *Cabado* y el *Ave*, reunido con el *Deste*. Por la de Beira y á la otra parte del Duero corren el *Ovar* y el *Agueda*, cuyas aguas enriquecen al *Bouga* y pasan á formar la ria de Aveiro. La Estremadura está regada por el *Lis* que mas allá del *Leira* se une con el *Lena*; y tambien la cruzan el *Alcoa y Baza*, el *Arnoya*, el *Sisandro*, y otros mas inferiores. El *Mondego* pasa por Coimbra y se le reune por su izquierda el *Soure*: el *Cadaon* forma el puerto de Setubal: corren ademas por el territorio de Portugal otros rios de poca importancia.

Tambien hay muchos pequeños lagos, algunos de los cuales tienen la virtud de arrastrar á su fondo las sustancias mas lijeras, como son la madera, el corcho y las plumas.

Clima y producciones naturales.— El clima de Portugal, cálido y algunas veces sofocante en estío, ordinariamente está templado por la brisa del mar, y por la influencia de las montañas que atraviesan el pais. El invierno no es mas que la estacion de las lluvias, de manera que solo en las cimas de las montañas mas elevadas es donde se encuentra nieve durante algunos meses; raras veces cae en las llanuras; por eso el uso de las chimeneas y de las estufas es muy limitado en Portugal; y fuera de las grandes ciudades, las vidrieras en las ventanas se miran como un objeto de lujo, reservado esclusivamente para las clases acomodadas.

Producciones naturales. — Aunque el cultivo de las tierras no está muy avanzado en Portugal, á favor de su hermoso clima y del suelo en estremo fértil, da el terreno gran cantidad de escelentes producciones: solo en algunas comarcas perjudica la sequedad á la vejetacion. Ademas del trigo, de los

frutos ordinarios de Europa, y de vinos escelentes, de los cuales el mas nombrado es el de Oporto, muy buscado por los ingleses, se hallan en este pais casi todos los frutos del Mediodia, como dátiles, naranjas, higos, aceitunas, etc. Entre las plantas mas propias de este suelo, se notan el alcornoque, el roble, cuyas bellotas pueden comerse; pero no es tan alto ni hermoso como el del Norte; el aloe, llamado tambien cáñamo de Indias, y la higuera chumba. Al Sud y en el centro de Portugal estas dos especies de árboles sirven para formar setos vivos en casi todos los jardines; y el aloe suministra ademas una hilaza con la cual se fabrican cuerdas de la mayor solidez. En varias provincias, y particularmente en las del Alentejo, se encuentran vastas llanuras incultas cubiertas de plantas y arbustos siempre verdes, y de matorrales con flores encarnadas, amarillas y violadas que hacen agradable la vista de estos campos, particularmente en invierno.

En Portugal hay pocos caballos, pero abundan las mulas y los asnos: en las inmediaciones de las montañas se ve gran cantidad de ganado mayor, y de ovejas de la mejor casta, que como en España, pastan en las sierras durante el estío, y en las llanuras en invierno. La caza tambien es bastante abundante; sobre todo las liebres, conejos y perdices. Uno de los animales notables de este pais es la cabra salvaje, mucho mayor y mas fuerte que la cabra comun, y que solo se encuentra en la *Sierra de Geres*.

El Océano Atlántico provee al Portugal de abundante pescado, en particular de sardinas, que son uno de los principales alimentos de los pobres. La pesca del atun es tambien considerable en las costas.

El producto de las minas es casi nulo, á pesar de que solo con un poco de industria podrian esplotarse útilmente las de hierro, plomo y otros metales preciosos. Hasta el presente se han limitado á buscar las minas de azogue. El mar da considerable cantidad de sal.

Industria y comercio.—Las manufacturas de los portugueses no son muchas; tienen algunas de seda, ilo y lana; las principales son las de paños de Coimbra, Porto-Alegre y Aceitaon: en las inmediaciones de Liria hay una gran fábrica de vidrio: en Braga son muy indus-

triosos en fabricar sombreros y piezas de plata: en Guimares, sobre el Ave, se construyen buenos lienzos, mantelería adamascada é hilados finísimos; y finalmente hay en Portugal algunas otras fábricas en que se hacen diferentes manufacturas y buenas armas de corte y temple.

Portugal hace mucho comercio con la Inglaterra, con gran ventaja de esta: todos los años esporta para paises estranjeros ochenta mil pipas de vino, considerables partidas de aceite, higos, azúcar, algodon, corcho y otros muchos efectos; y recibe en cambio toda clase de manufacturas, mucho trigo, pescado salado, madera de construccion y otros efectos. Con el Brasil comercia principalmente en paños, lienzos, galones de oro y plata, pescado seco, jamones, salchichones, espejos y otros jéneros europeos; y recibe en cambio oro, plata, diamantes, perlas, pedrería, arroz, maiz, tabaco, azúcar, cacao, cueros, drogas y otras muchas producciones de aquellos paises.

HABITANTES.—Los habitantes de este reino, cuyo número asciende á unos tres millones y medio, casi todos católicos, son de orijen ibérico, romano, jermánico y árabe, como los españoles. Los portugueses conservan un temple duro y un carácter decidido, segun lo acreditaron en la guerra de la independencia. No son de tanta estatura ni tan bien formados como los españoles, cuyos hábitos, trajes, costumbres y modas procuran imitar: las mujeres son de poca estatura, delgadas, de color moreno, ojos negros y espresivos, y de facciones regulares; visten con mucho lujo, medio á la española y medio á la inglesa, y son apreciadas por su modestia, sagacidad y esplendidez. El vulgo es laborioso, muy sufrido y sumiso á la imperiosa autoridad que ejercen sobre él los fidalgos ó nobles: pasan comunmente por hombres de un carácter grave é hinchado y aun orgulloso: son en lo jeneral muy adictos á su relijion y costumbres, fieles y amantes de sus reyes, poco irritables y muy celosos de sus mujeres.

Como casi todos los habitantes de los paises meridionales y fértiles, los portugueses no conocen la industria ni la penosa actividad de los pueblos del norte. El clima del Norte impone mil necesidades que son desconocidas en el Mediodia, donde tan fácil es adquirir la subsistencia; sin embargo, el

pais encierra gran número de pordioseros. Las provincias del norte, á consecuencia de sus relaciones con los ingleses, principian á tomar mas aficion al trabajo y á la industria.

Las vias de comunicacion se hallan aun en un estado deplorable; la mayor parte de los trasportes en el interior del pais, se hacen por medio de mulas. El comercio marítimo es muy considerable; pero se halla casi esclusivamente entre las manos de los ingleses y de los americanos del Norte. El portugués es afable y agasajador con los estranjeros; y aunque muy adicto á su culto, manifiesta mucha mas tolerancia que el español. Como este, es tambien muy aficionado á las corridas de toros.

Gobierno.—El Portugal es una monarquia constitucional con dos cámaras, una de pares y otra de diputados. La carta que le rije le fué dada por don Pedro, en 1826, abolida en seguida por D. Miguel su hermano; y en 1834, despues de la espulsion de este último, fué restablecida por D. Pedro, que consiguió antes de morir, ver á su hija doña Maria II restablecida en el trono.

La relijion del estado es la católica; sin embargo, se toleran los demas cultos. El nuevo gobierno ha suprimido todos los conventos, y convertido sus bienes en propiedades de la nacion.

Ejercito y marina.—El ejército se compone al presente de unos treinta mil hombres. La fuerza naval de este reino consiste en seis navíos, once fragatas, siete corbetas, seis bergantines y otros barcos menores.

En Portugal hay tres órdenes de caballería; la de Avís fundada en 1147 por el rey Alonso en memoria de haber quitado la ciudad de Evora á los moros; la de Santiago por D. Dionís, en 1310, por haber logrado una brillante victoria de los moros bajo la invocacion de aquel santo: sus caballeros profesan la castidad, la hospitalidad y obediencia, y deben probar su nobleza. La tercera es la de Cristo, fundada por el mismo D. Dionís en el año 1317 para empeñar á la nobleza á que le ayudára contra los moros; y estos caballeros poseen muchas riquezas. En la última guerra contra Napoleon creó el gobierno de Portugal la órden de la Torre y de la Espada, para premiar á los militares.

Lengua y literatura.—La lengua portuguesa tiene mas relacion con la española que muchos de los dialectos que se hablan en el interior de España: difiere principalmente en la ortografia y en la pronunciacion, y está formada, como todas las del Sudeste de Europa de la mezcla de diversos idiomas. En tiempo de los romanos, la lengua latina remplazó á la de los indíjenas; despues se mezclaron con ella palabras jermánicas y árabes, y de su combinacion resultó la lenga portuguesa, asi como la española.

La literatara portuguesa es menos rica que la de España. Esceptuando el gran periodo de Manuel y de Juan III, nunca ha disfrutado Portugal por bastante tiempo de la tranquilidad é independencia necesarias para el buen écsito de la literatura. Primero las contínuas guerras; despues el pesado yugo de la España, la opresion del *Santo Oficio*, y últimamente los escesos de un gobierno despótico, han impedido el desarrollo de las ciencias y las letras. Sin embargo, Portugal cuenta algunos autores de raro mérito, entre ellos los poetas Sa de Miranda y Antonio Ferreira, y el grande historiador Juan de Barros. El mas célebre de los autores de esta nacion es *Luis de Comoens*, que compuso el poema épico de *los Lusiadas*. Nació Camoens en Lisboa, de una noble familia, en 1517. Vivió en la corte, que despues abandonó para ir á combatir en Africa contra los moros. Volvió á Lisboa, que dejó nuevamente para trasladarse á las Indias, que entonces pertenecian á los portugueses. Tambien allí se empleó en el ejercicio de las armas, sin descuidar por eso la poesia; pero tuvo la desgracia de ofender al gobernador de las Indias con algunos versos satíricos, y le hizo deportar á Macao, sobre las costas de la China. En esta larga travesía naufragó, y estimando en mas su poema que su propia vida, tenia con una mano el manuscrito levantado sobre el agua, mientras que con la otra se esforzaba en salvarse á nado. Despues de cinco años de destierro volvió á su patria, en donde hizo imprimir *los Lusiadas*, cuya obra fué muy bien acojida; pero le produjo una suma tan mezquina, que murió en la miseria en el hospital de Lisboa en 1579. Su poema, una de las mas hermosas epopeyas, celebra los altos hechos de los portugueses (*los Lusiadas*, es decir los lusita-

nos) que á las órdenes de Vasco de Gama, descubrieron el cabo de Buena Esperanza y abordaron á las Indias orientales.

DIVISION POLITICA.—Este reino está formado de dos partes muy desiguales, que son: el *Portugal* propiamente dicho, y los *Algarves*, es decir, la costa meridional, separada del resto del reino por la *sierra de Monchique*, y que ha conservado el nombre que tenia como estado independiente, antes de haber sido conquistado de los moros é incorporado al Portugal. Este reino comprende en el dia, ademas de la provincia de los Algarves, las cinco siguientes: *Entre-Duero y Miño*; *Tras-os-Montes*, al Este de la precedente; *Beira*, al Sud de Tras-os-Montes; *Estremadura*, al Sud de Beira, y *Alentejo*, al Sud de Estremadura.

1.ª PROVINCIA DE ESTREMADURA.—Tiene 800,000 habitantes: su capital, y tambien de todo el reino es

Lisboa, residencia de la córte, de un patriarca-cardenal y de un arzobispo. Pocas ciudades tienen una situacion comparable con la de Lisboa, que está construida en anfiteatro sobre muchas colinas, á la márjen derecha del Tajo. La anchura del rio, que en este sitio es de dos leguas prócsimamente; los navios que le cubren; las casas de recreo de que está sembrada su márjen izquierda; sus jardines de olivos y naranjos; las formas salvajes y caprichosas de la *Sierra de Cintra*, que aparecen en el fondo del cuadro, todo contribuye á dar á esta ciudad el aspecto mas magnífico. Lisboa se va ensanchando cada dia: las poblaciones inmediatas de Junquera, Bolem y Alcántara se han reunido sucesivamente á la ciudad como arrabales, y su poblacion asciende al presente á cerca de 300,000 almas. Lisboa está abierta por todas partes, pues no tiene murallas ni puertas: la desigualdad del terreno sobre que descansa hace dificil la circulacion, y aun peligrosa en tiempo de lluvias ó de tempestad. Distínguense en la ciudad tres colinas principales, la primera al Oeste, cerca del puente de Alcántara, morada predilecta de los estranjeros á causa de su altura y del aire saludable que allí se respira: la segunda en el centro, formando el cuartel mas poblado, pero tambien el mas sucio; y la tercera al Este, sobre la cual está la ciudad vieja, con las calles mas estrechas aun que en el

cuartel precedente, dominada por una pequeña ciudadela llamada el *castillo de los Moros*.

La tercera colina está separada de la segunda por un valle bastante ancho, cuyas casas fueron casi todas destruidas por el terrible terremoto de 1755. Estas calles se reconstruyeron segun el gusto moderno, por lo que ha venido á ser este cuartel el mas regular de la ciudad. Tiene algunas plazas espaciosas, entre ellas la *del comercio*, adornada con la estátua ecuestre del rey José I; y la del *Rocio* donde se vé la fachada del vasto palacio de la inquisicion. Mas allá de estas colinas principian los arrabales. El primero al Este, es el de *Alcántara*; sigue el de la *Junquera*, y despues el de *Belem*, antigua villa, que fué mucho tiempo una de las residencias de la familia real. Los sepulcros de esta familia estan en las bóvedas del convento de Belem, construido por el rey Manuel en 1498, en memoria de la circumnavegacion del cabo de Buena-Esperanza por Vasco de Gama. — La residencia moderna de los reyes de Portugal es *Queluz*, villa distante tres leguas de Belem, en un valle solitario, con un palacio y un parque que nada ofrecen de notable.

El puerto ancho y seguro que forma la embocadura del Tajo en Lisboa, está defendido por el fuerte *Bujio*, construido sobre un banco de arena en la orilla izquierda, y por los de San Julian y San Antonio en la derecha. Entre los edificios públicos de la ciudad hay pocos que merezcan mencionarse: la biblioteca, con 300, 000 volúmenes, rica de crónicas y manuscritos; la bolsa que está en frente, y la aduana en la márjen del Tajo, son casi los únicos bien construidos. En cuanto á las iglesias, muy numerosas y sobrecargadas de costosos adornos, no hay una cuya arquitectura presente un carácter verdaderamente imponente.

El clima de Lisboa es muy sano; jamás se siente mucho frio en invierno; y en el estío regularmente sube el calor á unos 30° del termómetro de Reaumur. Los terremotos son allí muy frecuentes, aunque por lo comun poco considerables: el mas terrible fué el de 1.° de noviembre de 1755, que hizo perecer á mas de 24, 000 personas bajo los escombros de muchos cuarteles enteramente destruidos. La ciu-

dad carece de pozos, pero recibe abundantes aguas por medio de un acueducto de tres leguas de largo, construido á mediados del siglo XVIII. Esta obra es tal vez, en su jénero, la mas bella de Europa: sostienen el acueducto treinta y cinco arcos, el mas alto de doscientos treinta pies de elevacion, á traves del valle de Alcántara hasta Lisboa, donde desemboca en numerosas fuentes.

La ciudad de Lisboa no ofrece grandes recursos al estranjero que acude allí en busca de instruccion ó de recreo. Verdad es que hay una academia de ciencias, varias bibliotecas, gabinetes de historia natural, jardines botánicos y diferentes escuelas superiores, tales como la de marina, de injenieros, etc.; pero, escepto el depósito de los archivos (*Torre do Tombo*), nada de cuanto allí hay puede compararse á lo que se encuentra en las demas capitales de Europa. Las artes tampoco gozan de mucha proteccion; y el pais posee muy pocas colecciones de buenos cuadros, cosa tanto mas estraña cuanto que nuestra España su vecina, es estremadamente rica en este jénero.

El habitante de Lisboa, como todo portugués en jeneral, no es aficionado al baile ni al paseo, y las familias, aun las mas opulentas, viven muy retiradas. Sin embargo, hay en Lisboa una *Opera italiana* y un *teatro nacional*. El espectáculo predilecto del pueblo es, lo mismo que en España, las corridas de toros, aunque allí se dan con menos pompa. Tambien son muy aficionados los portugueses á las procesiones y á todas las ceremonias relijiosas.

El mayor inconveniente que hay para vivir en Lisboa, es el grán número de ladrones, negros en su mayor parte, que la infestan: tambien son allí muy comunes los asesinatos, y si bien algunos se cometen por robar, muchos de ellos deben atribuirse á los zelos y á la venganza.

Las numerosas casas de campo en las inmediaciones de la ciudad son los únicos parajes que ofrecen algun recreo á las clases opulentas; pero aun allí se encuentra el mismo gusto al aislamiento y soledad, pues las casas de recreo y los jardines estan ocultos á la vista de los estraños por elevadas murallas. Los sitios mas pintorescos en las inmediaciones de Lisboa son los de la Sierra de Cintra. En esta

villa se reune durante el estío, la mejor sociedad de portugueses y estranjeros, que van á pasar la temporada del calor en sus quintas: la familia real tambien tiene allí un bonito palacio. Sobre los parajes mas elevados de la montaña se encuentran algunas ruinas moriscas y el *convento de Corcho*, llamado asi porque sus paredes estan revestidas de corcho para impedir que la humedad penetre en el edificio, que está cortado en la roca.

Mafra, situada á algunas leguas al Oeste de Cintra, es una villa cuyas cabañas ofrecen un triste efecto al lado del inmenso palacio construido en 1717 por el rey Juan V, que quiso elevar un monumento digno de rivalizar con el monasterio del Escorial en España. Como este, tiene el palacio de Mafra una magnífica iglesia de piedra mármol y un vasto convento.

Al norte de Mafra estan situados los baños de *Caldas de la Reina*, en medio de una campiña bastante bien cultivada, aunque poco fértil. La morada en este sitio no ofrece ni las comodidades ni diversiones que ordinariamente se encuentran en los parajes donde hay aguas termales: sin embargo estos baños son muy concurridos.

A unas 25 leguas al norte de Lisboa, cerca del mar, está el convento de *Alcobaza*, oculto entre dos colinas. Esta abadía, del órden del Císter, y la mas rica del reino, fué fundada en 1184 por D. Alfonso Enriquez, primer rey de Portugal. Era uno de los mas magníficos edificios góticos de la península antes de la guerra de 1811, en que fué incendiado y quemado en gran parte.

A tres leguas del anterior se halla el convento de *Batalla*, tambien del mejor estilo gótico, construido por el rey Juan I, en memoria de la batalla ganada á los espoñoles en aquel mismo sitio en 1386, cuya victoria aseguró la independencia de Portugal.

La ciudad mas importante de la provincia de Estremadura despues de Lisboa es *Setubal ó San Ives*: tiene 14,000 habitantes, y un buen puerto en la embocadura del Sadao: sus casas estan mal construidas, y sus calles son estrechas y sucias. Los habitantes hacen un gran comercio, particularmente de vino y sal: esta se obtiene como en casi todos los paises del Mediodia, por la evaporizacion del a-

gua del mar. Con este objeto se han abierto alrededor del puerto multitud de zanjas y hoyos de poca profundidad, que al subir la marea se llenan de agua: absorvida esta despues por los rayos del sol, solo queda en el fondo la sal.

2.ª Provincia de beira.—Cuenta un millon de habitantes: en el dia se halla dividida en *Beira superior y Beira inferior*.

La primera ciudad de esta provincia es *Coimbra* (12,000 habitantes) construida en anfiteatro sobre una colina á lo largo del rio *Mondego*. En esta ciudad está establecida la universidad del reino, que tiene una escelente biblioteca, jardin botánico y gabinete de física. Esta universidad fué fundada en Lisboa por el rey D. Dionís en 1291. Cuenta ordinariamente de ochocientos á dos mil alumnos. Entre las numerosas iglesias de Coimbra, es notable la de Santa Clara, que encierra el sepulcro del primer rey de Portugal, Alfonso Enriquez.

La *quinta de las lágrimas* está enfrente de Coimbra en una deliciosa posicion, á la marjen izquierda del Mondego: hay en su jardin un manantial de agua viva, llamado la *fuente de las lágrimas*. Este sitio fué la morada de la célebre *Inés de Castro*, dama del príncipe D. Pedro, hijo del rey D. Alfonso IV, y en donde este monarca la hizo asesinar. Cuando D. Alfonso murió, don Pedro, que no habia podido consolarse de la pérdida de Inés, hizo ecsumar su cadáver y colocó la corona sobre su cabeza, queriendo cumplir de esta manera el juramento que la hizo.

Las demas ciudades de esta provincia son: *Viseo*, su capital; pequeña ciudad con 6,000 habitantes, muy nombrada por su feria, que es la mas considerable de Portugal.

Lamego (8,000 habitantes) en donde se reunieron las córtes el año de 1143 para establecer las bases de la constitucion del reino y ofrecer la corona á Alfonso Enriquez.

Ovar, sobre la costa, con 10,000 habitantes.

3.ª Provincia de entre duero y miño. — Contiene 900,000 habitantes. Esta provincia, llamada comunmente *provincia del Miño*, es la menos estensa, pero la mas poblada y mejor cultivada de Portugal: sus habitantes son mas activos é industriosos que los de las provincias del mediodia: por eso cada año se trasladan gran nú

mero de ellos á las demas provincias en busca de su trabajo.

La capital es *Bragá*, con 20,000 habitantes y sede arzobispal; pero es mucho menos importante que

Porto ú Oporto, ciudad edificada en la orilla derecha del Duero, á tres cuartos de legua del mar: tiene el aspecto mas pintoresco por los montañas y rocas que la rodean, y es la mas industriosa y comerciante del reino despues de Lisboa. Contiene 70,000 habitantes: está mejor construida y mas aseada que la capital, lo que se debe en parte á la influencia de los comerciantes estranjeros, particularmente á los ingleses, que se encuentran allí en gran número: la vida social es tambien mucho mas agradable en esta ciudad. Su principal comercio consiste en la esportacion del vino tan nombrado, de Oporto, que se recolecta en sus inmediaciones á las orillas del Duero; antes de que fermente, cuidan de mezclarlo con aguardiente, como se practica con todos los vinos de Portugal, especialmente con los que han de trasportarse.

4.ª Provincia de tras-os-montes. — Toda ella es montañosa y encierra unos 350,000 habitantes. Las únicas ciudades notables son: *Braganza*, (5,000 habitantes) de donde toma su orijen y su nombre la familia reinante, y *Miranda de Duero*, plaza bastante fuerte, situada en la frontera.

5.ª Provincia de alentejo.— Contiene 300,000 habitantes. Esta provincia aunque la mas estensa de Portugual, es la menos poblada del reino: hállase compuesta en gran parte de matorrales, propios únicamente para la cria del ganado lanar y cabrío. Como carece de agricultura, se encuentran pocos pueblos; de manera que casi todos sus habitantes viven en las ciudades.

Evora, ciudad arzobispal; cuenta cerca de 15,000 almas: es una de las mas antiguas del reino, pues figura en la historia de *Viriato* y de *Sertorio*, célebres jefes de Lusitania. Atribúyese á este último el acueducto de la ciudad, que tiene siete leguas de lonjitud. Hay ademas en Evora otras muchas antigüedades romanas, entre las que se distingue el templo de Diana, cuyas hermosas columnas se han conservado; pero en el dia sirve de almacen de leña.

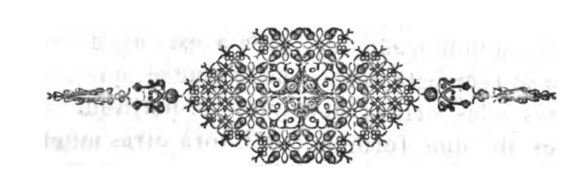
Elvas (16,000 habitantes), la plaza mas fuerte de Portugal, á cuatro leguas de Badajoz.

6.ª Provincia ó reino de Algarve.—Esta provincia está separada de la de Alentejo por la *Sierra de Manchique* y bañada en los demas lados por el Océano. Es un pais estéril en gran parte. Sus principales productos consisten en frutas y pescados: los higos y las sardinas son el alimento ordinario de los habitantes, que pasan por los mejores marineros de Portugal. Las ciudades de *Lagos*, *Faro* y *Tavira*, cada una con 8,000 habitantes prócsimamente, son poco importantes.

Posesiones portuguesas fuera de Europa.—En Africa: las *Azores*, el archipiélago de la *Madera*, las islas de *cabo Verde*, y la isla de *Santo Tomas:* las provincias de *Congo*, *Angola* y *Benguela*, en la costa occidental de Africa y el territorio de *Mozambique* en la costa oriental del mismo continente.

En Asia: la provincia de *Goa* en las Indias orientales; la isla de *Macao*, en la costa de la Chica, y una parte de la isla de *Timor*.

Estas diversas posesiones tienen aprocsimativamente dos millones de habitantes.



CAPITULO II.

Reyes de Portugal.—Alonso Enriquez I, fundador del reino de Portugal.—Don Sancho I.—D. Alonso II.—D. Sancho II.—D. Alonso III.—D. Dionisio el Liberal.—D. Alonso IV.—D. Pedro I.—D. Fernando I.—Doña Beatriz: rejencia de la reina madre doña Leonor.—D. Juan I.—D. Alonso V.—Don Juan II.—D. Manuel.—D. Juan III.—D. Sebastian.—D. Enrique.—D. Antonio, rey titular.—D. Felipe II, rey de España y Portugal.—D. Felipe III.—D. Felipe IV.—Insurreccion del Portugal contra el gobierno de España.—D. Juan IV, rey de Portugal.—D. Alonso IV.—D. Pedro II.—D. Juan V.—D. José I.—Doña María y D. Pedro.—Rejencia del príncipe D. Juan.—D. Juan VI.—D. Pedro III.—Abdicacion de D. Pedro en su hija doña María II.—Rejencia del infante D. Miguel, que se apodera del trono.—Restablecimiento de Doña María de la Gloria, que actualmente reina.

Reyes de portugal.—El reino de Portugal, desmembracion del de España, es una parte de esta península; y como los demas reinos en que estuvo antiguamente dividida, se fué estendiendo y aumentando á costa de los moros, que la habian invadido y ocupaban. Portugal ha tenido reyes muy prudentes y guerreros, que han trabajado con afan por hacer poderoso un reino tan pequeño; y con efecto lo consiguieron, habiéndole erijido en monarquía en el año 1139, pues anteriormente fué un condado.

Alonso VI, rey de Castilla y de Leon, pidió al rey de Francia Felipe I, que le enviase algunos socorros de jentes contra los moros que inundaban sus fronteras. En el año 1087 vinieron á España muchos caballeros franceses, que trataban de hacer sus nombres famosos defendiendo la relijion cristiana; entre ellos, uno de los que mas se distinguieron fué Enrique de Borgoña, á quien despues de rechazados los moros, concedió D. Alonso dilatados terrenos y poblaciones á la parte meridional de Galicia, permitiéndole que reedificase los pueblos antiguos, fundase otros, y se estendiese á costa de los moros. Ademas le dió en casamiento á

su hija natural doña Teresa, con el título de conde. Emprendió Enrique guerra contra los moros, ganándoles diezisiete batallas, y gobernando su condado con mucho acierto y felicidad. Muerto Enrique, la condesa doña Teresa tomó el título de reina, y principió á gobernar por medio de sus favoritos; mas como se dijese que tenia cierta amistad con un señor de la córte, y se suscitasen sobre esto varias disensiones entre la nobleza por el honor del reino, aprovechó Alonso la ocasion, la quitó la corona en una batalla que se dió entre los dos partidos, y ganada por Alonso, encerró á su madre en un castillo. En el año 1139 sancionó la usurpacion hecha á su madre con la batalla de Urica que ganó á los moros, pues las tropas, en premio de su valor, le aclamaron por su soberano.

Alonso enriquez i.—(1139) En un momento de entusiasmo y alegría, se vió D. Alonso proclamado rey de Portugal: quiso que le reconociesen con mas formalidad, y al efecto convocó una junta de prelados, grandes, y parte del pueblo: se presentó en ella sentado en un trono con insignias de rey; y levantándose un diputado preguntó, si en virtud de la proclamacion del ejército y de las bulas del papa que la confirmaban, querian los estados por su rey á Alonso Enriquez, y todos consintieron la aclamacion. Volvió á preguntar si el derecho de reinar se declaraba solo para su persona, ó si habian de sucederle sus hijos; y admitieron tambien que los hijos le sucediesen en el reino. Alonso dió las gracias, y dijo: «Pues soy rey, hagámos leyes que establezcan la tranquilidad en el reino.» Se determinó que si el rey no tuviese hijos varones, le sucediese el hermano por los dias de su vida, y que los hijos de este necesitasen ser elejidos nuevamente para suceder: que á falta de varon tuviesen derecho al trono las infantas; pero que hubiesen de casarse con un señor de Portugal, el cual no usaria de corona, y habia de dar la derecha á la reina. No se hizo memoria de hijos bastardos; mas estos han heredado despues en Portugal. Tambien determinó que serian reconocidos por nobles los hijos de los que, cayendo por desgracia en poder de los infieles, no hubiesen renunciado á la fé, y aquellos que ganasen algun estandarte real, ó fuesen muertos ó prisioneros por algun rey ene-

migo. Que los cobardes, traidores, perjuros, ladrones, blasfemos, los que desertasen á los moros, los que hiriesen con armas á una mujer, y los que ocultasen al rey la verdad, fuesen declarados traidores y cobardes. Que á los dos cómplices adúlteros se les impusiese la pena de ser quemados; y que perdonando el marido á la mujer, gozase de este beneficio el cómplice. Que el homicidio de cualquier individuo, ó la violacion de una doncella noble, fuese castigado con la muerte. Tales son las principales leyes establecidas por D. Alonso en aquel tiempo. Este príncipe, no menos ilustre en la paz que en la guerra, acrecentó de todos modos sus estados. En la ciudad de Coimbra fundó el monasterio de Santa Gruz, dándole el pueblo de Leira, que en el año 1139 habia tomado á los mahometanos, á quienes derrotó repetidas veces, apoderándose de Coimbra. Apenas tomó D. Alonso esta ciudad, cuando se dirijió sobre Lisboa, de la que tambien se apoderó en octubre del año 1147. Tan señaladas victorias le abrieron el camino para nuevas conquistas, pues quitó á los moros á Alanquer, Obidos, Evora, Yelbes, Nura, Serpa, Beja y otros pueblos de aquella comarca.

Aunque D. Alonso era ya muy anciano, no por eso desistia de la guerra, y llevaba á mal que D. Fernando, rey de Leon, edificando á Ciudad-Rodrigo, hubiese puesto grillos á Portugal. Juntó un ejército respetable, y mandó á su hijo D. Sancho que se pusiese sobre esta plaza: lo verificó así, y esperaba la victoria, porque el rey de Leon tenia á la sazon guerra con el de Castilla: mas D. Fernando, sin olvidar su reputacion, salió al encuentro á los portugueses, les dió una batalla en la que los derrotó, y puso en libertad á los prisioneros. Noticioso el portugués de este suceso, reunió su ejército, y entrando por Galicia, se apoderó de varios pueblos: resolvió tomar despues á Badajoz; pero cuando ya era dueño de parte de la ciudad, se atrevió á dar una batalla á los leoneses, quienes le vencieron y obligaron á retirarse al punto de donde habia salido: intentando el rey huir del campamento, se hirió gravemente y cayó del caballo, dando en manos de los enemigos: mas D. Fernando le trató con el mayor cariño, é hizo que le curasen las heridas con todo esmero; y aunque el portugués agradecido estaba

pronto á obedecerle como señor, D. Fernando se contentó con recobrar los pueblos que le habia tomado en Galicia.

Don Alonso estaba descuidado en Santaren, donde fué sorprendido por los moros, y don Fernando, noticioso del peligro en que se hallaba su amigo, salió al encuentro á los mahometanos, los batió y puso en fuga.

El rey D. Alonso, y su hijo el príncipe D. Sancho, pasaron á Coimbra y despues á Oporto, en donde se celebraron las bodas entre su hija y D. Felipe, conde de Flandes: despues se volvió á Coimbra, y allí se agravó al rey la enfermedad que padecia, de la cual falleció el 6 de diciembre de 1185, á la edad de noventa y un años.

Fué D. Alonso Enriquez sumamente virtuoso, fundador del reino de Portugal, y en gran parte conquistador de él: su reinado fué largo y glorioso, bien señalado en la guerra y en la paz: su piedad se manifiesta en los templos que fundó en Lisboa, Evora, y otros pueblos.

Don sancho i. — (1185) Este príncipe sucedió á su padre, y luego que tomó las riendas del gobierno lo primero que hizo fué ajustar treguas con los moros por diez años, en cuyo tiempo se ocupó en la reedificacion de diferentes pueblos, de donde le vino el renombre de *Poblador*; tales fueron Valencia de Miño, Montemayor el Nuevo, Ballelas, Peñamacor y otros; mas en lo que puso mayor cuidado fué en arrojar á los moros de aquella provincia, á cuyo fin se apoderó de Silbes, que está en el cabo de san Vicente. Hubo en este tiempo una gran peste y hambre en Portugal, y el vulgo, dado á la supersticion creyó ser un azote del cielo por el matrimonio ilejítimo y nulo por las leyes entre D. Alonso, rey de Leon, y doña Teresa, infanta de Portugal: este matrimonio continuaba unido á pesar de las amonestaciones del papa, quien puso entredicho en Portugal y pena de escomunion á cuantos no obedeciesen sus mandatos. Acrecentóse el miedo porque el moro Abenjucef se apoderó de la ciudad de Silbes despues de haber talado y destruido sus campiñas, y el rey D. Sancho no pudo hallarse en la guerra sagrada adonde pensaba concurrir, porque falleció en Coimbra á principio de febrero de 1211.

Don alonso ii. — Este príncipe subió al trono cuando tenia ya de su mujer doña Urraca dos hijos, á saber: D. Sancho y don

Alonso. Con motivo de haber caido el anatema del papa sobre el rey D. Alonso, y por quejas entre él y el clero, dejó este príncipe el reino mal asegurado á su sucesor

DON SANCHO II. —(1223) Parece que la naturaleza habia condenado á este príncipe á contínuos afanes y desastres. Subió al trono de su padre, y en todo el tiempo que duró su reinado estuvo siempre luchando con fuerzas desiguales contra el clero, porque carecia del valor y conocimientos necesarios á un soberano que se halla en medio de poderosas facciones. La reina doña Mencía dominó de todo punto á su marido, y puede decirse que ella era la que reinaba únicamente. Tenia ademas el rey un hermano que poseia todos los talentos necesarios para el gobierno, y por desgracia los empleó contra él. Hizo que los grandes y la nacion se persuadiesen de que su hermano era incapaz para gobernar. A la verdad, don Sancho era moderado y benigno, y poco á propósito para refrenar el orgullo de la grandeza. Es cierto que un predecesor suyo habia hecho al Portugal tributario de los papas, y aunque jamas se habia pagado con esactitud semejante tributo, al fin daba algun derecho á la santa sede; é Inocencio IV, viendo la indocilidad de D. Sancho, no le depuso, pero dió á su hermano la administracion del reino. D. Sancho se retiró á la córte del rey de Castilla, y despues de haber hecho en vano muchas tentativas para recobrar su reino, murió en Toledo en el año 1248. En su sepulcro le han simbolizado con una paloma y un libro en las manos, manifestando su candor y aficion á las letras. No todos los portugueses abandonaron á este desgraciado monarca: un gobernador de Coimbra que se llamaba Freiras, se sostuvo tan constantemente fiel á don Sancho, que no quiso entregar la ciudad á D. Alonso ni aun en calidad de rejente del reino, con cuyo título gobernaba mientras vivió su hermano; y cuando llegó la noticia de la muerte de D. Sancho, la hizo manifestar D. Alonso al justificado Freiras, mandándole abrir las puertas de la ciudad; mas el gobernador, recelando algun engaño no condescendió, y el nuevo rey le dió permiso para que pasase á Toledo y se asegurase por sí mismo de la verdad. Freiras llegó á Toledo, hizo que le manifestasen el sepulcro de su señor, lo abrió, depositó en él las llaves,

y luego que volvió reconoció por su soberano al rejente.

Don alonso iii. — (1248) El primer paso del rey D. Alonso fué premiar la fidelidad de Freiras, y mirar con desafecto á los que le habian ayudado contra su hermano. Su reinado fué una contínua alternativa de guerra y de paz con la córte de Roma. Se vió encadenado con el entredicho por el matrimonio que contrajo con una princesa su parienta dentro de grado prohibido: lejos de intimidarse con las amenazas de absolver á sus vasallos del juramento de obediencia y fidelidad, alejó de sí este rayo. Pudiera formarse de su conducta una leccion de política para aquellos tiempos en que los soberanos formaban un gran mérito de su destreza en librarse de las escomuniones eclesiásticas. La sutileza de D. Alonso consistia en ofrecer mucho, cumplir poco, recibir con afabilidad, y tratar con magnificencia á los legados del papa, pero sin ceder en cosa alguna de importancia. D. Alonso era un soberano justo, laborioso, vijilante; y no pudiendo estender los límites de su reino por la naturaleza de sus fronteras entre el mar y las montañas, le hermoseó y enriqueció sobremanera poniéndolo en un estado defendible. Amó á los sabios y buenos consejeros, y nunca tuvo privados.

Don dionisio el liberal.—(1279) Muerto D. Alonso, entró á reinar su hijo D. Dionisio: fué el protector del comercio, el padre de los labradores; y puso el mayor esmero en dar á su marina un aspecto respetable. Su madre era de un carácter imperioso y aspiraba á gobernarlo todo; mas él quiso romper los grillos que trataban de formarle antes que dejarse dominar. Con su hermano y con el clero tuvo algunas controversias, y al fin lo arregló con mucha cordura: no sucedió asi con respecto á la reina madre, pues esta se manifestó contra él y sublevó al príncipe D. Alonso su nieto. Fué tal la paciencia de don Dionisio que hasta tres veces hizo las paces con su imprudente hijo, y últimamente con su mansedumbre y tolerancia logró convertirlo á la razon y sujetarlo á su voluntad. Aun dura en Portugal el proverbio que dice: *jeneroso como el rey Dionís*.

D. alonso iv.—(1325) Luego que subió al trono despojó de los bienes y arrojó del reino á su hermano natural Sancho de

Alburquerque, á quien habia tenido siempre una estremada aversion. Miraba con indiferencia las obligaciones de un rey: un dia que volvia de caza lleno de aventuras venatorias, entró en el consejo, y entusiasmado con tales ideas principió á entretener y divertir con ellas á los consejeros; tomando la palabra uno de ellos se levantó de su asiento y dijo: «No nos hemos reunido aquí para oir hablar á V. M. de »tales hazañas: si quiere tratar del estado y necesidades de »sus pueblos, hallará en nosotros unos consejeros sumisos »y obedientes.» Se salió el rey colérico; pero á poco tiempo entró mas sosegado y dijo al consejero: «Conozco la razon con »que me has reconvenido: espero que en lo sucesivo no tratarás con Alonso el *Cazador*, »sino con D. Alonso el rey de »Portugal.» Así lo ofreció y efectivamente cumplió su palabra. Perdieron su confianza todos los que le habian aconsejado mal; sin embargo, acostumbrado á la lisonja cuando era principe, no pudo guardarse de los malos consejeros siendo rey. Tenia un hijo llamado D. Pedro, que habia dado repetidas pruebas de un gran valor; y doña Constanza su esposa, de quien tenia ya bastantes hijos, hubo de sospechar del afecto que su esposo profesaba á doña Inés de Castro, hija de un caballero castellano que se hallaba refujiado en Portugal. Murió doña Constanza, y doña Inés que la estimaba por el mucho bien que la habia hecho, lloró su muerte con sinceridad. Estas demostraciones de pena y de ternura dieron al corazon del príncipe mayor impulso á su inclinacion, que esplicó muy pronto con todos los estremos de una pasion violenta. Se ignora si doña Inés condescendió antes del matrimonio, porque D. Pedro aseguró siempre que en secreto se habia casado con ella, y á la buena reputacion de doña Inés se debe la justica de creer que á todo comercio ilícito habia precedido el matrimonio con el príncipe, que no publicó este por razones políticas, y porque su padre no lo habria llevado á bien.

Los cortesanos tenian envidia de los castellanos, á quienes don Pedro dispensaba todo su favor como compatriotas de doña Inés, y miraban con emulacion á los hermanos de esta por las muchas gracias que el príncipe les concedia. Resolviéronse pues á hacer presente al rey que era

muy conveniente que el príncipe contrajese matrimonio con alguna princesa que pudiese traer al reino algunas ventajas, y que este himeneo no podría verificarse entretanto que el príncipe no depusiese el afecto que tenia á doña Inés de Castro, cuya pasion, segun la conducta de D. Pedro, solo podria romperse con la muerte.

Los pérfidos enemigos del príncipe conocian muy bien el fogoso carácter del rey, su ligereza y precipitacion para ejecutar sus determinaciones. La intriga no pudo tener efecto sin que el príncipe sospechase de ella, y temeroso del peligro que corria el objeto de sus amores, le habia conducido al convento de santa Clara de Coimbra, creyendo seria un seguro asilo que respetarian los malvados. El rey D. Alonso, á quien habian seducido con el temor del ascendiente de doña Inés sobre el corazon del príncipe, de quien tenia ya muchos hijos, fué á Coimbra acompañado de sus malvados consejeros. Con tan repentina llegada se asustó doña Inés, y sin embargo se presentó al rey, arrojándose á sus pies con sus hijos; pero se entristeció al ver cierta conmocion en los ojos del soberano: este se enterneció, suspendió sus intentos y se retiró; mas al fin reconvenido por los crueles cortesanos sobre su falta de valor, y que anteponia la vida de una mujer al bienestar de sus vasallos y del estado, les dijo: «Ea, pues, id vosotros á la ejecucion.» Inmediatamente marcharon aquellos desapiadados asesinos, y mataron á puñaladas á la desgraciada é infeliz doña Inés.

Ya se deja conocer cuál sería el furor y desesperacion que se apoderaron del corazon del desconsolado D. Pedro. Reunió soldados, les instruyó del suceso, y comunicándoles su misma ira se arrojaba como un leon carnicero sobre todo cuanto encontraba por delante, destruyendo á fuego y sangre las mejores provincias. Viendo semejante desastre, la reina madre y el arzobispo de Braga le hicieron conocer que su inhumana venganza no debia recaer sobre los inocentes pueblos que no tenian culpa de su desgracia, y que muy pronto serian vasallos suyos: con estas acertadas y prudentes reflecsiones se logró apaciguar la pena y rabia de D. Pedro, el cual dejó las armas y volvió al palacio de su padre. D. Alonso hizo todo lo posible

para sanar la penetrante herida hecha en el corazon de su hijo; mas no pudo conseguir otra cosa que un disimulo que le duró toda su vida.

D. Alonso conocia muy bien que la calma de su hijo era solo aparente, y asi dió á los asesinos de doña Inés considerables cantidades de dinero para que tratasen de buscar su seguridad en otros paises, como en efecto lo verificaron pasándose á Castilla.

El 30 de octubre de 1340 estuvo D. Alonso en la famosa batalla del Salado, en la que murieron mas de veinte mil moros, y despues se retiró á sus estados en donde permaneció hasta el mes de mayo de 1357, en que murió, siendo de edad de sesenta y seis años, despues de haber reinado treinta y uno.

Don pedro i.—(1357) Este príncipe subió al trono de su padre el dia 12 de mayo de dicho aaño. Fiel á su dolor, tuvo el consuelo de hacer á doña Inés las ecsequias reales. Reunió los estados, prestó formal juramento de que se habia casado con ella probándolo con testigos,por lo cual hizo declarar á sus hijos por lejítimos con todas las solemnidades correspondientes. Consiguió del rey de Castilla, que entonces era D. Pedro el *Cruel,* que le entregase dos de los culpados, y no el tercero, porque se habia fugado. Se vengó mas bien como amante que como rey, porque tuvo la cruel complacencia de asistir al suplicio de aquellos asesinos, y de insultarlos en los últimos instantes de su vida.

Dieron á D. Pedro el renombre de *Justiciero,* porque era de un carácter inflecsible y severo: no tenia ni conocia otro ídolo mas que la ley y la justicia, sin que jamás hubiese dado oidos á los mediadores de cualquier clases que fuesen: su carácter era tal que se hacia temible á cuantos le rodeaban, sobre lo cual le censuraron mucho; pero se hizo respetar de todos, por cuyo medio gobernó bien sus estados, y en su reinado tuvieron vigor las leyes. Jamas guardó atenciones particulares, ni hizo escepcion de persona en materias de ley, pues decia: «Hagamos la »justicia como nos la harán »cuando se han de revelar y des»cubrir los secretos de nuestros »corazones.» Se representaba á sí mismo muchas veces en el supremo y terrible tribunal cuando iba (como lo hacia con frecuencia) al monasterio de Alcobaza, donde habia construido su sepulcro, y postrado frecuente-

mente delante de aquel célebre monumento, se ocupaba con relijioso fervor en profundas reflecsiones sobre la cuenta que tenia que dar al Juez Supremo.

D. FERNANDO I.—(1367) Este príncipe sucedió á su padre en el trono de Portugal, y en nada le imitó, porque si este era prudente y constante, Fernando, por el contrario, tenia todas las cualidades propias para hacer sentir y llorar la muerte de su antecesor. Su imprudencia é inconstancia le arrastraban á seguir sus primeras inspiraciones, sin premeditar accion alguna, ni prever las consecuencias. Creia que no podian faltarle nunca las riquezas y tesoros que habia dejado D. Pedro, y malgastándolos con prodigalidad encontró muy pronto el fin con gran sentimiento suyo. Intentó quitar la corona de Castilla á Enrique II, sucesor de D. Pedro el *Cruel*; pero se le hizo ceder obligándole á hacer la paz, entre cuyas condiciones fué una que casaria con doña Leonor, hija del rey de Castilla. Ya estaban arregladas las capitulaciones cuando vió á doña Leonor Tellez, mujer de D. Juan de Acuña, y olvidó á la Leonor castellana.

Intentó valerse de doña María Tellez para seducir á su hermana doña Leonor, y semejante comision fué despreciada. Don Fernando la propuso que su intencion era casarse con doña Leonor; mas doña Maria le dijo que su hermana tenia ya esposo, y que él estaba comprometido con otra. Estas repulsas no le contuvieron, antes bien por mas dificultades que se le presentaron retractó la palabra que habia dado á la infanta doña Leonor de Castilla, á costa de una gran recompensa. Emprendió las negociaciones necesarias para la disolucion del matrimonio de D. Juan de Acuña, bajo el pretesto de cierto parentesco que mediaba entre los dos consortes: Acuña, conociendo que toda su resistencia era inútil, se prestó á la separacion, y como la esposa lo deseaba, se declaró nulo el matrimonio, y D. Fernando colocó á su dama en el trono.

La eleccion fué muy mala, porque el carácter de doña Leonor Tellez era muy cruel, intrigante, envidioso, y los primeros frutos de estos vicios recayeron contra su hermana doña Maria. Esta señora enviudó, y conociendo el bello carácter de D. Juan, hijo de doña Inés de Castro y hermano del rey, se prendó de él. La reina tenia sola una hija llamada Beatriz, y sospechando la incli-

nacion que los portugueses tenian á D. Juan, temió que muerto el rey, recayese la corona en el príncipe. La imájen sola de ver á su hermana en el trono que ella ocupaba, la causaba una idea desesperada; y para que no llegase este caso habló al principe D. Juan, indicándole que si no estuviera comprometido destinaba para él su hija con la corona de Portugal. Para asegurar mas su proyecto le hizo sospechar que doña Maria le hacia traicion. No era fácil que don Juan presumiese la maldad que abrigaba en su seno una hermana tan cruel: salió furioso el príncipe, y sin detenerse á tomar mejores informes quitó la vida á su esposa y huyó á Castilla. La reina afectó pesadumbre, pero se consoló muy pronto y pidió á su marido que mandase volver á D. Juan, como se verificó. Mas tranquilo el principe, llegó á conocer que se le habia engañado, tanto en la figurada infidelidad de su esposa, como en la supuesta esperanza del trono que la reina le habia ofrecido: esta advirtió que su traicion se habia conocido, y temerosa de la venganza de D. Juan intentó buscar medios para asesinarle; mas no lo consiguió, pues avisado el príncipe de la trama que se le urdia, volvió á retirarse á Castilla.

La reina poseia un grande influjo sobre la voluntad de su esposo; se habia apoderado de tal modo de él, que le gobernaba á su antojo; y en cuanto á su conducta privada, que no era la mejor, le tenia tan ciego que solo él no veia su público desenfreno. La corte entera y aun la misma plebe estaban penetradas y bien persuadidas de la violenta pasion que la reina tenia á D. Juan Fernandez Andeiro, caballero jóven castellano. No disimulaba mucho sus sentimientos, ó á lo menos se descubrian las pruebas á pesar suyo, y las que se mostraron públicamente llegaron á ofender el pundonor de los portugueses de tal modo, que mientras la reina se hallaba ausente en Castilla para el casamiento de su hija doña Beatriz con aquel soberano, revelaron á D. Fernando lo que los maridos saben cuando ya es público en todas partes. Por los hechos posteriores de D. Fernando se descubre que temia á su mujer, pues bajó al sepulcro con sus sospechas ó evidencias sin castigarlas, y aun la nombró rejente del reino hasta que su hija doña Beatriz volviese de Castilla. Se dijo

vulgarmente que D. Fernando era un hombre mediano con entendimiento, y un rey imbécil con algun valor. Murió á los cuarenta y tres años de edad en el de 1383, á los diezisiete de reinado, no dejando mas que una hija llamada Beatriz, que habia casado con D. Juan I, rey de Castilla.

Rejencia de la reina doña Leonor. — (1383) Doña Beatriz fué reconocida, y mientras se hacia la proclamacion se levantaron voces en favor de D. Juan de Castro, á quien por intrigas de su cuñada habian arrestado en Castilla tan pronto como murió D. Fernando, porque temieron que podia oponerse á los derechos de doña Beatriz. Otros rumores, aunque no tan fuertes, se oyeron en favor de D. Juan, gran maestre de Avís, hermano natural del difunto rey D. Fernando. La reina temió que de este principio resultasen malas consecuencias, y determinó alejarle de la capital colocándole en la frontera del reino. El gran maestre marchó á su destino, y regresó cuando menos se le esperaba. La reina estaba sentada á la mesa con su favorito Andeiro, cuando llegó D. Juan á la puerta del aposento, desde donde le hizo señal de que queria hablarle, y tan pronto como entró en otra pieza le dieron de puñaladas; la reina preguntó si debia ella prepararse tambien para morir, y la respondieron que no temiese.

El gran maestre afectó deseos de reconciliarse con la reina; desaprobó lo que se habia ejecutado solo por aplacar al pueblo, que se hallaba muy irritado contra el favorito; dió bastantes escusas, pero la reina las oyó con frialdad y se retiró de Lisboa.

Apenas habia marchado cuando el gran maestre, aprovechándose de la confusion ocurrida por falta de gobierno, hizo el papel de aparentar que intentaba retirarse, con el objeto de que le detuviesen. La reina no se hallaba muy distante: trataron de que casase con el maestre, y que como esposos tomasen el gobierno; mas como á ninguno de los dos agradase este medio, el pueblo de Lisboa partió la diferencia aclamando rejente y protector del reino al gran maestre.

El imprudente rey de Castilla, deseoso de titularse tambien de Portugal, en union con su esposa doña Beatriz, prestó al don Juan de Avís mas ausilios de los que hubiera querido, y este pa-

so intempestivo descontentó en estremo á los portugueses. Al mismo tiempo formó el castellano un ejército, y con este motivo el rejente preparó otro que equipó con el dinero de los partidarios de la reina madre y de su hija, cuyos bienes se confiscaron. Tomó la plata de las iglesias, ofreciendo restituirla, y se condujo con la mayor destreza, aunque poco afable con sus enemigos. Su principal consejero era Paez, hombre astuto y envejecido en los negocios de estado, de quien aprendió y puso en prática la mácsima antigua que dice: *dá lo que no es tuyo, y promete lo que no tienes.*

El ejército castellano era muy numeroso, y lo único que pudo hacer D. Juan fué inquietarle cuanto pudo en su marcha hácia Lisboa, como que el écsito de la empresa pendia de la suerte de la capital. Los portugueses, divididos en bandos, desconformes en sus opiniones, y poco contentos, llevaban tambien á mal que gobernase un príncipe estraño, y trataban entre sí de la persona que habia de nombrarse, para que los dirijiese en el empeño de defender la patria: todos convinieron en nombrar á D. Juan gran maestre de Avís, porque con sagacidad, afabilidad y buen manejo en los negocios, sabia ganar las voluntades. Conocia él la aficion del pueblo y la ocasion que se le presentaba para lograr sus intentos de llegar á ser rey algun dia y se ofreció á esponerse á cualquier riesgo y sufrir cuantos trabajos pudiesen ocurrir en la defensa de la patria y del bien comun. Por entonces los alborotados no pasaron mas adelante que á nombrar gobernador al infante don Juan, que se hallaba preso en Toledo; y para alterar mas los ánimos, pusieron su retrato en los estandartes, figurándole encadenado. El cuidado de entusiasmar la jente se dió al maestre de Avís. Difundieron la voz que doña Leonor no era reina, ni su matrimonio con el rey era válido por vivir su marido, á quien el rey la quitó por su estremada hermosura, sin mas mérito para el reino que haber sido un tizon con que lo hizo abrasar: que por la misma razon su hija doña Beatriz, como bastarda, era incapaz de suceder en la corona: que si la habian jurado, fué por condescender con los deseos del rey, á quien no podian contrarrestar: y últimamente, que su testamento, en cuanto á este punto, no se debia guardar. Los portu-

gueses se iban reuniendo por momentos, y la muchedumbre se declaró contra Castilla.

Entretanto el ejército castellano se acercaba á Lisboa, y de camino taló los campos, quemó las aldeas, y gran número de pueblos se le entregaron. Luego que llegaron al frente de la ciudad, la sitiaron por mar y tierra, apurando á sus habitantes hasta hacerles sentir una horrorosa hambre. Los portugueses salieron de la ciudad de Oporto con dieziseis galeras y ocho naves de trasporte, con las cuales y un viento favorable atravesaron por medio de la escuadra castellana, entraron en la ciudad, y la abastecieron abundantemente.

El rey D. Juan, conociendo el buen estado en que habian puesto á la capital, y la tenacidad con que la defendian, trató de hacer proposiciones de paz; se nombraron comisionados de una y otra parte; pero el gran maestre, que gustaba mucho de mandar y esperaba ser rey, respondió definitivamente que no asentiria á ninguna proposicion como no se le dejase por gobernador del reino, hasta que doña Beatriz tuviese un hijo de edad competente para encargarse del gobierno: que si no se le otorgaba esta peticion, que era la voluntad de los hidalgos y del pueblo, no podria él faltar á las obligaciones que con ellos habia contraido. Las enfermedades que se empezaron á padecer en los campamentos del ejército castellano se iban aumentando cada vez mas, y á manera de peste, perecian diariamente soldados y personas de distincion, pues hubo dia en que fallecieron doscientos. En este conflicto, conoció el rey de Castilla que era forzoso levantar el sitio, como lo verificó despues de haber tenido grandes pérdidas: repartió las tropas en diferentes puntos, dejando una buena guarnicion en Santaren, porque pensaba rehacer sus fuerzas y volver pronto á la guerra. La ciudad de Lisboa sufrió en este sitio todas las calamidades de la guerra, sin tratar de rendirse por mas esfuerzos que hicieron sus enemigos; y cuando se hallaba ya en el mayor apuro, fué cabalmente cuando se introdujeron las enfermedades epidémicas en el ejército sitiador.

La retirada del ejército castellano puso al gran maestre de Avís en el estado que él deseaba; reunió los estados del reino en Coimbra, y habiéndose tratado en ellos acerca de la situacion de Portugal, se determinó

por primer punto que el reino no podia subsistir sin un soberano: que doña Beatriz y su esposo, el rey de Castilla, se habian hecho indignos del trono, porque habian intentado apoderarse de él á fuerza de armas: se trató tambien si convenia reservar el cetro para D. Juan de Castro, prisionero en Castilla, y el gran maestre hizo presente que estaba pronto á esperar hasta que el rey se viese en libertad, siguiendo en el gobierno á pesar de sus penosas funciones; y que en llegando este caso seria el primero á gritar *viva D. Juan*. Bien se dejó ver que este fué un ardid para hacerse rogar, pues se dió por sentado que el reino en aquellas apuradas circunstancias no podia permanecer sin un rey, y todos aclamaron unánimemente por tal al gran maestre de Avís, hijo natural de don Pedro el *Justiciero*, en perjuicio de D. Juan de Castro, hijo tambien del mismo D. Pedro y doña Inés de Castro, cuyo matrimonio presentaba algunas dificultades: tambien perjudicaban á la reina de Castilla, hija y sucesora lejítima del rey D. Fernando.

DON JUAN I. — (1285) Cuando fué proclamado rey don Juan, gran maestre de Avís, le impusieron entre otras condiciones que no admitiese en su consejo á los que fuesen hechuras de la reina doña Leonor, ni los emplease en los cargos de la corona, ni en las plazas administrativas de Lisboa. En estos estados se establecieron tambien algunas leyes de policía. Sin embargo de la esclusion que los estados de Portugal habian hecho de los dos esposos reyes de Castilla, no se creyeron faltos de recursos para reclamar en todo caso sus derechos, y doña Leonor instigó á su yerno para que hiciese un nuevo esfuerzo.

Juntó el rey de Castilla un respetable ejército y una armada de doce galeras y veinte buques de trasportes, con cuyas fuerzas hostilizaron el pais y costas de Portugal, haciendo mucho daño por todas partes. Los portugueses salieron á la defensa con un mediano ejército resueltos á probar fortuna con sus armas; llegaron á *Tomar*, en las inmediaciones de la aldea de Aljubarrota, en donde dieron vista al ejército castellano, y ambos hicieron alto fortificándose para emprender una batalla. Colocado el rey de Castilla en el centro de su ejército, cuyos costados man-

daban algunos grandes, atacaron á los portugueses, que colocados en ventajosos puestos esperaban con sus fuerzas divididas en dos grandes cuerpos: en esta situacion el condestable de Portugal pidió parlamento á los contrarios aparentando deseos de tratar de paz. Se sospechó que este era un ardid para entretener y cansar la tropa, ó un medio para aprovecharse mejor de los enemigos, porque si bien enviaron comisionados que oyesen las proposiciones, no se logró otro efecto que gastar el tiempo infructuosamente. Por último los jefes jóvenes del ejército castellano, sin esperar que tocasen alarma, acometieron á los portugueses con gran denuedo, y en breve les siguió todo el ejército. Se trabó el combate jeneral en que los unos y los otros pelearon con el mayor heroismo, y aunque los portugueses principiaban á mostrar flaqueza, animados por su nuevo rey que se les presentó personalmente, volvieron sobre sí y puestos en órden lograron á poco tiempo que se trocase en su favor la suerte de la batalla. Los jefes del ejército castellano fueron muertos á vista de su propio rey, con un considerable número de soldados, y el mismo rey por no caer en manos de los portugueses montó aceleradamente en un caballo, se salió de la batalla, y tras él se pusieron en fuga todos los demas. Esta fué la memorable batalla de Aljubarrota en que los portugueses triunfaron de las fuerzas de Castilla, y aseguró al gran maestre de Avís la posesion del reino de Portugal, desde cuyo tiempo puede decirse que empezó á reinar D. Juan I sin la menor contradiccion, y tuvo la fortuna de disfrutarle por muchos años, dejándole tambien asegurado en su familia. Los portugueses tenian antiguas alianzas con la Inglaterra, y D. Juan las ratificó casándose con la hija del duque de Alencastre. Con su política y nobles procederes suavizó el odio habitual hasta aquel tiempo entre portugueses y castellanos, y así dedicó sosegadamente el tiempo en buscar medios de hacer felices á sus vasallos. Como sus principios fueron los de un hombre particular, conservó siempre la familiaridad y cortesía que son tan apreciadas del vulgo. Cuando D. Juan empezó á gobernar el reino, le halló muy empeñado, y siempre

practicó esta mácsima: *un príncipe sin dinero debe pagar con atenciones*. Solo una espedicion al Africa le hizo interrumpir la paz, pero fué muy útil: se hizo dueño de Ceuta, cuya fortaleza tuvo por necesaria para refrenar los desórdenes de los moros, y dificultarles los desembarcos y piraterías que hacian con frecuencia en aquellos mares y costas. Don Juan se adquirió el renombre de *Grande*, y con efecto lo mereció por sus acciones gloriosas. En el año 1433 hubo en Lisboa una gran peste en la que murió mucha jente, y el mismo rey fué víctima de ella el dia 14 de agosto á los setenta y seis años de edad y cuarenta y ocho de reinado, dejando asegurada la sucesion en su hijo

Don Eduardo. — (1423) Deseaba este príncipe imitar á su padre en lo guerrero, y sus cinco hermanos ardian en deseos de estender sus dominios, á cuyo efecto resolvieron pasar al Africa, creyendo seria una muy útil y gloriosa empresa. Les detenia la falta de dinero y jente necesaria para la espedicion. Formaron con licencia del papa una cruzada, en la cual se alistaron muchas jentes que deseaban tomar las armas contra los moros, y de este modo reunieron un grande ejército, encargando el mando de él á D. Fernando, hermano del rey, como el mas principal de los que formaron aquella empresa. Se celebró una junta del reino para tratar sobre el modo de hacer la guerra: en ella manifestó el maestre de Santiago con la mayor prudencia que opinaba no se acometiese al Africa sino con todas las fuerzas del reino, porque aquel pais era muy poderoso en armas, jentes y caballos. Hizo presente que cuantas veces se habia intentado igual empresa siempre habia salido mal, y que prevía que ahora sería la perdicion de cuantos se hallaban animados á seguir tales ideas. Todas las personas sensatas seguian esta opinion; solo D. Enrique era el que fomentaba los intentos de D. Fernando: al fin prevaleció el deseo de estos contra lo que sentia la mayor parte, de modo que por comun acuerdo se resolvió llevar adelante la empresa. Dispusieron una armada con seis mil hombres de desembarco, que se hicieron á la vela y llegaron á Ceuta el 17 de agosto de 1437. Allí trataron el modo de principiar la guer-

ra, y acordaron sitiar á Tánjer, situada enfrente de Tarifa. Los sitiados sufrieron con la mayor constancia y valor muchos combates por espacio de treinta y siete dias sin perder el ánimo por la esperanza que tenian de ser socorridos: en efecto, acudieron los reyes de Fez y de Marruecos y otros señores africanos con tan formidables fuerzas, que se dice ascendian á seiscientos mil hombres de infantería y setenta mil caballos. Los portugueses pelearon al principio con la mayor bravura, hicieron acciones sumamente gloriosas que acreditaron su valor, y cercados por todas partes de una muchedumbre prodijiosa se hicieron fuertes en su campamento; pero desfallecidos ya de tan larga lucha, no tenian alientos para hablarse unos á otros, y trataron de huir; ¿mas por dónde habian de hacerlo estando los campos cubiertos de enemigos? Forzados de la necesidad enviaron mensajeros de paz: los moros respondieron que no admitirian convenio alguno como no fuera entregando la plaza de Ceuta, y saliendo los portugueses de toda el Africa: al fin por el deseo de salvarse otorgaron dejar por rehenes al jeneral D. Fernando y otras personas de la mayor distincion: los demas, tristes y maltratados, fueron á Ceuta, y desde allí pasaron á Portugal.

En Evora se trató en un consejo el partido que debia tomarse en aquel caso: si se habia de entregar á Ceuta, que era el mas ilustre monumento de las victorias de D. Juan, ó sacrificar á D. Fernando, hijo de este monarca. Aun cuando hubiese sido otro personaje inferior el que quedase por rehenes, parece que no habia fundamento para dejar de ratificar su tratado, y libertarle de las cadenas que le oprimian; pero no pensó asi el consejo, pues de comun acuerdo decretaron que las condiciones, como otorgadas sin consentimiento del rey, no se debian cumplir: que el juramento hecho se cumplia bastantemente con dejar á los moros los rehenes que habian quedado en Africa, para que con sus cabezas pagasen lo que necia y temerariamente habian hecho ellos mismos. El cautiverio, pues, de D. Fernando fué perpétuo, y padeció graves penas y prisiones hasta que murió. Su sepulcro, construido en la ciudad de Fez sobre un sitio elevado, recuerda este desgraciado suceso como

trofeo de los moros por la victoria que ganaron. El rey Eduardo murió de peste el dia 9 de setiembre del año 1438, á los treinta y siete de su edad: era muy aficionado á las ciencias: un libro, que corre con el título del *Buen Consejero*, es obra de su injenio, como tambien otro con el de *Arte de domar y manejar caballos*, que dedicó á su esposa.

DON ALONSO V.—(1438) Cuando murió el rey Eduardo, dejó nombrada á doña Leonor su esposa rejente del reino, y tutora de su hijo D. Alonso en su menor edad; pero no habiendo sido esta disposicion á gusto de la grandeza, limitaron la autoridad de la madre á sola la educacion de su hijo, y el gobierno del reino le confiaron al infante don Pedro, tio del rey. La reina, creyendo que la habian de seguir muchas jentes, cometió la imprudencia de marcharse á Castilla; y como no consiguió su intento, permaneció allí gastando en vanos esfuerzos para suscitar enemigos á D. Pedro, todo el dinero que habia llevado. Luego que este se le acabó, pidió al rejente permiso para volver á Portugal, ofreciéndole vivir allí del modo que él determinase; pero murió sin recibir la respuesta.

El rejente cuidó con el mayor esmero de su pupilo, sin omitir medio alguno para hacerle digno del trono. Con su ejemplo le demostraba las mejores reglas para gobernar; y por último, creyó coronar noblemente su obra, dando á su sobrino la mano de su hija, dama de mucha hermosura, de gran talento, y sumamente virtuosa: esta señora tuvo mucho que sufrir, por las desavenencias entre su padre y su esposo. Los grandes, envidiosos de la autoridad de D. Pedro, buscaron medios para hacerle caer de la gracia del rey: el que mas se señalaba en este empeño era D. Alonso, conde de Barcelos, sin atender á los respetos de hermano, ni á la merced que poco antes le habia hecho, dándole el título de duque de Braganza: así suelen los hombres pagar muchas veces los beneficios con ingratitudes é injurias, y con la ambicion y la envidia romper las leyes y vínculos de la naturaleza. Este duque desleal no tenia mucha esperanza de salir con su intento, si no se valia de la maldad y del engaño: recordó al rey la injuria que su suegro habia hecho á su madre: supuso que la habia envenenado; y últimamente, va-

liéndose de su poca esperiencia, le persuadió á que tomase á su cargo el gobierno.

Irritado el rey D. Alonso contra D. Pedro le hizo tales desaires, que le obligó á pedir su retiro, y le fué otorgado para Coimbra. No contentos todavia sus enemigos, le hicieron aparecer como un rebelde, y empeñaron al rey á vengarse de él: avisado D. Pedro de la resolucion de su yerno, se fortificó en Coimbra, y resentido de las injurias que sin justicia se le hacian, intentó apoderarse de Lisboa, á cuyo efecto se concertó con los habitantes de aquella ciudad; y cuando pasaba á ella con sus tropas, le prepararon una emboscada que le obligó á usar de las armas: se dió una batalla en que murió D. Pedro y muchos de los suyos. Este desgraciado infante fué digno de mejor suerte por sus loables prendas, gran prudencia y conocimiento en los negocios del gobierno. Se dijo que el rey habia sentido mucho la muerte de su tio y suegro; mas lo sucedido despues acredita lo contrario, pues por mucho tiempo se le negó la sepultura: verdad es que mas adelante le enterraron en Aljubarrota, sepulcro de los reyes, y le hicieron sus eesequias y honras. Todo lo que se encontró en el rigoroso escrutinio que se hizo de sus papeles, fué una gran porcion de proyectos para el servicio del rey y bien del estado: se le restituyó su buena fama cuando ya le habian causado la muerte y deshonrado su memoria.

Despues de estos sucesos gozaron los portugueses de una larga paz: el rey dirijió el timon del gobierno sabiamente, si bien fué mas afortunado en las varias empresas que formó contra el Africa, que en la que su lijereza le hizo emprender contra Castilla despues de muchos años, pues en ella consumió sus riquezas y espuso á un gran peligro sus estados, tanto que se vió precisado á pasar á Francia con una gran comitiva de caballeros para pedir al rey Luis que le ayudase en la guerra contra Castilla. El rey Luis le oyó con un aprecio aparente, pues formó mal juicio de un monarca que como un aventurero dejaba su reino, en donde tenia tantos y tan delicados negocios, para ir á buscar tan lejos un socorro que necesitaba para defender un capricho, y le tuvo entretenido con escusas que burlaron sus pretensiones. Avergonzado don Alonso de lo que le habia suce-

dido en Francia, pasó á verse con el duque de Borgoña, su primo y confederado; pero no tuvo mejor resultado esta visita que la que habia hecho á Luis. Viendo, pues, el poco aprecio que de él se hacia, abandonó á los caballeros y soldados que le acompañaban; y tomando cuatro criados y un capellan salió con ánimo de ir á Jerusalen, escribiendo antes á Portugal que no le verian mas: mandó á su hijo D. Juan que se ciñese la corona, y este se decoró con el título de rey, sin esperar á que su padre le volviese á repetir el encargo. El príncipe D. Juan se paseaba pocos dias despues por la ribera del mar, vió un navío que se acercaba, del cual desembarcó un hombre muy apresurado; y conociendo que era su padre, se sorprendió por un instante; mas recobrándose de aquel asombro, se arrojó con el mayor respeto á sus brazos: siguióse entre ambos cierta contienda de una deferencia recíproca, y queriendo el padre contentarse con el título de rey de los Algarbes, respondió el príncipe D. Juan: «No, señor, no puede haber dos reyes en Portugal; y pues estais vos aquí, no es regular que haya otro.» Estas palabras persuadieron á D. Alonso. La causa de no haber continuado este su viaje á Jerusalen, fué Luis XI, porque admirado del desacierto de D. Alonso, mandó buscarle, le disuadió amigablemente de su resolucion, y le aconsejó que depusiese aquella locura, encargándole que abreviase todo lo posible la vuelta á su reino, como lo verificó en aquel navío.

D. Alonso volvió á renunciar la corona en su hijo D. Juan y murió en Cintra á 28 de agosto de 1481, en el mismo aposento en que nació, y su cuerpo fué conducido al panteon de los reyes de Portugal en Aljubarrota. D. Alonso invirtió gran parte de sus rentas y tesoros en el rescate de los cautivos que tenian los moros presos en Africa. Se le tacha de haberse entregado él mismo y el gobierno de sus estados á los cortesanos, y esta debilidad fué causa de muchos disgustos y desastres, tanto en Portugal como en otras provincias.

DON JUAN II. — (1481) Cuando subió al trono el príncipe D. Juan manifestó mucha madurez en sus reflecsiones, y un plan bien premeditado sobre el gobierno. A imitacion de su padre, tuvo siempre el mayor encono contra los reyes de Castilla, aunque con mas sijilo y

astucia que lo habia hecho don Alonso. Descargó su saña contra los grandes, demasiado acostumbrados á la independencia, de quienes sospechaba favorecian el partido de Castilla. Por lo demas, en la clemencia, piedad, severidad contra los malhechores, agudeza de injenio y firme memoria, igualó á los demas reyes de su tiempo, y aun les superó. Algunos grandes se conjuraron entre sí para darle la muerte, y esto dió ocasion á que tratase de hacer justicia con el mayor rigor contra aquellos de quienes sospechaba. Esta crueldad, la libertad en el hablar, y las muchas facultades que habia dado á sus alguaciles contra los fueros y privilejios de la nobleza, ocasionaron la reunion de muchos grandes á fin de concertarse en lo que debian hacer para remediar los desastres que sufrian; y como no tenian esperanza de ser desagraviados por medios pacíficos, determinaron defender á la fuerza sus antiguos privilejios; mas esta conjuracion fué descubierta en Evora por haber llegado á manos del rey ciertos papeles que acreditaban que el duque de Braganza tenia tratos secretos con el rey de Castilla. D. Juan deseaba remediar el daño sin un rompimiento; llamó reservadamente al duque en una ocasion que oian misa juntos, le aseguró con enerjía que estaba bien penetrado de sus criminales y ocultas intenciones, le dió los mejores consejos, le afeó sus ideas, y finalmente le ofreció que si de buena gana enmendaba su conducta pasada, empleando sus afanes y riquezas en beneficio del reino, le tendria por su mayor amigo y se fiaría de él con toda lealtad.

El duque se alteró con tales razones; suplicó al rey que no diese oidos ni crédito á tan siniestros informes; le ofreció que no mancillaria el honor de su casa con semejante deslealtad; que ni aun le habian pasado por el pensamiento tales intenciones. Con esto se concluyó la conferencia: el rey se marchó á Santaren y el duque á sus estados sin mudar sus propósitos. Con la ocasion de venir el príncipe D. Alonso de Castilla, le acompañó el duque de Braganza hasta Evora, donde se hallaba la corte: allí fué preso porque se tuvo aviso de que seguia en sus antiguas maquinaciones: formósele causa, y no siendo convincentes sus descargos, se le condenó á muerte como reo de lesa majestad: la sentencia se ejecu-

to el 22 de junio: otros seis hidalgos que se hallaron complicados en aquella causa sufrieron la misma pena. El condestable de Portugal, los hermanos del duque y otros se fugaron del reino: el duque de Viseo se libró por su poca edad, conten-tándose el rey con reprenderle de palabra y amenazarle para lo sucesivo.

Ni el castigo de un duque ni la clemencia que el rey usó con el otro, fueron bastantes para que los conjurados desistiesen de sus intentos, antes bien de secreto determinaron asesinar al rey, suponiendo que muerto este pondrian sobre el trono al duque de Viseo. Solo se esperaba una ocasion para ejecutar el crímen; mas antes que lo pudiesen lograr fué descubierta toda la conjuracion, y viéndose el rey libre de aquel peligro pretestó un motivo para llamar al duque de Viseo: llegó este, entró en el aposento del rey, quien le preguntó: «¿Qué harias tú con un hombre que te quisiese quitar la vida?» El duque respondió: «Le mataria con mi propia mano.» «Muere, pues, le dijo el rey, dándole una puñalada; tú mismo has pronunciado tu sentencia.» Sus estados se dieron á D. Manuel, su hermano, mudando el título de Viseo en el de Beja: los demas cómplices fueron ahorcados ó arrojados á los pozos; otros, como el arzobispo de Evora, D. Fernando su hermano y Gutierre Cortiño vivieron en Castilla desterrados y miserables. Con una ejecucion tan severa temblaron todos los demas, se sometieron á su monarca, y su reinado fué en lo sucesivo muy tranquilo.

Algunas acciones y palabras de este rey son dignas de traerse á nuestra memoria. Habia un juez que solo era afable con los que le regalaban, al mismo tiempo que su gran capacidad era bien conocida; y el rey le dijo un dia con un tono severo: «Cuidado, porque sé teneis las manos abiertas y las puertas cerradas.» Estas solas palabras fueron bastantes para que el majistrado se corrijiese. Cierto hombre que en los fervores de su juventud le habia servido á su gusto, le presentó un papel firmado de su mano, por el cual le habia ofrecido título de duque. D. Juan le leyó con bastante gravedad, le rasgó, y dijo al portador: «Yo me olvidaré de que firmé tal papel:» y volviéndose á los que se hallaban presentes dijo: «Los que corrompen á los príncipes jóvenes, y por servirles de ins-

trumento á sus placeres les sacan promesas que no deben cumplirse, han de estimar como favor el no ser castigados.»

Los portugueses decubrieron en este reinado en la costa occidental del Africa el reino de Congo, y quejándose al rey los navegantes de que aquellos naturales no habian querido manifestarles las minas, respondió: «No os informeis ya mas sobre ese punto: tratadlos con benignidad, comerciad con la mayor equidad, llevadles lo que ellos apetecen, y de este modo lograreis el producto de las minas sin el trabajo de cavarlas.» Bien persuadido se hallaba este príncipe de lo importante que era la esactitud de los soberanos en la conservacion de los usos y costumbres de los naturales en todos los paises, sobre lo cual era muy escrupuloso; y haciéndole ver un dia que cierta formalidad á que se sujetaba era una bagatela, respondió: «Séalo muy enhorabuena: mi ejemplo es siempe de mucha consecuencia.

Viéndose el rey bastante aflijido de la hidropesía, pasó al reino de Algarbe para ver si con los baños aliviaria su dolencia; pero se le agravó cada vez mas. Determinó dejar la corona á un hijo natural llamado Jorje, que amaba en estremo por haberle criado siempre con esta intencion; y advertido por sus consejeros de que semejante eleccion podria causar disturbios y sublevaciones en el reino, hizo su testamento nombrando por sucesor á D. Manuel, duque de Beja. Falleció en Albor á 14 de setiembre del año 1495. Tuvo este príncipe cualidades muy buenas y malas: favoreció á los hombres virtuosos y de valor: sacrificó sus deseos á la tranquilidad de sus vasallos: fué amante de la justicia, de agudo entendimiento, y de muy altas ideas. Acostumbraba decir con frecuencia: «No merece nombre de rey el que por otro se deja gobernar.» La mucha sangre que derramó le malquistó con sus súbditos, si bien usaba por divisa un pelícano, ave que alimenta sus polluelos con su misma sangre.

Don manuel. — (1495) A la muerte de D. Juan II pretendió el reino de Portugal el emperador Macsimiliano, alegando que era el varon de mas edad entre los primos hermanos del rey difunto, derecho que parecia demasiado débil por no contar con la cepa de que procedia el que debia suceder. Sobre este

punto se suscitaron algunas lijeras cuestiones, prevaleció la voluntad y consentimiento del pueblo, y las amables prendas del príncipe D. Manuel, quien sin mas contradiccion fué colocado en el trono. Le llamaron el *Afortunado* porque llegó desde muy lejos, pues era biznieto de Alonso V, porque casi todo cuanto emprendia le salia bien, y porque se veia amado y estimado de todos sus súbditos en tal grado, que si se le desgraciaba alguna empresa lo tenian como por imposible. La primera en que se empeñó D. Manuel luego que tomó el mando en el año 1496, fué la prosecucion de las espediciones marítimas á la India, que sus antecesores habian principiado con tanta gloria: D. Juan habia deprimido á la nobleza, y don Manuel la restituyó á su esplendor. Protejió con benignidad á los judíos que se hallaban maltratados por sus vasallos, y estos viéndose privados de tan bárbara costumbre, pidieron al rey que los estrañase de sus dominios: en esto solo esperimentó el rey D. Manuel contradiccion de parte de sus súbditos. En el año 1504 hizo salir de Lisboa para la India una grande armada al mando de Lope Suarez Alvarenga, para llevar adelante aquella navegacion, formar nuevos establecimientos, y acudir al socorro de las posesiones que tenian en las costas de Africa.

El gobernador de Arzila, una de estas plazas, juntó sus tropas con las que tenia Portugal en Tánjer, y salió contra los moros que se habian negado á pagar el tributo acostumbrado. Las tropas portuguesas se encontraron con las de los moros, que eran muy superiores en número, y sin embargo emprendieron una batalla sostenida con el mayor valor y teson, hasta que al fin consiguieron la victoria.

La reina doña Leonor, doña Isabel, duquesa de Braganza, y el rey de Castilla hacian instancias á D. Manuel para que permitiese volver á Portugal á los hijos del duque de Braganza, y que se les restituyesen sus bienes. El rey D. Manuel encontraba en esto algunas dificultades, porque no queria que entendiesen mudaba lo establecido por su antecesor, y al mismo tiempo temia ofender á los que poseian los bienes de los desterrados; pero al fin venció la piedad. A los que fueron desposeidos de estos bienes recompensó

con otras mercedes para que ninguno quedase quejoso.

A ruegos de muchos personajes publicó un edicto mandando á los moros y judíos que dentro de cierto término señalado saliesen del reino, bajo la pena que pasado este, serian declarados esclavos. Los moros se pasaron al Africa, y en cuanto á los judíos hubo bastante dificultad, porque el rey acordó poco despues que les quitasen los hijos que no llegasen á la edad de catorce años, y que fuesen bautizados por fuerza.

En el año 1514 envió D. Manuel al papa, por medio de un embajador, un magnífico presente de los efectos mas ricos y esquisitos de la India y de Africa, suplicándole le ausiliase con algunos socorros para continuar unas conquistas en que tanto se interesaba el cristianismo. El pontífice le concedió sus bulas para que convocase una cruzada: que para la empresa se aprovechase, de las rentas de las iglesias, consignadas á las fábricas, y mandó que de las demas rentas eclesiásticas se le acudiese con la décima parte. En la ejecucion de estas gracias hubo algunos inconvenientes á causa de los malos ministros, por lo cual se compusieron las iglesias en dar ciento cincuenta mil cruzados de contado; y pasados tres años se estinguieron estas contribuciones. Aunque el pueblo se resintió de esto algun tanto, al fin habiéndole hecho ver el sagrado objeto en que se invertian estas sumas, se tranquilizó.

Don Manuel no tuvo mas guerras que las de Africa, y estas fueron muy útiles por sus victorias, que compensaron con ventajas algunos reveses que sufrió. Con la buena fé y constancia en la ejecucion de los tratados, vivió D. Manuel en buena armonía con sus vecinos. Los grandes descubrimientos que se habian hecho en tiempo de sus antecesores, y que él continuó aumentando con su proteccion, le hicieron desplegar una gran magnificencia en la cual superó á los demas reyes, y logró hacer á su reino el centro del comercio de todo el mundo á pesar de su pequeñez. Tenia gusto particular en dar á los estranjeros una alta y grande idea de su poder con soberbias y magníficas embajadas. Se construyeron en su tiempo grandiosos edificios públicos, iglesias, colejios, palacios y hospitales. Admiraban las numerosas armadas que salian de sus puertos, la

opulencia de los grandes, el bienestar de sus vasallos, en cuyo rostro se veian pintadas la satisfaccion y la alegría que se habian jeneralizado en todas las ciudades, y aun en las mismas campiñas; asi concibieron sus vasallos la mas alta opinion del monarca autor de todos estos bienes. En su reinado se vió libre Portugal de la peste que habia sufrido en los anteriores. El hambre tampoco se acercó en su tiempo á sus estados, antes bien socorrió con benéficas manos al Africa en ocasiones que padecia esta miseria. D. Manuel hizo intencion de bajar de la cumbre del poder y renunciar la corona; mas advirtió que sola la sospecha de semejante proyecto hacia tomar á su hijo ciertos modales imperiosos, y que la muchedumbre de aduladores cortesanos se inclinaba á él como sol naciente; por lo mismo afirmo mas bien el cetro que habia pensado dejar. Esta mudanza hizo abjurar afortunadamente al hijo las esperanzas que le habian hecho concebir; y mas fino y obediente, solo pensó en hacer la felicidad de un padre que tanto la merecia. Hasta en el amor conyugal y buena correspondencia de los demas hijos fué dichoso D. Manuel; por lo tanto nada omitia para complacerlos, poniendo todos sus conatos en prevenir sus deseos como un tierno padre y amable esposo, y se complacia en pasar con su familia dulcemente todo el tiempo que podia robar á los negocios y afanes del gobierno.

Se dice que si tuvo algunos defectos consistieron en la demasiada confianza que hacia de todos, con la cual se espuso á ser engañado, porque con su candor pensaba que todos le imitaban; sin embargo, no se vió que con tales confianzas le faltasen jamás al respeto: se acompañaba mucho de los sabios, cultivaba las ciencias y se le tenia por el mejor jeógrafo de su tiempo. En el mes de diciembre del año 1521 le atacó una fiebre epidémica que le quitó la vida á la edad de cincuenta y tres años.

Don juan iii.—(1521) Cuando este príncipe subió al trono fué aclamado con el mayor regocijo por los portugueses, bien que él se lo merecia por haber ejercido en gran parte las virtudes de su padre. Su discernimiento en la eleccion de los ministros fué uno de los principales motivos que le hicieron apreciable entre ellos: parece puso su mayor confianza en uno

llamado D. Antonio, de quien por el suceso siguiente podremos juzgar si la merecia. El señor de Asambuja, persona muy apreciable y de las casas antiguas y distinguidas del reino, habia hecho grandes gastos en el real servicio, y tanto por esta causa como por los muchos contratiempos que habia sufrido, estaba precisado á poner en venta sus posesiones y tierras.

Súpolo el rey y dijo al D. Antonio: «Estas tierras estan cerca de las tuyas y podrias comprarlas.» El ministro le respondió: «Mejor sería que V. M. pusiese al dueño de ellas en estado de conservarlas, pues él y sus antecesores se han arruinado y se hallan pobres por los servicios que han hecho á la corona.» El rey, que no carecia de los buenos sentimientos de su ministro, siguió su consejo, y con su jenerosidad evitó la ruina de aquella ilustre familia.

Por los años 1524 y siguientes tuvieron los portugueses con los moros de Africa muchos combates ya prósperos, ya adversos: los piratas que con el mayor furor infestaban los mares en aquellas costas, fueron perseguidos y derrotados por todas partes por las armadas portuguesas. Por este mismo tiempo se concluyó felizmente la guerra que se hacia en la India: Brito sujetó la sublevacion que se habia suscitado en Zeilan, derrotando á Mahomet, caudillo principal de los piratas. Correa venció en batalla al sultan de la isla de Baharem, en la costa de Arabia. En esta época llegó Duarte de Meneses, nombrado sucesor de Sequeira en aquel gobierno, y habiéndose sublevado los habitantes de Ormuz y prendido fuego á la ciudad, los obligó Meneses á reedificarla, y les impuso un tributo mayor que el que pagaban. Alburquerque padeció cierta desgracia en Butan y regresó á Malaca con alguna pérdida. En la costa de Coromandel se reconocian las ruinas de una antigua ciudad, y en las escavaciones que se hicieron se encontró una capilla en donde habia un sepulcro con un cadáver y una inscripcion en que se leia que el apóstol de Dios Tomas habia fabricado aquel templo, y que el rey Samago habia dedicado para su culto el diezmo de las mercaderías que se transportasen allí. Despues se descubrió otro sepulcro que contenia unos huesos muy blancos y la punta

de una lanza, con un báculo de camino y un baso de barro, que daban fé del hallado tesoro. En otro sepulcro se encontró un cadáver de uno de los discípulos de santo Tomás. Los portugueses reedificaron la capilla y colocaron en ella aquellas reliquias; poco despues construyeron cerca de aquel sitio una ciudad que la llamaron de *Santo Tomas*. Los sucesos de la India siguieron con prosperidad por todas partes estendiendo los portugueses sus dominios, apoderándose de todo el comercio en aquellos paises: con las opulentas presas que hicieron, y las inmensas riquezas que sacaban, enriquecieron el tesoro público. En medio de estas prosperidades tuvo el rey D. Juan la pena de ver que la muerte estendió su guadaña sobre el cuello de toda su familia, arrebatando indistintamente jóvenes y ancianos de ambos secsos, siendo él el último á quien derribó, para que padeciese la afliccion de ver perecer á todos. No dejó mas que un hijo llamado D. Sebastian, en la corta edad de tres años.

DON SEBASTIAN. — (1557) Tan desgraciada fué la rejencia que gobernó en la menor edad de este príncipe, como los últimos dias de su vida. La entrega forzada que de su pupilo hizo la abuela de D. Sebastian al cardenal D. Enrique su tio, fué el orijen de su descuidada educacion. Los maestros que le destinaron pusieron su conato solamente en hacerle ver como virtudes réjias la relijion y el valor; pero no un valor reflecsivo y arreglado al bien de un estado, sino el que consiste en la temeridad de buscar los mayores peligros: en materia de relijion no le inspiraron las justas ideas que hacen penetrar en el corazon del discípulo las verdades del cristianismo, y que forman las costumbres: de modo que puede decirse que lo que inculcaron en el ánimo de este desgraciado príncipe fué un fogoso fanatismo que le precipitó á su ruina. Desde su infancia manifestó el deseo que le abrasaba de hacer ostentacion de su intrepidez y del aborrecimiento que tenia al mahometismo. Por este fatal entusiasmo se empeñó en pasar al Africa, resuelto á destruir el Coran, aunque todas las personas prudentes procuraban disuadirle de aquellos intentos. Mientras D. Sebastian seguia

obstinado en sus planes, los portugueses de la India se hallaban espuestos á su ruina.

Varios reyes indios se armaron contra los portugueses: Idalcan, que era uno de los mas principales, condujo contra Goa setenta mil infantes, treinta mil caballos y dos mil cien elefantes armados, gran número de esclavos, y una monstruosa artillería compuesta de trescientos cincuenta cañones de todos calibres. Nisamaluc, con ciento veinte mil infantes y cuarenta y cuatro mil caballos sitió á Chauló, con treinta y echo cañones de bronce de enorme tamaño, y trescientos sesenta elefantes armados. El Zamorrin, sumamente irritado contra los portugueses, acometió con un fuerte ejército á Cialé. Carajia fué tambien acometida por los indios, y finalmente todas las principales plazas que poseia la nacion portuguesa en aquel pais de la India, fueron apuradas y afligidas por los naturales, contra quienes hicieron los portugueses la mas gloriosa resistencia, cuya individualizacion ocupaparia mas de lo que permiten los estrechos límites de un compendio; bastará, pues, decir que con las cortas fuerzas que estos últimos tenian en aquellos establecimientos, y que apenas podian ascender á unos cuatro mil hombres, triunfaron con el mayor valor de tantos enemigos, quedando victoriosos en todas partes, y obligándolos á retirarse ó someterse á su dominio.

No desistia el rey D. Sebastian de la empresa temeraria que se habia propuesto contra el Africa: la reina su abuela, y D. Enrique su tio, hicieron los mayores esfuerzos, ausiliados de los ruegos de los particulares mas sensatos, para disuadirle de un proyecto tan contrario al bien de sus estados en la situacion en que se hallaban, mas nada consiguieron. Ni el pontífice unido con el emperador, ni las persecuciones de los príncipes por medio de sus embajadores fueron bastantes á separarle de su empeño: hasta el rey D. Felipe II, con el objeto de ver si podria retraerle de aquel proyecto, prohibió severamente por un edicto á todos sus súdditos que pasasen en aquel tiempo al Africa; pero todo fué en vano. La reina murió de pena viendo la obstinacion de su nieto; D. Enrique se retiró á su obispado; los señores de juicio maduro por sus años y espe-

riencia dejaron de asistir al consejo. El duque de Mascareñas, héros célebre por sus muchas hazañas en la India, le hizo tambien encarecidas súplicas; y el rey para evitar la impresion que en el público podria hacer el dictámen de un hombre tan recomendable, nombró una junta para que tratándose en ella del consejo de Mascareñas, manifestase que el valor de este hombre recomendable se habia disminuido con los años; de modo que con esta resolucion juntó la obstinacion al insulto.

Finalmente, el mismo rey de Fez, contra quien se dirijia don Sebastian, le hizo presente el peligro á que se esponia, con reflecsiones bastante probadas, en que le manifestaba su compasion hácia un jóven tan valiente y pricipitado: este dictámen era sospechoso á D. Sebastian, porque de lo que él trataba no era solo el aumento de su gloria, sino restituir en el trono de Fez y de Marruecos á Muley Mahamet, desposeido de él por Muley Moluch su tio, que era el que le aconsejaba; mas este le probó que su sobrino era un hombre cruel, tirano y abandonado, que no merecia ser protejido.

Para venir en conocimiento de la funesta guerra que el rey D. Sebastian proyectó contra el Africa, es preciso referir la causa desde su orijen. El despojado rey se habia refujiado en el monte Atlas, en donde se mantenia de los latrocinios. Cansado de tan miserable vida pidió en vano socoros al rey D. Felipe para volver á su trono; recurrió últimamente con ostentosas promesas al rey don Sebastian, á cuyo jóven monarca, codicioso de gloria, logró seducir de tal modo, que sin premeditar los peligros se decidió ciegamente á poner en práctica su espedicion. Ocurrió á la sazon la venida de un navío con seiscientos soldados italianos que enviaba el papa á los irlandeses que peleaban contra la inglaterra en defensa del catolicismo: corrió inmediatamente al navio el rey D. Sebastian, y adelantándoles la paga les ganó á su partido: acudieron tambien tres mil alemanes que enviaba el príncipe de Oranje, y mil españoles, que á pesar de la prohibicion del rey D. Felipe se habian unido bajo la conducta de Alonso de Aguilar. Mandó á todos los nobles que se dispusiesen á acompañarle, como lo verificaron muchos jóvenes de distincion. Hallábase el rey don

Sebastian tan impaciente por la tardanza, que se embarcó y tuvo que esperar ocho dias en el puerto mientras se embarcaba el ejército. Esta armada se componia de siete galeras y sesenta navíos grandes armados en guerra con muchos trasportes, y contenia un ejército de quince mil hombres de todas armas que llegaron á la costa de Africa, cerca de Arzila, que se sostenia por D. Sebastian. Mahamet vino inmediatamente á verse con el rey, ofreciéndole que muy pronto volarian á unírsele muchos moros que estaban á su favor, y este incáuto jóven se llenó de gozo.

Por último, el ejército portugués, dividido en tres trozos, se puso en marcha, y al quinto dia vadeó el rio Mucasen, cerca de su union con el Luso: el primer escuadron se componia de los alemanes, italianos, españoles y voluntarios, y en los otros dos iba la infantería portuguesa, cubriendo la caballería los costados. Encontraron á los moros formados en media luna: Moluch estaba colocado en el centro en una silla de manos por estar gravemente enfermo, y habia encargado el mando á su hermano Hamet. Viendo este el corto número de los enemigos, les presentó la batalla con treinta y cuatro piezas de artillería: correspondieron los portugueses, pero tan consternados con el miedo y las innumerables balas de los enemigos, que conociendo estos por el desórden de sus fuegos la debilidad de los portugueses, se arrojaron repentinamente sobre ellos, y les amedrentaron de tal modo que D. Sebastian, para evitar su ignominia, tuvo que animarlos al combate, que fué muy reñido y sangriento: el primer escuadron peleó temerariamente, y viendo á los portugueses rodeados de moros por todas partes, estendió sus alas, y tuvieron todos que pelear por frente y retaguardia. Encendida la batalla y empeñadas todas las fuerzas, el fogoso D. Sebastian pasó al primer escuadron, donde la refriega era mas atroz: muchas veces fueron rechazados los moros y derrotados con una intrepidez estraordinaria por los cristianos. Moluch, para detener la fuga de sus soldados, aunque conocia que se acercaba el fin de su vida, montó en un caballo y entró en la pelea; pero le faltaron las fuerzas y murió en los brazos de sus criados, los cuales le volvieron á poner en la silla finjiendo que descansaba,

y siguiendo dando órdenes como si él las dictase. Hallábase todavia dudosa la victoria: los estraujeros sostenian con valor la batalla dando la muerte á innumerables enemigos, mas acometiendo estos en número muy considerable, perecieron casi todos aquellos honrosamente, pues solo dejaban las armas cuando espiraban; entonces se declaró la victoria por los moros.

Habia pasado el rey D. Sebastian al último escuadron para infundir aliento á los que desmayaban, y aunque se esforzaba anunciándoles á grandes gritos la muerte de Moluch, su contrario, nada pudo conseguir de unas tropas que estaban ya sobrecojidas del espanto, y que habiendo arrojado las armas imploraban la clemencia del vencedor: Aldana, Avesri, y otros muchos jefes principales, cayeron muertos con las armas en las manos: D. Sebastian, sin hacer caso de la herida que habia recibido en el primer escuadron, y desempeñando las veces de jeneral y de soldado, acudia á todas partes cubierto de su propia sangre; siendo tanto [illegible] ardor en la batalla, que mudó tres caballos, con grande admiracion de todos; pero habiendo caido al suelo la bandera real por muerte del alferez que la llevaba, corrieron los nobles por todas partes en busca del rey; vieron la bandera de Duarte de Meneses, muy semejante á aquella, y acudieron á él: mientras creian que acompañaban á D. Sebastian, fué este rodeado por los moros; y no queriendo entregarse, siguió con su muerte (1) al ejército que habia per-

(1) De la suerte de este monarca no se habla de un solo modo: la primera relacion dice que rodeándole los moros le quitaron la espada y las demas armas y se aseguraron de su persona; pero que suscitándose contienda entre los que le habian preso, se abrió camino uno de sus jenerales por entre la tropa que iba á llegar á las manos, y para quitar disputas le dió un tajo con el sable, que bajándole hasta la ceja del ojo derecho le echó á tierra, y que los otros acabaron con él. Que al dia siguiente conoció un ayuda de cámara el cuerpo de D. Sebastian por órden del rey moro que le envió adonde habia pasado la escena; y que asimismo le conocieron otros portugueses por indicios verosímiles, conviniendo todos en que tenia la cabeza muy desfigurada. Pasaron aquel cadáver de Ceuta á Portugal, y le enterraron. Otra relacion, que es de Luis Brito, señor portugués, dice que retirándose este de la pelea con su estandarte arrollado al cuerpo y encontrándole el rey, le dijo: *ten firme ese estandarte y muramos sobre él*: que dió el princi-

dido por su temeridad. Todo estaba en el mayor desórden y confusion, soldados, jefes, caballos, carros, banderas y bagajes se aglomeraron en un grupo de tal modo, que no podian manejar las armas ni ponerse en órden de batalla. La fatiga y el cansancio de matar fué solo lo que puso fin á la pelea. Mahamet, autor de esta guerra, se puso en fuga, y pereció ahogado al pasar el rio Mucasen; de este modo, con ejemplo memorable, murieron tres reyes en una sola batalla. Este desgraciado combate se dió el dia 4 de agosto del año 1578: fué sumamente funesto para Portugal, pues en él pereció la flor de su nobleza y de sus tropas, no siendo la menor desgracia la pérdida de su jóven rey, que era de una índole escelente, y daba grandes esperanzas.

DON ENRIQUE. — (1578) Luego que llegó á Portugal la triste noticia de la muerte y desastre del rey D. Sebastian, nombraron los portugueses por su rey al cardenal D. Enrique su tio, hermano de su abuelo, aunque era bastante anciano. Sin embargo, los grandes trataron de casarle para asegurar la sucesion, pero se negó en Roma esta pretension. Desde que subió al trono solo se oyó hablar de la persona que debia sucederle. Se trató que dispusiese su testamento señalando un sucesor, y D. Enrique estaba indeciso entre los tres pretendientes que se presentaban. Felipe II, rey de España, era uno de estos, otro la duquesa de Braganza, á quien se inclinaba mas Enrique, aunque temia al rey de España, y aborrecia al prior de Ocrato su sobrino, cuyo derecho habria sido el mas cierto si hubiese podido probar su lejitimidad. Estando D. Enrique en esta incertidumbre mudó de pensamiento convocando córtes en Almeirin, para que en ellas se elijiese por votacion de los estados el sucesor lejítimo. D. Enrique no pudo asistir por su débil salud, pero manifestó que para evitar disensiones en el reino sería bueno conferírselo á D. Felipe. Los populares, que manifestaban afecto á D. Antonio, prior de Ocrato, se alteraron clamando que

pe sobre los moros y le prendieron: que Brito se le quitó de las manos, pero que á él tambien le hicieron prisionero con su estandarte, y que cuando le llevaban alcanzó á ver al rey, á quien ya no perseguian. D. Luis de Limia depuso haber visto al rey que iba caminando hácia el rio, y que aquella fué la última vez que se le vió.

la corona de Portugal no se conferiria á ninguno por derecho de sangre; y querian que el rey mandase al pueblo usar del derecho que le pertenecia elijiéndole por votos. Temeroso don Enrique, les concedió por contentarlos el término de dos dias, para que alegasen aquel supuesto derecho: con esto se creyeron autorizados, y vociferaron públicamente que darian el reino á otro cualquiera antes que al castellano. Mientras duraban estos altercados falleció D. Enrique, á la edad de sesenta y nueve años, en el mismo dia en que habia nacido, que fué el 31 de enero, despues de haber reinado solos diezisiete meses, y en él acabó la línea masculina de los reyes de Portugal, que descendia del conde D. Enrique.

Don antonio, *rey titular*. — (1580) Los gobernadores discordaban en sus opiniones acerca de los asuntos del reino, y en cuanto á la eleccion de rey tres de ellos favorecian á Felipe II: el arzobispo de Lisboa se mantenia neutral, y Tello se declaró por el partido de la plebe. Los embajadores castellanos instaban en favor de su rey, de modo que todo era confusion en Portugal; y ardiendo todos en deseos de guerra, no podian hacerla por carecer de lo necesario. En este conflicto los gobernadores enviaron una solemne embajada á D. Felipe, suplicándole se abstuviese de usar de las armas hasta que los jueces electos proveyesen el reino; pero D. Felipe les contestó que él daba leyes, y no las recibia; que no se sujetaba al juicio de ninguno.

El pueblo de Lisboa se alteró, y Tello se encargó de la defensa y del mando de los populares. Por otra parte, D. Antonio no se descuidaba en practicar cuantas dilijencias consideraba necesarias para ganar á los nobles, pues del afecto de los plebeyos estaba bien persuadido. Pasó á Santaren, en donde fué recibido con increible aplauso. Allí un zapatero levantó un pañuelo en la punta de una pica, lo tremoló, y en alta voz proclamó á D. Antonio rey de Portugal. Siguióle toda la multitud saludándole por su rey, con tantas demostraciones de alegría, como jamás se habian visto en aquel reino. Marchó á Lisboa con toda aquella jente, y fué recibido en la capital con estraordinario aplauso del pueblo, que en la puerta de Moreira le saludó rey con igual júbilo que en Santaren: fué conducido al palacio, donde le

juraron solemnemente, y enarbolando las banderas le aclamaron con infinitos vivas, sin que los majistrados pudieran oponerse, por falta de fuerzas, á la muchedumbre, cuyo ejemplo fué seguido por otras ciudades y por los gobernadores de muchas fortalezas.

No pudo D. Antonio atraer á su partido á los otros gobernadores por mas instancias que hizo, por lo cual intentó reducirlos á la fuerza, juntando á este efecto una multitud de jente armada en los campos; mas ellos se embarcaron y huyeron á refujiarse en Ayamonte. Los embajadores escaparon cada uno por donde pudo, y no sin peligro de la vida llegaron á Badajoz.

El rey D. Felipe se conducia con mucha prudencia y circunspeccion: el duque de Alba con su ejército se internó en el reino, y los pueblos y fortalezas se le entregaron inmediatamente: trató bien á los habitantes, refrenando á los militares, para que no hiciesen daño. El marqués de Santa Cruz, con una grande armada, se apoderó de varios pueblos de la costa, y llegó á Setubal al mismo tiempo que el duque de Alba tomó la plaza. Desde allí pasó el ejército á Carcaes, que halló abandonada de sus habitantes.

Con estos sucesos se consternó Lisboa: D. Antonio, falto de consejo, no se resolvia á cosa alguna, hasta que al fin, animado por las muchas ecsortaciones de sus partidarios, salió al encuentro á las tropas castellanas para tentar fortuna. Mandó fijar su campamento en un sitio oportuno entre Belem y la ciudad, sin querer dar oidos al majistrado de Lisboa que le aconsejaba la entrega. D. Antonio se quedó en Alcántara, en un punto elevado, desde donde vió el estrago del castillo de San Julian sin socorrerle ni protejer á los infelices que peligraban, por lo que el gobernador de la fortaleza se apresuró á rendirse. El ejército castellano batió la fortaleza de Belem para seguir su espedicion, y entró en ella por entrega que le hizo su alcaide.

Don Antonio tenia á la otra parte del rio de Alcántara dieziseis mil hombres visoños, y dijo que con ellos iba resuelto á vencer ó morir; mas cuando llegó el caso no hizo lo uno ni lo otro. Colocados los dos ejércitos en las orillas del rio, encargó D. Antonio la defensa del puente á los mejores soldados que tenia; y derrotados estos por la artillería

enemiga, corrió la voz de que habia sido tomado el puente, cuya noticia infundió tanto terror en los rebeldes, que con una cobarde y precipitada fuga caian los unos sobre los otros. D. Antonio, mezclado entre los fujitivos, llegó á la ciudad con sus principales amigos, y al tiempo de entrar en ella fué herido por el tropel de las armas. Inmediatamente mandó soltar los presos de las cárceles, y escapó por otra parte, acompañado de algunos de los suyos: de este modo quedó la capital dominada por los castellanos el dia 25 de agosto del año de 1580. Despues de la victoria entró el duque de Alba en Lisboa, y á su instancia, no pudiendo el rey asistir por hallarse gravemente enfermo, hicieron los majistrados el correspondiente juramento de fidelidad.

Don Felipe II, rey de España y Portugal.—(1581) Este soberano, que se habia propuesto ganar con beneficios el afecto de los portugueses, vivia confiado en que podria sostener su reinado con pocas fuerzas, por lo cual se mostraba induljente con ellos, para conciliarse de este modo el amor de una jente tan opulenta y valerosa. Pasó á *Tomar* para congregar córtes del reino en el monasterio del órden militar de Cristo, y el 19 de abril del año 1581 se celebró la primera sesion, en la que se confirmó con juramento los privilejios, inmunidades y prerogativas de los portugueses, que recíprocamente le juraron á él, y á su hijo D. Diego como heredero del reino. Otorgó muchas de las ofertas que habia hecho al principio; mas no condescendió á todas las pretensiones que le hicieron, porque algunas eran escesivas. Repartió muchas gracias, confirmó al de Braganza en su empleo de jeneral de la caballería, y le condecoró con el Toison. Algunos le indicaron debia suprimirse la universidad de Coimbra, y el rey lo llevó tan á mal, que lejos de condescender, la recibió bajo su proteccion.

Concluidas las córtes marchó D. Felipe á Lisboa, y se detuvo en Almeida á la orilla del Tajo mientras se disponia el aparato: entretanto, para refrenar á los isleños de las Terceras, que se manifestaban descontentos, envió cuatro navíos con tropas al mando de D. Pedro Valdés, encargándole que recibiese los navios que venian de la India, y que no emprendiese cosa alguna contra aquellas islas; pero eje-

entó lo contrario, porque acometió á los habitantes de la Tercera, y tuvo una desgraciada pelea. Instruidos los isleños por un fraile agustino, pusieron delante del primer escuadron una multitud de toros feroces; y habiéndoles agarrochado, los soltaron repentinamente contra los castellanos, á quienes derrotaron y desordenaron con mucho estrago, habiendo muerto cuatrocientos de ellos y solos treinta portugueses.

Don Antonio, que se habia escapado en un navío á Francia, envió despues á las islas algunas tropas á quienes dió esperanzas de que dentro de poco tiempo llegaria él con una gruesa armada; mas no lo verificó. El rey entró en Lisboa á últimos de junio con muchas demostraciones de regocijo: fué conducido por los majistrados bajo de un pálio de oro á la iglesia catedral, y despues de haber dado gracias al Todopoderoso, pasó al palacio real acompañado de toda la nobleza entre los aplausos del pueblo.

Durante este reinado llegaron de las Indias flotas opulentamente cargadas con muchas mercaderías esquisitas de aquellos paises. A peticion de los portugueses estableció don Felipe en Goa una audiencia compuesta de diez oidores muy doctos. Pablo de Luna, soldado muy valiente, se apoderó de la ciudad de Yor, no lejos de Malaca, derribando sus murallas; encontró en ella mil piezas de artillería y dos mil doscientos buques que estaban fondeados en el rio.

El domingo 3 de setiembre de 1598 murió el rey D. Felipe II, á la edad de setenta y un años, á la que no ha llegado ningun príncipe de la casa de Austria.

DON FELIPE III. — (1598) Por la muerte de Felipe II entró á reinar en Portugal su hijo y sucesor Felipe III, quien viendo que aquel reino padecía una gran escasez de granos y otros víveres, causada por las anteriores discordias y guerras, en las cuales se habian empleado los brazos de la agricultura, trató de su alivio dando al efecto las mas acertadas providencias, como tambien para evitar la propagacion de la peste que se advertia en aquel reino y aflijia las Andalucías.

Durante este reinado sufrieron las armas portuguesas muchas derrotas en la India, porque descontentos los naturales con su gobierno y el de los cas-

tellanos, que los apuraban con crecidos impuestos y trabas en el comercio, se alarmaron contra ellos para vengar sus agravios. Habia llegado á Goa el nuevo virey Francisco de Gama, cuando comenzaba á decaer el dominio portugués. Juan Pandar, señor de la isla de Zeilan, la habia dejado en herencia á D. Felipe, rey de Portugal; pero esta posesion produjo mas daño que utilidad, porque de sus resultas se formaron guerras implacables que se estendieron por todos aquellos dominios portugueses.

El dia 22 de abril de 1619 salió de Madrid para Lisboa el rey D. Felipe III acompañado de su hijo y sucesor el príncipe D. Felipe: hizo su entrada en aquella capital el 29 de junio; el 14 del mes siguiente fué proclamado D. Felipe IV príncipe de Portugal, y en seguida se abrieron las córtes para tratar en ellas asuntos del gobierno.

Los portugueses tardaron mucho tiempo en acomodarse al gobierno castellano, porque les era muy repugnante. Los gobernadores que los reyes de Castilla ponian allí, mortificaban á los pueblos con crecidos impuestos, cuya cobranza causó algunas alteraciones; no se atendió á conservar las fortalezas ni se pagaba bien el prest á las tropas; la marina no se ocupaba en defender las costas y establecimientos del Africa y Asia, sino que se unió á la famosa armada llamada la *Invencible*, que fué derrotada en la espedicion contra la Inglaterra, de cuyas resultas los holandeses invadieron las mas preciosas colonias portuguesas, porque deseaban sustraerse del dominio español; y de aquí provino la mas horrorosa miseria. Algunos políticos suponian que los españoles pretendian hacer al Portugal una provincia de España, y que para lograrlo querian valerse del medio de empobrecer á los naturales: al fin se cansaron estos de sufrir el yugo castellano.

Felipe iv. — (1621) Muerto Felipe III, le sucedió su hijo en los reinos de España y Portugal. En el reinado de este monarca se esplicó el orgullo portugués: cansados de sufrir por espacio de sesenta años, buscaron medios de reunirse con los señores descontentos, y aunque unos y otros leian en los semblantes sus ocultos deseos, no se atrevian á comunicarse sus intenciones. Ya

en fin hubo un hombre que concibió el proyecto de acabar con la incertidumbre é irresolucion: llamábase este Juan Pinto Riveiro y era mayordomo mayor del duque de Braganza, quien aunque bastardo tenia derecho á la corona. Pinto supo engañar á los espías que tenia puestos el gobierno español, y juntar á los señores mas decididos para realizar su proyecto sin comprometer á su amo, que parecia ignorar, ó realmente ignoró, lo que se trataba.

Insurreccion del Portugal. — El jenio del duque de Braganza era muy acomodado á las circunstancias, modesto, dulce, sin esterioridades de ambicion, y asi no sospechaban de él los españoles, aunque sabian que era de la sangre real. Como tenia reputacion de hombre moderado, dudaban los coligados si querria sacrificar su sosiego al brillo de la corona: Pinto le presentó un diputado de aquellos señores para que juzgase sobre el concepto que debia formar de su amo en este punto. Por entonces habian llamado á Madrid al duque de Braganza, y se temió el oculto designio de retenerle en esta capital: hizo presente á la duquesa su esposa lo que pasaba, y esta le respondió: «En Madrid os espera la muerte: podrá ser tambien que la halleis en Lisboa; mas allí morireis encarcelado y miserable: si os vencen aquí caereis lleno de gloria y como rey; esto es lo peor que puede ocurrir; pero contemos con el favor del pueblo y con la proteccion de Dios.» Todas las medidas estaban ya tomadas, y para obrar solo se esperaba el consentimiento del príncipe: este lo dió, y al instante todo se puso en movimiento.

Los principales de Lisboa estaban ganados ó se habian ofrecido á la sedicion: para asegurar mas el golpe pretestaron la decadencia del comercio, y los fabricantes despidieron á sus oficiales para que con el hambre se resolviesen con mas facilidad á la sublevacion. Se verificó esta juntándose los conjurados en los puestos que ya estaban determinados para los ataques: con el mayor disimulo y por diferentes caminos marcharon á los puntos de reunion para evitar que lo llegasen á entender la vireina y el secretario de estado Vasconcelos, que ejercia toda la autoridad. Cuando Pinto calculó que estaban ya juntos to-

dos sus partidarios, hizo la señal con un tiro de pistola; todos acometieron por diferentes puertas, arrollaron las guardias, entraron en la habitacion de Vasconcelos, le mataron y arrojaron el cadáver por la ventana: hicieron á la vireina que firmase una órden para que el gobernador rindiese la ciudadela ó castillo, y ella obedeció. El duque de Braganza estaba á la orilla del rio esperando la noticia del suceso, y al instante que la recibió atravesó el rio en una barca y fué recibido con jeneral aclamacion del pueblo que habia acudido en tropel á la ribera. Es cosa notable que habiendo principiado la escena á las ocho de la mañana, se hallase la ciudad totalmente tranquila y todas sus tiendas abiertas á la hora del mediodia. De este modo quedó el duque de Braganza dueño del Portugal.

DON JUAN IV, REY DE PORTUGAL.—(1640) El ministro español, conde duque de Olivares, intrigó estremadamente con la política y las armas para reconquistar su autoridad en Portugal. El duque de Braganza, con el nombre de Juan IV, se vió oprimido por conjuraciones suscitadas por este ministro; y solo le libraron de estas tentativas su prudencia y felices casualidades. Por la política astuta de Olivares se hicieron sospechosos los mejores ministros de Juan IV, y con sus cabezas pagaron las sospechas que habian inspirado á su soberano. Reconocióse despues la inocencia de estos desgraciados; mas los motivos de desconfianza que contínuamente daban las sutilezas de los emisarios españoles, tuvieron por mucho tiempo al rey en en perplejidad contínua en mediode su corte.

Los portugueses, aunque casi desunidos por las intrigas del consejo español, resistieron á sus primeros esfuerzos: los paisanos trabajaban alternativamente en el campo y peleaban en la guerra: de este modo los fué disciplinando D. Juan con el ausilio de oficiales estranjeros que hizo venir de todas partes; y con pequeñas acciones, cuyo buen écsito estaba ya preparado, los animó, les infundió valor, y aun ganaron batallas decisivas. Sus embajadores, que solo eran tolerados en las cortes estranjeras, se presentaron ya en ellas con esplendor, á pesar de las sordas imputaciones, amenazas públicas, y del dinero pródigamente repartido, medios de que se valian los mi-

nistros españoles para retirar á los portugueses de las córtes; pero al fin D. Juan fué reconocido rey de Portugal en todas partes. En su elevacion no mudó de costumbres, antes bien manifestó virtudes que en un particular habrian quedado ocultas. Le apellidaron el *Afortunado*, y hasta que falleció en el año 1656, vivió aplicado con el mayor esmero á los negocios del gobierno, aunque destinaba á la diversion de la caza algun corto tiempo.

Don Alonso iv.—(1656) Este príncipe sucedió en el trono por la muerte de su padre D. Juan, aunque bajo la tutula de la reina su madre. Se hallaba bastante enfermo, y con este motivo le toleraron ciertos defectos de su juventud, que dejeneraron despues en vicios. Tenia un hermano llamado D. Pedro, á quien dieron mejor educacion, pues se dice que la madre tenia á este mas afecto que al primojénito; y este esmero tuvo resultado mas feliz. Como en los palacios no faltan cortesanos envidiosos, intentaron introducir desavenencias, porque lisonjeando al primojénito esperaban aprovecharse de su favor, y redujeron al príncipe á apartarse de su madre. Esta señora gobernó durante la menor edad de príncipe con el mayor aplauso de todos; juzgando por los estravíos de D. Alonso que no se hallaba en disposicion de gobernar, quiso la reina continuar, y los favoritos la separaron. Se presume que la madre inspiró á don Pedro deseos de destronar á su hermano: lo cierto es que murió antes de que sucediese, y aunque al tiempo de morir ecsortó á los dos hermanos á la paz y buena armonía, los dejó al fin en la misma enemistad.

Se habia tratado y concluido el casamiento del rey con la princesa de Nemours, la cual accedió á pesar de correr voces que D. Alonso era impotente. Se dice que la primera mirada de la reina cuando llegó, fué menos favorable al rey que á su hermano, y que este la entendió. Lo cierto es que estuvieron siempre acordes en cuanto pasó acerca del rey. La difunta reina habia indicado lo que debia hacerse contra D. Alonso, separando de su lado dos de los principales favoritos; y en efecto los enviaron al Brasil, en donde vivieron sin autoridad alguna. Este rey, que algunos le califican de brutal, precipitado y aun feroz, se contentó entonces con quejarse de su suerte, y no se ve

que hubiese intentado vengar los insultos. Conociendo D. Pedro el carácter de su hermano, se atrevió á buscar medios de ganar al pueblo de Lisboa, y principalmente al clero con afectacion de piedad, al mismo tiempo que mostraba á su hermano la mayor atencion y lástima de sus estravagancias, que se graduaban de locura.

Este supuesto estado servia de pretesto para quitarle, ya con gusto ó ya por fuerza, los ministros que observaban ser mas capaces para sostenerlo: por este medio se vió el desgraciado príncipe sin consejo, colocado en las circunstancias mas espinosas, y muchas veces suspiró por este desamparo. Para aumentar la desesperacion del desventurado D. Alonso, se retiró la reina á un convento, desde donde le escribió una carta, reconviniéndole sobre la conducta insoportable que habia observado con ella; y últimamente, diciéndole que no era su mujer. Inmediatamente se juntó el consejo, y acordó que por el bien del reino debia D. Alonso renunciar la corona en favor de D. Pedro. Esta resolucion la presentaron al rey, y no queria admitirla; pero D. Pedro pasó al palacio, é hizo arrestar á su hermano. Un hombre que tenian prevenido para persuadir al príncipe se presentó á él diciéndole que si se resignaba le pondrian en libertad: asintió á ello, y queriendo tambien hacerle firmar la nulidad de su matrimonio, pidió que este asunto se consultase con doctores: el resultado fué que firmó igualmente este artículo; y tan pronto como se verificó la declaracion, nombraron á D. Pedro rejente del reino.

Don pedro ii. —(1667) Este príncipe tenia veintiun años cuando le dieron la rejencia del reino, y por su poca edad no se creyó que hubiese dirijido la conjuracion contra su hermano: aunque la reina apenas tenia mayor edad, se sospechó que ella era el alma de semejante revolucion. Hasta que D. Alonso se vió solo, parece que no habia sentido su catástrofe; entonces suplicó á su hermano le permitiese pasar á hacer compañía á Juan, guarda de sus perros. Esta humillante peticion conmovió tanto á D. Pedro, que derramó muchas lágrimas, sin duda porque reflecsionó la amarga suerte de su hermano; mas á la reina no la mereció un suspiro.

Los estados confirmaron á don Pedro en la rejencia: sus primeros cuidados fueron restablecer

la policía, que estaba abandonada por el mal ejemplo de D. Alonso, pues este iba de noche por las calles con escándalo, golpeando y aun hiriendo algunos de los que encontraba; asi no era estraño que hubiese desagradado á una francesa delicada, la cual, viéndose libre de un esposo rústico, se dedicó á atraer al sujeto que habia sido el blanco de sus deseos, para de este modo no descender del trono y oparle con marido de su gusto; mas era necesario persuadir al público que el casamiento con D. Pedro era una razon de estado y no del amor. La princesa de Nemours hablaba en su convento de que se anulase el matrimonio, entregándola su dote para retirarse á Francia. El matrimonio quedó nulo, concurriendo para ello D. Alonso, que reconoció por verdad lo que la reina habia dicho. Libre ya, podia retirarse si la acomodaba; y como los estados no podian ni querian devolverla el dote, la suplicaron que se quedase, y que el único medio de tranquilizarlo todo seria el casamiento con D. Pedro: al oir esta proposicion, se manifestó la reina como indiferente, guardando un modesto silencio. Los diputados de los estados pasaron á ver al príncipe, le hicieron presente que este casamiento era conveniente para la tranquilidad del reino; y el rejente, que lo deseaba, prestó inmediatamente su consentimiento, con tal de que lograsen el sí de la princesa; y esta, que tambien lo apetecia, condescendió tan pronto como se lo propusieron los diputados: muy pocos casamientos se han tratado con tantas ceremonias diplomáticas como este, que se celebró con grande pompa y aparato. La artillería notició á don Alonso, estando en su prision, este suceso, y aunque al principio se conmovió, recobró al instante su espíritu diciendo que tenia lastima á su hermano, y que bien pronto se hallaria tan cansado de la francesa como él se habia visto.

Para librarse D. Pedro de la incomodidad de tener siempre á la vista un objeto molesto, envió á su hermano á las islas Terceras, en donde con sosiego podria satisfacer su aficion á la caza. Corrió la noticia de que traban de deshacerse de él luego que llegase á aquellas islas; y para evitar estas murmuraciones, le sacaron de ellas, en lo que sus mismos amigos le hicieron un perjuicio, por quitarle el gusto de disfrutar de la grande

estension de aquel pais que le habian concedido, y despues se vió encerrado en el castillo de Cintra, en cuya prision murió al cabo de quince años.

Cuando se vió atacado de la última enfermedad, dijo: «Yo voy á morir; pero la reina muy presto me seguirá, para dar cuenta en el tribunal terrible de los males que me ha causado.»

Así sucedió, pues la francesa le sobrevivió poco tiempo, y solo por algunos meses vió gozar á su nuevo esposo el título de rey. D. Pedro conservó siempre á esta reina mucha estimacion, y confió á ella los negocios del gobierno. Volvió á casarse el rey, é igualmente hizo feliz á su segunda esposa, porque sus ocultos amores fueron tan reservados, que no pudieron causar celos. Pasa D. Pedro en la historia por un político profundo, y solo se le nota como un defecto el no haber decidido por sí con satisfaccion en los negocios. Sus ministros representaban mas que él su señorío; y por esto un embajador de Inglaterra escribió á la reina Ana este chiste: «En el consejo no tenemos mas que un amigo que es el rey, y aun este no es de los que mas suponen.»

Don juan v.—(1706) Cuando este soberano tomó á su cargo los negocios del gobierno, lo encontró todo sumamente arreglado, y lo único que hizo fué seguir el plan de política que sus antecesores le habian dejado para sostener el equilibrio entre las casas de Francia y Austria, que disputaban sobre la posesion del reino de España. Estas mácsimas se las prescribia el plan diplomático que habia formado su padre D. Pedro, en el que le indicaba que apoyándose en las fuerzas de la Inglaterra, se hiciese buscar por aquellas dos naciones. D. Juan consiguió perfectamente el fruto de los proyectos de su padre, pues hizo un gran papel entre los soberanos mas poderosos de Europa, cuya distincion procuró conservar siempre con el mayor celo.

En la guerra de sucesion de España se unió al archiduque de Austria y demas aliados: en el año 1706 los portugueses, ingleses y holandeses entraron en Castilla y se apoderaron de Alcántara, Ciudad Rodrigo y Salamanca, desde donde siguieron hasta Madrid sin oposicion en los pueblos, obligando al rey D. Felipe á retirarse de la capital, en donde entraron los portugueses; siguieron á Cuenca, de cuya plaza se apoderaron á pe-

sar de su heróica resistencia, y fueron á unirse con las tropas del archiduque que se hallaban en Guadalajara. Envanecidos los aliados con sus victorias, no supieron aprovecharse de ellas; y por su apatia dieron lugar á que rehaciendo D. Felipe su ejército recobrase á Madrid, en donde hizo prisionero al jeneral portugués conde de las Amayuelas. En las cercanías de Almansa, en el reino de Murcia, se encontraron los aliados con el ejército español, se trabó una gran batalla que duró mucho tiempo indecisa, habiendo tenido que retroceder los españoles hasta la misma villa de Almansa, en donde se rehicieron, y siguiendo la batalla destrozaron completamente al ejército aliado, dejando muertos en el campo seis mil enemigos, entre los cuales se veian rejimientos enteros de portugueses. Todos los trenes, bagajes, pertrechos de guerra y municiones quedaron en poder de los castellanos, con un sin número de prisioneros, entre los cuales se contaban cinco jenerales, siete brigadieres, muchos coroneles y oficiales. Esta batalla ocurrió el 25 de abril de 1707. En el año siguiente perdieron los portugueses las plazas de Moura, Serpa, Ciudad-Rodrigo, y en las cercanías de Evora la gran batalla de Gudiña.

En el año de 1710 perdieron tambien los portugueses y sus aliados las memorables batallas de Brihuega y de Villaviciosa, que fueron de las mas sangrientas y famosas de aquel tiempo, sin que el rey de Portugal hubiese logrado ventaja alguna, antes por el contrario, se empobreció y perdió sus mejores y mas valientes soldados, viéndose precisado al fin á entrar en la paz que ajustaron los aliados en el año 1713.

Don josé i. — (1750) Tan pronto como murió el rey don Juan, subió al trono su hijo don José, quien tuvo el disgusto de ver casi arruinada la ciudad de Lisboa por un horrible temblor de tierra, que ademas de haber destrozado inumerables edificios, perecieron en ella mas de veinticuatro mil almas. Siguió á esta catástrofe una gran conspiracion, en la que estuvo el rey á punto de perder la vida, pues le hirieron en su misma carroza unos asesinos, de cuyas manos se libró por una especie de milagro. Los reos de semejante crímen, que eran de lo principal de la nobleza, fueron castigados: en este acontecimiento tuvo principio el descrédito de los

jesuitas, y su espulsion de aquel reino.

No habiendo querido el rey de Portugal entrar en una liga que le propuso el de España contra los ingleses, invadieron las tropas españolas el Portugal: se apoderaron de Miranda, Braganza, Moncorvo y Chaves, se hicieron dueños de las provincias de Tras-os-Montes y la de Beira, en donde se reunió todo el ejército castellano que rindió y tomó á Almeida. Cuando determinaba marchar sobre Lisboa, le salieron al encuentro los portugueses ausiliados ya de sus amigos los ingleses, y con sus choques y entretenidas parciales lograron retardar el sitio de Lisboa hasta que llegó de Inglaterra un socorro de tropas al mando del acreditado jeneral conde de Lippe. Este tuvo noticia de que un ejército español se disponia á entrar en Portugal por la Estremadura, y que los almacenes de provisiones se habian formado en Valencia de Alcántara: pasó á ella inmediatamente, sorprendió su guarnicion, mató ó aprisionó á cuantos españoles intentaron defenderse, y de este modo impidió que el ejército enemigo se internase en la provincia de Alentejo. A esta accion siguieron otras contrarias á los españoles, quienes viéndose sin víveres tuvieron que retirarse á invernar á Estremadura y Castilla, evacuando el Portugal. El fin de esta campaña fué hacer la paz entre la Inglaterra, la Francia, España y Portugal, restituyéndose recíprocamente estas potencias las presas y mucho de lo conquistado, cuya paz se ratificó el dia 10 de febrero del año de 1763. El rey D. José murió sin dejar sucesion varonil.

Doña Maria y don Pedro.—(1777) Esta princesa, hija primojénita de D. José, casó con su tio D. Pedro, hermano del rey, y entró á gobernar por la muerte de este, ocurrida en el año 1777 hasta el dia 10 de marzo de 1792, en que con motivo de haber enviudado publicó Juan VI, su hijo, un edicto manifestando que durante la inhabilidad de su madre para manejar las riendas del gobierno firmaria él todos los actos y órdenes públicas. Como la enfermedad de la reina se fué aumentando en tiempo de su viudez cada dia mas, de modo que la imposibilitaba totalmente, fué nombrado don Juan rejente del reino el dia 15 de junio de 1799, cuyo jénero de gobierno duró en Portugal hasta la muerte de

doña María, acontecida en 20 de marzo de 1816, en cuyo tiempo no sucedieron en el reino otros asuntos de consideracion, que la guerra ocurrida con la España, terminada por el tratado hecho en Badajoz el 6 de junio de 1801, por el cual restituyó España á Portugal algunas plazas que le habia tomado, y este la cedió por via de indemnizacion la de Olivenza con su territorio: y la paz ajustada con la Francia en 20 de setiembre de 1799, cuyas principales condiciones fueron arreglar los límites de la Guayana portuguesa y francesa, con mucha ventaja de esta potencia.

En el año 1807 invadieron las tropas de Napoleon al Portugal bajo el mando del jeneral Junot, segun el tratado secreto que habia arrancado con falacia al rey de España don Carlos IV y su favorito don Manuel Godoy; mas el príncipe D. Juan, que tenia motivo para sospechar de la aparente amistad de Junot, se embarcó en el mes de noviembre del mismo año para el Brasil, dejando encargada la administracion del reino á un consejo de rejencia que nombró, compuesto de cinco individuos.

En el año 1808 desembarcó en Portugal un ejército inglés al mando de Sir Arturo Wellesley, despues lord Wellington, y unido con los portugueses batió y derrotó á Junot, arrojando al ejército francés de todo el Portugal hasta Castilla la Vieja, donde tambien entró despues.

En 27 de setiembre de 1810, los franceses mandados por el jeneral Masena, presentaron á los ingleses la batalla de Busaco, de cuyas resultas se retiraron estos, dejando devastado el pais, y Masena invadió con sus tropas el centro de Portugal; pero los atrincheramientos de Torres-vedras, frente de Lisboa, le detuvieron el paso y la obligaron á permanecer con la mayor miseria en un territorio que carecia de todo, hasta que el dia 5 de mayo de 1811 tuvo que aventurar una accion jeneral en Portugal, en la que fué derrotado el ejército francés, obligado á repasar el rio Agreda, y abandonar con mucha pérdida á Almeida.

Don juan vi. — (1816) Este Príncipe, que segun hemos dicho, era rejente de Portugal por la demencia de su madre doña María I, la sucedió, á su muerte, en el reino de Portugal y del Brasil; pero la au-

sencia de la familia real, y la onerosa administracion del jeneral Benxford, gobernador inglés, escitaron el descontento de los portugueses. El 24 de agosto de 1820, la guarnicion de Oporto, siguiendo el ejemplo de España, se declaró por el sistema constitucional, que fué acojido con entusiasmo por todo el reino, y se promulgó una constitucion semejante á la española. Juan VI, que llegó á Lisboa en 1821, aceptó la constitucion, y fijó su residencia en dicha ciudad, en donde se le reunió despues toda su familia, escepto su hijo primojénito D. Pedro, á quien dejó en el Brasil en calidad de virey. Juan VI, habia jurado la constitucion de buena fé y con voluntad; pero la reina su esposa y su hijo segundo D. Miguel conspiraron sin cesar contra aquella ley fundamental, é hicieron varias tentativas en 1823 y 24, para derribarla. El objeto de sus últimos esfuerzos fué apoderarse de la persona del rey, y concentrar todos los poderes de un soberano absoluto en las manos del jóven D. Miguel; pero llegando este plan á conocimiento del rey D. Juan, se acojió á bordo de un navío inglés, donde invocó la proteccion de su aliada la Inglaterra. Esto desconcertó al partido absolutista, y el infante, obedeciendo las órdenes del rey, que le mandó comparecer en su presencia, confesó que se habia dejado arrastar por malos consejos, é imploró la gracia de su padre. Este le perdonó, contentándose con enviarle á pasar algunos años en Viena. Desde este momento se dedicó el anciano rey, sin obstáculo alguno, á formar una nueva constitucion mejor adaptada á los intereses de Portugal; pero la muerte le sorprendió en 1826, antes de que terminase su obra.

En virtud de una cláusula del testamento del difunto rey, su hija la infanta doña Isabel tomó las riendas del gobierno como rejente, en nombre de D. Pedro, que no podia dejar el Brasil, de cuyos estados era ya emperador independiente. D. Pedro se ocupó en ejecutar los planes de su padre: otorgó á los portugueses una Carta esencialmente liberal, la *Carta-ley* de 1826, y abdicó la corona de Portugal en favor de su hija doña Maria II de la Gloria, que tenía unos siete años, nombrando al mismo tiempo rejente de

este reino á su hermano D. Miguel, con la obligacion de casarse con su sobrina y proclamar la espresada constitucion.

Don miguel i. — (1827) Este infante se hallaba desterrado en Viena cuando le llegó la noticia de su nombramiento. Antes de salir de esta ciudad prestó juramento á la constitucion, el que renovó solemnemente á su llegada á Lisboa, en febrero de 1827; pero no tardó en quebrantarle. Principió por poner un ministerio compuesto de personas conocidas por sus principios contra el sistema representativo, esperanzado de anular la carta por una série de medidas combinadas con destreza y habilidad. Preludió la ejecucion de este proyecto disolviendo la cámara de diputados, y mandando que se procediese á nuevas elecciones, negociando al propio tiempo con la Inglaterra, á fin de que las tropas inglesas evacuasen la capital. Tan luego como esto se realizó, arrojó la máscara con que se cubria; la municipalidad de Lisboa, escitada por sus ajentes, le proclamó rey, y abrió rejistros donde todos los ciudadanos eran invitados á firmar su adhesion. Convocáronse córtes de órden de D. Miguel, segun su antiguo sistema, á las que únicamente asistieron sus partidarios, cuyas córtes se reunieron en 23 de junio de 1828, en el palacio de las Necesidades, abriendo sus puertas D. Miguel, rodeado de toda la pompa y magnificencia. Declarado rey por los oradores de los tres órdenes, y por los sufragios unánimes de los miembros de las córtes, D. Miguel recibió la corona en perjuicio de su sobrina, de la que debía ser esposo.

Grandes preparativos y regocijos en la capital anunciaron el advenimiento al trono del nuevo monarca; pero los embajadores de las potencias estranjeras, á escepcion del Nuncio, del enviado de España y el de los Estados-Unidos de América, pidieron sus pasaportes y salieron de Lisboa. Esta resolucion iba á comprometer en Europa al gobierno de D. Miguel, al paso que ya de antemano fué amenazado por una insurreccion ocurrida en Oporto. La guerra encendida en este punto, no tardó en estenderse á otros, y sin embargo que algunos jenerales, entre ellos Saldaña y Villaflor, dirijian sus operaciones, las tropas de D. Miguel obtuvieron grandes ventajas, y se apoderaron de dicha ciudad de Oporto, obligando

á embarcarse á la mayor parte de los jefes, y refujiarse los soldados en España. En este intermedio resolvió D. Pedro mandar á Portugal á su hija, con el objeto de que casándose con el infante D. Miguel, ocupase el trono con ella; pero cuando doña María y el marqués de Barbacena, que la iba acompañando, supieron en Jibraltar los sucesos del reino de Portugal, en vez de marchar á Lisboa, se dirijieron á Lóndres donde doña María fué tratada como soberana, á escepcion del duque de Wellington y sus cólegas, que la acojieron con cierta frialdad. Los refujiados portugueses en Plymouth, tan luego como supieron esta novedad, aprestaron una pequeña armada con el dinero que el ministro marqués de Palmella tenia librado por el Brasil para estinguir cierta deuda, cuyo dinero sirvió asimismo para protejer los derechos de la jóven reina, que habia buscado un asilo en Inglaterra antes que someterse á D. Miguel.

La noticia del arribo de doña María á Inglaterra, no tardó en llegar á Portugal. Semejante circunstancia alarmó á D. Miguel, y principiaron á orijinarse nuevas escisiones en el pueblo: el gobierno llenó las cárceles de infinitas personas, secuestrando sus bienes; depuso de sus empleos á varios oficiales del ejército, y á otros empleados civiles, y persiguió tenazmente á cuantos creyó con la menor sospecha de falta de adhesion á D. Miguel. Creáronse al mismo tiempo cuerpos de voluntarios realistas, formados de la plebe, facultando á los oficiales de dicha milicia para prender y hacer comparecer ante las comisiones especiales á toda persona sospechosa de pertenecer á sociedad alguna secreta; y fácil es de conocer los funestos resultados que acarrearian semejantes disposiciones.

La brevedad no permite esplanar los sucesos del reinado de D. Miguel hasta la llegada de D. Pedro, fundador de la monarquía del Brasil, á quien sus vasallos obligaron á abdicar la corona en favor de su hijo, todavía niño: bastará demostrar únicamente lo mas notable.

Viéndose destronado D. Pedro, tomó el título de duque de Braganza, y la resolucion de consagrarse á la defensa de los derechos de su hija, en términos que pocos meses despues arrancó del poder de D. Miguel la Isla Terceira; de esta partió con una division espedicionaria á la

ciudad de Oporto, cuyos habitantes estaban decididos por su causa; y penetrando en ella, á pesar de estar sitiada por D. Miguel, determinó encerrarse en dicha plaza, resuelto á vencer ó morir.

En esta época (1833) el cólera morbo reinante, junto con una espantosa hambre, diezmó la poblacion y defensores de esta ciudad; pero la suerte de unos fuertes vientos que sobrevinieron é hicieron alejar á los navios enemigos de la vista del puente, proporcionó la entrada de toda clase de víveres y socorros en aquella aflijida plaza, que reanimando el valor de la desfallecida tropa de D. Pedro, logró rechazar los repetidos ataques de los sitiadores. Impaciente D. Pedro por terminar una guerra que amenazaba prolongarse, mandó al conde de Villaflor, á quien condecoró con el título de duque de Terceira, que con un cuerpo de tres mil hombres rompiese la línea y se dirijiese sobre Lisboa; al mismo tiempo dispuso marchase su armada al mando de un oficial inglés (el almirante Napier) y estableciese el bloque del Tajo. Esta, al encontrarse en la altura del Cabo de San Vicente, avistó la armada Miguelista, á la que no dudó en presentarle el combate, que fué reñido y sangriento, consiguiendo por fin las armas de D. Pedro una completa victoria, destruyendo las naves de sus contrarios. La espedicion de Oporto obtuvo sucesos no menos ventajosos en cuantos encuentros se le presentaron; atravesó los Algarbes sin encontrar la menor resistencia, antes bien las ciudades y pueblos del tránsito le abrieron las puertas, apresurándose sus habitantes á prodigarle víveres, dinero y cuanto necesitaba. Llegado el ejército á Setubal, salió de esta villa el duque de Terceira, y derrotó á una division miguelista. Otra al mando del jeneral Telles Jordao, marchó rápidamente sobre Lisboa, y en uno de los ataques dados á aquella plaza, murió gloriosamente dicho jeneral con harto sentimiento de sus tropas. El gobernador, duque de Cadabal, abandonó la capital en la noche del 24 de julio de 1833, y á la mañana siguiente, el ejército vencedor de D. Pedro tomó posesion de Lisboa. El mismo dia, D. Miguel, que estaba al frente de Oporto y habia llamado en su ayuda los talentos militares del jeneral francés Bourmont, fué rechazado en un ataque que di-

rijió á dicha plaza. En consecuencia de este descalabro, abandonó sus posiciones y marchó al socorro de la capital; pero llegó ya tarde, y la encontró en posesion de D. Pedro, á quien habian recibido sus habitantes con las mayores muestras de satisfaccion y entusiasmo. La actividad y enerjía del duque de Braganza puso á Lisboa en el mejor estado de defensa. Don Miguel, despues de un ataque dado infructuosamente á dicha plaza, se vió en la precision de retirarse á Santarem, donde por la entrada en Portugal del ejército español, al mando del jeneral Rodil y la mediacion de la Inglaterra, fué obligado á ceder el trono que habia usurpado, y á pasar el resto de sus dias en el destierro y la oscuridad.

Doña maria ii de la gloria. — (1833) Depositario don Pedro del poder real en calidad de rejente, hizo recaer su justicia contra sus enemigos, aunque con moderacion; destituyó de sus empleos á unos, castigó á otros con prisiones, suprimió todos los conventos en jeneral, porque los frailes habian sido sus mayores contrarios, y abolió el tribunal de la nunciatura. En fin, D. Pedro, despues de haberse dedicado con el mejor celo é interés á los negocios mas importantes de la corona, resolvió terminar la guerra á toda costa. Esta sublime idea ofrecia aun grandes dificultades, porque si bien era dueño absoluto de Lisboa, Oporto, y otras varias ciudades, las mas reconocian todavia la autoridad de don Miguel; pero una circunstancia vino á llenar los buenos deseos de D. Pedro.

Fernando VII habia muerto en setiembre de 1833, dejando encargadas las riendas del gobierno á su augusta esposa doña María Cristina de Borbon, ecsistiendo á la sazon el ministerio Cea Bermudez, cuyas ideas parece que simpatizaban con las de D. Miguel. Este ministerio fué ecsonerado, y sus sucesores inclinaron el ánimo de la reina, á fin de que mandando marchar un ejército á Portugal, no tan solo apaciguase las disensiones de aquel reino, sino que espulsase á D. Cárlos de sus fronteras, en las que se hallaba en actitud hostil, y prócsimo á ser el móvil de acontecimientos que pudieran ser funestos á la nacion española. Convencida la reina de la necesidad de esta medida, no tardó en conformarse con el parecer de sus

ministros: en consecuencia mandó que el jeneral Rodil, al frente de una respetable division, marchase á Portugal con las facultades y órdenes conducentes al efecto. A la aproximacion de Rodil, D. Cárlos se reunió con D. Miguel: Rodil no tardó en avistarse con el duque de Terceira, los cuales concentrando sus fuerzas, convinieron en los planes que debian seguir á fin de terminar la guerra, y dar la paz á aquel reino. En efecto, perseguidos y atacados los infantes en todas direcciones, estuvo en poco que no fuesen prisioneros, particularmente D. Cárlos, cuyo equipaje cayó en poder del jeneral Rodil. En esta época se formó el tratado de la cuádruple alianza, con cuyo motivo cambió toda la escena, y el rejente D. Pedro quedó triunfante. Don Miguel fué espatriado (1834) concediéndosele una pension anual de 600,000 reigs; y en cuanto á D. Cárlos, se vió obligado á embarcarse para Inglaterra.

La jóven reina doña María II, entró por último en Lisboa, y su padre D. Pedro tuvo la satisfaccion de verla sentada en el trono que la pertenecia.

Algunos meses despues, atacado D. Pedro de una enfermedad fulminante, murió el 24 de setiembre de 1834, á los 36 años de edad. Declarada la reina mayor de edad por las córtes, confirió la presidencia del ministerio al duque de Palmella por sus distinguidos servicios.

El 27 de enero de 1835 contrajo matrimonio la reina con el príncipe Augusto de Leuchtemberg, hijo del príncipe Eujenio, yerno de Napoleon, y uno de sus mejores jenerales; pero este himeneo, hecho bajo los mas felices auspicios, fué disuelto por el fin prematuro del jóven esposo, que murió dos meses despues.

Al siguiente año casó doña María en segundas nupcias con el príncipe Fernando Augusto de Sajonia-Coburgo-Gotha, en compañía del cual actualmente reina.

El reino de Portugal ha esperimentado constantemente las mismas vicisitudes que la España, siguiendo siempre sus pasos; tal vez puede que llegue el dia en que ambos reinos formen uno solo, tan fuerte y poderoso que se haga respetar de todas las demas naciones.

FIN DE LA HISTORIA DE PORTUGAL.

AMERICA
ó
NUEVO MUNDO.

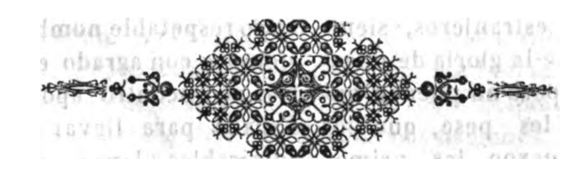
La historia de la América ó Nuevo Mundo presenta un inmenso campo para estender la pluma; pero los estrechos límites de nuestro compendio nos impiden describir minuciosamente los sucesos ocurridos en el continente americano; por lo tanto nos concretaremos á narrar los mas notables desde el descubrimiento de aquellos vastos paises hasta la época presente.

Muchos son los que han escrito la historia de América, y grande es la diverjencia de opiniones que se advierte entre unos y otros, con particularidad en los estranjeros, siempre émulos de la gloria de nuestra nacion; pero no pueden negar aunque les pese, que los españoles fueron los primeros que en aquellos desconocidos y remotos lugares fijaron el pabellon real de España; los que recorrieron sus dilatadísimas costas; los que con singular valor se abandonaron á la vicisitud de las olas y á una navegacion espantosa; finalmente, los que conquistaron la mayor parte de ambos continentes é islas principales que les sirvieron de escala ó punto céntrico para sus espediciones á las dos Américas, en donde adquirieron tan grandes riquezas y dominios que puede decirse escedian á los que poseen todas las demas naciones europeas juntas.

El inmortal Cristóbal Colon, cuyo respetable nombre se leerá siempre con agrado en la historia, no encontró apoyo sino en España para llevar á cabo sus admirables planes, que en varias naciones tuvieron por qui-

méricos, y aun á él le trataron de fátuo ó loco por considerar su proyecto como un sueño: sin embargo, hubo una que trató de hacerle traicion aprovechándose con cautela de las noticias que Colon, con la mas buena fé, la habia franqueado; pero descubierta la intriga tuvo el mal resultado que merecia, porque la espedicion que sigilosamente puso en manos poco diestras, pereció entre las furiosas olas del Océano, y los autores de tal perfidia lo perdieron todo. Irritado Colon, huyó de aquel reino pasándose á España, en donde despues de algunos años de constantes súplicas logró que la reina Isabel la Católica le habilitase con una pequeña flota, que si bien no era numerosa, fué bastante para que el valiente héroe realizase sus prodijiosos presentimientos, fundados en su estudio, de encontrar á la parte occidental de España y á larga distancia un nuevo mundo, de cuya historia vamos á ocuparnos.

Principiaremos, pues, la narracion desde que Colon se resolvió á llevar á efecto su arriesgado plan y desembarcó en el territorio americano, de cuyos primeros puntos pasaremos á la Améca Septentrional, dando por ella un paseo jeográfico en cuanto sea posible, describiendo sus principales paises, haciendo lo mismo por la Meridional hasta volver al mar de las Antillas á continuar con ellas nuestra relacion histórica, que finalizaremos con la narracion de otros muchos descubrimientos hechos por el comercio en diversos paises del globo, segun el célebre Anquetil. No nos detendremos en discursos pomposos, ni en reflecsiones que tiendan á prevenir la opinion de los lectores sobre los sucesos, sino que procuraremos referirlos segun el sentido de los autores de donde los estractaremos.



LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

Descripcion jeográfica de América.—Descubrimiento de la América.—América Septentrional: Império de Méjico ó Nueva España.—Situacion jeográfica de Méjico.—Orijen de los mejicanos.—Soberanos de Méjico.—Akamapietly.—Huitsisihuitl.—Chimalpopoca.—Izcohuatl.—Moctecuhzuma.—Axayacatl.—Tizoc.—Ahuizotl.—Antzal.—Moctecuhzuma II.—Relijion de los Mejicanos.—Primer combate de Hernan Cortés contra los indios.—Otros combates con los trascaltecas.—Llegada de Córtes á Méjico.—Hernan Cortés se apodera de Méjico.—Retírase Cortés á España.—Rebelion del cura Hidalgo, y otros varios.—Fórmanse partidas que proclaman la independencia.—Guerra de los mejicanos contra los españoles.—Iturbide es proclamado emperador de Méjico.—Méjico se constituye en república independiente.

Descripcion jeografica de America. — La cuarta parte del mundo, á la que se ha dado el nombre de América, se halla situada en el emisferio occidental de nuestro globo y se compone de dos continentes reunidos entre sí por el istmo de Panamá. Estos dos continentes forman dos penínsulas, que se llaman, segun su posicion, América Septentrional y América Meridional. El istmo de Panamá está formado por una cordillera de elevadas montañas llamadas los Andes, que semejantes á una inmensa barrera, se elavan en medio del Océano para separar los dos mares, el Atlántico y el del Sud. En medio del anchuroso golfo formado por las costas de las dos grandes penínsulas de América, se hallan las islas que constituyen el Archipiélago de las Antillas; las que aun conservan el nombre de Indias Occidentales con que los españoles designaron primeramente á todos los paises de América. La península Septentrional se pierde entre los hielos á los ochenta grados de latitud Norte; la península Meridional termina en los cincuenta y cuatro grados

de latitud Sud, donde está separada de la Tierra de Fuego por el estrecho de Magallanes. El cabo de Hornos forma la estremidad meridional de la Tierra de Fuego. Al Oeste, el cabo del príncipe de Gales, en la estremidad de la península de Alaschka, á los doscientos nueve grados de lonjitud, y el cabo brasileño de San Roque al Este á los trescientos cuarenta y un grados de lonjitud, forman sus dos límites occidental y oriental. Bajo el nombre de Améria del Norte se designa toda la rejion comprendida entre el mar glacial y el istmo de Panamá, y con el nombre de Groenlandia, los paises situados entre la parte Noroeste de la bahía de Baffin, el estremo de Lancachter, el Spitzberg, y la tierra de Baffin. Por lo mas ancho, que es desde el cabo de san Roque en el mar Atlántico, hasta cabo Blanco en el Pacífico, tiene como novecientas leguas, y de N. á S. dos mil seiscientas ochenta, con un millon trescientas veinticinco mil doscientas noventa de superficie; y su poblacion se gradúa en treinta y cinco millones trescientas cuarenta y dos mil almas.

Las montañas de mas consideracion son el Chimborazo, en el Perú, de veinte mil cien pies de elevacion sobre el nivel del mar; el Cayambe, de diezlocho mil trescientos treinta; el Antisano, volcan del Perú, de diezisiete mil setecientos doce; el pico mas alto de los montes de Piedra, llamado por los ingleses Stony-Mountains, de diezisiete mil cuatrocientos treinta y seis; el de san Elías, de dieziseis mil novecientos setenta y cuatro; Popocatepetl, de diezíseis mil quinientos ochenta y cuatro; el pico de Orisava, en Méjico, de diezisels mil trescientos treinta y dos; Sierra-Nevada, de catorce mil setecienteo sesenta y seis; Toluca, de catorce mil ciento ochenta y cuatro; y otros muchos de menor elevacion.

En la América Septentrional se encuentran muchos vastos golfos ó bahías de los cuales señalaremos los mas principales: el de Méjico, Campeche, Honduras, Cartajena, Todos Santos, Guayaquil, Panamá, California, Bristol, Baffin, Hudson, san Lorenzo y el de Chessapile.

Los rios de mas consideracion de la América Septentrional son: el *San Lorenzo*, que sale del lago Ontorio, corre en direccion N. E., pasa por Montreal, recibe las aguas del Ontawa, del San

Mauricio, el Montmorency, el San Cárlos, el caudaloso Saguenay, el Ossongatchy, el Sorelle y el Chaudiere; forma muchas islas fértiles y le alcanza la marea hasta ciento quince leguas del mar; en este tránsito pueden navegarle embarcaciones mayores y los navíos de línea hasta mas abajo de Quebec á noventa y dos leguas de distancia del mar; y desagua en el Océano Atlántico hácia el cabo Roseras, que tiene treinta leguas de abertura y aguas muy tempestuosas.

El segundo rio es el *Missisipi*, que quiere decir *madre de las aguas*: tiene su orijen en el lago de las Tortugas á los cuarenta y siete grados, cuatro minutos latitud N., poco distante del lago Colorado: despues de haber recibido las aguas del Misuri cerca de San Luis, atraviesa bosques inmensos y hermosos paises, forma islas muy considerables, es navegable por barcos de cincuenta toneladas, que suben desde Nueva Orleans hasta el pais de los illineses en ocho ó diez semanas, y tributa sus aguas al golfo de Méjico en Nueva Orleans. El *Illinés*, que nace al S. del lago Michigan y desagua en el Missisipi poco mas arriba de donde se le une el Misuri. El *Ohio*, que nace mas abajo del lago Erie, tiene un curso pacífico y aguas muy cristalinas; es el mas hermoso que se conoce; desde su nacimiento hasta su entrada en el Missisipi tiene trescientas cuarenta leguas de curso.

Los mas principales de la América Meridional son tres; el *Marañon* ó de las Amazonas, el de la *Plata*, y el *Orinoco*. El primero tiene su orijen en los Andes, de la reunion de muchos rios considerables, como son: el Ucayal, compuesto de las aguas del antiguo Marañon ó Pari, cuyas fuentes se hallan en el lago Chincay, al N. E. de Lima, y de las del Apurinac, que provienen del lago Titiaca al N. E. de Arequipa; el Lauricocha ó Tringuragua, que procede de la laguna del mismo nombre, situada cerca del orijen del Pari en la provincia de Tarmá, se denomina tambien Marañon nuevo ó alto, y es navegable cerca de la ciudad de Jaen. Despues que el Marañon, que es el mas caudaloso del mundo, ha reunido estos dos grandes tributarios, el Ucayal y Lauricocha, empieza á engrosarse con las aguas de otros muchos, siendo los mas caudalosos por la parte del N., Santiago, Morona, Pastasa, Chambira, Tigre, Putumayo, Yupura, Yaguapiri, Rio-Ne-

gro, Curupatuba, Yari, Napo y otros; por la del S. recibe al Cayari, Huyaga, Cuchibara, Yahuari, Muju, Yutay, Yurba, Tese, Parus, Gran-Madera, Topayos, Jingu, etc. Enriquecido con tantos caudales va á perderse en el Atlántico debajo del Ecuador, despues de un curso de mil ochocientas leguas, llegando el flujo de la marea hasta doscientas mas arriba de su embocadura, que tiene ochenta y cuatro leguas de abertura.

El de la Plata se forma por la reunion de otros muchos muy caudalosos, cuales son el Paraná, el Paraguay, Pilcomayo y Uruguay; el principal de estos es el Paraná, que tiene su orijen en las grandes montañas de las minas del Brasil, al N. O. del rio Janeiro; su principio es humilde y pobre hasta que uniéndosele por su izquierda el Parancura, el Tiesse, el Paranapane y el Curitiba, dirije primero su curso hasta la latitud de diezinueve grados en que varía de direccion, tomando la del S. hasta las misiones de los Guaraníes; desde aquí corre al O. á encontrarse con el rio Paraguay, con quien se une en la ciudad de Siete-Corrientes. Una de las curiosidades del Paraná es su inundacion periódica, tan semejante á la del Nilo, que no habrá dos rios en el globo de calidades tan análogas entre sí: recibe tambien el Uruguay que sale de las posesiones del Brasil, el Bermejo y el Salado que nacen en los Andes: todos estos rios caudalosos toman el nombre de *la Plata* en la ciudad de Buenos-Aires, y á mas de seiscientas leguas de su mayor curso desagua en el Atlántico entre los cabos opuestos de San Antonio y Santa María, distantes cuarenta leguas uno de otro.

El *Orinoco* tiene su nacimiento en el lago de Ipava: dando un rodeo en forma espiral, entra en el lago Parime, luego recibe otros rios mayores, y va á perderse en el Océano al S. de la isla de la Trinidad, despues de un curso de seiscientas leguas, de las cuales solo doscientas son navegables. Este rio tiene la misma particularidad que el Paraná, de una creciente anual y periódica que principia en el mes de abril, llega á su mayor aumento en el de agosto, y va menguando desde octubre hasta febrero.

Como en tan inmensos paises no es posible que el clima y temparamento, las producciones minerales, vejetales y animales, asi como el carácter, usos y cos-

tumbres, sean iguales, nos abstendremos de hacer de ellas una descripcion jeneral, que ademas de su casi imposibilidad, molestaria á los lectores; nos contentaremos pues, con hacer una lijera reseña de lo que merezca ser notado en cada uno de los paises principales de que tratemos.

Descubrimiento de la America. — Puede decirse que el descubrimiento de la América ó Nuevo Mundo se debió á una casualidad: cierta nave que se ocupaba en el tráfico ó comercio en las costas de Africa, fué arrebatada por un fuerte temporal que la condujo á un pais absolutamente desconocido de aquellos navegantes: despues de algunos dias se sosegó la tempestad, y volviéndose á hacer á la vela llegaron con mucha miseria á la isla de la Madera, donde se hallaba entonces Cristóbal Colon, natural de Cogureto en Jénova; este grande hombre trató á aquellos navegantes con mucha humanidad, hospedando en su casa al capitan ó piloto de la nave, el cual abrumado de los trabajos y padecimientos que habia sufrido en su penosa derrota, falleció, dejando en herencia á Colon todas las noticias y apuntes que habia formado en su navegacion. No puede dudarse que los antiguos tuvieron algun conocimiento del Nuevo Mundo, ó á lo menos sospecharon su ecsistencia, de la cual se convenció Colon por su injenio y sabiduria: desde jóven habia manifestado una decidida aficion á navegar; se habia aplicado muy particularmente á la astronomía y cosmografía, y con sus meditaciones sobre que la tierra debia ser redonda, se persuadió que á la parte del occidente de Europa debia ecsistir otro gran continente. Decidido Colon á descubrir por sí mismo aquellos remotos paises que sospechaba, cumplió sus deberes para con su pátria haciéndola presente su vasto proyecto; mas no habiendo encontrado apoyo en ella, lo propuso á D. Juan II, rey de Portugal, á quien habia servido en varios viajes á la costa de Africa. Este soberano lo remitió al ecsámen de D. Diego Ortiz y dos médicos judíos, quienes retardaron su dictamen para dar tiempo al regreso de un famoso navegante, que con las noticias que Colon les habia confiado de buena fé, enviaron anticipadamente para averiguarlas y ganarse ellos las albricias: noticioso Colon de tamaña perfidia, abandonó aquel ingrato pais con

el placer de ver malogrados los robados planes por impericia del piloto que fué comisionado. Presentóse Colon al rey de Francia, y tampoco logró allí efecto alguno su pretension: dirijió sus miras hácia la Inglaterra creyendo que el sábio Enrique VII protejeria su empresa; pero se engañó. En este estado acudió á la córte de España, y despues de siete años de esperanzas, fueron protejidas sus pretensiones por mediacion de la reina doña Isabel la Católica.

Esta soberana, á pesar de la oposicion del rey D. Fernando su esposo, aprobó los grandes planes de Colon, le habilitó con una flota de tres embarcaciones á fines del año 1491 ó principios del 92, y con la jente que se le encomendó se hizo á la vela para su destino. Infinitos fueron los trabajos que sufrió en su largo y penoso viaje, y el mayor de todos la variacion de la aguja, observada entonces por la primera vez; acontecimiento que le hizo sospechar la alteracion de las leyes de la naturaleza: los marineros se le amotinaron, tanto por este suceso como por hallarse ya descontentos con la incertidumbre de su navegacion, y le amenazaron con arrojarle al mar si no les volvia á España; pero la constancia y firmeza de aquel digno jefe les ofreció satisfacer sus deseos, si muy en breve no descubrian tierra: á los treinta y tres dias de navegacion y muy pocos despues de la sublevacion, se descubrió tierra, y de este modo se tranquilizaron los ánimos de sus compañeros. El primer punto en que desembarcó Colon fué en una de las islas de Bahama, llamada Guanahani, á la cual puso el nombre de San Salvador, dando à entender de este modo que la miraba como á un salvador de quien tenia ya mucha necesidad: reconocida la pobreza de esta isla y otras adyacentes, se hizo á la vela hácia el S. y descubrió otra que llamó Española: sus habitantes eran bastante afables, se hallaban provistos de todo lo necesario para la vida, y de mucho oro. Colon fijó en esta isla el centro de sus descubrimientos; hizo construir en ella una fortaleza, y dejando una guarnicion ó colonia de treinta y ocho hombres, volvió á España con bastante oro y algunos naturales del pais como testigos irrecusables de la verdadera ecsistencia de aquel Nuevo Mundo.

Colon fué muy bien recibido de todos en la córte de España,

en donde con la esperanza de mayores aumentos se le condecoró con el título de almirante, y se le habilitó con una nueva escuadra y mil quinientos hombres de desembarco, entre ellos muchos personas de distincion, porque era ya muy grande la confianza que se habia formado de él, por el feliz resultado de sus primeras tentativas.

El dia 25 de setiembre del año 1493 volvió Colon á embarcarse para la isla Española, y de paso descubrió otras muchas de los caribes; pero sin detenerse en ellas pasó á ver su establecida colonia; cuando llegó á ella se sorprendió al ver que habia sido destruida por los indios sin que hubiese quedado uno de sus compañeros; ni aun la misma fortaleza ecsistia, y observó que en sus cercanías se encontraban todavía despojos de armas y utensilios españoles. Los motivos y circunstancias de tan desgraciado acontecimiento los supo Colon por un cacique que se habia hecho su amigo en el primer viaje. Restableció la fortaleza, puso en ella otra guarnicion mas numerosa, cuyo mando encorgó á su hermano Bartolomé, y despues de haber reconocido otras muchas islas y de haberse asegurado con muy fundadas conjeturas de que mas adelante habia un continente, costeó la isla de Cuba por la parte meridional, pero sin haber podido averiguar si esta era verdaderamente isla ó el principio de un continente como creia. En esta misma espedicion descubrió la Jamáica, en donde no se detuvo por no haberle agradado su localidad, y resolvió volver á España llevando á ella nuevas esperanzas. Con efecto, á pesar de sus muchos émulos logró que se le habilitase para la tercera espedicion, que fué mucho mas feliz.

En el año 1498 volvió á embarcarse Colon para la América: llegó á la línea equinoccial, y despues de haber navegado allí diezisiete dias hácia el O., descubrió en la costa de la Guayana la isla de la Trinidad, cerca de la embocadura del *Oricono*: aquí fijó su atencion, pues viendo la inmensidad de las aguas de este rio y la fuerza de su corriente, calculó que indispensablemente venian de algun vasto continente. Hizo por aquellos mares otros muchos descubrimientos; pero conociendo el descontento de la tripulacion, regresó á la isla Española, despues de haber reconocido en su tránsito diferentes sitios en don-

de trató con afabilidad á sus habitantes, recojiendo oro y perlas que habia con abundancia, cuyos tesoros con otras preciosas y raras producciones de aquellos paises envió á España, con una relacion de su viaje.

Cuando llegó Colon á la isla Española encontró en muy mal estado la colonia, porque los españoles habian obligado al gobernador á hacer la guerra á los naturales; mas su prudencia los reconcilió entre sí, y logró restablecer la amistad de los indios: puso los primeros fundamentos de una ciudad que se llamó Santo Domingo, porque la primera piedra de ella se sentó en domingo (1), y con el tiempo se la dió este mismo nombre á toda la isla. Cuando creyó Colon que todo estaba pacificado, se dispuso para el descubrimiento del continente, que era el principal objeto de sus deseos.

Con las felicidades de Colon se habia estendido por la Europa un jeneral deseo de nuevos descubrimientos. Ojeda, uno de los oficiales que habian acompañado al almirante en su segunda espedicion, fué habilitado por el comercio de Sevilla con cuatro naves, y se hizo á la vela en 1499; mas nada añadió á lo ya descubierto. Américo Vespucio, natural de Florencia, primer piloto de la espedicion de Ojeda, publicó á su vuelta una relacion del nuevo continente que le ganó la fama de dar su propio nombre á aquella vasta parte del mundo; y la posteridad, conservando el nombre de América, ha sancionado la injusticia de los contemporáneos de Colon, con respecto á este primer descubridor.

Vicente Pinzon, compañero que habia sido de Colon en su primer viaje, salió del puerto de Palos con cuatro naves el dia 13 de enero del año 1500, y fué el primer español que atravesó la línea; pero parece no desembarcó en parte alguna de la costa de América, mas allá de la embocadura del rio *Marañon* ó de las Amazonas; aunque algunos aseguran que descubrió el Brasil, á pesar de que los portugueses dicen que ellos abordaron al mismo tiempo á este pais, siendo jefe suyo Alvarez Cabral.

Al paso que otros muchos se

(1) Santo Domingo, fundada por Bartolomé, hermano del almirante Colon, en 1504, es ciudad grande y bien construida, cuya poblacion asciende á veinticinco mil habitantes entre europeos, criollos, mulatos, mestizos y negros.

aprovechaban para sus espediciones de las luces de Colon, este no se atrevia á separarse de la ciudad de Santo Domingo, en donde la insubordinacion de los españoles le causaba inumerables disgustos. Remitió sus quejas á España, mas sus enemigos habian ensordecido los oidos de la córte con dádivas y sujestiones, porque le envidiaban su preponderancia. Publicaban por todas partes que Colon se habia enriquecido estraordinariamente, que tanto él como sus hermanos defraudaban los derechos reales, y que su comportamiento con los españoles de la colonia era tiránico. Estas imputaciones y otras semejantes hicieron que la córte enviase á Santo Domingo un comisionado, que fué Francisco Bobadilla, con omnímodas facultades.

Llegó á Santo Domingo este comisionado, manifestó la autoridad que se le habia conferido de gobernador jeneral, hizo á todos que dejasen las armas, que le entregasen todos los almacenes, provisiones y municiones pertenecientes al rey: abrió un proceso en que oyó con parcialidad las quejas contra el almirante, le quitó todos sus efectos, y le cargó á él y á sus hermanos de prisiones, enviándolos así á España. ¡Quién podia pensar que un insigne varon que habia proporcionado á la España tantos y tan dilatados dominios y riquezas, se veria cargado de grillos y cadenas puestas por esta misma nacion! Así se vió Colon dentro de la nave que le conducia á la península; bien que el comandante del navío se portó con el insigne prisionero de un modo distinto que el gobernador jeneral, pues le trató con la mayor benignidad y quiso quitarle los grillos; mas él no lo permitió, diciendo: «No; pues que llevo estos grillos por órden de los reyes, yo obedeceré este mandato como todos los que he recibido de ellos: por su voluntad me veo privado de mi libertad, y solo ella puede restituírmela.» Luego que los reyes supieron su llegada se indignaron altamente por el mal tratamiento que habian dado á Colon: mandaron que al momento se le pusiese en libertad, le hicieron venir á su presencia, le oyeron y consolaron con la mayor bondad, y en cuanto á su pretension sobre que se le confiase todavía otra nueva espedicion, le ofrecieron hacerlo así, luego que volviese á dar cuenta del estado de las cosas un nuevo comisionado que enviaban á Santo Do-

mingo. Todas las noticias vinieron conformes y favorables al almirante, y así le dieron una nueva flota de cuatro buques de setenta toneladas, con la que volvió á Santo Domingo en el año 1502, habiendo tenido allí el consuelo de ver que embarcaron para España á Bobadilla y á sus demas enemigos.

Animado Colon con el deseo de abrir un nuevo camino para las Indias Orientales, emprendió despues una penosa navegacion, y descubrió la isla de Guamayos, cerca de la costa de Honduras, toda aquella parte del continente desde el cabo de *Gracias á Dios* haste Portobelo; pero no pudo reconocer el itsmo de Panamá, sin embargo de haber hecho algunas dilijencias.

Encantado con la hermosura del pais que habia descubierto en aquellas costas, y el mucho oro que le presentaban los naturales, trató de dejar una pequeña colonia en Veraguas, sobre el rio Belem; mas encontró muchas dificultades que le pu sieron en la necesidad de desistir de sus tentativas y retirarse, dejando á aquellas costas el nombre de los *Contrastes*, por los muchos que en ellas habia esperimentado.

Los dos únicos buques que le quedaban sufrieron entre sí á la vista de Cuba un choque fatal, quedando en tan mal estado, que con mucha dificultad pudieron abordar á la Jamaica, desde donde envió á pedir socorro al gobernador de la isla de Santo Domingo: este se lo hizo desear por espacio de un año, y aburrido Colon con tantas intrigas, se hizo á la vela para España resuelto á retirarse, como lo verificó cuando llegó á la Península, y de allí á poco tiempo murió en Valladolid, en el año 1506, á los cincuenta y nueve de su edad.

Lo que con mas cuidado observaron Colon y sus compañeros en sus primeros descubrimientos, fué que los habitantes de aquellos paises no tenian la menor idea de los nuevos objetos que los europeos presentaban á su vista; porque creian que las embarcaciones eran unos mónstruos marinos, y que los soldados de á caballo eran una especie de centauros de una sola pieza. La barba de los españoles les causaba sorpresa, así como sus armas, vestidos y equipajes, pues todo lo ecsaminaban como niños: apreciaban mucho los regalos de muy poco valor que les hacian, y daban por estas bagatelas oro, pendientes,

sortijas y pedrerías que tenian en abundancia. Cuando se embarcaban los seguian á nado hasta las naves para que les diesen mas; pero al verse los españoles molestados con su importunidad}, disparaban un fusil, y los naturales huian asustados como una bandada de pájaros: su mayor miedo era cuando oian la esplosion de un cañon; y si caia alguno de ellos herido ó con sangre, les parecian dioses unos hombres tan poderosos, que manejaban el rayo y causaban la muerte.

Sus usos y costumbres merecian observacion: cuando Colon entró en la isla de Santo Domingo halló en ella un gobierno establecido con un cacique ó rey, á quien respetaban todos los demas como vasallos; estos eran blancos, civilizados, de una talla mediana y bastante robustos; tenian la nariz ancha, la frente lisa y elevada: observaron los españoles que el jefe principal á quien vieron, tenia otros subalternos: sus habitaciones eran de piedra ó de madera pintada: respetaban y miraban como dioses á unas imájenes, á quienes llamaban *Cemis*, las hacian sacrificios, y el rey era el sacerdote principal. Cuando moria este secaban su cuerpo al fuego para evitar la corrupcion, y en la caverna donde le colocaban enterraban sus armas cerca del cadáver, y á la mujer que mas habia querido. A los enfermos que no acertaban á curar, los ahogaban con un cordel: los médicos tenian obligacion de observar en sí mismos el réjimen que prescribian á los caciques enfermos que asistian. Cuando alguno moria, le preguntaban los parientes la causa de su muerte, y algunos dicen que con ciertos conjuros que pronunciaban, respondia el muerto; y si en estas respuestas culpaba al médico, le mutilaban y le mataban.

Los descubridores encontraron en aquellas islas y costas salvajes muy buenos nadadores y hábiles en el manejo del remo. Sus canoas eran por lo regular de una sola pieza, ó de un gran tronco que ahuecaban por medio del fuego ó de otros modos: sus mujeres hilaban y tejian el algodon con bastante destreza: las armas que usaban los hombres eran mazas y sables, que fabricaban de una madera muy dura, con los cuales hacian algunas veces heridas mas peligrosas que las de una espada: eran muy diestros en el manejo del arco y de las saetas, que

acostumbraban envenenar, preciándose de saber graduar á su arbitrio el veneno de tal modo, que podian hacer que el herido muriese en el dia, ó despues de muchos.

Como Colon descubrió solamente una parte de la isla de Cuba, porque creyó que era el principio de tierra-firme, y murió con esta duda, se dedicó despues á su reconocimiento el capitan Sebastian de Ocampo: este la bojeó de órden de Nicolás de Obando, gobernador de la isla Española, habiendo carenado su embarcacion en un puerto, que hoy es el de la Habana. Anteriormente, en el año de 1511 la conquistó Diego Velazquez, fundando en ella la ciudad de la Habana, que se llamó al principio puerto de Carenas: desde esta isla pasaron los españoles hata el istmo de Panamá, y despues de haber recorrido todas aquellas costas, se introdujeron en el territorio por el cebo del oro, que encontraban con mas abundancia cuanto mas se internaban: recorrian todo el pais, separándose y volviéndose á juntar en sus respectivos establecimientos: la causa de su desunion era muchas veces el modo de repartirse el oro. Viendo estas contiendas los indios, se llegó uno de ellos á Balboa, que era el jefe principal de los aventureros, y le dijo: «Me parece que el oro no es de tanta importancia que deba enemistar á los cristianos sobre su adquision; pero supuesto que le estimais tan estremadamente, yo os manifestaré un pais en donde encontrareis tanto que llenará vuestra codicia, y por fortuna no dista de este punto mas que siete dias de camino, que son los que hay hasta el Océano del Sur: los habitantes de allí usan de vasos de oro y utensilios como los vuestros.» Balboa se llenó de regocijo con esta noticia, é inspiró á sus compañeros el ardor que ya se iba mitigando con motivo de algunas pérdidas que habian sufrido. Se pusieron en marcha superando inumerables dificultades: montañas inaccesibles, frio estremado, calor intolerable, rios y torrentes que atravesar, incertidumbres en los caminos, ignorancia absoluta de aquellas naciones desconocidas, nada les intimidó, y sumisos á su jefe, que manifestó la mayor fortaleza en esta espedicion, llegaron finalmente á las orillas del mar del Sur, donde Balboa fijó una cruz, tomando posesion de aquel

terreno en nombre del rey de España. Entretanto que las tropas descansaban envió á su teniente Francisco Pizarro para que reconociese las costas y paises vecinos; mas para acreditar que él habia sido el primer europeo que habia vogado en el mar del Sur, se anticipó á entrar en una canoa que encontró á la orilla; y para probar este hecho, tomó por testigos á sus compañeros. A Balboa se le debe tener por fundador de la colonia de Darien, en donde hasta las mismas desgracias han sido útiles para aumentar los descubrimientos.

Con la noticia de que aquellos habitantes comian y bebian en vasijas de oro, acudieron con afan los españoles: los manejos é intrigas separaron del mando al jóven Balboa, y el gobernador que enviaron de España, despues de haberle hecho infinitas vejaciones, le mandó cortar la cabeza porque envidiaba su conocido mérito. Los españoles, llevados de la ambicion, se dispersaron á buscar las riquezas que se prometian: algunos volvieron á dar noticia á Diego Velazquez, gobernador de la isla de Cuba, á quien manifestaron sus conjeturas en cuanto á un pais del que solo habian reconocido sus costas: dijeron que habian observado lo suficiente para asegurar que era muy rico en oro, cuyos habitantes estaban bastantes civilizados, y por lo mismo podria hacerse con ellos un ventajoso comercio.

Diego Velázquez deseaba en estremo salir de la dependencia del almirante Diego Colon, gobernador jeneral, de quien dependia el de Cuba. El de esta isla se lisonjeaba con que fundando un establecimiento en tierra-firme, adquiriria un derecho de independencia del comandante jeneral: por esta razon protejió aquellas correrías sobre el continente; y cuando creyó que su plan era practicable, buscó un hombre prudente é intrépido, y á su parecer sumiso á sus órdenes en todos tiempos. Estas cualidades creyó hallarlas en Hernan Cortés: en efecto, en el mes de noviembre de 1518 le nombró jefe único de la empresa; el nuevo comandante dispuso en pocos dias todos sus preparativos, y partió á ejecutar sus proyectos.

Apenas se habia hecho á la vela Cortés, cuando Diego Velazquez, seducido por los en-

vidiosos que se le representaban como un hombre ambicioso y amigo de la independencia, envió repetidas órdenes para arrestarle en isla de la Trinidad ó en la Habana, en donde se hallaba reuniendo sus tropas; pero en ambas partes se libró Cortés de la mala fé de Velazquez, porque poseia el afecto y estimacion del ejército, que se declaró decididamente en su favor.

Mientras Cortés hace su viaje pasaremos á referir la historia de Méjico desde su principio hasta la llegada del nuevo conquistador.

AMERICA SEPTENTRIONAL.

IMPERIO DE MEJICO, Ó NUEVA ESPAÑA.

Situacion jeografica.—Se halla situado Méjico entre los 15° 50' y 42 lonjitud N., y entre los 253° 30' y 291° lonjitud E.: de N. á S. tiene quinientas treinta y cinco leguas, y cuatrocientas veintidos de E. á O., contendo desde la parte occidental de la Luisiana hasta las costa de la California sobre el mar Pacífico; y su superficie es de cien mil leguas cuadradas. Sus limites al N. y N. E. los forma una línea que se trazó por el tratado de 2 de febrero de 1819, ajustado entre España y los Estados-Unidos, que manifestaremos en la descripcion de estos.

El territorio de Méjico produce con mucha abundancia cuantos frutos son necesarios para el sustento y el regalo del hombre, é infinitas drogas medicinales, especería y frutas esquisitas; entre otras muchas plantas de raras particularidades las mas preciosas son el *cachtus cochenylifer*, del cual se alimenta el insecto que dá la cochinilla; el *convulvulus jalapa* que crece en el canton de Jalapa, el *copaifera officinalis*, y el *leolovifera balsamum*, cuyos dos árboles producen gomas y resinas olorosas: en la costa meridional de Yucatan se halla mucho ámbar: en las provincias de Oajaca, Mechoacan, Sonora, Zacateca y otras muchas se ven ricas minas de oro, plata, cobre, estaño y plomo, y aun entre las arenas de algunos rios se cojen granos de oro.

En el dilatado territorio de este imperio se esperimentan todos los temperamentos: el mas cálido produce el vómito negro, en las costas laterales de Veracruz. La violencia de esta enfermedad se desarrolla mas con el concurso

de forasteros, que por causa de la estacion; sin que las contraigan solamente los europeos, como suele decirse, pues la padecen tambien los naturales. En lo interior del pais es mas fresco el clima: en algunos sitios se pasa del estremo del frio al calor en el corto espacio de tres leguas.

Son admirables las infinitas producciones de los estados mejicanos: Veracruz esparce sus riquezas por todo el universo; en cambio recibe cuanto le hace falta para sus necesidades y el lujo. Las provincias de Nuevo-Méjico, Nueva-Vizcaya, Sonora y Cinalva hacen un gran comercio en cueros, curtidos, cigarros, loza, algodon, estofas, lana, mantas de calidad superior, ganado caballar y vacuno, armas, alfombras y otros muchos efectos. En Acapulco se celebra una gran feria cuando llega el galeon de Filipinas, y es admirable la concurrencia de comerciantes de todas las naciones que acuden allí á despachar sus jéneros y proveerse de otros, escepto la metrópoli, por el estado de lucha en que halla.

Orijen de los mejicanos.— Los naturales de este vasto pais no tienen sobre su orijen otras noticias que las tradiciones que fueron pasando entre sus antecesores de unos á otros. Segun ellas se cuenta su principio desde el tiempo que para nosotros equivale al siglo X. Suponen que siete tribus salieron sucesivamente de siete cavernas, cuya situacion no señalan: que estas fueron arrojando de aquellos paises á unos salvajes, en la mayor parte jigantes muy crueles que andaban desnudos por las llanuras, y se alimentaban de raices y frutas: que cuando llegaron estas tribus al lago construyeron poblaciones en las riberas: que la última de estas tribus salida de las cabernas fué la de los mejicanos, y que antes de encontrar donde fijarse anduvo errante por espacio de ochenta años: que su dios *Vitziliputzli* le habia prometido un pais fecundo en alimentos, oro plata y pedrería, y que reinaría sobre todas las demas tribus. Confiado este pueblo en la profecía, se puso en marcha conduciendo la imajen de su dios en una caja y en los hombros de sus sacerdotes; estos arreglaban los movimientos de la multitud señalando el camino que habian de seguir, de modo que el pueblo no se atrevia á sentar ni levantar el campo sin su licencia, porque los tenian por ministros

de la divinidad, creyendo que si los desobedecian recibirian el castigo de una mano invisible. En el sitio donde los sacerdotes hacian sus paradas formaban un altar en el que colocaban su ídolo, y allí daba este á los sacerdotes sus oráculos y respuestas, que ellos interpretaban á su modo: mientras duró la peregrinacion fueron aquellos jefes dando forma al culto relijioso, y al mismo tiempo arreglaron la sociedad civil. A la llegada de la tribu mejicana al lago, ya ocupaban las otras sus orillas, y por gracia la cedieron una pequeña isla con el gravámen de cierto tributo: edificaron una ciudad poniéndola de su propio nombre Méjico, en medio de la cual fundaron un templo y colocaron en él su ídolo. Esta ciudad fué creciendo insensiblemente, sus pobladores agregándose las isletas adyacentes por medio de calzadas, y de este modo se hizo una gran ciudad, que con los muchos canales formaba un aspecto tan singular como magnífico.

Reducida la tribu á tan pequeño recinto y multiplicada ya considerablemente, se vió en la precision de enviar colonias á los pueblos comarcanos: de aquí se orijinaron guerras que tuvieron que sostener contra los que les hacian resistencia. Se suscitaron tambien disensiones en la ciudad, por lo cual determinaron los mejicanos abolir el gobierno de los sacerdotes, y establecer el de un rey. Entre los ricos y los jefes se suscitaron nuevas disensiones, porque cada uno aspiraba á la dignidad real; pero para quitar este obstáculo convinieron en elejirle de una nacion vecina, y la eleccion recayó en un tal

Akamapictly, como unos ciento noventa y siete años antes de la llegada de Hernan Cortés, encargando la colocacion del nuevo rey en el trono á un anciano, que al tiempo de ponerle en posesion le hizo un discurso instructivo y enérjico sobre las obligaciones de un rey, costumbre que no consistia en una mera fórmula, y que se conservó constantemente. Este soberano parece que reinó con felicidad veinticuatro años, al cabo de los cuales murió y le sucedió su hijo

Huitzizihuitl, por eleccion que hicieron de él los ancianos: subió al trono, casó sucesivamente con dos mujeres, la primera hija del rey de Azcapuzalco, y la segunda del de Quauhnahuac, y habiendo reunido sus

fuerzas con las de este último rey, se hizo temible á las demas naciones, contra las cuales se sostuvo en todo su reinado, que duró gloriosamente por espacio de veintidos años.

CHIMALPOPOCA, su hermano, fué el tercer rey de los mejicanos. Deseoso de vengarse de su cuñado Maxtla, rey de Azcapuzala, por haberle robado una de sus mujeres, le trató de cobarde enviándole unas enaguas mal tejidas para significarle su cobardía: ofendido Maxtla, llegó con sus tropas en ocasion de estar ya para sacrificarse Chimalpopoca á su dios, y le encerró en una jaula, en donde se ahorcó para no ser el escarnio de los vencedores.

IZCOHUATL fué el cuarto soberano: era hijo del primer rey Akamapictly, y subió al trono por eleccion que hicieron de él los mejicanos, en consideracion á su grande esfuerzo, acreditado en el empleo que habia ejercido de capitan jeneral de los ejércitos. Este monarca conquistó muchas provincias, destruyó á los tapanecas quitando la vida á su bárbaro soberano Maxtla: construyó dos templos al ídolo Chihuacohuatl y al dios Huitzilipochtly, y murió á pocos dias de haber concluido el último.

MOCTECUHZUMA, que quiere decir sañudo, quinto soberano, fué elejido por su sobresaliente mérito en la milicia; conquistó las provincias de Chalco, Tlatilulco, Colmixa, Oztomantlaca, Cuezalteca, y otras muchas, con las cuales estendió su dominio considerablemente. En su reinado salieron de madre las lagunas, se inundó la ciudad, y con este motivo fabricaron la muralla que encontraron los españoles cuando emprendieron la conquista. A estas desgracias siguieron rebeliones y hambres que aflijieron á este valeroso monarca, el cual murió coronado de laureles á los veintinueve años de su reinado.

AXAYACATL, sesto emperador, siendo capitan jeneral fué elejido para gobernar el imperio: su valor y buena suerte le atrajeron muchas victorias como á su antecesor; pero tuvo la fatalidad de inclinarse mas á la inhumanidad que á la clemencia.

TIZOK, sétimo emperador, era hermano mayor del anterior: subió al trono por los mismos pasos que su hermano; fué mas amante de las ceremonias de su relijion idólatra que de empresas guerreras, y reinó solo tres años.

AHUIZOTL, octavo emperador,

hermano de Tizoe, era tambien jeneral de las tropas, y por su dignidad obtuvo el imperio: venció á varios pueblos vecinos, y sacrificó setenta y dos mil prisioneros en la dedicacion del templo que construyó al dios Huitzilipochtly: en su tiempo se volvió á inundar la capital, se construyó un nuevo malecon para dividir las aguas dulces de las salobres, estendió su dominacion hasta Goatemala, y murió á los dieziocho años de reinado.

Antzal, nono emperador, que tambien le cuentan como octavo por hallarse bastante confusion en la historia del reinado de este soberano, fué feliz por su gran clemencia y humanidad, y se dedicó á proporcionar á sus súbditos todo el bien posible, abjurando la gloria de las conquistas que habian apetecido sus predecesores. Sus tesoros se invirtieron en hermosear y fomentar la capital, que floreciese el comercio, la industria, y que fuesen felices sus pueblos. Los mejicanos ecsistian entre dos lagos cenagosos y salobres, bebian agua de pozos de malas calidades, ó tenian que ir á buscarla potable mas allá de los lagos: este emperador hizo formar acueductos, y llevar el agua de las fuentes distantes, horadando montañas, terraplenando honduras, y logrando asi que los habitantes tuviesen dentro de la ciudad rios de agua saludable.

Moctecuhzuma ii, décimo emperador, fué electo tanto por ser sobrino de Tizoe y Ahuizotl, como por su gran reputacion de virtuoso, prudente, modesto y reflecsivo. Cuando tuvo noticia de su elevacion al trono, se ocupaba en barrer el templo de Huitzilipochtly, del que era sacerdote: lo primero que hizo fué salir á castigar á los rebeldes de la provincia de Atlixco; declaró la guerra á la república de Tlascala, en donde sufrió algunos reveses: estendió sus dominios hasta Honduras y Nicaragua, y á los dieziocho años de su reinado ocurrió la llegada de Hernan Cortés, como veremos mas adelante.

El año de los mejicanos constaba de meses y semanas como el nuestro; pero al fin sobraban cuatro dias, los cuales debian emplearse únicamente en regocijos, y en ellos cesaban todos los trabajos, se suspendia el comercio, vacaban los tribunales de justicia, y olvidaban casi hasta la misma relijion, sin pensar en otra cosa mas que en los placeres. El primer dia de la pri-

mavera era el primero de su año.

Los mejicanos tenian por tradicion que al fin de cada cincuenta y dos años de la era que contaban, peligraba el mundo de ser destruido, y al ponerse el sol del último dia de estos años, se despedian de él con lágrimas y sollozos. Se acariciaban suponiendo que ya no habian de verse mas, se encerraban con tristeza en sus habitaciones hasta el dia siguiente, en que maravillados de verse vivos y sin mutacion alguna, esplicaban los transportes de su alegria con cánticos de himnos y enhorabuenas que se daban por haber principiado un nuevo periodo, y que todavía podrian vivir sin peligro otros cincuenta y dos años.

Relijion.—Entre los ritos de los mejicanos se usaban ejercicios laudables, mezclados con crueldades é indecencias absurdas. Reconocian un Dios criador, conservador y bienhechor; mas carecia la lengua mejicana de voces para espresar al gran Dueño de todas las cosas; sin embargo, levantando los ojos al cielo con sumo respeto y veneracion, daban á entender que creian en la ecsistencia de la Divinidad. Creian tambien que este Dios supremo tenia á su disposicion otras divinidades subalternas encargadas de gobernar el universo, pues no acababan de formar idea de que Dios estuviese en todas partes.

Ademas de este supremo Ser, honraban particularmente al sol, á la luna, á la estrella ó lucero de la mañana y al mar. El mayor dios visible era el ídolo Vitziliputzly, el cual tenia á su cargo la prosperidad del imperio; despues de él seguia Tescatilputza, que presidia á las espiaciones; y para significar que castigaba á los malos, le representaban con dardos en la mano y sobre un trono formado de cráneos y huesos humanos, emblema de su poder y autoridad sobre el hambre y la peste.

En algunos paises tenian un ídolo vivo, que por lo regular era un prisionero, á quien daban el nombre del dios á cuyo culto habian de sacrificarle. La adoracion que le tributaban duraba un año entero, le adornaban con joyas preciosas, y le alimentaban con ofrendas muy esquisitas. Hacian que echase su bendicion á los enfermos y niños; mas luego que cumplia el término, le sacrificaba el gran sacerdote, cuyas manos se bañaban en la humeante sangre de la infeliz víctima. El colejio de los

sacerdotes tenia la mayor influencia en los negocios del gobierno, dirijiendo á los pueblos y á los soberanos, cuya autoridad adquirian á costa de una vida austera y penosa. La dignidad de sacerdote de Vitziliputzly era hereditaria en ciertas familias, y en los templos de otros ídolos se adquiria el sacerdocio por eleccion entre los que se educaban para este efecto desde su infancia. Cuando se trataba de verificar un matrimonio, preguntaba el sacerdote á los contrayentes sobre su inclinacion, y ecsortándoles á la mútua correspondencia, formaba un nudo con los vestidos de los futuros esposos. Atados así con este emblema de union, iban con el sacerdote á visitar el fuego doméstico: se postraban delante de él, y le adoraban como que habia de ser testigo de su felicidad. Tenian depósitos públicos para conservar las condiciones y estipulaciones del casamiento. El divorcio se verificaba cuando se reunian las voluntades de ambos esposos; y una vez divorciados, no se podian reunir mas, sopena de la vida. Cuando sucedia esto se llevaba el padre los hijos varones y la madre las hembras. La mala conducta de la mujer, era una mancha muy vergonzosa para el marido.

Cuando nacia un niño, le llevaban al templo y le ponian con mucha solemnidad sobre el altar: el sacerdote pronunciaba un discurso sobre la miseria humana, sacaba unas gotas de sangre de la parte mas secreta del niño, y sumerjia á este en el agua, profiriendo ciertas palabras: al tiempo de celebrar esta ceremonia ponian en la mano del niño varon una espada ó un instrumento mecánico, segun la profesion del padre. No se hacia distincion entre las niñas, pues á todas, de cualquier calidad que fuesen, las ponian una rueca y un huso. En ciertas épocas del año hacian los sacerdotes unas figuritas de pasta, y daban á comer pedacitos de ellas á los naturales: los sacrificios humanos llegaron á ejercerse con un esceso increible, pues se asegura que en un solo dia se rociaron los altares de aquellos falsos ídolos con la sangre de veinte mil víctimas. Los funerales de un rey representaban el espectáculo mas horroroso, porque debian morir con él todos los de su casa; y si no lo hacian, los acusaban de ingratitud, que era el mayor delito entre los mejicanos. Tenian sin duda idea de la inmortalidad del alma, pues

construian magníficos sepulcros, y en ellos ponian joyas de oro, plata y provisiones para el otro mundo.

No coronaban al emperador hasta que hubiese practicado alguna hazaña militar. Era unjido por el gran sacerdote con un bálsamo que él mismo componia de varias drogas, y se le tenia por un preservativo contra las enfermedades y sortilejios: el gran sacerdote le ponia en los hombros un manto pintado de huesos y calaveras, para que tuviese presente en su memoria que habia de morir: prestaba juramento de sostener la relijion y las leyes de sus mayores, y conservar los derechos y privilejios de los pueblos. Prometia que saldria el sol todos los dias, que lloveria cuando fuese necesario, que mientras él reinase no habria inundaciones, peste ni hambre; queriendo significar con esto que en su gobierno procuraria impedir que recayesen estas plagas sobre sus inocentes vasallos. Era una especie de adoracion los honores que tributaban al rey: este tenia entre un gran número de concubinas, dos particularmente distinguidas con el nombre de reinas. Cada vasallo debia darle por via de contribucion la tercera parte de sus bienes ó industria, que cobraban con mucho rigor, y así eran inmensas las rentas del soberano. A los soldados se les distinguia de los otros vasallos, y llevaban divisas de honor militar. Tenian cierto órden de caballeros, en cuya clase se admitia á los grandes despues de haberse hecho acreedores á tal distincion con acciones brillantes; la divisa era una cinta encarnada, con la que ataban el cabello, y pendian de ella unas bellotas, cuyo número se aumentaba con cada hazaña de mérito correspondiente, y por este medio se avivaba contínuamente la emulacion.

La administracion de justicia era breve y sumaria, y como no sabian escribir duraban poco los pleitos: con la misma prontitud se ejecutaban severos castigos para escarmiento de los malos. El ministerio del rey vijilaba con mucho cuidado sobre la conducta de los majistrados, sin omitir medios para procurar la buena educacion de los niños. Habia colejios para los jóvenes nobles, y para los plebeyos escuelas públicas, cuyos maestros eran sumamente respetados, y algunas veces subian á los ministerios como mas instruidos que otros. A los dis-

cípulos de la primera clase se les instruia en las reglas del calendario; les enseñaban cánticos en honor de los hombres grandes, y otros para alabar á sus ídolos. Cuando pasaban á la segunda clase se les instruia en la moral, y entonces les inculcaban los maestros la necesidad de ser dóciles, humildes y modestos. Hasta que formaban bien el espíritu y el corazon del jóven, no le pasaban á la tercera clase, en la cual se ejercitaban en correr, luchar y danzar para robustecerlos y hacerlos fuertes; los acostumbraban á manejar la espada, á disparar flechas, á saltar grandes espacios, á llevar cargas pesadas, á sufrir el hambre, la sed, y últimamente á restir el rigor de las estaciones.

Cuando los jóvenes nobles estaban esperimentados en estos ejercicios, los enviaban al ejército para ensayarse en una campaña, obligándoles á llevar sobre sí su equipaje como los demas soldados, no solamente con el objeto de endurecerlos, sino tambien para mortificar su vanidad, y acostumbrarlos á la obediencia y subordinacion; pero concluida la campaña podian retirarse libremente á vivir del modo que fuese mas análogo á su carácter.

Habiendo dado ya una idea de los usos y costumbres de los indios, pasemos á referir la conquista de Méjico por los españoles. Llegado Hernan Cortés á Cozumel, punto que se habia señalado para la reunion de las tropas, les pasó revista y halló que ascendian á quinientos ocho soldados, ciento nueve marineros y artesanos, y dieziseis caballeros; de modo que entre todos componian el número de seiscientos treinta y tres hombres. Con este pequeño ejército, que mas bien podia tenérsele por una escolta, emprendió Cortés su plan de conquista contra el poderoso imperio de Méjico, cabeza de otros muchos, en los cuales observó que brillaban las artes, la policía y un arreglado gobierno, que podia facilmente oponerle inumerables ejércitos. Estas consideraciones, que debian haber desalentado al héroe español, sirvieron para animarle mas á la ejecucion de su empresa; y viéndose al frente de una tropa aguerrida y resuelta con el deseo de gloria y de riquezas, resolvió entregarse á la suerte, sin limitar sus favores con la circunspeccion, ni

abusar de ellos con el demasiado atrevimiento. Este conjunto de política hace mas notable el carácter de este hombre.

Primer combate de Hernan Cortés con los indios. — La primera accion importante fué con los indios de la isla de Tabasco, en donde salió contra Cortés un ejército de mas de cuarenta mil hombres, y aunque podria haber despreciado aquella isla que se le presentaba tan formidable y pasar al continente, quiso que su tropa conociese que el buen écsito de la empresa le ganaria una gran reputacion: que los habitantes de tierra-firme esperaban sin duda ver los resultados con los isleños, y que si los españoles rehusaban batallar con ellos se animarian los del continente á la defensa de sus costas con todo empeño; cuando por el contrario, si vencian y avanzaban por el pais cubiertos de la sangre enemiga, les infundirian terror, y podrian abrirse un camino para brillantes y útiles conquistas. Este razonamiento decidió á los españoles á dar la batalla: los indios, confiados en su gran número, se precipitaban contra los fuegos de sus enemigos, y hubo ocasiones en que solo el peso de la gran masa de estos podia oprimir á los españoles, pues se vieron casi imposibilitados de cargar las armas de fuego y usar de las espadas; pero la artillería, colocada en ventajosas posiciones, y la pronta acometida de los caballos por entre los batallones de una jente desnuda y pasmada con tal novedad, hicieron que repentinamente se retirasen los indios desordenados.

La carnicería fué horrorosa; todos los que se resistieron en la pelea perdieron la vida; mas despues de la victoria trató Cortés á los prisioneros con humanidad y dulzura: envió un comisionado á presentar al cacique proposiciones de paz y amistad, que fueron recibidas con mucho placer de este jefe. Se hicieron recíprocamente varios presentes, y entre los que envió el indio al jeneral fué uno el de veinte esclavas diestras en amasar el pan de maiz, presente muy útil para el ejército. Una de estas esclavas tomó aficion á los españoles, aprendió el idioma y les sirvió de intérprete: se bautizó y la pusieron el nombre de Marina. Cortés proponia siempre como objeto principal de su empre-

sa la propagacion de la fé católica; y como era sumamente esacto en el cumplimiento de las obligaciones de cristiano, infundia el mismo deseo á sus tropas. En el campo celebraba los oficios divinos con toda pompa, admitiendo de buena gana á los indios, para que viendo la magnificencia de las ceremonias se inclinasen á recibir las semillas del Evanjelio.

Lo mismo que Cortés habia previsto antes de pelear contra los de Tabasco, le sucedió; pues en lugar de encontrar tropas resueltas á rechazarle del continente, vió que se le presentaron negociadores de paz llenos de terror. Pilpat y Teutile, el uno gobernador y el otro comandante jeneral de la provincia adonde dirijia sus miras, enviaron comisionados á preguntarle la intencion con que su armada se presentaba en la costa, y le ofrecian de parte del emperador Motezuma todo lo que necesitase para continuar su viaje; pero sin hacer movimiento ó dilijencia alguna para impedir el desembarco. Este se verificó saltando Cortés en tierra con la mayor tranquilidad: formó sus fortificaciones, manifestó que sus ideas eran pacíficas, y solicitó una conferencia con los gobernadores, los cuales se presentaron con una brillante comitiva: Cortés los recibió rodeado tambien de sus oficiales y tropas. Hechas las primeras cortesías, les dió á entender por medio del intérprete, que antes de declarar la causa de su viaje le era preciso cumplir con las obligaciones de su relijion, y encomendar al supremo Dios de los dioses el feliz écsito de su empresa. Dispuso que se colocasen en la capilla los magnates indios que, llenos de admiracion, lo observaban todo con el mayor cuidado.

Despues de la ceremonia relijiosa siguió la comida, que fué sazonada con el mejor gusto posible, y concluida esta se trató de dar la respuesta, para la cual se revistió Cortés de un aspecto sério, y con un tono firme dijo: «Yo he venido en nombre de D. Cárlos de Austria (que ya era rey de España), monarca del Oriente, á tratar con el grande emperador Motezuma sobre negocios muy interesantes, no solamente á su persona é imperio, sino tambien al bien y felicidad de sus vasallos. Para cumplir yo con las órdenes de mi señor, es indispensable que el emperador me admita á su

presencia; y como es de esperar, confio que en esta audiencia se guarden conmigo todas las atenciones que son debidas á la grandeza del rey mi señor.» Cuando los gobernadores oyeron estas palabras, mudaron de color y se contristaron sobremanera: dispusieron que antes de darse la respuesta se trajese el regalo destinado al jeneral, creyendo que su hemosura y grandeza les proporcionaria una contestacion mas satisfactoria: dijeron que tenian órden de tratar con la mayor atencion y urbanidad á los estranjeros que se habian presentado en las costas; que ellos estaban gustosos en cumplir la voluntad de su soberano; pero le ecsortaban á que siguiese su viaje despues de haber descansado, pues era muy dificil hablar al emperador; y añadieron: «Esperamos que estimareis nuestra franqueza; nosotros no os queremos engañar, y por lo mismo os hacemos esta advertencia antes que hayais perdido el tiempo, y visto por esperiencia la dificultad de vuestro designio.»

Cortés les respondió que los soberanos jamas negaban la audiencia á los embajadores de otros reyes, y que sus ministros no podian oponerse sin espresa órden á semejantes audiencias; que su obligacion era hacer presente al emperador su llegada, ecsortándoles á enviar un correo, y que entretanto esperaria él la respuesta; «mas con la calidad, les dijo, de que le informeis de que estoy determinado á que me admita en su presencia, y á no salir del pais con el agravio de una negativa. Los españoles advirtieron que durante la conferencia pintaban algunos artistas indios las embarcaciones, el campamento, los trajes y caballos. Advertido de esto Cortés creyó que para que animasen mas sus pinturas convendria desplegar las velas, formar en batalla sus soldados, y dar á todo un aspecto imponente. Montó á caballo con sus oficiales, hizo jugar los arcabuces y cañones, y dió un combate figurado, con el cual quedaron pasmados los gobernadores. Apurados los pintores para representar tan nuevas cosas, se observó que debajo de cada figura escribian ciertos caractéres para suplir la falta de espresion, y despues de haber pintado el fuego del cañon, para representar el efecto de su esplosion, pintaban como temblando los objetos que

se hallában alrededor. Estas pinturas las llevaron á la córte del emperador, y con ellas se aumentaron mas los deseos de retirar á los estranjeros.

Mientras que los españoles esperaban la contestacion, les proveyeron los gobernadores con la mayor jenerosidad de cuantos víveres necesitaron. Vino, con efecto, la respuesta acompañada de un magnífico regalo para que fuese oida favorablemente. Cuando los gobernadores presentaron tanta riqueza, que pasmó á los españoles, dijeron al jeneral que se sirviese aceptar aquellas bagatelas, en prueba de la amistad que su emperador queria conservar con el rey de España; pero que por las circunstancias no le era posible ni convenia concederle la gracia de pasar á Méjico; y para corroborar mas esta repulsa, alegaron las muchas dificultades de los caminos, y el peligro que amenazaban las naciones salvajes, esforzando su pretension con cuantas razones pudieron imajinar. Cortés les contestó con frialdad que su intencion no era faltar al respeto debido á Motezuma, á quien quisiera poder obedecer, y que esto no podria ser sin un notorio deshonor de su señor: que el emperador no debia llevar á mal la firmeza de su súplica, porque esta la hacia un soberano de los mas respetados del mundo. Observando el gobernador que sobre este particular se acaloraba Cortés, temió llegase el rompimiento, y para evitarle ofreció enviar un nuevo correo. Concluida esta entrevista se retiró el indio, y los españoles se entretuvieron en ecsaminar por menor el regalo: admiraron las hermosas piezas maestras, el mucho oro, plata, perlas, pedrería de toda especie y en pasmosa cantidad: se decian unos á otros «¡qué riquezas, qué tesoros debe haber en una capital que dá de sí tantas maravillas; rico botin podia sacarse de ella!»

Cuando los soldados se manifestaban atónitos con tales consideraciones y se abrasaban en deseos que el jefe no procuraba reprimir, deliberaba Motezuma con tristeza sobre el apuro en que le ponia la obstinacion del estranjero: este emperador habia obtenido la corona por astucia, y aunque era de la familia real no estaba bien quisto: como por estas circunstancias se habia visto obligado á usar de severidad, tenia contra sí muchos descontentos en la córte y en las provincias. La guerra le intimi-

daba poco, pues desde su elevacion al trono la habia hecho siempre con felicidad; pero el tener que batallar con hombres armados tan estraordinariamente, á quienes juzgaba invulnerables, con unos mónstruos medio caballos y medio hombres, y finalmente contra unos truenos que vomitaban la muerte, se le figuraba una empresa temeraria. Sin embargo, despues de haber reflecsionado sobre un caso tan apurado, envió el último regalo á Cortés, con espresa órden de que saliese de sus dominios.

El jeneral respondió á Teutile, que le intimó esta órden, que uno de los principales objetos de su embajada, era establecer en aquellos paises la relijion cristiana, estirpar la idolatría, y propagar la verdadera fé, único camino de la felicidad eterna; y que habiendo venido de tan remotos paises para un asunto en que se interesaban su relijion y su conciencia, no podia desistir de sus esfuerzos para que se le oyese. El mejicano temblaba de cólera al oir la firme resolucion de Cortés, y en tono valiente le dijo: «El gran Motezuma os ha tratado hasta ahora con dulzura, cumpliendo con todas las sagradas leyes de la hospitalidad; pero si obstinado le obligais á emplear su poder, pronto os arrepentireis todos de esa porfia.» Y con esto se retiró sin despedirse. Cortés, viéndole marchar, dijo con tono burlesco á sus soldados: «Pues amenazan, sin duda tienen miedo.»

Los indios dejaron de enviar al campo los regalos y víveres, y esta privacion causó entre los españoles algun descontento, que fomentó un oficial llamado Diego Ordaz, á quien protejia Diego Velazquez, y habia intentado encargarle la comision de Cortés. Para alterar mas los ánimos de los soldados, les decia que hubiera sido mas conveniente acomodarse á las ecsortaciones pacíficas de Motezuma y obtener una buena composicion, pues era contra toda regla de prudencia intentar con tan pocas tropas desafiar á un imperio tan poderoso: que si á Cortés no le parecia oportuno desistir de la empresa, seria mas acertado regresar á Cuba para volver despues con mayores fuerzas. Ordaz ofreció ir con esta propuesta al jeneral, y los descontentos le encargaron esta comision que él desempeñó con una groseria y libertad capaces de irritar: presentóse al jefe, y le aseguró que él espresaba los deseos de

todo el ejército. Cortés le escuchó sin manifestar el menor desagrado, y mandó que toda la tropa estuviese pronta á embarcarse al dia siguiente para la isla de Cuba. Con esta noticia se amotinaron los aventureros por ver frustradas sus esperanzas, pues muchos de ellos eran caballeros pobres que se habian alistado para buscar fortuna; y como la reservada política de Cortés hubiese esparcido en aquella noche entre su tropa varios emisarios, atizaron estos el descontento, y se decidieron á no rembarcarse, añadiendo que si el jeneral no tenia valor para ejecutar los planes que se habian formado, nombrarian ellos otro que los llevase á efecto.

Al amanecer del dia siguiente fueron en gran tropel á hacer presente al jeneral su resolucion, y este, aparentando gran sorpresa, les dijo que si habia tomado aquel partido era porque se le habia asegurado que todo el ejército lo deseaba: que supuesto que le habian engañado y estaban llenos del deseo de gloria, se resolvia á continuar su primer proyecto con la mayor actividad: que estaba seguro de conducirlos por el camino de la victoria y de la fortuna que dignamente merecian sus esfuerzos. Esta resolucion fué recibida con el mayor contento y regocijo.

Afortunadamente llegaron al mismo tiempo unos embajadores del cacique de Zempoala, enemigo declarado de Motezuma, cuya superioridad no queria reconocer. Aunque pretestaron que iban con el objeto de conocer á los valientes, cuyas hazañas en Tabasco habian estendido su fama por todo el pais, su principal idea era empeñar á Cortés en una liga contra el emperador. El jeneral español conoció la division y disensiones que reinaban entre los diversos caciques y el emperador; y persuadido de la posibilidad de la victoria, le pareció que antes de pasar adelante le convendria dar á su autoridad formalidades respetables, por cuyo medio lograría una fuerza inespugnable contra los esfuerzos de la malevolencia. Mientras llegaba la respuesta de Motezuma, aprovechó el tiempo Cortés en fundar una colonia y proporcionar abrigo á sus naves, cuya precaucion era muy necesaria para tener apoyo en algun revés de la fortuna. Aunque parece que elijió mal sitio, le fué preciso subsistir en él, porque para trasladarse á otro pun-

lo hubiera tenido que pasar muchos trabajos. A la ciudad que fundó para capital de la colonia puso el nombre de Veracruz, porque llegó á aquella costa el dia de viernes santo. Cuando se hallaba ya formada la colonia, estableció una especie de concejo que se componia de alcaldes, rejidores, procuradores, y oficiales, á quienes recibió juramento de que administrarian justicia con imparcialidad. Cortés se presentó en él con ademan respetuoso para dar realce á la autoridad de aquel tribunal; propuso la necesidad de nombrar un jeneral, suponiendo la ilejitimidad de su empleo, porque Diego Velazquez habia revocado el nombramiento hecho en él; y que por lo tanto tocaba á ellos providenciar sobre la materia, pues representaban al rey. «Desde este momento, añadió Cortés, resigno en vuestras manos la autoridad que he tenido, y os entrego el título en cuya virtud la he ejercido, para que nombreis al que os parezca mas digno: yo os ofrezco tomar sin violencia una lanza en la propia mano que empuñaba el baston de comandante, y obrar como soldado del mismo modo que lo he practicado como jeneral; porque si en el ejercicio de las armas se aprende á mandar, obedeciendo se presentan ocasiones en que se necesita haber mandado para conocer la necesidad de obedecer.» Concluida esta alocucion entregó á los alcaldes el baston, puso su despacho sobre la mesa, y se retiró.

Como los individuos del consejo le eran adictos, no tardaron en llamarle, le elijieron jefe y le dieron la comision en nombre del rey. Este acto de eleccion se comunicó á la tropa para ver si le agradaba, y se conformaron todos sin que los partidarios de Diego Velazquez hubiesen podido declararse públicamente; pero lo hicieron en secreto. Desde entonces no anduvo Cortés con disimulos ni atenciones como lo habia ejecutado antes con los murmuradores; mandó prender á Diego de Ordaz, Pedro Escudero y Juan Velazquez de Leon, bien que poco despues los puso en libertad por recomendacion de sus amigos. Este solo acto de severidad impidió toda rebelion en lo sucesivo, y con su clemencia se ganó el afecto de los descontentos que jamas le abandonaron, antes bien se señalaron con acciones de valor, y fueron sus mas fieles amigos.

La situacion de Motezuma era muy crítica y apurada: escusaba la visita de Cortés porque su venida tenia sobresaltados todos los espíritus; le habia traido á la memoria las antiguas profecías, pareciéndole que veia en los españoles los conquistadores, que segun una antigua prediccion, tenian que venir del oriente á destruir el imperio mejicano; recordaba que no se podía abandonar su relijion, que los ministros de ella eran muy poderosos, y últimamente se aflijia con el recuerdo de verse precisado á hacer una defensa tal vez infructuosa.

Esta era la disposicion en que se veia Motezuma cuando Hernan Cortés, dueño absoluto de sus operaciones y estimado de sus tropas, se hallaba en medio de unas provincias menos fieles que atemorizadas bajo el yugo de Motezuma, de quien eran enemigos los indios que las habitaban porque los oprimia con enormes impuestos, les arrebataba sus mujeres é hijas para sus torpes placeres, y los jóvenes para sacrificarlos á sus dioses. Hallándose Cortés en una ciudad de las descontentas, observó que á dos cobradores de los tributos los llevaban en dos soberbios palanquines sobre los hombros de los indios, y que los acompañaba gran número de oficiales con mucha ostentacion; que las desdeñosas miradas que desde lo alto de aquella especie de trono esparcian sobre la multitud, hacian temblar á todos aquellos miserables; el español les infundió valor y prometió sostenerlos. El pueblo arrestó á los comisionados queriendo quitarles la vida ignominiosamente; mas Cortés los protejió librando dos de ellos con el mayor secreto, y enviándolos á Motezuma les dijo: «Asegurad á vuestro emperador que haré cuanto sea posible para libertar á los otros, y para convencer á los rebeldes de que han cometido una gran culpa negando la obediencia á las disposiciones de su señor; que yo solo deseo la paz y poder dar pruebas de mi respeto al emperador y á sus ministros.» Hecha esta protesta aconsejó al pueblo que se anticipase á dar pasos de sumison y obediencia, é hizo que los cuatro prisioneros ofreciesen abstenerse de recojer víctimas humanas para los sacrificios. Estos hombres, agradecidos al bien que se les habia hecho, fueron á ser intercesores del pueblo, de modo que todo se arregló por la gran sagacidad de

Cortés, á quien los naturales quedaron reconocidos. Esta misma conducta observaba útilmente con las naciones enteras, pues si estaban enemistadas las reconciliaba, y de este modo ganaba la estimacion de ambas. Cuando hallaba jentes magnánimas y de valor, contaba por seguro el atraerlas á su amistad con procedimientos francos y jenerosos, aunque estuviesen preocupadas contra él.

Combates con los trascaltecas. — La soberbia república de Tlascala, siempre en guerra con Motezuma, veia con placer que los españoles marchaban contra su enemigo; pero no pudo advertir sin repugnancia que Cortés, solicitando paso por su territorio, se disponia á abrírsele por la fuerza si se le negaba. Los tlascaltecas le opusieron considerables ejércitos, que fueron vencidos y derrotados en tres batallas consecutivas; y mas vencidos aun los naturales con la moderacion de Cortés despues de sus victorias, se hicieron sus amigos, mostrándole un constante celo y afecto que no desmintieron jamás, lo cual fué muy útil á los españoles para su empresa. Se admiraban los indios de ver que en aquellas batallas por grande que fuese su superioridad, y que sus muertos quedasen á millares en el campo, apenas perdian los españoles uno ó dos hombres, á pesar del infinito número de flechas que arrojaban contra ellos. En el primer choque mataron los tlascaltecas una yegua, la cortaron la cabeza, y la llevaron en triunfo. Este trofeo los alentó para nuevos combates, y mucho mas cuando la muerte de un soldado les hizo conocer que los españoles no eran inmortales, segun se habia divulgado entre ellos.

Habiendo dejado Cortés á Tlascala, recibió en las fronteras una embajada con un rico presente de oro y pedrería, y el conductor le dijo con mucho comedimiento: *tomad y retiraos*. El jeneral le tomó, y lejos de retirarse pasó adelante. Como temian que lo haria así, llevaban los comisionados órden para decirle que si estaba decidido á ir á Méjico, tambien se hallaba resuelto el emperador á recibirle. Eran dos los caminos que habia para pasar á la capital: el uno hermoso y fácil, pero largo; el otro, mas corto, le atravesaban muchos rios, estaba erizado de

rocas, y era muy propio para formarle emboscadas. En la entrada del primero habian puesto los mejicanos muchos parapetos para que el jeneral no le elijiese, y limpiaron la entrada del segundo que conducia á unos horrorosos desfiladeros, en donde tenia tropas emboscadas, de las que no se habrian desembarazado los españoles; pero advertido Cortés de esta trama, y llegando á la entrada de ambos caminos, preguntó á los emisarios cuál de ellos deberia tomar: le respondieron que para no fatigar tanto á la tropa iria mejor por aquel que habian allanado. Cortés les replicó que no conocian á sus españoles; que por lo mismo que era mas dificil el camino cerrado, sería este precisamente el que elijiesen, porque estaban acostumbrados á correr siempre adonde habia peligro. Asombrados los emisarios, creyeron que alguna deidad inspiraba á Cortés en sus determinaciones, y marcharon á llevar al emperador la noticia de su prócsima llegada.

Motezuma habia aumentado los sacrificios y conjuros consultando á todos los adivinos, y estos, arreglándose por las victorias de los españoles, que habian visto, respondieron que se les habia presentado el demonio, asegurándoles que contra aquellos estranjeros no habia resistencia, porque los dioses habian desamparado á los mejicanos. El infeliz monarca esclamó: «Y bien, ¿qué haremos si nos abandonan nuestros dioses? Vengan esos estranjeros; caigan sobre nosotros los cielos, pues lo mismo nos serviria defendernos que que huir.» Tal es el imperio que tiene el desaliento en un corazon intimidado! Motezuma no era medroso ni fácil de aturdirse, pues al frente de sus tropas habia dado muchas veces pruebas de un valor ardiente ó sosegado, segun lo ecsijian las circunstancias. Su consejo, su prudencia y su penetracion admiraban: se hallaba en su capital rodeado de un pueblo acostumbrado á obedecerle, y era cosa muy fácil impedir la entrada á un puñado de estranjeros. La ciudad, situada entre dos lagos, no podia ser atacada sino por una de dos calzadas estrechas que conducian á ella; aquella por donde habian de transitar los españoles era de dos leguas, y la habian cortado con aberturas que proporcionaban la co-

municacion de un lago á otro; de este modo era facil que, mientras los estranjeros se detuviesen por las cortaduras, los indios los atravesasen desde sus canoas con las flechas. Si á pesar de estos ardides llegasen á avanzar hasta la ciudad, tropezarian con unas puertas bien cerradas y con buenos terraplenes: si llegaban á penetrar en ella, la hallarian atravesada toda de canales, y soltando las aguas del lago por las esclusas podian inundarlas. Con piedras arrojadas desde los tejados, y los muebles de las casas por las ventanas, era muy bastante para oprimir y acabar con un número tan corto de enemigos, y la mas leve resistencia habria impedido que llegase un solo español al palacio. Sin embargo, Motezuma habia tomado el partido de pasar por todo, de ganarlos con la benignidad y las condescendencias, reservándose para despues el medio de deshacerse de ellos. Si no supo Cortés esta resolucion, no cabe en la admiracion su gran valor é intrepidez.

Llegada de Cortes a Mejico. —La fortuna le ayudó como valiente: el emperador le salió al encuentro tan afable como un buen amigo, aunque tomó todas las precauciones necesarias para asegurar á los españoles; los alojó en un cuartel fácil de fortificar, en donde habia un palacio para el jeneral y sus oficiales, permitiéndoles andar por todas partes y á todas horas, mandando á los habitantes que cuidasen mucho de no desagradarles. Desde este instante manifestó el emperador á Cortés una confianza tal, que puede decirse que descendió del trono en donde estaba sentado con altivez delante de sus vasallos, y que con asombro de estos, se abatió hasta el estremo de igualarse con el jefe de los estranjeros.

En su primera conversacion con Cortés le franqueó su corazon sobre sus opiniones, tanto con respecto á los estranjeros como á sí mismo, y sobre el desenlace de aquella especie de drama que ambos representaban. «Desde luego, le dijo, conocí que los españoles no son mas inmortales que los indios, y que el rayo de que usan es un descubrimiento de las ciencias. Lo mismo sucede respecto de lo que os habrán informado de mí, esto es, que soy inmortal é igual á los dioses, que la fortuna me ha colmado de sus favores, que mi palacio es de oro, y que la tierra se hunde con el peso de

mis tesoros. Os habrán dicho igualmente que soy opresor, tirano, cruel, injusto é incapaz de perdonar; pero todo es falso.» Descubrió la cicatríz de una herida que habia recibido en un brazo, y dijo: «Esta es una prueba de que soy mortal. Mis riquezas son ciertamente grandes, pero la fama y la adulacion las han ecsajerado: lo mismo sucede con mis defectos. Suspended vuestro juicio, y advertireis que la crueldad y la opresion son muchas veces necesarias para gobernar. De vosotros me han dicho que sois vengativos, codiciosos, soberbios y esclavos de vuestras pasiones; y lo que yo creo os que sois de la misma especie que todos los hombres, aunque os distinguen algunas cualidades que provienen de las del clima, y como unos verdaderos soldados arrostrais los peligros y dificultades. Vuestro comportamiento me prueba que sois codiciosos, y finalmente que sois hombres como nosotros, aunque con prendas superiores.» Respecto de los caballos se esplicó en los mismos términos, aunque sobre ellos le habia hecho el miedo un elojio ecsajerado. «Me parece, dijo, que son una especie de ciervos dóciles con aquel grado de intelijencia á que pueden llegar las bestias.»

Por último, tratando del viaje de Cortés, y en lo que habia de rematar, habló en este sentido: «No ignorais que el gran príncipe á quien obedeceis desciende de nuestro antiguo Quezalcoal, señor de las siete cavernas de los Nabatlaces, y lejítimo soberano de aquellas siete naciones que fundaron el imperio mejicano. Por una tradicion antigua, que tenemos por infalible, sabemos que marchó de este pais para ir á sujetar las rejiones del Oriente, prometiendo que sus descendientes vendrian con el tiempo á darnos leyes y reformar nuestro gobierno, y todas vuestras acciones concuerdan con esta profecía. El soberano de Oriente que os ha enviado, acredita por vuestras hazañas la grandeza de su ilustre ajente, y asi estoy resuelto á someterme á él; os lo advierto para que me digais con franqueza si teneis alguna cosa mas que mandarme.»

Todo esto era poner en el mayor apuro á Cortés: sin embargo, respondió con destreza á cada particular, pagando con otros cumplimientos el elojio del emperador al carácter de los españoles, confesando que efectivamente las armas de fuego que

los indios tenian por rayos eran una invencion del arte, probando por ella la superioridad del injenio de sus compatriotas. Dijo que los caballos no eran una especie de ciervos, sino animales de una clase mas jenerosa, que gustan de la guerra, que en ella se enfurecen, y que parece quieren ganar parte de la gloria con el jinete. Se valió con sagacidad de la tradicion absurda que tenia el emperador por cierta. Hablando de la barbárie y crueldad de los mejicanos, dijo que el principal objeto de su comision era la destruccion de aquel impío establecimiento, y la propagacion del cristianismo, del cual hizo una lijera descripcion; y finalizó su discurso ofreciendo una alianza inalterable con su soberano.

Motezuma respondió: «Acepto muy reconocido la amistad que me proponeis del descendiente del gran Quezalcoal; pero todos los dioses son buenos: los vuestros estan bien en aquel pais, y los nuestros en el mio; dejémosles que gocen de lo que les pertenece sin molestarlos. Por ahora, prosiguió mirando con afabilidad á los españoles, descansad, pues estais en vuestra propia casa, y sereis servidos con todo el esmero y atenciones debidos á vuestro valor y al gran príncipe que os envia.»

Cortés se veia en Méjico, segun todos creian, en el complemento de sus deseos, y puede discurrirse que no sabia lo que deberia hacer con un monarca tan afable, cortés y jeneroso. ¿Le habia de destronar, tasar su rescate, y robar al pueblo, cuando ni el rey ni sus súbditos daban motivo para la menor queja? Cortés estaba reducido á ir á visitar al emperador á su palacio, á recibirle en su casa, á representar con sus oficiales el papel de simple cortesano, y asistir con él á las fiestas. Mientras duraba esta inaccion, tuvo Cortés cartas de Veracruz en que le daban noticia de que Cualpopoca, jeneral mejicano, habia acometido á la colonia haciéndola perder ocho hombres. Semejante atrevimiento admiró á Cortés, el cual se informó y supo que habian enviado al emperador una cabeza, que el monarca habia ecsaminado con aspecto alegre. Segun la descripcion que le hicieron de aquella cabeza, le pareció que seria de uno de los ocho que habian echado de menos en el ataque de Veracruz. Se presumia que el emperador estaba de acuerdo con Cualpopoca, y que este habia

procedido á aquel atentado por órden suya. Temiendo que á cada instante se repitiesen los ataques contra los españoles, juntó Cortés un consejo secreto, en el que se trató lo que debia hacerse en aquel caso.

Cada uno de los vocales sentia de diferente modo: uno decia que debian retirarse secretamente: otro que se pidiesen pasaportes para llevar sus riquezas: otros que no se moviesen hasta una ocasion segura para retirarse, y todos opinaron que entretanto se reservase con el mayor secreto la noticia de Veracruz. Cortés se opuso á todos estos dictámenes, inspirados por el miedo: «¿Cómo nos hemos de retirar, dijo, secretamente cuando nos vemos acometidos? ¿cómo han de pedir pasportes los que con las armas en la mano se han abierto camino hasta la capital? ¿qué juicio formarian los indios de esta debilidad? ¿no darian sobre nosotros por todas partes al salir, y en el camino? Mi opinion es que debemos permanecer aquí; pero sin paliatibos ni disimulos, sino ejecutando una grande accion que, pasmando á los indios, nos restituya la estimacion y respeto que hemos perdido con este último suceso. El único medio que me ocurre, es que aseguremos la persona del emperador, y le traigamos prisionero á nuestro cuartel.» Esta proposicion dejó sorprendido al consejo. ¡Un puñado de hombres arrestar á un soberano, y aprisionarle en medio de sus cortesanos, en su misma capital! ¡qué proyecto tan arriesgado! Sin embargo, despues de reflecsionado con madurez, no pareció tan estraño, y encargaron la ejecucion de él á Cortés.

El jeneral español entró en el palacio de Motezuma con sus capitanes del mismo modo que siempre acostumbraba; entretanto se paseaban en patrullas treinta soldados escojidos. Llegó Cortés al emperador, y se quejó de la traicion de Cualpopoca; el príncipe mudó de color. Observada esta alteracion por el jeneral, dijo: «No creo que V. M. tenga parte en tan horrible conjuracion; pero es indispensable que me dé una prueba de su inocencia, para borrar la impresion que no puede menos de hacer semejante calumnia: esta prueba será venirse conmigo voluntariamente, sin escándalo, á vivir en nuestro cuartel, hasta que se vea claramente que V. M. no ha tenido parte en tal perfidia.» Sorprendido el monarca

oyó con mucho trabajo á Cortés hasta concluir su narracion, y al fin rompió el silencio, contestando con arrogancia: «No están acostumbrados los príncipes de mi sangre á entregarse ellos mismos prisioneros; y cuando yo tuviera la debilidad de acceder á ello, olvidado de lo que me debo á mí mismo, mis vasallos no sufririan que se hiciese á su soberano semejante afrenta.» Cortés replicó: «No obligue V. M. á los españoles á que se olviden del respeto que le deben, pues á nosotros no nos contienen los obstáculos que vuestros vasallos pueden oponernos.»

El emperador propuso cuantos medios le parecieron convenientes para satisfacer á los españoles: ofreció entregarles á Cualpopoca y su oficialidad para que los castigasen, y dar en rehenes de esta palabra á sus propios hijos; mas Cortés permaneció inflecsible en su resolucion: la cuestion se iba agriando, y los oficiales españoles empezaban á temer que la tardanza les fuese funesta, cuando acercándose el valiente é impetuoso jóven Juan Velazquez de Leon, dijo: «¿De qué sirven tantas palabras? que se deje conducir, ó le paso el corazon.» La intérprete doña Marina estaba presente, y Motezuma le preguntó con sobresalto, qué era lo que decia aquel precipitado jóven; esta, que se hallaba instruida de antemano, le contestó como en confianza, que sabia muy bien las intenciones de los españoles, que conocia su carácter, y que si se iba con ellos le tratarian con el respeto debido á su real persona; pero que si rehusaba, resultarían consecuencias muy funestas. Con esta artificiosa confianza se determinó el emperador á seguir el consejo de doña Marina: mandó, pues, disponer sus equipajes, llamó á sus ministros, y les dijo: «Voy á pasar algunos dias en el cuartel de los españoles; publicad que lo hago voluntariamente por interesar al bien del imperio.» Dicho esto se entregó á los españoles, colocándose en medio de ellos. Aunque la pena y afliccion se vieron pintadas en los rostros de todos sus vasallos y algunos derramaron lágrimas, ninguno hizo el mas pequeño esfuerzo para dar libertad á su soberano, que decia con aspecto alegre, que iba á divertirse con sus amigos los estranjeros. Toda la multitud habia acudido á la entrada del cuartel; el emperador mandó á sus guardias que

la dispersasen, y que cualquiera que causase alboroto fuese castigado con la muerte.

Luego que llegó el desventurado Cualpepoca, le formaron proceso, y le condenaron á ser quemado. En el mismo instante en que se ejecutaba la sentencia, entró Cortés en el aposento del emperador con un soldado que llevaba unos grillos; y acercándose al soberano, le dijo con aire severo: «Os acusan de ser el primer autor del delito, y pagareis vuestra culpa con una mortificacion personal.» Y sin aguardar respuesta, mandó ponerle los grillos, saliéndose inmediatamente de aquella estancia. Los cortesanos del emperador, mas sobrecojidos de terror que él mismo, se arrojaban á sus pies bañándoselos con lágrimas, y sosteniendo los grillos, procuraban con respetuosa ternura aliviarle el peso. Luego que pasó al emperador el primer momento de sorpresa, volvió nuevamente á su ordinaria magnanimidad, resolviéndose á sufrir la muerte como héroe. Terminado el suplicio de Cualpepoca, entró nuevamente Cortés en la habitacion del emperador, y le dijo: «Ya quedan castigados los traidores; y V. M., justificado con su condescendencia, se halla libre.» Proferidas estas palabras, él mismo le quitó los grillos y se postró á sus rodillas. El emperador le abrazó; y el gozo que mostraba, parece que ofendia el honor adquirido con la entereza que habia manifestado. Cortés le propuso que volviese á su palacio, pues ya habia cesado el motivo de su detencion; pero doña Marina, mas inclinada al español que al mejicano, indicó á este la respuesta, y Motezuma contestó que queria mejor permanecer en el cuartel, porque si llegaba á saberse que habia estado prisionero, padeceria su reputacion.

Ya fuese por resignacion ó ya por disimulo, Motezuma se hallaba al parecer contento en su prision: los españoles se condujeron con tal destreza en su conducta, que no solo el emperador sino sus mismos vasallos hacian creer que gozaba de una completa libertad. En su método de vida no se innovó cosa alguna; los ministros iban á despachar como lo tenian de costumbre, y los cortesanos tenian entrada franca como anteriormente. El mismo espedia las órdenes y las gracias; salia cuando le acomodaba, se paseaba por la ciudad, concurria al templo ya solo ó ya acompañado de Cortés, al cual

no se descuidaba en esijirle la palabra de volver fielmente al cuartel; pero segun el gusto con que seguia las conversaciones y la compañía de sus carceleros, decian todos que volvia siempre al cuartel por una natural inclinacion. Cortés con su gran política y habilidad, sacaba mucho partido de su confianza, y de este modo logró que algunos de sus oficiales fuesen á visitar las minas. Motezuma mandó formar un mapa de su imperio y se le dió al jeneral, sin ocultarle cosa alguna de sus rentas, fuerzas, policía, gobierno, y todo cuanto podia serle útil.

Cortés, afectando un jénero de curiosidad ó de diversion, se dirijia siempre á su fin. Habia reflecsionado ya cuán dificil le hubiera sido llegar á la ciudad, si mientras un cuerpo de tropas le hubiese entretenido en la calzada, los indios le hubiesen acometido por los flancos desde el lago en sus canoas, cosa que les habria sido muy facil. Para evitar este inconveniente en cualquier otro caso, se aprovechó de un juego que hicieron á su vista ostentando las canoas la mayor velocidad. Ponderando los indios delante de Cortés la lijereza de sus canoas, dijo que sus barcos las esccederian sin remos. Motezuma quiso admitir esta especie de desafio, y manifestó que deseaba ver la esperiencia. El jeneral anteriormente habia hecho barrenar sus naves para quitar á sus soldados la esperanza del embarque, por cuyo medio no tendrian otro recurso que esforzarse á la victoria; pero habiendo conservado las jarcias, velas y otros pertrechos, pidió licencia para hacerlos venir.

Entretanto se cortaron árboles, se labraron maderas, y el mismo Motezuma mandó á sus vasallos que ayudasen á los españoles, para poder disfrutar cuanto antes de un desafio tan desigual á su entender. Llegaron con efecto los pertrechos, y en muy poco tiempo se vieron en aquel lago dos bergantines bien equipados. Los indios se decian unos á otros: «Y bien, ¿que pueden hacer estas enormes barcas respecto de nuestras lijeras canoas?» Sin embargo de esta confianza duplicaron el número de remeros. Dispuesto todo para empezar la maniobra, se dió la señal, se desplegaron las velas, que se hincharon con un viento fresco, y á la manera de las alas de unos grandes pájaros volaron con tanta rapidez, que no pudieron alcanzarles las ca-

noas por mas esfuerzos que hicieron los remeros. El ignorante pueblo publicaba á gritos que era un prodijio; pero los de mas conocimiento consideraban aquellas naves como una soberbia invencion que acreditaba el grande injenio de los españoles, de quienes desde entonces concibieron muy altas ideas.

Un paso de humanidad, aunque por entonces indiscreto, pudo privar á Cortés en un instante del fruto de su habilidad: habia conseguido del emperador que no se volviese á usar en su mesa de la carne humana, y pretendió que mandase cesar los sacrificios; esta pretension hizo temblar al emperador, el cual advirtió al jeneral que de ello podrian seguirse funestas consecuencias: efectivamente los sacerdotes, que eran muy poderosos, murmuraban con bastante entusiasmo, y el pueblo empezaba ya á conmoverse: viendo esto Cortés reprimió su celo para evitar una rebelion; mas las preocupaciones no se estinguieron, antes bien dieron muchos partidarios á Guatimozin, sobrino del emperador, el cual emprendió el proyecto de libertar á su tio de la especie de prision en que le tenian los estranjeros; y acaso lo habria conseguido si el mismo Motezuma no se hubiera opuesto á sus ideas.

Se le llamó á la córte y fué depuesto este jóven príncipe que era cacique de una ciudad muy poderosa; y habiéndose dado á otro la posesion de sus estados, se cuidó de hacerle creer que su elevacion la debia á la recomendacion de Cortés. Motezuma hizo varias reflecsiones sobre la empresa de su sobrino, que no podia desaprobar, y no dudaba que aunque se habia errado este golpe, le seguirian otros muchos, pues conocia que mientras estuviese sujeto á los estranjeros debia disponerse á nuevas sublevaciones: por otra parte decia: «¿qué intencion es la de los españoles? ¿por qué se estan aquí? ¿qué es lo que tienen que pedir?» Finalmente resolvió dar fin á la vergonzosa comedia de un monarca prisionero en su misma capital por el embajador de un príncipe estraño, y aun obligado á mostrarse contento. Llamó á Cortés y le dijo que estaba resuelto á declararse públicamente vasallo del monarca español como sucesor de Quezalcoal, y por esta cualidad señor propietario de Méjico: que convocaria á todos los caciques y nobles del imperio para que autorizasen más su

declaracion: que este reconocimiento sería acompañado de un tributo voluntario de cada cacique en prueba de su consentimiento, y que él habia juntado por su parte muchas joyas y pedrería de inestimable valor para cumplir lo que ofrecia.

Se convocaron los caciques y la nobleza, y concurriendo Motezuma á la junta con el aire de majestad que antiguamente habia usado, dijo que lo que pretendia no era mas que una restitucion que hacia el gran Quezalcoal en la persona de uno de sus descendientes, cuyo acto era justo y relijioso, segun se lo habian ordenado los mismos dioses. Hubo en la asamblea muchos murmullos y ciertos movimientos que indicaban malos resultados, por lo cual creyó Cortés que debia tomar la palabra y asegurar que el rey de España no intentaba quitar la corona al emperador ni innovar su gobierno, sino reclamar solamente su derecho á la sucesion para en el caso que aquel falleciese. Con esta circunstancia prestaron el juramento, formando un acta que entregaron á Cortés, acompañada del tributo del emperador y del de los caciques, cuyo valor era inestimable.

Aceptados los regalos, tomó Motezuma un aspecto firme y dijo á los españoles: «Ya nada teneis que os detenga aquí, y asi podeis disponeros para partir; habeis cumplido con el objeto de vuestro encargo; los mejicanos no llevan á bien vuestra larga permanencia; sospechan que vuestros planes son mas peligrosos que lo que habeis declarado, y mi autoridad no bastaria á teneros mucho tiempo al abrigo de su resentimiento, si sus sospechas se llegan á realizar: los dioses estan irritados conmigo porque favorezco á sus enemigos; me han negado la lluvia, me amenazan con destruir mis cosechas y desolar mis pueblos con la peste: pedidme cuanto apetezcais y os lo concederé, porque os aprecio; pero marchad, porque los dioses y mi pueblo ecsijen de mí este sacrificio.»

Se dice que Cortés, asombrado de la resolucion y firmeza con que el emperador le despedia, pensó responderle en el mismo tono; mas se contuvo, y contestó que habia cumplido con su embajada, que se prepararia para volver á España lo mas pronto posible: añadiendo que iba á pedirle permiso para construir embarcaciones en que pudiese llevar sus soldados, porque las

que habia traido estaban destruidas, y no era facil repararlas para un viaje tan largo. Motezuma, muy contento por no oir la negativa que temia, dijo que desde luego podian tomarse el tiempo que les pareciese necesario, pues su intencion no era apresurarlos: y al mismo tiempo dió sus órdenes para cortar con presteza árboles, y que se hiciese cuanto fuese necesario para el apresto de las embarcaciones.

Aunque Cortés aceleraba en la apariencia la obra, habia encargado secretamente al constructor la lentitud posible. Mientras vivia en esta espectativa, tuvo aviso de Veracruz, noticiándole que á lo lejos se descubrian diezíocho velas. Motezuma, instruido de la venida de aquella armada, dijo á Cortés: «Ya no necesitais de preparativos, pues teneis los navíos que llegan á mis costas, y os podreis embarcar en ellos.» El segundo aviso de Veracruz, decia que aquella escuadra traia ochocientos españoles, que enviaba Diego Velazquez desde Cuba para quitar el mando á Cortés. En otra tercera carta le escribieron que bajo las murallas de Veracruz habian tenido un choque contra los recien desembarcados, porque querian apoderarse de la ciudad, y aun le enviaron ocho prisioneros que se habian hecho en el combate. Juzguemos la perplejidad en que se hallaria Cortés con tan inesperados sucesos. Le era forzoso ocultar sus inquietudes y disimular, tanto con los mejicanos como con los españoles: al emperador le dijo que habia llegado un segundo embajador del rey su señor, para ayudar sus negociaciones, y que al efecto traia consigo un ejército; pero que él pensaba reducirle á que se volviese, á cuyo efecto iria él en persona.

A sus tropas decia: «A la verdad, debia estar agradecido á Diego Velazquez por haberme enviado tan oportunamente un refuerzo de tanta consideracion, pues no dudo en hacer otros tantos compañeros, de cuantos son los que han venido contra nosotros.» Cuando tuvo noticia que se acercaban los prisioneros salió recibirlos, les quitó las prisiones, los estrechó en sus brazos amigablemente, y con particularidad al licenciado Juan Ruiz de Guevara, que era el mas distinguido de ellos: le finjió sentir mucho que el gobernador de Veracruz hubiese tratado mal á un hombre de

tanto mérito como él, y que sobre esto le daria una represion. Se alegró mucho cuando supo que el jefe de la espedicion era su antiguo é íntimo amigo Pánfilo de Narvaez, á quien esperaba encontrar dispuesto á componerse fácilmente con él. Puso el mayor esmero en que los prisioneros fuesen bien tratados por sus soldados, y les dió parte de los regalos de Motezuma. Los que llegaban á hablarles no tenian mas conversacion que de los aciertos y gran capacidad de Cortés, del mucho crédito que gozaba entre los mejicanos, y de sus cariñosas espresiones con los españoles.

Instruidos de este modo los prisioneros, sin que llegasen á entender la intencion de Cortés, creyó este que ningunos negociadores se le podian presentar mejores, y particularmente el licenciado Guevara: Narvaez era de un carácter altivo y tenaz, creia que Cortés no podria resistir á las tropas que él mandaba por ser un número doblado, y asi no quiso entrar en negociacion. Cortés le envió su capellan, hombre de mérito y reputacion, para que le redujese á la union; pero sus dilijencias fueron infructuosas, y él muy mal recibido de Narvaez, que encarceló al licenciado Guevara, porque en sus conversaciones elojiaba siempre á Cortés, cuyas alabanzas molestaban los oidos del envidioso rival.

Cortés, al mismo tiempo que seguia sus negociaciones, no se descuidaba en tomar cuantas medidas de precaucion le parecian necesarias: conociendo lo imprudente que seria esperar á Pánfilo de Narvaez en Méjico, y que los naturales viesen un combate entre españoles, se presentó al emperador, y le dijo que acaso el nuevo embajador español podria causar alborotos, porque viniendo en clase de teniente de un gobernador muy distante, no podia tener noticia de las últimas instrucciones del rey de España. Le dijo tambien: «Bastará que le muestre mis patentes, y voy yo mismo en persona á llevárselas acompañado de una parte de mis tropas, pues recelo que su ejército, mal disciplinado, cometa algunos escesos y daños á vuestros vasallos, causando tambien alguna pesadumbre á vos mismo.»

Hernan Cortés llevó casi todas sus tropas, pues solo dejó ochenta hombres bajo la direccion de Pedro de Alvarado, oficial muy querido del emperador. Antes de salir el jeneral

Cortés pidió al cacique de Tlascala dos mil soldados indios, que hacian alarde de que los españoles los llamasen en su socorro, y de que los adoptasen entre ellos. Se redoblaron las instancias con Narvaez durante la marcha del jeneral; pero siempre fueron inútiles, porque estaba enfurecido contra los que seguian el partido de Cortés, á quienes daba el nombre de espías seductoras. Ayllon, uno de los miembros del consejo supremo de Santo Domingo, que venia en la espedicion de Narvaez en calidad de mediador, se vió precisado á prohibir á este jefe, bajo pena de la vida, que avanzase contra Cortés. Lejos de obedecer, se enfureció Narvaez, mandando aprisionar al mediador. Cortés envió últimamente á Juan Velazquez de Leon, pariente muy cercano del gobernador de Cuba, y no fué mas bien recibido que los otros. La conducta precipitada y poco reflecsiva del nuevo comisionado, le malquistaba con su ejército: Cortés, como jeneral prudente, esperimentado é infatigable, redobló sus marchas, cargó sobre él, le sorprendió durante una tempestad, le desordenó su tropa completamente, y le hizo prisionero. Como los soldados vencidos estaban ya bien dispuestos, no necesitaron de nuevas solicitaciones para unirse con los vencedores; y de este modo, cuando se consideraba á Cortés en mas peligro, se le vió dueño de una armada de once navíos, siete bergantines, y un ejército de mil infantes y cien caballos, sin contar la guarnicion de Veracruz.

Aunque esta espedicion duró pocos dias, fué sin embargo tiempo suficiente para que ocurriesen en Méjico algunas novedades contra la voluntad de Motezuma, que habia permanecido constantemente en el cuartel de los españoles, segun la promesa hecha á Cortés. Los indios creyeron que esta era la mejor ocasion que podia presentárseles para librar á su emperador, y para vencer al corto número de estranjeros que habian quedado en Méjico; tomaron las armas, y dieron muchos asaltos al cuartel; fué incendiado uno de los bergantines que estaban anclados en el lago, rompieron los puentes, y dejaron desiertas las calles de la capital, en donde reinaba un profundo silencio, hasta que el emperador salió á las mismas puertas de la ciudad á felicitar al vencedor. Agraviado este, ol-

vidó sus acostumbradas atenciones con Motezuma, siendo asi que lejos de ser culpado en aquel suceso habia espuesto su propia persona en defensa de sus huéspedes, y con la sombra de autoridad real que conservaba habia contenido á los indios para que no sacrificasen á su furia á los españoles.

Si los indios, segun su irritacion, se hubieran unido entonces, podrian haber impedido á Cortés su entrada en Méjico; pero proyectaban dar un gran golpe cuando estuviesen juntos todos los españoles y destruirlos de una vez. Se dice que aunque Cortés reconvino á Alvarado porque no supo sostener la paz con los indios, no le fué sensible aquella rebelion, pues le ofrecia la ocasion de emplear sus fuerzas para el logro de un suceso decisivo, que no tardó en presentársele. Los mejicanos, que con el mayor sijilo se habian preparado, dieron con mucha furia sobre el cuartel de los españoles, y aunque repetidas veces fueron rechazados, volvian á cargar de nuevo con el mayor ímpetu y desesperacion. Motezuma, deseoso de la pacificacion, quiso interponer su mediacion y autoridad; al efecto se presentó en una ventana, en donde una piedra arrojada por la muchedumbre le dió en la cabeza, y de resultas de este golpe murió á los dos dias.

Con la muerte del emperador Motezuma se dejaron los indios de contemplaciones con los españoles; los apuraban con asaltos de dia y de noche, y en sus mismas derrotas aprendieron á dirijir con mas cordura sus ataques. Cercados los españoles, embestidos por todas partes, y amenazados de morir de hambre, se vieron obligados á abandonar tan hermosa conquista. Las joyas, los tesoros y riquezas eran ya un peso peligroso que hacia penosa y arriesgada la retirada, porque los indios se agolpaban á millares sobre los españoles, y aunque perecian al filo de las espadas de estos ó precipitados en el lago, les remplazaban otros infinitos. Jamas se habia visto Cortés en un peligro tan grande, y muchas veces tuvo que cumplir con los deberes de soldado y de jeneral, desempeñándolos siempre con un valor que daba aliento á sus tropas.

La última prueba le esperaba en el valle de Otumba, en donde para acabar con su ejército se habian reunido todas las fuerzas de Méjico. Cuando Cortés

vió aquella prodijiosa multitud esclamó: «Compañeros: aquí es preciso morir ó vencer. No temais, que Dios peleará por nosotros.» Se dió la batalla, y viendo dudosa la victoria se colocó al frente de su caballería, con la que acometió á galope al centro de los enemigos, abriéndose camino hasta donde estaba el estandarte real, cuya suerte, segun opinion de los mejicanos, debia decidir la de todo el ejército: alcanzó al que le llevaba, le derribó con un golpe de lanza y le quitó el estandarte; con esto decayó el ánimo de los indios, arrojaron las armas y se entregaron á una precipitada fuga. La carnicería fué horrorosa, pues de doscientos mil indios de que se componia su ejército, quedaron muertos en el campo de batalla mas de veinte mil. Los españoles eran solos seiscientos cincuenta hombres, y de ellos murieron dieziseis.

Concluida esta famosa batalla entraron en el pais de Tlascala á descansar de sus penosas fatigas, y á su llegada estaba la república armando y equipando tropas para enviar socorro á los españoles; porque fieles á sus tratados de alianza, se habian negado á la union con Quitlabaca, sucesor de Motezuma, que les ponia la condicion de separarse de los españoles. Fueron infinitas las demostraciones de honor que estos indios hicieron á Cortés. Habiendo caido este enfermo en su ciudad, dieron muestras de sentir el riesgo en que le veian tanto como sus mismos soldados, y su convalecencia les fué tan grata como á ellos. Aunque Cortés habia tenido que dejar á Méjico por precision, nunca renunció á su conquista; mas las ocurrencias le hicieron variar el plan de guerra. Ya no tenia el jeneral español á aquel débil Motezuma, que por evitar las turbulencias y esperar remediarlo todo sin efusion de sangre, hacia cuanto él le indicaba; pero como por esta causa le habian castigado sus mismos vasallos, tomó Cortés por pretesto de la nueva empresa que proyectaba, la obligacion que tenia de vengar la muerte del emperador su amigo, como vasallo del rey de España. Mientras estuvo en Tlascala se ocupó en los preparativos necesarios para el sitio; y por no esponerse á una total derrota á fuerza de muchas pequeñas pérdidas, proyectó oponer á una multitud otra.

Hernan Cortés se apodera de Méjico. — El tiránico go-

bierno de Motezuma y el insufrible orgullo de los mejicanos, habia irritado á la mayor parte de sus vecinos, que deseaban vengarse de los ultrajes recibidos. La sagacidad de Cortés reunió todas aquellas naciones ofendidas y las animó en comun para que se apresurasen á ofrecerle sus continjentes contra la orgullosa ciudad. Nada le costaba el vestido ni el sustento de los indios, porque cada uno le llevaba consigo. El ejército que juntó y llevó contra Méjico ascendia á cien mil indios; los de Tlascala eran los mejores soldados, y aunque los otros no tenian tanto mérito, sin embargo les habia instruido lo posible en la disciplina militar. Como habia conocido ya el peligro de marchar por las calzadas, formó el plan de abrir camino por el mismo lago, para lo cual hizo construir piraguas, ó canoas grandes, y treinta bergantines que las convoyasen, cuyos ausilios le suministró la escuadra de Narvaez.

Bien necesitaba de todos estos preparativos para combatir al enemigo contra quien se dirijia. A Quitlabaca, que no habia hecho mas que presentarse sobre el trono, acababa de sucederle Guatimocin, aquel mismo cacique sobrino de Motezuma, á quien Cortés privó de su dignidad por haber querido sacar á su tio de la prision. Aunque jóven, gozaba de buena opinion en lo militar, y le adornaban otras muchas prendas sin mezcla de vicios. Habiendo adquirido en tan críticas circunstancias un trono poco asegurado, trató de apoyarle en el afecto de sus pueblos, á quienes sus antecesores habian oprimido. Disminuyó los impuestos, administró la justicia por sí mismo, libertó á los grandes de los humillantes homenajes que tributaban á su señor, y tratados con franqueza y familiaridad por su nuevo soberano, hacian ellos lo mismo con sus inferiores. Guatimocin estimulaba á sus soldados con honras y premios, y ocupaba todo el tiempo en los asuntos del imperio.

Habia tenido buen cuidado de armar á las naciones tributarias amigas suyas para que tuviesen á Cortés distante de su capital; mas los españoles derrotaron á estos ausiliares, que no pudieron impedir que avanzasen los españoles y se apoderasen de todas las ciudades situadas alrededor del lago, haciéndose tambien dueños de to-

das las calzadas que desde ellas conducian á Méjico, y con las canoas grandes y los bergantines dominaron enteramente aquel pequeño mar. En la capital, en donde todos eran ya soldados y aun las mujeres sabian tambien batallar, se reunieron mas de trescientos mil combatientes; toda esta muchedumbre se vió bloqueada por solos ochocientos setenta hombres y ocho cañones, pues los indios que los ausiliaban sirvieron mas para sostener las ciudades y las calzadas, que para pelear.

La buena direccion y ordenamiento de este sitio dan una alta idea de la sabiduría de Cortés, de su serenidad en los peligros, y de la facilidad con que se buscaba los recursos. Tampoco debe olvidarse la intrepidez de los mejicanos, su paciencia en los trabajos entre los horrores del hambre, y el acendrado amor á su soberano; pero por mas que se obstinaron en la defensa, no pudieron impedir que los españoles penetrasen hasta lo mas interior de la capital. Durante el sitio y los ataques se hicieron proposiciones de paz, que el emperador habria admitido si los sacerdotes de los ídolos no las hubiesen inutilizado, porque temian que si se llevaba á efecto la composicion se seguiria el trastorno de su relijion, y acabaria su autoridad. Sedujeron con esta consideracion al pueblo y al consejo, y el emperador cedió tambien á la pluralidad de votos y á las seguridades que le prometian los supersticiosos sacerdotes de que con el sacrificio de algunos españoles prisioneros se apaciguaria la cólera de sus dioses, y se declararia la victoria por los mejicanos. Los ministros del emperador y los cortesanos que confiaban poco en tan alagüeñas promesas, le aconsejaban que se pusiese en seguridad; mas él no quiso jamás abandonar á su pueblo.

Sin embargo, luego que los españoles se apoderaron de una parte de la ciudad y llegaron á la plaza mayor, determinó fugarse con ánimo de unirse fuera de la ciudad con su ejército, y volver á la defensa ó conquista. Para llevar á efecto este plan y protejer su retirada, reunieron los mejicanos todas las canoas que les habian quedado, y formando una numerosa armada fueron á atacar á los españoles. En lo mas em-

peñado del combate advirtió el capitan Gonzalo de Sandoval que diez piraguas destacadas del centro de la escuadra enemiga huían á toda fuerza de remo; y enviando á García de Holguin para que con un bergantin las persiguiese, logró alcanzarlas, y saltó en la principal de ellas donde halló al emperador, el cual se descubrió y rindió prisionero, sin manifestar pesadumbre por sí, sino por su esposa que le acompañaba.

Al instante que hizo este príncipe una seña se detuvo toda su armada, arrojando los combatientes las armas de las manos en señal de sumision. Los nobles que habian sido hechos prisioneros en las otras canoas, pedian en un tono humilde y digno de compasion que los llevasen con el emperador para morir á sus pies. La consternacion fué igualmente grande en la ciudad: todos se sometieron á Cortés, y este pudo considerarse en un instante como emperador de Méjico. Presentado Guatimocin al vencedor, llegó á hablarle con una nobleza y aire mas firme que lo que parece podia permitirle su desgracia. Se sentó delante de Cortés, estando este de pie, y levantándose precipitadamente puso la mano sobre la espada del jeneral diciéndole: «¿Qué te detiene para quitarme la vida? los prisioneros de mi clase siempre causan inquietudes al vencedor; y así, pues no he tenido la fortuna de sacrificar mi vida defendiendo á mis vasallos, dame el placer de recibir la muerte por tu mano.» Cortés le sosegó, le prometió tratarle afectuosamente, y le hizo ver, aunque distante, la posibilidad de ser repuesto en su trono. Despues de haber asegurado Cortés su conquista trató de apoderarse de los tesoros de aquel rico imperio: preguntó al emperador en dónde estaban, porque se suponia tenerlos sepultados, y sin embargo de haberse averiguado que nada habia oculto, ni Guatimocin tenia de ello la menor noticia, como corria jeneralmente esta vez, instó Cortés segunda vez al emperador, que sostuvo su palabra; pero no satisfecho el jeneral, preguntó al ministro principal, y no confesando este hizo darle tormento delante de su señor. Lo mismo se hizo con Guatimocin á presencia de la jóven emperatriz, cuyas lágrimas y sollozos á la vista de tan doloroso espectáculo enternecie-

ron á Cortés, y mandó retirar los instrumentos preparados para el suplicio. Despues llevó el jeneral consigo á este príncipe á varias espediciones, en las cuales hizo Guatimozin algunos esfuerzos para librarse de su cautiverio; y teniendo Cortés por traicion estas tentativas, mandó quitarle la vida.

Luego que se restableció el órden en la ciudad, que convirtió los templos de los ídolos en iglesias, y que estableció majistrados, marchó á nuevas conquistas. Sujetó todo el pais que componia el imperio mejicano, y con la fama de sus hazañas se hicieron tributarias y aliadas suyas otras provincias. Bien podria Cortés haber ceñido su frente con la corona imperial ganando á los indios con gracias, y á los españoles concediéndoles las dignidades y la autoridad; pero siempre se mantuvo fiel á la corona de Castilla, y Carlos V, que la poseia entonces, le dió el título de capitan jeneral y gobernador de Nueva-España: sin embargo, cuando menos lo esperaba, vió que llegaron tesoreros, inspectores, contralores y un sin número de oficiales y jueces nombrados para remplazar á los que él habia elejido.

Retirase Cortés a España.— Estando Cortés en una espedicion distante de Méjico, corrió por casualidad ó de propósito la falsa noticia de su muerte, y los nuevos empleados vendieron todos sus bienes, y repartieron entre sí el producto como si fuesen sus herederos: volvió él, los castigó, y les hizo restituir la usurpacion. Las quejas que Cortés dirijió á España sobre la poca subordinacion de los empleados, y las reclamaciones que hicieron estos, dieron motivo á que se nombrase un virey, sin dejar á Cortés mas autoridad que el mando de las tropas; pero como al nuevo virey no acomodaba tener á su lado otro igual, y Cortés no podia sufrir superior, volvió á España, adonde ya habia hecho otro viaje, para que se le administrase justicia. Aunque siempre se le recibia con particular distincion, conoció sin embargo que no se pensaba en darle una autoridad de que temian abusase, y procuró desterrar estas sospechas: acompañó al emperador en la espedicion de Arjel, en la que se distinguió: le mataron el caballo en una batalla que se dió en Africa, y perdió dos esmeraldas de inestimable valor. Convencido ya de que cuanto hiciese

para lograr su antiguo poder sería inútil, se retiró á un pueblo inmediato á Sevilla, donde murió á los sesenta y tres años de edad en el de 1554.

Despues de estos acontecimientos ha estado Méjico gobernado siempre por un virey, cuya residencia era la capital, y su territorio estaba repartido en tres audiencias ó tribunales. La ciudad de Méjico es una de las mas regulares del universo: sus calles son rectas en disposicion que se dilata la vista por todas ellas hasta los confines de la poblacion, á la que se entra por cinco hermosas calzadas, que salen de cinco pueblos construidos á la ribera del lago, y ademas está toda la orilla poblada de lugares; de modo que viéndose estos desde el centro, presentan una perspectiva encantadora; y como el lago está cubierto en todos tiempos de canoas y góndolas en un contínuo movimiento, causan una perpétua y gustosa diversion. Hay en Méjico grandes y cómodos hospitales, suntuosos palacios y magníficas iglesias. Las muchas tiendas ricamente provistas, ofrecen siempre una contínua feria.

Hacia trescientos años que Méjico permanecia bajo el dominio de los reyes de España: los indios, mayores en número que todas las demas castas unidas, eran sumamente adictos al gobierno español: los mulatos eran pocos: los negros apenas llegaban á dieziseis mil; de modo que los criollos ó americanos descendientes de europeos, que componian la sétima parte de la poblacion, eran los que abrigaban el jérmen de la independencia, porque envidiaban á los españoles peninsulares la preferencia en los empleos que disfrutaban. Sin embargo, para romper en una formal insurreccion, necesitaban de algunas circunstancias estraordinarias, y estas se les presentaron con la invasion de los franceses en el año 1808.

Apenas llegó la noticia de la entrada de las tropas de Napoleon en España, dieron todos los habitantes el grito de viva Fernando VII. Fué necesario constituir los poderes del estado, sobre lo cual se formaron dos diversos partidos: el ayuntamiento alegaba que le competia, como representante del pueblo, la soberanía, mientras durase la ausencia del rey; en su consecuencia trató de formar una junta suprema que se encargase del gobierno. La audiencia, compuesta de solos

españoles, defendia que el virey en union con este tribunal superior, debia ejercer la autoridad suprema. Sin embargo de esta contrariedad ambos partidos se negaron absolutamente á reconocer el gobierno de Napoleon, fundando el ayuntamiento su repulsa en el juramento de Carlos I en el año 1523 (que despues renovaron sus sucesores) de no enajenar los dominios de la corona ni en España ni en las Indias. Declararon la guerra al intruso Napoleon, se prestó juramento de fidelidad al rey D. Fernando VII, se instituyó por convenio de todos una junta suprema compuesta de las autoridades principales y de los americanos mas distinguidos, la cual negó la odediencia á la de Sevilla. El virey Iturrigaray fué acusado de adhesion á los americanos, estendiendo los europeos la voz de que trataba de establecer la independencia, y señalarse él por jefe del estado: lo arrestaron, y anulando la junta nombraron virey á Garibay, reconociendo por suprema de España á la central, la cual nombró virey de Méjico al arzobispo de esta ciudad, y despues á Venegas en 1809.

Rebelion del cura Hidalgo. —Este jeneral desembarcó en Veracruz el año siguiente, y aunque ecsasperó por su mucha severidad á los partidos, seguian obedeciendo las disposiciones de la junta central. En tal estado Hidalgo, cura de Dolores, se propuso destruir este órden de gobierno; dió á entender á sus feligreses que el virey, cuya autoridad era ilejítima, trataba de entregar á Méjico á los franceses é ingleses; con estas y otras mañosas y alarmantes espresiones consiguió sublevar muchas poblaciones y jentes. Logró reunir varios jefes, soldados y paisanos hasta el número de ocho mil en Mechoacan y Guadalajara, y se dirijieron contra la capital. El jeneral Calleja que habia remplazado á Venegas, no pudo reunir mas por el pronto que mil hombres para oponerse á tantos contrarios; encargó el mando al jeneral Trujillo, quien con su conocida bizarria atacó á los rebeldes, haciendo en ellos un horroroso estrago, hasta que se entregaron á una fuga desordenada. No desalentó este desastre al clérigo Hidalgo, pues en seguida destruyó algunas partidas de tropas realistas y se apoderó de Guadalajara; mas Calleja le derrotó despues en el puente de Calderon. A pesar de estos golpes no

desistieron los independientes de su intento; se dividieron en partidas de guerrillas, que inundando todo el pais, hostilizaban de un modo horroroso al partido español, y degollaban á cuantos realistas encontraban. Abandonado Hidalgo por las jentes sensatas de Méjico que aborrecian semejantes desastres y degüello, determinó pasarse á los Estados-Unidos; y cuando le faltaba poco para llegar á los límites de estos paises, le atacó una emboscada que el mismo partido independiente le habia formado, le sorprendió, se apoderó de él y de todos los que le acompañaban, quitándoles tambien sus cuantiosos tesoros y ricos equipajes: cincuenta de ellos fueron fusilados inmediatamente; Hidalgo, Balleza y otros diez quedaron prisioneros, y en 27 de julio de 1810 fueron pasados por las armas.

Despues de la muerte de Hidalgo, formó Rejon una junta de individuos en Citaguaro, colocándose como presidente de ella, y reconociendo la soberanía del rey de España. Por la parte del Sur se adquiria al mismo tiempo el cura Morelos un gran partido; y sin embargo, los independientes sufrieron en aquellos parajes golpes muy funestos, porque el coronel Gutierrez, que en 1814 sacó algunos refuerzos de los Estados-Unidos, fué derrotado por las tropas realistas, dirijidas por jefes sabios y bien provistos entonces de recursos. Acaso en esta ocasion hubiera desaparecido la insurreccion, si el virey Calleja hubiese desplegado mas enerjía; pero con la inaccion de este jefe, los independientes se animaban aun en sus mismos reveses. En el mes de setiembre sustituyó Morelos á la junta que habia formado Rejon, un congreso que promulgó en Ario Bolegs de Méjico una constitucion democrática; mas este gobierno pereció con su jefe que, despues de varios encuentros, fué finalmente entregado por los suyos, y fusilado en 8 de octubre de 1815.

Don Juan Apodaca sucedió en el mando á Calleja, y con su suavidad y dulzura calmó la irritacion de los ánimos: logró que muchos miles de individuos se acojiesen á los indultos que publicó, y de este modo parecia que se habia apagado la rebelion, que solo se sostenia con debilidad en lo interior por el cura Torres, y que fomentó en 1816 el jóven Mina con mil hombres que reclutó en Ingla-

terra y en los Estados-Unidos; los independientes desconfiaron de este europeo, y se separaron de él dejándole abandonado: entonces Mina se encerró en un castillo, y despues de algunos dias hizo una arrojada salida contra los realistas que le bloqueaban, y logró salvar la mayor parte de su jente; mas despues de pocos diás fué aprehendido en la hacienda de Benadito, y fusilado en 17 de mayo de 1817.

Fórmanse partidas que proclaman la independencia.—Por este mismo tiempo se erijió en Mechoacan una junta, que fué la primera que, contando con diez mil hombres de guerrillas mandadas por veintitres jefes, dejó de reconocer la soberanía del rey. Sin embargo, estas partidas se iban disminuyendo con las derrotas y desercion de los insurjentes para acojerse al indulto que habia publicado. Bravo, Rejon y otros compañeros fueron sorprendidos por los realistas y perdonados por mediacion de Cavaleri, que despues tuvo alguna representacion en el gobierno imperial: Victoria se refujió en las montañas y barrancas por no someterse á la clemencia del vencedor; de modo que solo Guerrero se sostenia con alguna fuerza en Tierra-Caliente, cuando empezó á figurar en la escena D. Agustin de Itúrbide, coronel del rejimiento de Celaya, que habia hecho grandes servicios á la causa del rey. Formó el plan nombrado de Iguala, porque se juró en aquella villa el 24 de febrero de 1821. Este plan se reducia á llamar á Nueva-España un infante de la metrópoli que estableciese la independencia del pais. Los fundamentos de este jénero de gobierno eran las tres garantías de relijion, independencia y union.

Itúrbide es proclamado emperador de Mejico.—Luego que se supo en España esta nueva insurreccion, se envió á D. Juan O-Donojú como capitan jeneral y jefe político de aquellos estados, con encargo de pacificarlos: se avistó con Itúrbide, quien con la opinion que gozaba se habia ya hecho dueño de Méjico, escepto del castillo de san Juan de Ulua, Veracruz y la capital, y formó un tratado, por el cual se llamaba al imperio de Méjico un infante de España. Mientras llegaba la resolucion de la metrópoli, se pusieron de acuerdo ambos jefes: entraron juntos en la capital despues de hecha una honrosa capitulacion con las tropas realistas, y se ocuparon

en restablecer el buen órden: formaron una junta con el nombre de instituyente, y una rejencia que absorviese el poder ejecutivo en nombre del rey, ó de cualquiera de los señores infantes que pasasen á ceñir la corona del imperio. En seguida se convocó un congreso para redactar las constituciones del estado; pero como á esta sazon llegasen las contestaciones del gabinete de Madrid desaprobando todo lo hecho por O-Donojú sin autorizacion real, se ecsasperaron los habitantes y tropas, proclamaron á Itúrbide por emperador de Méjico con el nombre de Agustin I, el dia 19 de mayo de 1822, y consiguieron que esta proclamacion fuese aprobada al dia siguiente por el congreso. Este cuerpo conspiró á los pocos dias contra el emperador, porque intentaba establecer un sistema republicano: descubierta la trama se formó causa á los acusados, y declarados unos convictos y otros confesos, fueron arrestados los principales motores, procediéndose á la reforma de aquel cuerpo, á quien sustituyó una junta de treinta diputados que no se habian mezclado en la conspiracion. Pacífico ya el gobierno imperial, apareció el dia 2 de diciembre el coronel Santana, comandante de Veracruz, pronunciando el grito de república; el emperador trató de sofocar esta nueva rebelion, y al efecto envió al jeneral Echevarri, que sitió la plaza de Veracruz donde se habia encerrado Santana, y cuando por las muchas fuerzas que llevaba Echevarri se esperaba que hubiese estinguido la llama republicana, se recibió noticia de que el 2 de febrero de 1823 se habian unido los sitiados y sitiadores, y habian firmado el acta de Casamata, que formaba los primeros escalones para llegar al sistema republicano, aunque disfrazaban sus ideas aparentando que su objeto era reponer la representacion nacional, sin ofender al emperador. Itúrbide conoció la tela que se le urdia, y temeroso de no salir bien en una lucha que le presentaba todos los horrores de una guerra civil, determinó abdicar la corona, restableciendo antes el mismo congreso para que hubiese alguna autoridad que gobernase interinamente. Se trató de la espatriacion de Itúrbide, y se llevó á efecto el 9 de mayo, habiéndose embarcado en el seno mejicano.

Mejico se constituye en república independiente.—Cuan-

do marchó Itúrbide quedó constituido el pais en una república central, reuniendo el congreso el poder lejislativo, y el ejecutivo tres individuos nombrados por el mismo. Aunque se descubrieron algunas conspiraciones dirijidas á reponer al emperador, fueron cortadas oportunamente por los republicanos.

Por voto de las provincias se convocó un nuevo congreso: la de Guadalajara ó estado de Jalisco se opuso al sistema central, pidiendo el federal á imitacion de los Estados-Unidos; se le unieron otras provincias, se alteraron los ánimos, y Jalisco se constituyó en estado independiente hasta que la capital accediese á sus reclamaciones. Muchos estados habian unido sus fuerzas al de Jalisco; los centrales enviaron tropas contra los opositores bajo el mando de los jenerales Bravo y Negrete; pero habiendo sido abandonados estos tuvieron que retirarse, con cuyo motivo se aumentaron las reclamaciones en favor del sistema federativo, y en su apoyo, ó por mejor decir en el de Itúrbide, marcharon todos los partidarios de este. Las tropas de Jalisco se habian aumentado considerablemente con tantas deserciones, de modo que podian competir con las de Méjico: continuaron en su actitud imponente contra la capital hasta que el jeneral Bravo, nuevamente enviado contra ellos con un poderoso ejército en junio de 1824, pudo atraer á su partido algunos de los que apoyaban á los jéfes principales de aquella provincia, destruyó otras partidas mandadas por un pariente de Itúrbide, y por virtud de una capitulacion entró en Guadalajara. Sin embargo de las garantías que se habian estipulado, el jeneral Bustamante fué desterrado á Guayaquil, y Quintana, gobernador de aquel estado, confinado en el castillo de Perote, como ajentes del ex-emperador para reponerle en el mando.

Itúrbide habia fijado su residencia en Bath, treinta y seis leguas distante de Lóndres, y cuando manifestaba ideas de permanecer allí constantemente recibió pliegos de sus amigos de Méjico, que le escitaban á volver al pais para restablecer la tranquilidad y consolidar la independencia; esto le decidió á acometer su última desgraciada empresa. Este hombre emprendedor habia dirijido desde Lóndres al congreso de Méjico una esposicion que causó alguna alarma, pues ofrecia su brazo pa-

ra defender á la república de las miras hostiles que atribuia á la santa Alianza. Con este motivo el congreso espidió en 28 de abril un decreto de proscripcion contra Itúrbide, al tiempo que este hacia en Inglaterra los preparativos para su viaje, que con efecto emprendió en 11 de mayo con mucha confianza sin aprestos ni recursos. Habiendo desembarcado en Soto-la-Marina en el seno mejicano, fué bien recibido; pero luego le notificaron el decreto de 28 de abril, y á pesar de haber manifestado la imposibilidad de haber tenido noticia de semejante resolucion, fué arrestado y fusilado en Padilla el 19 de julio de 1824.

Con la muerte de Itúrbide se restituyó por entonces la tranquilidad al pais. Los partidarios desistieron de sus proyectos, y se avinieron con el gobierno republicano federal. El reconocimiento de la independencia de este pais que hizo la Inglaterra en enero de 1825, los préstamos abiertos en Lóndres, las muchas compañías de comercio establecidas por los ingleses para la esplotacion de minas, y el anhelo de aquel gobierno para jeneralizar la ilustracion, presentan grandes obstáculos á la España para reconquistar aquellas opulentas posesiones; sin embargo, la contínua lucha en que se hallan los mejicanos por la ambicion de los jenerales que aspiran á la dictadura han sido circunstancias muy favorables á la España, para que esta (á no ser por sus interiores disensiones) hubiera podido reconquistar aquellos paises y destruir tan mal asegurada república. Una de las medidas mas violentas adoptadas por esta fué la espulsion de los españoles en 1827, pues de ella se suscitaron nuevas y sérias discordias, que los furibundos republicanos han sofocado al pronto, pasando por las armas algunos jenerales y personajes de mucha opinion; pero aun no estan terminadas las disensiones; al contrario, cada dia se aumenta el furor de los partidos, y puede decirse que desde que se emanciparon del dominio español, no han disfrutado de un momento de tranquilidad.

Los independientes han establecido en Méjico un gobierno republicano-democrático-federal, que se divide en tres poderes, lejislativo, ejecutivo y judicial: el primero le ejercen el senado, el congreso jeneral y los particulares de los estados; el ejecutivo el presidente, y el judicial los tribunales. La repú-

blica de Méjico garantiza la libertad civil, la propiedad y todos los demas derechos de los ciudadanos, á quienes impone por principales deberes ser justos, benéficos, amantes de la patria, obedientes á las leyes y á los majistrados, contribuir en proporcion de sus bienes para los gastos públicos, y defender á la nacion con sus armas. Los estados mejicanos nombran un diputado por cada ochenta mil almas, y para obtener este cargo debe ejercer los derechos de ciudadano, y gozar de una renta anual de mil pesos fuertes: estos diputados se renuevan en su totalidad de dos en dos años. No pueden ser nombrados para este encargo el presidente y vice-presidente de la federacion, ni los secretarios del despacho y sus oficiales, los consejeros de estado, los majistrados del tribunal supremo de justicia, los gobernadores y comandantes jenerales, los arzobispos, obispos, provisores, vicarios jenerales, jueces de partido, ni comisarios de hacienda por los paises en donde ejercen sus funciones. Tambien han instituido en cada estado un pequeño congreso, para el cuidado de cuanto concierne á la libertad y gobierno interior; pero esta operacion es embarazosa y difícil por los crecidos gastos que causan al erario tantos y tan diversos representantes.

La fuerza militar de los mejicanos decretada por el congreso, se compone de treinta y tres batallones de infantería permanente y de milicia activa, y de treinta y una compañías presidiales permanentes; de trece rejimientos de caballería; nueve escuadrones de artillería, y de siete compañías de la costa. Su fuerza naval es el navío Asia, dos fragatas y otros buques menores hasta el número de veinte. En el año de 1825 fueron sus rentas diez millones seiscientos mil pesos, y sus gastos subieron á diezíseis millones de pesos; pero para el año 1826 presentó el ministro de hacienda un presupuesto, por el que debian ascender las rentas de este año á diezisiete millones setecientos mil pesos, y los gastos á dieziseis millones setecientos mil. Este cálculo salió fallido, y habiendo crecido los apuros no pudo satisfacer la república los empeños contraidos con los ingleses, por lo cual perdió en gran parte el crédito que habia adquirido.

La república mejicana abra-

za el antiguo vireinato de Nueva-España, la capitanía jeneral de Yucatan, las comandancias de las provincias internas, y la baja y alta California. Está dividida en veinte estados, á saber: Méjico, Zacatecas, Yucatan, Tamalipa, Tabasco, Veracruz, Querétaro, Jalisco, Chihuagua, San Luis, Guanajuato, Mechoacan, Cohahuila, Puebla, Sonora, Nuevo-Leon, Chiapa, Durango, California y Tlascala.

CAPITULO II.

Nuevo-Méjico. — California. — Colonias inglesas: Canadá. — Nueva Bretaña. — Nueva Escocia y Nueva Brunswick. — Bahía de Hudson. — Terranova. — Posesiones de la Rusia. — Estados-Unidos. — Virjinia. — Mariland. — Nueva-Inglaterra. — Carolina, Jeorjia y Pensilvania. — Luisiana y la Florida. — Goatemala.

NUEVO-MEJICO. — El territorio que comprende el Nuevo-Méjico está situado entre el antiguo, la Luisiana, y el lago de California: es fértil, rico en minas y maderas de construccion: aunque le atraviesan muchos rios, solo dos son los principales y navegables; los habitantes son de un carácter afable, jeneroso y pacífico, pero no se les debe irritar porque manejan bien la lanza y usan del arco y flechas con suma destreza: fabrican casas de piedra, cultivan los campos y usan de vestidos. Estan divididos en tribus que cada una tiene su soberano, y por no querer sujetarse á vivir todos unidos en cuerpo de nacion, se ha podido conseguir el subyugarlos.

Cuando los españoles entraron en aquel pais no encontraron á los naturales distantes de abrazar el cristianismo, aunque sospechaban que con el pretesto de relijion les quitasen la libertad que estiman estraordinariamente; y cuando han querido tocar á ella se han manifestado muy furiosos. Facilitan la entrada á los estranjeros en sus costas, y asi han edificado estos la ciudad de Santa Fé, centro y apoyo ventajoso de todos los demas establecimientos. Con motivo de ser el pais agradable y sano permitió siempre la España que se pasasen á él todos los años un número de familias pobres, cuya práctica fué, á la verdad, muy sábia y prudente, pues sobre ser un recurso para las jentes miserables de Europa,

fué tambien el mejor medio para ir estendiendo sin violencia la relijion, las artes, las ventajas del gobierno, y las comodidades de la vida social.

CALIFORNIA. — Es una gran península que hácia el N. se une con el continente por un pais poco conocido; está circundada del mar Pacífico, que entre ella, y el Nuevo-Méjico forma el golfo llamado lago de California ó mar Bermejo, en medio del cual hay muchas islas. Las escasas noticias que tenemos de la California han sido suministradas por los jesuitas que formaron en ella viviendas, y dijeron que los habitantes no son absolutamente salvajes, sino que tienen principios de moral, algunas opiniones que descubren cierta analojía con el cristianismo, y una vaga idea de la Trinidad y de la Encarnacion, sin que se sepa de dónde la tomaron. La lengua de sus naturales es comun á los salvajes y á los que estan civilizados; no tienen el menor conocimiento de la escritura ni cosa que equivalga á ella como las pinturas de los antiguos mejicanos y peruanos. Los californios son en lo jeneral bien formados: tienen los defectos jenerales de los indios, como son la insensibilidad y la pereza: les parece permitido el tomar todo cuanto les hace al caso. No hay allí tributos, pero ecsisten muchos májicos sagrados, que es un equivalente. No estan sujetos á un soberano en jeneral; cada territorio tiene un jefe que les señala los sitios adonde han de ir á pescar, á arrancar raices, á recojer los frutos, y que en caso de necesidad se pone al frente de ellos para hacer la guerra: este jefe lo elijen á pluralidad de votos. Se conoce y distingue entre ellos una especie de nobles á quienes llaman *Renckerias*, los cuales son entre sí parientes; les dispensan algunos honores, pero ninguna autoridad.

Las habitaciones de los californios son tan pequeñas que no pueden tenderse en ellas: los de mas esmero las cubren con cañas, y otros mas descuidados las tienen descubiertas: andan desnudos y se graban sobre la piel muchas figuras: las ceremonias de su culto son sumamente ridículas, y consisten en danzar y gritar como locos hasta que se caen rendidos. Esta gritería y danza son para ellos como unos conciertos relijiosos, á los que acom-

pañan tambien como precepto de relijion arrojarse el humo del tabaco á las narices, y tener ídolos horribles representados haciendo jestos, y figuras monstruosas, como los antiguos mejicanos.

COLONIAS INGLESAS.

Canadá. — Este pais está situado entre los 42° y 50' latitud N., y entre los 286° 30' y 311° lonjitud E.: de N. á S. tiene ciento sesenta leguas; de E. á O. trescientas cuarenta, con treinta y siete mil quinientas de superficie, y su poblacion asciende á doscientas mil almas. Se divide en Alto y Bajo: el primero abraza la parte oriental y el segundo la occidental: sus límites al N. son la Nueva-Gales y Nueva-Bretaña ó Labrador, al E. la Nueva-Escocia y el golfo de San Lorenzo, al S. los Estados-Unidos, y al O. tierras desconocidas. El nombre de Canadá se tomó de una de las naciones indias que habitan en el golfo de San Lorenzo. Su clima es rigoroso en el invierno, pues se hielan los rios mas caudalosos; los naturales sufren esta intemperie por usar de estufas en sus habitaciones, de puertas y ventanas dobles y de pellizas para salir de casa: en esta estacion celebran todas las diversiones y placeres reuniendo por las noches grandes tertulias. La primavera sobreviene de repente, y la vejetacion es tan breve que el grano que siembran en mayo se siega á fines de julio: el mes de setiembre es uno de los mas agradables en aquel pais.

El Canadá Bajo está habitado por franceses, ingleses é indios civilizados, y el Alto de errantes que se mantienen de la caza y de la pesca: viven en buena union, conservan su lengua, usos y costumbres primitivas: son muy sóbrios y honrados, atrevidos y valientes: las aldeanas son muy hermosas y robustas, pero su laboriosidad las hace perder pronto su frescura: nacen blancos, mas el aire y la mucha grasa con que se untan los pone morenos y asquerosos.

La relijion de las colonias que hay en el Canadá es la católica romana, con libertad de todo otro culto. Se cuentan doce eclesiásticos de la iglesia anglicana, ciento veintiseis de la romana incluso el obispo de Quebec y su coadjutor el de Canatha, tres vicarios jenerales y cinco misioneros. Los indios no tienen culto público, aunque reco-

nocen un espíritu supremo y jenies tutelares, de los que cada familia y aun cada individuo tiene el suyo, á quienes ofrecen sacrificios asi como al sol. El gobierno inglés creó en el Canadá un consejo lejislativo y una asamblea suprema con facultad de dictar leyes, compuesto de siete miembros que se convocan por el gobernador inglés de órden del rey, en cuyo nombre se dan todos los decretos. Ademas del gobernador jeneral hay un segundo para cada una de las cuatro provincias. Entre los hurones el empleo de jefe es hereditario, y entre los otros salvajes electivo.

A pesar del rigor del clima, es el terreno hermoso y fértil en muchas partes, pues produce toda clase de granos, legumbres, frutas y tabaco de clase tan superior que es mejor que el de Virjinia. En casi todas las ciudades del Canadá se fabrican telas y paños ordinarios. Los ingleses hacen allí esclusivamente el comercio, que consiste en la esportacion de cueros, peletería, granos, harina, linaza, pescado seco, madera de construccion y otros efectos del pais. Introducen en cambio muebles, loza, paños y telas finas, especería, papel, libros, quincalla, vinos, licores y otros muchos efectos que necesitan para sus usos. La Inglaterra consume en el sostenimiento de estas colonias un millon de pesos anualmente; pero los productos que saca de ellas son mucho mayores.

El Canadá se llamó Nueva Francia porque los de esta nacion fueron los primeros que formaron allí establecimientos, aunque ya habian descubierto este pais los ingleses en 1497. Los franceses subian por el rio de San Lorenzo y encontraron unos salvajes envueltos en pieles finas que cambiaron por bagatelas que les daban por ellas; se internaron en aquellas tierras, compraron muchas de aquellas preciosas pieles, y para continuar este tráfico formaron lugares de descanso y de refujio desde donde pasaban á otros mas distantes, y se retiraban á los primeros cuando los salvajes los perseguian. A esta precaucion deben su orijen las ciudades de Quebec y Mont-Real, situadas en las riberas del Rio Grande, y otras poblaciones en las de varios rios mas pequeños.

La viveza de los franceses no les permitia aguardar que los salvajes les trajesen á la ciudad el producto de la caza, y se aventuraron á ir con ellos á las fatigas

y peligros, en cuya ocupacion hicieron muchos descubrimientos. Con este motivo no pudieron los franceses dejar de tomar interés en las guerras que los naturales tenian entre sí, y todos ellos deseaban atraer á su partido á los estranjeros por sus armas de fuego, porque con ellas contaban por segura la victoria.

Los principales pueblos que se conocian en aquellos paises cubiertos de bosques, atravesados por muchos rios é inundados de grandes lagos, eran los algonquinos, iroqueses, hurones, natches, esquimales é illineses. Todos ellos son muy ájiles é infatigables: tienen la vista muy perspicaz, el oido muy fino, y el olfato tan vivo que, segun dicen, aplicando á las narices la yerba que han pisado, dirán de qué nacion es el que ha pasado por allí.

Estas cualidades les sirven mucho en sus guerras, que hacen por sorpresas con el fin principal de cojer prisioneros; y la conducta que con ellos observan presenta anomalías difíciles de conciliar, porque los acarician y adoptan al mismo tiempo que los atormentan y matan.

Aquellos pueblos celebran sus tratados con toda la solemnidad de que son capaces sus bárbaras costumbres. A presencia de un gobernador francés se juró una paz entre los algonquinos, los hurones, los iroqueses y otras naciones, cuyas ceremonias las pintan de este modo. En medio de la asamblea habia cierto espacio marcado con una cuerda, y el recinto que señalaba era el lugar destinado para la accion de los oradores.

Los diputados de las naciones estaban sentados guardando un silencio respetuoso. Entró el orador iroqués con tantos collares como artículos contenia el tratado, y dirijiendo la palabra al gobernador, á quien por honor dió el nombre de algun personaje insigne de su nacion, le dijo: «Obontio, abre tus oidos á mi voz; todos los iroqueses hablan por mi boca; mi corazon no alimenta malos sentimientos, y mis intenciones son puras. Deseamos olvidar las canciones de guerra, para pronunciar cánticos de alegria.» Despues de este sublime principio entonó una cancion que continuó el coro de sus compañeros: entretanto se paseaba en el circo con viveza, se paraba repentinamente, fijaba su vista en el sol, daba una patada, retorcia los

brazos y hacia ciertas contorsiones que debian significar los sentimientos que la nacion espresaba. Entretanto habia ido colocando los collares en la cuerda, y uno de estos lo echó al cuello del gobernador francés á quien restituian un prisionero súbdito suyo, diciéndole: «Padre mio, este collar da la libertad á tu súbdito.» Los demas que se habian colocado en la cuerda indicaban, uno la libertad de la pesca y caza; otro prescribia las seguridades que debian adoptarse para sus visitas sin riesgo; otro anunciaba las fiestas que habian de celebrarse en regocijo de la alianza, y otros la voluntad de restituirse recíprocamente todos los prisioneros. Algunas veces no se esplicaban los artículos con palabras sino con ademanes espresivos.

El animal cuya piel se aprecia con preferencia es el castor; y desde que son el objeto principal del comercio que se hace en aquellos paises, los acometen los cazadores del Canadá con peligro, por el mucho lucro que han sacado de ellos; pero se han consumido en tales términos, que ya es muy rara allí esta especie, y acaso faltará absolutamente muy pronto.

Los franceses é ingleses se han hecho una funesta guerra en el Canadá por espacio de ciento cincuenta años, y han tenido la mala suerte de encontrar allí dos naciones tan enemigas entre sí como ellos: estos son los hurones y los iroqueses, sin contar con otros muchos pueblos menos numerosos, cuya enemistad han fomentado ellos mismos.

La importancia de la colonia del Canadá se conoce desde que la Francia envió muchos nobles pobres, dándoles tierras con título de señorío, y con una mediana industria llegaron á poder vivir como caballeros. Los soldados se hicieron plantadores y colonos, los oficiales en poco tiempo adquirieron grandes propiedades, de modo que se dió muy pronto un nuevo aspecto á aquella colonia; mas duró poco esta actividad, porque habiendo adquirido comodidades los franceses, dejaron de trabajar, y con esto las colonias inglesas lograron una conocida superioridad. Informado el gobierno francés del mal estado de sus posesiones, envió tropas, con las que dió la ley á los salvajes, y los ingleses no se descuidaron en apoyar á estos, que se declararon bien pronto contra la Francia, y entablaron un co-

mercio activo con sus nuevos amigos. Luis XIV envió refuerzos á Denonville, gobernador de aquella colonia en el año 1687, para hacer frente á la liga que habian formado los ingleses y americanos, y se dieron batallas sangrientas, que los iroqueses sostuvieron con valor. En el año 1690 se presentó una flota inglesa frente de Quebec; pero tuvo que retirarse vergonzosamente despues de haber sufrido mucha pérdida. Con la paz ajustada en Riswick cesaron las hostilidades, y los hurones é iroqueses depusieron las armas, y entablaron de nuevo su comercio con los colonos.

En tiempo de la guerra de sucesion de España se renovaron las hostilidades entre Francia é Inglaterra en aquellos paises. En el año 1710 entró una escuadra inglesa por el rio de San Lorenzo, destinada contra Quebec, con cinco á seis mil hombres de desembarco, y fué destruida por una fuerte tempestad antes de llegar á su destino. En el reinado de Luis XIV tuvo la Francia que abandonar una parte de sus dominios americanos: la bahía de Hudson, la isla de Terranova y la Arcadia fueron cedidas á los ingleses.

En el año 1758 pasaron estos á sitiar á Luisburgo con una escuadra de veintitres navíos, dieziocho fragatas y dieziseis mil hombres de desembarco, y despues de una valerosa resistencia que hizo Madama Brucourt, mujer del gobernador, en cuyo sitio se vió reducida la plaza al último apuro, cedió por medio de una honrosa capitulacion.

Los franceses se habian reforzado con el ausilio de los indios, y obtenido muchas victorias contra los ingleses, cuando en junio del mismo año otra escuadra británica mandada por el almirante Saunders entró en el rio San Lorenzo, y noticioso el francés envió de noche contra ella ocho brulotes que incendiaron solos dos buques. Irritado el almirante inglés, dió el asalto á Quebec con diez mil hombres: mas la ordenada resistencia de la plaza y la pérdida de mil quinientos hombres, empezó á desanimar á los sitiadores en ocasion que el jeneral Wolf, á costa de su vida, habia tomado las alturas de Abraham, media legua mas arriba de la plaza, situando en aquel punto cinco mil hombres que la dominaban, por cuyo medio lograron los sitiadores apoderarse de ella en 17 de diciembre de 1759. Las tropas

francesas que se hallaban fuera de la ciudad cuando se hizo la capitulacion, se reunieron é hicieron varios esfuerzos para reconquistarla; pero todo fué en vano, porque las rodearon tres ejércitos ingleses, y las obligaron á rendir las armas en el año siguiente.

Por el tratado de 1763 fué cedido definitivamente el Canadá á la Inglaterra, con la condicion de sostener allí el culto católico.

Nueva-bretaña.—Está situada entre los 50° y 74' latitud N., y entre los 255° y 322° lonjitud E.: de N. á S. tiene cuatrocientas ochenta y cuatro leguas, y de E. á O. seiscientas veintisiete: su superficie es de ciento cincuenta y cinco mil quinientas leguas, con una poblacion de doscientos cincuenta mil habitantes: comprende las costas de la bahía de Bafui en Hudson y la tierra de Labrador: sus límites por la parte del N. son el mar Glacial, por el E. el Océano Atlántico, por el S. el Canadá y golfo de San Lorenzo, y por el O. el distrito de Colombia y las montañas de Piedra. El frio es tan penetrante que no se sufre igual en ninguna parte del mundo, pues se hielan los rios hasta la profundidad de ocho pies, y aun el mismo aguardiente. Si la sabia naturaleza no hubiera armado á los animales de aquel pais de un pelo caliente, fino y espeso, no podrian vivir en un clima tan helado. La piel de estos animales varía de color en el verano: se encuentran allí ciervos, zorras, osos, lobos, tigres, búfalos, castores, linces, ardillas, arminios, martas, gatos monteses, ánades y muchas aves silvestres y acuátiles, especialmente perdices, de modo que se cuenta que solo en Port-Nelson se cojieron en una estacion noventa mil de estas últimas. El principal comercio de la Nueva-Bretaña consiste en animales, cueros y peletería de todas clases.

En los puertos del príncipe de Gales, Churchill, Nelson, Nuevo Severne y Albenia tienen los ingleses establecimientos bien organizados. Hay muchas tribus errantes que aun no se han podido reconocer á causa de la rijidez del clima que no permite pasar adelante.

Los misioneros moravitas fundaron allí los primeros establecimientos; el de Nain en el año 1764. Los naturales, cuyas costumbres son asquerosas, se dividen en montañeses y esquimaos: tienen cierta semejanza á

los jitanos, con algunas facciones francesas: viven en chozas que cubren con cortezas de árboles y con pieles de renos, de cuya carne se alimentan: son católicos, y suelen ir á Quebec á ejercer sus actos relijiosos de que son muy observantes. Los que habitan en las cercanías del rio de la Mina de cobre son en lo jeneral pequeños, mal formados y flojos: su piel es de color de cobre sucio: las mujeres son bastante hermosas: las armas que usan son arcos, flechas, dardos y lanzas: sus canoas las forman de pieles de becerros marinos con figura de una lanzadera de tejedor: tambien construyen lanchas grandes y lijeras que pueden contener de treinta á cuarenta personas: viven en una libertad absoluta, sin jefe alguno mas que sus propios padres, á quienes obedecen solo en su juventud.

NUEVA-ESCOCIA Y NUEVA-BRUNSWICK. — Estos paises estan situados entre los 43° y 49° latitud N., y entre los 309° 40', y 316° 20' lonjitud E.: tienen doscientas veinte leguas de N. á S., noventa y dos de E. á O., y catorce mil doscientas cincuenta de superficie, cuya poblacion asciende á ciento cincuenta mil habitantes. Todo este territorio se dividió en dos provincias en el año 1784. Sus límites por la parte de N. O. son el rio de San Lorenzo, por la de N. E. el golfo del mismo nombre, y por la del E. y S. el Océano Atlántico. Las nieblas densas que reinan en estos paises por espacio de cuatro ó cinco meses del año causan mucho frio; pero se hace soportable porque las estaciones vienen gradualmente á su debido tiempo. El terreno es estéril, y el grano que se cultiva es de una calidad inferior. Se crian allí las mismas especies de ganados y animales que en los paises vecinos. Los pescados entran en los rios en masas considerables por los meses de abril y mayo. A lo largo del cabo de *Sable Coast*, á la parte de Nueva-Escocia, se hace una gran pesca de bacalao, arenques y otros pescados. La Inglaterra envia á estas dos provincias lencería, paños, quincalla y otros efectos, cuyo valor suele importar anualmente ciento cuarenta mil duros, y las esportaciones de productos de aquellas colonias suben por lo regular á doscientos cuarenta millones al año. Los colonos de Nueva-Escocia, Nueva-Brunswick y de las pequeñas islas adyacentes, son de orijen inglés con alguna mezcla francesa, y siguen

los mismos usos y costumbres que la metrópoli. En la Nueva-Brunswick, cerca de la bahía de Fundai, ecsiste una tribu guerrera llamada marequitas, y en la Nueva-Escocia, cerca de Halifax, otra llamada mimacos. Jacobo I concedió la Nueva-Escocia á su secretario Sir Jaime Alexander; quien la dió el nombre que tiene, y desde esta época fué pasando del dominio de un particular á otro, y de ingleses á franceses, hasta que en el año de 1713 fué confirmada á la Inglaterra por el tratado de Utrech.

Bahia de hudson. — Esta bahía fué descubierta por un piloto inglés llamado Hudson, en el año 1607, en una espedicion que hizo buscando desde allí paso para el mar del Sur. Por todas las partes que se estienda la vista no se presentan mas que rocas escarpadas y tierras incapaces de cultivo. Entre sus elevadas montañas y despeñaderos hay profundos y estériles valles adonde jamas penetra el sol. Se hielan allí los lagos hasta doce pies de profundidad: los témpanos de hielo que arrancan los furiosos vientos, son de mas de mil quinientos pies de grueso y fluctuando por las olas de aquel Océano ponen á las naves en el mayor peligro. Las aguas no estan líquidas sino desde el mes de junio hasta últimos de setiembre. En diciembre no se ve el sol sobre el horizonte mas que cinco horas de las veinticuatro. Los ingleses tienen cerca de esta bahía el fuerte Moose y la famosa factoria del Maine Oriental: hácia los confines del Canadá á la parte del S. está situado Brunswick-house, Frederick-house y otros establecimientos de comercio. El fuerte de Yorck está sobre el rio Nelson, y mas al N. la fortaleza de Churchill ó Príncipe de Gales, que se construyó en el año 1715, y la de Albania en la bahía de *Janes*. A todos estos establecimientos acuden los indios con sus cueros y peleteria que cambian por jéneros europeos.

Las paredes de las casas que han construido los europeos son muy gruesas; las ventanas dobles, y por mas hogueras que encienden para calentar las habitaciones, todo el mueblaje se cubre de hielo, causado por el vapor de la respiracion. En las noches largas se alumbran con balas de veinticuatro hechas ascua al fuego y colgadas con cadenas, pues hasta el aguardiente se hiela allí: no obstante, los ingleses se aventuran á pasar á

tran horrible clima, por el gran lucro que sacan de las pieles, que son allí hermosas en estremo, muy abundantes y de precio moderado.

Los salvajes del Canadá y de los Estados-Unidos, hacen largos viajes para llevar las pieles á aquel punto, porque siempre encuentran compradores. Hay una compañía de comercio que lo hace allí esclusivo, y oculta con mucho cuidado sus considerables ganancias, pues se dice que ha habido ocasion de sacar un mil por ciento de utilidad. Las tierras de uno y otro lado de esta bahía, que son las del Labrador y de North-Main, estan habitadas por salvajes poco conocidos. En la parte oriental ó costa del Labrador, se hallan las islas Durmientes, Bakersdozen y Belchier. Todo el pais que hay entre el S. y el E., se llama Nueva-Gales meridional: el frio que se advierte allí es en estremo escesivo, y su efecto se manifiesta en todos los vivientes, pues no hay animal cuyo pelo deje de ponerse de color de nieve en la estacion rigorosa del invierno. A pesar de todo, el pais es muy sano y los naturales fuertes y vigorosos, aunque de pequeña estatura, pues no pasan de cuatro pies; se acuestan todos revueltos para entrar en calor; los de la costa no son tan bárbaros como los de lo interior, y se mantienen con pescado ó con la carne de los animales que matan en las cacerías. Van amontonando estos alimentos sin la menor precaucion, porque el frio los reserva de la corrupcion. La pesca de la ballena se hace allí con mucha felicidad, y de ella sacan bastante aceite para sus usos. Reconocen un Ser supremo con el nombre de Ukkeuma, que en su idioma significa *cabeza mayor*; le respetan como autor de todos los bienes, y le cantan himnos de alabanza y gratitud, dirijiéndole oraciones con un fervor respetuoso. Tambien reconocen otro dios del mal, llamado Witikiea, que para ellos es un objeto de terror. Entre estos naturales es escesivo el amor que tienen á sus hijos, pues por ellos pierden la vida con gusto los padres y las madres.

TERRANOVA. — Esta isla, que por decirlo así, domina al rio de San Lorenzo, está situada á la entrada del golfo de este nombre. El Labrador ó Nueva-Bretaña la separa por los estrechos de Belle-Isle, y el Canadá por la bahía de San Lorenzo: su

figura es casi triangular; de N. á S. tiene cien leguas, y de E. á O. setenta y ocho en su mayor anchura. Es casi intransitable por algunos parajes á causa de los espesísimos bosques de fresnos, pinos y abetos, cuya altura rara vez escede de dieziocho á veinte pies, escepto los que estan en los valles resguardados de los vientos. Las costas estan sujetas á nieblas, frecuentes borrascas y nevadas; en el estío es escesivo el calor, así como el frio en el invierno. Los puertos son muy espaciosos con fondeaderos bastante seguros; desaguan en sus costas muchos rios y arroyos de agua muy esquisita. La principal utilidad de este pais, es la pesca del bacalao, que se hace en los bancos llamados de Terranova, en donde hay grandes almacenes para conservarlo hasta enviarlo á Europa. Los naturales del pais son de pequeña estatura, muy fuertes y nerviosos: la escesiva anchura de sus caras sorprende á primera vista, y no tienen ni un pelo de barba: son astutos, traidores, y nunca tratan de restituir lo que han robado.

La Inglaterra y los Estados-Unidos emplean en el comercio del bacalao tres mil barcos y unos cien mil hombres. Es incalculable la utilidad que les resulta de este comercio que hacen especialmente con los católicos. Los principales pueblos de Terranova son Plasencia, Buenavista y San Juan, en cuyas poblaciones apenas quedan mil familias cuando cesa la pesca, que es en la estacion del invierno. En la primavera envian los ingleses á aquellos puntos una escuadra para protejerlos, y el jefe principal es el almirante de ella, el cual tiene otros dos jefes dependientes, uno que reside en San Juan y otro en Plasencia, cuyo último pueblo tiene una bahía muy famosa y un puerto que frecuentan las embarcaciones que se emplean en la pesca: la entrada es tan angosta que solo puede flanquearla un barco; pero su fondo es suficiente para contener navíos grandes, de los cuales pueden transitar allí hasta ciento cincuenta pescando al abrigo de los vientos. En una de estas estrechuras, que es una cadena de escollos peligrosos, tuvieron los franceses una fortaleza llamada San Luis, al frente de la cual hay una rada de legua y media, muy espuesta á los vientos de poniente que son allí frecuentes.

POSESIONES DE LA RUSIA.

El imperio de Rusia posee en las costas del N. O. de la América Setentrional, todo lo que se estiende desde el monte San Elías hasta el estrecho de Bering, por espacio de ciento veintinueve leguas; el terreno es todo una continuada montaña, cuyas altas cimas estan siempre cubiertas de nieves y de hielo; en lo interior no se encuentran mas producciones que la *moss*, ni mas vivientes que osos blancos, y en sus costas hay bosques donde se crian gamos, zorras y otros animales. Dice Cook que del mar Glacial se trasportan á estos parajes grandes montañas de hielo flotantes, en las cuales se ven crecidos rebaños de leones marinos y otros animales anfibios.

Esta costa se estiende hácia el S. O. en el Océano Pacífico, en donde forma una península llamada Alaska, y al O. de ella está la bahía de Bristol, y los golfos de Cook y del príncipe Guillermo al E.: los habitantes de este último golfo son de una estatura regular, cargados de espaldas y sumamente monstruosos en su estructura; su fisonomia indica vivacidad, honradez y franqueza: se han visto algunas mujeres y niños de una tez blanca, mas los hombres son de un moreno oscuro. En el golfo del príncipe Guillermo ecsisten dos factorías rusas, en las cuales se hace un comercio importante de peletería. Tambien han formado los rusos otros establecimientos en la bahía de Bering, el principal de ellos en el archipiélago de Kodiac. Ademas tiene la Rusia otros establecimientos en las islas situadas entre Kamtzhatka y Ounalaska, y en esta hay un obispo, un monasterio, una guarnicion de sesenta hombres, y un astillero para la construccion de los buques. Este interesante comercio de pieles, que esclusivamente lo hacen los rusos, tuvo principio en el año 1741.

La mayor parte de estos paises reconocen el dominio de la Rusia sin pagarle tributo alguno. Anteriormente se hacia este tráfico de peletería por compañias de cazadores y mercaderes, los cuales para cargar un barco que triplicaba el capital, necesitaban ocupar cinco años en contínuas y penosas fatigas: al presente se ha vinculado este comercio en una compañía privilejiada, cuyos principales sócios cuentan

con un capital de muchos millones de rublos: son negociantes de la Siberia, de Moscow y otras partes, y hasta el mismo emperador y su familia se han interesado con algunas acciones para dar impulso á este lucrativo ramo. Las pieles mas apreciadas son las de las nutrias de mar y de zorras blancas y negras; la mayor parte de estas las envian á la China, y las otras á la Rusia en donde se paga ademas del tributo en jénero, la décima parte del valor de todo lo que se introduce. Algunos oficiales que han ido desterrados á quellos paises han construido muchas chalupas de guerra que montan de ocho á doce cañones.

Los osos de agua se encuentran á manadas; tienen doce palmos de largo y un pesó enorme. Parece increible lo que se refiere acerca del instinto de estos animales: aseguran autores oculares que la ternura de las madres para con sus cachorrillos es tal que procuran divertirlos con toda clase de juegos, y que los acostumbran á pelear enseñándoles el modo de defenderse: que cuando ocurren sus peleas las presencian millares de sus compañeros, que con sola la cabeza fuera del agua esperan el fin de la riña, sin tomar parte mas que para estorbar que uno sea oprimido con desigualdad de fuerzas: que estos mismos animales viven en familias particulares, cuyos individuos van siempre juntos: que los machos tiranizan á las hembras con bocados y manotadas, particularmente cuando abandonan á sus hijos por huir de los cazadores. Las pieles de estas fieras son de poco aprecio, pero las de los cachorrillos que se hallan en el vientre de la madre son muy hermosas y se venden caras. El lamantin llamado por los españoles manatí, tiene ocho ó diez varas de circunferencia hácia el bombligo que es su mayor anchura; su cabeza se asemeja á la del búfalo, el cuello es corto, el lomo como el buey, el vientre grueso y cola delgada: se reunen en rebaños á la embocadura de los rios ó en las costas: los machos aman con tal estremo á las hembras, que se dejan morir de hambre si pierden á las que hacen vida comun con ellos; la caza de estos mónstruos es muy peligrosa, y los cazadores se socorren mútuamente cuando alguno de sus compañeros se encuentra en peligro. Los americanos emplean los cueros en zapatos y fajas, y los techucos hacen de ellos canoas: la

carne del manatí cocida tiene el gusto de vaca: su grasa blanca, fluida y de buen olor, tiene tambien buen sabor.

La nutria de mar tiene como unos cinco pies de largo; las mas grandes pesan de setenta á ochenta libras: viven en familias arregladas, y son tan amantes de sus hijos, que si despues de haber hecho cuanto han podido para librarlos de las manos de los cazadores no lo consiguen, mueren de pena.

Estados-unidos.—Esta república se compone de dieziseis estados confederados, que se dividen en tres grandes distritos llamados estados del N., estados del centro, y estados del S.: al primer distrito, conocido con el nombre de Nueva-Inglaterra, pertenecen el Vermont, Nueva-Hampshire, Maine, Massachusset, Rhode-Island, Connecticut: al segundo Nueva-York, Nueva-Jersey, Pensilvania, Delaware, territorio al N. del Ohio; y al tercero Mariland, Virjinia, Kentuki, Carolina del S., Jeorjia, y territorio al S. del Ohio. Está situada bajo los 3° 25' y 49° 50' latitud N., y entre los 280° 50' y 309° 50' lonjitud E.: tiene trescientas ochenta y ocho leguas de N. á S., cuatrocientas treinta y tres de E. á O. y ciento veinticinco mil cuatrocientas cuarenta de superficie, con diez millones doscientos veinte mil habitantes, de los cuales los ocho millones cuatrocientos cuarenta y seis mil ochocientos cuarenta y tres son europeos y criollos, ó descendientes de los primeros. Sus límites por la parte del N. son una línea ideal que atraviesa por los lagos del Canadá: por la del E. el Océano Atlántico y el rio de Santa Cruz, que la separa de la Nueva-Escocia: por la del S. el Océano Atlántico y el golfo de Méjico, y por la parte del O. la línea que se trazó en el tratado hecho con la España el 2 de febrero de 1819. Esta línea divisoria al Occidente del Missisipí arranca del seno mejicano en la embocadura del rio Sabina, en el mar, sigue al N. por la orilla occidental de este rio hasta el grado 32 de latitud, desde donde pasa recta al N. hasta el grado de latitud en que entra en el rio Rojo de Natchitoches, y continúa por el curso de este último rio al O. hasta el grado 100 de lonjitud occidental de Lóndres, y 23 de Wasbingthon, en que corta este rio, y continúa otra línea recta al N. por el mismo grado hasta el rio Akanzas, cuya orilla meridional seguirá hasta su nacimien-

to, y desde este punto otra línea recta por el mismo paralelo de latitud hasta el mar del S. Segun este tratado pertenecen á los Estados-Unidos todas las islas de los rios Sabina, Rojo, Natchitoches y Akanzas en la estension del curso descrito, debiendo ser comun á los súbditos de las dos naciones el uso de las aguas y la navegacion del Sabina hasta el mar.

Por esta demarcacion se ve que pertenecen á esta república la Florida, la Luisiana, el territorio de Colombia y otros parajes. En su vasta estension son muy repentinos los cambios de las estaciones: el viento de N. O. es frio y el clima sano en las montañas: hácia el N. es muy largo y rigoroso el invierno, así como caloroso el verano: en Jeorjia suave y lluvioso el invierno cuando sopla el viento N. O. La fiebre amarilla que se padece en aquel pais, y se desarrolló por la primera vez el año 1793 en Filadelfia, se atribuye al gran calor de las llanuras situadas al E. de los montes Apalaches. Las estaciones corresponden aunque con desigualdad de temperatura á las de Europa, pues hay dias en el verano en que es necesario encender las chimeneas. Se cree que los bosques y lagos sean las principales causas del rigor del clima.

En la agricultura de los Estados-Unidos se ocupan las tres cuartas partes de la poblacion, y sus mayores progresos se han hecho en la Pensilvania y Nueva-Jersey, progresos que se han debido á los emigrados suizos, alemanes, y otros europeos. De allí esportan para la isla de Cuba, las Antillas, y aun para Europa, muchos cargamentos de trigo y harina todos los años: tambien se coje con abundancia cebada, avena, maiz, habas, garbanzos, lino, cáñamo y algodon. En la Virjinia y orillas del Ohio se cria el arroz, verduras y muchas clases de frutas y legumbres; así como el tabaco que ha dado reputacion á la provincia. En el pais de la Union son muy abundantes los vejetales, y de sus ricas manzanas se estrae el zumo que forma la bebida llamada cidra, que usan ordinariamente.

Los bosques de estas comarcas estan bastante poblados de grandes y hermosos árboles, y segun los climas y distritos se distinguen las encinas, olivos, fresnos, hayas, castaños, pinos, cedros, cipreses, nogales, higueras, plátanos y otros muchos de singulares cualidades. El terreno de Virjinia y de las pro-

vincias meridionales es el que presenta mayor vigor de vejetacion, pues entre su gran verdor ofrece á los ojos de los botánicos todo lo que el reino vejetal puede suministrar mas rico, delicioso y útil.

En estos estados se encuentran muchas aguas minerales de benéficas cualidades. En la provincia de Vermont hay una fuente sulfúrea, que cada dos ó tres años se seca y aparece en otra parte: en Nueva-Jersey hay otra ferrujinosa: en Saratoga, Nueva-York, en Augusta, Virjinia y cerca del rio Patomach hay otras muchas de caulidades singulares muy celebradas. En la Virjinia Superior se ve un peñasco muy grande de sesenta pies de largo y cuarenta de ancho, cubierto de tierra y árboles, y por bajo de él pasa un rio á trescientos pies de profundidad. En Nueva Hampshire ecsisten dos enormes peñascos, sobrepuesto el uno al otro en un estado de equilibrio tal, que el de encima se mueve al menor impulso que se le dé. No es menor curiosidad la cueva de Madisson llamada la casa del diablo, á dos leguas y media del lago Ontario, situada á doscientos pies de profundidad: se ven en ella muchas galerías y salones adornados con hermosas estaláctites. Si en medio de la cueva se coloca uno blandiendo un hachon encendido, el que está á alguna distancia ve un dibujo de muchos objetos fantásticos. En la provincia de Vermont hay una gruta de estaláctites á ciento cuatro pies de profundidad, y en su estremidad una sala con una fuente de agua pura.

Embellecen á la nueva metrópoli las salas donde se reunen los estados de las provincias, el Capitolio y el palacio del presidente. Los grandes rios que cruzan por estos paises escusan canales para la navegacion interior. Sus caminos estan en muy buen estado con muchos y hermosos puentes, cuya mayor parte son de madera, y por ellos queda abierta una comunicacion cómoda para al comercio interior de los estados.

La industria progresa mucho en los Estados-Unidos: en el puerto de Boston se construyen muchas naves: en Rhode-Island hay mas de cinco mil telares para el algodon. La ciudad de Linn en el Massachusset ha fabricado en un año un millon de pares de zapatos: las tenerías y todas las manufacturas de paño burdo, sargas, franelas y lienzos estan muy florecientes. Tambien

se hace mucha maquinaria, cables, cordaje, loza, papel, sombreros, pólvora, utensilios de cobre, bronce y estaño, instrumentos matemáticos, obras de platería, joyería, relojería, carpintería y otras de todas clases. Ademas de estos jéneros se esporta toda especie de granos, harina, maiz, arroz y otras legumbres, tabaco, ganado vacuno, caballar y de cerda, pieles, pescados, aceite, pez, trementina, brea, añil, ron, provisiones navales y otras infinitas producciones del pais. Su principal comercio en Europa lo hacen con la Inglaterra, Francia, España, Portugal, Holanda, Dinamarca y Suecia. Poco tiempo ha que los estados anglo-americanos formaron establecimientos en Sierra-Leona en la costa de Africa, entablando algun comercio con las Indias Orientales, y el de las Occidentales con la isla de Cuba y con las nuevas repúblicas.

El importe de las esportaciones en el año 1791 fué de diezinueve millones doce mil cuarenta y un pesos, y el de las importaciones diezinueve millones ochenta y dos mil ochocientos veintiocho: en el de 1794 treinta y tres millones cuarenta y tres mil setecientos veinticinco las primeras, y noventa y tres millones veinte mil quinientos quince las segundas. En la actualidad se han aumentado las esportaciones hasta la suma de sesenta y ocho millones. Los Estados-Unidos se han constituido en república, bajo un presidente y dos consejos: el superior ó senado, cuyas funciones duran seis años, se forma de dos diputados de cada uno de los estados: el segundo se renueva cada dos años, y se compone de los diputados provinciales, que representan desde el número de treinta y cinco hasta cincuenta mil habitantes. El poder lejislativo reside en ambos cuerpos. El presidente de la república es elejido por cuatro años, ejerce el poder ejecutivo, manda los ejércitos de mar y tierra, hace los tratados de paz, de guerra y de comercio con el consentimiento de dos terceras partes de los vocales que componen el senado, al que consulta para el nombramiento de embajadores, y su facultad se estiende á perdonar en todos los casos menos en los de alta traicion: el poder judicial lo ejerce un tribunal supremo. Cada estado tiene un gobierno particular, compuesto de un senado y de una cámara de representantes que se elijen

todos los años. La mayor parte de sus leyes y el modo de enjuiciar, lo han tomado de la jurisprudencia inglesa.

Algunos aseguran que los americanos de orijen aleman son apacibles é industriosos, que gustan del trato franco y cordial, que conservan muchas de las costumbres y aun el idioma de sus projenitores, y respetan la constitucion sin mezclarse en cuestiones políticas: que los de orijen inglés son amantes de intervenir en los negocios del gobierno, que gustan variar de domicilio, y que son menos laboriosos que los primeros. El populacho en lo jeneral es insolente y altivo: en las clases mas elevadas, especialmente en Filadelfia, se advierte cierto aire de frialdad y reserva que hace triste la sociedad. Las disputas en punto de relijion y de gobierno, el juego, el afan en el comercio y el apego al dinero son acaso los motivos de su carácter taciturno y pocó franco. El idioma jeneral de los Estados-Unidos de América es el inglés; pero sufre contínuamente tales alteraciones, que con el tiempo podrá diferenciarse infinitamente. Se ha promovido con el mayor esmero la educacion pública: se han establecido bastantes colejios bajo escelentes planes en Nueva-York, en Nassau, en Princetown, en Nueva-Jersey, en Washington, en Yale y en otras muchas provincias. En Filadelfia ecsisten diversas sociedades literarias: el establecimiento científico mas antiguo de la América Septentrional es la universidad de Harward en el Massachuset, fundada en el año 1658. En Nueva-Hampshire se estableció un colejio para los indios en el año 1779. Como el gobierno dá una gran proteccion á las ciencias, sobresalen hombres insignes en todas materias, segun lo acreditan las obras que con tanta aceptacion han producido sus academias.

Las rentas de los Estados-Unidos se forman del producto de las aduanas, que consiste en los derechos que pagan en la introduccion los frutos estranjeros, y en el de tonelaje, los cuales ascenderán anualmente á unos once millones de pesos. Las tierras públicas que pertenecen al gobierno forman otro ramo importante de producto anual, al paso que las van vendiendo. Los derechos de treinta pesos que paga todo inventor de alguna máquina por el privilejio esclusivo que se le concede por diez años, forman tambien una parte

de las rentas del estado. Los bancos nacionales que se han creado producen utilidades al erario, pues en el año 1816 entraron en la tesorería millon y medio de pesos. Cuando hay urjencias se imponen contribuciones directas territoriales, y algunas indirectas sobre los artículos de lujo y aun de consumo; y cuando hay mayores apuros, se adoptan préstamos voluntarios y papel moneda ó notas de tesorería á interés. Aunque los pocos ramos que constituyen la renta nacional parece no basten á cubrir sus atenciones, están satisfechos completamente todos los gastos públicos, y aun queda anualmente algun sobrante en la tesorería. Se presume que esto lo cause la sencilla administracion, la probidad de sus empleados, y la grande economía y buen arreglo de todos los ramos.

Todos los ciudadanos individuos de esta república, desde la edad de diezíocho años hasta la de cuarenta, están comprendidos en las milicias del pais, cuyo número ascendió en el año 1816 á setecientos cuarenta y ocho mil quinientos sesenta y seis hombres de todas armas, de las que no puede disponer el poder ejecutivo, sino en el caso de una invasion estranjera ó de una conmocion intestina; y aun en estos casos, los jenerales y oficiales que los manden, deben ser nombrados por sus respectivos estados, y fuera de ellos no puede obligárseles á servir mas que en su provincia por el espacio de seis meses. La fuerza naval de estos estados se compone de nueve navíos, veinte fragatas y otros tantos buques menores. En el año 1817 se presentó por primera vez la armada anglo-americana en el Mediterráneo, ostentando su poder, importancia y medios con que se encuentra para protejer su comercio en el globo.

El ejército permanente en tiempo de paz se compone de diez mil hombres de todas armas, y en tiempo de guerra se aumenta con reclutas voluntarios, que con dificultad se encuentran aunque se hagan grandes promesas, como sucedió en los años 1814 y 15, en que á pesar del premio de 150 pesos fuertes y 150 acres de tierra baldía que se ofreció á cada soldado, apenas llegó el ejército á treinta y dos mil hombres, que aun no cubrian la mitad del continjente que habia decretado el congreso.

En los cinco departamentos

navales, que son los de Washington, Filadelfia, Nueva-York y Charlestown, se construyen anualmente algunos buques de guerra para aumentar su escuadra, que es el principal objeto de la atencion del gobierno, cuya construccion se hace jeneralmente por contratas particulares, por los grandes ahorros que resultan al gobierno; pues un navío de setenta y cuatro que monta noventa y seis cañones cuando menos, no cuesta mas que 333,000 pesos fuertes, y una fragata de cuarenta y cuatro que monta mas de cincuenta y cuatro no cuesta mas que 198,000 pesos; y asi respectivamente todos los demas buques menores.

Desde el descubrimiento del Nuevo-Mundo hasta la época en que estos Estados se revolucionaron contra la Inglaterra, ofrece poco la historia del pais. Estas provincias se fueron poblando sucesivamente de jentes de todas relijiones, que emigraban de todos los reinos de Europa. La metrópoli debió prever que no estando unidos á ella con el lazo del amor é interés, segun se fuese multiplicando en habitantes y riquezas, llegaria el caso de que no necesitando ya de sus socorros, vendrian á parar en la pretension y deseos de hacerse independientes.

En la Nueva-Inglaterra no han ocurrido sucesos de los que en el mundo antiguo han causado por lo regular revoluciones y mudanzas, pues allí jamás han ultrajado á la relijion, á las leyes ni á los hombres; tampoco se habia visto derramar en los cadalsos la sangre de los ciudadanos: las costumbres eran respetadas, no se habian ridiculizado los modales, los usos ni otros objetos venerados del pueblo. El poder arbitrario no habia arrancado á la fuerza al habitante del seno de su familia ni de la sociedad de sus amigos, para encerrarlo y acabar con él en los calabozos. El órden público no se habia perturbado, ni invertido los principios de una buena administracion: los gobernantes siempre eran los mismos y estaban animados de buenos sentimientos.

En este estado de felicidad todos sus afanes se reducian á saber si la metrópoli estaba autorizada y tenia derecho para gravar directa ó indirectamente á las colonias con algun impuesto.

Aunque de antemano se ha-

bia ventilado secretamente esta cuestion por haber usado la Inglaterra del citado derecho, y no hubiese resultado la menor disension, sin embargo se controvertió mas públicamente y con mas empeño en el año 1764 con motivo del acta llamada del *Sello*, que prohibia admitir en los tribunales documentos que no estuviesen escritos en papel sellado, que habia de venderse á beneficio del erario. Tan pronto como se publicó este decreto, las provincias inglesas del N. manifestaron públicamente su indignacion contra tal servidumbre, y unánimes todos rehusaron el uso de cuanto les proveía la metrópoli mientras que esta no suprimiese aquel bill opresor; las mujeres dieron el primer ejemplo sujetándose á no gastar los jéneros que las suministraba la Inglaterra, privándose de cuanto las servia para su lujo y adorno; y de este modo el lino, la lana y el algodon groseramente trabajado, se vendia al precio que antes llevaban por las telas y estofas mas preciosas. Los hombres abandonaron el arado, la vara de medir y la pluma para dedicarse en los talleres á fabricar aquellos ramos de industria necesarios para la guerra, que creian inevitable si no se revocaba el decreto.

En 1767 despues de dos años de movimiento y negociaciones, se vió precisada la metrópoli á revocar el bill del papel sellado, habiéndole remplazado con impuestos sobre otros varios artículos, principalmente sobre el té, que los americanos estraian de solo la metrópoli, creyendo que sin él no podian pasar. En 1770 lograron que se aboliesen las imposiciones, cuyo producto no habia podido percibir sobre los primeros artículos; pero se obstinó el gobierno en que permaneciese el del té, y los naturales se empeñaron en eludirle, hasta que finalmente en el año 1773 mandó el ministro inglés que se cobrase absolutamente.

Trataron de no obedecer, y para llevarlo á efecto todo el Nuevo-Mundo inglés renunció con toda solemnidad al uso del té; los negociantes á quienes se remitia no le quisieron admitir; declararon enemigo de la patria á todo el que osase venderlo; los que le conservaban en sus almacenes fueron tachados de malos patricios, y tuvieron que quemar

todo cuanto les habia quedado, á pesar de que siempre habia sido la bebida mas favorita y deliciosa de aquellos naturales. El té que los ingleses habian enviado á aquellas provincias se valuaba en unos seis millones, y no desembarcaron una caja. Boston fué el principal teatro de esta sublevacion; en el año 1774 destruyeron sus naturales en aquel puerto tres cargamentos de té que llegaron de Europa.

El gabinete de San James dirijió la primera furia de sus resentimientos contra esta ciudad, y el parlamento pronunció un bill prohibiendo que en Boston se desembarcase ni estrajese cosa alguna. El ministerio habia creido que las demas provincias querrian aprovecharse de la desgracia de aquel puerto para establecerse nuevamente sobre las ruinas de dicha ciudad, y que por este medio se destruiria por sí misma la liga que habian formado entre sí; pero se engañó, porque las demas colonias se declararon abiertamente en favor de la oprimida. La contienda principió en el año 1775 por un choque entre las tropas reales y algunas compañías de milicias que se iban reuniendo cerca de Boston: la sangre inglesa regó los campos de América en esta guerra civil.

Los ingleses no tuvieron la precaucion de anticiparse á dar un golpe de mano, con el cual habrian disipado la liga en su principio: los contrarios que tenian eran labradores, comerciantes y jurisconsultos que ignoraban el arte de la guerra, y que eran conducidos á ella por jefes tan poco diestros como ellos en la ciencia militar y el órden de los combates; con esta apatía dieron tiempo á aquellas nuevas tropas para que se disciplinasen bien y se acostumbrasen á las batallas. Los americanos tuvieron la fortuna de que se pusiese al frente de ellos un hombre sagaz y prudente, que supo aprovecharse de los recursos que le presentaba la localidad y el entusiasmo de los naturales: Washington, viéndose con tropas que necesitaba disciplinar y asegurarlas á su partido, mas se atrincheró que peleó; y cuando presentaba al enemigo fortificaciones respetables que este creia iba á defender, él formaba otras á las cuales se retiraba despues de una lijera defensa, si el buen écsito estaba dudoso: con este plan, que observaba

constantemente, cansaba á las tropas inglesas en largas marchas, y las deterioraba con pequeños combates que siempre venian á ser ventajosos para él aunque perdiese alguna jente, porque al paso reclutaba otras facilmente, mientras el enemigó sufria en todas partes ruinas que no podia reparar.

En 4 de julio de 1776 sostenian los Estados-Unidos con las armas su independencia, proclamándola á la faz del universo, con proposiciones casi semejantes á las que imitaron despues los franceses en el principio de su revolucion: ponderaron muy por menor los agravios que les hacia el gobierno inglés, el cual debia conocer que aquel rompimiento era irremediable; y con mucho mayor motivo cuando descubrió que á los llamados rebeldes los ausiliaba y habia reconocido por independientes y soberanos la nacion francesa en 1778. Ya en este tiempo se declaró la victoria por las banderas republicanas, cuyas tropas tuvieron la gloria de vencer á dos ejércitos ingleses, y obligarles á rendir las armas.

La guerra se hizo con una crueldad tan atroz que infama á los que fueron causa de ella, pues amontonando los prisioneros americanos unos sobre otros en el navío Jersey en la rada de Nueva-York, arrojaron al mar en tres años once mil desgraciados. No fueron estas solas las crueldades que ejecutaron los ingleses, porque despues de una derrota dejaron encerrados en un corral á los prisioneros sin el menor alimento, y de este modo perecieron muchos de frio y hambre. Se asegura que contra las reglas de la guerra procuraron tambien hacer sus armas mas dañosas y mortales; finalmente, siempre se leerá con indignacion la carta de un jeneral inglés al ministro, en que le decia: «Tengo la satisfaccion de participaros que en la ciudad de Esopas no he dejado piedra sobre piedra.»

Los americanos no tomaron contra los ingleses mas venganza que salir con su intento, logrando consolidar en sus provincias la recíproca alianza, y formando una república federativa, en la que conserva cada colonia lo que le ha parecido mejor de su gobierno interior: concurre cada una al bien jeneral enviando dos diputados al consejo soberano: este dirije y arregla todos los ne-

gocios del estado, y sanciona las leyes despues de prestar las provincias su consentimiento.

Los Estados-Unidos han formado una constitucion cuyos principios tomaron de las mejores fuentes antiguas y modernas: la tienen muchos por un modelo de sabiduría y prudencia, sin embargo de que se descubren algunos defectos que imprimen en ella señales de la flaqueza humana. «De este modo, dice un autor, aquel mundo que nuestra imajinacion ni aun buscaba tres siglos hace, que cayó en nuestras manos con todas las señales de una tierna organizacion y como en la infancia de la especie humana, se enriqueció de repente con la esperiencia del antiguo mundo, envejeció en todas las revoluciones de la barbárie y de la civilizacion, y ahora nos ofrece el contraste de una perfecta sociedad en un suelo rústico y selvático todavía.» Los holandeses reconocieron la independencia de esta república el 19 de abril del año de 1782, y la Inglaterra, cansada de una penosa guerra de siete años, que le habia sido muy costosa, la reconoció tambien en 30 de noviembre del mismo. Sucesivamente fueron reconociéndola la Suecia en 5 de febrero de 1783, la Dinamarca en 22 del mismo, la España en marzo, y la Rusia en julio.

Cuando murió Washington nombraron presidente de los estados á Tomas Jefferson, el cual fué reelejido á pluralidad de votos en el año 1805. Le sucedió Maddisson, á este Monroe, y á Monroe el mismo Jefferson por tercera vez; últimamente á este sucedió John Quinci Adams que gobierna actualmente.

Virjinia.—La primera parte de la dilatadísima ribera que en las costas de la América Septentrional ocuparon los ingleses, se llamó Virjinia, para lisonjear á la reina Isabel, que mostrándose celosa de conservar la reputacion de virjinidad, logró solo hacer dudosa la suya. En el año 1611 abordaron en ella los ingleses, y los naturales manifestaron bastante sorpresa; pero no dieron muestras de intenciones hostiles. De medio cuerpo abajo estaban cubiertos con pieles de animales, y armados con picas de madera endurecida al fuego, un escudo en el brazo, una coraza de mimbres, y flechas: tenian un rey y reconocian una clase de nobles. Los

dos secsos se pintaban la cara y el cuerpo; sus adornos consistian en collares de conchas, perlas, patitas de pájaros, segun la riqueza y vanidad. Tanto hombres como mujeres tenian hermosa talla y regulares facciones, aunque algo morenos. Las mujeres se cubrian mas que los hombres; las doncellas se adornaban mas que las casadas y cuidaban de llevar el cabello trenzado con gracia. Las casadas se le cortaban por la frente y se ponian una especie de rosario á manera de corona. Los sacerdotes y los ancianos vestian pieles mas finas, y ostentaban su vanidad en llevar arrastrando la cola de un animal como divisa de distincion.

Ademas de los sacerdotes tenian adivinos y hechiceros á quienes daban mucho crédito. Tanto hombres como mujeres llevaban grabados en la espalda unos caractéres que indicaban el lugar y el tiempo en que habian nacido, su familia, su dignidad, y á qué príncipe pertenecian. La soberania tenia por divisa cuatro flechas. Como no conocian el hierro, suplian su falta con piedras y conchas que aguzaban y ponian muy cortantes.

Si atendemos á la sencillez de sus instrumentos, nos admiraremos al ver las obras que hacian con ellos: derribaban los troncos mas gruesos, que ahuecaban con el fuego, y hacian de este modo canoas que manejaban con mucha destreza. Asaban la carne en parrillas de madera sin que se quemasen, porque las manejaban en la lumbre de un modo admirable. Sus guisados, en que mezclaban raices, pescados y carne, hubieran sabido bien á los que no estuviesen acostumbrados á la sal y especias. Eran diestros pescadores con caña, flecha y cestos, adelantando cada uno sobre las invenciones de los otros. Con su sobriedad vivian los virjinios en lo jeneral largo tiempo. En el dia se advierten en aquellos paises casi las mismas prácticas que cuando se descubrieron.

Su mayor diversion consiste en reunirse los dos secsos al rededor de una grande hoguera, y meneando unas calabazas llenas de priedrecitas, hacer un ruido espantoso y ahullar canciones: esta fiesta se ejecuta regularmente cuando vuelven de alguna espedicion feliz. Celebran tambien otra cuyo orijen se ignora: en un tiempo señalado acuden todos aun de muy lejos: los hombres se van colocan-

do alrededor de un círculo que forman las mujeres; estas tienen en medio á las tres doncellas mas hermosas agarradas de la mano en una actitud graciosa, y marcan con los pies el compas que ha de seguir la danza: estas juntas acaban regularmente en un convite jeneral.

Construyen sus casas con unas estacas clavadas en el suelo y cubiertas con esteras; al lado tienen sus huertos cercados con empalizadas, y este conjunto de chozas forma aldeas y lugares de mucha estension. En medio de ellas fabrican siempre una cabaña mas alta y de estera mas fina que les sirve de templo; pero la idea que se han formado de la divinidad se limita á la que tienen de sus ídolos hechos de madera, y tan feos que parece haberlos formado á propósito para infundir terror. Solos los sacerdotes guardan á los muertos, y oran contínuamente por ellos. Sus habitaciones son los sepulcros, los cuales consisten en unos poyos de nueve pies de alto, y en ellos tienden á los cadáveres descarnados, tan prolijamente cubiertos con la piel, que apenas se advierte que les han quitado la carne. Su principal cultivo es el del tabaco y el maiz, y cada uno tiene su campo separado. No está en uso entre ellos la poligamia, y el sitio donde celebran sus matrimonios es lugar sagrado.

Estas costumbres de los virjinios son jenerales á todas aquellas naciones setentrionales sobre muy corta diferencia, que indicarémos cuando se hable de ellas. La llegada de los ingleses á aquellos paises fué por la emigracion que hubo á causa de los alborotos y guerras civiles del tiempo de Cárlos I: su primera ocupacion fué la agricultura, por lo cual les dieron el nombre de plantadores, que conservan, y que indica los primeros propietarios de aquella colonia. Los salvajes á quienes hicieron retirar insensiblemente los nuevos colonos, cedieron despues de haber defendido sus propiedades antiguas algunas veces. No hallando trabajadores para el cultivo de las tierras, hicieron llevar negros, y con estos sacaron de sus labores un sobrante que enviaban á la metrópoli, con la que por los lazos del parentesco y amistad sostuvieron una buena correspondencia, estableciendo un comercio lucrativo, que aunque menos brillante era mas seguro que el del oro, porque los comestibles importan mas que el lujo. Estos colonos

formaron al principio sus leyes; pero ocurriendo disensiones por la diversidad de pareceres, vinieron á caer en los mismos alborotos de que habian huido. Unos quedaron afectos á la autoridad real, por mas que parecia haberse abatido por la muerte de Carlos I; otros se declararon por la república y por su protector Cromwel.

Estas disensiones, con los ataques de los naturales que se aprovecharon de ellas, pusieron muchas veces en gran peligro á la colonia. Ardian en guerra furiosa sin darse cuartel unos á otros; y aunque los ingleses eran mas fuertes que los americanos por las armas y destreza militar, perdian considerablemente en la destruccion de sus campos, que formaban su riqueza. Pretendieron con la mayor dilijencia unas treguas con la espresa condicion de que los salvajes se retirasen mas adentro, y de este modo sacaban ventajas de la misma guerra.

Cuando conoció el rey de Inglaterra que la colonia era ya una importante alhaja, nombró un gobernador, y como era destino lucrativo le solicitaron los principales señores, quienes procuraron sacar ganancia sin trabajo, quedándose en la córte y enviando á aquel destino un teniente. Los colonos se quejaron y se les respondió: «que conociesen sus intereses, pues era mejor para ellos tener cerca del rey y de los ministros un protector permanente, mucho mas cuando tenian á su lado un teniente que le supliese.» Tuvieron precision de sujetarse á estas proposiciones; pero desde entonces hubo casi siempre en Virjinia una semilla de descontento, y un motivo de division entre la colonia y la metrópoli.

Mariland. — Este pais es vecino de la Virjinia, y siempre ha gozado de bastante tranquilidad. La colonia de Nueva-York, en donde se halla Long-island y otras muchas islas, ha dado en todos tiempos que hacer á la metrópoli para poder arreglar en ella su gobierno: por esta razon se vió precisada á mudar y renovar sus privilejios. La Nueva-Jersey fué en su orijen el asilo de todos los disidentes, tanto católicos como cuákeros: está situada en ella la famosa ciudad de Boston, cuna de la libertad de los anglo-americanos.

Nueva-inglaterra.—Está situada al N. de la Virjinia cerca del Canadá: la empezaron á frecuentar los ingleses en el año

de 1606, en el reinado de Jacobo I; pero no se aseguraron de ella hasta el de 1720. Las discusiones en punto de relijion han sido allí mas vivas y animadas que en casi todas las demas colonias inglesas de América. Se retiraron á la Nueva-Inglaterra muchos puritanos despues de la muerte de Cromwel, y con sus ideas de mayor perfeccion llegaron á la intolerancia; por esta causa principió entre ellos mismos una cruel division; se acaloraron los espiritus, y la enemistad se estendió hasta las mujeres, quienes arrastraron á sus maridos, y juntaron una especie de senado. Los que no se convinieron con las decisiones de este, se retiraron á Rhode-island, la poblaron, cultivaron sus campos, y establecieron en ella un comercio considerable: de este modo una de las mas bellas colonias inglesas se hizo floreciente á costa de las de disensiones en punto de relijion. En la Nueva-Inglaterra han sido mas sanguinarios los errores que la defensa de la verdad entre los católicos. No se encuentran razones políticas para que proscribiesen en aquel pais á los cuákeros, como no fuese el temor de que se les atreviese un negociante mas industrioso, ú otros motivos semejantes. No hubo mas que un odio verdadero de la falsa teolojía, y asi en la ley que se publicó sobre esta materia se ve la causa porque les hicieron padecer una sangrienta persecucion. Esta ley dice: «A todo cuákero á quien por primera vez despues de haberle desterrado se vea en la Nueva-Inglaterra, se le condenará á cortarle una oreja y ponerle en la casa de correccion, aplicándole á duros y penosos trabajos, hasta que se le pueda embarcar á su costa. La segunda vez se le cortará la otra oreja, y se le encerrará igualmente: si es mujer se la darán crueles azotes, y se la enviará á la casa de correccion. La tercera vez á hombres y á mujeres se les pasará la lengua con un hierro ardiendo, y se les encerrará hasta embarcarlos á su costa.»

No pasmará que los fanáticos sean al mismo tiempo crueles: lo que sí admirará es que estos mismos hayan creido en hechicerias; pero entre los perseguidores se ven un gobernador, unos ministros y unos majistrados puritanos, que autorizaban los tormentos mas crueles, para hacer que las infelices y débiles mujeres confesasen que habian hechizado á otras. Sobre la de-

posicion de los espíritus ahorcaron á muchos; y hubo jueces que no pudiendo tolerar estas sangrientas escenas, é intentando separarse de su ministerio, fueron acusados como cómplices, y tuvieron que huir para salvarse. Acusaron á un hermano de uno de ellos sobre haber atravesado por el aire montado en su perro para ir á una brujería; estaba ya condenado, y le costó mucho evadirse de la muerte; mas á su perro le quitaron la vida. Si no importase que los hombres encuentren en la historia ejemplares que les inspiren horror á las persecuciones, pasaríamos en silencio las noticias de estas bárbaras demencias; pero convendrá saber que casi doscientas personas fueron acusadas de los delitos referidos, que de estas encarcelaron ciento cincuenta, que fueron condenadas á muerte veintiocho, y que en veinte se verificó la ejecucion.

Carolina, Jeorjia y Pensilvania.—Las dos primeras colonias tomaron el nombre de los reyes Cárlos y Jorje: la Pensilvania le tomó de Guillermo Pen, que fué su primer propietario. Estas tres provincias que forman cuatro, porque la Carolina se divide en dos, se hallan situadas en el clima mas hermoso, ricas con todos los bienes y producciones de la naturaleza; y aunque son las últimas que empezaron á habitar los europeos, se han poblado prodijiosamente en muy poco tiempo por la concurrencia de estranjeros de todos los cultos, sectas y relijiones, que en ellas han sido recibidos, como son franceses, alemanes, holandeses, suecos, dinamarqueses, ingleses é irlandeses.

Guillermo Pen era de una distinguida familia: en tiempo de Cromwel fué almirante de Inglaterra, y reinando Cárlos II fué igualmente apreciado de este rey, y empleado por él. Consiguió grandes posesiones en los confines de la Carolina; las aumentó mas con las que compró á los indios, y recibió en ellas á todos cuantos le pidieron tierras: era este anciano almirante de la secta de los independientes, educó á su hijo en sus mismos principios, disponiéndole de este modo á adoptar la secta de los cuákeros, que son los mas independientes y tolerantes. Viéndose el jóven Pen dueño de la dilatada herencia de su padre, franqueó del mismo modo que él sus tierras á todos los no conformistas. Los cuákeros, que se habian hecho odiosos por su obstinada cos-

tumbre de tutear á todos, de no saludar á nadie y de no vestirse del mismo modo que los otros, acudieron en tropel, y vivieron gustosos en un pais en que cada uno podia obrar libremente, hablar y rezar segun le acomodase. Tanto ellos como los otros que habian concurrido, encontraron allí un suelo sumamente favorable; y prosperaron tanto, que la colonia que habia principiado en el año 1618 con solas dos mil personas conducidas por Guillermo Pen, ascendió ya á una poblacion de trescientas mil almas en el año 1748.

El amor á la libertad condujo tambien á Pensilvania unos sectarios llamados *Hermanos Moravos*, porque se formó su secta en la Moravia, y perseguidos allí se habian refujiado á Inglaterra, donde no eran mejor vistos que los cuákeros. Muchos pasaron á la América, y advirtiendo en ellos los pensilvanos bastante conformidad con sus principios, los admitieron gustosos, y sucesivamente fueron hasta unos mil quinientos.

A unas doce leguas de Filadelfia vivia un ermitaño aleman que habia colocado su ermita en el sitio acaso mas delicioso del mundo, entre dos montañas que la abrigaban de todos los temporales, y en la orilla de un hermoso rio con vistas muy agradables. Los moravos se acercaron á aquel retiro, y encantados de la vida sencilla que hacia su compatriota, de su amor al trabajo que le socorria sus necesidades, y de su devota conversacion, se resolvieron á vivir en su compañía é imitarle en sus virtudes. Alrededor de la vivienda del ermitaño se fué formando una ciudad que llamaron Efrata. En ella se hacen todos los ejercicios de relijion y del trabajo en la misma forma que en el claustro. Todos los habitantes llevan las utilidades de sus industrias respectivas al tesoro comun, y de este depósito se van proveyendo de todo lo necesario para su sustento. Cada uno tiene su casa con una piececita para la meditacion, y para recibir, como ellos dicen, inspiraciones del espíritu. Llaman á estos ermitaños dúnkaros. A los jóvenes, cuando se casan, les dan cierta porcion de tierra, y todo lo necesario para establecerse en su casa. Apenas se separan aquellos habitantes de Efrata, adonde envian á sus hijos para que reciban su educacion: usan un traje largo de sarga blanca ó de lienzo con una capucha pegada á la túnica, que se ciñen con un

cinturon de lo mismo, debajo de la cual usan calzones los hombres, y las mujeres enaguas. Dicen los dúnkaros que los cristianos perfectos no deben comer carne, y así se alimentan de solos vejetales, cuya sobriedad los tiene muy flacos. Cuidan muy poco del aseo, dejan crecer el cabello y la barba, y esto les da un aspecto asqueroso; pero su hombría de bien les hace muy tratables. Duermen sobre las tarimas, sin mas almohada que un saquito de lana. Estos hombres forman un pueblo ascético, y tienen en su territorio cuanto necesitan para su sustento: molinos de harina y aceite, fábrica de papel y aun imprenta, y todo lo trabajan por sí mismos. Las mujeres escriben bien, y muchas de ellas pintan y adornan sus viviendas. Tienen sus iglesias con el mayor primor y aseo, y entre ellos hay hombres de bastantes conocimientos en las ciencias. El bautismo se administra por inmersion solamente á los adultos. Estos hombres reprenden la violencia, aun cuando la dicte la defensa natural: dicen que es mejor dejarse engañar y despojar que tener pleitos, y guardan muy esactamente los sábados. Tanto los hombres como las mujeres predican en las iglesias sin otro requisito que levantarse y hablar; por lo regular se dirijen todas sus esortaciones á la práctica de la caridad, la humildad, la templanza y otras virtudes. Niegan la eternidad de las penas de la otra vida, y aunque dicen que las hay, suponen que son de una duracion limitada para los que no creen en Jesucristo; y que para que todos puedan participar de la felicidad eterna, se ocupan las almas de los cristianos muertos en convertir las de los infieles que no tuvieron medios de conocer el Evanjelio. Los dúnkaros admiran con su vida piadosa, con la paz, concordia y afecto recíproco que observan entre sí, y todos son testigos de sus virtudes; porque ejercen la hospitalidad con un cariño y amor singular, sin que por ella puedan recibir paga alguna, porque se lo prohiben sus reglas.

Luisiana y la Florida. — Si los franceses recordasen los trabajos que sufrieron sus antepasados, la mucha sangre que ha costado la adquisicion de algunos rincones de tierra en la Luisiana, y sostenerse en ellos, se alegrian de la determinacion del gobierno francés de abandonar tan desgraciada colonia. Desde el año 1560 en que en-

traron allí, apenas habrá habido un dia en que no hayan tenido contiendas con los salvajes, y mas crueles con los españoles y los ingleses que disputaban esta posesion: lo mismo ha sucedido con parte de la Florida que adquirieron con tanta sangre y trabajos; pero al fin las abandonaron á los ingleses y españoles.

Cuando los franceses fortificaron estas colonias era su objeto reducir las posesiones inglesas alrededor de los grandes lagos que estan entre los dos rios Missisipí y San Lorenzo, proporcionándose ellos una especie de dominacion sobre el golfo de Méjico por la Luisiana y la Florida; y estando así limítrofes de los ingleses y españoles tener entre ambas potencias la balanza. Los franceses cedieron estas dos colonias cuando tenian ya subyugados á sus habitantes, y cuando casi los habian destruido á todos, con particularidad á los natches que son los mas bárbaros.

Se cree que estos vastos paises se estienden por el N. hasta el Asia, si no por tierras contiguas, á lo menos por islas, y todos sus habitantes tienen un mismo orijen. Sus idiomas, aunque diferentes, tienen mucha semejanza entre sí, lo mismo que sus costumbres: su crueldad con los prisioneros es la misma, porque los atormentan y los comen. En lo jeneral son bien formados; sus mujeres paren con tanta facilidad que no se meten en la cama hasta haber ido á lavar por sí mismas sus niños en el rio, aunque sea preciso romper el hielo. Nacen blancos, y con las frecuentes unturas los ponen de color de cobre: dicen que es preciso untarse para endurecer la piel contra las picaduras de los mosquitos, y hacerse ájiles. Todos los dias se bañan aun en el tiempo de mayor frio, y las doncellas nadan lo mismo que los muchachos. Las mujeres cuidan del gobierno de las casas; los hombres se ocupan en la pesca, en la caza, en cultivar las tierras y edificar; para todo esto se unen recíprocamente y lo toman por diversion. Los niños de ambos secsos se acostumbran desde su tierna edad á llevar cargas, cuyo peso se les va aumentando á proporcion que sus fuerzas van creciendo, y asi cuando estan en su mayor vigor pasma el peso que cargan. Los ancianos son los depositarios de

sus tradiciones sin comunicarlas á los jóvenes, y aun entre los hombres de crecida edad solo admiten al conocimiento de las antiguas palabras á los que han dado pruebas de buen juicio y prudencia. Tienen idea de un Ser supremo y le llaman el *Grande Espíritu*, el cual tiene á sus órdenes otros espíritus prontos para ejecutar sus mandatos. Suponen que el aire está poblado de otros espíritus dañosos, y los invocan para evitar su malevolencia, les hacen ofrendas, y en su honor se imponen penosos ayunos, en cuyo largo tiempo se separan de sus mujeres. En muchos parajes no tienen ídolos en los templos, pero mantienen vivo el fuego, con ciertos ritos y ceremonias que manifiestan mirarle como sagrado. En aquellos paises todos los hombres son sacerdotes y médicos: se repara poco en la familiaridad de los dos secsos como las solteras no tengan hijos, y asi son muy hábiles en procurar el aborto. Con sus galanterías ganan el dote, mas una vez casadas, cesan los amores inconstantes y adoptan la fidelidad. La poligamia y el divorcio son muy raros. Las ceremonias con que se celebran los casamientos tienen una sencillez que enternece: los dos mas ancianos de las familias de los contrayentes acercan á estos delante de sí, y les hacen un discurso sobre las mútuas obligaciones del matrimonio; traen los regalos, y el novio dice á la doncella: «¿Quieres recibirme por tu esposo?» Y ella responde: «Con todo mi corazon: ámame tanto como te amo, pues yo no amaré á otro hombre jamás.» El jóven la hace su presente, diciendo: «Yo te amo y te tomo por mujer; aquí está lo que doy para comprarte.» Entonces se pone él sobre su oreja izquierda una pluma de ave y una ramita de encina, para dar á entender que está dispuesto á recorrer los bosques con la prontitud de un pájaro para proveer de alimento á su mujer é hijos. En la mano derecha pone un arco y flechas, simbolizando el empeño en que está de defenderla. La novia tiene en una mano una rama de laurel y en la otra una espiga de maiz que la da su madre, con cuyos emblemas significa que siempre será afable y aseada, y que tendrá cuidado de preparar la comida para su marido. El jóven la presenta la mano derecha, dicien-

do: «Yo soy tu marido;» y ella contesta: «Yo soy tu mujer.» Todos los concurrentes se dan las manos, y lo mismo hace la novia con los parientes de su marido en señal de la union de ambas familias. El esposo á presencia de todos los concurrentes muestra á su esposa la cama, y la dice: «Mira nuestra cama: mantenla en buen estado, y cuidado con profanarla jamás.» Todo aquel dia se pasa en convites, danzas y regocijo. Por lo jeneral en aquellos paises tratan á las mujecon amor y estimacion, pues tienen voto en la sociedad. Los salvajes estan divididos en tribus cuyos nombres son infinitos, y por los mismo es casi imposible individualizarlos, asi como sus costumbres, pues cada una las tiene diferentes y con muchas estravagancias. Unas tienen reyes hereditarios, otras electivos, otras simples jefes encargados de la guerra y de la policía, y las mismas mujeres desempeñan en algunas partes tales empleos. Esta mezcla se encuentra entre los natches, que es una de las naciones mas poderosas entre todas las que ocupan la Luisiana y la Florida.

Dicen los que han vivido entre ellos que el jefe principal se llama *Sol*, como entre los hurones y otros diferentes. Este jefe tiene derecho de vida y de muerte; y cuando los súbditos se acercan á él ó se retiran, tienen que saludarle tres veces con un ahullido sin volver las espaldas. Lo mejor de la caza, de la pesca, y del botin en las guerras, debe presentársele al jefe. Al salir el sol sale el jefe á la puerta de la cabaña, y cuando le vé se postra en tierra y ahulla tres veces con mucho respeto; le presentan una pipa, envia al sol las tres primeras fumadas, y otras tres las dirije al Norte, al Poniente y al Mediodia. No conoce mas superior que al sol, y supone que trae su orijen de él. Cuando muere el principal jefe ó la mujer jefe, tienen que seguirlos al sepulcro todos sus criados, y esto lo miran como un gran honor, sin que se ecsima de él el marido de la mujer jefe, pues es costumbre que el hijo primojénito le ahogue con un cordel. Forman una especie de trono sobre el cual colocan los dos cadáveres, y la primera ofrenda es doce niños que sus mismos padres y madres deben ahogar por sus propias manos. Sigue una proce-

sion fúnebre que afecta alegría; enmedio de ella van catorce personas de ambos secsos sacrificadas á la muerte, y deben tambien aparentar contento. Cada una lleva en el cuello un cordel, y los dos estremos van en manos de dos hombres cada uno á su lado. Entretanto que colocan en la sepultura á los dos reales cadáveres se van despojando de sus vestiduras las víctimas, entonan los parientes una cancion, y á esta señal las hogan á un mismo tiempo, y arrojándolas en el hoyo le llenan al instante de tierra.

Entre los natches solo al jefe principal se permite la poligamia. Las doncellas de las familias nobles, que se llaman *hijas del sol*, no se casan sino con hombres de la plebe; mas esta honra cuesta á los infelices bien cara, porque si son infieles pueden ellas quitarles la vida; y aunque estas tomen cuantos amantes quieran no puede quejarse el marido, quien tiene que observar con ellas un continente respetuoso, sin comer jamas á su mesa; de modo que todo el privilejio de que gozan estos maridos, es estar esentos del trabajo y tener alguna autoridad sobre los criados.

El alma se estremece al pensar los terribles tormentos que estas bárbaras naciones, por una costumbre jeneral, hacen sufrir á sus prisioneros de guerra, y al mismo tiempo admira la insensibilidad que manifiestan las infelices víctimas en los tormentos, sin que puedan quejarse, porque esta debilidad les deshonraria á ellos y á toda su nacion.

Los españoles fueron los primeros que en los años 1511 al 1691 descubrieron y consideraron como propiedades suyas todos los teritorios al E. y al N. de Nuevo-Méjico, hasta el Missisipí y el Misuri. La Francia y la Inglaterra comenzaron á principios del siglo XVII á imitar á los españoles en sus empresas de descubrimientos: las espediciones francesas penetraron en el Canadá por el rio San Lorenzo, y los ingleses por diferentes puntos de las costas del Atlántico: de aquí nacen las bases en que estas dos naciones fundaron y estendieron sus establecimientos respectivos. El francés Juan Vivar habia penetrado á fines del siglo anterior con alguna jente en la Florida, y construyó el fuerte de Charlés-le-Font; pero todos fueron hechos prisioneros por el

gobernador español D. Pedro Melendez de Avilés. Otro francés llamado Renato de Laudonnier construyó en la costa de la Florida (1564) un fuerte que nombró Carolina, cerca de donde hoy ecsiste Panzacola, y fué derrotado del mismo modo por los españoles.

En el año 1684 se desgració una espedicion de cuatro buques encargada á Lasalle para reconocer las bocas del Missisipí, habiéndose él salvado en la bahía de San Bernardo. Los españoles le tomaron dos buques, otro se perdió en la bahía, y el cuarto pudo regresar á Francia. Lasalle, que se quedó en tierra con alguna jente y diez piezas de artillería, construyó un pequeño fuerte para defenderse de los indios; pero fué asesinado por su misma jente, y los indios pasaron á cuchillo la corta guarnicion que quedaba en la fortaleza.

El virey de Méjico envió una espedicion al mando de Antonio de Leon para limpiar aquel pais de estranjeros, y cuando en 22 de abril de 1689 llegó al fuerte de San Luis, halló que no ecsistia vestijio alguno de ellos.

El primer punto que los franceses pisaron en la Luisiana fué la bahía de Bilocsi, treinta leguas al E. del Missisipí, en el año 1699; despues se establecieron en la Movila, que hicieron capital de su nueva colonia, en donde formaron chozas á la izquierda del Missisipí, y este fué el orijen de la Nueva-Orleans; mas esta fundacion fué por tolerancia de los españoles en razon de las íntimas relaciones y alianza que unia á la Francia y España. Despues muchos franceses que vivian entre los illineses bajaron á Bilocsi y Movila, y á la derecha del pequeño rio Kaskaskias fundaron la villa del mismo nombre, viviendo independientes hasta que la compañia de la Luisiana envió tropas para contenerlos. Aumentados así los franceses, fundaron sucesivamente á Chartres y Santa Jenoveva á la derecha del Missisipí hasta el Iberville, cuyo principal puerto es el de Natches.

Por el tratado de 1763 se concedió á la Inglaterra la parte situada al E. del Missisipí: por el de 1764 adquirió España la del O., y en el de 1783 se le agregó la del E., quedando de este modo dueña de toda la Luisiana segun los límites antiguos: en este estado la retrocedió á la Francia por el tratado de San Ildefonso del año 1800, y esta

nacion la vendió á los anglo-americanos que la poseen en la actualidad.

Por el mismo tratado de 1763 se cedió la Florida á los ingleses en cambio de la Habana, que habian tomado á los españoles: los nuevos poseedores la dividieron en Oriental y Occidental, fundando la línea divisoria en el Apalachicola. Mientras duró la guerra de América volvió á reconquistar España ambas Floridas, que le fueron confirmadas por la paz que se ajustó en el año 1783.

En el de 1818 se apoderaron de ellas los anglo-americanos bajo el pretesto de que la España no contenia á los indios bravos, quienes les causaban muchos daños en sus provincias limítrofes, y á cuyo enemigo protejian y ausiliaban las mismas autoridades en contradiccion de los tratados entonces vijentes; pero prometieron devolverlas cuando el gobierno español pusiese fuerzas para contener á los indios bárbaros. De este principio resultó el tratado que celebró España con los Estados-Unidos en 22 de febrero de 1819, segun tenemos ya indicado.

Goatemala.—El estado de Goatemala, perteneciente á la corona de España desde su descubrimiento y conquista, fué siempre una provincia dependiente del vireinato de Méjico ó Nueva-España; y como desde la invasion de Napoleon se constituyó, como otras provincias españolas, en república independiente, referiremos su historia moderna segun se halla al presente. El nombre Goatemala proviene de la voz quanthemallan, con la cual los antiguos indios nombraban este pais, cuyos límites por el S. E. son la provincia de Veragua: por el N. y N. E. la provincia de Chiapa, Tabasco, Yucatan, y el Atlántico: por el O. la de Oajaca, y por el S. y S. O. el mar pacífico. De N. á S. tiene de estension ciento treinta y dos leguas; de E. á O. doscientas treinta y cinco, y de superficie veinticinco mil, con dos millones de habitantes.

Su clima es vario: en unos parajes el calor es escesivo, en otros mas templado; las copiosas lluvias, vientos y tempestades le hacen regularmente húmedo, con especialidad en la provincia de Vera-Paz: el permanente verdor de toda clase de plantas, la amenidad de sus valles, sus muchos rios y su ventajosa localidad hacen sumamente agradable y placente-

ro este pais; pero su clima no es saludable. Produce escelente cacao, el mas especial en Soconusco: maiz de un buen gusto que da trescientos por uno, judías, arroz, plátanos, guacamotas, patatas, garbanzos, camotes, yames, aguacates, chile ó pimiento, verduras de todas clases, sandias, melones, culniquitos, naranjas, cidras, limones, dátiles, nueces, higos, jicamas y otras inumerables frutas, azúcar, canela, café, tabaco, especias, granos y drogas medicinales, añil y algodon. Entre un sin número de árboles son los mas curiosos los seibas, cedros, cipreses, caoba, el guachacar, el quiebracho, el guachipilin, el zapote, el cortes, palo amarillo, de campeche, de Brasil, la encina y otros muchos. Entre una infinidad de plantas son las mas notables las cañas que se crian en la provincia de Vera-Paz, que tienen cien pies de largo, contienen de nudo á nudo una arroba de agua, y sirven tambien de maderos para algunas casas. Las minas son abundantes en Goatemala, particularmente dos muy célebres y productivas de plata en el distrito de Tegucigalpa en la provincia de Honduras. En la de Quesaltenango las hay de alumbre y azufre muy fino, del cual hicieron los españoles pólvora en tiempo de la conquista.

Se esportan de Goatemala entre otros muchos artículos sal, perlas, coral, carey, concha, nácar, hilo morado, pita, mechas, cal, piedra canteada, hierro, acero, cobre, plomo, lana, cueros curtidos, pólvora, salitre, azufre, telas ordinarias, sombreros de palma, muebles y enseres de casa, sillas de montar, instrumentos músicos de todas clases, primorosas flores de mano, cigarros puros, pajitas, y últimamente oro y plata con otros artículos, cuyo total producto se calcula aprocsimadamente en unos cincuenta y dos millones de pesos fuertes anualmente. La multitud de artículos que produce esta provincia da una grandiosa idea de su activa industria y de su próspero comercio.

Este pais fué conquistado por el estremeño Cristóbal de Olid, uno de los capitanes de Hernan-Cortés, que despues de haberse distinguido en la conquista de Mejico se rebeló contra su jefe, y murió alevosamente por mano de sus soldados, que se hallaban cansados ya de sus escesos y tropelías.

El establecimiento que los

ingleses formaron antiguamente en la bahía de Honduras, á la estremidad oriental de la provincia de Yucatan, para cortar el palo de tinte, fué causa de muchas contiendas entre las córtes de Madrid y Lóndres; pero despues fueron arrojados de aquel paraje por los españoles, y se volvieron á fortificar en Honduras, manteniéndose allí á fuerza de armas, de lo que resultó que se acojieron en aquel punto gavillas de ladrones y malhechores de la Jamaica, Martinica, Curazao y otras islas, hasta que el año 1722 fueron destruidas doce de sus embarcaciones por cinco fragatas españolas, cuyas tripulaciones pasaron á cuchillo á los nuevos pobladores, y arruinaron todos sus establecimientos.

Algunos años despues concedió el rey de España á otros especuladores de aquella nacion el permiso para establecerse en ciertos límites bajo las debidas garantías, los cuales se han ido intrusando insensiblemente, y ocupan ya toda la costa oriental de Yucatan hasta la embocadura del rio Escondido, por espacio de setenta leguas, habiéndose tambien posesionado de las islas de Santa Catalina, la grande y pequeña Manglo, con otras contiguas á aquel continente.

Cuando Itúrbide proclamó la independencia en Méjico, le imitaron los de Goatemala, y cuando subió al trono imperial se agregaron las provincias de aquel estado á su mando sin la menor repugnancia. Itúrbide les mostró su particular deferencia tratándolos con afabilidad: para cimentar aquella union: confirió los empleos de consideracion y confianza á las personas que tenian mas influencia en el pais, y con particularidad al republicano Valle, al marques de Aicinena y algunos otros. Cuando el emperador se vió precisado á abdicar la corona, se separó Goatemala del gobierno republicano central que habian sustituido al imperial, y se erijió por sí misma en república independiente, contando con los ausilios de Valle y Aicinena; pero con la condicion tácita en muchas de sus provincias, y aun espresa en algunas, de que si volviese Itúrbide á ser repuesto en el trono de Méjico, se reservaban la libertad de someterse á su gobierno en el caso de que les conviniese.

Con la muerte violenta de este caudillo, se fomentó mas el sistema republicano que rije, sin embargo de las ideas que

muchos manifiestan, aunque con reserva, al monárquico.

El gobierno actual de Goatemala es republicano-democrático-federal, dividido en tres poderes. El lejislativo lo ejerce el senado, el congreso y los particulares de los estados: el ejecutivo está encargado al presidente, y el judicial á los tribunales. Se reputan por goatemalos los hijos de empleados en el servicio público en pais estranjero, los españoles y forasteros establecidos en el territorio al tiempo de proclamarse la independencia, siempre que la hubiesen jurado, los estranjeros á los cinco años de vecindad, y el que obtuviese carta de naturaleza, la cual se concede por grandes servicios hechos á la república. La constitucion de Goatemala proclama la soberanía nacional, garantiza la libertad civil, la propiedad y demas derechos, é impone iguales deberes que la de Méjico; el ser justos y benéficos, amar la patria, obedecer las leyes y majistrados, contribuir con sus bienes para los gastos públicos, y defender á la nacion. Esta constitucion declara que el pais es asilo de todo estranjero, y patria de quien quiera servir en ella: por cada treinta mil almas se nombra un diputado; y para obtener este cargo, debe contar veintitres años cumplidos y cinco de ejercicio en el derecho de ciudadano, con otros requisitos. Los empleados del gobierno no pueden ser elejidos por la provincia donde ejercen su encargo. El nombramiento de diputados se hace en juntas populares de distrito y departamento, nombrando un elector parroquial por cada doscientos cincuenta habitantes, y por cada diez de los parroquiales uno de partido. Cada año se renueva la mitad de los diputados: en las juntas de departamento se elijen dos senadores por cada estado, y se renuevan por tercios: para obtener este cargo han de tener la edad de treinta años, y siete de ciudadanía con otros requisitos, sin que pueda ser admitido por cada estado mas que un individuo del ramo eclesiástico en clase de senador. Las atribuciones principales de estos son velar sobre la observancia de la constitucion, sancionar las determinaciones del congreso, ausiliar con sus consejos al poder ejecutivo, proponer ternas para los destinos principales, y convocar el congreso en casos estraordinarios. El ejército de esta república consiste en unos treinta mil hombres; ademas tiene vein-

te mil de milicias disciplinadas. Su marina es de un bergantin, seis goletas y treinta guarda-costas. En Goatemala no se han visto los horrores cometidos en otros paises de América, porque su constitucion, lejos de perseguir á los estranjeros, les dá asilo y partido si quieren alistarse bajo las banderas de la patria; y los españoles, contra quienes se han pronunciado hostilmente los republicanos, no han sufrido en Goatemala la menor molestia.

Algunos creen que la poblacion de Goatemala sube á tres millones de almas, pero sin fundamento; pues aun de los dos millones señalados debe rebajarse la parte de Chiapa por pertenecer á los mejicanos.

Las divisiones establecidas por los independientes, son cinco: Goatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa-rica.

Division y poblacion de la república de Goatemala, segun el censo de 1814.

ROVINCIAS.	HABITANTES.
Chimaltenango.	600,000
Solota.	
Totonicapan.	
Vera-Paz.	
San Salvador.	310,000
Honduras.	250,000
S. Leon de Nicaragua.	300,000
Chiapa.	160,000
Costa-rica.	150,000
Chiquimula.	100,000
Quaseltenango.	100,000
Puertos de Trujillo, Omea, Dulce y Presidio del Peten. . . .	30,000
Total.	2.000,000

FIN DEL TOMO TRIJESIMOTERCERO.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

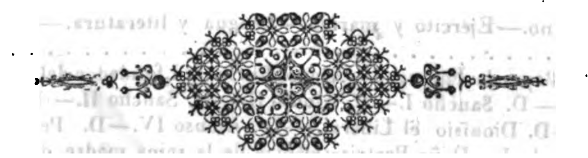
CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

LIBRO DECIMOCUARTO.

HISTORIA DE PORTUGAL.

LIBRO DECIMOQUINTO.

HISTORIA DE AMERICA.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XXXIV.

HISTORIA
UNIVERSAL
ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, LISTA, etc.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCION

DE R. CAMPUZANO.

MADRID:
Imprenta de D. R. Campuzano, Carrera de S. Francisco, núm. 8.
1845.

Se hallará en Madrid, calle de la Gorguera, núm. 7.

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.

CAPITULO III.

América Meridional.—Perú.—Descubrimiento y conquista.—Manco-Capac, primer emperador del Perú.—Sinchi-Roca.—Llogue-Yupanqui.—Maita-Capac.—Capac-Yupanqui. — Inca-Roca. — Yahuar-Huacac. — Inca-Ripa.—Inca-Urco.—Pachacutec.—Inca-Yupanqui. — Tupac-Yupanqui. — Huaina-Capac.—Huarcar-Inca.—Athahuallpa. — Manco-Capac II. — Sangrientas desavenencias entre los españoles.—República de Colombia.—Nueva-Granada.—Cartajena y Santa-Marta.—Quito.—Guayaquil.

AMERICA MERIDIONAL.

Se estiende desde los 12° 25' latitud N. hasta el Cabo de Hornos en la Tierra del Fuego á los 56° latitud E., hasta el Cabo de San Roque en el Brasil á los 343°. Tiene mil trescientas noventa leguas de N. á S.: de E. á O. novecientas veinte: por la parte del N. son sus límites el mar de las Antillas y el Océano Atlántico Boreal; por la del S. el Archipiélago de Magallanes, y y por la del O. el Océano Pacífico.

Perú.—Todo el gran territorio que se conoce con este nombre, está situado entre los 4 y 25° 40' latitud S., y entre los 297 y 319° 30' lonjitud E.; de N. á S. tiene de estension cuatrocientas treinta y tres leguas; de E. á O. cuatrocientas treinta y cinco, y setenta y cuatro mil ciento cincuenta de superficie, con

un millon cuatrocientas mil almas. Confina por el N. con los estados de Colombia; por el E. con el pais de las Amazonas y la provincia de Matogroso en el Brasil; por la del S. con los estados de la Plata, que hoy se llaman república de Buenos-aires, y por la del O. con el mar Pacífico.

Descubrimiento y conquista. —Casi se habian olvidado ya las noticias y planes que el célebre Vasco Nuñez de Balboa, fundador de la colonia del Darien, habia dado para el descubrimiento del Perú, pais el mas rico y abundante de minerales; ni tampoco se pensaba en tales descubrimentos cuando Francisco Pizarro, oficial subalterno de Balboa, que le habia acompañado en su viaje, y servido con la mayor eficacia, se unió al militar Diego de Almagro y á D. Fernando de Luque, clérigo muy rico de Panamá, y resolvieron formar una sociedad para emprender la conquista de su cuenta y riesgo. Formada esta sociedad quedó á cargo de Luque el suministro de fondos, al de Pizarro la direccion de la empresa, y al de Almagro la provision de víveres y pertrechos. Obtuvieron de Pedro Arias, gobernador del Darien, los correspondientes despachos y autorizacion; equiparon un navío con ciento catorce hombres; y en 14 de noviembre del año 1525 se hizo Pizarro á la vela en Panamá con rumbo á la parte del S.: despues le siguió Diego de Almagro con otro refuerzo, que unido á la jente que habia llevado Pizarro compusieron un total de doscientos cincuenta infantes, sesenta caballos, y doce piezas de artillería: tardaron mucho tiempo en encontrarse, y despues de haber formado sus planes con infinitos trabajos que superaron con el mayor valor y constancia, se dividieron con el objeto de descubrir otros paises á un mismo tiempo; no se alejaron mucho, porque la necesidad de prestarse mútuamente socorros los volvia á juntar de tiempo en tiempo, aunque ya se descubria en ellos como una especie de ambicion y deseo de mandar cada uno por sí solo. Del otro compañero, D. Fernando de Luque, que fué el que suministró los primeros caudales para la empresa, apenas se habla en adelante. En el espacio de tres años no fundaron establecimiento alguno; pero consiguieron el conocimiento necesario para el buen écsito de sus proyectos.

Viendo Pizarro que los fondos estaban ya casi consumidos, determinó pasar á España y presentarse en la córte con su plan para que le suministrasen socorros: aunque fué bien recibido, no logró mas que el título de marqués y el de capitan y gobernador jeneral de todos los paises que los españoles llegasen á sujetar en aquel continente. Reclutó alguna jente y á sus cuatro hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro, y Francisco Martin de Alcántara que le era de madre, cuyos jenios eran tan emprendedores y valientes que le imitaban. Entretanto hacia Almagro reclutas en Panamá, y cuando vió que Pizarro habia obtenido toda la autoridad se resintió; mas este le apaciguó dándole el título de teniente suyo. Volvieron á partir con tres navíos y doscientos sesenta hombres, entre ellos sesesenta de á caballo. Almagro se quedó con la pequeña armada y Pizarro avanzó tierra adentro. La tropa que llevaba eran aventureros poco subordinados; la primera operacion que hicieron fué saquear una ciudad cuyo cacique tuvo que ocultarse, y habiéndole descubierto le llevaron á presencia del comandante, el cual procuró en vano persuadirle que los españoles no habian cometido falta alguna contra las leyes del buen hospedaje. En las muchas correrias que hicieron estas pocas tropas por aquellos paises cojieron algunas esmeraldas, y no conociendo su precio se divirtieron en hacerlas pedazos. Pizarro envió á Diego de Almagro unas muestras del botin que habia cojido, y animado con este cebo pasó á Panamá à reclutar jente para aumentar el pequeño ejército que mandaban, porque era indispensable reforzarse, pues en las correrías que hizo aquel jefe se habia informado bien que le esperaban muchas jentes, que trataban de hacerle resistencia.

Los habitantes del imperio del Perú, eran fanáticos y crédulos, y adoraban al sol; *Manco-Capac* supo aprovecharse con destreza de la superstícion de aquellos naturales y fundó el grande imperio peruano. Les hizo creer que él era descendiente del sol, que por este astro habia sido enviado á la tierra para establecer en ella su culto, asi como para ejercer en su nombre la suprema autoridad. Con esta fábula consiguió engañar facilmente á un pueblo estúpido, someter considerables paises, subyugar con mano armada e-

tros muy estensos, unir y civilizar aquellos pueblos bárbaros y dispersos, subordinarlos á las leyes, acostumbrarlos á las armas, y suavizar sus brutales costumbres con una benéfica relijion; de modo que en toda la América no se encontraba un paraje en donde las artes se cultivasen tan bien, ni los habitantes tuviesen costumbres mas suaves y sociables.

Habiendo consolidado ya su dominacion, estableció las insignias reales, que fueron una faja con tres vueltas alrededor de la cabeza y un fleco encarnado sobre la frente; las orejeras de oro ó dos planchas de figura elíptica que cubrian los oidos; el cetro era una segur de oro ó de piedra en señal de autoridad. Este soberano fué el primero en aquel pais y murió á los cuarenta años, dejando el reino á su hijo primojénito

SANCHI-ROCA: fué el segundo monarca del Perú, reinó veintinueve años, estendió sus dominios hasta unas sesenta millas mas al S. del Cuzco, y por la parte del E. hasta las orillas del rio Culla-huaya, cuyos pueblos subyugó y redujo á su obediencia con mucha dulzura y suavidad, y murió dejando asegurado el trono á su hijo

LLOQUE-YUPANQUI: fué el tercer monarca, sujetó algunos pueblos, otros le rindieron homenaje, y estendió su dominacion por la parte del S. hasta el desaguadero de la laguna Titicaca, y por el O. hasta las montañas ó cordillera de los Andes: este soberano reinó treinta y cuatro años y siete meses.

MAITA-CAPAC, cuarto emperador, heredó los estados de su padre siendo de cincuenta y un años de edad: subyugó la provincia de Tia-Huanaca, redujo á su obediencia á los pueblos del territorio Cocyabiri, y se le sometieron los de Cauquicura, Mallama, Huarina, Cuchuma, Laricaya, Sancavan y Collas, de modo que estendió su imperio por la parte del S. hasta Caracollo y la laguna de Pária, y por el E. hasta las llanuras de Chuqui-Apu: murió despues de un brillante reinado de cuarenta años.

CAPAC-YUPANQUI, quinto emperador, fué hijo primojénito del anterior, y consiguió victorias mucho mas ruidosas é importantes que su padre: fué el primero que hizo una entrada triunfal en el Cuzco, capital de su imperio, despues de haber sujetado á su dominio una multitud de pueblos y provincias, y murió á los cuarenta y un años de reinado.

Inca-Roca, sesto emperador, sometió á su imperio muchos pueblos errantes: fué el primero que estableció escuelas para los príncipes de la sangre real, con la idea de que aprendiesen el arte de los *Quipus*, el cual consistia en unos cordones de diferentes colores con nudos hechos de diversos modos, que eran un equivalente de la escritura, medio único que tenian para comunicar sus noticias: el ministro que conservaba estos quipus en el templo del sol se llamaba Quipucano. Murió Inca-Roca á los cincuenta y un años de reinado.

Yahuar-hucacac, sétimo emperador, desterró á guardar ganado cerca del Cuzco á su hijo primojénito Inca-Ripa, por altivo, inquieto y turbulento. Se dice que este príncipe tuvo una vision de Viracocha-Inca, hermano de Manco-Capac, que le reveló una sublevacion fraguada en las provincias de Chincha-Suyu. Inmediatamente comunicó á su padre este sueño; pero no fué creido hasta que se vió realizado á los tres meses. Atemorizado el débil monarca huyó con su familia á los bosques, y habria finalizado la dinastía de los Incas, si Ripa, puesto al frente de un valiente aunque pequeño ejército, no hubiera derrotado á los rebeldes.

Inca-ripa, octavo emperador, adoptó el nombre de Viracocha-Inca. Cuando subió al trono, que le cedió su padre en premio de sus relevantes servicios, conquistó innumerables pueblos, y le ofreció voluntariamente vasallaje el monarca de Tucuman. Los indios cuentan por tradicion que este emperador fué el que predijo la entrada de los españoles en el Perú.

Inca-urco, noveno emperador, heredó el trono de su padre, y á los once dias fué depuesto por los príncipes y grandes del imperio, remplazándole su hermano menor Titu-Manco-Capac, que despues se llamó

Pachacutec: fué el décimo emperador; engrandeció sus dominios con la conquista de las provincias de Jauja, Tarma, Pumpu, Pisco, Cajamarca, Chincha, Huamanga, Chancay, y otras. Muchas guerras gloriosas que sostuvo le valieron el renombre de conquistador: hizo construir grandes templos y palacios, baños y acueductos: se dice que tuvo trescientos hijos de sus concubinas, ademas de los lejítimos, y que vivió ciento tres años.

Inca-yupanqui, undécimo em-

perador, sucedió á su padre, y le imitó en las empresas guerreras: subyugó á los mojos, á Copiapó y Coquimbo, y llegó hasta el rio Maule y el estado de Chile: construyó la gran fortaleza del Cuzco, y por su clemencia mereció el nombre de *Piadoso*.

Tupac-yupanqui, duodécimo emperador, heredó el trono de su padre, y su reinado fué igualmente glorioso, pues conquistó las provincias de Huarachuca, Chachapuyo, Moyobamba, Cascayunco, Guanuco, Tumipampa y otras varias, y últimamente proyectó la conquista del reino de Quito.

Huayna-capac, decimotercio emperador, siguiendo el ejemplo de su padre conquistó á Quito, subyugó muchos pueblos y naciones aguerridas, castigó cruelmente á los rebeldes carangües, degollando muchos miles de ellos en una laguna que por este suceso le quedó el nombre de *Yaguar-Cocha*, que significa lago de sangre. Se dice que estando este emperador en su palacio de Tumipampa, tuvo la primera noticia de haber llegado los españoles á las costas de su imperio, y que murió poco despues, dejando por heredero del Perú á su primojénito Inti-Cussi-Huallpa ó Huascar-Inca, y de Quito á Athahuallpa ó Atabalipa, tenido de una hija del último rey de este pais que habia hecho su concubina, pero con la condicion de ser tributario de

Huasçar-inca, décimocuarto emperador, subió al trono del Perú con desgracia, pues su hermano natural Athahuallpa ó Atabalipa le disputó la corona imperial, no contentándose con sola la de Quito que le habia legado su padre: emprendió una contienda con Huascar que duró algun tiempo, y entretanto llegaron los españoles á aquel imperio; pero con las disensiones intestinas no hicieron el mayor aprecio de su venida. Tres victorias decidieron la buena suerte de Athahuallpa, pues hizo prisionero á Huascar, y con esto se encontró el vencedor en estado de emplear sus armas contra los estranjeros.

El corto número de los españoles dió poco temor al principio al nuevo emperador; pero ya habian derrotado un grueso ejército que los caciques tributarios les habian opuesto.

Otra opinion casi semejante á la de Méjico reinaba en el

Perú, á saber: que los españoles, á quienes por sus armas reconocieron por dueños árbitros de los truenos y de los rayos, venian á ser sus hermanos y descendientes del sol como ellos: que el jefe Pizarro descendia con mas particularidad de aquel astro: que era Inca, hijo del supremo Viracocha, y por consecuencia pariente muy inmediato del emperador Athahuallpa. Creian que las violencias que ejecutaban los españoles era un castigo que por medio de ellos les enviaba Viracocha; que por lo mismo era preciso someterse á ellos y obedecer su autoridad, bajando la cabeza al cetro de Pachacamac, esto es, al supremo emperador que habia enviado á Pizarro. Se ignora que este tuviese noticia de una preocupacion tan favorable á sus proyectos, cuando envió á Athahuallpa su primera embajada, y no contando mas que con sola la fuerza de setenta hombres, se atrevió á decir al que mandaba cien mil soldados: «Yo soy vasallo del mayor monarca del mundo; este me envia á sacar á vos y vuestro pueblo de la práctica de una relijion impía y abominable. Espero ser recibido con toda bondad, y en este caso podreis contar con mis fieles servicios; pero si intentáseis hacerme daño anteponiendo la guerra á la paz, vereis muy pronto que los españoles son tan terribles para sus enemigos como útiles para sus aliados.» La respuesta que dió el Inca fué muy sumisa, porque recordó los principios de su preocupacion con respecto á Viracocha. Esta embajada fué escoltada por Fernando de Soto, oficial jóven y de bella figura, y cuando Athahuallpa le vió esclamó: «¡Aquí teneis la figura verdadera, porte y vestido de nuestro dios Viracocha, como la describió esactamente nuestro antepasado el Inca Viracocha!» Despues aseguró que por haberse persuadido bien de que cuanto habia de suceder estaba ordenado de antemano por el gran Viracocha, no habia tomado disposiciones algunas contra los españoles, á pesar de las victorias que habian conseguido sobre las tropas de los caciques sus tributarios, y que por lo tanto se sujetaria á dar á los estranjeros todo cuanto le pidiesen; pero que imploraba su clemencia para con sus vasallos, sus amigos y sus mujeres.

Es inconcebibile el motivo porque un hombre que tenia á sus órdenes cien mil combatientes hubiese usado de un lenguaje tan sumiso é indecoroso, y mas cuando sus tropas estaban colocadas en escalones desde las fronteras hasta el centro de su imperio: plan que hace creible que el Inca habia formado el proyecto, de que avanzando los españoles á lo interior de sus estados con tan poca jente, podria rodearlos por todas partes y destruirlos. Muchos autores convienen en que ciertos discursos recíprocos son apócrifos, porque tanto los peruanos como los españoles no tenian buenos intérpretes, y por lo mismo creemos que con mucha dificultad podrian entenderse sobre las necesidades mas urjentes de la vida, sin meterse á locuciones pomposas.

Entre las cosas que hicieron los españoles, se cuenta el discurso de un relijioso llamado fray Vicente de Valverde, que se supone falso. Dicen que se acercó á Athahuallpa, que le habló del emperador Carlos V, del papa, de la Santísima Trinidad, de la divinidad de Jesucristo, y de su admirable vida y muerte, á lo que contestó: «¿Y quién es el que enseña todo esto?» — «Este libro,» respondió el relijioso, presentándole el Evanjelio; le tomó el emperador, le aplicó al oido, y como nada oia decir, le arrojó al suelo, diciendo: «Vosotros creeis que Jesucristo es Dios y que murió: pues yo adoro al sol y á la luna que son inmortales: no debo tributo á príncipe alguno, ni quiero ser vasallo mas que de los dioses; y sería una locura dejar la doctrina de mis antepasados mientras no me demostreis que es falsa.» Oida por el relijioso esta resolucion se volvió á sus filas, la notició al jefe, é inmediatamente cargó sobre los indios, quienes sostuvieron el choque con empeño, hasta que persuadido Pizarro de que todo consistia en la suerte del Inca, hizo que acometiesen quince coraceros á las tropas que escoltaban el palanquin del emperador, y halló una débil resistencia, porque los aguerridos y bien armados españoles batallaban con cuerpos desnudos y poco resueltos. El primero que rompió por entre las filas de aquellos bárbaros fué un soldado llamado Miguel Astete, á quien siguieron inmediatamente los demas: tiraron por tierra á los que llevaban sobre sus hombres el palanquin, y apri-

sionaron al emperador. El ejército peruano, aturdido con esta desgracia, se dispersó totalmente: los españoles no tuvieron que hacer mas que matar sin riesgo, y en un instante quedaron tan solos, que parecian ser los únicos vivientes en aquel campo de batalla.

El botin fué inmenso, porque los peruanos, confiados en su gran número, se habian adornado como si fuesen á una gran festividad. El emperador ofreció por su rescate tanto oro como podia contener la pieza en que le encerraron, hasta la altura adonde alcanzó con su brazo, cuya proposicion fué aceptada. Recibieron su órden para ir á todos los templos del imperio á recojer suma tan considerable; y no fiándose los españoles de otros para esta comision, lograron adquirir conocimiento del pais. Estando Athahuallpa en su prision supo que Huascar, á quien tenia preso, hacia ofertas á Pizarro para que le diese libertad, y anticipándose Athahuallpa, envió una órden para que le quitasen la vida, como se verificó; pero no tardó él en esperimentar el castigo de su maldad. Aunque el oro se traia á montones todavía no llenaba los deseos de los soldados. Los que habian ganado estas grandes riquezas no pudieron menos de dar su parte á Diego de Almagro, aunque llegó despues de la victoria con ciento cincuenta hombres y cincuenta caballos. Entre los soldados antiguos y recien venidos hubo debates sobre el repartimiento, asi como entre los jefes acaloradas disputas; mas al fin se convinieron por el interes comun, y determinaron que para separar á los soldados de la ociosidad, de los vicios del juego y otros inseparables de la abundancia, convenia continuar cuanto antes sus conquistas. El emperador prisionero les embarazaba, porque recibido ya el rescate debian ponerle en libertad, y entonces no les quedaba derecho alguno al imperio. Dícese que el infeliz pedia con instancias el cumplimiento de las promesas, que ofrecia no oponerse de modo alguno por su parte á los intereses de los españoles, que se reconoceria vasallo de Cárlos V, y que le pagaria un tributo anual; pero Almagro y Pizarro resolvieron acusar al Inca, y para ello establecieron un tribunal en el que presentaron contra el emperador los cargos siguientes: que siendo Athahuallpa bastardo

se había apoderado de la corona, mandando quitar la vida á su hermano y soberano; que las órdenes para este atentado las habia dado estando prisionero; que habia mandado y autorizado sacrificios humanos; que habia suscitado guerras infinitas, causado la muerte de muchos hombres, y finalmente que cuando estaban ya los españoles dentro del Perú, habia procurado sublevar contra ellos á los indios. Ecsaminada esta acusacion le condenaron á ser quemado vivo, mas por haber querido recibir el bautismo, no sufrió tan horrorosa muerte, sino que le ahogaron con un cordel. Los demas españoles desaprobaron estos escesos de tal modo, que faltó muy poco para que resultase un tumulto, en que acaso habrian muerto los perpetradores; pero como estos tenian el mayor poder, los pacificaron sin hacer caso de sus protestas y amenazas de acudir á la humanidad y justificacion del emperador Carlos V. Tan pronto como los peruanos supieron la desgraciada muerte de Athahuallpa, proclamaron emperador á Manco-Capac, hermano de Huascar.

Ecsajeradísimas fueron las noticias que por aquel tiempo corrieron en Europa del mucho oro que se encontraba en Quito, el Cuzco y Lima, ciudades de las mas principales del Perú y de Chile: con esta fama se animaron muchos á probar fortuna, unos con ánimo de hacer la guerra por su cuenta, y otros para juntarse con los primeros descubridores: llevaron tropas, que se vendieron á Pizarro y Almagro, quienes incorporándolas en sus filas, aumentaron su pequeño ejército, y se hicieron mas temibles. Ellos dos eran siempre los jefes de la empresa, y por sus órdenes se movian los destacamentos españoles que recorrian y saqueaban las provincias.

Manco-capac II.—Este emperador determinó verse con los españoles para pedirles la paz, resuelto á admitir las condiciones que quisiesen imponerle. «Si verdaderamente son hijos del sol, dijo á su consejo, como lo fueron nuestros antecesores, cuyo principio fué siempre hablar verdad, corresponderán sin duda sus acciones á sus palabras, y no dejarán de cumplir las que me den. Me persuado que no intentarán privarme del lejítimo derecho que tengo para gobernar mis dominios, y por esta razon iré á buscarlos, no con aparatos hostiles, sino de

paz y amistad; y en lugar de armas les llevaremos regalos, que servirán para ganar su afecto, ó para aplacar la ira de los dioses que parece están irritados contra nosotros: si con esta dilijencia no me devuelven mi imperio, conoceremos todos que se ha cumplido la profecía del Inca mi padre; que nuestro imperio ha pasado á poder de los estranjeros; que se aniquiló nuestro gobierno, y que se estinguió nuestra relijion. Si el gran Pacachamac lo quiere así, ¿qué nos queda que hacer sino someternos?»

El consejo se conformó con la determinacion del emperador; este pasó á verse con Pizarro, el cual celebró con él un tratado segun convenia á las circunstancias, y le otorgó ciertas condiciones ventajosas, porque supo que muchos caciques ó jenerales indios levantaban crecidos cuerpos de tropas con los cuales podrian oprimirle; pero cuando por este manejo y negociaciones los habia ya desarmado, volvió á sus primeros planes de construir fortalezas, introducirse en las ciudades y establecer colonias de europeos, para irse de este modo apoderando del imperio casi insensiblemente. Así, pues, Manco-Capac se vió precisado, aunque contra su voluntad, á recurrir á las armas con intencion de acabar con todos los estranjeros; juntó un ejército de trescientos mil hombres, se dirijió á la capital donde se hallaba Fernando Pizarro, hermano del jefe conquistador, con solos doscientos sesenta españoles, los atacó impetuosamente y los obligó á retirarse á la fortaleza; pero desde allí salieron con el mayor silencio una noche, y cayendo de sorpresa sobre los indios, que se habian ya posesionado de la ciudad, hicieron en aquel inumerable ejército una horrorosa matanza, obligando al emperador á retirarse al abrigo de las montañas de la provincia de Villca-Pampa.

Viendo Manco-Capac su mala suerte, trató de tomar una resolucion definitiva. Hizo juntar sus vasallos, les dió las gracias por el celo que habian manifestado en su defensa, les dijo que no queria sostenerse en el trono á costa de la sangre de unos súbditos á quienes amaba, y para inclinarlos á su opinion, les hizo un discurso lleno de ternura paternal, en estos términos: «La profecía del Inca mi padre, se ve cumplida: una nacion estranjera me ha arrojado de mi trono, ha abolido nuestras

leyes y profanado nuestra relijion. Si yo me hubiera convencido de esto antes de tomar las armas, me habria sometido con humildad al decreto del cielo, porque es preciso confesar que, dejando aparte la justicia, todas las circunstancias de la profecía convienen á los españoles, pues traen estos á su disposicion y usan libremente del rayo de los dioses, con lo que prueban la proteccion del Todopoderoso. Con un puñado de soldados destruyen ejércitos numerosísimos, viven sin alimentos, y en los combates se presentan siempre con nuevo vigor; de lo que se infiere que la mano de Pacachamac los sostiene, y que al mismo tiempo que á ellos les vigoriza, derrama el abatimiento y el temor sobre nuestros espíritus. Sujetémonos, pues: este es el medio único de evitar mayores calamidades: yo me retiraré á las montañas de los Andes, y será mi mayor consuelo el saber que bajo el dominio de estos nuevos dueños gozais del sosiego y de la felicidad. En mi triste soledad la dicha de mis vasallos será mi única ocupacion; suplícoos, pues, que os sujeteis á los españoles, obedeciéndoles del mejor modo posible para que os traten bien, y espero de vosotros algun suspiro ó *lágrima* cuando os acordeis del desgraciado príncipe que siempre amó á su pueblo.» En este discurso se prueba claramente *la* opinion jeneral entre los peruanos, de que habia llegado el caso de la destruccion de su imperio. Del mismo modo parece que el emperador vertió en él una maldicion contra los que ibaná oprimir á su pueblo, siendo el primero que esperimentó sus funestos efectos Diego de Almagro.

Siempre habia estado Almagro en contradiccion con los Pizarros, y observado cautelosamente mala correspondencia con ellos. Gonzalo y Fernando Pizarro, hermanos del gobernador, estaban en el Cuzco sitiados por los indios cuando acudió Almagro como para socorrerlos, y muchos suponen que no era esta su intencion, sino quitarles la posesion de la ciudad y alzarse con ella: añaden tambien que cuando Manco-Capac estaba al frente del ejército sitiador, le ofreció su alianza contra los Pizarros, y ayudarle á sostenerse en el trono si le ponia en posesion del Cuzco; pero que le respondió el emperador: «Yo he tomado las armas para recobrar mi derecho, y dar la

libertad á mi pueblo; no para protejer á un enemigo contra otro.» Aunque su consejo le representó con instancias que el mejor medio para restablecer su trono seria ir debilitando á los españoles por medio de sus propias discordias, siempre se mantuvo en su opinion, y le replicó: «El honor no permite que un Inca finja ó disimule; mejor quiero perder mi imperio y pasar el resto de mis dias en el desierto y en la oscuridad, que sostener la dignidad de emperador por la falacia y la intriga.» El resultado de esta obstinacion fué que los peruanos, cansados y desalentados con las contínuas ventajas de sus enemigos, tuvieron que retirarse, y Manco-Capac renunció definitivamente al imperio. Almagro entró en lugar de los peruanos á seguir el sitio: valiéndose de mañosidades acompañadas de la fuerza, ganó á los soldados de Pizarro, que le recibieron en la ciudad, y de este modo hizo prisioneros á sus rivales. Venció tambien á un destacamento enviado por Francisco Pizarro á socorrer á sus hermanos, y prendió á Alonso de Alvarado su capitan. Ensoberbecido con estas prosperidades, despreció al principio las proposiciones justas que le hizo el marqués Pizarro, bien que despues se conformó en suspender las hostilidades, y en que unos y otros enviasen en un mismo navío sus diputados á España, para que la corte arreglase sus pretensiones; cuyo principal objeto era la posesion de la capital, que cada uno de los dos suponia pertenecer á su departamento. En consecuencia de este tratado se puso en libertad á Fernando Pizarro, pues Gonzalo ya se habia evadido de la prision. Apenas se vió en libertad Fernando, cuando sin esperar los resultados de la diputacion que se habia enviado á España, se presentó con nuevas tropas contra Almagro, el cual en vez de salirle al encuentro, se mantuvo solamente á la defensiva, para que nunca pudiera decirse que prevenia el juicio que debia pronunciarse en la córte. Con esta dilacion dió lugar á que Fernando aumentase su ejército; y cuando ya no podía Almagro evitar una batalla, encontró á su enemigo con mas fuerzas de las que él esperaba. Se hallaba tambien enfermo, sus soldados cansados con las muchas caminatas, y Rodrigo Orgoñoz y Pedro de Lerma, sus primeros oficiales, aunque de bastante pericia militar ejecutaron

mal sus órdenes arrojándose con imprudencia sobre el principal batallon enemigo, en cuya refriega fué herido Orgoñoz y empezó la derrota. Almagro, llevado en unas angarillas, se opuso en vano á los que huian, pues estos le llevaron consigo en su retirada: las tropas de Pizarro le persiguieron hasta el Cuzco, en cuya ciudad le hicieron prisionero.

Fernando creyó que debia cortar sin piedad unas cabezas que causaban las disensiones que renacian á cada paso, y con efecto, á ninguno perdonó. Fueron asesinados sin clemencia Orgoñoz y Lerma, soldados viejos que habian servido constantemente desde el principio de la espedicion del Perú, y todos los que se tuvieron por afectos á Almagro. Juzgó que al jefe, á pesar de sus relevantes méritos y ancianidad, convenia forjarle un proceso con toda formalidad. Le acusaron de haberse apoderado del Cuzco á fuerza de armas derramando mucha sangre española; de haber intentado formar liga con Manco-Capac; de haberse intrusado en la jurisdiccion de Pizarro, y de haber presentado á sus mismos compatriotas dos batallas.

Por estas acusaciones fué condenado á muerte el anciano jeneral Almagro, quien apeló al emperador, imploró del modo mas enérjico y penetrante la piedad de Fernando, recordándole que habiendo sido su prisionero le salvó la vida: que él habia sido uno de los dos primeros sócios de Francisco Pizarro, que emprendieron la conquista del Perú, y por su causa se habia logrado el buen écsito de la espedicion: que se hallaba viejo y enfermo; y asi que le dejase vivir con alguna tranquilidad como un simple particular el resto de una vida empleada en una larga série de penalidades, desgracias y trabajos. De nada sirvieron tantas súplicas, porque Fernando se mantuvo inflecsible: se dice que tenia órden del marqués su hermano para deshacerse de Almagro, porque era el único obstáculo que se le presentaba para mandar absolutamente en todo el Perú. Ultimamente á Diego de Almagro le dieron garrote dentro de la cárcel, y despues se sacó el cadáver á un cadalso en donde le cortaron públicamente la cabeza. Asi pereció, por órden de su compañero, uno de los dos primeros conquistadores del Perú, despues de una penosa vida de quince años. Es-

ta catástrofe fué muy sensible para los indios, porque Almagro era su único recurso contra las vejaciones de los Pizarros.

Por mas que estos descargaron la cuchilla de la venganza sobre las cabezas de cuantos amigos de Almagro pudieron descubrir, no consiguieron acabar con todos, porque eran muchos, y los que quedaron habian jurado un odio implacable contra los asesinos de su amigo. El marqués Pizarro conoció que la muerte de un personaje como Almagro debia causar mucho estrépito, y que por lo mismo tenia necesidad de justificarla en España; al efecto envió á su hermano Fernando, que habia sido el ejecutor de semejante atrocidad. Se asegura que cometió el nuevo crimen de haber procurado dar veneno á Diego de Alvarado, tutor del hijo que habia dejado Almagro, que tambien marchó á defender la causa de su pupilo, á quien tenia encerrado el marqués Pizarro y le habia confiscado sus bienes. De nada sirvió á Fernando Pizarro haber prodigado en España muchos regalos, pues le pusieron en el castillo de la Mota de Medina, donde estuvo encerrado veintitres años.

El marqués Pizarro tentó todos los medios para deshacer el partido de Almagro, valiéndose de la suavidad, y de dar á los principales jefes los empleos de mas lucro y los destinos mas honrosos, ecsijiéndoles el sacrificio de olvidar el odio con que le miraban; mas observando que era todo inútil, resolvió destruir á cuantos querian vengar la muerte de aquel anciano jeneral. Otros dicen que desde el principio se declaró abiertamente enemigo de cuantos creyó inclinados á su rival; que hizo cuanto pudo para reducirlos á la mayor miseria; y que no contento con verlos en aquel estado de abatimiento, tomó sus medidas para impedirles que pasasen á España á esponer sus quejas; pero la desesperacion puso en las manos de algunos el sangriento puñal contra un perseguidor tan obstinado, y á pesar de cuantas precauciones habia tomado le sorprendieron en Lima, ciudad que él habia fundado, y asiento de su prosperidad. Los conjurados le acometieron en su mismo palacio, se defendió con valor quitando la vida á cuatro de ellos é hiriendo á otros; mas al fin sucumbió á manos de los conjurados á la edad de sesenta y un años. Francisco Pizarro era bastante afa-

ble y jeneroso antes que la fortuna le hubiese ensoberbecido: fué uno de los primeros que proporcionaron á España sus principales estados en la América meridional: edificó al estilo de Europa las mas florecientes ciudades; fundó colonias, y enriqueció el Perú con la industria y manufacturas europeas; pero es reprensible por haber querido introducir la servidumbre personal entre los indios. Dió á los españoles las tierras de los indíjenas, á quienes hizo esclavos de sus propios bienes, obligándoles á trabajar en utilidad de sus nuevos dominadores. Cuando pidió Pizarro al emperador Carlos V. la confirmacion de esta ley opresiva, le contestó el monarca: «Antes de confirmarla quiero informarme de los usos y costumbres del pais, y saber si lo que me pides es conforme á justicia.» No hay duda que esta respuesta fué muy prudente; pero es necesario saber que en punto de leyes tiránicas, el no despreciarlas desde el momento en que se proponen, es casi lo mismo que confirmarlas.

Luego que murió Francisco Pizarro, incurrieron los conjurados en la misma falta que él habia cometido con la muerte de Almagro; pues habiéndose apoderado de la autoridad y de las riquezas, quisieron obligar tambien á todos los demas á que aprobasen su procedimento y cuantas medidas habian adoptado. Los que se resistieron á tales ideas fueron maltratados, desterrados, y muchos perdieron la vida. Cuando se ejecutaban estos desórdenes en el Perú llegó el licenciado Cristóbal Vaca de Castro en calidad de gobernador, si ya habia muerto Pizarro, ó en clase de comisionado para conocer sobre las diferencias entre el marqués y Almagro, y sobre las circunstancias de la muerte de este. Los partidarios de Almagro el jóven le habian nombrado gobernador en lugar de Pizarro, y cuando llegó Vaca de Castro se intimidaron de tal modo, que introducida entre ellos la discordia, el jóven gobernador pudo con mucha dificultad librarse de una asechanza que intentó contra su vida un tal Alvarado, que antes habia sido uno de sus mas afectos partidarios; mas descubierta la trama cayó él en el mismo lazo que preparaba á su amigo.

Esta desunion de los conquistadores proporcionó á Vaca de Castro grandes ventajas. Habiendo sabido el jóven Almagro

las facultades con que iba revestido Vaca, se limitó á pedir el gobierno del Cuzco bajo el supuesto de haber pertenecido á su padre, y el enviado no tuvo por sumision esta peticion de Almagro por ir apoyada con un ejército: por lo mismo trató de entablar con él negociaciones, dilatando su contestacion definitiva para aprovecharse con maña de la poca cautela del jóven Almagro: acercóse, pues, á él, le ganó las tropas, y en una accion que ocurrió entre una y otra parte conoció Almagro la traicion que se le hacia, porque su artilleria no tiraba con balas, por lo cual se vió obligado á huir. Manco-Capac, que habia bajado de las montañas para aprovecharse de las disensiones de los españoles, se volvió á retirar, y Almagro podria haberse puesto en salvo; pero quiso pasar al Cuzco á recojer sus riquezas, y esto fué su desgracia; porque los mismos majistrados puestos allí por él le prendieron y entregaron al comisionado real con la esperanza de lograr su favor: Vaca de Castro hizo que inmediatamente le cortasen la cabeza. Tenia Almagro solos veinte años, en cuyo corto tiempo habia manifestado gran talento para la guerra y el gobierno.

A esta sazon llegaba Gonzalo Pizarro de una espedicion desgraciada en que se habia ocupado dos años; y aunque venia reducido á una miseria poco temible, Vaca de Castro miró con respeto las reliquias de aquellas tropas, que solo con el nombre de Pizarro y los partidarios de su familia podrian esponerle á un lance arriesgado: se resolvió á visitarle, y ya fuese por fuerza ó por persuasion, le hizo que se retirase á sus tierras sin autoridad ni distincion alguna. Desembarazado ya Vaca de Castro de toda disension, se dedicó á desterrar los desórdenes que por espacio de tanto tiempo habian molestado á sus habitantes, á reformar los abusos, y á formar establecimientos útiles, tanto á los indios como á los españoles.

Para que su gobierno fuese benéfico en lo posible, se informó con mucho cuidado del sistema que habian observado los Incas en cuanto á la administracion de justicia, la policía, el repartimiento de las tierras y de los impuestos. Hizo establecer escuelas públicas en las ciudades, llamando á ellas sin violencia á los indios, para que se ins-

truyesen en las costumbres morales del cristianismo. Puso en posesion de sus bienes á la mayor parte de los caciques, y aun les concedió una especie de autoridad en beneficio de sus antiguos vasallos. Dió órdenes para el arreglo y seguridad de los caminos, reprimió el libertinaje de los soldados, animándoles para que abrazasen el matrimonio y se dedicasen al trabajo, y averiguó la conducta de los empleados reales, que se habian enriquecido con el robo y la opresion.

El manejo que estos tuvieron con los descontentos en la córte, hizo que se enviase al Perú un virey llamado Vasco Nuñez Vela, quien cuando llegó no aprobó los procedimientos del gobernador, suponiendo demasiada moderacion en sus reformas, mirándolas como usurpaciones y vejaciones que debian desecharse. Tales eran la servidumbre personal de los infelices indios, y otros usos de tanto lucro para los conquistadores, como gravosos para los conquistados. Con este motivo los oficiales y majistrados, que antes habian maquinado contra Vaca de Castro, se convirtieron en enemigos del virey. Aunque el gobernador le hizo ver el riesgo que corria enemistándose con los españoles, y que convenia hacer la reforma de un modo insensible, nada consiguió, pues pensando Nuñez que semejantes indicaciones procedian de alguna murmuracion que anunciaba disposiciones hostiles, le arrestó y envió preso á España.

Gonzalo Pizarro supo en su retiro la desacertada conducta del virey, y ofreció á los descontentos sostenerlos contra él. No ignoraba Nuñez la nube que se formaba; pero tenaz en su designio, siguió con mas ardor su plan de quitar á los indios la servidumbre. Los majistrados se sublevaron, y unidos á Pizarro se armaron lo bastante para hacerse temer. Manco-Capac, pronto siempre para aprovecharse de las discordias de los españoles, se ofreció al virey, quien no lo rehusó, y esto dió ocasion á Pizarro para hacer ver que peleaba en favor de España contra sus enemigos. Por casualidad mataron á Manco-Capac, y con este acontecimiento quedó falto de recursos el virey, que fué arrojado por Pizarro á las estremidades del Perú, y últimamente murió en una batalla.

Como los españoles se habian

declarado abiertamente, ó se habian interesado en su derrota escaseándole los caudales y favoreciendo á Pizarro, debian temer el castigo, y por consiguiente necesitaban ponerse á cubierto con la autoridad que le diesen, que fué la de gobernador jeneral, con la cual se contentó. En este estado se presentó sin ruido Pedro de la Gasca, simple licenciado, con el modesto título de presidente de la audiencia de Lima; su aparente modestia le hizo decir: «Yo traigo el encargo de hacer saber á Pizarro una órden del emperador: si no quiere obedecer me vuelvo á España inmediatamente, porque no tengo intencion ni talento para obligarle con las armas á que obedezca.»

El emperador envió una carta á Pizarro, en la que se lastimaba de la necesidad en que se habria visto para oponerse al carácter inflecsible del virey, que creia lo habria hecho por el bien público, y le pedia que ayudase al presidente con sus consejos. Esta carta la acompañó Gasca con otra suya muy amañada, que sin embargo concluia con espresiones nada favorables, pues le decia: «No habeis visto la córte de Cárlos V ni sus ejércitos, y acaso habreis formado una falsa idea de su gran poder; pero tened entendido que el Gran Turco marchaba contra él con trescientos mil hombres, y llegando á la vista de los campamentos imperiales volvió la espalda lleno de temor, y se retiró sin dar batalla.» Pizarro entendió bien que esto era una tácita amenaza que le hizo sospechar de la dulzura de Gasca. Hallábase entonces Pizarro en el Cuzco, y envió á Lima una órden secreta para preparar un navío, embarcar en él al presidente y hacerle repasar á España; mas la astucia del licenciado habia prevenido de antemano semejante golpe, ganando por su parte todas las embarcaciones que se hallaban en Lima. Pizarro quiso hacer salir del Cuzco al portador de la carta de Gasca, porque indagó que con disimulo animaba á los partidarios del virey difunto; y viendo que los majistrados se manifestaban en favor del presidente, no encontró otro medio que salir de la ciudad y ponerse al frente de sus tropas. La Gasca empezó á perseguirle, y aunque no sabia pelear supo dirijir bien á los que peleaban. Las tro-

tropas de Pizarro ganaron la primera batalla, y Gasca no quiso esponerse á un segundo combate: situó su campamento frente del de Pizarro, y con su maña le dejó en pocos dias sin jente, pues todos se pasaban á las banderas del presidente; de manera que Pizarro tomó la desesperada resolucion de presentarse en los puestos avanzados y rendir la espada.

Inmediatamente le prendieron como igualmente á todos los de su plana mayor y los condenaron á muerte como traidores al rey: cuando llegó Pizarro al suplicio habló al tropel que le rodeaba, diciendo: «Ninguno de vosotros ignora los servicios que ha hecho mi familia; mis hermanos y yo somos los conquistadores del Perú; muchos de vosotros no teneis mas bienes que los que el marqués y yo os hemos dado; muchos me deben cantidades pecuniarias, y otras obligaciones que no quiero referir; pero yo muero pobre y desnudo, pues el vestido que tengo pertenece al ejecutor, como precio del sacrifio sangriento que va á ejecutar.» Se encomendó á las oraciones de los que presenciaban el acto, puso su cabeza sobre el tajo y se la cortaron de un golpe. Viendo Gasca que no era facil contentar á todos los que habian servido, arregló los negocios lo mejor que pudo, pidió que enviasen un sucesor, y salió del Perú del mismo modo que habia entrado.

Llegó un virey llamado don Antonio de Mendoza, que murió muy pronto de enfermedad, y quedó el Perú casi en un estado de anarquía militar. Las tropas nombraban jefes y los asesinaban despues advirtiéndose que casi todos eran de los primeros conquistadores. La soldadesca se apoderó de las minas del Potosí, robó la tesorería real, nombraba jueces y los desechaba con la misma facilidad. Pedro de Hinojosa, que aspiraba al poder de los Pizarros, Sebastian de Castilla, entronizado á su pesar, Vasco Godinez y otros, figuraron en el trono y en el cadalso, los unos asesinados por los otros, y algunos por los majistrados. Ultimamente, Francisco Hernandez Jiron, era un hábil jeneral que por largo tiempo sostuvo su rebelion; mas al fin sufrió la muerte por la espada de la justicia.

Vino de virey el marqués de Cañete, cuyo gobierno fué feliz

y favorecido por las circunstancias de estar todos cansados de disturbios y resueltos á obedecer, á lo que tambien contribuyeron las buenas medidas que adoptó. Destacó partidas á todos los caminos que conducian á las grandes poblaciones, con órden de ecsaminar y reconocer á los pasajeros y sus papeles: mandó que todos los caminantes llevasen pasaportes, y asi esterminó los vagamundos: prohibió el uso de armas, mandando depositar en los arsenales y almacenes todos los cañones, mosquetes y municiones, sin que pudiesen sacarlos sin su espresa órden; y finalmente, usó de todas las precauciones que fueron posibles para impedir nuevos alborotos.

Supo el virey que Manco-Capac habia dejado un nieto llamado Siri-Capac, que habitaba en los Andes, y á quien miraban los peruanos como su lejítimo soberano: determinó sacarle de aquellas montañas, ofreciéndole una pension que habia de percibir viviendo entre los españoles, y con efecto se verificó asi; pero vivió poco tiempo Siri-Capac, y no se pudo averiguar cual fué la causa de su muerte. Habia otro hermano de Siri-Capac, llamado Tupac-Amaru, y siendo á la sazon virey D. Francisco de Toledo, quiso tambien atraerle, mas le contestó que se hallaba contento en su retiro. Resolvieron obligarle á la fuerza, y él se retiraba cada vez mas lejos á lo interior de los Andes; finalmente, viendo que no podia ocultarse por mucho tiempo, se entregó en manos de los conquistadores: estos le formaron causa acusándole falsamente de los robos hechos á los comerciantes que transitaban por aquellos desiertos, y de haber tratado de una liga con sus caciques para destruir el gobierno español. El infelíz apeló de la sentencia al emperador y al gran Pacachamac; pero le quitaron la vida á pesar de las muchas instancias y súplicas de los españoles y de los indios.

Asi fué estinguida la familia imperial y finalizaron las turbulencias del Perú. La córte de España llamó al virey D. Francisco de Toledo, quien cuando se presentó al rey Felipe II quiso justificarse y hacer ver que se le debia premiar por haber librado á la nacion de toda inquietud, esterminando las últimas reliquias de la familia imperial del Perú; mas el rey le mandó retirar, diciéndole: «Yo te elejí para ayudar á los infe-

lices indios en sus desgracias, y no para que fuese el verdugo de los reyes.» Concluidas estas palabras mandó encerrarle en una casa, donde murió de pesadumbre.

Por espacio de mas de dos siglos disfrutaron los españoles en el Perú de una amable tranquilidad, hasta que en el año 1782 se presentó á perturbarla un tal Gabriel Condorcanqui: este hombre suponia ser descendiente de los Incas por Tupac, cuyo nombre adoptó, y con esta impostura adquirió un gran concepto entre los indios, y tantas ventajas en sus primeras empresas, que llegó á hacer zozobrar el gobierno español; pues fueron tantas las fuerzas que juntó, tan obstinada su resistencia, que indudablemente habria salido con su empresa de arrojar á los españoles do todo el pais, si hubiera adoptado una conducta arreglada y jenerosa; pero engreido con sus victorias se convirtió en un leon furioso y vengativo contra quienes no eran indíjenas. Unos procederes tan atroces, hicieron ver á españoles y americanos la necesidad de unir sus fuerzas contra aquel tirano, para conservar su ecsistencia; al cabo de dos años de una cruel y sangrienta lucha fué vencido Condorcanqui, hecho prisionero y decapitado con toda su familia: de este modo volvieron aquellos súbditos á su antigua calma, y el Perú fué la última colonia española que manifestó ideas de independencia, sin que le distrajese de su acostumbrada obediencia á los vireyes el estremecimiento político que en el año 1808 ocurrió en los demas gobiernos de América; antes bien siguió con el mayor esfuerzo los impulsos del gobierno real para impedir la comunicacion de las ideas de libertad en su territorio. Se apagó fácilmente el incendio sedicioso que prendió en el alto Perú en el año 1811, derrotando á los independientes capitaneados por el jeneral Castelli; y tambien atacaron muchas veces y sometieron á los chilenos revolucionados.

San Martin, jeneralísimo de la república de Chile, conoció que este estado no podria verse seguro mientras sus habitantes tuviesen medios para introducir la desconfianza; y por lo mismo determinó pasar á promover la independencia en el Perú con cuátro mil hombres; en el año 1820 se presentó delante de Lima, y se mantuvo en posicion sin hacer movimiento hostil,

reduciéndose á entablar relaciones con los patriotas, para dar lugar á que la ajitacion y el descontento produjesen el efecto que se prometia. No le salieron fallidos sus cálculos, pues á los seis meses de bloqueo y tentativas logró que el virey evacuase la capital, por el espíritu de libertad que con increible rapidez se habia propagado por todas las clases, quedando por entonces libre Lima del dominio español. San Martin, tan pronto como proclamó la independencia del Perú, reasumió en su persona la autoridad suprema política y militar, tomando el título de Protector; al mismo tiempo prometió convocar un congreso tan pronto como el país estuviese en disposicion de recibir aquella clase de gobierno.

Aunque se habia proclamado la independencia, veian todos que no adquiria solidez, porque los independientes no ocupaban mas que las costas poco susceptibles de defensa, al paso que dueños los realistas de las montañas y minas principales, superiores en fuerzas y disciplina, organizaban nuevas tropas bajo la direccion de los tres jenerales La-Serna, Canterac y Valdés: estas observaciones habian dividido la opinion de los habitantes de Lima por el temor ó la esperanza del regreso del virey. Canterac pasó en setiembre de 1821 á socorrer el castillo del Callao, sin que San Martin le hubiese opuesto la menor resistencia, y este proceder fué bastante causa para perder el afecto del pueblo, que no pudo recobrar, á pesar de haber tomado el castillo por hambre, segun su plan de campaña. En diciembre desterraron del Perú á todos los españoles, confiscándoles sus bienes, y se trasportaron unas cuatrocientas familias de las mas principales á Chile.

San Martin y Bolívar tuvieron en Guayaquil una entrevista, en la que se disputó si convendria establecer monarquías en América, y el colombiano se mantuvo en la negativa: puestos de acuerdo, suministró Bolívar á San Martin un gran refuerzo de tropas para afianzar la independencia en el Perú. Mientras duraban estas conferencias en Guayaquil, se suscitó en Lima un grande alboroto contra el secretario de estado Monte-Agudo, suponiéndole que trataba de coronar por rey al protector; y siguió con tanto entusiasmo la sublevacion, que Monte-Agudo tuvo que huir para salvarse. A

este tiempo llegó San Martin, y para aquietar los ánimos espidió convocatoria para la reunion de un congreso, depuso su autoridad suprema y marchó á Valparaiso. Muy pronto le llamó el congreso á Lima; pero viendo que no le miraban con aprecio se retiró á Mendoza, y de allí á Inglaterra.

La salida de San Martín, la confusion del gobierno, la destruccion de un cuerpo de tres mil independientes en Pino, la derrota del ejército unido en Torrata y Moquehua en 12 y 24 de enero de 1823 por Canterac y Valdés, y el abandono de las costas por lord Cochrane, introdujeron la mayor confusion y desaliento. Los jefes del ejército pidieron que el poder ejecutivo se encargase á un solo individuo, que lo fué D. José de la Riva-Agüero, con el título de presidente de la república. Se entablaron relaciones amistosas con los colombianos, quienes enviaron un refuerzo de tres mil hombres, que bajo las órdenes del jeneral Sucre desembarcaron en el Callao el mes de junio de 1823. Al mismo tiempo huyó el congreso de Lima por haber entrado en esta ciudad el ejército de Canterac.

Restablecido el congreso en Trujillo, con facultades, el presidente Riva-Agüero se resistió á dar cumplimiento á un decreto que le despojaba de la autoridad que por aclamacion se le habia conferido: el congreso se empeñó en sostener su resolucion, y el presidente disolvió aquel cuerpo nombrando en su lugar un senado de diez individuos elejidos de entre los mismos diputados; los restantes volvieron á Lima luego que la evacuaron los españoles, y en 16 de agosto se instalaron como lejítimos representantes de la nacion: Torre-Tagle conservó el mando supremo que le confirió el jeneral Sucre cuando marchó á la costa de Arequipa. De este modo la república, defendida por dos ejércitos estranjeros, tenia tambien dos jefes y dos asambleas que se disputaban la lejitimidad de sus poderes.

Bolívar desembarcó en el Callao y el congreso sometió al arbitrio del libertador la causa de Riva-Agüero, á quien se hacian cargos de tener relaciones con los ejércitos españoles; y aunque trató de destruirlos, no por eso cesaron las injurias contra él, por lo cual Riva-Agüero, no se prestó á reconocer autoridad en los jefes colombianos. Bolívar se proponia someter con

la fuerza al presidente peruano, á cuyo efecto movió su ejército contra Trujillo, donde se hallaba, y con un golpe de mano paralizó los esfuerzos de los partidarios de Riva-Agüero, á quien arrestó en Trujillo, le condujo á Guayaquil con su ministro de la guerra D. Ramon Herrera, y fueron confinados èn estrechas prisiones; pero cuando menos lo esperaban les dió libertad el señor Guise, vice-almirante del Perú. Riva-Agüero marchó á Inglaterra y de allí á Bruselas, donde encontró á San Martin.

Cuando el congreso publicaba una constitucion democrática, los realistas se iban reforzando cada vez mas. Bolivar reconcentraba sus fuerzas entre el Pino y Lima; mas la defeccion de Torre-Tagle y la sublevacion de los negros le obligaron á evacuar el Callao y Lima, en donde entró Canterac el 25 de febrero de 1824; proclamó la libertad de comercio con todas las naciones, cuya sabia política y determinacion fué recibida del pueblo con un aplauso jeneral. Bolivar se retiró á Trujillo por carecer de fuerzas para resistir á las muchas que tenian los realistas; pero habiendo recibido los refuerzos que esperaba, salió á la cabeza de catorce mil hombres, y en el camino se le reunieron otros tres mil seiscientos colombianos. En 19 de diciembre se trabó una gran batalla en las llanuras de Ayacucho, en la que las divisiones realistas quedaron totalmente derrotadas, y sus tres jenerales La-Serna, Canterac y Valdés fueron hechos prisioneros.

Este desgraciado acontecimiento, debido á la demasiada confianza de los realistas, envanecidos con sus anteriores victorias, á la rivalidad de los jefes, ó á los desesperados esfuerzos de tropas numerosas y entusiasmadas, la defeccion de los dos buques que protejian las costas del Perú, la destruccion de Olañeta y Tristan, únicos jenarales españoles que despues de la memorable batalla de Ayacucho quedaron con las armas en la mano, y la rendicion del Callao despues de un largo y obstinado sitio, dieron alguna consistencia á la revolucion en medio de tantos y tan sérios elementos de discordia, que hacen creer difícil su conservacion.

El sistema de gobierno que rije en el Perú es republicano-democrático-central: el senado y los representantes elejidos por las provincias ejercen el poder lejislativo; el ejecutivo el

presidente, y el judicial los tribunales. Se prohibe por esta constitucion el comercio de negros, y se priva del derecho de ciudadano á los que se mezclen en tal tráfico; todo el que nace en el territorio peruano es libre.

Son ciudadanos los habitantes nacidos ó naturalizados en el pais que tengan veinticinco años, con medios conocidos de subsistir, y que sepan leer y escribir, con tal que no tengan dependencia servil. Lo son tambien los estranjeros que obtengan carta particular de naturalizacion. Los derechos de ciudadano son elejir los diputados, obtener empleos públicos y aun nombrar para ellos.

Esta constitucion declara la soberanía en la nacion, garantiza la libertad civil, la propiedad y los demas derechos é impone á los ciudadanos sus deberes. Contiene tambien tres artículos que no se encuentran en las otras constituciones de América: primero, que la nacion ataca el pacto social cuando no conserva ó proteje los derechos de los ciudadanos: segundo, que el que viola alguna de las leyes fundamentales del estado renuncia la salvaguardia del pacto social: tercero, que la nacion no tiene facultad para dictar leyes contrarias á los derechos individuales.

Para ser diputado se requiere el libre ejercicio en los derechos de ciudadano, ser mayor de veinticinco años, natural de la provincia ó avecindado en ella diez años, poseer una renta anual de ochocientos pesos, ó ser profesor de alguna ciencia que le rinda igual suma. Por cada doce mil almas de poblacion se nombra un diputado, y estas elecciones se hacen en juntas parroquiales y de provincia, en cuyos electores han de concurrir los requisitos prevenidos en la misma constitucion. El congreso se renueva por mitad cada dos años.

Las provincias elijen por cada estado, y el congreso designa por escrutinio tres senadores y un suplente que se renuevan cada cuatro años, y han de tener cuarenta de edad, ser naturales de la provincia ó avecindados en ella diez años antes de la eleccion, con una propiedad de diez mil duros ó la profesion de alguna ciencia. Del ramo eclesiástico no puede haber mas que seis senadores: las principales atribuciones de estos son velar sobre la observancia de la Constitucion, consultar al poder

ejecutivo en el nombramiento de empleos civiles y eclesiásticos, abrir préstamos dentro de la república, convocar el congreso en ocurrencias estraordinarias, debatir con el congreso, y consultar sobre los progresos de la ley.

Republica de colombia. — Pertenecen á esta república la capitánia jeneral de Caracas y el vireinato de Nueva-Granada, la provincia de Cartajena, la de Santa Marta, el distrito de Hacha, provincia de Antioquía, la de Venezuela, la de Cumaná, la Guayana, provincia de Popayan, la de Quito, el distrito que circuye la capital, la provincia de Chimbo y Alausi, la de Guayaquil, el partido de Daule, el de Santa Elena, de Baba, de Babahoyo, de Loja, la jurisdiccion de Rio Bamba, el distrito de Ambato, el partido de Esmeraldas, la provincia de San Juan de los Llanos, la de Cuenca, la de Pasto, el partido de Quijos y Macas, el de Chocó, la provincia de Muzos, la antigua de Evate, la de Neiva, la de Tunja, la de Chito, el distrito de Maracaibo, el antiguo reino de Tierra-Firme, la provincia de Tierra-Firme ó Panamá, la del Darien y la de Veragua.

Sus límites al N. son el mar de las Antillas; al E. el Océano Atlántico y la Guayana; al S. el pais de las Amazonas y el Perú, y al O. el mar Pacífico y la república de Goatemala. Tiene de N. á S. 370 leguas, de E. á O. 463 y 106,950 de superficie, con 2.785,000 habitantes. La variedad del pais, en unas partes sumamente escabroso, y en otras lleno de llanuras y valles amenos; la grande elevacion de las montañas hácia el interior, el contínuo verdor de los bosques, llenos de inumerables plantas útiles y curiosas, la multitud de rios que se desprenden de la cordillera y corren por el pais como venas que esparcen la fecundidad, son otros tantos rasgos de la gran riqueza de estos estados: el clima es estremadamente caloroso, con particularidad en la costa de Cartajena, Santa Marta, Maracaibo y Venezuela; pero las noches son frescas y agradables por los vientos de mar que soplan á las cinco de la tarde. Las grandes inundaciones causan espesos vapores que hacen á este pais insalubre, especialmente hácia la parte de Popayan y Portobelo. En lo interior es frio, esto es, en Santa-Fé, Tunja, Pamplona y Mérida.

El territorio de esta república produce buenos frutos y se-

millas: los principales árboles de que estan cubiertos sus bosques son nogales, cedros y hormatas, ébanos, granadillos, madera de muzo, la de guayana, el tarí, el brasil, la grana, el cacao, la vainilla, tamarindos, nísperos, sapotes, papayos, guayabas, palmeras, cocos, corozos, cayaes, manzanillos, cuyo fruto y aun los ramas introducen un veneno sutil, y causan hinchazon jeneral de la que solo puede sanarse con la aplicacion del aceite de las aceitunas, y otro árbol llamado habilla de Cartajena, cuya almendra es el mayor antídoto que se conoce contra la mordedura de víboras y culebras. Tambien se crian en la provincia de Venezuela granadillos y otras maderas preciosas, vainillas mas fragantes que las de Soconusco, grana silvestre, añil, zarzaparrilla, y otras muchas plantas medicinales. La provincia de Guayaquil produce todo jénero de frutos y maderas de que abastece su astillero. La naturaleza ha prodigado á esta parte de la América todos sus dones, y si sus habitantes fuesen industriosos y activos, podria ser este pais el mas rico y abundante del mundo. Se crian en él muchos ganados, especialmente el vacuno y cabrío: hay muchos ciervos, osos, dantas, conejos, gatos monteses, monos, micos, zorros, armadillos, huamayos, y en algunas partes tigres, leones pequeños, javalíes, erizos, y otros infinitos de todas clases: los que mas daño hacen á los plantíos son las monas, particularmente en Nueva Granada, pues andan en manadas de veinte á treinta, y si encuentran á un hombre solo le atormentan con su grande algazara, piedras y suciedades que le arrojan, con otros insultos que le hacen. Entre los cuadrúpedos peculiares del pais el mas digno de ser notado es un mono grande bastante corpulento, llamado por ironía el *Perico lijero*, cuya pesadez es tal que no se mueve sino cuando le hostiga el hambre, y aun en este caso tarda en levantar un pie algunos minutos, sin que se acelere por mas fuertes golpes que le den: su figura es feísima, y su única defensa un grito tan penetrante, que con él hace huir á sus perseguidores. Los rios abundan en pescados: en un lago situado al E. de Cartajena, llamado Cienaga de Tesca, se cazan muchos ánsares, arrojando porciones de calabazas grandes para distraerlos con aquellos objetos, y poniéndose los cazadores en la ca-

beza una hueca con dos agujeros para los ojos, con cuyo raro ardid los cojen sin ruido. En los frondosos bosques de Nueva-Granada se oyen pájaros de un canto mas sonoro y armonioso que el de nuestros jilgueros, canarios y ruiseñores: entre ellos se distingue el toche, de color amarillo y negro con vivos dorados en las plumas; el azulejo, de color celeste; y el babaquí, tambien amarillo y negro. Los principales rios de Colombia son el Oricono, el rio Negro, el Meta, el Apure, el Magdalena, el Guaviare y el Caroni: estos rios principales se van enriqueciendo con las aguas que otros muchos les tributan en sus largas carreras, y serpenteando por todo el pais lo fertilizan.

La cordillera de los Andes que atraviesa este territorio se divide en tres ramales: el uno separa el valle del rio Magdalena de los llanos del rio Meta: sus cimas mas elevadas son el Páramo de la Suma, Paz, Chingasa, Cerros de San Fernando y Tuquillo: el segundo divide sus vertientes entre los rios Magdalena y Cauca: las cimas del Guanacas, Barragan y Quindiu son un tercio mas elevadas que las anteriores: el tercero separa el valle de Cauca de la provincia de Chocó y de las del mar del Sur. El puente natural de Iconozo, que se forma de tres peñascos desprendidos á impulso de un terromoto, es una curiosidad singular. El volcan de Pichinche es de los mas grandes de la tierra: su abertura, cabada sobre pórfidos basálticos, ha sido comparada al caos de los poetas. Mr. de la Condamine la halló cubierta de nieve; pero Humboldt descubrió que ardia, habiéndose convencido de ello por el vapor de azufre que despedia con tanta fuerza, que casi le sofocaba cuando se arrimaba, por algunas llamas que ecsalaba á modo de fuegos fátuos, y por los fuertes terremotos que se notan de tiempo en tiempo en aquellas cercanías. Sus dos erupciones mas fuertes estallaron en los años 1535 y 1660, causando muchos estragos, con particularidad en la provincia de Esmeraldas. El de Cotopaxi de diezisiete mil seiscientos pies de elevacion, al S. E. de Quito, es muy terrible: sus mas furiosas erupciones fueron en los años 1738 al 1753: el ruido de la ocurrida en el de 1743 se oyó á una inmensa distancia, y en la de 1753 se levantó la llama á tres mil pies sobre las cimas de las montañas. El terremoto que sufrie-

ron estas en 1797 destruyó cuarenta mil personas: las llanuras se abrieron y arrojaron torrentes de agua hidro-sulfúrea. Hay otros muchos volcanes, entre ellos el Antisana, el Descabezado y el Puracé sobre cimas muy elevadas, á las que apenas se puede llegar por la poca elasticidad del aire. Es tambien una de las curiosidades naturales la montaña de Duida, cerca de Esmeraldas, hácia el lago Parimé, de mil trescientas veintitres toesas de altura, que arroja llamas á fines de la estacion lluviosa.

Las minas de oro y plata abundan en el dilatado pais de la república Colombiana: las de este último metal de Marquetones, las llamadas Montuosas, y Alta y Baja de la provincia de Pamplona, son tan ricas que dan regularmente dos marcos de plata por cada quintal: las hay tambien de cobre y plomo: igualmente las hay de esmeraldas, que han dado el nombre á la provincia de Muzo en el valle de Tunja, donde se crian las mejores y superan á las de Souacondoco en el distrito de Tenza, siendo muy notable la particularidad de que en estas minas se crian pantauras de diversos colores con granos de oro en lo interior. Se han encontrado tambien en dicho valle záfiros y otras piedras preciosas, y en muchos sitios cinabrio y mercurio: en los montes de Antioquía y Guamoro hay diamantes pequeños, jacintos, piedras de cruz, á las que se atribuye una virtud febrífuga y antireumática, granates finos muy abundantes, escelentes perlas en el rio Hacha, amatistas y pantauras en Timano, turquesas, jirasoles, gallinazas y mápulas en los distritos de Pamplona, Suza y Anserma.

En el distrito de Chocó hay tambien ricas minas, pero algunas de ellas se descuidaron por atender á la esplotacion de la platina, metal mas precioso y rico. Desde el año 1800 al 1810 se acuñaron en Nueva-Granada veintisiete millones trescientos cincuenta mil pesos fuertes, y desde este último año hasta el de 1821 unos veinte millones, cuyo producto vino á ser dos millones de pesos anuales; y si se trabajasen con el debido esmero aquellos abundantes minerales, producirian mucho mas, pues se cree que Chocó suministraria mas de dos millones anuales. En Santa Marta hay igualmente minas de oro, plata, pedrería y salinas muy ricas. En la pro-

vincia de Quito oro, plata, cobre, azogue, rubíes, amatistas, esmeraldas, cristal de roca, y primorosos mármoles. En Venezuela estaño, cristal y azul que compite con el llamado de Ultramar.

En la provincia de Santa Marta se fabrica loza, tejidos de algodon, y varias curiosidades de paja teñidas de varios colores. En Quito tejidos ordinarios de algodon, y en las demas provincias hay fábricas toscas de efectos de uso comun; pero la principal riqueza de estos estados es el brillante comercio que hacen con todas las naciones del mundo, particularmente por los puertos de Panamá, Cartajena, Portobelo, Guayaquil y Quito, por los que esportan perlas de la bahía de Bahama, azúcar, cacao, vainilla, quina, algodon, anís, tabaco, añil, miel, cochinilla, cueros, bálsamos, resinas, maderas preciosas, plantas útiles á la medicina y á las artes, metales y otras ricas producciones de aquel suelo: en cambio reciben de la Europa y de la India toda clase de manufacturas y demas jéneros de que carecen.

Las ferias de Panamá, Cartajena y Portobelo eran en otro tiempo muy importantes, en las que se trocaban las producciones de ambos mundos con la mayor seguridad, sin que se notasen en ellas robos, quimeras, ni otras violencias entre jentes de diversas naciones. Hay en aquellos paises una casta de indios de cabello blanco, de una constitucion muy delicada, de baja estatura, de carácter afeminado, de ojos grandes y tan débiles que no pueden sufrir los rayos del sol; pero con la opaca luz de la luna ven claramente. Los demas habitantes civilizados son una mezcla de españoles y americanos: se dividen en blancos, negros, mulatos, terceroues, cuarterones y quinterones, siendo todos de un carácter semejante al de los demas paises de la América del Sur, y aun mas fieros y belicosos. El ejército que mantiene esta república es de veinticinco mil hombres de todas armas, la mayor parte de ellos mulatos y negros, muy valientes, endurecidos y sufridos en toda clase de privaciones, con los cuales han sostenido con el mayor esfuerzo la sangrienta lucha ocurrida en aquel pais.

Su marina se compone de ocho ó diez buques de guer-

ra mayores y diezinueve menores, sin contar los armados en corso, que mas bien pertenecen á los Estados-Unidos, pues que allí se han construido, equipado y tripulado. Puede decirse que Colombia ha sacado pocas ventajas de su pretendida rejeneracion, porque habiendo cesado la guerra en aquel territorio hace algunos años, era ya tiempo de haber desenvuelto todos sus planes de mejoras y reformas; pero parece no ha sido así, como demuestra en el manifiesto que dió en el año 1826 del estado de su hacienda, por el cual se ve que los gastos ascendian á 15.487,719 pesos fuertes, las rentas á 6.196,725, y por consiguiente el déficit era de 9.290,994 pesos fuertes.

El sistema de gobierno de Colombia es republicano-democrático. El senado, el congreso jeneral y los particulares de los estados ejercen el poder lejislativo; el ejecutivo el presidente, y el judicial los tribunales. Son ciudadanos los habitantes nacidos en el pais ó naturalizados en él; los casados ó mayores de dieziocho años que ejerzan prefesion útil ó que tengan medios conocidos para subsistir.

La constitucion de este pais proclama la soberanía nacional, proteje y conserva la libertad civil y todos los demas derechos, impone los deberes de ser justos y benéficos, amantes de la patria, obedecer las leyes, respetar los majistrados, contribuir con sus bienes al pago de los gastos públicos, y defender la nacion con sus armas.

Por cada treinta mil habitantes se nombra un diputado; para serlo debe gozar los derechos de ciudadano, saber leer y escribir, ser mayor de veinticinco años, vecino natural de la provincia que le elije, poseer bienes raices que valgan veinte mil pesos, ó una renta anual de quinientos, ó ser profesor de alguna ciencia. Las elecciones de estos se hacen en asambleas parroquiales y de provincias. En los electores deben concurrir las mismas calidades de ser colombianos, casados, ó mayores de veinticinco años, saber leer y escribir, y gozar de una renta anual de cien pesos sin dependencia alguna; de este derecho son escluidos los sirvientes de todas clases.

Los electores de partido deben ser vecinos de cualquier parroquia del canton, y poseer una propiedad que reditúe qui-

nientos pesos anuales, ó empleo que ascienda á trescientos. Las juntas elijen por cada departamento cuatro senadores, y su nombramiento debe obtener la sancion del congreso; estos se renuevan cada cuatro años; han de tener treinta de edad para obtener este honorífico encargo, tres de residencia en la república, ser natural ó vecino del departamento que le elije, poseer cuatro mil pesos en bienes raices ó renta anual de quinientos, ó ser profesor de alguna ciencia. Los estranjeros pueden ser senadores teniendo residencia en el pais de la república doce años, y gozar en él dieziseis mil pesos de bienes raices. Sus atribuciones principales son, nombrar de entre sus vocales el presidente y vice-presidente, proponer leyes, oponer reparos á las que dimanen del congreso, y aun rehusar su promulgacion; y últimamente, ser el gran jurado y juez supremo en ciertos casos que se detallan en la misma constitucion.

Siempre se mantuvo fiel á la metrópoli la capitanía jeneral de Caracas, á pesar de las intrigas que para revolucionarla suscitó el gobernador inglés de la isla de la Trinidad en 1797, y de la espedicion formada con el apoyo de la Gran-Bretaña por el ex-jeneral francés Miranda, quien en el año 1806 fué rechazado tan pronto como invadió aquel territorio. Seguia este gozando de una estimable paz y tranquilidad cuando llegó la noticia de la invasion de Napoleon y revolucion de España en el año 1808 al mismo tiempo que los ajentes de Bonaparte y de las rejencias de Sevilla y Galicia se apresuraban á asegurarse de la obediencia de aquellas ricas provincias para sus respectivos gobiernos: estas se decidieron unánimemente á sostener los lejítimos derechos del rey de España; pero como supiesen despues los desórdenes que aflijian á la península, se constituyó en junta el ayuntamiento de Caracas y se negó á reconocer las várias autoridades que con título de supremas se habian erijido en España. Arregló la junta de Caracas el sistema de gobierno que le pareció necesario para sostener la provincia mientras durase el cautiverio del rey, y al mismo tiempo ofreció socorros á todos los españoles que peleaban en la península para sostener los derechos de la nacion.

La rejencia de Cádiz quiso

anular la junta de Caracas de un modo muy imperioso, y tambien declaró á la costa de Venezuela en estado de bloqueo cuando supo que aquella se resistió á obedecer sus órdenes. En esto cometió la rejencia un grande error; pues resentida Caracas de una determinacion tan rigorosa, proclamó su independencia el dia 5 de julio de 1811, y adoptó una constitucion muy parecida á la de los Estados-Unidos, porque esperaba llegar pronto al grado de prosperidad que gozan los anglo-americanos. Todo el pais, escepto dos ó tres ciudades de la costa, reconoció este nuevo gobierno; mas una nueva variacion introducida rápidamente y con violencia en la administracion, enfrió los ánimos de muchos independientes, y dió vigor al partido realista.

A esta sazon ocurrió en 26 de marzo de 1812 el gran terremoto que destruyó casi enteramente la ciudad de Caracas, en cuyas ruinas quedaron sepultadas veinte mil almas. Este desgraciado acontecimiento hizo creer al pueblo que aquella catástrofe, acaecida precisamente el jueves santo, era un castigo del cielo por haber emprendido una revolucion injusta. El jeneral Monteverde se aprovechó de esta predisposicion, principió la campaña y redujo con facilidad aquella poblacion á la obediencia de España. Los prisioneros españoles que estaban detenidos en Puerto-Cabello se sublevaron por aquella época, se apoderaron de la plaza, y D. Simon Bolívar que la mandaba tuvo que embarcarse precipitadamente. El ex-jeneral francés Miranda, que habia reunido el mando jeneral de las tropas republicanas, acudió al ruido de la reaccion; pero abandonado de sus tropas, fué autorizado por el poder ejecutivo para tratar de capitulacion con Monteverde. Con efecto, se verificó esta con las condiciones de reconocer á las cortes de Cádiz, de garantizar solemnemente á las pesonas y á sus propiedades, sin que se les reconviniese por sus ideas y conducta política anteriores. Por este medio volvió la capitanía jeneral de Caracas al dominio español.

No puede dudarse que aquel estado se habria mantenido tranquilo bajo el dominio de los españoles, si todos los jefes de esta nacion hubiesen adoptado medidas prudentes y conciliadoras; pero por desgracia no fué así ni se cumplió la capitulacion. Mi-

randa, á quien no profesaban el menor afecto por los daños que habia causado su carácter revoltoso, fué arrestado y remitido á Cádiz, donde murió encerrado en una cárcel, y tambien se hicieron otras muchas persecuciones que dieron causa á una nueva rebelion. Esta estalló simultáneamente, y cundió por el pais con la mayor velocidad: el primero que dió la señal fué Mariño, sublevando á Cumaná al mismo tiempo que Bolívar venia contra nueva Granada con un ejército que le habia confiado el congreso de Tunja. Entró en Caracas el 4 de agosto de 1813, y derribó la autoridad real con la misma facilidad que antes lo fué la de la independencia. Mientras se ocupaba Bolívar en convocar un congreso en Caracas á principios del año 1814, se engrosaba el ejército español con los negros que habian reclutado y armado los jenerales Morales y Boves: con ellos fué derrotado Bolívar en la Puerta y en Arajinta, teniendo que salir de Caracas y refujiarse en Cartajena.

Sin embargo, siempre seguia la lucha entre ambos partidos, cuando desembarcó Morillo con once mil hombres y completó en poco tiempo la reconquista. Despues de esta pacificacion jeneral, Arismendi fué el primero que volvió á tremolar el estandarte de la rebelion en la isla de Margarita, adonde le llevaron refuerzos en marzo de 1826 los tres jefes insurjentes Mac-gregor, el almirante Brion y Bolívar; mas todas estas fuerzas fueron destruidas, y la obediencia al rey pareció sólidamente asegurada por entonces.

Nueva-granada.—Apenas tuvieron en la Nueva-Granda noticia de los acontecimientos de la península, y de la primera revolucion de Caracas, se alteraron los habitantes, y los ayuntamientos compuestos de criollos se consideraron como representantes lejítimos de la nacion. El de Santa-Fé de Bogotá obtuvo del virey Amar el permiso de formar una junta, y en las demas ciudades de este vasto pais se erijieron los ayuntamientos en asambleas nacionales: la de Santa-Fé reconoció la rejencia de Cádiz; despues espulsó al virey Amar por cargos de conspiracion, é invitó á las otras provincias para que nombrasen diputados con el objeto de deliberar en una asamblea las medidas que debian adoptarse durante el cautiverio del rey.

Las provincias lejos de reco-

nocer la capitalidad de Santa-Fé se reunieron en estado federativo, y establecieron el congreso de Tunja, cuyo procedimiento dió lugar á disensiones intestinas, en tales términos que Santa-Fé pidió socorro á Inglaterra en setiembre de 1814. Viendo esto Bolívar salió de Caracas, ofreció sus servicios al congreso de Tunja, que fueron aceptados, y semetió á Santa-Fé, trasladando á ella el congreso, con lo que se disminuyeron los partidos y los males de una guerra civil. Todo el pais estaba insurreccionado contra España, escepto el distrito de Pasto, dirijido y animado por el clero, cuando Morillo despues de haber sujetado á Caracas y Cartajena entró en el reino de Granada, que se le entregó sin necesidad de emplear las armas.

CARTAJENA Y SANTA MARTA.—La junta que se formó en Cartajena el año 1810 no reconoció á la de Santa Fé, si bien proclamó del mismo modo que aquella la soberanía del rey de España.

Aunque la opinion de Cartajena estaba en favor de la independencia, no satisfecha por la poca consistencia que prometia el órden de cosas, envió dos diputados á Panamá para tratar de su sumision á la España: estos fueron arrestados, y debieron su libertad á las amenazas, intimaciones y protestas del capitan ingles que los condujo á bordo de su navio. Este acto ecsasperó los ánimos de aquellos naturales, y cuando en octubre de 1815 se vió amenazada la nueva república por los ejércitos realistas y tropas de Santa-Fé, escribió la asamblea á Lóndres y á la Jamáica ofreciendo ponerse bajo la proteccion de Inglaterra; pero no fué necesario, porque Morillo se presentó delante de Cartajena, y despues de un sitio de cuatro meses se apoderó de la ciudad.

QUITO.—Esta opulenta ciudad se sublevó en el año de 1809; pero se la sujetó con mucha facilidad y prontitud. En el año de 1810 fué la primera que se sustrajo á la autoridad del rey. Como el espíritu de libertad no estaba bien arraigado, consiguió el obispo de Cuenca con sus clérigos guerreros tremolar el estandarte de la nacion, aclamar al rey don Fernando VII, y restablecer el señorío español al mismo tiempo que Morillo se apoderaba de Santa Fé.

GUAYAQUIL. — Engreida esta rica ciudad con las ideas de in-

dependencia, se habia sublevado con el deseo de ser puerto libre, y cuando se tomó á Santa-Fé volvió á la obediencia del rey. El jeneral Morillo entró en Santa Fé de Bogotá el dia 5 de diciembre de 1816, reduciendo todo el pais á la autoridad real, y reponiendo al virey Samano en su destino. Bolívar habia huido por tercera vez á la Jamáica, centro de las contínuas espediciones, y formó rápidamente una nueva insurreccion mucho mas cruel que las anteriores.

Mientras el republicano Santander reunia en las llanuras de Nueva-Granada todos los que huian de Santa-Fé, y Mac-gregor disponia en las islas inglesas una considerable espedicion, venia Bolívar con otra de los Callos de San Luis en la isla de Santo Domingo, y desembarcó en la costa de Venezuela; se apoderó con mucha lijereza de una parte de la provincia, y el dia 8 de mayo de 1817 se volvió á instalar el congreso en Carayco. De aquí resultó la porfiada y sangrienta lucha entre Bolívar y Morillo: ambos tuvieron al principio iguales medios, reclutaban jente del pais, y recibian socorros de afuera: el primero de Inglaterra y de las Antillas, y el segundo de España.

Los españoles iban perdiendo su superioridad al paso que se refriaba en los naturales el primer ardor que los habia inclinado á su favor. Aunque Bolívar no habia podido acostumbrar á sus soldados á las rijidas reglas de una buena disciplina, que repugnaba al carácter de los naturales, estaban estos sin embargo sumamente entusiasmados por su jefe, y obedecian ciegamente sus órdenes; los oficialas no estaban menos ecsaltados en favor de su jeneral y de la causa que se habia propuesto defender: entre ellos figuraba particularmente el zambo Paez con sus escuadrones de negros, el almirante mulato Padilla, Montilla, ídolo de los blancos y de la nobleza de Caracas, los jenerales Sucre, Santander, Mariño, Arismendi y Merino Bermudez.

El ejército que Morillo habia llevado de Europa tuvo bien pronto una considerable baja, y los refuerzos que le enviaban de España no eran suficientes á reparar sus pérdidas; pero con su jenio y talentos militares hallaba recursos estraordinarios, logrando poner en pie un nuevo ejército compuesto de hombres

libres y de esclavos á quienes habia dado libertad.

A propuesta de Bolívar reunió el gobierno de Angosturas sobre el Orinoco un congreso, que principió sus funciones en febrero de 1819: ante esta asamblea depuso Bolívar el supremo mando, que despues se le devolvió con el relevante título de presidente y jeneral en jefe. Conociendo Bolívar que la independencia se habia arraigado ya en Venezuela, marchó para Nueva-Granada, derrotó á las tropas realistas en Bocaya, entró en Santa-Fé en 10 de agosto, fué declarado presidente de aquella provincia, y así se encontró jefe de los dos grandes gobiernos de Granada y Caracas, por cuyo medio preparó la union política de ambos paises.

Regresó Bolívar á Angosturas, y aquel congreso proclamó la reunion con el título de Colombia. La misma asamblea decretó en seguida la convocacion de otra representacion nacional en el pueblo de Cucuta, destinado á ser con el tiempo la capital del imperio con el nombre de Bolívar. Cuando en 17 de diciembre de 1819 se hizo esta proclamacion, solo conservaba Morillo la costa del golfo de Méjico desde Cartajena hasta Cumaná. Poco despues recibió la noticia de la revolucion constitucional de España, y órdenes para entablar negociaciones con los independientes; en su cumplimiento ofició al congreso estimulándole á que reconociera el sistema constitucional de la metrópoli, ofreciendo todas las garantías compatibles con aquellas instituciones. Les hacia presente que con este nuevo órden de cosas se reconocian las provincias de ultramar como partes integrantes de la monarquía española, y de ningun modo como colonias; pero habiendo contestado el congreso que no podia tratar bajo otra base que la de la independencia, se limitó Morillo á concertar un armisticio que se firmó en 9 de noviembre de 1820, y se embarcó para España, entregando el mando á La-Torre, á quien remplazó despues Morales, hombre de valor y de conocimientos, aunque de carácter duro y obstinado.

El único objeto que se propuso Bolívar cuando firmó el armisticio, fué ganar tiempo para separar á los criollos del partido de los realistas: á esta sazon ascendian las tropas de Bolívar á veinticinco mil hombres, y las de los realistas á quince mil. Viéndose este jeneral superior

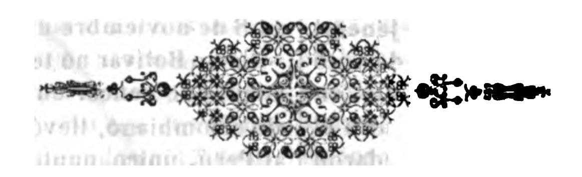
en fuerzas, rompió la tregua y principiaron las hostilidades; Morales hizo en vano ostentacion de sus talentos y recursos, pues no igualaba en fuerza física ni moral al colombiano. Mientras este sometia la costa, proclamó el congreso jeneral en 24 de agosto de 1821 la constitucion que actualmente rije en aquella república, y despues se trasladó á Santa-Fé de Bogotá. Luego que las victorias de Bolívar le hicieron dueño de Cartajena, declaró la reunion de esta ciudad á la república de Colombia.

Los anglo-americanos reconocieron la independencia de la república de Colombia en agosto de 1822, y tambien la de Méjico, Perú, Chile y Buenos-Aires.

Morales se mantenia con bastante ventaja en medio de estas negociaciones: el reino de Quito habia vuelto á sucumbir á los españoles, y era el punto donde se reunian todos los que no eran adictos á la independencia nacional: Bolívar envió al jeneral Sucre contra ellos, los derrotó en una batalla que les dió en Pichinche, y entró en Quito el 18 de mayo. Con esto quedaron sujetas á los independientes todas aquellas provincias; pero muchos amantes del gobierno monárquico, unidos con el clero, amagaron bien pronto la ecsistencia de la república. El obispo de Popayan levantó el estandarte real, interceptó las comunicaciones del jeneral Sucre y su tropa con la capital, y se puso en un estado tan imponente, que Bolívar tuvo que acudir precipitadamente á deshacer esta rebelion, como lo consiguió con la batalla de Bombona, derrotando completamente á los descontentos, quienes se resistieron con denuedo. Desde allí pasó Bolívar á Guayaquil, cuya asamblea acordó la incorporacion de su provincia á la república de Colombia, que se estendió de este modo sobre el reino de Quito. Despues de haber batallado Morales contra la opinion de la independencia, tuvo que embarcarse en Maracaibo, dejándola en poder de los independientes; y no quedando ya á España mas plaza en aquellos dominios que Puerto-Cabello, se apoderó de ella el jeneral Paez en 8 de noviembre de 1823.

Como Bolívar no tenia ya enemigos que vencer en el territorio colombiano, llevó sus armas al Perú, único punto donde se sostenia todavía con alguna fuerza la causa del rey, cuyos sucesos posteriores se han visto en la historia del Perú.

En el año 1826 se formó en Venezuela una séria revolucion: alarmado el senado contra la tortuosa conducta que el jeneral Paez observaba en aquella provincia, sorprendido del modo mas atropellado y anticonstitucional, y deseando cortar los trascendentales perjuícios que debian resultar de la continuacion de aquel jefe en el mando, le intimó por conducto del poder ejecutivo que se despojase de él y lo entregase al brigadier Escalona. La irritacion de Paez, engreido con sus triunfos y con la toma de Puerto-Cabello que le habia dado mucha nombradía, animó á sus partidarios para concitar un motin que desobedeciese las órdenes del supremo gobierno. Paez, lejos de oponerse á esta sublevacion, á cuyo frente se habia puesto la municipalidad obligada por una furiosa soldadesca, se declaró observante de sus ridículas resoluciones, constituyéndose en actitud hostil contra todos los poderes del estado, y pidiendo reformas en la constitucion; pero intimidado por no ver apoyado su plan por los demas departamentos, escribió al presidente Bolívar para que viniese inmediatamente á restablecer la tranquilidad y dirimir las contiendas. El pronto arribo del jefe y las buenas medidas que adoptó transijiendo con los sublevados, suspendieron por entonces el terrible golpe que amenazaba á la tranquilidad y ecsistencia de la primera república de la América Meridional.



CAPITULO IV.

República de Bolivia. — Chile. — Tierras Magallánicas. — La Patagonia. — República Arjentina. — Buenos-Aires. — Montevideo. — Paraguay.—Imperio del Brasil. — Guayana. — Tribus bárbaras del Brasil y de la Guayana.

REPUBLICA DE BOLIVIA. — Se forma de lo que se llamó antes Alto Perú, y de algunas provincias del Rio de la Plata: tiene doscientas diezinueve leguas de largo, y doscientas de ancho: confina por la parte del N. con la república del Perú; por el E. con la provincia de Matogroso; por el S. con los estados de Buenos-Aires; y por el O. con el mar del S. Comprende en su recinto las provincias de Lampa, que es muy poco productiva de frutos por la rijidez de su clima, pero muy abundante de ganado mayor y menor, de llamas, vicuñas y vizcachas, de cuyas lanas fabrican muchos tapetes y alfombras. Sus minas de plata son poco estimadas: en el cerro Caquenquerañani hay una buena veta de azogue, y cerca de él una laguna de tres leguas de circunferencia cubierta de enea, entre la cual se crian muchos conejos, palomas, tórtolas, cuyes, venados y alcones.

El partido de Carabaya es de un temperamento vário, y en su terreno se cria bastante ganado: cultivan muchos cocales, de los que cojen en algunos parajes cuatro cosechas en un año. No baja de treinta y tres millones de pesos el oro que han producído sus minas, pero en el dia no resarcirian los gastos: en los rios se encuentran arenas de oro, y en algunos cerros minas de plata y cobre. Ha sufrido aquel pais muchos terremotos.

El distrito de Asángaro goza de un clima tan frio que no permite crecer otros frutos que quina, papas, y cañahagua; se crian bastantes ganados, de cu-

yas lanas y sebo se hace un comercio importante.

La provincia de Chucuito disfruta de un clima sano aunque frio; sus producciones principales son papas, quina, cañahagua, y en algunos parajes mas abrigados cebada, legumbres, flores y árboles frutales. Su principal riqueza la componen los ganados vacuno, lanar y de cerda, llamas, alpacas, huanacos, vicuñas y otros muchos animales. Se ven tambien en aquel distrito muchos minerales de oro y plata, y manantiales de aguas medicinales.

El partido de Paucarcolla es jeneralmente frio, produce pocos frutos como los anteriores, pero en sus lozanos pastos se cria mucho ganado vacuno, lanar y de cerda, llamas, vicuñas, vizcachas, venados, cuyes, perdices y otros varios. Los naturales se ocupan en la arriería, y las mujeres en hacer tejidos de lana de sus ganados. Hay en él minas, particularmente en la Icacota, en los cerros de Cancarani y San José, y en el del Azogue, nombrado asi por las vetas que tiene de este mineral.

Pacajes, antigua provincia que se llama ahora de la Paz, goza de un clima desagradable, frio y estéril: cria ganados de las mismas especies que quedan referidas, y de la leche del ovejuno hacen buenos quesos, con los cuales y la carne que matan y salan adquieren en la costa los jéneros que necesitan. En otro tiempo era esta provincia rica en minas, de las que las mas acreditadas fueron las de Berenguela, San Juan y Tampaya. Su capital, Nuestra Señora de la Paz ó Chuquiabo, situada en una hermosa llanura, la fundó Alonso de Mendoza el año 1548.

El distrito de Omasuyos es tambien en lo jeneral frio, aunque en algunos sitios se goza de un mediano temple, y allí se crian berzas y flores, un número prodijioso de bueyes, mulas, caballos, cerdos, huanacos, ovejas, vicuñas, raposas, vizcachas y llamas, de cuyas lanas fabrican tejidos. Bañan este territorio muchos rios que nacen en la cordillera y se pierden en la laguna de Umamarca.

El distrito de Larecaja tiene muchos cerros cubiertos de nieve todo el año; le atraviesan varios arroyos que forman un rio que desagua en el Beni; sin embargo, los pueblos gozan de un mediano temple y mucha salubridad: se culti-

van diferentes clases de semillas y frutas; se coje alguna coca y frutos de montaña: en el distrito de Quebaya y otros se hallan minas de oro que en otro tiempo fueron muy beneficiosas.

La provincia de Cicasica goza de un clima variado, produce toda clase de ganados, frutas, vino, cañas de azúcar, y coca en abundancia, de que hace un gran comercio. La riega el rio de la Paz y otros que bajan de la cordillera: una de sus útiles producciones es la cascarilla, quina tan buena como la de Loja. En el antiguo mineral de oro llamado Chuquihuila se halló una rica pepita de noventa marcos, que se valuó en once mil doscientos sesenta y nueve pesos. En los bosques hay escelentes maderas, tabaco y frutas: hubo antiguamente minas de oro y plata que aun se reconocen en el cerro de Santiago y otros.

El distrito de Oruro produce alguna cebada, papas y quinua, ganado menor y llamas. En su terreno salitroso se fabrica mucha pólvora. Sus minas de oro y plata estuvieron florecientes en otro tiempo, pero al presente es dificil su habilitacion, por hallarse en gran parte aguadas á causa de la falta de declive en el terreno.

El partido de Pária es en gran parte de serranía, de clima frio y producciones escasas, aunque abundante en ganado menor. Hay en su término una laguna de la que se saca bastante sal. En lo antiguo se trabajaron allí minas de oro y plata. En este distrito, un gran rio llamado el Desaguadero, forma la laguna Ullagas de tres á cuatro leguas de largo y dos de ancho, que sin duda se arroja al mar por debajo de tierra, porque de otro modo no podria mantenerse siempre en un estado recibiendo las aguas de un rio tan caudaloso. La capital lleva el mismo nombre de Pária, y allí sostuvieron las tropas del rey en el año 1823 la larga, sangrienta y penosísima campaña que tomó el nombre de Desaguadero, en la cual fueron destruidos los ejércitos independientes del Perú y de Colombia, mandados el primero por Santa Cruz y el segundo por Sucre, habiéndose tambien impedido el desembarco de otra espedicion que llegaba de Chile, para apoyar el establecimiento de un gobierno republicano.

El partido de Carangas pertenece tambien á esta república; su clima es frio y ventoso, y sus frutos muy escasos. El ganado mayor y menor es abundante, tiene buenas minas de oro y plata especialmente la del Turco.

El partido de Porco es de temperamento frio en lo jeneral; sus frutos, como en los demas paises situados en serranías: en los valles templados produce algun trigo, frutas y parrales, de cuya uva hacen vino. Su principal comercio y riqueza consiste en los abundantes minerales de plata, que siempre han sido célebres.

La provincia de Potosí pertenece tambien á esta república; su clima es frio, su terreno montuoso, lleno de rocas, riscos y cerros muy estériles en frutos, pero abundante de pastos y ganado ovejuno, llamas y vicuñas. Abunda tambien en sal cristalina, y es célebre por sus inagotables minas de plata, de las cuales se acuñaron desde el año 1545 hasta el de 1826 mil doscientos millones de pesos, sin contar las inumerables cantidades que se estrajeron de contrabando.

La provincia de Charcas ó Chayanta goza de un clima muy vario, y por lo mismo lo son tambien sus producciones. Se encuentran allí algunos minerales de oro y muchos de plata, que actualmente están aguados: sus bosques, llenos de buenas maderas de construccion, crian muchos tigres y leopardos, abundan en loros y otras infinitas especies de aves, así como en abejas que fabrican sus panales en los troncos de los árboles.

El partido de Pilaya y Paspaya ó Cinti está cortado por muchos cerros y riscos, entre los cuales se hallan situados sus pueblos, que disfrutan de un clima caliente y de terreno abundante de frutas, semillas y uvas, de que hacen mucho vino y aguardiente. Lo riegan los rios San Juan, que es muy caudaloso y nace en el término de Lipes; el Toropalca, que entra en el Chinchas; el de Cinti, el de Supay y el de Agchilla, que corre hácia el S. y forma el de Paspaya, que dirijiendo despues su curso al E., tributa sus aguas al Pilcomayo.

La provincia de Cochabamba puede llamarse el granero del Perú por su mucha abundancia de toda especie de semillas, pues su clima es benigno y saludable. En otro tiempo se trabajaron algunas minas en sus montes, donde se hallan manantiales de

agua caliente. Su principal comercio consiste en el azúcar que elaboran en sus grandes haciendas; tambien tienen otras muchas producciones agrícolas, y ganado mayor y menor que se cria con abundancia en los parajes montuosos. Se fabrica allí el vidrio, porque hay abundancia de sosa y barrilla.

El pequeño distrito de Pamabamba se compone de haciendas de campo, en donde cultivan muchas semillas y crian ganados. En los rios llamados Parapeti y Nuevo, situados en el territorio de los indios, van á pescar dorados y sábalos muy grandes, que llevan á la Plata y Potosí en tiempo de hielos solamente, porque con el calor se corrompen.

El partido de Tomina está sujeto á un clima caloroso; es abundante en semillas, frutas y cañas dulces, así como de ganado vacuno, caballar y lanar. Le cruzan varios riachuelos que forman el Dorado, cuyo curso fertiliza este pais, asi como el rio Grande, que sirve de línea divisoria entre este partido y el de Santa Cruz de la Sierra.

La provincia marítima de Atacames se divide en superior é inferior; la primera es de temperamento frio y abundante en frutas y semillas de sierra: se crian en ella algunos avestruces y muchas vicuñas, con cuyas pieles hacen gran comercio, y su carne les sirve de alimento. Esta provincia es abundante en minas de plata y oro, aguas calientes y sal que sacan de dos lagunas que llaman Blanca y Azul. La parte inferior tiene algunos puertos, en cuyas costas se pescan buenos cóngrios y otros pescados.

El distrito de Yamparaes es de un temperamento frio en la mayor parte, por lo que sus frutos son papas, cebada, algun trigo, maiz y legumbres, con escasos ganados; y aunque tiene muy pocos metales, enriquece á este distrito su abundante y buena mina de sal. Riegan el pais los caudalosos rios Pilcomayo y Cachimayo, en los cuales se pescan sábalos, dorados y bagres; en los valles inmediatos se cultiva toda clase de hortaliza y frutas, algun vino y azúcar. En sus bosques, cubiertos de escelentes maderas, se crian animales feroces, insectos ponzoñosos, multitud de aves, entre ellas la que llaman el Carpintero, porque con el pico hace agujeros en los árboles para colocar sus nidos, y tambien sirven de panales para las abejas; otra cono-

cida con el nombre de Hornero, fabrica en los árboles con admirable industria unas casitas de barro en forma de hornos, para su habitacion. Este pais es muy enfermizo hácia la parte de Capavilque, Mojotoro y Guanipaya, cuyos naturales padecen entre otros males la deformidad de los cotos en la garganta.

El distrito de Apolobamba está poblado de distintas castas de indios; su terreno es montuoso, sus caminos muy escabrosos desde el pueblo de Buenavista hasta el del Valle-Ameno. Los frutos principales que allí se cultivan son yucas, arroz, maiz, camotes, mani y plátanos: abunda en algodon y cera, cooc y algun cacao.

El distrito de Mizque está situado bajo un clima cálido en gran parte: sus producciones son trigo, maiz, legumbres, hortaliza, cañas de azúcar, viñas y algun ganado, cuyos frutos apenas bastan para al consumo del pais, que es reputado por el mas pobre del Perú por carecer tambien de minas. En sus bosques abundan los cedros, algarrobos, los tigres, leopardos, zorras, onzas, pavos, palomas, loros, patos, garzas y otros animales y reptiles, algunos de ellos venenosos.

La provincia de Santa Cruz de la Sierra disfruta de un temperamento caliente y húmedo, y de un pais montuoso, tan estéril, que no se cria en él trigo ni vino, sino algun arroz, maiz, cañas de azúcar, yucas, camotes y otras frutas; pero produce escelentes maderas de varias especies, y cera que se encuentra con abundancia en los troncos de los árboles. Hay esparcidos por este pais algunos indios errantes muy guerreros, que no han podido ser subyugados por el gobierno. A una legua de Samaipatan, pueblo de los mas importantes, se ve un cerro alto en el que hay restos de un palacio que llamaban de Inca, en donde dicen ecsiste un gran tesoro del tiempo de los jentiles.

El pequeño distrito de Tarija es fértil en trigo, maiz, aceite y otros frutos: en sus lozanos pastos se cria mucho ganado: en sus montes se encierran algunas minas de oro y plata. Le fertilizan varios rios que abundan en pescados: el Tipuanis lleva entre sus arenas mucho oro.

La provincia de Mojos la bañan los tres rios mas caudalosos que son el Mamoré, el Itenes ó Huaporé, y el Beni: su clima es cálido y húmedo por sus muchos bosques y rios, que forman un gran número de lagunas y panta-

nos, especialmente en tiempo de lluvias, con las cuales se inunda mucha parte del territorio hasta el estremo de ocultarse los árboles, y verse obligados los habitantes á transitar de un pueblo á otro en balsas. Con estas grandes humedades, los fuertes calores y la falta de ventilacion, se desarrollan todos los años epidemias horrorosas que son causa de la despoblacion del pais, cuyo terreno es sumamente ingrato é infructífero; sin embargo, en algunos pueblos se cojen buenas cosechas de cacao y algodon. Los bosques estan cubiertos de árboles preciosos, cuales son el guayacanes, canelos, marias, quina-quinas, cuya semilla es muy fragante cuando se quema, cedros, palmas, tajibos, almendros diferentes de los de Europa, y otros muchos: tambien se crian en ellos animales montaraces, culebras boas y de cascabel, víboras, arañas pequeñas y grandes, alacranes, chinches que vuelan, mosquitos, jejenes, hormigas muy grandes y terribles, murciélagos de un tamaño estraordinario y otras sabandijas venenosas, asi como aves muy raras, parleras y de canto. Sus rios y lagunas abundan en buenos pescados, caimanes, rayas, palometas y delfines. Estos vastísimos paises estan habitados en la mayor parte por indios que en otro tiempo fueron los mas bárbaros, crueles y brutales, hasta que á mediados del siglo XVII empezaron á ser convertidos al cristianismo por los jesuitas.

El territorio de los indios chiquitos es igualmente de un temparamento cálido y húmedo, por lo cual padece las mismas desgracias y mortificaciones que el de Mojos, entre las cuales debe recordarse como una de las mas mortíferas la padecida en el año 1778, que quitó la vida á mas de cuatro mil almas, sesta parte de su poblacion en aquella época. Una plaga de grillos los mortifican con su desagradable canto nocturno, y con la destruccion de sus ropas, muebles y enseres, pues como penetran por todas partes, lo destrozan todo: lo es tambien la plaga de arañas, que algunas son del tamaño de un puño, y otras mas pequeñas; tejen sus hilos entre los árboles con tal espesura que impiden el paso: hay otras muy pequeñas de color rojo, cuya tela es amarilla y suave como la seda; daña estraordinariamente con su mordedura, tan venenosa, que al instante se hincha todo el cuero, y se arro-

ja sangre por boca, narices, ojos, oidos y uñas con una tan terrible y violenta evacuacion, que en algunos produce efectos saludables, porque con ella espelen el pestífero veneno. A la parte del S. es el terreno llano con inmensos bosques abundantes en canela silvestre, miel, cera, resina y preciosos bálsamos: hay unos monos grandes, barbudos y negros, ciervos, osos, javalíes, tigres y otros diferentes cuadrúpedos y reptiles ponzoñosos. En sus muchas lagunas que se forman de los varios rios que bajan de las montañas, se hallan muchas tortugas y pescado esquisito.

Los indios de este pais son bien formados, robustos y de buena estatura, en estremo perezosos, y por lo jeneral apenas viven sesenta años. Sus poblaciones son de una figura regular, compuestas de calles anchas y rectas, con una gran plaza cuadrada en medio; sus muebles son amacas de algodon, ollas y cántaros: su traje un vestido de tela gruesa sin mangas, hasta la media pierna; los casados usan un calzon de paño de bayeta con fuelles colorados en los dias festivos, y los que ejercen oficios concejiles un armador de la misma tela; no usan sombreros ni zapatos, pero sí muchos collares de rosarios y medallas; las mujeres los llevan tambien de cuentas de vidrio mezcladas con cocos pequeños y fríjoles colorados, y por único vestido camisas cerradas que les llegan hasta el suelo sin ninguna ligadura. Los padres jesuitas les enseñaron oficios mecánicos, que aprendieron con perfeccion. El principal ramo de su riqueza es la cera blanca y amarilla que sacan de los bosques, y no tiene la consistencia que la de Europa: la amarilla la entregan al cura, quien la beneficia, la envia á vender á las provincias vecinas del Perú, y con su producto, asi como con el de sus tejidos, adquieren los artículos de primera necesidad.

Los primeros españoles que entraron en este pais le dieron el nombre que tiene por la pequeñez de las puertas de sus viviendas, por las cuales no podia entrarse sino á gatas: este arbitrio les servia para librarse de las fieras y enemigos que les amenazaban de contínuo. El primer europeo que pisó aquel territorio en el año 1557 fué Nuflo de Chaves; pero su conquista no se completó hasta el de 1690, en que los misioneros jesuitas los redujeron á la fé católica;

quienes continuaron hasta el de 1797 que fué la época de su espulsion, y les remplazaron los clérigos seculares. El mucho cautiverio que han hecho los portugueses de estos indios para cultivar sus haciendas, ha disminuido considerablemente su poblacion, que antes se componia de cuarenta y ocho diversas naciones muy numerosas. Sus pueblos son conocidos con los nombres de San Javier, la Concepcion, San Miguel, San Ignacio, Santa Ana, San José, Santiago, San Juan y el Santo Corazon.

Vencido el ejército realista en Ayacucho, sucumbieron despues Miranda, que mandaba una partida de convalecientes en las orillas del Aparimac, el nuevo virey que habia elejido la gran guarnicion del Cuzco, las tropas de Puno, las de Arequipa, y finalmente las de Olañeta, dando muerte á su jefe que se habia hecho sospechoso.

Con esto se apoderó Bolívar de aquellos paises, y persuadido de la conveniencia de establecer en ellos un gobierno independiente, formó con aclamacion y entusiasmo jeneral una república, á la que dieron el nombre de Bolivia, para perpetuar de este modo la memoria del primer jefe de la revolucion americana y sus triunfos conseguidos en el Perú. El mismo jefe dió á peticion de los pueblos una constitucion muy semejante á la que rejia en el bajo Perú, con solo la diferencia de haber creado una tercera cámara para dirimir las dudas que se suscitasen entre la asamblea jeneral y el senado.

Nombrados los electores parroquiales, y reunidos en 16 de agosto de 1816, votaron que Bolívar fuese presidente perpétuo de la república con facultad de elejir su sucesor, y este subdelegó el poder al gran mariscal de Ayacucho el jeneral Sucre.

La renta del presidente es de treinta y seis mil pesos fuertes anuales: su persona es inviolable y esenta de responsabilidad, pues esta gravita esclusivamente sobre los ministros: sus atribuciones son tomar las medidas convenientes para sostener el órden en lo interior y esterior, ejecutar las leyes y decretos del congreso, presentar á este los proyectos que crea necesarios al bien público, y hacer tratados de paz, alianza, neutralidad, treguas, comercio, etc., ratificándolos despues que el congreso los haya aprobado. En el caso de una pronta invasion tiene

facultad de hacer inmediatamente la guerra, dando luego cuenta documentada al congreso. Nombra el presidente todos los ministros y cónsules, manda la fuerza armada, nombra los jenerales de los ejércitos, y provee todos los demas destinos militares: debe cuidar de que la justicia se administre con pureza é integridad; nombra los majistrados de los tribunales, presenta para los arzobispados y obispados, provee los empleos de la lista civil y eclesiástica, y puede suspender á cualquier funcionario público, pasando la sumaria al tribunal competente en el término de tres dias.

Chile. — El estado de Chile está situado entre los 24 y 42° 50' latitud S., y entre los 303° 50' y 308° 50' lonjitud E.: de N. á S. tiene trescientas cincuenta y siete leguas, unas ochenta en lo mas ancho, cincuenta en lo mas estrecho, y catorce mil doscientas cuarenta de superficie, con un millon y cien mil habitantes: sus límites al N.O. son el rio Salado; al N. el desierto de Atacames y la cordillera; al E. las provincias unidas del Rio de la Plata; al S. E. la Patagonia; al S. la isla de Chiloe y el golfo de Guasteca, y al O. el mar Pacífico. Pertenecen á este estado la provincia de Santiago, la de Aconcagua, la de Quillota, el distrito de Valparaiso, la provincia de Melipilla, la de Rancagua, la de la Concepcion, la de Araucania, el valle de Ongolmo, la provincia de Copiapó, la de Coquimbo la de Colchagua, la de Maule, el distrito de Puchacay y el de Rere. El temperamento de Chile es sumamente delicioso y templado; las estaciones siguen su curso regular, aunque inversas á las nuestras por la igualdad de latitudes en diferente hemisferio, de modo que cuando en España es primavera en Chile es otoño. El verano es tan claro y sereno como en la Península, pues apenas podrán hallarse dos paises que convengan mas en el carácter físico. El aspecto del pais es muy pintoresco, cortado por frondosos valles, y regado por las vertientes de los Andes que lo hacen muy ameno y sano.

Se asegura que no hay en el mundo un pais mas favorecido de la naturaleza que el de Chile, porque ademas de los frutos propios de aquellos terrenos, reune tambien los de Europa, siendo los mas principales y abundantes los gra-

nos, el vino, aceite, legumbres, lino, cáñamo, tabaco, frutas, orégano, azafran y romí, que se esportan en grandes porciones para Lima. El alarce es un árbol muy precioso, cuya madera es semejante á la del cedro encarnado, y de una magnitud tan estraordinaria que de uno solo se han llegado á sacar seiscientas tablas de veinte pies de largo y dos de ancho. Se crian tambien otros muchos árboles de buenas maderas y frutales de todas clases; el árbol del incienso, el chilea, la jarilla, el coliguay, la murtilla, el romerillo, la caña llamada de Chile y otros inumerables. Ademas de una gran variedad de plantas se hallan allí la yerba de la sal, la mady, la quinua, la velvum, el quichimali, la guadalagüen, la yerba de los locos, la tembladera, la albahaquilla y toda clase de flores y aromas. En las orillas de los arroyos y acequias de la provincia de copiapó se crian unos arbolitos muy curiosos llamados pájaros bobos que destilan un licor, que beneficiado al fuego sirve de pez para tapar las vasijas donde se custodia el vino.

Los Andes cruzan el estado de Chile de N. á S., y por algunos parajes tienen de anchura treinta leguas, y cimas muy elevadas, con las cuales dificultan el paso para las provincias unidas del Rio de la Plata, de las que forman la línea divisoria. El paso menos dificil es el camino real de Santiago á Mendoza, en el cual se pierden todos los años muchas mulas y aun personas, á pesar de las grandes sumas que se han gastado en su composicion. La rejion media de la Cordillera formada de algunos ramales transversales, tiene llanuras y valles regados por arroyos y nacimientos de aguas que fertilizan el pais. Otros de los montes mas distinguidos en el estado de Chile son los que llaman tetas de Biobio, por hallarse á la entrada de este rio en el mar, muy cerca de la costa. La laguna de Taguatagua, á catorce leguas de la ciudad de Santiago á la orilla del rio Tinguiririca, es célebre por sus muchas aves acuáticas y peces, particularmente truchas que son muy apreciadas. La de Pudagüell, á nueve millas de la misma ciudad, se forma de los rios Colina y Lampa; tiene dos leguas de estension, y abunda en pescados esquisitos, en sauces hermosos y

verdes maitenes. La de Rapel, en la provincia de Colchagua, se forma de las aguas del mar Pacífico, cria mucho pescado, y cuando se seca la boca que comunica con el mar, como sucede ordinariamente en el mes de enero, se cuaja el agua en costras de dos ó tres palmos, de una sal muy blanca y de buen gusto. La de Aculeo, en el distrito de Maipó, tiene tres leguas de largo y una de ancho: es nombrada por la abundancia y delicadeza de los pejereyes que cria. Hay tambien otros lagos menos considerables de iguales propiedades, que tienen comunicacion con el mar.

Apenas hay otro pais que abunde tanto en rios como el de Chile: los principales son el Salado que baja de la Cordillera y corre inmediato á los confines del Perú. El Juncal es de muy poca consideracion, pues á veces no llega al mar por sus escasas aguas. El Guasco se forma de dos rios que bajan de la cordillera. El Tongoy tiene su orijen de la misma, baña el territorio de Coquimbo, y aunque pequeño, forma á la embocadura en el mar Pacífico un puerto que lleva el nombre de la provincia. El Limari tiene el mismo orijen y poco caudal de aguas. El Mapocho nace tambien en la cordillera, pasa por la ciudad de Santiago, en donde se reparte en varias acequias que ferlizan los campos y espaciosas llanuras, se esconde debajo de tierra, y despues aparece por entre unos carrizales arrojando á borbotones sus aguas tan claras y puras como el cristal; pasa á reunirse con el Maipó que nace en la laguna Pudagüell, y corre con tanta rapidez que no hay puente que resista sus violentas avenidas, y con la misma entra en el mar, rechazando á este por gran distancia. El Topocalma es muy caudaloso, fecundiza la provincia de Santiago y pasa por las cercanías de esta capital. El Delora es tambien caudaloso, cruza por la misma provincia fertilizando hermosos campos y valles hasta desaguar en el Pacífico, despues de haber recibido las aguas del Teno, Peteroa y Mataquito. El Maule nace en las montañas de la Cordillera, recoje las aguas del Cauquenes, del Claro y otros muchos rios, pasando á perderse en el Pacífico, en cuya entrada forma una bahía muy cómoda en donde hay un astillero escelente.

Los indios llaman á este sitio *Promocaces*, que significa lugar de bailes, para denotar la delicia de aquel terreno: últimamente atraviesan el estado de Chile otros inumerables rios.

Hay en este estado muchas especies de minerales; el mas rico y abundante es el oro llamado de pepitas, que se estrae de las minas de la Concepcion, cuyo producto y el de la plata será de unos dos millones de duros anualmente. Los riachuelos y torrentes de aguas que bajan de las montañas arrastran partículas de oro; tambien abunda en cobre especialmente en Coquimbo. Hácia los cerros del curato de Colima, en la provincia de Santiago, hay treinta y cuatro minas de oro, y varios lavaderos en la sierra de Quindo, en el alto de Caten y en el asiento viejo de Tiltil. Tambien hay minas de oro en la provincia de Rancagua, y en las montañas á la parte del E. cristal de roca, y unos baños medicinales muy célebres. En la villa de Petorca, provincia de Quillota, estuvo el asiento de las famosas minas de oro que han producido á España inmensas riquezas. En el año de 1811 se descubrió en Guasco una mina de plata que produce tanto como las de Guenajuato y Potosí. Y últimamente hay esparcidas por todo el pais otras muchas de estaño, plomo, azogue, azufre, piedra iman, carbon de piedra, mercurio, fierro, antimonio, sal jemma, alumbre, betunes de diferentes calidades, mármol, lapizlázuli é infinitas clases de piedras preciosas y aguas minerales.

Es la curiosidad mas rara de este pais, y superior á cuanto pudiera hacer el arte, el monte taladrado por el rio Mendoza, al que sirve de puente; su concavidad está adornada de figuras y flores de una piedra á modo de sal, producida por la filtracion de las aguas, y un tablon grande de peña que se halla debajo del puente, que se conoce con el nombre de Inca, y le sirve de pavimento, del cual salen cinco nacimientos de agua salobre hirviendo. Otra curiosidad natural es una fuente que brota de la arena, una legua distante del mar, que parece hierve á borbotones, y si la arrojan alguna ramilla ó algun otro objeto lijero, se alborota con mas fuerza hasta que lo sepulta en su seno; sus aguas tienen la virtud especial de disolver y espeler del cuerpo humano todos los humores crasos. En una llanura cerca del pueblo de Rapel, en la pro-

vincia de Colchagua, hay una cueva que debe ser obra de la naturaleza, cuya puerta, de dos varas de ancho y poco mas de alto, abre la entrada á un salon de quince de largo y de tres ó cuatro de ancho, de cuya bóveda destilan todo el año, escepto en los meses de calor, unas gotas que forman bonitas estaláctites. Se crian en el territorio de Chile escelentes caballos, numerosas manadas de lobos, cabras y ovejas que forman uno de los principales ramos de su riqueza. Tambien habitan aquella rejion las mismas especies de animales montaraces que en el Perú. Entre las inumerables aves que se crian en Chile, debe notarse el condor; es carnívora, de estraordinario grandor, que arrebata por el aire los carneros; la jente del campo se vale de muchos arbitrios para esterminar esta plaga: algunos se cubren con un cuero fresco de buey, se tienden en el suelo, y cuando atraidos del olor se arriman, los cojen por las patas á pesar de sus terribles picotazos y esfuerzos, cuyos golpes reparan con unos guantes recios que llevan al intento; tambien se valen de otros ardides para esta cacería. Abundan igualmente los cisnes, trencas, alcatraces, que son una especie de pelícanos, tordos, pavos, ánades, bandurrias, cigüeñas, garzas, milanos, palomas, papagayos, y otras inumerables especies. Las costas, rios y lagunas estan llenas de todo jénero de pescados de un gusto muy delicado.

Las manufacturas de Chile se reducen á tejidos de lana y lino, á la fabricacion de cuerdas, jarcias, hilo, curtidos, jabon y objetos de uso comun. Su comercio es muy considerable principalmente con el Perú, adonde envian grandes partidas de granos, frutas secas, carnes saladas, cueros, cordobanes, cáñamos y caballos; y en cambio reciben azúcar, cacao, tabaco, y otros artículos de que escasean. Tambien envian desde Chile á las provincias del Rio de la Plata aguardiente, vino, aceite y oro; y reciben cera, algodon, mulos y otros efectos, cuyo comercio se ejerce con mucha penalidad por tierra desde Santiago á Buenos-Aires, pues tienen que cruzar muchos montes, desiertos y barrancos.

Los habitantes de Chile son una mezcla de españoles y americanos, ó indios bravos; los dos primeros tienen mucha semejanza en su carácter físico y moral: los últimos, llamados a-

raucanos, habitantes de la parte del S. del rio Biobio, en las montañas de los Andes, y que se enseñorean de todas aquellas llanuras, han sido siempre enemigos irreconciliables de los españoles, á cuyo dominio nunca se han podido sujetar por mas que se ha hecho.

La nueva república de Chile está dividida en tres partes: Santiago, la Concepcion y Coquimbo; la primera se divide en los partidos de Aconcagua, Santa Rosa, Quillota, Valparaiso, Casa-Blanca, Melipilla, Rancagua, San Fernando, Curico y Talca; la segunda en los de Parnate, Chillan, Cauquenes, Rere, los Anjeles, Santa Bárbara y Arauco; la tercera en los de Copiapó, Guasco, Illapel, Petorca y Ligua.

El ejército permanente de esta república ascenderá á cuatro mil hombres, y de milicias unos veinticinco mil: su marina consiste en cuatro fragatas, seis bergantines y seis goletas. En el año 1825 importaron sus rentas un millon setecientos cuarenta mil pesos, y su deuda cinco millones; pero las rentas son susceptibles de muchas mejoras, que con el tiempo ofrecen un brillante resultado.

La historia de Chile nos presenta una guerra con los araucanos por espacio de dos siglos y medio, que tan solo fué interrumpida algunas veces por espediciones que hicieron otras naciones de Europa contra aquellos naturales, á quienes ni las persecuciones ni las armas pudieron someter, pues con sus contínuas alarmas siempre tuvieron en movimiento y ajitacion á los conquistadores del imperio de los Incas, hasta que en el año 1783 se entablaron negociaciones con ellos, tratándoles como iguales, y desde entonces fueron amigos tan fieles de los españoles como antes habian sido enemigos encarnizados, siguiendo con la mayor constancia su resolucion hasta haber tomado partido en la última lucha á favor de la España, conservando siempre su indomable fiereza y culto idólatra al frente del ejército realista.

En 18 de julio de 1810 principió la revolucion deponiendo al virey Carrasco, y se emprendió la larga lucha en que se vió envuelto aquel pais. El pueblo nombró por sucesor de Carrasco al conde de la Conquista, que convocó una junta de las familias principales del pais. Reunida esta el 18 de setiembre con el

título de conservadora del rey mientras durase su cautiverio, pidió la formacion de un congreso, y en la ocasion de hallarse reunidos los habitantes de la capital para llevar á efecto esté plan, fueron atacados por un destacamento de dragones de la Concepcion, mandado por Figueros, con gran sorpresa de los chilenos, porque tenian la mayor confianza en la decision nacional de este jéfe; pero vuelto en sí el pueblo impidió aquel golpe, pasó por las armas á Figueros, desterró á algunos de sus compañeros, disolvió la audiencia, nombró en su lugar un tribunal de apelacion, y despues de algunas desavenencias sobre las elecciones, instaló el congreso reconociendo todavía la soberanía del rey.

Este órden de cosas duró un año, dirijido por el partido de Lastra, cuando otra faccion trató de apoderarse del mando; esta se habia formado por tres hermanos llamados Carreras, apoyados por la guarnicion, y de aquí dimanó una lucha casi de familia. A instancia de ellos decretó el congreso la espatriacion de todos los españoles descontentos, en el término de seis meses, la dotacion del clero sobre el tesoro público, la libertad de los hijos esclavos, la abolicion de rejidores perpétuos y nueva eleccion de ellos anualmente, la supresion de empleos inútiles, y la reduccion de sueldos de empleados. Orgullosos los Carreras con sus primeros triunfos, obligaron al congreso en 15 de noviembre de 1811 á deponer los miembros de la primera junta que ejercia el poder ejecutivo, y confiarle al triunvirato. La nueva junta hizo varios reglamentos, sustituyó al pabellon español el tricolor, disolvió el congreso, dictó una constitucion provisional, creó un senado, y adoptó otras medidas violentas que causaron cuatro conspiraciones, y desunieron momentáneamente el triunvirato de los Carreras; pero estos se reconciliaron, y volvieron á entrar en la junta el 27 de octubre de 1812.

Viendo el virey del Perú la desunion de las dos facciones, trató de aprovechar la ocasion para reponer la autoridad de España; reunió en la isla de Chiloe cinco mil hombres, cuyo mando dió al brigadier Pareja, y al principio del año 1813 desembarcó en Talcaguano, que tomó sin resistencia, como tambien á la Concepcion, avanzando rápidamente hácia Santiago. José Miguel Carrera, miembro del

poder ejecutivo, se puso á la cabeza de seis mil hombres, salió contra las tropas realistas, á las que sorprendió en Yerbasbuenas, y aunque despues fué batido por estas, se rehizo y dió otro golpe en 12 de abril de 1813, obligando á Pareja á encerrarse en Chillan. El orgullo de Carrera con esta victoria y el despotismo de sus tropas hostigaron de tal modo al pais, que les juró un odio encarnizado, y muchos pueblos se decidieron por los realistas. Lastra se aprovechó de tan favorable oportunidad, y con la salida del segudo Carrera para el ejército, pudo manejarse con el congreso y el ayuntamiento para quitar el mando de las tropas á Carrera, y que se le diese al coronel O-Higgins; que decretase la abolicion del triunvirato; que convocase un congreso, y que pusiese provisionalmente el mando en manos de Echevarría. En seguida se estableció un código político, se creó un director, que debia ser renovado cada año y medio, y un senado compuesto de siete individuos.

El partido de Carrera perdió todo su apoyo y se vió obligado á someterse. Los dos hermanos Carreras pasaban á Santiago á dar cuenta de su conducta, y fueron apresados por los realistas de Chillan, quienes habiendo recibido nuevo refuerzo del Perú, volvieron á tomar la ofensiva en marzo de 1814 bajo el mando de Gainza, que habia sido nombrado jefe por fallecimiento de Pareja. La lucha entre realistas é independientes continuó con sucesos varios, hasta que el comodoro inglés Hilliars, que mandaba la fragata Feba, medió para arreglar los negocios, y logró que se firmára un convenio en que reconocia el gobierno chileno al de España, obligándose á enviar diputados á las córtes de la península. Mientras se esperaba la ratificacion de Lima se fugaron los Carreras de su arresto, corrieron á las armas, y apoyados por la partida del cura Uribe, vencieron á O-Higgins, depusieron á Lastra, restablecieron la antigua junta y volvieron á encender la tea de la discordia. Recibida la desaprobacion del virey á este tiempo, se aprovecharon las tropas realistas de la desunion de los independientes, los sorprendieron, se apoderaron de Santiago, y obligaron á los restos del ejército á abandonar el Chile y retirarse á Mendoza, á cuyo punto concurrieron tambien mas de dos mil emigrados:

de modo que á fines de octubre de 1814 se hallaba todo el pais bajo la obediencia de España.

Mucha parte de los habitantes de Santiago habia acojido con gusto á los españoles; pero la escesiva severidad del capitan jeneral Marcó del Pont, recien llegado de España, decidió á la mayor parte de los habitantes en favor de la república, y corrieron á reforzar la espedicion que entonces preparaba San Martin en el mismo punto de Mendoza, por órden y á espensas de la república Arjentina. San Martin cruzó con cinco mil hombres las cordilleras de los Andes á mediados de enero de 1817, dividiendo estas fuerzas en dos cuerpos al mando de Soler y O-Higgins, quienes trabaron un choque sangriento en Chacabuco, posicion ventajosa que ocupaban los españoles, y que fué tomada en 22 de febrero á fuerza de armas, quedando prisionero el caudillo español y derrotado su ejército, cuyos restos se retiraron á Talcahuano, adonde pasó á sitiarlos O-Higgins con sus tropas independientes. El victorioso San Martin avanzó con celeridad hácia la capital de Chile, y sus triunfos fueron tan rápidos en esta ocasion, como lo habian sido dos años antes los de los españoles. Una asamblea jeneral confirió á San Martin el honroso cargo de director supremo, que él rehusó influyendo para que revistiesen de él á O-Higgins, el cual se contentó con el título de jeneralísimo de los ejércitos de la república. Era muy apurada la situacion de los realistas en este tiempo; pero la marcha de San Martin á Buenos-Aires, su lentitud en organizar un nuevo ejército nacional, y los celos que habia concebido el jeneral francés Valler, pusieron á los españoles en estado de poder triunfar: y con efecto, en 6 de diciembre rechazaron el asalto jeneral que dieron los independientes á Talcahuano, saliendo tambien victoriosos en otros muchos encuentros; sin embargo, en medio de estas desgracias proclamó solemnemente el director de esta república su independencia.

En 15 de marzo de 1818 desembarcó en Talcahuano una espedicion bastante respetable de realistas peruanos á las órdenes de Osorio, yerno del virey; se unió con las tropas que mandaba el brigadier Ordoñez, formando un ejército de siete mil hombres con el que derrotó completamente á los independientes en

las batallas de Quecharaguas y Cancha-Rayada, apoderándose de la artillería y cuantos efectos tenian los enemigos, así cómo de la Concepcion; mas estos golpes no desconcertaron á los independientes. San Martin, O-Higgins, Freire, Rodriguez y Heras reunieron nuevas tropas, que agregadas á las de los patriotas de Santiago formaron otro ejército respetable, con el que en 5 de abril vencieron á Osorio en la batalla de Maipú, habiendo destruido todo el ejército realista, cuyos dos principales jefes Ordoñez y Ribera fueron sacrificados cruelmente por represalias de otros oficiales independientes qué habian fusilado antes las tropas del rey; Osorio tuvo la fortuna de fugarse. En virtud de estas victorias fueron arrojados los españoles de todo el pais, menos de la plaza y puerto de Valdivia y de la isla de Chiloe. El poder ejecutivo de esta república se ocupó entonces en formar una constitucion provisional, que rijió por cuatro años.

Por invitacion de Buenos-Aires se disponia esta república á enviar una espedicion contra el Perú para promover la independencia; pero el vasto desierto de Atacames presentaba grandes dificultades, y por lo mismo se dedicaron con actividad á formar una Marina que hasta entonces no habian creido necesaria; á esta sazon se presentó lord Cochrane con algunos buques de guerra ofreciendo sus servicios á la república, que los aceptó, y de este modo reunió una fuerza marítima respetable, compuesta de oficiales y marineros ingleses. Cochrane no fué feliz en las dos primeras espediciones que hizo desde Valparaiso contra el Callao en 14 de enero, y en el mes de octubre de 1819; pero sus reveses fueron indemnizados con las muchas y considerables presas que hizo en toda la costa. El partido de Lastra no tenia ya rivales, pues los tres hermanos Carreras fueron fusilados porque intentaron volver al pais. Mientras de acuerdo con la república de Buenos-Aires se aprestaba otra importante espedicion bajo la conducta de San Martin, tomaron por asalto lord Cochrane y el jeneral francés Bauchef la plaza de Valdivia, puerto el mas hermoso del Océano Pacífico, y único punto que quedaba á los españoles en el estado de Chile. El 20 de agosto de 1820 fué cuando salió la espedicion con cinco mil hombres contra el Perú, en

cuya historia se han referido ya los sucesos de ella y del jeneral San Martin que la mandaba.

Hácia esta época envió el rey de Portugal un ajente diplomático á Santiago, y poco despues le siguieron los Estados-Unidos y la Inglaterra.

Reclamaron los chilenos sobre los muchos defectos que encontraban en su constitucion provisional, y O-Higgins se vió en la precision de convocar y reunir un congreso en 23 de julio de 1822, que se compuso de veintitres diputados elejidos por los ayuntamientos de los pueblos. Esta asamblea confirmó á O-Higgins en el mando supremo, y en 30 de octubre se proclamó la constitucion, que por ser demasiado aristocrática no podria sostenerse en medio de las ideas democráticas que empezaban á reinar. Los fundamentos de este nuevo código eran el nombramiento de un director, cuyo ejercicio debia durar seis años; un senado, cuyos miembros en la mayor parte eran inamovibles, y una cámara de representantes; estas dos corporaciones debian concurrir para formar la asamblea, la cual no podia reunirse mas que tres meses en cada dos años, y mientras duraba su ausencia ejercia el poder lejislativo una comision permanente.

Freire apresó y mandó fusilar al realista Benavides, aliado de los araucanos, y último sostenedor del partido español en Chile, cuyas tropas tomaron y quemaron la capital de los araucanos, logrando atraer á su alianza á estos pueblos guerreros y separarlos de los españoles. Los partidarios de la democrácia no estaban contentos con la forma de gobierno; el senado se hallaba desacreditado por su ciega obediencia al jefe supremo, la espedicion del Perú habia consumido todos los caudales del estado; los marinos, faltos de paga, se habian sublevado, y lord Cochrane abandonó el servicio de la república. A O-Higgins le acusaron de intentar someter el estado á la influencia de Buenos-Aires, y se le hacian varios cargos sobre impedir la prosperidad de la república; pero bien pronto se conoció que todas estas eran tramas de los restos de la faccion democrática de los Carreras para apoderarse del mando. Todos estos elementos de disensiones produjeron la esplosion que obligó á O-Higgins á deponer la autoridad suprema, de la que se revistió el jeneral Freire, á quien

se confirmó despues por una junta de diputados de las asambleas provinciales. O-Higgins fué desterrado á Lima, y la influencia de los Lastras y Carreras quedó tambien totalmente destruida. Se convocó un congreso democrático, que reunido en agosto de 1823, promulgó una constitucion semejante en gran parte á la que rije en la América del Norte. En 4 de octubre del mismo año se embarcó en Valparaiso otro cuerpo de dos mil setecientos hombres, para que obrasen en el Perú bajo la direccion de Riva-Agüero: se espidió orden al vice-almirante Blanco para que reuniera los barcos disponibles, y pasase allá con el mismo objeto; pero esta espedicion se retiró desde Arica, por haber sabido la destitucion del presidente Riva-Agüero, y sus desavenencias con Bolívar.

Irritado Freire con esta determinacion, pasó en persona contra la isla de Chiloe, de donde fué rechazado con mucha pérdida por el coronel Quintanilla, que sostenia allí la autoridad del rey. Estos dos golpes disgustaron á Freire, de modo que renunció el mando. Don Francisco Fuentecilla se aprovechó de esta crísis, y se hizo nombrar intendente de la provincia, con cuya autoridad convocó una asamblea popular, que reelijió al mismo jeneral Freire en el mando supremo, anuló la constitucion de 1823, y nombró una comision para refundir la de 1818.

En el año de 1825 salió Freire segunda vez contra Chiloe, deseoso de vindicar el honor de sus armas, y de agregar á la república aquella isla que por su situacion, carácter é industria de sus habitantes era el punto mas interesante de la costa: y con efecto, despues de haber hecho sus habitantes la mas terrible resistencia, estipularon una honrosa capitulacion, en la que su gobernador se llenó de gloria.

Esta nueva república se halla espuesta por la poca union de sus gobernantes, á los mismos embates que las demas de América; pero acaso el tiempo, la moderacion de los partidos y nuevas virtudes podrán darla la solidez y sosiego de que carece.

El gobierno de Chile es republicano, democrático, uno é indivisible: el poder lejislativo lo ejercen el director supremo, el senado y los representantes de la nacion, que se elijen popularmente: el ejecutivo el pre-

sidente y el director supremo, y el judicial los tribunales. Las facultades que la constitucion de Chile concede al director supremo, le dan un carácter muy estraño en un pais, cuyas ideas son estremadamente democráticas. Por lo respectivo á esclavos declara que allí no los hay, pues el que pisare su territorio un solo dia obtiene su libertad, y á los que se mezclan en el comercio de negros, se les condena á no vivir entre ellos mas que un mes, y jamas se le naturaliza. Esta constitucion proclama los mismos principios de soberanía nacional, garantías etc., que las otras de América. Fija el número de diputados y las demas reglas y requisitos para las elecciones, que son muy diferentes de los de las otras repúblicas. Un rejidor ó prefecto convoca la asamblea. Se introducen en una urna los nombres de los ciudadanos reconocidos, se sortean doce de los mismos, y con los seis primeros se forma la mesa de escrutinio, que elije un presidente y un secretario. El prefecto entrega de parte del director supremo una lista de los ciudadanos que reunen las cualidades necesarias para ser elejidos: por suerte se escluye la mitad de los ciudadanos que formàn aquella asamblea: se fijan en los parajes públicos los nombres de los sujetos aptos para la eleccion, y al dia siguiente se admite el voto de los ciudadanos; concluida la votacion, se hace el escrutinio y calificacion públicamente, remitiendo despues el resultado al director supremo, que es quien le promulga.

El senado se compone de nueve miembros que en su totalidad se renuevan cada seis años: para obtener este cargo se ecsijen treinta años de edad, tres de residencia en el territorio, ser ciudadano calificado y dueño de una propiedad que le redilúe anualmente quinientos pesos. Sus atribuciones son muy estensas: velar sobre la observancia de la constitucion, sancionar las leyes que le propone el director supremo, autorizar los reglamentos y ordenanzas del poder ejecutivo, declarar la guerra, ajustar tratados de paz y de comercio, fijar contribuciones y presupuestos de los gastos públicos, prévio el conocimiento del congreso jeneral, calificar el mérito de los ciudadanos, y finalmente reune otras muchas facultades que en otros gobiernos están asignadas á la cámara de los representantes, y al poder ejecutivo.

TIERRAS MAGALLANICAS.—Fueron descubiertas en el año 1520 por Fernando Magallanes, de nacion portugués, cuyo nombre tomaron estas tierras y el estrecho á la parte del polo Antártico, que tiene cerca de cien leguas de largo y mas de una de ancho; su navegacion es muy peligrosa. Las tierras Magallánicas forman la punta meridional de la América al S. del Brasil y Paraguay, al E. de Chile y al N. de dicho estrecho: en sus inmensas comarcas habitan diferentes naciones de indios bravos muy poco conocidos: los españoles las tienen por una dependencia ó parte del estado de Chile, y pensaron en poblarlas, á cuyo efecto enviaron colonias que se arruinaron ó por hambre ó por frio, que es allí muy escesivo á causa de la inmediacion del polo Antártico. La costa desierta, situada entre los grados 40 y 47 de latitud, se llamó así por la aridez de su terreno, sin leña, sin agua, ni otros séres mas que aves acuáticas y lobos marinos; sin embargo, en medio de estas desventajas se encuentran bahías con buenos fondeaderos, entre las cuales se cuentan las de Anegada, Camarones y San José: los tehueyes, que habitan en lo interior de esta rejion entre la Costa y los Andes, son jeneralmente de seis pies de altos, y algunos alcanzan á siete. Hácia el nacimiento del rio Camarones y poco distante del Gallego, residen los angüelles, cuya descendencia se dice que proviene de las tripulaciones de tres barcos españoles que, cansados de sufrir los males indispensables de unos viajes tan largos y penosos, se sublevaron contra sus jefes refujiándose en aquel valle desierto, en el que á nadie permiten la entrada. Un rio caudaloso, que corre con rapidez por aquel pais, separa este fértil y ameno valle de los araucanos por la parte del O., y el mismo rio con las cordilleras que lo circunvalan, hacen muy difícil su entrada.

LA PATAGONIA.—El territorio de los patagones se estiende desde los 47° latitud S. hasta la tierra del Fuego; sus límites al N. son los paises situados en esta latitud; al E. el Océano Atlántico; al S. el estrecho de Magallanes, y al O. el Nuevo Chile y el Océano Pacífico. Los paises situados en la punta mas austral son elevados, llenos de bosques y montes cubiertos de nieve, en los que finaliza la gran cordillera de los Andes; los demas terrenos de la Patagonia

gozan de un temple regular, y podrian ser productivos con una poblacion industriosa. Su situacion entre mares y la elevacion de sus montañas, de las que bajan muchos riachuelos que se pierden en las lagunas, espone á aquel pais á vientos muy temibles y cambios tempestuosos; sin embargo de su esterilidad, se encuentran manadas de toros y caballos montaraces, vizcachas, vicuñas, guayares, monos de diferentes especies, reptiles ponzoñosos, avestruces, papagayos, y otras aves de muy bellos colores. Lo interior del pais está desconocido, pues aquellos bárbaros dieron una muerte cruel al padre jesuita Nicolás Mascardi, que fué el primero que entró por la parte de Chile á predicarles el Evanjelio.

Segun noticias dadas por diferentes viajeros, se sabe que los patagones que habitan la parte mas austral, son de una estatura estraordinaria, fuertes, robustos, nervudos, de cara ancha, tez muy tostada, frente espaciosa, nariz chata, mejillas anchas, boca grande, dientes muy blancos y cabello negro: sus vestidos son de pieles de varios animales cosidas á modo de capa, que les llega á las pantorrillas, con unas polainas de las mismas pieles; las mujeres son de una estatura proporcionada á la de los hombres; su tez es muy clara y sin ningun pelo en las cejas, porque parece que se lo arrancan. Son jeneralmente corteses, francos y hospitalarios pues hasta sus propias mujeres é hijas ofrecen á los estranjeros; por el contrario, los que habitan en la parte occidental son muy celosos y traidores, van totalmente desnudos, y se sustentan de solo la caza.

La tierra del fuego, que la divide el estrecho de Le-Maire de la de los Estados, se llamó así por el humo y fuego que vieron en ella sus primeros descubridores, producidos por volcanes que arden de contínuo en medio de nieves, arrojando grandes cantidades de piedra pomez, y que desde larga distancia se distinguen de noche. Se divide en muchas islas, y la mayor de ellas que se estiende por la costa ciento treinta leguas de E. á O., se creyó que estaba unida al continente, hasta que se descubrió el estrecho. La segunda en magnitud es la mas setentrional, entre la primera y la costa magallánica, separada por un estrecho de treinta leguas, llamado de San Se-

bastian: las otras islas son de muy poca importancia. En estos paises es el clima frio sus terrenos ásperos y montuosos con algunos valles fértiles abundantes en pastos, y bahías cómodas y seguras. Los naturales son blancos, altos, robustos y bien formados, van desnudos, se pintan el cuerpo y llevan suelto su negro y largo cabello: las mujeres se pintan tambien y se cubren con pieles hasta la cintura, adornándose con collares de dientes de peces. Las cabañas de estos miserables son de madera y muy angostas, sus canoas, hechas de cortezas de árboles, suelen tener hasta unos dieziseis pies de largo, y las manejan con mucha velocidad: sus armas son flechas y dardos, con un pedernal ó hueso afilado en las estremidades. Todos estos pueblos viven sin el menor conocimiento de relijion: los de la parte del S. son sumamente traidores y feroces; y los del N. pacíficos, afables é incapaces de hacer mal.

El cabo de Hornos, que forma la estremidad de la América Meridional, es alto, frio y poblado de bosques: le descubrió y cruzó por primera vez el holandés Le-Maire en el año 1816. Desde que los franceses empezaron á frecuentar el paso de este cabo, por considerarlo preferible á los estrechos de Magallanes y Le-Maire, se ha hecho casi el paso jeneral para el mar del Sur. El cabo de Hornos se tuvo por la parte mas austral de la América y de todo el globo, hasta que los descubrimientos hechos por el capitan Cook y los ingleses, especialmente en los años 1821 al 23, han hecho desaparecer este error, y demostrado que hay tierra hasta los 71°.

CONFEDERACION DEL RIO DE LA PLATA Ó REPUBLICA ARJENTINA.—Despues de muchas guerras y revoluciones sangrientas, se formó en 1827 la república arjentina, compuesta de una confederacion semejante á la de los Estados-Unidos de la América del Norte. La confederacion del Rio de la Plata está dividida en catorce estados ó provincias que son: Buenos-Aires, Santa-Fé, Entre-Rios, Corrientes, Salta, Tucuman, Santiago del Estero, Córdoba, San Luis de la Punta, Mendoza, San Juan de la Frontera, Rioja, Catamarca y Tarija. Los límites y conocimiento de dichos estados son aun muy inciertos. Aunque los del Paraguay y Montevideo estan separados en la actualidad del gobierno central de Buenos-Aires, sin

embargo los describiremos en comun. La localidad de estos paises es entre los 19° 30' y 40° latitud S., y entre 308° 10' y 325 lonjitud E.: de N. á S. comprenden cuatrocientas diez leguas por la parte mas ancha; de E. á O. doscientas ochenta y seis y de superficie ciento veintiseis mil setecientas setenta, con dos millones trescientos mil habitantes. Sus límites por la parte del N. son las provincias de la república de Bolivia ó Alto Perú; por la del E. y N. E. las del Brasil; por el S. E. el Atlántico, al S. O. las tierras Magallánicas, y al O. la gran cordillera que las separa del Chile. Prosperan en aquellos paises muchos frutos peculiares de ellos y tambien los de Europa, á escepcion de las viñas: ademas de los árboles europeos se ven muchos algodoneros, cuyo producto es una de sus grandes utilidades; hay frutas muy raras, cañas de azúcar, cacao, quinua, canela silvestre, muchas plantas resinosas, nogales, algarrobos y otros inumerables árboles y plantas. Tambien se encuentra el añil, ruibarbo, vainilla, cochinilla, y la saludable y balsámica yerba llamada del Paraguay ó Mate, de la cual se sacan todos los años cien mil arrobas para el Perú, que producen la suma de setecientos mil duros. En varios puntos del Tucuman se crian muchos pastos, que alimentan inumerables ganados; tambien se cria maiz, vino, algodon, añil, é inmensos enjambres de abejas, que tienen sus moradas en los bosques situados entre el rio Dulce y el Salado.

En tan estenso pais es por consiguiente muy vario el clima, las estaciones inversas con las de nuestra localidad en Europa, el cielo claro y sereno; el invierno mas ríjido que el verano, especialmente en Buenos-Aires; el primero empieza en junio, acompañado de lluvias copiosas, de fuertes y horrorosos truenos y relámpagos. Una de las principales curiosidades naturales del Paraguay es la que forma el rio Paraná, que teniendo en los 24° 4' latitud S. una legua de anchura con una profundidad proporcionada, se reune de repente en un canal de treinta toesas de ancho, en el cual se precipita con mucha furia y un horrible estruendo, que se oye á veinticuatro millas y parece que tiemblan las rocas de los alrededores; los vapores que se levantan se descubren á la distancia de muchas leguas en forma de columnas, que con los rayos del sol presen-

tan visos hermosos y causan contínuas lluvias.

Otra de las curiosidades son los huesos grandes que con el curso de las aguas del rio Aguaray se han ido descubriendo en algunos barrancos, particularmente los cascos de una cabeza del grueso de cuatro dedos, que se encontraron en el curato de la Punilla, jurisdiccion de Córdoba, los que unidos parecian una tinaja: en estos datos se apoyan los indios del Tucuman para decir que este pais estuvo habitado antiguamente por jigantes. Cerca de la ciudad de la Asuncion, en el camino que conduce al Brasil, se halla una gran peña en cuya cima estan estampadas las huellas de un hombre á quien los indios llaman Paizuma, y dicen por tradicion de sus mayores, que despues del diluvio predicó el Evanjelio en aquellas rejiones; por lo que algunos quieren demostrar que fué el apóstol santo Tomás. En estos vastos territorios corren muchos rios, y los principales son el Paraguay, el Paraná, y el Uruguay, de los que se forma el de la Plata; á estos suceden en caudal é importancia el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado, el Mendoza ó Colorado, los rios Primero, Segundo, Tercero, Cuarto, el Saladillo, el rio Negro de Tebicuari, y otros muchos.

La cordillera de los Andes sirve de límites á estos estados, y en lo interior hay otros montes muy inferiores como son, Zamuos, Amambay, Achala, Pie de Palo, sierras de Champachin; los montes Yuanes en el centro, y el Cairo, Casuati y Guamini, que dividen aquel dilatado terreno en llanos y espaciosos paises, que parecen estan nivelados, por lo cual no encuentran los rios suficiente declive, y forman diversos lagos. La principal de estas llanuras es las Pampas, que se estienden desde Buenos-Aires hasta los confines de Chile: de este páramo sale el viento que llaman pampero, el cual adquiere tanta fuerza, que si enfilase el canal del rio de la Plata, destruiria las naves si no las amarrasen con fuertes cables en buenos fondeaderos. En la provincia del Tucuman, ramal de montaña de Aconcagua, hay minas de plata, en las que se trabajaron varias vetas á fines del siglo XVII, y se abandonaron por las hostilidades de los indios del Chaco. Posteriormente se descubrieron otras

bocas-minas que habian sido esplotadas por los indios antes de haber llegado los españoles. Hácia los términos que dividen la provincia de Atacames estan las dos minas de oro de Huicahuasi y Olaros. Tambien hay otras en la jurisdiccion de Jujuy, Puna, y en la serranías de Córdoba, que se descubrieron y trabajaron en 1757; pero su oro era de baja ley. Se encuentran tambien en aquellos territorios algunas minas de cobre, plomo, estaño, alumbre, vitriolo, fierro, nitro, barrilla y cardenillo. En las arenas de algunos riachuelos se encuentran granos de oro en pequeñas porciones. En las montañas del alto Uruguay ecsiste una mina de plata, y á sesenta leguas N. E. de Santiago se halla una masa de fierro puro y fecsible.

Los ganados vacuno, caballar, ovejuno, cabrío y demas que llevaron los españoles á aquellos territorios, se han multiplicado prodijiosamente, con particularidad las dos primeras especies, pues en un instante pueden cojerse centenares de ellos con la guindaleta. El ganado vacuno se caza solo con los cueros, de que se esportan un millon todos los años. Hay otras muchas especies de animales feroces y silvestres: los perros montaraces, descendientes de los que llevaron los europeos, se han multiplicado en estremo, y serian peligrosos si no tuviesen tanta abundancia de comida con la carne de los toros que abandonan los cazadores. Hay igualmente mucha variedad de pescados en las costas y rios; en los bosques infinitas aves, serpientes é insectos venenosos.

Entre Buenos-Aires y el Chile se hace un comercio activo de cera, algodon, vino, aguardiente, aceite, oro y otros artículos que conducen en mulos, á pesar de la larga distancia de cuatrocientas leguas. A Buenos-Aires acuden comerciantes de América y de Europa que esportan oro, plata, metales, azúcar, cueros, vagual, vicuña, cordero con lana, nutria, chinchilla y carnero, lana de vicuña, clin larga, plumas de avestruz de todas clases, pieles de lobo, leon y trigre, sebo, grasa, carne salada y trigo. El comercio que han entablado los ingleses con esta república es de tanta consideracion, que en el año de 1824 ascendió su importacion á cuatro millones de duros, y la es-

portacion á dos. El principal comercio del Paraguay es la yerba mate de que ya hemos hablado.

Las provincias de la plata estan poco pobladas; las costumbres de sus habitantes son casi semejantes á las de los demas americanos, aunque los de estos paises son mas indolentes, efecto de la abundancia de víveres y proporciones para sus comodidades. Los negros y mulatos usan una especie de casulla de paño que llaman poncho, cuya moda han adoptado las jentes principales para montar á caballo, porque es muy cómoda para este efecto. Los jesuitas introdujeron la civilizacion en los indios errantes del Paraguay, los reunieron en sociedad, enseñándoles todos los oficios útiles para la vida, y á ser buenos soldados; mas los descendientes de estos se hallan actualmente esparcidos por aquellos páramos como sus antepasados.

La relijion de aquellos paises es la católica, apostólica, romana, sin mezcla de ningun otro culto; pero hay tolerancia con respecto á los estranjeros. Aunque han espulsado de aquel territorio á algunos obispos, del mismo modo que en alguna de las otras repúblicas, ha sido por no ser adictos al nuevo réjimen, no por falta de devocion del pueblo, el cual no se prestará jamas á cambiar de relijion, porque está muy arraigado en ella. El idioma de los arjentinos es el castellano, que las clases instruidas hablan con toda propiedad, y aun la jente del campo lo posee con pureza. Hay varios establecimientos públicos para la educacion en todas las ciencias, y se han formado escuelas lancasterianas, para desterrar la ignorancia aun de las clases mas ínfimas.

La fuerza armada de los arjentinos consiste en diez mil hombres de tropas, sin contar las milicias que son numerosas. Tienen una escuadra de ocho buques; y con estas fuerzas, aunque inferiores á las de los brasileños, se han sostenido contra ellos acerca del dominio de Montevideo.

Buenos-aires. — En el año de 1810 se aprovecharon las provincias del vireinato de Buenos-Aires de la confusion y desorden de la península española para levantar la voz de independencia, habiendo sido este el centro de donde salieron las espediciones que causaron la emancipacion de Chile y del Pe-

rú. La vacilacion del señor Cisneros, que mandaba á la sazon en aquel pais, animó al ayuntamiento á convocar una junta para tratar sobre las medidas que debian adoptarse en aquellas circunstancias para conservar la tranquilidad pública, y en 22 de mayo del mismo año 1810 se celebró la primera sesion con anuencia del virey Cisneros. Las primeras disposiciones que indicaban la formacion de un nuevo gobierno se comunicaron á las provincias, y Montevideo se declaró por ellas: el jeneral Elío que acababa de llegar de España con tropas, se opuso á las innovaciones, á lo que ayudaron Paraguay, Córdoba y Chuquisaca, apoyadas por el mismo virey que se habia arrepentido de sus primeras condescendencias; pero habiendo chocado con los nacionales, vencieron estos y espulsaron á aquel jefe con los miembros de la audiencia, enviándolos á Canarias, quedando prisioneros Concha, gobernador de Córdoba, y los coroneles Allende, Moreno y Rodriguez que fueron pasados por las armas. Los independientes se quejaron al embajador inglés en Rio-Janeiro de la parte que el capitan Eliot, comandante de uno de los navíos de su nacion, habia tomado en favor de los realistas, y lograron que se le separase de aquella liga.

Continuando la prosperidad de los independientes, enviaron á Ocampo con tropas contra los realistas del alto Perú, cuyos jefes fueron hechos prisioneros y pasados por las armas, en represalias de otros castigos rigorosos impuestos por el ejército realista. El jeneral Valcarce, que sustituyó á Ocampo, pasó con cinco mil hombres á invadir el bajo Perú, entró en negociaciones con el virey Abascal, y ajustó un armisticio. Pasó al Paraguay con novecientos hombres, que fueron derrotados en las orillas del rio Tevicuari, de cuyas resultas se firmó un convenio, por el cual dicha provincia quedó separada de los realistas y de Buenos-Aires. En este tiempo discordaron los dos jefes militares Saavedra y Moreno, y su tenacidad dió principio á la guerra civil; pero ni aun con estas discordias pudieron los realistas apagar la insurreccion de las provincias que habian proclamado la independencia. Cochabamba, Challanta y Santa Cruz de la Sierra se inundaron de guerrillas, á pesar del rigor del jeneral Goyeneche, que fusilaba á cuantos disidentes caian

en su poder. Se creó en la capital un gobierno de tres miembros y tres secretarios, uno de los cuales debia renovarse cada seis meses, por eleccion de la asamblea de diputados que ejercia el poder lejislativo. Los independientes que formaban el ejército del alto Perú á las órdenes de Belgrano, fueron vencidos por el jeneral realista Tristan, y sin embargo en 6 de mayo de 1812 firmaron una paz con los portugueses, y descubrieron una conspiracion contra el gobierno de la capital, dirijida por el negociante Alzaga, á quien decapitaron con todos sus cómplices.

El jeneral Belgrano que se habia retirado al Tucuman, fué atacado nuevamente, y derrotado con pérdida de mil y cien hombres. Se fomentaron las disensiones en Buenos-Aires: Puiredon, electo gobernador supremo del estado, fué depuesto, y le sucedió Medrano, á quien tambien depuso una sublevacion militar, y el gobierno se transfirió á Peña, Pasos y Fonte.

A fines de 1812 y principios de 1813 triunfaron las tropas de la república en varios choques contra los realistas de Montevideo. En febrero derrotó Belgrano al jeneral realista Tristan en el alto Perú, haciéndole prisionero con todas sus tropas; mas habiéndolas dado libertad, volvieron bien pronto con las de Pezuela, sucesor de Goyeneche, y derrotaron al mismo Belgrano en Vilcapujio y Acuyoma, adquiriendo tambien nuevos laureles en Sisepesipe y Vilcuña.

Con estos golpes se reunieron los independientes hácia el rio de la Plata, y levantando nuevas tropas marcharon contra Montevideo, y le tomaron por capitulacion. En las provincias unidas principiaron á fermentar las parcialidades, las desavenencias y sublevaciones; de modo que cuando despues de diez años de revolucion pensaban poder descansar de sus ajitaciones los de Buenos-Aires, volvieron á caer en un estado mas anárquico y desastroso que anteriormente; pero lo que mas le agravó fué el aviso que tuvieron en 1819 de una formidable espedicion de veinte mil hombres, que se aprestába en Cádiz para sujetar aquellos dominios, y en 1820 el de los planes de la Francia para coronar por rey de Buenos-Aires al príncipe de Luca. Estas noticias alarmaron al pueblo, y produjeron simultáneamente un movimiento revolucionario contra la autoridad establecida: si-

guió la disolucion jeneral, la subdivision del estado, el declararse cada una de las ciudades independientes las unas de las otras, los sangrientos choques intestinos, y el riesgo de disolverse la república. A principios del año 1821 se organizó un poder administrativo provisional, compuesto de los jenerales Rodríguez y Cruz, y de los ministros Rivadavia y García. Este cuerpo adoptó un sistema representativo republicano, decretó la inviolabilidad de las propiedades, la publicidad en todos los actos del gobierno, una amnistía jeneral, tolerancia sin límites, reforma en todos los ramos, con otras muchas medidas para restablecer la paz y confianza pública.

En el año 1823 envió el gobierno constitucional de España unos comisionados para negociar con esta república sobre el reconocimiento de su independencia; pero esta mision no tuvo resultado alguno. En diciembre de 1824 se instaló en Buenos-Aires un nuevo congreso jeneral, compuesto de individuos de todas las provincias llamadas del Rio de la Plata, y en 1826 se separaron seis de ellas, que fueron Potosí, Charcas, Cochabamba, la Paz, Mojos y Chiquitos, y formaron otra nueva república con el nombre de Bolivia, como hemos visto. Esta desunion, la actitud hostil del Paraguay, y la guerra en que se empeñó Buenos-Aires con el império del Brasil sobre la dominacion de Montevideo, debilitaron aquel pais á pesar de sus muchos recursos.

Montevideo. — Luego que Buenos-Aires levantó el grito de la independencia en el año de 1810, le acompañó Montevideo, y se señaló en fomentar la insurreccion; mas cuando esta quedó sofocada por las tropas que el jeneral Elío llevó de España, dos de los oficiales mas intrépidos, D. José Rondeau y D. José Artigas, resentidos del gobernador de la colonia del Sacramento, abandonaron el partido realista en 1811, y pasaron á Buenos-Aires á ofrecer sus espadas en apoyo de la independencia: como al propio tiempo se dirijiesen las tropas que regresaban del alto Perú en defensa de la banda Oriental, se incorporaron á ellas estos dos jefes. Puesto Artigas en el mando de la vanguardia, ganó la victoria llamada de las Piedras, quedando dueño de la campiña hasta los muros de Montevideo, á cuya plaza puso un sitio rigo-

roso; y todo el pais que habia caido en poder de los independientes, recibió la forma de gobierno que rejia en las provincias de Corrientes, Entre-rios, Córdoba, Mendoza, Tucuman, Salta, Chuquisaca, Cochabamba, Santa-Fé y la Paz; mas habiendo sido derrotado á este tiempo el ejército del Perú, se vió obligado el gobernador de Buenos-Aires á retirar el que sitiaba á Montevideo, ajustando un armisticio con el jefe de la plaza, bajo la condicion de que los independientes se retirasen, y que saliesen del territorio Cisplatino cuatro mil portugueses que la reina Carlota habia enviado á costa de los mayores sacrificios, y aun vendiendo sus propias joyas para equiparlos. Artigas, que ya habia sido nombrado coronel en premio de la victoria de las Piedras, descontento con el armisticio, no siguió la retirada del ejército independiente, y bajo un simulado pretesto tomó posicion sobre el Uruguay, á la cabeza de las milicias de la provincia.

El gobierno de Buenos-Aires envió un ejército respetable bajo el mando del jeneral Rondeau contra Montevideo á fines del año 1812. Don Gaspar Vigodet, sucesor de Elío, salió contra él, pero fué rechazado, como tambien en el desembarco que hizo en las márjenes de Paraná el 13 de febrero de 1813. Sucesivamente se encargó el mando del sitio de la plaza al jeneral Albear: Artigas cooperó con sus milicias al buen écsito de esta espedicion, y á pesar de su conducta arbitraria no dejó de reconocer la autoridad princípal, ni declaró su rebeldía hasta que se rindió la plaza y escuadra á Albear. Para sofocar estos movimientos se determinó que las mismas tropas que habian tomado la plaza saliesen contra Artigas, quien resistió los esfuerzos de sus contrarios, y quedó dueño del pais. Orgulloso con sus victorias desplegó sus resentimientos contra el gobierno central de Buenos-Aires, suscitó la division y guerra civil del pais, en cuyo desórden pudo Artigas tiranizarle impunemente con su escesivo despotismo, hasta que lo ocuparon las tropas portuguesas en el año 1817, bajo el pretesto de impedir que se comunicase el contajio de la rebelion á los estados del Brasil.

El gobierno portugués trató de asegurar allí su poder, dando por medio de elecciones populares, bajo su influjo, una apariencia de espontaneidad de

la provincia para incorporarse á los dominios del Brasil, y se negaron constantemente á las reclamaciones del gobierno español, y á las intimaciones del de Buenos-Aires para su restitucion. El teson de los invasores causó en 1825 una guerra sangrienta; pero en el tratado de paz de 1828 fué reconocida la independencia del pais y declarado territorio neutro. Antes que las vastas soledades que componen la mayor parte de este estado fueran sometidas por los españoles, se designaban con el nombre de *Montevideo* ó *Banda oriental*; mientras formaron parte del imperio del Brasil, tuvieron el nombre de *provincia Cisplatina*, y cuando ya formaron un estado independiente, tomaron el de *República oriental del Uruguay*. Este pais tiene prócsimamente 10,000 leguas cuadradas de superficie, y una poblacion de 70,000 almas aunque algunos la hacen subir á 200,000. Desde el año de 1830 fué dividida esta república en nueve departamentos; está gobernada por un presidente, un senado y una cámara de diputados.

PARAGUAY.—Desde que principió la insurreccion de las provincias del rio de la Plata contra su metrópoli, se sublevó tambien el Paraguay, y consiguió establecer un gobierno absoluto en el pais, cortando todas sus comunicaciones con los estados limítrofes. Su jefe el doctor Francia, continuó este plan con tanto caráter y firmeza, que aunque escaso de tropas se hacia respetar de todos: los naturales obedecian esactamente su soberana voluntad, y los estraños no osaban atentar contra sus límites, ni á entrar en su territorio sin licencia suya; y aun esta no garantizaba siempre al individuo que la obtenia, porque á pesar de ella impedia la salida á su antojo, segun lo verificó con Mr. Bompland, compañero del célebre Humboldt, y con Artigas, jefe independiente de Montevideo. Estas violencias se atribuian á su política suspicaz, con objeto de que no se revelaran las interioridades de su gobierno, que solo se ha sostenido por las interminables discordias entre las provincias del rio de la Plata. Bolívar escribió á este jefe en el año 1825, escitándole á la union con los demas estados de América, para consolidar mejor la independencia; pero su contestacion fué mas bien insultante que comedida. No puede dudarse que entre las rarezas

del doctor Francia se notan algunos rasgos de grandeza, jenerosidad, sutil penetracion y sagacidad, con los cuales ha sabido preservar su provincia del fuego de la guerra civil, ha logrado conciliar los ánimos y diversos pareceres, conservando y aun distinguiendo del mismo modo que antes de la revolucion á los antiguos empleados españoles; y finalmente, ha sabido mantenerse en el mando, á pesar de su conducta equívoca y misteriosa, de la cual no se ha podido inferir jamas si su opinion estaba por la independencia ó se dirijia á restablecer el dominio de la metrópoli.

El gobierno de las provincias unidas del Rio de la Plata es republicano representativo, ejercido por los tres poderes lejislativo, ejecutivo y judicial: está divido el primero en dos cámaras de representantes y senadores; aquella se compone de cuarenta y un diputados elejidos por la pluralidad de sufrajios directos de las provincias, y se renuevan por mitad cada dos años; la segunda cámara se forma con dos senadores de cada provincia, y se renuevan por tercios: su eleccion se hace por una junta de once individuos en cada provincia, necesitándose la mayoría absoluta para que haya eleccion, en cuyo defecto nombra el congreso de entre los tres que han obtenido mayor número de votos.

Las atribuciones de la cámara de los representantes son casi las mismas que las de los gobiernos centrales: el poder ejecutivo lo ejerce un ciudadano con título de presidente, elejido del propio modo que los senadores, y su ejercicio dura cinco años: sus atribuciones son muy estensas, pues ademas de poder ser reelejido cuantas veces pueda conseguirlo, nombra todos los empleados civiles, militares y eclesiásticos, á escepcion de los arzobispos y obispos que se proponen en terna por el senado. El despacho de los negocios está encargado á cinco ministros, que son responsables de toda medida anti-constitucional, y el presidente puede ser acusado por la cámara de los representantes ante el senado. Ademas de los gobernadores de las provincias, hay en cada una de sus capitales un consejo de administracion, que no puede bajar del número de cinco individuos ni subir de trece, los cuales se renuevan por mitades cada dos años. El poder judicial goza de las mismas facultades que le estan señaladas

en las demas constituciones de América.

Imperio del brasil. — Está situado en los 2° latitud N. y 32° latitud S., y entre los 314° y 343° lonjitud E.: su estenson de N. á S. es de seiscientas leguas: de E. á O. trescientas noventa y dos, y su superficie de doscientas cincuenta y seis mil novecientas noventa, con cuatro millones de almas. Sus límites por la parte del N. son la Guayana y el Atlántico; por la del E. el mismo mar; por la del S. la provincia de Montevideo, y por la del O. la sierra de Tapes, el Paraguay y el Perú.

El clima es caluroso, variable, mal sano y lluvioso, particularmente en los meses de marzo y setiembre, en cuyas épocas se inunda todo; pero á la otra parte del trópico de Capricornio se goza de un aire saludable y un cielo sereno; cerca de las costas es el terreno muy placentero. Las montañas mas principales del Brasil estan situadas al N. O. del Rio Janeiro, hácia las fuentes de los rios San Francisco, Paraná y Tocantines: desde este sale una cadena hácia la costa del N. con los nombres de Cerro-das-Esmeraldas, Cerro-do-Frio y otros, y al S. sigue otra cadena; la tercera con el nombre de Matogroso, se estiende hácia el N. O. hasta los campos Paresis ó Sábana. Hay tambien otros inumerables montes en la vasta estension del Brasil. Las orillas del rio de las Amazonas no presentan mas que inmensas llanuras. Los rios principales de este imperio son el Marañon, el Paraná, el Topayos, el Jingú, el de los Tocantines, el Guanapú, el San Francisco, el Paraiba del N., el Paraiba del S., el Parnaiba, el Grande, el Doce y el Pinare. El de las Amazonas es el mas grande y mas caudaloso, porque desaguan en él el Madera, el Marome y otros que nacen en las cercanías del Potosí á seiscientas leguas de distancia. Al Paraná tributan sus aguas el Matapoote, Garumba, Parnaiba, Dasvelhas, Guanicú, Corriente, Aparú, el Cayapó, el Cururuy, el Guacuruy, el Verde, el Pardo, el Iguari, el Ivinheima, el Sapocay, el otro Verde, el San Pedro, el otro Pardo, el Mojí, el Tete, el Aguapel, el Panapamena, el Tabaji, el D. Luis, el Ligarú, el Yayuari y el Iguacú: finalmente corren por los dilatados terrenos del Brasil otros inumerables rios, cuya descripcion ocuparia muchas pájinas.

El territorio es fértil en lo

jeneral, sus principales producciones son maiz, algodon, trigo, café, arroz, manioco, anís, azúcar muy blanca y fina, tabaco, añil, jalapa, hipecacuana, bálsamo de copaiba, frutas y verduras muy esquisitas de todas clases. Se encuentran tambien allí muchas plantas aromáticas, á saber: la vainilla, el jenjibre, la pimienta, el tumerico, canela silvestre, y la copaiba de los brasileños, ó *hypericum guyanense*, que da una resina por incision. Las maderas de tinte son muy comunes: hay cahoba, ébano, palo de rosa, de campeche y Fernambuco. En lo interior del Brasil se hallan árboles de los mas altos y curiosos del mundo; uno llamado *pindoba* es una especie de coco mas grande que el de la India, de cuya fruta se saca escelente manteca, cuando el calor de la atmósfera no llega á veinte grados, pues si llega á los veintitres se convierte en aceite muy líquido. Hay árboles que tienen ciento cincuenta palmos de alto, y nueve de diámetro.

El Brasil tiene minas de oro, plata, fierro, estaño, plomo, mercurio, antimonio, alumbre y azufre; pero los metales mas conocidos y lucrativos son el oro, el cobre y el fierro, los cuales se encuentran en las montañas situadas hácia el interior, y por la estension de la sierra de Matogroso. Casi todo el oro que se acuña procede del que arrancan los rios que salen de estas montañas. Todo el pais de Minas-Geraes está cubierto de esta arena preciosa, de que sacan los naturales mucha riqueza, al paso que carecen de comestibles por el poco cuidado que ponen en la agricultura: las minas de diamantes estan en la misma provincia de Minas-Geraes, cerca del rio Milhoverde en el distrito de Cerro-do-Frio. Hay tambien topacios mas grandes que los de Sajonia y Siberia; rubíes, que son los mismos topacios espuestos al fuego en donde toman el color de rosa; turmalinas, que cuando son verdes les dan el nombre de esmeraldas, y cuando azules el de zafiros.

En el Brasil se crian muchas de las especies de animales que hay en el Perú, en la Guayana y el Paraguay; los yaguares, couguares, tapires, coatis, pecaris y otros; mas los peculiares del pais son la mona, mariquina, simia, rosalia, el tití de Buffon ó *simia jacchus* de Lineo, el sajú, *simia apella*, y otros muy raros. Hay tambien ardillas, muchos tatus, tapetis ó *lepus brasilensis*

y otros diferentes. Lo mas particular son las hermosas aves, especialmente los papagayos: dicen que para dar á sus plumas, naturalmente verdes, el color encarnado y pajizo, se valen de un licor venenoso que aplican al hueco que dejan las que les arrancan cuando son pequeñitos. El toucan, *anser americanus*, es muy estimado por sus hermosas plumas de color de limon y encarnado, con algunas rayitas negras.

Los habitantes del Brasil son una mezcla de portugueses, de americanos, de indios bravos, y de negros esclavos: algunos viajeros los tildan de crueles, perezosos, altivos, hipócritas, pródigos y afeminados. Se asegura tambien que los primitivos brasileños eran antropófagos ó que comian carne humana, pero esta horrorosa propiedad no está bien probada; que no tenian gobierno alguno, y reconocian alguna ley como la del talion; que no conocian relijion, sin embargo de tener sacerdotes, y la creencia de premios y castigos despues de la muerte; que no tenian idea de la supervivencia del alma al cuerpo, cuando en las sepulturas le ponian provisiones para el viaje. Estas contradicciones hacen creer que los brasileños ó son poco conocidos, ó han atribuido á lo jeneral de tan dilatada nacion las opiniones particulares de algunos territorios.

Desde que el rey de Portugal estableció en el Brasil su córte en el año 1808, se han reformado muchos abusos, se han correjido los vicios, se han promovido las artes y ciencias, se ha estendido la civilizacion, se ha ilustrado al vulgo, animado el comercio, aumentado los establecimientos, y se han mejorado considerablemente todos los ramos del estado, habiéndose comunicado por todas las clases del pueblo el noble carácter de la metrópoli. Los hombres son de buena estatura, bellas facciones, cabello largo y negro, y la tez de color de cobre; conservan el traje del continente: las mujeres, que son hermosas en jeneral, llevan sobre una camisa de muselina muy delgada una basquiña con muchas guarniciones y bordados, y el cabello trenzado con cintas y flores.

Las muchas producciones y riqueza del pais dan un grande impulso á su comercio: se esportan de allí muchos jéneros de bastante valor; solo el artículo de los diamantes asciende á seiscientos mil duros: este ra-

mo, el del algodon, muy estimado en Europa, sus preciosos palos de tinte, las grandes porciones de tabaco, azúcar, drogas y cueros, dan una idea de la importancia de estos estados. Los principales efectos que se lleven de Inglaterra, Francia, Holanda y Alemania, son tejidos de lana, encajes y telas de hilo, sedería, medias de seda y de hilo, sombreros, plomo, estaño, hierro, cobre, pescado salado, harina, queso y toda clase de útiles; y de la España y Portugal frutas y aguardientes.

El nombre de Brasil se dió á este territorio por la abundancia de la madera llamada así. En el año 1494 fué descubierto por Américo Vespucio, aunque los portugueses lo atribuyen á D. Pedro Alvarez Cabral, jeneral de la flota de las Indias, que llegó á aquel pais en 24 de abril de 1500, entró en un puerto que llamó Porto-Seguro, y dió á todo el pais el nombre de Santa Cruz; pero segun documentos auténticos, se sabe que en 26 de enero del mismo año, habia descubierto el español Vicente Pinzon un cabo de este territorio, á que puso el nombre de Consolacion, y que habia tomado posesion de él en nombre de los reyes de Castilla; mas los portugueses lo conocieron despues con el apellido de San Agustin. En el año 1539 empezaron los franceses su tráfico con el Brasil, y aunque sus habitantes se manifestaron francos, no hubo allí gobierno fijo hasta el 1549, en que los portugueses situaron una colonia en la bahía de Todos los Santos, y edificaron la ciudad de San Salvador.

La córte de España se opuso al principio al establecimiento de esta colonia, porque creyó pertenecerle todo el continente de la América Meridional; mas al fin se convinieron en que los portugueses poseerian todo el territorio situado entre los rios de las Amazonas y de la Plata. Los franceses hicieron tentativas para establecer colonias por los años de 1555, conduciendo á aquella costa una porcion de calvinistas que se convirtieron á la relijion católica: estos hicieron dilijencias por sí solos para establecer su dominio, y fué en vano, porque los portugueses permanecieron dueños del pais y de la isla de Marañan hasta el año 1580, en que en medio de su prosperidad recibieron un golpe de aquellos que deciden la suerte de los imperios. Con la muerte del rey D. Sebastian,

ocurrida en el Africa, perdieron los portugueses su independencia, por haberlos subyugado los españoles en el reinado de Felipe II.

Cuando los holandeses obtuvieron su libertad, atacaron al Brasil y se apoderaron de siete provincias; pero fueron arrojados de ellas en 1654: insistieron en sus pretensiones, y para separarlos de ellas convinieron los portugueses en el año 1661 en pagarles una gran cantidad de dinero, y desde aquel tiempo quedaron estos en posesion de todo el Brasil. Posteriormente hubo algunos choques entre portugueses y españoles, hasta que en el año 1762 les tomó el gobernador de Buenos-Aires la fortaleza del Sacramento, que fué restituida por el tratado de paz del año 1763.

Cuando en el año 1808 invadió Napoleon el Portugal, trasladó el rey su córte al Brasil, que gobernó pacíficamente, hasta que en 1820 conoció que su regreso á la península era indispensable para sosegar las ajitaciones que aflijian sus dominios. A poco tiempo de haber salido del Brasil estalló en él otra revolucion dirijida á obtener su emancipacion de la metrópoli; se proclamó la independencia y se colocó á la cabeza del gobierno el infante D. Pedro con título de emperador: los ánimos estaban ecsaltados con el nuevo órden de cosas; y el mismo congreso que habia sido convocado bajo las formas constitucionales, comenzó muy pronto á conspirar contra el emperador é introducir un sistema republicano. Pedro I con su mucho valor y enerjía disolvió el congreso en el año 1823, arrestó varios diputados, desterró otros, dió una nueva constitucion, y convocó otro cuerpo lejislativo. A pesar de la popularidad y benéficas ideas del nuevo soberano, se suscitaron varias ajitaciones en todas las provincias de aquel vasto imperio; pero todas fueron sofocadas por la sagacidad del jefe supremo y su gobierno, que á instancia del gabinete británico reconoció públicamente el rey de Portugal en 15 de noviembre de 1825.

El gobierno del Brasil es monárquico, hereditario, constitucional, representativo: se reconocen cuatro poderes, á saber: el lojislativo, el moderador, el ejecutivo y el judicial. Una asamblea jeneral, compuesta de

una cámara de diputados y otra de senadores, ejercen el lejislativo: estas dos cámaras se reunen cuatro meses en cada año, y no se renuevan antes de los cuatro. No pueden celebrarse las sesiones sin la concurrencia de la mitad y uno mas de los diputados, y estas juntas deben ser públicas; los senadores y diputados se elijen popularmente: el número de los primeros debe ser la mitad menos, y el emperador nombra sobre la terna que elijen y presentan los electores provinciales. Para ser senador se ecsijen cuarenta años de edad, virtudes, ilustracion, mérito patriótico y cuatrocientos ochenta duros de renta anual sobre tierras, empleos, posesiones ó industria; y para ser diputado no se requiere mas que la mitad de esta suma.

En cada provincia debe haber un consejo jeneral, de veintiun diputados en las mas pobladas, y doce en las mas pequeñas, cuyo cargo es velar por los intereses de la provincia respectiva y promover su felicidad. La eleccion de estos se hace lo mismo que la de los diputados y senadores, por electores nombrados en asambleas parroquiales, que se forman de la masa de los ciudadanos mayores de veinticinco años, que tengan una renta anual de ciento veinte duros, requiriéndose una suma otro tanto mayor para ser elector de provincia.

El poder moderador reside en el emperador como jefe supremo de la nacion; está encargado de velar sobre la armonía y equilibrio de los demas poderes, y su persona es sagrada, inviolable y sin responsabilidad. El poder ejecutivo lo ejerce el emperador con los ministros de estado, que son los responsables de toda medida anticonstitucional, y para consultar sus resoluciones tienen un consejo de estado, compuesto de diez individos nombrados por el emperador con derecho de perpetuidad. El poder judicial es independiente y se compone de jurados y de jueces: estos son inamovibles no precediendo un juicio legal contra ellos. Se señalan casos de estremado apuro en que pueden suspenderse por un tiempo determinado algunas de las fórmulas que garantizan la libertad personal, afianzada en la constitucion del mismo modo que la propiedad. La casa de todo ciudadano es un asilo en donde no puede penetrarse sin los trámites señalados por la ley. Hay libertad de imprenta sin

mas restriccion que la responsabilidad por los abusos que designa el código. No puede promulgarse ley que no tienda á la utilidad pública, ni tener efecto retroactivo. Todo ciudadano debe contribuir proporcionalmente á las cargas del estado, y debe ser admitido indistintamente á los empleos. Por esta constitucion quedan abolidos todos los privilejios que no sean de utilidad pública; tambien quedan abolidas las penas del tormento, del látigo, de la marca, de la confiscacion de bienes, y de otros castigos bárbaros é infames.

Esta es la constitucion que D. Pedro I dió al Brasil; y sin embargo no fué bastante para satisfacer á los descontentos y evitar las turbulencias. La guerra tan insensata como desgraciada contra la república de la Plata, para ensanchar el territorio del Brasil, no produjo otro resultado que la creacion de la república del Uruguay. La dureza con que el emperador disolvió la cámara en 1829, y algunas otras circunstancias, ecsasperaron de tal modo los ánimos, que al fin se revelaron hasta las tropas, y el emperador se vió obligado, en 7 de abril de 1831, á abdicar la corona en favor de su hijo, que solo tenia seis años, y á embarcarse para Europa. Desde entonces fué gobernado el Brasil por una rejencia, hasta la mayor edad de D. Pedro II, que actualmente reina; pero las turbulencias políticas no han cesado enteramente de ajitar este pais, que necesita de calma y seguridad para gozar de todas las ventajas que debe proporcionarle su independencia.

En 1815 fué dividido el Brasil en diez provincias ó gobiernos; pero el acta constitutiva de 1823 dividió algunos de estos gobiernos en dos, de manera que el imperio comprende en la actualidad las diezinueve provincias siguientes:

Provincias situadas en la costa: Rio Janeiro, San Paulo, Santa Catalina, Rio Grande del Sur ó San Pedro, Espíritu Santo, Bahía, Serjipe, Alagoas, Fernambuco, Paraiba del Norte, Rio Grande del Norte, Ceara, Piauhi, Maranham, y Para.

Provincias del interior: Rio Negro, Matogroso, Goyaz, y Minas-Geraes.

La dilatada estension de mil doscientas leguas de costas, las muchas riquezas, treinta mil hombres de tropas de línea, cincuenta mil de milicias, y

su marina compuesta de tres navios de línea, nueve fragatas y cuarenta buques menores, hacen que este imperio sea respetado en ambos mundos.

GUAYANA. —Está situado este dilatado pais entre los 8° 30' latitud N. y 3° latitud S., y entre los 310° 45' y 328° lonjitud E. Su estension de N. á S. es de doscientas treinta leguas, y de E. á O. trescientas treinta y cinco, con sesenta y dos mil quinientas de superficie, y cien mil habitantes. Sus límites al N. son el Oricono, que dividiéndola de las provincias de Cumaná, Barcelona, Caracas, Varinas, Santa Fé y Popayan, forman un semicírculo bajando hácia el S. á tomar el Rio-Negro que se pierde en el Marañon; al E. la costa del mar; al S. los dominios del Bresil, y al O. los mismos dominios de Colombia. Se divide la Guayana en cinco partes, á saber: la holandesa, la inglesa, la francesa, la española y la portuguesa: estas dos últimas son las mas despobladas á pesar de ser su estension mucho mayor que las otras, especialmente la de los portugueses.

El clima es muy cálido aunque no tanto como el de las Antillas y el de otros paises mas distantes del ecuador, lo que se atribuye á las muchas lluvias, á los vientos del N., las brisas del mar, la abundancia de plantas de que está cubierto el terreno, y últimamente á los muchos rios que la cruzan por todas partes. Los rios, con las muchas lluvias, salen de madre arrastrando cuanto encuentran. El mar, que en algunos puntos se mezcla en estas corrientes, introduce en ellas sus pescados: los cuadrúpedos se ven obligados á refujiarse en lo alto de los árboles; y entre los monos se ven lagartos, caimanes, y otros diferentes animales que forman una graciosa perspectiva. Los indios en sus pequeños barcos recorren el nuevo caos, y no hallando un rincon de tierra donde descansar, tienen que colgar sus hamacas entre las ramas de los árboles mas altos.

Las inaccesibles serranías de este pais estan cubiertas de bosques intransitables, en donde se encuentran toda clase de maderas esquisitas: en los intermedios hay amenos valles, que fructifican de un modo admirable: las orillas del Orinoco mantienen numerosos ganados, cuyos cueros forman un gran ramo de comercio: el café, que es escelente, se produce alli en

tres clases todas muy estimadas: tambien abundan el azúcar, el cacao, el añil, algodon muy fino y esponjoso, la vainilla, la hipecacuana, los árboles del clavo y nuez moscada traidos de las Molucas, naranjas, limones, melocotones y otras inumerables frutas esquisitas.

Los principales rios de la Guayana son el Esquivo, que tiene su orijen en unas montañas situadas á los 2° latitud N., y es navegable hasta seis leguas mas arriba de su embocadura, en la cual se divide en varios brazos que forman muchas islas, y desde su nacimiento recibe las aguas de otros muchos rios. El Mazaroni, que tiene su orijen en unas montañas contiguas á los confines de la Guayana portuguesa, en donde viven errantes algunas indios bravos; el Oyapock, que nace al S. en el confin de la Guayana portuguesa, corre hácia el N., y desemboca en el mar formando una bahía de cuatro leguas de ancho: el Maroni, que corre al N. y desagua en el mar Atlántico cerca de Surinam: el Demerari, que sale de unos montes de la Guayana holandesa, y es navegable con lanchas y canoas; sus orillas estan cubiertas de plantaciones de azúcar, café y algodon: el Bervice, que nace en la sierra de Tumucuraque y corre de S. á N.; su entrada en el mar constituye una boca de una legua de estension, que forma una isla llamada por los holandeses Krabben; finalmente corren por estos paises otros inumerables rios y arroyos que los van enriqueciendo.

El comercio de estas colonias consiste en algodon, azúcar, café, tabaco, lino, cueros y drogas para tinte. En Surinam se cuentan de seiscientos á ochocientos injenios de azúcar, café, cacao y algodon, sin comprender otros de añil. Hay tambien algunos establecimientos para el corte de maderas de construccion, y de todo ello resultan utilidades considerables, especialmente á los holandeses, que son los que poseen los mejores paises, y mayor número de esclavos y negros para su cultivo.

Los europeos ó blancos de la colonia holandesa serán en número de unos cinco á seis mil; dominan á sesenta mil negros esclavos que les sirven para sus trabajos, y ellos viven con la mayor ostentacion y lujo. Los habitantes de Paramaribo usan mucho lujo en la mesa, tienen sus grandes tertulias, juegos y paseos en coche, y un pequeño

teatro en que representan comedias de aficionados; son en estremo aseados, tanto en sus vestidos como en sus casas, cuyo suelo limpian con naranjas agrias, que le dan mucha fragancia.

La principal colonia de la Guayana es la de Surinam; su capital Paramaribo es de calles muy anchas, rectas y adornadas con arboledas de naranjos, palmeras, tamarindos y otros árboles; es muy populosa y concurrida de comerciantes, marineros, soldados, judíos y negros. Los holandeses la tienen muy fortificada, asi como otras poblaciones que poseen en el pais.

Los franceses fueron los primeros que se establecieron en la Guayana en el año 1640; pero la abandonaron bien pronto por su insalubridad. En el de 1661 se apoderaron de ella los ingleses, y la cedieron á los holandeses en el de 1674, quienes condujeron allí diversas familias, que fueron haciendo plantaciones de azúcar, desmontaron bosques y malezas, y asi lograron desterrar en mucha parte la insalubridad de la atmósfera y del terreno, que hicieron tan productivo, que esporta para Holanda mucho algodon, tabaco, palo de tinte, café y otros efectos. Toda la Colonia está dividida en ocho partidos.

Los ingleses poseen en la Guayana los distritos de Esquivo, Bervice y Demerary, en donde han fomentado considerablemente su comercio, y dado mucha importancia á sus colonias que contienen en su interior á muchos indios bravos y antropófagos que se mantienen de la caza, de la pesca, y andan desnudos. En el distrito de Bervice cojen mucho azúcar, algodon y otros diferentes frutos, pues se ven por todas las orillas á mas de treinta leguas hermosas plantaciones. El de Demerary es el mas rico é importante distrito que poseen los ingleses en la Guayana; lo adquirieron por la fuerza de las armas en la última guerra continental contra la Holanda, y por el tratado de paz ajustado en el año de 1814, le fué reconocido su dominio.

La Guayana francesa se compone de paises muy dilatados, cuyo terreno seria fecundísimo si hubiese caido en manos industriosas; mas por falta de brazos, por abandono de la metrópoli, y por la desunion de las tribus bárbaras de aquellos lugares, está abandonado, y no presenta interés ni establecimiento de importancia, á escep-

cion de la isla de Cayena, en la cual entraron los franceses por primera vez en el año 1635, y habiéndose retirado de ella en el de 1654, la tomaron los ingleses y conservaron hasta el de 1664, en que volvieron los franceses, quienes se mantuvieron en ella hasta el de 1809, en cuya época pasó á los ingleses, y estos la devolvieron en virtud del tratado de paz de 1814.

Casi todo el dilatado pais nombrado Guayana española está desconocido, porque nadie sino los misioneros capuchinos catalanes han entrado allí, y aun las noticias dadas por estos son muy oscuras y confusas. La Guayana portuguesa es un dilatadísimo pais tambien desconocido, y aun todavia mas despoblado que el de la España.

Tribus barbaras del Brasil y de la Guayana.—Los ouctacaces son los indios mas valientes y esforzados de todas las tribus del Brasil, y prefieren la muerte á la esclavitud. Cuando los portugueses conquistaron la tribu coropea se formaron los indios en una nacion respetable con el nombre de cortados, y en la actualidad ocupan un pais de ciento setenta leguas. Estos pueblos tienen algunos defectos y tambien muchas virtudes, como son el amor al prójimo, su fidelidad, buena fé y constancia en sus empeños. Antes fueron enemigos irreconciliables de los portugueses; pero habiéndoles tratado despues con dulzura, entablaron con ellos alianzas muy estrechas, que fueron de grande utilidad á los portugueses, á quienes ayudaron á esterminar la tribu de los boticudos ó gamelas, que vinieron á destruir una parte del gobierno de Minas-Geraes, habiéndolos arrojado al pais de las Amazonas, de donde no han vuelto á salir á hacer correrías, porque los contienen los mismos valientes ouctacaces.

Los tupayes forman muchas tribus esparcidas por un gran terreno hácia el O.; son de color oscuro, cabello negro y lácio tendido sobre la espalda: se afeitan el cuerpo sin esceptuar las cejas: sus reyes llevan por distincion la cabeza rapada en forma de corona, y las uñas muy largas: hombres y mujeres van desnudos, á escepcion de una pequeña faja en la cintura; los hombres usan comunmente de plumas pegadas en la frente; se agujerean las orejas, narices y el labio inferior, se tiñen el cuerpo, se pegan en él muchas

plumas, y comen la carne humana. Sus principales armas son el arco y la flecha, que manejan con tanta destreza, que con ellas matan las aves volando. Arrojan dardos con un tino admirable; su instrumento marcial es una especie de trompa hecha de un hueso de hombre ó del cuerno de algun animal: andan siempre errantes por los bosques sin ningun domicilio; se mantienen de los animales que matan y yerbas silvestres; no tienen relijion, y ejercen una libertad brutal. Su idioma, aunque dividido en varios dialectos, es el mas comun del Brasil.

Los topinambos forman una nacion bárbara y feroz. Los topayes viven cerca del rio Meari. Los feroces apuyos ocupan los montes mas elevados del Rio Janeiro hacia el O., y se estienden muchas leguas al N.; siempre estan en guerra con las otras tribus, y aun con los portugueses brasileños, á quienes causan mucho daño con sus frecuentes incursiones que por lo regular hacen de noche; se dan á la embriaguez y á la lujuria sin respetar edad ni parentesco; ambos secsos van desnudos y se alimentan de la carne de sus enemigos y de la pesca. Los aquiguires forman una nacion valiente, habitan en los montes y bosques, y hacen muchas correrías sobre los establecimientos de la provincia del Espíritu Santo.

La nacion de los aracuyes es poco conocida; habitan en las selvas de la provincia de Fernambuco; es numerosa y se alimentan de la carne de tigre que prefieren á otro cualquier manjar; van desnudos, se pintan el cuerpo de encarnado y amarillo, y se adornan con plumas de pájaros de los colores mas hermosos; sus armas son arcos, flechas y mazas de madera muy pesadas.

Otra nacion bárbara, cruel y traidora son los tomonimes que habitan cerca del rio Paranaiba, al O. de la provincia del Espíritu Santo. Sin embargo de haberlos derrotado los portugueses en diversas ocasiones, destruyendo sus aldeas, no han podido subyugarlos: su principal poblacion se llama Morogegen.

Los umuranas habitan en los bosques entre el rio Chambira al E., el Pastaza al O. y el Marañon al S.; andan vagantes por las selvas y se mantienen de la caza.

Los vayabasones ocupan las cercanías del rio Paral: son aliados de las naciones de los

aymures, lobos, paries y motayas, y frecuentemente han invadido y hostilizado los establecimientos portugueses.

Los mariquites, que habitan en los bosques al N. del rio San Francisco son antropófagos, traidores, lijeros y diestros en la guerra; no tienen viviendas fijas y se mantienen de frutas silvestres y carnes de animales que cazan.

Los ticuuas, mamagayanejes, curivaras y otras tribus viven entre los rios Tocantin y Jinjú. Los pajis, los urubaquis, los aycuaris, los yomanis y otros muchos andan esparcidos por todas las orillas del rio de las Amazonas, y otros que le tributan sus aguas. Los cuyabas y guzabas ocupan las sierras de Matogroso. Todas estas tribus son de facciones y estatura irregulares; sus ocupaciones son pelear, matar, correr, cazar, pescar, y forman algazaras cuando tienen que comer algun esclavo. No tienen templos ni monumento alguno relijioso, y sin embargo conservan alguna nocion del Ser Supremo, con una idea confusa de la inmortalidad del alma. El hombre de mas reputacion entre ellos es el que degüella y come mayor número de enemigos. Este es el carácter jeneral de todas las naciones bárbaras que ocupan lo interior del inmenso territorio del Brasil.

Las tribus bárbaras de la Guayana son los caribes, que habitan cerca de los dominios de la América española: son muy numerosos, de mucho valor, actividad y fuerzas, y tienen la bárbara costumbre de alimentarse de carne humana: habiéndolos llamado los holandeses en su ausilio, para reprimir una insurreccion de los negros, les vieron con horror devorar los cuerpos de los enemigos que habian muerto en la batalla.

Los acawos son poco numerosos, viven mas separados de las costas que los caribes, son traidores, pérfidos y muy diestros en administrar un veneno lento que ocultan entre sus uñas; y aunque estan en buena armonía con los holandeses, estos desconfian de ellos.

Los worros se estienden á lo largo del Orinoco hasta la colonia de Surinam. Son los mas pusilánimes, despreciables y holgazanes, y por no sujetarse al trabajo comen solamente frutas silvestres: van enteramente desnudos y arrojan un hedor insoportable. Los pian-

nacotos habitan lo interior del pais, y son enemigos irreconciliables de los europeos.

Los arruakos ocupan unos fértiles paises hácia la colonia de Esquibo, y sobre los rios Pumeron y Guima; su carácter es dulce, creen en un Dios supremo y en jenios inferiores que llaman yabahus. Sus sacerdotes, que tienen el nombre de peus, les ecsortan para disipar todo temor por la vida futura.

Los galibis tienen una lengua universal, conocida por las naciones salvajes de la Guayana francesa: son muy numerosos, y viven á veces veinte ó treinta familias bajo un mismo techo sin cerrar las puertas. Los kiriskotos y parabuyanos son tribus muy numerosas. Los aricorís lindantes con los arvaces, los caribes y los mayos son cobardes, pero vengativos: van desnudos, creen en la inmortalidad del alma, hacen grandes honores á sus difuntos, y dan culto al sol y á la luna: sus sacerdotes y hechiceros les hacen creer que hablan con el Ser Supremo, al que llaman Vatipa; andan vagantes por los bosques con sus mujeres é hijos. Ademas de estas tribus hay otras de poca importancia.

Ningunos de estos indios tienen gobierno conocido; no respetan rango ni distincion alguna, mas que á los viejos de cada familia que hacen de capitanes, médicos y ministros del culto: la poligamia está admitida entre ellos, aunque muy rara vez toman mas de una mujer, y de ella son muy celosos, pues la matan al momento que la descubren la menor falta; gustan mucho de embriagarse y de ocupar el tiempo en la ociosidad; son tan limpios y aseados que se lavan dos ó tres veces al dia; todos se pintan de encarnado, llevan una faja de algodon á la cintura, y la cruzan entre los muslos; sus chozas son como las de los negros, su alimento es el pescado y algunos vejetales, su lengua es sonora y armoniosa, y se asemeja algo á la italiana: las mujeres, que se casan á la edad de doce años, sirven á sus maridos como esclavas, y son muy robustas.



CAPITULO V.

ISLAS DE AMÉRICA. — Cuba. — Puerto-Rico. — Isla de Haiti ó Santo Domingo. — ANTILLAS INGLESAS. — Jamaica. — Islas Vírjenes. — Anquila y Barbuda. — Antigua. — Nieves y Monserrat. — San Cristóbal. — Dominica. — Granada y Granadillas. — Las Lucayas ó de Bahama. — San Vicente. — La Trinidad. — Tabago y Santa Lucía. — Reatan. — ANTILLAS FRANCESAS. — La Martinica. — La Guadalupe. — Deseada y Marigalante. — ANTILLAS HOLANDESAS. — San Eustaquio. — Curasao. — Aves y Bonaire. — ANTILLAS DINAMARQUESAS. — Santo Tomé. — Santa Cruz y San Juan. — San Bartolomé. — Margarita.

ISLAS DE AMERICA.

Las Antillas, asi llamadas por estar situadas antes de abordar al continente de América, entre la Setentrional y Meridional, fueron descubiertas por Cristóbal Colon en el año 1492: forman una línea circular desde las bocas del Orinoco hasta la costa de la Florida. Se dividen en grandes y pequeñas, ó de Barlovento y de Satavento: las primeras son Cuba, Puerto-Rico, Santo Domingo y Jamáica, y las principales de las segundas son veintinueve, que describiremos.

CUBA. — Está situada entre los 19° 25' y 23° 20' latitud N., y entre los 293° 10' y 303° 30' lonjitud E.: tiene treinta y siete leguas de N. á S. en su mayor anchura, y ciento noventa de E. á O.: la cruza una montaña de poca elevacion: por la parte del E. tiene montes muy escabrosos y empinados, y especialmente los del cobre entre Cabo-Cruces, Puntas de Maisi y Holguin.

Segun los primeros descubridores se recojieron en un año dos mil marcos de oro del que arrastraban los rios, superior en quilates al de Cibao de Santo Domingo; pero ya no se conoce este precioso metal; las únicas minas que se esplotan son de cobre, y una de fierro situada en la parte occidental. Abunda el chachapote, que es una espe-

cie de carbon de piedra, las salinas, las fuentes de agua mineral, el betun, piedra iman y cristal de roca. El clima de esta grande isla abriga el vómito negro, que ataca por lo regular á los forasteros, y los que sanan gozan de perfecta salud, á pesar del aire caloroso é insalubridad del pais. Cuando el sol se halla vertical llueve copiosamente con horrorosos relámpagos y truenos desde las dos hasta las cuatro de la tarde, á cuya hora se disipan las nubes, aparece el sol, y se enjugan las calles y paseos.

Riegan su terreno ciento cuarenta y ocho rios y arroyos que la fertilizan, de modo que no faltan flores en todo el año, y se levantan dos cosechas de algunos granos. Se crian en sus montes abundantes y preciosas maderas de muchas clases, asi como frutas primorosas y esquisitas: tambien se cria el jenjibre, pimienta y demas especias, cacao, algodon, anís, manisco, aloe, etc.; pero los principales frutos son el tabaco, y azúcar de que anualmente se esportan de solo el puerto de la Habana unas doscientas cincuenta mil cajas, de café seiscientas sesenta mil arrobas, de cera dieziseis mil, de miel de purga veintisiete mil, bocoyes y aguardiente de cañas tres mil seiscientas pipas, sin contar las grandes porciones que salen por los puertos de Santiago de Cuba, Trinidad y Matanzas. En los montes se craian muhos javalíes y ganados montaraces, perdices, papagayos, tórtolas y otras aves.

La poblacion de Cuba asciende á unos 630,980 habitantes, divididos en jente blanca y de color: los primeros llegan al número de 290,051, y los segundos á 340,959, de los cuales 200,000 son esclavos. La Habana, su capital, fué fundada por Diego Velazquez, que conquistó la isla en el año 1511. Un cacique caribe llamado Atuz se habia retirado á Cuba huyendo de la isla de Santo Domingo, acompañado de otros infelices compatriotas, y cuando llegó Velazquez le hizo prisionero, y esterminó á los demas, ó los aplicó á los trabajos de las minas.

El puerto de la Habana está bien fortificado, y puede contener unas mil embarcaciones: la riqueza de la capital se manifiesta en sus magníficas iglesias, conventos y edificios. Tiene una hermosa catedral, ciudadela, dos castillos y otras fortificaciones: su poblacion escede de cincuen-

ta mil almas. Desde que este puerto se abrió á todas las naciones, arriban á él anualmente unos mil doscientos buques. Es este puerto el punto de reunion de las flotas españolas, y uno de los apostaderos de la marina real con un escelente astillero.

La ciudad de Santiago de Cuba, situada en la costa meridional de la isla, fué fundada por Diego Velazquez en el año 1514: produce mucho azúcar y tabaco de una calidad superior: su puerto, colocado á la orilla de una bahía del mismo nombre, está bien defendido y frecuentado por estranjeros.

Puerto-Príncipe, fundado en una dilatada y hermosa llanura á veinticinco leguas N. E. de Santiago de Cuba, produce muchísimo ganado: su poblacion es de doce mil almas, y es punto de importancia por residir en él la audiencia y los tribunales principales de la isla.

Matanzas, en la costa setentrional, á la orilla de una bahía ó puerto de los mas grandes, cómodos y seguros á veinte leguas de la Habana, aunque es ciudad pequeña, hace mucho comercio con los barcos que tocan allí por su favorable situacion. El almirante holandés, Pedro Heim, derrotó y quemó en esta bahía la flota de Nueva-España en el año 1628: tuvo delante de la misma dos combates muy gloriosos con el corsario holandés Pie de Palo.

La ciudad de la Trinidad está situada en un terreno alto, tres millas y media distante del mar: tiene diez mil habitantes; en su jurisdiccion se cuentan otras seis mil almas. Es fértil en frutos indíjenos, principalmente en azúcar y tabaco; pero su comercio sufre algun estravío por no tener una comunicacion directa con España. Tiene esta isla en la larga estension de sus costas muchos puertos y bahías cómodas y seguras.

Los estranjeros, deseosos de apoderarse del interesante punto de la Habana, han tratado en diferentes ocasiones de disputar su dominio á la corona de España. La parte occidental fué atacada en el año 1542 por un corsario francés que saqueó la ciudad de la Habana, y quemó el archivo donde se guardaban los documentos históricos de su conquista. Los mismos franceses volvieron á atacarla, aunque infructuosamente, en el año 1544, y en el de 1586 lo fué tambien por los ingleses, que malograron su intento. El capitan francés

Gillermo Jiron, hizo un desembarco en el año 1601, dañando considerablemente al pais, y se llevó prisionero al obispo que andaba visitando las iglesias de su diócesis: despues de algunos meses dió otro ataque; pero fué rechazado, porque los habitantes estaban prevenidos. Tampoco tuvieron mejor resultado las repetidas espediciones de los ingleses en los años 1622, 1623 y 1638; y aunque en la de 1662 se apoderaron de la capital, tuvieron que evacuarla muy pronto despues de haberla incendiado. Estando esta isla bastante aflijida por los repetidos terremotos ocurridos en el año 1678, aprovecharon la ocasion los franceses de la isla de Santo Domingo, y la atacaron con diez mil hombres, divididos en dos columnas que habian de reunirse en un punto determinado para asaltar la ciudad. Cuando caminaban á la reunion, se encontraron ambas columnas inesperadamente por la noche, y creyéndose enemigos se batieron y destrozaron con mucha mortandad, hasta que disipada la oscuridad conocieron su fatal equivocacion; y desalentados con un golpe tan funesto é imprevisto, se apresuraron á rembarcarse. Los cubanos celebran un aniversario de este acontecimiento el dia 28 de agosto con mucha solemnidad.

El almirante inglés Vernon sitió á dicha plaza en el año 1741, y aunque triunfaron por entonces las tropas de la guarnicion, obligando al enemigo á embarcarse con mucha pérdida, sucumbió veintiun años despues á otra formidable espedicion de la Inglaterra, á pesar del gran denuedo con que las tropas y paisanaje sostuvieron los terribles ataques de aquella armada.

Esta isla fué devuelta á la España por la paz de Versalles de 1763, en cambio de las Floridas, desde cuyo tiempo sigue pacíficamente bajo el dominio de España, sin que se hubiese causado en ella alteracion alguna con motivo de la invasion de Napoleon en la Península. En el año 1812 se descubrió afortunadamente una conspiracion tramada por los esclavos, que debia principiar incendiando uno de los barrios de la ciudad de la Habana, para aprovecharse del desórden y degollar á los blancos, cuya ruina habian jurado; pero con la aprehension de Aponte, negro libre y jefe principal de la faccion, se sofocó esta felizmente, y Aponte con ocho de los cómplices mas

comprometidos fueron ahorcados. En el año de 1823 hicieron otra tentativa para sacudir la dependencia de la metrópoli, y no tuvo mejor resultado que la anterior, porque antes de estallar fué preso el jefe de ella don José Lemur, oficial que habia sido de guardias españolas, á quien con veintitres individuos complicados en el plan se les envió á España.

PUERTO-RICO.—Esta isla, que tiene cuarenta leguas de largo y quince á veinte de ancho, está situada entre los 17° 50' y 18° 35' latitud N., y entre los 310° 40' y 312° 20' lonjitud E., á la parte occidental de las islas de Sotavento, y al E. de Santo Domingo: su terreno es muy fértil y productivo, variado de bosques, valles y llanuras; abunda en fuentes y rios; la parte interior es mal sana en la estacion de las lluvias, que ocurren con fuertes huracanes en los meses de junio, julio y agosto. Estas tempestades produjeron muchos estragos en los años 1742 y 1825. Desde las seis hasta las ocho de la mañana, y desde las cuatro á las seis de la tarde hace en el verano un calor insufrible.

Su principal comercio es el azúcar, jenjibre, algodon, lino, drogas, incienso, confituras, casia, arroz, maiz, naranjas, limones, cidras, batatas y otros muchos frutos: produce tambien buena sal, y escelentes maderas de construccion: sus antiguas minas de oro y plata, que se conocieron en la parte setentrional, estan abandonadas. Una cadena de montañas atraviesa á esta isla de E. á O., y de ella bajan muchos rios y arroyos, que corriendo por sus valles y llanuras los pueblan de hermosos pastos. Su capital, San Juan de Puerto-Rico, está situada hácia el N., unida con la principal por una calzada que atraviesa el puerto, el cual es cómodo, seguro, defendido por muchos fuertes, y muy frecuentado de buques que navegan á los demas puntos de América. En esta capital reside un obispo y un capitan jeneral que reune la autoridad política, militar y contenciosa, con apelacion á la isla de Cuba.

Ademas del puerto de San Juan hay en esta isla el de Aresibo, á nueve leguas de distancia; el primero es bastante desabrigado de los vientos del N.; el fondeadero de la Aguadilla, que puede guarecer embarcaciones de bastane porte; el de Mayaqués cómodo y seguro; el puerto

real de Cabo-Rojo, y el Guanica.

En el año 1818 habia en esta isla ocho mil cuatrocientas sesenta plantaciones ó haciendas de toda especie, cuarenta y seis mil doscientos sesenta y tres caballos, cuatro mil quinientas trece mulas, noventa y ocho mil seicientos cuarenta y ocho bueyes, y catorce mil seiscientos cincuenta y ocho carneros y cerdos: segun las últimas noticias, es en la actualidad mucho mas brillante el estado, riqueza y poder de esta isla, pues se han hecho buenas fortificaciones para ponerla á cubierto de los enemigos que pudieran atacarla. El comercio, la industria y agricultura se han fomentado por todos los medios, y finalmente se han abierto cómodos caminos, y un canal que se estiende á seis leguas de la capital, en donde tambien se ha construido un teatro y un seminario conciliar. Las rentas de la corona se han aumentado de tal modo, que siendo este antes un presidio alimentado por las cajas de la Habana y Veracruz, forma ya uno de los dominios mas brillantes y saneados de España, que mantiene una guarnicion cuatro veces mayor que anteriormente, y diferentes buques costeros.

Cuando Cristóbal Colon descubrió la isla de Puerto-Rico en el año 1493, estaban ocupados los españoles en la de Haiti ó Santo Domingo, y por lo mismo quedó olvidada por espacio de dieziseis años, hasta que Ponce de Leon emprendió su conquista, que consiguió felizmente, porque los naturales reputaban por invencibles á los españoles; pero siendo muy pesado el yugo que el conquistador impuso á los naturales, estos en el crecido número de seiscientos mil, segun algunos autores, trataron de probar si sus vencedores eran ó no vulnerables. Uno de los caciques, visitado por Salcedo, oficial de Colon, le recibió con mucha pompa, le dió un gran convite, y á su partida le hizo acompañar para honrarle con una escolta de veinte salvajes instruidos de cierto plan. Llegaron estos á la orilla de un rio, y suplicaron al español les otorgase el honor de que le pasasen en hombros al otro lado; se prestó Salcedo á sus deseos, y llegando á un paraje profundo tropezaron los indios, cayó el español al agua, y los que le llevaban le tuvieron allí el tiempo necesario para que se ahogase. Despues le sacaron á tierra, y en la incertidumbre de si habia perdido la

vida, permanecieron tres dias alrededor del cadáver pidiéndole perdon de su poca habilidad.

La putrefaccion persuadió al cacique y á sus vasallos que los españoles eran tan mortales como los demas hombres. Convencidos de esta verdad, se sublevaron simultáneamente sorprendiendo á sus nuevos huéspedes, que confiados en la docilidad de los indios vivian descuidados, y asi los desbarataron en los primeros encuentros, haciéndoles perder cien hombres; mas repuestos los españoles vencieron á los indios, degollando á muchos y enviando los restantes á los trabajos de las minas de Haiti. Desde entonces poseyó la España pacíficamente esta isla hasta el año 1589, en que fué atacada por una espedicion inglesa que incendió algunos de sus establecimientos, y se retiró por entonces, con el intento de apoderarse totalmente de ella en otra espedicion. Así lo verificó despues, á pesar de la tenaz resistencia de la guarnicion y sus habitantes, que cedieron por virtud de una capitulacion. Los ingleses la conservaron algun tiempo, hasta que las enfermedades y el estado de ajitacion de la Inglaterra les obligaron á abandonarla á los holandeses, que se apoderaron de ella en el año 1605, y despues la destruyeron en gran parte; pero muy pronto fué reparada y devuelta á los españoles que la poseen actualmente.

Isla de Haiti ó Santo Domingo. — Está situada entre los 17° 33' y 20° latitud N., y entre los 303° 20' y 309° 20' lonjitud E.; de E. á O. se estiende ciento setenta leguas, y de N. á S. treinta en su mediana anchura; su circunferencia se calcula de cuatrocientas leguas; sus colinas, valles, bosques y rios la hacen de una vista agradable. En el centro ecsiste un grupo de montañas muy elevadas, del que salen tres grandes sierras, la mas larga hácia el S. E. hasta el cabo Espada. Estas y otras montañas hacen muy escabrosa la comunicacion entre la parte meridional y la setentrional de la isla: hay en ellas minas de oro, plata, cobre, fierro, estaño, piedra iman, cristal, talco, azufre, carbon de piedra, canteras de mármol y de pórfido, granito, jaspes, ostras petrificadas, una mina de azogue que se descubrió en el año 1645, y productos volcánicos, siendo las mas

considerables de todas ellas las de oro y plata, que esplota una compañía inglesa, y que en los primeros tiempos de la conquista produjeron inmensas riquezas, especialmente las de oro de Cibao. A las faldas de estas minas se estienden fértiles llanuras, que hacen aquel pais uno de los mas ricos del universo. Los productos principales son el azúcar, café, cacao, té, algodon, tabaco, jenjibre, añil, cueros, plantas medicinales, ámbar, maiz, frutas esquisitas, como son ananas, bananos, uvas, cidras, limones, toronjas, dátiles, albaricoques y otras inumerables, de mejor calidad que en las otras islas: maderas esquisitas de caobas, futetes, robles, hacanas, guayacanes, candelones, capaes, laureles, cedros, naranjos, espinos, ébanos, etc.: los bosques abundan en infinitas clases de aves y pájaros de canto y de hermosas plumas: en sus dilatados prados se crian rebaños de caballos, mulas, asnos, y principalmente bueyes, cuyos cueros han formado siempre un comercio lucrativo, pues ha habido año en que se han esportado de treinta á cuarenta mil de ellos.

El clima varía segun la localidad de los lugares; pero jeneralmente es caloroso, con particularidad en el mes de junio: sin embargo de ser este temperamento contrario á los europeos, que padecen el vómito negro, llegan á acostumbrarse á él, y algunos viven mucho tiempo.

Los principales rios que fertilizan la isla son el Yuna, navegable por espacio de trece leguas, el Monte-Cristi ó Yaqui, el Ozuma, navegable tambien en corto trecho, el Neiva, el Artibonitó, el Huayna, el Nigua, el Villegas, el Nissao y el Occoa.

Cuando Humboldt visitó esta isla tenia una poblacion de ochocientas veinte mil almas; en el año 1823 subia á novecientas treinta y cinco mil trescientas cincuenta y cinco, y en el de 1826 se habia aumentado hasta un millon veinte mil habitantes, de los cuales ciento noventa mil son mulatos, treinta mil blancos y los demas negros. Sus rentas se graduan en tres millones de pesos fuertes, y su única deuda asciende á ciento cincuenta millones de francos, que contrajo en 1826 para indemnizar á los emigrados propietarios, segun un tratado de paz que en el mismo año

se ajustó con la Francia. El ejército de esta nueva repúblicа es una guardia nacional que se gradúa en unos doscientos mil hombres. La relijion de los habitantes de Santo Domingo es la católica romana con tolerancia de otros cultos. Sus territorios se dividen en ocho departamentos, á saber: Puerto-Príncipe, Cabo-Francés, Santo Domingo, La Mole, Leogana, San Marcos, Monte-Cristi y los Cayos.

Puerto-príncipe está situada en la parte occidental, y tiene un escelente puerto: adquirió mucha importancia desde que los republicanos la elijieron por capital del estado.

Cabo-Francés es una ciudad muy hermosa, de calles anchas y rectas, de magníficos edificios públicos y buenas casas: está situada en la Vega real en el sitio donde Cristóbal Colon dió una batalla á los indios á la orilla de un puerto bastante seguro, aunque de difícil entrada.

Santo Domingo, que fué fundada por Bartolomé Colon, hermano del almirante Cristóbal, en el año 1504, se llamó asi en honor del tercer hermano Domingo; es ciudad grande, habitada por veinticinco mil individuos, europeos, criollos, mulatos, mestizos y negros; tiene un espacioso puerto que es bastante concurrido.

Los Cayos, ciudad situada en la parte mas occidental de la isla, tiene un buen puerto, por el cual hacen un gran comercio; y en él se han aprestado espediciones á favor de los independientes hispano-americanos.

Ya hemos dicho que esta isla con el nombre de Española, fué el primer establecimiento que formaron los españoles en la América, en cuyo tiempo se dice que la poblacion ascendia á tres millones de almas. La estincion de esta casta se atribuye á los forzados servicios que les ecsijieron algunos jefes españoles, y á la epidemia de viruelas y sarampion que se señaló en el año 1666, diezmando infinidad de poblaciones: esta época se recuerda todavia con el nombre de *trajedia de los Seises*. Cuando los españoles arrojaron á los franceses de la isla de San Cristóbal, se unieron estos con muchos piratas y aventureros, y se establecieron en una parte de la isla, aunque contra la voluntad de sus lejítimos dueños, contra quienes se mantuvieron en guerra, hasta que el rey de Francia los reconoció y logró que en la paz de Riswik le cediese Cár-

los II de España la parte oriental. Así permaneció esta isla obedeciendo pacíficamente los respectivos gobiernos frances y español, hasta que rompió la revolucion en el primero. En 1791 hicieron los negros sus primeras tentativas para sacudir el yugo de los blancos, incendiaron muchas haciendas y poblaciones, y sacrificaron unas dos mil víctimas á su furor; pero bien pronto fueron derrotados, y quedó sofocada completamente por entonces la rebelion.

La declaracion de igualdad de negros libres y blancos, y la emancipacion de esclavos que decretó la asamblea nacional de Francia, dió mayores fuerzas á los descontentos para arrojarse nuevamente á su empresa. El negro Macaya atacó con tres mil esclavos la plaza de Cabo-Francés, y despues de haber hecho una horrorosa carnicería en sus habitantes, se apoderó de ella. La Inglaterra no desaprovechó esta ocasion; envió desde Jamaica una espedicion que desembarcó en Tiburon, tomó las plazas de Leogana y Puerto-Príncipe, y amenazaba estender sus armas por toda la isla: mas la fiebre amarilla, el mulato Rigaud, el negro Toussaint, y el comandante francés jefe de las tropas de aquella isla, contuvieron á los invasores, los arrojaron del pais, y reprimieron al mismo tiempo el ímpetu de los naturales revoltosos. Sin embargo, en esta lucha se habian amaestrado en el manejo de las armas aquellas jentes belicosas, y cuando se creyeron con suficientes fuerzas rompieron el fuego por todas partes á principios del año 1800, apoderándose repentinamente de la isla, y proclamando su independencia en 1.° de julio del mismo año.

En el de 1802 envió Bonaparte una flota con veinte mil hombres de desembarco, bajo el mando del jeneral Leclerck para pacificar el pais. Los negros se dispusieron á rechazar tan formidables fuerzas, incendiaron la ciudad del Cabo, y se retiraron á los montes para dar tiempo á que el clima, el cansancio y los choques parciales destruyesen aquel lucido ejército, porque no se atrevian á chocar directamente con él. Leclerck principió la campaña en 2 de febrero de 1803, y se sostuvo hasta el 1.° de mayo, en que se ajustó la paz con la condicion de que los negros volverian á reconocer la soberanía de la Francia.

El jeneral francés receló de

la conducta de L' Ouberture, sin embargo de los grandes servicios que antes le habia hecho; y sorprendiéndole una noche le envió al castillo de Joux en Besanzon, donde sucumbió al duro trato que le dió el gobierno francés; y á su mujer la confinaron en Bayona.

Este proceder y otras tropelías que cometia el ejército francés con los insurjentes que habian rendido las armas, renovaron las hostilidades con mayor furor. Cristóbal y Dessalines se hicieron cabezas de una nueva insurreccion, continuaron la guerra con mucha ventaja, y fueron tan desesperados sus esfuerzos, que los franceses, cansados de su temeridad, desanimados por el vómito negro y la pérdida de diferentes plazas, entre ellas Puerto-Delfin y la Paz, se vieron en la precision de entablar un armisticio con los independientes. Habiendo espirado este á tiempo que una escuadra inglesa bloqueaba la isla, y reducidos los franceses al mayor apuro, se retiraron al Cabo en donde rindieron las armas á los ingleses en 30 de noviembre de 1803, quedando de este modo evacuada esta parte de la isla, asegurada la independencia y libertad de los negros, y destruidos veinte mil franceses.

Engreidos los negros con sus muchos triunfos, nombraron á Dessalines gobernador perpétuo, y en setiembre de 1804 le confirieron el título de rey con el nombre de Jacobo I; dignidad que no le duró, porque habiéndose hecho aborrecer del pueblo por sus actos violentos y arbitrarios, se formó una conspiracion contra él, y le asesinaron en octubre de 1805. Cristóbal logró ser nombrado jefe del estado, á pesar de la competencia de su rival Petion: siguió el mismo sistema que su antecesor; y no contento con haberse hecho nombrar majistrado perpétuo del estado, se coronó rey con el nombre de Enrique I el 2 de junio de 1811. Petion se habia retirado despues de su derrota á la otra parte de la isla, en donde formó un gobierno republicano, independiente del primero. Se convocó una asamblea constituyente, y la comision de constitucion presentó en 27 de diciembre de 1806 una que se aceptó inmediatamente, segun la cual debia renovarse cada cuatro años el nombramiento de presidente, cuya dignidad recayó en Petion por unanimidad de la asam-

blea en el mes de marzo de 1807. Petion volvió á ser elejido en los años 1811 y 1815, y en el de 1816 se le nombró presidente perpétuo. Muerto Petion en mayo de 1818 le sucedió Boyer, que es el que gobierna la isla actualmente. En octubre de 1820 se sublevaron contra Enrique I sus mismos soldados, y no púdiendo aplacarlos, á pesar de agotar para ello todos los recursos de su injenio y riquezas, para librarse del escarnio se tiró un pistoletazo: su hijo primojénito, á quien se quiso obligar á aclamar la república, tuvo la firmeza de reconvenir á la soldadesca por el crímen y perfidia que habia cometido; pero enfurecida aquella le dió de bayonetazos en la escalera de su palacio, á vista de Boyer, que marchó repentinamente contra el Cabo, hizo desaparecer aquel reino, y de este modo quedaron ambos estados reunidos, bajo el gobierno y leyes de la nueva república.

La parte de la isla perteneciente á la España, habia permanecido fiel á la metrópoli en medio de todas estas ajitaciones; pero á principios de diciembre de 1821 se declaró independiente, con cuyo motivo reunió Boyer el dominio de toda la isla, que volvió á tomar su antiguo nombre de Haiti. Con el reconocimiento que hizo el rey de Francia en el año 1825 de la independencia de su antigua colonia, por el desembolso de treinta millones de pesos para indemnizar á los colonos franceses de sus pérdidas, se ha asegurado el gobierno de los independientes negros.

ANTILLAS INGLESAS.

Jamaica.—Está situada al S. de Cuba y al O. de Santo Domingo: tiene diezinueve leguas de N. á S. en su mayor anchura, y veintisiete de E. á O.; está poblada de rocas escarpadas, entre las cuales, y las montañas que por el centro la atraviesan de E. á O., se crian hermosos árboles de un verdor perpétuo. En esta cordillera, llamada las Montañas Azules, hay cumbres y picos de mucha elevacion, el mayor de los cuales tiene de altura dos mil setecientas veintiseis varas sobre el nivel del mar: se desgajan de ellas muchos rios y varios torrentes de aguas saludables, algunos de los cuales corren debajo de la tierra por espacio de muchas leguas. La localidad de esta isla es muy favorable al co-

mercio, por tener diezíseis cómodas y grandes bahías con treinta puertos seguros para el fondeadero de las embarcaciones. Es fertilísima, y una de las colonias mas ricas del Nuevo-Mundo: produce mucho azúcar, ron, café, canela, añil, cacao, algodon, tabaco, jenjibre, tamarindos, aloe, cochinilla, china y pimienta, de cuyos frutos se hacen considerables esportaciones para la Inglaterra, la América Setentrional y otros paises. Se crian muchos frutales de diferentes especies, palos de tinte, caobas, cedros y otros de cualidades muy raras, que hacen muy deliciosa la perspectiva del pais. Se crian tambien con mucha abundancia caballos, mulas, vacas, ovejas y otros diferentes animales y aves.

El aire en muchos sitios es en estremo caloroso; pero la marea que se levanta á las ocho de la mañana, y dura hasta los cinco de la tarde, y las brisas de tierra que principian desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana, refrescan la atmósfera: llueve copiosamente en los meses de mayo y octubre, y casi todas las noches relampaguea. El rio llamado de la Sal, se forma de varios arroyos salados, que nacen en una montaña distante dos millas del mar.

Se divide la Jamáica en tres condados, que son Cornwallis á la parte del O., Middlessex en el centro, y Surrey al E., cuyos tres estados se subdividen en diezinueve distritos. Su gobierno lo ejerce un capitan jeneral, cuya autoridad es muy estensa: congrega y disuelve la asamblea lejislativa, que se compone de doce individuos nombrados por el rey, y forman la cámara alta, y de cuarenta y tres representantes del pueblo elejidos por las parroquias, que á imitacion de la metrópoli forman la cámara baja. La autoridad eclesiástica pertenece al obispo protestante de Lóndres.

Las ciudades principales de esta isla, son Puerto-Real, Santiago de la Vega y Kingston: la primera fué antiguamente la capital de la isla por su buen puerto, que ofrece fondeadero á mil buques mayores, con todas las comodidades para la carga y descarga; mas al presente apenas tendrá doscientas casas, porque con motivo de los terremotos tuvieron los naturales que abandonarla, y establecerse en la de Santiago, desde donde pasaron á Kingston á establecer la capital, que cuenta veintinueve mil almas de po-

blacion entre blancos, mulatos y negros.

En el año 1494 descubrió esta isla Cristóbal Colon, quien permaneció un año en ella esperando ausilios de Santo Domingo para continuar sus espediciones, por haber perdido los buques que formaron su cuarta flota. En el de 1509, Juan Ezequiel fué enviado por el hijo de Colon para conservar el dominio de la isla, cuya herencia le habia concedido el rey; pero habiendo sucedido á Ezequiel otros gobernadores menos esactos que él, fueron causa de la despoblacion del pais. En el año 1596 Shyrley con una escuadra inglesa atacó la isla y saqueó la capital. En 1636 la invadió el coronel Jackson, y se apoderó de Santiago de la Vega; mas despues de haberla saqueado se retiró. En el gobierno de Cromwel se hizo la conquista formal de la Jamáica á pesar de la heróica resistencia que hicieron mil quinientos blancos é igual número de negros, única jente que componia entonces su poblacion, quienes vencidos por la mucha superioridad del enemigo, sufrieron todos los escesos de un despotismo militar.

Cromwel quiso formar un establecimiento sólido en esta isla, envió por gobernador á Doyle, protejió la emigracion de varias familias, con lo cual, y con el establecimiento de una asamblea de representantes y un consejo que se formó en el tiempo de Cárlos II, adquirió muy pronto un gran fomento. Poco despues de establecido el gobierno popular se empeñó el rey contra este gobierno, porque le negó una renta perpétua que queria ecsijirle, y estos debates duraron por espacio de treinta años, hasta que en el de 1728 se conformó en dar á la corona ocho mil libras esterlinas annualmente, en recompensa de ciertas concesiones á favor de su libertad.

Al tiempo de haberse apoderado los ingleses de esta isla se retiraron muchos negros esclavos á las montañas, en donde establecieron una reunion independiente con el nombre de *Cimarrones*. Estos se fueron aumentando con la desercion, y se mantuvieron en estado libre por espacio de dos siglos, burlándose siempre de la fuerza de los ingleses, hasta que á últimos del siglo pasado los arrojaron con perros salvajes, dirijidos por tropas prácticas del terreno, que los destruyeron; los restos de aquella valiente raza ecsisten aun en las Montañas Azules, en don-

de forman una asociacion tolerada por el gobierno. Posteriormente se han suscitado varias disputas entre los colonos y la metrópoli sobre la abolicion de la esclavitud, y otros puntos de lejislacion perjudiciales á la prosperidad de la isla; y á pesar de estas contrariedades no ha dejado de progresar aquel estado, hasta el punto de contarse actualmente quinientos cuarenta mil habitantes de poblacion, y de estar enriquecido con un comercio que se gradúa en treinta millones de pesos anuales el valor de sus importaciones y esportaciones.

ISLAS VIRJENES.—Los españoles dieron á estas islas el nombre de las Once mil Virjenes del Martirolojio: estan situadas al E. de Puerto-Rico, y la mayor parte de ellas estan desiertas. Cuando Francisco Drake trató de atacar la isla de Santo Domingo en el año 1580, descubrió entre estas islas una bahía de tres á cuatro leguas de ancho y seis á siete de largo, en que pueden fondear las embarcaciones con bastante seguridad. Tórtola, que es la principal de ellas, tiene seis leguas de largo y dos de ancho: produce buen algodon, azúcar y ron: otras diezinueve islas que forman este grupo, reconocen el dominio de los ingleses: otras muchas pertenecen á los dinamarqueses, de las cuales las de Santo.Tomé y Santa Cruz merecen alguna descricion, que haremos mas adelante.

ANQUILA Y BARBUDA.—La primera de estas islas está situada á diezisiete leguas N. O. de San Cristóbal y al E. de Puerto-Rico: tiene ocho leguas de largo y cuatro de ancho: su terreno es llano y su clima como el de la Jamáica: sus habitantes son labradores y ganaderos: pertenece á los ingleses, quienes sacan de ella mucho tabaco de superior calidad, que con el maiz, azúcar y ganado constituye el principal ramo de su riqueza. No tiene mas que un puerto de alguna comodidad: ha sido saqueada muchas veces por los franceses, y en el dia consistirá su poblacion en unas mil almas.

La Barbuda, situada á veinticuatro leguas N. N. E. de San Cristóbal, tiene de lonjitud cinco leguas, y de anchura tres: es muy fecunda en cocos, que son escelentes, algodon, pimienta, tabaco, anís, jenjibre, azúcar, ganado de cerda y cabrío. Sus habitantes ejercen la agricultura, y con sus frutos abastecen las otras islas. Su poblacion 2

de unas mil quinientas almas. Se cria en esta isla una yerba muy rara que llaman la Vergonzosa, porque en tocándola se marchita. El dominio de esta isla costó á los ingleses muchas dificultadades, por la gran resistencia que hicieron los caribes; y posteriormente la cedió la Inglaterra á la familia de Codrington, á quien producia al año cincuenta mil libras esterlinas.

Antigua.—Está situada á los 17° latitud N. y á los 316° lonjitud E.: tiene seis ó siete leguas de largo con casi igual anchura: no se hizo aprecio de esta isla por falta de agua dulce; pero los ingleses la han suplido con la fabricacion de pozos, y en el dia es interesante por sus escelentes puertos, y un hermoso astillero para reparar los buques. Es abundante de pescado, caza, y toda clase de ganado doméstico. Sus principales producciones son azúcar, añil, tabaco, jenjibre, canela silvestre y otras drogas, maderas de construccion y de fabricacion: su clima es cálido, insalubre y propenso á terribles huracanes; su poblacion ascenderá á unos cuarenta mil habitantes: la residencia del gobernador es el pueblo de San Juan, en donde se hace el mayor comercio de todas las islas de Sotavento.

El primero que descubrió la isla Antigua en el año 1623 fué Tomas Warne, y los ingleses se establecieron en ella el de 1636: la cedieron á Guillermo Villoughbi en 1663; los franceses se apoderaron de ella en el de 1666, y fué recobrada en 1690 por Cristóbal Codrington.

La barbada.—Tiene ocho leguas de largo y cinco de ancho. Su descubrimiento se atribuye á los portugueses; los ingleses suponen que no fué conocida hasta que Cristóbal Courteen naufragó en ella en el año 1625, y habiendo principiado á reconocerla no encontró apariencia de haber estado habitada ni aun por salvajes: como el clima prometia un buen temple aunque el terreno era poco fértil, se establecieron en ella algunos ingleses que la fueron desmontando, y con la constancia y aplicacion habilitaron algunos terrenos: con motivo de las revoluciones de Inglaterra y la mucha emigracion, se aumentó rápidamente la colonia, de modo que á los veinte años se habia reunido en la Barbada una poblacion de cincuenta mil blancos y mayor número de negros, que la elevaron á tal grado de prosperidad, que competia con las mejores y mas an-

tiguas colonias de la Inglaterra; pero al paso que se fueron formando otros establecimientos en las islas vecinas, se introdujo un mortífero contajio que duró algunos años, y fué desapareciendo su brillante perspectiva.

Sin embargo se esportan anualmente de la Barbada diez mil quintales de azúcar, un millon ochocientas cuarenta y ocho mil botellas de ron, mucha madera de caoba, bastante jenjibre, grandes cantidades de algodon, aloe, dulces, confituras y otros artículos. El verdor de los árboles es perpétuo: se cojen muchas naranjas, limones, limas, cidras, guabas, papas y toda especie de producciones propias de los trópicos; mas el agua escasea mucho, porque no tiene mas que un rio llamado Zuigh, cubierto de un licor que arde como el aceite, del cual se sirven para las luces. Abunda mucho en pescados, aves, moscas fosfóricas ó luciérnagas, culebras y escorpiones que no comunican veneno con sus picaduras. El clima es caloroso particularmente en los ocho meses de verano: se sufren en esta isla fuertes huracanes y terremotos que causan muchos estragos: en en el de 10 de octubre de 1780 perecieron cuatro mil personas y causó males incalculables. La defensa de esta isla es natural por hallarse rodeada á la parte de Barlovento de rocas inaccesibles, y en la de Sotavento se encuentran muy buenas ensenadas, en donde se han construido varios fortines para protejerla. Bridge-Town es la capital, donde reside el gobernador; tiene un buen puerto y un colejio, que es el único que ecsiste en las Antillas inglesas.

Nieves y Monserrat.—La primera de estas islas tiene dos leguas de largo y una de ancho: consiste en una montaña de bastante elevacion, cuyas faldas son abundantes de algodon, azúcar, tabaco, ron, limones y molases, de cuyo fruto se hacen esportaciones considerables. Pocos años despues del principio de este establecimiento se contaban ya en él treinta mil habitantes; pero la invasion de los franceses en el año 1706, las enfermedades epidémicas, y las revoluciones ocurridas en diferentes épocas, han disminuido esta colonia de tal manera que apenas se cuentan en el dia unos once mil habitantes, distinguidos por su industria, laboriosidad, limpieza y aseo. Se divide esta isla en tres partidos ó parroquias: tiene

buenos caminos que conducen á algunos pequeños puertos en donde estan las poblaciones Newcastle, Littleborough, y Charlesthon que es la capital.

La pequeña Monserrat está situada entre la Antigua y San Cristóbal: tiene como unas veinte leguas de circunferencia: sus montes producen mucha caoba, cedro y otras maderas de bastante utilidad. En sus costas se pescan diablos de mar, cocodrilos, licornios y peces espadas: su terreno es arenoso y fértil en algodon, tabaco, azúcar y añil: sus muchos escollos hacen peligrosa su navegacion en tiempo de borrasca, porque no tiene mas abrigo que tres radas abiertas: su poblacion, compuesta de ingleses, irlandeses y negros, asciende á ocho mil almas. Cuando descubrieron los españoles esta isla la dieron el nombre de Monserrat, por una sierra que asemeja mucho á la Cataluña llamada así; pero los primeros que fijaron allí su residencia fueron irlandeses, quienes comunicaron su idioma á los mismos negros.

San Cristóbal.—Esta isla lleva el nombre de su descubridor Cristóbal Colon: tiene cinco leguas de largo y dos de ancho. En el año 1493 tomaron posesion de ella los españoles; despues la abandonaron para pasar á otros paises mas ricos y deliciosos, y los franceses é ingleses se establecieron en ella en 1626, habiendo quedado últimamente por la Inglaterra segun el tratado de paz de Utrech. Produce mucho añil, azúcar, melaza, ron, algodon, jenjibre y otros frutos, de los cuales se hace una considerable esportacion. Su poblacion actual se calcula en veinte mil almas. En febrero de 1782 la tomaron los franceses, y en 1783 fué devuelta á sus antiguos dueños que la han poseido sin interrupcion; su capital es Tierra-Baja.

Dominica. — Fué descubierta por Cristóbal Colon en un domingo, y por esta razon la puso este nombre: está situada entre la Martinica y Guadalupe; es de trece leguas de largo y casi lo mismo de ancho, poblada por veinte mil habitantes: en las laderas de las colinas se crian hermosos árboles: produce mucho ron, cacao, tabaco, añil, algodon, maiz, anís, café y bananos; tambien se crian muchas perdices y otras aves, cerdos y animales domésticos. En su parte meridional hay una mina de azufre: la atraviesan muchos rios abundantes en buenos pes-

cados. Está dividida en dos partes, que son Cabes-Terre y Basse-Terre. Aunque en toda su circunferencia no hay puerto ni bahía, proporciona un buen anclaje. En lo interior se ven peñascos inaccesibles en donde se crian víboras, culebras de un tamaño disforme, y otros reptiles ponzoñosos. Habiéndola descuidado los españoles, se establecieron en ella los franceses; de estos pasó á los ingleses en el año 1763; la volvieron á tomar aquellos en el de 1778, y en 1783 fué devuelta á la Gran-Bretaña, que la posee á pesar de las varias tentativas que ha hecho la Francia para volver á su posesion, porque atendida su localidad puede cortar facilmente la comunicacion entre Guadalupe y Martinica.

Granada y granadillas. — La primera de estas islas dista pocas leguas de la de Tabago· tiene ocho leguas de largo, cuatro de ancho, y veintinueve mil almas de poblacion: su terreno es fecundo en azúcar, café, añil, tabaco, jenjibre, mijo y chícharos; tambien abunda en árboles frutales y otros de buenas maderas de construccion; sobre todos se distingue uno llamado latino, que en vez de ramas tiene unas hojas grandes en forma de abanicos que emplean en cubrir las casas. En medio de la isla hay una colina, en cuya cima ecsiste un lago de donde salen muchos riachuelos que fertilizan el pais, en el que se crian perdices, palomas, papagayos y otras muchas aves. Las costas de esta isla estan pobladas de varios puertos y bahías escelentes; con particularidad la de San Jorje, que reune la ventaja de no estar sujeta á huracanes. Los franceses fueron los primeros que establecieron *colonias* en esta isla, que transfirieron á los ingleses en el año 1763: fué vuelta á tomar por los primeros en el de 1779, y restituida á estos en 1783. En el de 1795 desembarcaron los franceses algunas tropas que suscitaron una insurreccion; pero se estinguió esta en el mes de julio del año siguiente, desde cuya época la han poseido pacíficamente los ingleses.

Las Granadillas forman un grupo de veintitres isletas ó escollos cerca de las de Sotavento, en donde el mayor canal apenas tiene cuatro leguas de ancho: aunque carecen de agua dulce, el aire es saludable, y se coje en ellas café, añil, azúcar y algodon: la mayor, llamada Becoya ó Bequita, dista menos de

dos leguas de la de San Vicente.

LAS LUCAYAS Ó DE BAHAMA.— Estas islas estan situadas bajo el trópico de Cáncer, y se estienden por la costa de la Florida hasta la isla de Cuba: su número acaso escederá de quinientas, y apenas habrá entre ellas catorce que no sean estériles. Deseando los ingleses destruir el abrigo que tenian los piratas en estas islas, formaron en el año 1720 un pequeño establecimiento en la llamada *Providencia*, por haber encontrado en ella un mediano puerto en donde construyeron un fuerte, y despues formaron otros establecimientos en algunas de las demas: su situacion á cincuenta leguas de distancia de las Floridas es muy ventajosa al comercio: se esportan de ellas pequeñas cantidades de algodon, sal, ámbar gris, madera, caoba, palo de campeche y fernambuco, tamarindos, maiz, añil, limones, naranjas y otras muchas frutas. Su poblacion subirá á unos dieziseis mil habitantes.

Fueron descubiertas estas islas por Cristóbal Colon, y reconocidas despues en el año de 1667 por el capitan inglés Seyle, que dió el nombre de Carolina á una de ellas, y el de Providencia á otra que le sirvió de asilo en un segundo naufrajio que hizo en aquel punto. Los españoles se apoderaron de las mismas durante la guerra de la independencia de los Estados-Unidos, y en el año 1783 volvieron á tomarlas los ingleses. Cuando hay guerras se enriquecen los habitantes de estas islas con las muchas presas que se llevan á ellas, y en todos tiempos por los naufrajios, que son muy comunes en aquel laberinto de rocas y bancos de arena.

SAN VICENTE. — Está situada esta isla al N. de Granadillas y al S. de Santa Lucía: tiene ocho leguas de largo, seis de ancho y veinte de bojeo, con bahías cómodas y de buen fondo: es de figura casi redonda, montuosa, con espesos bosques partidos por llanuras amenas, regadas por diferentes arroyos, en las que se crian muchos frutos propios de aquellos paises, especialmente azúcar, añil y tabaco llamado de San Vicente. Su poblacion es de veintiocho mil habitantes, entre los cuales hay algunos prófugos de la Barbada y otras islas. Luego que se cedió á los ingleses en el año 1763, trataron á los caribes con tanta crueldad, que hostigados se unieron á los franceses para que recuperasen es-

tes su dominio, como se verificó en el año 1779; pero por el tratado de 1783 entre ambas naciones se devolvió á la Inglaterra. En el de 1812 sufrió muchos desastres esta isla por la furiosa esplosion de sus volcanes en el mes de julio: el rio Wallibon, en cuya embocadura rompieron las erupciones, quedó parado por las inmensas masas de materias volcánicas que se interpusieron, formándose allí un gran lago que hervia de contínuo, el cual aumentado con las lluvias que sobrevinieron rompió sus márjenes é inundó todo el valle de Wallibon, ahogando gran número de hombres y animales. Mientras duraba esta horrorosa desolacion, la montaña llamada Mornesonffriere daba unos espantosos bramidos.

La trinidad.—Está situada á diez leguas de la embocadura del Orinoco: tiene treinta leguas de largo y diezicho de ancho: es la mas hermosa de todas las de Barlovento, con una poblacion de cuarenta y un mil quinientas almas: sus bosques están llenos de cedros, nogales y otros árboles de maderas esquisitas: abundan las palmas, cocos, buenas uvas, naranjas de China, cidras, limones y otras muchas clases de fruta; mas las principales producciones que enriquecen el pais son el azúcar, tabaco, jenjibre, algodon, maiz, café, y añil que nace en las orillas de los caminos sin cultivo, y con tanta abundancia como en otros parajes las malezas. El clima de esta isla es caloroso y poco saludable: cerca de un paraje llamado por los españoles Tierra de Brea, y por los indios Pichen, se encuentra una especie de pez con tanta abundancia, que podrian cargarse muchas embarcaciones. La Trinidad fué descubierta por Cristóbal Colon en el año 1498, y conquistada en el de 1592 por Antonio Berrio. En el de 1595 se apoderó de ella Sir Walter Raleigh. Los franceses la conquistaron en 1676, la saquearon y ecsijieron á sus habitantes considerables sumas de dinero; tomaron posesion de ella en el de 1802 por el tratado de Amiens; pero despues la devolvieron á los ingleses, que son los que la poseen en la actualidad.

Tabago y santa lucia.—La primera de estas islas está situada á veintidos millas N. de la Trinidad: tiene ocho leguas de largo y mas de cuatro de ancho. La primera colonia que se estableció en ella en el año 1632 fué de holandeses, quienes la pusieron el nombre de Nueva Wal-

cheren: los franceses los desalojaron de ella en 1677; la conservaron por el tratado de Nimega, la abandonaron posteriormente y entraron los ingleses á cultivarla. Con motivo de las contínuas incursiones de los indios caribes que habitaban en las bocas del Orinoco, tuvieron que abandonarla, y volvieron á ocuparla nuevamente los franceses con tanto empeño, que trabajaron constantemente para desmontarla y hacerla productiva; de modo que en la actualidad produce mucho maiz, frutas, azúcar y tabaco, habiendo llegado á reunir en ella una poblacion de dieziseis mil habitantes, quienes al abrigo del gobierno inglés, que la posee actualmente, han dado á esta colonia el mayor brillo.

La de Santa Lucía fué descubierta por los franceses en el dia de esta santa: está situada á seis millas S. de la Martinica; tiene doce leguas de largo y seis de ancho. Entre sus varias montañas hay dos redondas bastante escarpadas y volcánicas, que los marineros llaman tetas de Santa Lucía; hay varios llanos fértiles en azúcar, algodon, cacao y madera de construccion. Su clima es bastante sano: tiene algunas bahías y puertos muy cómodos, especialmente el que llaman Carenero, en donde pueden anclar treinta navíos de línea al abrigo de los huracanes. Los franceses é ingleses poseyeron esta isla alternativamente, hasta que en el año 1722 convinieron ambas córtes que fuese evacuada hasta que se determinase amistosamente su destino. Concedida por el rey Jorje I al duque de Montagüe, formó este una espedicion de siete embarcaciones que, escoltadas por el navío de guerra Winchelsea, pasó á establecer una colonia en dicha isla: estas fuerzas fueron rechazadas por otras superiores de los franceses, quienes la aseguraron por el tratado de paz de Versalles de 1763; pero por la de París en 30 de mayo de 1814 se cedió á los ingleses, que la poseen con una poblacion de diezisiete mil almas.

Roatan.—Está situada en la bahía de Honduras, distante ocho leguas del continente: tiene treinta millas de largo y trece de ancho: su clima es saludable, su terreno de buena calidad, con hermosos prados en donde se crian algunos ganados; en sus montes se hallan puercos salvajes, ganados, ánades, palomas, papagayos, culebras del grueso de un hombre y de doce á cator-

ce pies de largo con una boca disforme. Está fortificada esta isla por la naturaleza con muchos escollos y peñascos; tiene un puerto por cuya entrada solo puede pasar una embarcacion; mas en lo interior puede contener quinientos buques con toda comodidad y abrigo. Estuvo desierta esta isla hasta el año 1742, en que los ingleses se establecieron en ella para hacer el corte del palo de campeche, y protejer el comercio de añil y cochinilla con los de Goatemala: puede considerarse Roatan como la llave de la bahía de Honduras.

En estos mares hay muchas islas desiertas y abandonadas por su poca importancia.

ANTILLAS FRANCESAS.

La martinica. — Tiene veinte leguas de largo y diez de ancho, con escelentes puertos que abrigan embarcaciones mayores. Su clima es caliente y menos espuesto que otros á terremotos. La rodean montañas escarpadas con hermosos bosques, de donde se desprenden varios arroyos que fertilizan vastas llanuras, y crian mucho azúcar, cacao, algodon, añil, pimienta, aloe, plátanos, maiz, aceitunas, frutas y diversas especies de yerbas y plantas, principalmente el café, que por su mucha abundancia y crédito que tiene en Europa forma el principal ramo de su comercio. Sus naturales valientes y atrevidos rechazaron en el año 1674 los ataques de los holandeses é ingleses. La compañía francesa de las Indias poseyó esta isla desde el año 1635 hasta el de 1651, en que la vendió con otras al señor Parquet; pero en 1664 la volvió á comprar, y en 1674 la cedió á la corona que la incorporó á sus dominios.

Los franceses mandan en esta isla sobre una poblacion de mas de cien mil almas, en donde reside el gobernador jeneral de las Antillas francesas. En la Martinica hay casas muy fuertes, que tienen un activo comercio con los puertos de la metrópoli, especialmente con Nantes. Al principio hubo frecuentes sublevaciones de los indios salvajes: en el año 1727 ocurrió un terrible terremoto que duró once horas con alguna interrupcion; en 1767 sobrevino otro que la destruyó casi por entero, y sucesivamente hubo otros terremotos y huracanes que arruinaron las fortificaciones. Luis XIV fué el

que dió impulso indirectamente á la prosperidad de esta isla, por haber enviado á ella muchos súbditos protestantes con el objeto de disminuir su número en el reino. Los principales pueblos de la Martinica son: San Pedro, Fuerte Real, la Trinidad, Marigot y la Rada.

LA GUDALUPE. — Dista veinticinco millas N. O. de la Mari-Galante, y sesenta y cinco N. de la Martinica: está dividida por un canal de treinta y ocho varas de ancho y media legua de largo, que se navega por embarcaciones de ochenta toneladas, y se comunica con el mar por ambos estremos. La parte oriental se llama Tierra-Grande y tiene doce leguas de largo con cuatro de ancho; y la occidental, que es propiamente la Guadalupe, se estiende á la lonjitud de trece leguas por seis de anchura: en el centro de esta parte hay muchas montañas, entre ellas una con el nombre de Azufre, por un volcan que arroja un humo espeso y negro mezclado de chispas de fuego. El terreno es pantanoso y estéril, su clima templado y sano: en la mejor tierra produce azúcar, añil, tabaco, arroz y otros frutos: la habitan ciento veinte mil almas con inclusion de la isla Mari-Galante.

Cristóbal Colon fué el descubridor de ella, y cuando desembarcó con algunos españoles encontró mucha resistencia por parte de los indios, hasta que aterrados por las armas de fuego huyeron á los bosques; aprovechando esta ocasion recorrieron el pais, y hallaron mucha miel, cera, hierro, algodon, telares, hamacas, y otros rústicos enseres. Por toda la estension de esta isla encontraron tambien incienso, aloe, sándalo, jenjibre, una especie de árbol de la canela, otros muchos frutales y varias yerbas desconocidas en Europa. Hasta el año 1635 conservaron los españoles las costas de esta isla, que fué cedida á los franceses porque los caribes habian adquirido mucha fuerza y amenazaban la destruccion de los colonos. Los nuevos dueños atacaron á los indios, que se defendieron obstinadamente por espacio de tres años, hasta que una horrorosa hambre destruyó la mayor parte de los europeos, cuya desgracia, con otras calamidades y disensiones entre los principales planteadores amenazaban la total ruina de la colonia. En este estado,

conociendo la Francia la importancia de aquel punto, trató de hacerle prosperar; pero los ingleses frustraron las intenciones de la Francia, y se apoderaron de la isla en el año 1759; la restituyeron en 1763, y aunque en el de 1794 la volvieron á ocupar, la evacuaron pocos meses despues. Al tiempo de la paz ajustada en 1814 la poseian los ingleses, quienes la devolvieron á la Francia, y desde entonces la ha dominado sin interrupcion.

Deseada y Mari-Galante.— La primera de estas islas, situada á cuatro leguas de la Guadalupe, fué descubierta por el célebre Colon en el año 1493: la dió este nombre por los deseos que tenia de reconocer alguna tierra: tiene de largo como unas cuatro leguas, y dos de ancho: en sus costas hay muchos escollos y peñas. El interior es arenoso; se crian muchas higueras, y una especie de pájaros llamados fragatas: su clima es sano, y no está habitado por falta de agua potable.

La Mari-Galante está situada entre la Guadalupe y la Dominica: su clima es apacible, y su terreno fértil está poblado de muchos árboles y cañas de azúcar; produce añil, tabaco, algodon, manioco, papas y otros frutos, y á pesar de la escasez de agua potable, y de lo espuesta que se halla á terribles huracanes, la habitan los franceses. Cristóbal Colon la descubrió en el mismo año 1493; los franceses se establecieron en ella en el de 1648, y fabricaron un buen fuerte para defenderse; pero fué destruido dos veces por los holandeses. Los ingleses la saquearon en 1692, apoderándose de *ella* totalmente en 1795, y al siguiente la devolvieron á los franceses.

ANTILLAS HOLANDESAS.

San eustaquio.— Está situada á cinco millas O. de San Cristóbal: tiene ocho leguas de bojeo, y una fortaleza construida en una montaña que se levanta en forma de pirámide: la laboriosidad é industria de los holandeses han enriquecido esta isla: cultivan con preferencia el tabaco y hacen alguna azúcar, para lo cual han habilitado todo el terreno, menos la montaña, que está poblada de bosques. Como no tiene rios ni fuentes han construido aljibes en todas sus casas: se crian cerdos, cone-

jos, cabras y toda especie de aves. El clima, aunque muy sujeto á terribles truenos y huracanes, es bastante sano: algunas veces han destruido las casas, los injenios y las embarcaciones las frecuentes tempestades, que por lo regular ocurren en los meses de agosto y setiembre. Los holandeses adquirieron esta isla en el año 1635, en cuya posesion se mantienen, á pesar de los continuados ataques de los franceses é ingleses. La pueblan unos cinco mil blancos y quince mil negros.

Curazao.—Está situada á doce leguas de la costa de Caracas en tierra-firme: tiene mas de doce leguas de largo, y cinco y media en su mayor anchura: por su localidad es la principal posesion de los holandeses para el comercio con las Indias Occidentales. Con el contrabando que hacen en el continente, han sacado siempre muchas utilidades. El mejor de sus varios puertos es el de la capital á la costa occidental, en una profunda bahía llamada Santa Ana, cuya entrada la defiende el castillo de Amsterdam. Por este puerto esportan azúcar, lana, cueros, algodon, jenjibre y tabaco, que dirijen á varios puntos de Europa. En esta isla se han refujiado muchas familias españolas que emigraron de varios puntos de Costafirme para librarse de la persecucion de los independientes.

Aves y Bonaire.—La primera de estas islas dista diezíseis leguas de la costa de Venezuela: su lonjitud es de legua y media con una bahía grande y cómoda, en donde por las muchas peñas que se descubren en sus inmediaciones se perdió en 1678 toda la escuadra francesa que mandaba el conde de Strées: la dieron el nombre de Aves por la infinidad de ellas de que está poblada. Los únicos habitantes que hay en esta isla son algunos pescadores holandeses.

La de Bonaire, situada á diezinueve leguas de la costa, abunda en salinas y ganados: está habitada por holandeses, cuyo gobernador es dependiente del de Curazao, y reside en un pequeño pueblo que tiene un puerto de mal anclaje por el fondo de peñas, en donde no pueden agarrar las anclas.

Hay otras islas cercanas que se reputan como propiedad de los holandeses; pero son de muy poca importancia, á escepcion de la de San Martin, que tiene dieziocho leguas de bojeo, sin puerto ni rio alguno, y solo pue-

de apreciarse por sus abundantes salinas.

ANTILLAS DINAMARQUESAS.

Santo tome.—Es de mas de seis leguas de circunferencia: su terreno abunda en maiz, azúcar, algodon, naranjas, cidras, limones, plátanos, mijo, frutas, semillas y hortalizas.

Tiene un puerto cómodo y seguro, que en todos tiempos ha sido el asilo de los corsarios de todas las naciones, que iban á vender allí sus presas, porque se mantenian neutrales en todas las guerras de Europa. Su capital, llamada Santo Tomé, tiene buenas casas, grandes almacenes para el depósito de las mercaderías y una fortaleza. Puede considerarse á esta isla como el primer apoyo del contrabando de ingleses, franceses, holandeses y españoles, con lo que se ha enriquecido y provisto de todo lo necesario. Antiguamente perteneció á una compañía de dinamarqueses, á quienes la compró el rey, y la declaró puerto franco y de libre comercio para todas las naciones. Su poblacion es de unos seis mil doscientos cincuenta individuos, entre los cuales se cuentan solo unos seiscientos blancos.

Santa cruz y san juan.—La primera está situada seis leguas E. de Santo Tomé: tiene trece leguas de largo y cuatro de ancho con tres medianos puertos. Su clima es insalubre, pero su terreno muy fértil por los rios y fuentes de que abunda. Su poblacion es de unos cuarenta mil trescientos ochenta y siete habitantes, entre los cuales se cuentan tres mil cuatrocientos dinamarqueses, y los restantes son mulatos, negros libres y esclavos. La compañía dinamarquesa la compró á la Francia y la vendió al rey de Dinamarca, quien la ha mejorado considerablemente, de modo que produce mucho azúcar, café, algodon, tabaco, añil, maiz y frutas. Algunos negociantes muy ricos se han pasado de otras islas, y han dado á esta mucho fomento con su comercio. Cristianstadt es la capital de esta y de todas las islas dinamarquesas en las Indias Occidentales; la cual tiene un buen puerto y muchas riquezas.

La isla de San Juan tiene doce leguas de bojeo, goza de un buen clima y terreno fértil en azúcar, café, tabaco, algodon, maiz y frutas. La capital lleva el mismo nombre, y su poblacion es de unos tres mil cuatrocien-

tos treinta habitantes, de los que solos ciento ochenta son blancos. Estas islas fueron tomadas por los ingleses en el año 1801; pero pocos meses despues las volvieron á sus antiguos dueños, que siguen en su posesion.

San bartolomé. — Esta isla pertenece á la Suecia: tiene ocho leguas de bojeo, y sin embargo de ser su terreno montuoso hay mucha escasez de agua. Sus principales producciones son algodon, casia, tamarindos, azúcar, tabaco, algun añil y otros frutos propios de los trópicos; el aloe es tan abundante que lo emplean en cercar las posesiones: los árboles mas estimados son el del jabon, el caleback y el canapia, del que se estrae una goma reputada por un escelente catártico; el parotain, cuyas ramas crecen hácia abajo y vuelven á subir formando una espesura inaccesible; el árbol del mar crece en las costas, y sus ramas se entretejen y enlazan entre sí. Hay gran variedad de pájaros. La capital y única ciudad es Gustavia, que tiene un mediano puerto, Los franceses se establecieron en esta isla en el año 1648, y en el de 1784 la cedieron á la Suecia, que la posee actualmente.

Margarita. — Está separada esta isla del continente de Colombia por un estrecho de ocho leguas: tiene dieziocho de largo y seis de ancho: su perpétuo verdor y frondosidad la dan una vista placentera; abunda en pastos, maiz, cacao y frutas: fué descubierta por Cristóbal Colon en el año 1498. El emperador Cárlos V la cedió á Manuel de Villalobos en propiedad para él y sus descendientes, y en el año 1525 formó Villalobos el primer establecimiento, fundando una ciudad y una fortaleza para defenderse: los holandeses demolieron estas obras, y toda la colonia fué saqueada en el año 1626, desde cuya época principió su decadencia, que siguió en aumento, porque los españoles que la habitaban se retiraron al continente. En estos últimos tiempos se acojieron en ella los corsarios de los independientes de la América española. En el año de 1817 la tomó el jeneral Morillo; pero despues volvió al poder de los colombianos, quienes la poseen actualmente, y cuentan en ella una poblacion de catorce mil habitantes tan industriosos, que la han dado un nuevo impulso con su comercio de cacao, sebo, cueros y algunas perlas.

CAPITULO VI.

Descubrimientos hechos por el comercio. — Comercio antiguo. — Comercio de los jenoveses y venecianos. — Comercio de los portugueses. — Españoles. — Ingleses. — Holandeses. — Dinamarqueses. — Franceses. — Suecos.

Descubrimientos hechos por el comercio. — La historia del comercio es la del interés de todas las naciones y de sus individuos, al mismo tiempo que la prosperidad ó decadencia de los imperios: por el comercio se adquieren riquezas y poder, y este proporciona aun á los estados mas pequeños los medios de disputar con otros mayores. Cubre los mares de naves, muda la faz de la tierra, une naciones muy distantes entre sí, civiliza los pueblos incultos, da vigor á la industria y destierra la ociosidad. Su actividad y ambicion no conoce límites, y cuando no se aumenta y dilata decae y perece. Por el comercio se han descubierto todos los paises del mundo, por medio de caminos que ó encontró abiertos ó los allanó, aun cuando despues los abandonase; pero acaso los volverá á frecuentar, segun observe las mudanzas que nacen de las convulsiones que *la naturaleza* causa en el globo. Es *pues*, muy conveniente tener conocimiento de las rutas y de los puntos adonde deben dirijirse los que se dedican á la negociacion y especulaciones.

Comercio antiguo. — En todos tiempos han tenido las naciones limítrofes un comercio recíproco, porque siempre han necesitado ayudarse entre *sí*, cambiando los jéneros y efectos sobrantes en un pais con los que necesitan de otros; y los que tuvieron este deseo fueron á *buscar* las cosas adonde se *hallaban* con abundancia, para *repartirlas* en otros con lucro, *recojiendo* para su pais lo que les *faltaba*: de esto nació el encaminarse á paises remotos. Bien seguro es que pocos serán los que ignoren

el comercio que hace el África con Asia y Europa, el de los cartajineses, griegos y fenicios, y el que estas potencias hacian entre sí. Bien sabido es tambien que el primer comercio fué el de las carabanas, pues en los tiempos remotos vemos el de aquellos ismaelitas, que portean-ban á Ejipto los perfumes y aromas de la Arabia; mas parece que observando estos que daban sus ganancias á los estranjeros comerciantes, pudiendo conseguirlas para sí, porque su localidad prócsima al golfo pérsico les proporcionaba abordar á la India con sus jéneros en embarcaciones propias, fueron ellos mismos á despacharlos allí, y retornar los de los indios. Los griegos, á quienes iban á parar estas mercaderias para trasportarlas á los paises de Europa, ignoraban las rutas para comprarlas de primera mano.

Alejandro Magno, que tenia miras grandiosas, estableció diferentes puntos ó factorias, y uno de los mas principales fué la ciudad de Alejandría, la cual se asemejó á un gran lago que recibe muchos arroyos, y despues salen con rapidez en otros mas pequeños para fertilizar muchos terrenos: de este modo corre el comercio de la India por toda la China, por el Norte, por la Tartaria y por la Rusia: y aun desde allí busca arbitrios para subdividirse mas por otros diferentes puntos.

Se ha creido que los chinos y los japoneses desembarcaron en Europa por haberse estraviado del Norte en el Océano, y que acaso este acontecimiento pudo dar una idea para doblar el cabo de Buena-Esperanza; mas semejante casualidad, si ocurrió, se debe á las tormentas ó á otros accidentes del mar, y no al comercio. Los antiguos negociantes tenian señalados los puntos de descanso mas bien que las rutas: entre los emporios mas notables, se cuentan los de Samarcanda, Basora, Alepo, Bokara, Cabul, Candahar, y sobre todo la gran Palmira. ¿Quién podrá adivinar cómo siendo esta una ciudad circundada de áridos desiertos adquirió el grado de esplendor que la hizo el asombro del universo, si no acude al comercio, el cual dejó señalado el paso por los secos y abrasados arenales á ciertas distancias de las ciudades comerciantes, como son las grandes hospederías, cisternas para mitigar la sed, y suntuosos edificios y obeliscos, que menos figuran obras de guerreros que de negociantes

interesados en fijar auxilios para sí mismos, ó para sus sucesores si volvian á transitar por aquellos parajes?

COMERCIO DE LOS JENOVESES Y VENECIANOS.—Mientras señoreó Roma en el universo, conducian á ella todos los jéneros y preciosidades de la India por el Ejipto; pero cuando se dividió el imperio romano, tambien mudó la direccion del comercio, y sin dejar á Ejipto proveyó á Constantinopla por la Persia. La principal factoría fué el puerto de Cufa en la Crimea, sobre el mar Negro. Los italianos, que antes encontraban en Roma las ricas telas, las maderas preciósas y la especería que repartian despues por toda la Europa, iban á buscar estos efectos de la India al depósito de Cufa, como lo hicieron los jenoveses con la proteccion de los griegos, y de meros protejidos se convirtieron en dueños; los venecianos se dirijieron á Alejandría, y compraban las producciones de la India á los mahometanos, que habian ya esparcido su relijion por los fecundos paises del Ganjes y del Indo hasta las costas y las islas de la Especería, que se aseguraron por medio del comercio. Florencia, Pisa y otras muchas ciudades de Italia reunieron sus caudales con los jenoveses y venecianos, y fueron participantes de las ganancias, orijen de su opulencia. En determinados tiempos iban sus factores á Alemania y á otros diferentes puntos, llevando aquellas mercaderías; lo cual dió principio á las grandes ferias, como es la de Francfort, punto principal de las ciudades anseáticas, de donde se proveyeron despues los paises del Norte, y por la Flandes hicieron internar las especerías en Francia y España.

No hay duda que el gusto de estas especerías seria desde luego muy jeneralizado, pues en el dia lo vemos tan comun. Plinio se admiraba de que las ansiasen tanto, y decia: «No hay duda que muchas cosas son agradables á la vista, al olfato y al gusto; mas la pimienta no puede agradar á ninguno de estos sentidos. ¿Pero cuántas cosas se ven que llegan á ser el objeto de la pasion de imperios enteros sin saberse la causa?» El disgusto de Plinio no fué contajioso, pues por el contrario los gobernadores romanos propagaron el uso de la especería de la India en todo el imperio, con otras preciosas mercaderías, contentándose con disfrutarlas en Europa, sin ir á buscarlas á las fuentes que las

producian. Las cruzadas despertaron estos deseos, y ciertos acontecimientos favorables facilitaron algunos conocimientos en utilidad del comercio.

Es muy natural que habiéndose armado los cruzados contra los mahometanos, buscasen modo de debilitarlos con algun poderoso entretenimiento; y noticiosos los príncipes europeos de las prosperidades de Jenjis-kan le enviaron embajadores encargados de escitarle á continuar sus hazañas, que para ellos eran sumamente ventajosas. Dichos embajadores recorrieron la Tartaria, y este viaje les sirvió para adquirir instrucciones sobre las Indias que aquel héroe habia conquistado, y animados con tales ensayos continuaron sus descubrimientos. Con las relaciones que de ellos hicieron, inspiraron el deseo de adquirir mejores noticias del pais que producia tan útiles y gustosas obras, ademas de que se publicaban cosas maravillosas, capaces de avivar la curiosidad aun de los que no esperaban ganancias; pero un soberano muy sabio supo aprovecharse, con utilidad de su reino, de lo que para otros era solamente una materia de ociosa especulacion.

Comercio de los portugueses.— A principios del siglo XV reinaba Juan I en Portugal. Cuando empezó Juan su reinado hizo empeño de sostener una guerra intestina y otra estranjera, de las cuales salió triunfante. Luego que se desembarazó de ellas pensó en dar ocupacion á los valientes y emprendedores, para que con la ociosidad no perturbasen la paz que ya lograba en sus estados. Tenia cinco hijos, á quienes habia dado una famosa educacion: el segundo, que se llamaba D. Enrique, era inclinado á viajar, y su padre tenia complacencia en verle dedicado á adquirir los conocimientos matemáticos y jeográficos, propios para las tales empresas. Estas empezaron en tiempo de Juan; pero no tuvo el placer de ver sus descubrimientos mas que hasta la isla de la Madera, en donde un inglés con su querida, fujitivo de Inglaterra, habia estado ocultando sus amores, y los nuevos descubridores encontraron un monumento que señalaba el sitio donde habian vivido los dos amantes.

Cuando murió D. Juan, siguió D. Enrique las empresas encargadas por su padre, y se apoderó de las Canarias por entrega que le hizo un francés lla-

mádo Betáncurt, y el rey don Alfonso, su sobrino, se las dió en propiedad. En 1486 un tal Bartolomé Diaz descubrió el *Cabo de las Tormentas*, que llamó así por las muy terribles que sufrió; mas el rey D. Alfonso le llamó Cabo de Buena Esperanza, porque creyó que era la estremidad del Africa, y que desde allí se entraria en un mar libre hasta la India. Desde entonces se consideraron estos descubrimientos como de una utilidad jeneral; y se tomaron como un negocio de estado.

Juan II, sucesor de Alfonso, equipó una pequeña escuadra en el año de 1494, y nombró para que la mandase á Vasco de Gama: despues fletó otra mayor con tropa reglada al mando de Pedro Alvarez Cabral, con órden de favorecer á Diaz, el cual regresó lleno de riquezas y prosperidades, que encendieron una grande emulacion en todo el reino. Los portugueses tuvieron que vencer muchos obstáculos que les oponian los mahometanos, reuniéndose contra ellos, de modo que se vieron prócsimos á que los europeos les arrebatasen el comercio de la India. En la historia del comercio de aquellos paises es famoso el nombre de Alfonso de Alburquerque, porque tomó á su cargo la empresa de atacar á la liga que se habia formado contra aquellos negociantes, y se le tiene por fundador de la dominacion portuguesa en la India, pues fué el primero que edificó allí una fortaleza con su capilla, tomando con este motivo la posesion temporal y espiritual. Sin embargo, habia ya un virey, cuya prudencia estendió por toda la costa el honor de las armas portuguesas; pero como dos hombres de mucho mérito en un mismo cargo es dificil que se convengan entre sí, fué preciso llamar al virey, y entregar toda la autoridad con título de comandante jeneral á Alburquerque: desde entonces principiaron las operaciones arregladas por el rey D. Manuel en su consejo, y con su perseverancia consiguió hacer de un reino pequeño como Portugal una gran potencia.

La opinion jeneral hace á Alburquerque autor de esta preponderancia, porque tenia todas las cualidades necesarias para una empresa en paises remotos; así es que con muy poca tropa ejecutó grandes hazañas: se apoderó de Malaca, Calicut y Ormuz, que son tres plazas de importancia para el comercio de los mahometanos, y fijó su prin-

cipal establecimiento en Góa, que aun es la capital de los dominios portugueses en la India. Convienen en que toda esta prosperidad se debe á sus aciertos, política é intelijencia en los negocios, y tambien á las escuadras y ejércitos que mandaba. Aunque Alburquerque era amante de la sencillez de su país, y por su autoridad no se dejó corromper; conociendo el jenio indiano, afectaba en los actos públicos una estraordinaria magnificencia; pero vivia con la misma frugalidad que otro cualquiera particular. Era bastante desinteresado, ciñéndose únicamente á sus rentas y sueldos; mas todo lo perteneciente á la corona lo ecsijia con el mayor rigor.

Alburquerque tenia por amigos á todos los oficiales, cuidaba de su instruccion como padre, era circunspecto en castigar, y pronto para premiar: en la mesa no hablaba mas que de las buenas acciones de sus oficiales, y jamas de las suyas: ninguna cosa le incomodaba mas que la adulacion, pues ninguno de los que intentaron conseguir su afecto por este medio fueron atendidos, y sí escluidos de sus empleos. En medio de tantas heroicidades no careció de defectos, pues fué desmesurada su ambicion para estender los dominios portugueses; sin detenerse en la justicia ni en los medios: como particular, era Alburquerque de la probidad mas rijida; mas como hombre público, no se hizo digno de este elojio.

Se asegura que formó dos grandes proyectos, uno de pura política, si hubiese sido factible, y el otro de robo. Creyendo que los venecianos pudiesen tomar en algun tiempo el camino de Alejandría, para proseguir su comercio y ayudar á los turcos y á los bárbaros contra los portugueses, indicó al emperador de Etiopia que estraviase el curso del Nilo, para que desaguase en el mar de Arabia antes de entrar en Ejipto, por cuyo medio podria librarse de unos vecinos tan peligrosos. Este plan hubiera debilitado el transporte de las mercaderías de la India á Alejandría desde el mar Rojo, y estando los portugueses en posesion del paso por el Océano, eran los dueños de aquel comercio. El otro proyecto fué hacer conducir desde Ormuz á la Arabia trescientos caballos para saquear el sepulcro de Mahoma; empresa que esperaba le produjese riquezas inmensas, ademas

de la ventaja de cortar la peregrinacion á la Meca, y con ella el ramo de comercio de la India por la Arabia, por cuyo arbitrio lograria enriquecer á la nacion portuguesa.

Una intriga de córte, causada por la inflecsibilidad de Alfonso de Alburquerque, le hizo morir en desgracia del rey. Alburquerque, receloso de que descuidasen la conservacion de Goa, la pidió para sí á título de ducado, y por esta pretension consiguieron los palaciegos sus enemigos hacerle sospechoso con el rey, y que mandase poner en su lugar á otro. Noticioso Alburquerque de esta mudanza en ocasion de hallarse enfermo, se irritó y aflijió tanto, que entre vivas esclamaciones y quejas murió á los sesenta y tres años de edad, jeneralmente estimado, y en el centro de sus triunfos; pero víctima de la ingratitud de los hombres.

Como el comercio es una libre comunicacion de las cosas útiles y agradables, cuya codicia persuade á las naciones á no pararse en los medios de asegurarlo, creyó Alburquerque necesario levantar fortalezas en los paises cuyas riquezas ambicionaban los portugueses; decía que lo ejecutaba así para defender á sus compatriotas del daño que podrian hacerles los naturales ó los mahometanos que obtenian su confianza. Al principio solo pidieron los portugueses una casa y un almacen para custodiar sus efectos; despues se posesionaron de ciudades, y sucesivamente de provincias y reinos, cuyas adquisiciones tuvieron principio en tiempo de Almeida y Alburquerque; despues las continuaron sus sucesores.

En menos de cincuenta años formaron los portugueses un imperio maravilloso, que por una parte se estendia hasta las costas de Persia; poseian todo el golfo pérsico, y cobraban tributo de los principes árabes: por la otra parte de la Arabia eran aliados y estimados del emperador de Etiopia; eran dueños de casi todos los puertos á lo largo de la costa de la India, y de las fronteras de la Persia; poseian la costa de Malabar, la de Coromandel, la de Bengala, la ciudad y península de Malaca: la isla de Ceilan y las de la Sonda les pagaban tributo: las Molucas les obedecian enteramente: por último poseian un grande establecimiento en la China y libertad en el comercio del Japon.

Cuando floreció mas este imperio fué en el tiempo que era

virey en la India D. Constantino de Braganza, cuya autoridad era ilimitada en lo militar, y su tribunal fallaba sin apelacion en lo civil; mas no se ejecutaban las sentencias de muerte sin noticia del rey, siendo contra hidalgos y empleados en el servicio real. El único freno de esta dignidad era el corto tiempo de su duracion, que no pasaba de tres años.

Sus rentas eran grandes y muy suficientes para vivir con magnificencia. Los portugueses tenian factorías en los puertos de los príncipes feudatarios; el precio de las producciones y manufacturas del pais se ponia á su antojo, y se abrogaban el derecho de preferencia en las compras, por cuyo medio los mahometanos y aun los indios se veian escluidos del comercio, al paso que los portugueses adquirian riquezas incalculables en oro, piedras preciosas, aromas, especería, maderas estrañas, drogas y estofas que embarcaban para llevar á otros paises y al mismo Portugal donde iban á buscarlas las naciones europeas á los precios que querian los portugueses.

De este modo no se debe estrañar que un reino tan pequeño equipase armadas tan considerables, y enviase tanta jente á aquellos remotos paises, porque la codicia les atraia estranjeros de Europa y de la India. En aquellos tiempos era este comercio mucho mas lucrativo á los portugueses que despues lo ha sido, porque no tenian contrarios que se les opusiesen en el precio que ponian á unos jéneros que ellos compraban casi de balde, y por otra parte daban un gran valor á los que ellos conducian de Europa. De este modo se enriquecieron enormemente; pero habiendo llegado estas fortunas al último periodo, tanto en los particulares como en la nacion, declinaron rápidamente por el vicio de las escesivas riquezas, y por otras diferentes causas.

Luego que pasó el primer entusiasmo que llevó á los aventureros portugueses á aquellos opulentos paises, para asegurar bien su poder, no quedó á los que les siguieron mas que el deseo de enriquecerse.

Estas sórdidas ideas introdujeron la corrupcion de las costumbres, hicieron desaparecer la piedad, el valor jeneroso, y la infatigable industria de los primeros conquistadores: los que les sucedieron se hicieron perezosos, indolentes, afeminados y

cobardes: se introdujo la discordia entre los gobernadores, los cuales se disputaban la autoridad, sin que la madre patria pudiese remediarlo desde tan lejos; y de aquí nacieron la independencia de los jefes, la falta de disciplina en las tropas, y la insubordinacion de los pueblos. El trájico fin del rey D. Sebastian fué causa de que el Portugal cayese bajo el dominio español. Con este motivo se vió la colonia importante de la India envuelta en las guerras que sostenia la España en Europa, lo que sucedió cuando los portugueses se habian granjeado el odio de los indios por la tenacidad y dureza de su gobierno en querer arrojar de su pais á los árabes, que eran los únicos que hacian el comercio.

Hasta entonces no pudieron resistir estos mahometanos las muchas fuerzas que todos los años llegaban de Lisboa; pero sacudieron el yugo luego que se vieron apoyados por los holandeses, con quienes hicieron causa comun para batir á los portugueses. Los holandeses, sumamente industriosos, muy unidos y acostumbrados al trabajo, teniendo mucho que esperar y nada que perder, batallaban con ardor contra una nacion dividida, depravada en sus costumbres, y aborrecida de sus vasallos y vecinos; por lo cual lograron en poco tiempo establecerse en varias islas, desde donde con el ausilio de algunos reclutas que recibian de los Paises-Bajos, despojaron con maña á los portugueses de sus dominios, y en menos tiempo que ellos los habian conquistado á fuerza de armas.

Los portugueses poseian cinco puntos principales para su comercio, correspondientes á Goa, á saber: Mozanvique, Ormuz, Mascat, Ceilan y Malaca.

La isla de Mozanvique, cerca de la costa de Africa, se comprende sin embargo con la India en cuanto al comercio: tiene un gran puerto y una buena fortaleza: el terreno es muy fértil, y al mismo tiempo se llevan á ella del continente todas las comodidades y riquezas, oro, de las minas y en polvo, plata, marfil, ébano, los mejores esclavos, ganados, aves, frutas, vino de palma y raices; estos efectos se cambian por los vinos de España y de Canarias, aceite, seda, cotones, tela, coral, y ciertas conchitas que sirven de moneda. Este punto es el que da mas abundantes y prontas riquezas; mas para adquirirlas tienen que

sufrir escesivos calores y esponerse al peligro de unos aires mal sanos.

Ormuz, situada á la entrada del golfo pérsico, es como una roca de sal, y carece de agua dulce: hay en ella dos puertos medianos, cuya bahía es segura: su localidad la hizo por mucho tiempo la mas famosa escala del Oriente. Es un ejemplar admirable de lo que puede el comercio, pues con esta sola roca y algunas tierras en el continente eran los reyes de Ormuz unos soberanos cuya amistad deseaban los mas poderosos. Allí concurrian embarcaciones de todas partes de la India, del Africa, del Ejipto y de la Arabia: las mercaderias que llevaban allí se remitian á Basora, desde donde iban á Alepo por carabanas, y á Suez por mar; despues por tierra ó por el Nilo á Alejandría, adonde concurrian los venecianos á comprarlas.

La importancia de Ormuz era de mucho esplendor cuando los portugueses abordaban á ella en las estaciones de enero, febrero, setiembre y octubre, en las cuales se advertia un contínuo movimiento de jentes, que iban de todas las partes del mundo á comprar y vender sus frutos y jéneros: todo ofrecia un espectáculo alegre y placentero, porque se encontraba allí cuanto era necesario para la vida y para el lujo, con habitaciones sumamente cómodas y ricamente equipadas. En las casas de comercio dominaba el artificio y la gravedad: en las tiendas se usaba mucha cortesía y oficiosidad: los oficiales portugueses, tanto civiles como militares, se señalaban por su altivez y soberbia; en las plazas y calles públicas se regocijaban con los volatineros, bailarines y los charlatanes que decian la buena ventura.

Las carabanas de Alepo para Basora, que á veces llegaban á cuatro mil camellos y cinco ó seis mil personas, llevaban á Ormuz dos veces al año las mercaderías europeas; y las que atravesaban la Persia, que eran tambien muy ricas, paraban en Ormuz, adonde el comercio de Malaca conducia todo jénero de riquezas de la India. Los portugueses cobraban derechos sobre todos estos jéneros y comestibles, y se reservaban para sí el tráfico de los caballos y el de las perlas; pero los persas, ayudados de los ingleses, les quitaron este puerto, y desde entonces pasó el comercio á Bender-Abasi; mas no ya en manos de

los portugueses. Con este motivo se ha despoblado Ormuz y hasta los materiales de las casas han sido arrancados por los holandeses; apenas han quedado algunas ruinas que indican haber sido en otro tiempo el mas grande almacen del Oriente. Por lo que hemos referido con respecto á Mozanvique y Ormuz, se advierte en qué consiste el principal comercio de la India, como sus ventajas y modo de practicarle; de consiguiente indicaremos solo lo que juzguemos mas notable en las posesiones que aun conservan los portugueses y en las que han perdido: de esta última clase es Mascate situada en una pequeña bahía de la Arabia Feliz, con defensas naturales y artificiales, y con un buen puerto. Segun se dice es un paraiso terrestre, pues las cercanías de la ciudad son muy fértiles, cubiertas de árboles que producen todo jénero de frutas, hasta uvas: las campiñas que dan á la parte de la India crian muchos ganados, con los que, y las producciones de la tierra, se hace un gran comercio. Allí no se ven robos; se administra la justicia sin rigor, y se da limosna con afabilidad: se hace el comercio en todo el dia, pues en poniéndose el sol no se permite ni aun el desembarcar de una chalupa. En los tiempos presentes gobierna un príncipe árabe aquella ciudad, con todo el pais que los portugueses perdieron por su orgullo, soberbia é injusticia para con los demas comerciantes.

Sobre las costas del Malavar hasta mas allá del cabo de Comorin, que en otros tiempos fué casi solo de los portugueses, se hallan estos mezclados hoy con ingleses, holandeses, y franceses: los soberanos de aquellos paises han recuperado mucha parte de sus posesiones. Diu, situada en una agradable península, es aun una ciudad considerable, y el mercado del reino de Guzurate: concurren allí los navios de todas partes á refrescar sus víveres, que los portugueses procuran tener porque les trae utilidad. El comercio de Daman está oprimido por los ingleses de Bombay, cuyo puerto le cedieron los portugueses siendo casi el mejor de la costa. Chaul subsiste en poder de los portugueses; pero han perdido á Onor, y le poseen los naturales del pais, como igualmente á Cananor, Calicut, Cangranor y Coulan, puntos muy importantes para el comercio de la pimienta, de los cuales alguno

pertenecen á los holandeses.

Los escritores portugueses hacen desprecio de las islas Maldivas, suponiéndolas de poca utilidad, y pobladas de jentes pobres y bárbaras; al contrario, el rey de estas islas las considera importantes, porque se titula sultan de las trece provincias y de doce mil islas; pero ambos se equivocan, porque estas islas no son de tanta importancia como suponen unos, ni tan despreciables como dicen los otros.

Los portugueses pidieron licencia para fabricar una fortaleza en Malé, que es la capital, y se les concedió: mas apenas se vieron guarecidos, empezaron á señorear como si fuesen soberanos, y los naturales los asesinaron; despues no han querido recibir á otros. Igualmente han perdido los portugueses la proteccion de la pesca de las perlas que hacian cerca de las Maldivas, proteccion muy interesante que les quitaron los holandeses, como tambien la isla de Ceilan, que es una de las mas ricas y grandes del mundo: algunos la dieron los nombres de *Tierra santa, Tierra feliz, Tierra de delicias*. Ceilan produce pimienta, algodon fino, seda, tabaco, marfil, almizcle, ébano, cristal, salitre, plomo, hierro, acero, cobre, piedras preciosas, la mejor canela, elefantes, y otros buenos efectos.

Era regular que desde esta famosa isla se estendiesen los portugueses por la costa de Coromandel; pero tomaron solamente ciertos puntos de apoyo, como Negapatan y Santo Tomé, que despues les quitaron los holandeses y los moros. Atravesando el golfo pasaron al Pegú, en donde se desconceptuaron por la vergonzosa lascivia de un jeneral, que hacia conducir á su casa las mujeres mas bellas: estas faltas, la impolítica y otros escesos estenuaron el comercio que hacian en Siam: por las mismas causas perdieron tambien la ciudad de Malaca, situada en la estremidad de una península, cuya localidad la hace ventajosa para asegurar las islas de la Sonda, que poseen ahora los holandeses. En las islas Molucas tuvieron los portugueses felicidades y contratiempos. En Sumatra no consiguieron construir las fortalezas, y tuvieron que contentarse con ser admitidos al comercio. Los naturales de Java no se aterraron con los estruendos de los portugueses, y defendieron sus costas; mas la poca union de

sus reyezuelos les obligó á ser tributarios. En Borneo evitaron la guerra por medio de tratados y convenios.

Los portugueses se establecieron en las Molucas y los españoles pretendieron reinando Cárlos V, que estas islas no estaban comprendidas en la demarcacion de Martino V: estando para principiar la guerra, cedió el emperador su derecho por dinero. Tambien allí se portaron los portugueses con crueldad, robando sin remordimientos á los naturales, y matándolos sin misericordia: juraban tratados que no habian de cumplir, envenenaban á unos reyes, engañaban á otros ó los mataban. El clavo de especia y la nuez moscada, frutos esquisitos capaces de hacer felices á aquellos habitantes, fueron causa de sus desgracias, por la avaricia de los que envidiaban la posesion de de estos aromas.

Las principales de estas islas son cinco: Tarnate produce clavo en abundancia; mas observando sus habitantes que aquella fatal riqueza era causa de la persecucion que sufrian de los portugueses, quemaron todos los árboles que le produzian, y se retiraron á lo interior: las cenizas fertilizaron de tal modo las tierras, que despues de pocos años volvieron á producir mas que antes. Las otras islas Metil, Machian y Lavora son tambien fértiles en la misma especia; pero fueron tan terribles las vejaciones que sufrieron de los portugueses, en un siglo que los dominaron, que quedaron casi desiertas. Parece que la causa de esta despoblacion sería el celo imprudente con que se esforzaban á hacerlos cristianos, pues cuando admitieron á los holandeses fué con la condicion de que no se les inquietase en punto de relijion.

Los portugueses habian descubierto ya un comercio ventajoso en la China y en el Japon, que perdieron tambien por su falta de prudencia y de política; sin embargo, en Canton fué bien recibida una escuadra de ocho naves cargadas de riquezas que envió Alburquerque; pero mientras los jefes con su cortesía, justificacion y desinterés ganaban la voluntad de los chinos en esta ciudad, los capitanes de los buques, que habian quedado á la entrada del rio, y sus subalternos principiaron á maltratar á los chinos como acostumbraban con

otras jentes de la India: desembarcaron cañones, tomaron cuanto quisieron al precio que les acomodó, y cometieron otras violencias. Viendo el virey semejante proceder, equipó aceleradamente una escuadra, cercó á la portuguesa, y la hubiera tomado si por fortuna no hubiese escapado á favor de una tempestad que ocurrió. Despues de muchos ruegos y súplicas, y en virtud de un servicio que los portugueses hicieron á los chinos libertándoles de un pirata que los molestaba mucho, lograron el permiso de establecerse en Macao, y á pesar de ser este sitio estrecho y de poca comodidad, lo recibieron con bastante agradecimiento, por haber en él un buen puerto. Aunque tienen fortificada la ciudad al estilo europeo, y los chinos son tan desconfiados, no les da temor aquella fortificacion, porque tienen tomadas sus medidas de manera que son absolutamente dueños de los portugueses, á quienes no permiten tener provisiones mas que para pocos dias; de modo que viven tan sujetos, que no pueden proyectar empresas que perjudiquen al imperio.

Los japoneses evitaron su miedo desterrando absolutamente para siempre á los portugueses, á quienes antes habian dado tan gran libertad en el imperio, que viajaban, recorrian las provincias, vendian y compraban sin el menor obstáculo, y les permitien enseñar su relijion, la cual progresó en poco tiempo en términos que la abrazaron algunos príncipes indíjinas.

Un holandés de baja esfera pensó en desacreditar á los portugueses en el Japon, para arrojarlos de allí; se presentó al emperador, diciéndole que los portugueses con aquella misma conducta se habian introducido en los demas paises; y de este modo les suscitó la mayor persecucion que ha sufrido el cristianismo.

Habiendo llegado á Nangazaki dos navíos portugueses para comerciar como solian, recibieron la sentencia siguiente: «Sepa el capitan que estos dos navíos serán los últimos que de su nacion tendrán licencia para entrar en los puertos de este imperio, y que todos los que en adelante se atrevan á entrar en el Japon, serán tratados como enemigos; y los pasajeros, con cuantos compongan su tripulacion, sufrirán la muerte.» Ninguna sentencia se ha ejecutado jamas con mayor

rigor. Cuatro señores portugueses, que conocieron la importancia de este comercio, intentaron restablecerle: para ello se aventuraron á abordar al Japon con pretesto de embajadores, y tanto ellos como los de su comitiva fueron degollados, sin reservar mas que trece, para que en un barco llevasen la noticia á Macao, con la amenaza de que harian lo mismo con cuantos tuviesen el atrevimiento de presentarse. Los holandeses con sus delaciones son los que han causado en el Japon sospechas contra los cristianos, y con sus maniobras han consegido este punto interesante de comercio, que le hacen con esclusion de todas las naciones.

Tal es el miserable estado del comercio portugués en la India. Goa, que fué la mas soberbia ciudad, y acaso la única en el mundo por su ventajosa localidad, está ya en su mayor decadencia: sus edificios públicos demuestran todavía su majestad: las casas son las mas bien construidas y hermosas de la India, pero son pocos sus habitantes: solo se cuentan unos veinte mil, de los cuales los menos son portugueses. Los conventos ocupan una gran parte de la ciudad; los jesuitas tenian cinco casas. Los portugueses no son los que hacen el comercio, sino los encargados en la cobranza de los impuestos, ó colocados en las dignidades eclesiásticas. Los sueldos consumen casi toda la utilidad del comercio, y es muy poco lo que llega á Lisboa por los productos de aduanas y otros recursos destinados al tesoro real.

A pesar de este estado de decadencia, acaso podria recuperarse aquel cuerpo debilitado, con la actividad y la aplicacion. Subsisten aun en las manos de los portugueses muchos de sus establecimientos, lo que es bastante adelantamiento para el comercio. No estan todavía tan desacreditados, porque conservan correspondencias y tienen fondos; pero estos los deberian manejar por sí mismos, y no entregarlos á los que engañan. Sería tambien muy conveniente reformar las costumbres y los casamientos de mezcla, que corrompen la sangre portuguesa, y la hacen ociosa y arrogante.

La demarcacion de Martino V fué el título de seguridad de los portugueses en las Indias Orientales, porque imajinaron que ninguno podria tocar á ellas por otra ruta que la que ellos habian descubierto, por lo cual aquellos

ricos paises estarian siempre de su parte. Fernando Magallanes, que se encontró en el descubrimiento de las Molucas con los portugueses, conoció que se podria llegar por otra ruta que la del Cabo de Buena-Esperanza y el mar de la India: por esta razon, y estando colocadas aquellas ricas islas mas allá de la línea de los portugueses, podrian ser del que abordase á ellas por otro nuevo camino. Estas observaciones las tuvo reservadas, hasta que habiendo llegado á Portugal, le negó el gobierno un pequeño aumento de sueldo que pidió, y se pasó á Castilla.

Españoles. — D. Fernando y doña Isabel, reyes de Castilla y de Leon, habian aumentado á sus estados la América que descubrió Cristóbal Colon, y obtuvieron de Alejandro VI una demarcacion de sus nuevos dominios, á lo que se nombró línea divisoria. Magallanes, ofendido por el gobierno portugués, se presentó á Carlos V, proponiéndole la adquisicion de las islas de la Especería: le aseguró que no era contra los derechos de los portugueses por la bula de Martino V, pues la de Alejandro VI no tocaba á estas islas, sino que las dejaba á la parte de los españoles, estableciendo una nueva ruta por el mar del Sur, sin tocar al Cabo de Buena-Esperanzo, ni cruzar el mar de la India. Magallanes indicó el punto del globo por donde creia poder encontrar el nuevo paso. En España se le habilitó con naves para hacer su esperiencia, y con efecto llegó Magallanes, como lo habia ofrecido, por un dilatado estrecho desde el mar del Norte al del Sur hasta unas islas inmediatas á las Molucas. No pudo lograr Magallanes el fruto de sus trabajos, porque habiéndose espuesto con imprudencia, en una de estas islas le mataron los salvajes. Los portugueses, luego que tuvieron noticia de este descubrimiento, se atemorizaron, porque creyeron perder el fundamento principal de sus riquezas, y estando para romper una guerra, hicieron proposiciones á Carlos V ofreciéndole dinero: como este lo necesitaba para ocurrir á los gastos de otras espediciones, les dejó gozar de aquellas islas, pero no renunció su derecho. Los españoles le hicieron valer en el reinado de Felipe II, á cuyo efecto enviaron una escuadra que se dirijió por la ruta de Magallanes, se posesionó de las islas adonde este navegante habia llegado, y las llamaron Filipinas del nombre del

rey de España. Las batallas entre portugueses y españoles en aquel distante pais cesaron luego que se unieron las dos monarquías en una por la muerte del rey de Portugal D. Sebastian: y despues de la nueva separacion del Portugal, del cual se apoderó el duque de Braganza, quedaron los españoles dueños de las Filipinas, muy útiles á los progresos de la navegacion.

Los chinos y los japoneses dicen que ambos fueron sucesivamente dueños de las Filipinas; los primeros han molestado muchas veces á los españoles sobre su posesion: estos se han defendido vigorosamente contra los chinos, á pesar de la envidia de los portugueses, de los esfuerzos de los árabes y moros, coligados para apoderarse de aquellos puntos, y sobre todo han batallado contra la ferocidad de los naturales y la malevolencia de los holandeses. A tal punto llegó el estado de los españoles en las Filipinas, que se pensó abandonarlas; pero por último han conseguido sostener allí su dominacion.

La principal isla de las Filipinas es Luzon, y su capital Manila: su situacion es buena, dista sesenta leguas de la China, y unas doscientas del Japon: domina un archipiélago de mil cien islas, segun dicen algunos. El clima es cálido y húmedo: los dias son iguales á las noches: la fecundidad prodijiosa y pronta; los árboles dan flor y fruto á un mismo tiempo; hay animales muy raros: no se conoce otro pais mas abundante de todo; se camina sobre oro que se recoje en los rios, porque los naturales no quieren cavar la tierra para descubrirle, y sin embargo sacarán anualmente mas de mil quinientas libras para pagar sus tributos.

Estan habitadas estas islas por muchas castas de jentes, pues hay en ellas moros-tagales que pasaron de Borneo y Malaca, indios que llaman pintados, que se tienen por oriundos del pais, y negros que se les apellida negrillos, muy malos entre sí é inclinados á la libertad: los habitantes de estas islas son enemigos unos de otros; pero se unen todos contra los españoles, que no les dan cuartel. Hay allí muchos chinos, especialmente en Manila, á pesar de no permitírseles permanecer en la isla mas que el tiempo que se les señala, y se les tolera tratándolos con mucha severidad.

La isla de Luzon contiene un pais cultivado y civilizado con agradables posesiones, huertas y casas bien construidas, aunque son de madera á causa de los terremotos. En la capital hay un arzobispo con tres sufragáneos: un capitan jeneral, que es el virey y presidente en el tribunal civil: tiene á sus órdenes cuatro mil hombres. Los indios pagan un tributo por cada cabeza, el cual le satisfacen en jéneros.

En las islas dependientes de Luzon se encuentran pocas particularidades que no se notan en la descricion jeneral. Despues de Luzon es la mayor Mindanao, que produce cañas de azúcar y canela. Debe tenerse presente que este archipiélago no pertenece todo á España, pues la isla de Xolo, única de las Filipinas que cria elefantes, tiene un rey particular, y es el centro del comercio de los moros y de la Meca en este archipiélago. Esta clase de mahometanos no son muy observantes de su secta, pues solo saben de ella estos tres artículos: circuncidarse, no comer tocino, y mantener muchas mujeres: son tan sóbrios, que estando entre las especerías no las usan: creen en agüeros y presajios; sus vestidos son sencillos y cada uno se los fabrica, sin que las mismas mujeres sean inclinadas á los adornos: sus costumbres bárbaras se parecen mucho á las de los africanos: si los padres rescatan algun hijo por dinero, le tienen por su esclavo, y el hijo hace lo mismo con su padre; todos ellos son muy grandes piratas.

El comercio entre las islas Filipinas es considerable, pero no le cede el que hacen con los chinos, los cuales conducen allí sus mercaderías y las del Japon con abundancia. El de América se hace por medio de un gran navío muy cargado que sale de Manila todos los años para llevar á Acapulco todo jénero de provisiones del Asia, y no reporta las de América, porque los jéneros de esta parte serian poco estimados entre los asiáticos; en su lugar conducen los jéneros de Europa, con especialidad la quincalla, muy estimada en aquellas islas. La ruta de este navío, el tiempo de su salida, sus descansos, señales y policía interior, todo está arreglado con mucha esactitud, y no se descuida ninguna precaucion sobre su armamento y defensa; mas todas ellas no han vas-

tado para evitar que algunas veces haya caido en manos de los ingleses. Su viaje de ida y de vuelta tarda un año: le construyen en las Filipinas, donde se encuentran las mejores maderas del universo. Hay pocos ejemplares de que alguno de estos navíos haya perecido, lo que puede atribuirse á la larga travesía, y á la mucha distancia de la tierra por donde debe llevar su ruta, á escepcion de algunas pequeñas islas muy raras, que son como unos puntos casi imperceptibles en aquel inmenso Océano. La provision de agua dulce se hace con la posible abundancia, y no sería bastante si no se renovase con las lluvias que se esperimentan á cierta altura. Cuando ocurren estas se ajustan los lenzones que reciben el agua, la cual conducen á las vasijas por medio de unas cañas de bambú. Aunque parece aventurado este ausilio, jamás ha faltado.

Pocas veces sucede que los españoles establecidos en Filipinas se vuelvan á su pais, porque sin embargo de ser pocos los que se enriquecen allí, se vive cómodamente, y porque ademas de ser dificultoso encontrar ocasiones propias para el embarque, es el viaje muy costoso. El virey tiene un poder absoluto: mas para que no pueda constituirse en un tirano, determinó el consejo de España que se renovase por lo menos cada cinco años. Ademas de esta precaucion se ha tomado la de que concluido su tiempo no pueda embarcarse el virey, hasta haberse hecho un rigoroso ecsámen de su administracion. A los habitantes se señalan sesenta dias despues de la publicacion de su marcha, para que presenten sus quejas, y treinta para el despacho. El juez que entiende en esta pesquisa es ordinariamente el sucesor, en virtud de comision espresa. En otro tiempo era esta averiguacion muy severa, y con dificultad se evitaba el castigo.

Las islas Marianas ó de los Ladrones forman un límite natural entre Asia y América. Su primer descubridor fué Magallanes, quien las encontró bastante pobladas de jentes, que con la industria y el trabajo suplian todo lo que la naturaleza del pais les habia negado. Aunque carecian de hierro y otros metales, tenian armas, que consistian en palos largos de una madera muy dura, que ajustaban

con huesos humanos muy aguzados, y en su manejo eran muy diestros: se dice que las heridas que hacian con estas armas eran venenosas y mortales: son tan forzudos, que arrojando con vigor una piedra contra el tronco de un árbol la introducen en él. Acaso era esta jente entonces la única que no conocia el fuego. El agua es su elemento propio, pues nadan con una increible ajilidad, y admiran sus pequeños bajeles llamados pros, que conducen con habilidad tanto á remo como á vela, haciendo con ellos sus viajes de una isla á otra, sin embargo de hallarse bastante distantes, y ser en número de catorce ó dieziseis. Estos pequeños barcos los fabrican de troncos de árboles que ahuecan con pedernales ó conchas que saben poner cortantes: sus velas son de esteras, las cuerdas y cables de filamentos de yerbas ó raices, que tuercen con industria y trabajo. La necesidad hizo conocer á estos isleños la utilidad del hierro, y para adquirirle se arriesgaban á todo. Habiéndolos admitido Magallanes en su navio arrancaban los clavos, y á pesar de las muchas precauciones que hizo totomar no pudo evitar que se apoderasen de las hachas y espadas y se arrojasen al mar con su robo, por lo cual los llamaron los Ladrones: tambien dieron á estas islas el nombre de Marianas, por el de la reina de España, y aun le conservan.

La mayor de ellas se llama Guahan ó isla de San Juan, cuya circunferencia es de unas cien leguas: su vista encantadora presenta un verdor continuado, con algunos bosques intermedios y claros, donde pastan toda especie de ganados, principalmente bueyes y cerdos, que son un gran recurso para los navegantes de Acapulco, que incesantemente recorren las Marianas. Se encuentra allí el árbol del pan, cuya fruta tiene la figura de una pera, y su carne es de tanto alimento como el pan. Aunque su clima es cálido, como que está situado bajo la Zona Tórrida, lo templan los aires del mar. No estan pobladas todas estas islas, y se ignora aun de dónde fueron aquellas jentes á tan larga distancia del continente. Tienen entre ellos tres clases: los nobles, que se llaman chamorros, el estado medio y el pueblo. Los primeros estan muy imbuidos en la nobleza de su nacimiento; desprecian tanto á las otras dos clases que no permiten les hablen sino á cierta distancia, ni tampoco

pueden juntarse en casamiento so pena de castigo.

Las mujeres tienen alli la mayor autoridad, y son absolutamente las señoras. Si se queja alguna de su marido, se reunen todas las otras, se apoderan de las armas de sus esposos, y pasan á destruir la posesion del indómito de tal modo, que puede llamarse dichoso si se libra de las manos feroces de estas mujeres; asi se ven los hombres en un instante privados de su mujer, hacienda é hijos, porque estos siguen á sus madres; por esta bárbara costumbre no se casan muchos jóvenes; pero reunen cierto número de doncellas y viven con ellas en comun. Estos isleños tributan ofrendas al mar; las colocan en una canoa y la abandonan al ímpetu de las olas. Una especie de sabios que hay entre ellos llamados *Anitis*; practican la medicina; estos mismos sostienen algunas ideas relijiosas, como son el miedo del infierno, y la esperanza de un paraiso segun las buenas y malas acciones: como el diablo les atemoriza mucho, procuran aplacar su cólera con donativos. Dicen ellos que el primer hombre se formó de la tierra de su isla, y despues se convirtió en piedra; que esta se hizo pedazos, y de estos, dispersos por todo el mundo, nació el jénero humano.

Los españoles no hacen aprecio de las islas Marianas, porque aunque tienen un terreno muy fértil no producen piedras preciosas ni metales. Aunque los misioneros se han tomado antes, y aun en el dia, grandes trabajos para la conversion, no han conseguido mucho, porque los naturales tienen un odio inveterado á sus conquistadores. Dicen que estos les llevaron hasta los moscardones que los atormentan, y que la cólica y los reumatismos se han introducido allí por los descubridores. Hasta el verse embarazados con los vestidos atribuyen á un daño que les han causado, como si fuera una astucia pérfida. Con semejantes preocupaciones no debe estrañarse que se hayan ofrecido á los holandeses é ingleses; pero estos no los han considerado útiles, y la España los mantiene bajo su dominio por adelantar la relijion católica, y por la utilidad de su navegacion.

Cuando la España unió la corona de Portugal á la suya, tenian puesta toda su atencion sobre las Molucas, sin permitirles hacer otros descubrimientos.

Despues ofreció una casualidad otro archipiélago á cuyas islas llamaron al principio pequeñas Filipinas y despues Carolinas, del nombre de Cárlos II. A impulsos de una tempestad abordaron los habitantes de una de las islas Marianas, dieron una idea de su pais y costumbres, por lo que los misioneros se determinaron á reconocerlas, las encontraron fértiles y agradables, tan pobladas como las Marianas y aun mas hermosas, cuyo número es de mas de ochenta. Sus habitantes no tenian nocion de un solo Ser Supremo, sino que creian en espíritus buenos y malos de ambos secsos; á los buenos llamaban Tahutupos y les hacian ofrendas. En cada una de estas islas hay nobles, y á sus jefes llaman Tamoles: el gobierno es casi aristocrático; al tamol corresponde todo el hierro que se encuentra, del que hace fabricar instrumentos que alquila á un buen precio á los que quieren usarlos para trabajar, y á esto esta reducida toda su renta. Los tamoles de todas las islas se reunen una vez en cada año para tratar de los negocies públicos. Su dignidad les obliga á hacer una vida austera y observar una conducta irreprensible. En cada pueblo hay dos escuelas, una para cada secso, presididas por personas respectivas de madura edad. A los muchachos los enseñan el arte de cultuvar, y salen muy perfectos en el de las flores, que les gustan mucho: tambien fabrican utensilios para las casas, armas, barcas y redes para la pesca. Igualmente les instruyen en los principios de astronomía y esfera, que les han enseñado los misioneros. A las muchachas las adiestran en el modo de componer los pescados, las frutas y legumbres, y á estraer de cierta yerba un hilo de que fabrican telas. Ambos secsos se adornan y visten con honestidad, y su diversion es cantar y bailar: no conocen la poligamia. En las mas de estas islas se han formado establecimientos españoles, y aunque no les han llevado oro ni plata tienen todo lo que es necesario para la vida. Los españoles han llegado hasta la Nueva-Guinea, en donde los habitantes son negros y de un pelo corto y rizado; tambien hay allí una casta de hombres blancos llamados albinos, que ven muy poco de dia, y de noche ven con mucha claridad.

Ingleses. — Algunos escritores dicen que la India no fué desconocida á los bretones en

tiempos remotos; pero lo cierto es que cuando tuvieron alguna idea útil fué en el reinado de Isabel, porque una carraca veneciana, cargada estraordinariamente, naufragó en la isla de Wight. Viendo aquellas riquezas determinaron entablar el comercio con Turquía, por ser esta la ruta por donde se conducian las mercaderias de la India; y las ventajas de este comercio de Oriente les dieron á conocer que si le hacian directamente podria serles mas lucrativo. Para no omitir en esta empresa medio alguno que pudiese asegurar el buen écsito, envió la reina esploradores que reconociesen las dos rutas ya frecuentadas: encargó la del cabo de Buena-Esperanza al capitan Stefens en el año 1562, y la del estrecho de Magallanes en 1587. Con las nociones que trajeron se previó que para hacerse dueños de parte de este comercio en perjuicio de dos naciones celosas y bien cimentadas, serian necesarios navíos armados, para que al mismo tiempo que se valiesen de todos los medios de la industria pudiesen tambien presentar una fuerza capaz de sorprender. Estas juiciosas reflecsiones hicieron formar la compañia inglesa de la India, que practicó su primer viaje con cuatro navíos y setenta y cuatro mil libras esterlinas.

Esta compañia se reformó en el año 1601 bajo la proteccion del estado, quien la concedió privilejio por un tiempo limitado. El comandante de esta escuadra llamado Lancaster, procedió como un simple negociante: hizo un tratado comercial con el rey de Achen, y formó en Java una pequeña factoría, sin haber esperimentado de parte de los portugueses muestras de su mal humor. Cargó mucha pimienta y otras especias. Su ventajosa vuelta animó á la compañia, que fletó tres navíos cuyo mando encargó á Enrique Midleton, el cual no hacia ya el papel de simple negociante: encontró á los portugueses y holandeses en guerra, que en la apariencia no la hacian por sus intereses, sino como aliados, los holandeses del rey de Tarnate y los portugueses del de Tidor. Midleton creyó en aquella ocasion mas ventajoso el partido de unirse con los portugueses, habiéndolo llevado á mal los holandeses les suscitaron muchos obstáculos; mas no por eso dejó de volver con un rico cargamento. La compañía envió otra escuadra bajo el mando de

Eduardo Miguel Burne: este tomó con respeto á los holandeses un tono de guerro valido de sus fuerzas, y los amenazó con las mayores violencias si inquietaban el comercio de los ingleses. Estas amenazas fueron apoyadas en el año 1608 por Guillermo Keeling, que llegó con tropas disciplinadas en sus navios: con este motivo tuvieron que humillarse los holandeses, y aun imploraron el valor de los ingleses contra los habitantes de Banda. Despues de haber recibido este favor los holandeses, correspondieron con astucias contra sus bienhechores, poniendo obstáculos á su comercio; pero no pudieron impedir que Keeling volviese con un muy rico cargamento; siendo de notarse que no perdió un solo hombre.

Lo que mas perjudicaba á la compañía inglesa era no tener un puerto donde custodiar sus acopios y haber de hacerlos á voluntad de los indios, con quienes tenia que tratar sobre los precios, y esponerse á pagar las mercaderías mas caras, pues no podian aguardar á las ocasiones favorables. Tambien dependian de dos naciones europeas cuyas intenciones no ignoraban. No teniendo puertos la compañía, determinó establecer factorías, y desde entonces principió á jirar por sí sola. Esta habia comprado los navios, mas luego construyó uno cuya operacion fué su primer ensayo de arquitectura naval, y el fomento de su comercio: este navío era de doscientas toneladas, el mas hermoso y mas grande que se habia construido en Inglaterra. Salido de sus puertos bajo el mando de Enrique Midleton, siendo este su comandante, llegó á Moca y Surate: mandándolo Hippon llegó á Bantan: gobernado por Saris, que consiguió libertad de comercio en el Japon, llegó á este imperio, y finalmente dirijido por Tomás Best, vencedor de los portugueses con cuatro navíos y mucha gloria de las armas inglesas, corrió por el Asia y proporcionó los puntos de apoyo para su comercio. En el año 1616 contaba ya la compañía veintidos factorías, y su comercio abrazaba desde el mar Rojo hasta el Japon. Se habia acreditado mucho por el valor de sus capitanes, y con particularidad en la córte del Mogol, adonde envió embajadores que fueron bien recibidos. Confiada ya en esta proteccion, estableció su principal factoría en Surate, ciudad dependiente del Mogol.

Por carecer de puerto tenia que hacer su comercio de un modo precario, aunque con ventajas, y con la precision de sujetarse á las circunstancias en vez de disponer de ellas. Por los tortuosos procedimientos de los holandeses, advertia que erán sus enemigos peligrosos, y sin embargo los ausilió contra los portugueses, por juzgar á estos mas temibles; pero la debilidad de Cárlos I decidió á los holandeses á deshacerse totalmente de unos concurrentes que les incomodaban en las islas de las Especerías que querian apropiarse esclusivamente. Los factores ingleses de Amboina fueron acusados de haber pretendido apoderarse del fuerte holandes: los pusieron en los tormentos mas horribles para que confesesen, y nunca lo consiguieron: sin embargo, les quitaron la vida en el año 1623, y los ingleses fueron arrojados de aquellas islas. La compañía, siguiendo la suerte del reino perturbado con alborotos, creyó arruinado su comercio ó por lo menos muy decaido, sin poder conseguir que se la hiciese justicia. Cromwel se la administró, si puede llamarse castigo de un delito imponer multas en favor de las familias de los infelices asesinados.

La prosperidad de la compañía pendiá de la adquisicion de un puerto, y una dichosa casualidad le hizo dueña del mejor y mas seguro de la costa de Malabar. Cárlos II concedió á la compañía, que Cromwel habia fomentado, todos los privilejios que ella quiso. Por una patente que la dió en el año 1661, la concedió el privilejio esclusivo de permitir á mercaderes particulares el tráfico de un puerto á otro en la India. Tambien la concedió autoridad civil y militar en sus establecimientos, con facultad de hacer la guerra y ajustar la paz con todas aquellas naciones, con cláusula de que si la patente perjudicase á la nacion se anularia, avisándose tres años antes. La compañía logró ventajas por el casamiento de Cárlos con una infanta de Portugal. Esta señora, aconsejada de la compañía, pidió y se le dió en dote la isla de Bombay, que aunque estéril y mal sana, era de mucha importancia por su situacion y su buen puerto: luego que los ingleses tomaron la posesion, construyeron en ella una fortaleza, y se fueron estendiendo por la fuerza á lo largo de la costa.

Al tiempo que la compañía se fomentaba por fuera, sufrió

cierto trastorno en lo interior; porque los comerciantes de Lóndres y otras ciudades, viéndose casi escluidos del comercio de la India, se asociaron y presentaron al gobierno otras condiciones que prometian mas ventajas que las de la compañía, pretendiendo que en lugar de esta se instituyese su nueva asociacion. Estos debates duraron bastantes años, y al fin se incorporaron los de la antigua compañía, é hicieron otra nueva que tuvo principio en 1704, adoptando medidas adecuadas para darlas el vigor y secretos necesarios, sobre cuyo último objeto se impusieron penas muy severas contra todo el que revelase los negocios de la compañía, ó favoreciese alguna cosa á los estranjeros en el comercio de la India. Así se hizo aquel comercio con mucha felicidad, aunque esperimentó algunas pequeñas pérdidas por las disensiones con los indios, que no sufrian el yugo con la paciencia que deseaban los ingleses.

Despues de una larga amistad con la compañía francesa, que se hallaba en estado floreciente desde el año 1720, y cuyo centro era Pondicheri, fueron maltratados los ingleses por tierra, y determinaron molestar á los franceses en la India. Recelosa la compañía francesa de tales ideas, propuso una neutralidad perfecta por lo respectivo á la India; pero los ingleses no la admitieron, y en el año 1745 enviaron una escuadra para que interceptase los navíos que volvian, y apresaron tres ricamente cargados. Los franceses no se habian fiado mucho en la neutralidad, y por lo mismo conservaron fuerzas suficientes para hacerse respetar en el caso de un rompimiento. El mando de las armas lo dieron al valiente Laburdone, y el gobierno de Pondicheri estaba encargado á Dupleix, político consumado. Si estos dos grandes hombres hubiesen concordado entre sí, los ingleses lo habrian perdido todo en las costas de Coromandel, donde tenian á Madrás, y en ella un considerable establecimiento. Laburdone sitió á esta plaza, concediendo á los sitiados condiciones honoríficas, que Dupleix como gobernador jeneral no quiso ratificar: destruyó, ó á lo menos deterioró la conquista de Laburdone, apoderándose de lo mejor que encontró en la ciudad. Los ingleses volvieron con nuevas fuerzas, y sitiaron á Pondicheri y á Madras, que no pudieron tomar, y por lo

mismo la poseyeron los franceses hasta la paz de Aquisgran. Las dos compañías se empeñaron en sostener cada una á las naves que respectivamente eran de su partido, y con título de ausiliarse, hicieron entre sí la guerra hasta que se atacaron descaradamente. La fortuna de los ingleses fué tal, que al presente ninguna nacion de Europa hace tan brillante comercio como ellos en la India. Su presentacion allí no es ya como meros comerciantes, sino como conquistadores ó monarcas, cuyos ejércitos orgullosos recorren toda la península, y conducen sus pabellones triunfantes por todos aquellos mares; estos mismos ingleses son muy moderados en Moca, en donde solo tienen una casa de comercio. Esta ciudad está situada en la costa del mar Rojo, en un pais muy estéril y sin agua: tiene unas medianas fortificaciones; pero se reune en ella todo el comercio de la Arabia: los ingleses son tratados allí con bastante aprecio, porque les llevan muchos caudales, con los que compran café, mirra, aloes, estoraque líquido, goma arábiga, arsénico blanco y amarillo, y otras varias drogas; sin embargo, tienen mucha esposicion con los árabes de Moca, que son los peores mahometanos del mundo, y con su hipocresía faltan contínuamente á su palabra; son de tal ralea, que cuando los jueces están haciendo un discurso contra el soborno, estienden la mano al mismo tiempo para recibir los regalos.

Aunque Gambran ó Bender-Abasi tiene igual terreno y temperamento que Moca ó casi peor, el atractivo de las ganancias sostiene allí muchos persas y banianos que hacen el principal comercio, y los ingleses tienen una pequeña *factoría*, cuyos dependientes se enriquecen con el flete que se paga por el trasporte de las mercaderías, pues los que frecuentan esta ruta son malos navegantes, y tienen que acudir á las embarcaciones inglesas. La compañía parte los derechos de aduanas con el rey de Persia. Bender-Abasi es la ciudad que ha sustituido á Ormuz, pero con mucha inferioridad.

Los ingleses, que al principio fueron solamente tolerados en Surate, son ahora los soberanos: y sin embargo de que hay un gobernador nombrado por el gran mogol, ellos poseen la ciudadela. En Surate ecsisten diferentes sectas, que adoran tanto al Coran como á la ley de Moi-

ses y otras muchas: los parsos, los árabes, los judíos, los armenios y los banianos son los que hacen el principal comercio; Surate es el almacen de todo lo mas precioso que producen las costas de Africa, las de Malabar, las de Persia y el Indostan. Los artesanos son muy hábiles y diestros: los ingleses se sostienen allí con mucho brillo, porque lo juzgan necesario á un jefe europeo en el Oriente, si ha de mantener su crédito y su reputacion.

Se dice que en Bombay hay unas arañas tan gordas como una nuez, y unos sapos del tamaño de un pato pequeño. Corvar y Felicheri producen el cardamomo y la pimienta: las muselinas de este pais son muy apreciadas. La compañía compró de un príncipe de los máratas el fuerte San David, en donde ha refujiado muchos tejedores que fabrican telas de coton oscuras, blancas, azules y otros varios colores, á las cuales se las distingue con los nombres de Salempuris, Moiros, Vasinos, Jinganes, Sucatoris, y son la principal parte del comercio del fuerte de San Jorje ó Madrás. Hay pocas ciudades tan mal situadas como esta, en un terreno seco, sin agua dulce, amenazada de verse sumerjida por un mar tempestuoso y un rio salado, que suele salir de madre contra sus murallas. La ciudad negra está habitada por mahometanos y jentiles, y la blanca solo por ingleses: están estas dos ciudades tan unidas, que forman una sola, y sus habitantes son muy numerosos, pues se cuentan hasta ochenta mil: hay en ellas cuantas delicadezas y placeres proporciona la opulencia. Es el asiento del poder de la compañía inglesa, en donde reside el consejo y el gobernador jeneral: el tren, los honores y la potestad de este gobernador son los mismos que los de un monarca. En aquel mar no hay mas que una rada muy dificultosa. Los establecimientos de la compañía en Bengala, que en sus principios no fueron mas que unas factorías, han llegado á ser soberanías con vasallos que la pagan contribuciones, con cuyas rentas atiende á sus gastos mercantiles; y así, fuera del tiempo de guerra, todo es ganancia para la compañía.

La isla de Santa Elena es ordinariamente el punto de descanso de los navíos ingleses que regresan de la India: su localidad media sobre corta diferencia el camino de la América

al Africa, y se la incluye en esta parte del mundo, porque está algo mas inmediata á ella. Hay quien dice que esta isla es encantadora, lo que sin duda se les figura porque arriban á ella despues de una navegacion penosa y desagradable; sobre las particularidades de esta isla hemos hablado ya en la historia del Africa.

Cuando Felipe II reunió la corona de Portugal á la de España, se vieron los flamencos vasallos de este príncipe sumamente favorecidos en la venta que se hizo de los jéneros de la India, pues se enriquecieron los pueblos de Brujas, Gante y Amberes, cuya última ciudad llegó á ser la mas comerciante de Európa: su puerto se llenó de tantos navíos, que se asegura haberse juntado allí á un mismo tiempo cuatrocientos. El consejo de España creyó que sus riquezas les habian puesto en un estado difícil de ser gobernados, y que era preciso empobrecerles: les hizo muchas vejaciones, y ademas les puso trabas en su comercio, por lo cual los comerciantes mas ricos y los mas industriosos artífices, viéndose en tal estado se retiraron á las siete provincias que se habian evadido del yugo español, y fueron recibidos con el mayor afecto. Por las conecsiones que habian tenido con los portugueses, se habian acostumbrado al comercio de los jéneros de la India, y le quisieron continuar; pero la política española les impidió el paso, y ellos resolvieron entonces subir en derechura hasta la fuente, ya que les habian cerrado los canales.

Como estos comerciantes se trataban entre sí, formaron muy pronto compañías en muchas ciudades de Holanda y Zelanda, bajo el nombre de cámaras de comercio; la principal de ellas fué la de Amsterdan: todos convinieron entre sí sobre que disponiéndose á repartir ó apropiarse las utilidades de sus antiguos dueños, no debian contar con sola su habilidad, sino que era tambien preciso armarse, porque habrian de hallar resistencia. Consecuente á estas ideas, salieron los primeros navíos en el año 1594 con apariencia de una espedicion militar. Muy presto los siguieron otros en flota, dirijiéndose unos al cabo de Buena-Esperanza, y otros por el estrecho de Magallanes, y de este modo las posesiones de los portugueses y españoles fueron asaltadas á un mismo tiempo en todas partes.

En solo seis años se acreditaron los holandeses con los reyes de la India, y con las fortalezas que casi en todas partes levantaron se fijaron en los paises mas hermosos con tanta solidez como sus antiguos dueños; mas el escesivo celo con que construyeron y enviaron navíos sucesivamente, que fué tan útil para la pronta estension del comercio, se frustraba al propio tiempo, porque las cámaras y los particulares, por no acordar entre sí, no entendian la calidad ni cantidad de los jéneros que debian esportarse, ni tampoco el precio que debian señalar á las especerías y otros efectos que se habian de traer de la India. Ocurria, pues, que conduciendo muchos navíos una misma especie de jéneros á la India, les era forzoso rebajar el precio para venderlos con prontitud. Por otra parte, acelerándose á hacer allí sus cargamentos para llegar á Europa antes que otros, no se detenian en pagar algo mas caros los jéneros; y de este modo el comercio, aunque no perdiese, no tenia todo el lucro que debia esperarse. Para evitar estos inconvenientes, se reunieron todas las cámaras en una sola compañía con derecho de comerciar en la India. Esta principió en el año 1602 á hacer sus remesas, y observó el método de los anteriores comerciantes en el apresto de una flota sobre otra, para confundir, digámoslo así, á los portugueses y españoles sus rivales, con la pronta presentacion de fuerzas que renacian incesantemente. La compañía holandesa concibió el proyecto de espeler á todos los europeos de las islas de la Especería y quedarse dueña única de este comercio, como lo consiguió, bien que no manifestó mucha delicadeza en los medios, segun se vió por los sucesos de Amboina.

La compañía, antes de finalizar el privilejio que se le habia concedido por veinte años, se vió en el señorío de un imperio, cuya vasta estension no podia haber imajinado; puso su trono en Java, en la que el jeneral Coen edificó á Batavia, ciudad que ha llegado á ser la mas grande de las Indias. Los holandeses, que en Europa son sencillos en sus equipajes, han dado á aquella capital una magnificencia tal, que quede competir con Goa, cuyo esplendor pretendieron estinguir para obtener el aprecio de los indios, que se dejan llevar del aparato; así es que la córte del capitan jene-

ral es como la de un monarca; bien que son pocos los reyes que estienden su autoridad á tanta distancia, porque de Betavia se espiden las órdenes á toda la India, en donde residen gobernadores de provincias: hasta en el Japon han sabido conservar los holandeses el comercio, á pesar de estar allí prohibido para todo el mundo. Obtuvieron este privilejio, porque protestaron á los japoneses que ellos no eran de la misma relijion que los portugueses, y que no profesan el cristianismo, de lo cual dan pruebas sujetándose á cumplir, en el pequeño recinto de una isla adonde están reducidos, con la órden impía que se dá anualmente en el Japon de pisar sacrílegamente un Crucifijo delante del majistrado.

La pasion de las ganancias en el comercio suele borrar hasta el derecho de jentes, y y aun de la humanidad. Ya hemos hablado sobre las crueldades y matanza de Amboina, que escluyó para siempre á los ingleses del comercio de la especería. El mismo sistema de sacrificarlo todo por el interés los ha despojado de toda piedad con los náufagos, temiendo que estos pudiesen adquirir algunas nociones; son enemigos implacables de *todos* sus concurrentes, crueles con los prisioneros, é infieles con sus aliados. Con las astucias que el comercio por mayor creyó algunas veces no ser incompatibles con la buena fé, tomaron los holandeses la isla de Ceilan, en donde se produce la mejor canela, cuya propiedad era la única que les faltaba para ser dueños de la mas preciosas especerías.

De esta isla, situada en una punta de la península de la India, poseian los portugueses lascostas, y vivian amistosamente con su rey, hasta que un gobernador orgulloso le causó algunas molestias; se quejó de ello en Goa, y viendo que no habian hecho caso de su querella, tomó las armas contra el insolente portugués para reducirle á la razon; tuvo noticia de que sus compatriotas se disponian para socorrerle; llamó el rey á los holandeses, les ofreció que pagaria los gastos de la guerra, y les cederia un terreno en donde pudiesen fabricar un factoría para que se hiciesen dueños del comercio con sus vasallos. Admitieron los holandeses, se obligaron á mantener un cierto número de tropas, y á entregar al rey to-

das las fortalezas de los portugueses segun las fuesen conquistando, para que él las demoliese.

Esta guerra fué afortunada para los holandeses, pues arrojaron á los portugueses de la isla isla; pero habiendo llegado el caso de entregar al rey de Candi la importante plaza de Colombo, que habian tomado los holandeses, declararon estos estar resueltos á consenvarla en pago de las sumas que les debia. Durante la guerra se abstuvieron los holandeses de reclamar estas grandes sumas, porque sabiendo que el rey no las podria pagar al fin de las hostilidades, les serviria de pretesto para no entregar las plazas que ya tenian en sus manos. Los holandeses se estendieron por toda aquella tierra y poseen todas las costas. Los chingulayos parece que no lo sienten mucho, porque los llaman sus *guarda-costas*; mas no lo hacen de balde, pues todo el comercio pasa por sus manos: el de la pedrería es de mucha consideracion, por consistir en rubíes, zafiros blancos y azules, topacios, y otros jéneros de piedras preciosas. Los holandeses guardan muchas atenciones con el rey, y anualmente le envia la compañía un embajador con regalos, á los que corresponde el rey dándole una cajita llena de piedras preciosas de un valor tan considerable, que la embarcacion que la conduce se estima en tanto valor como la mitad de la flota que retorna.

Como aun no bastaba á la compañía holandesa el comercio esclusivo de la especería y el del Japon, hicieron tentativas para apoderarse del de la China; pero los chinos desecharon su pretension, cuyo desprecio chocó á los orgullosos holandeses, y á su despecho se atribuye la matanza de millares de chinos en Batavia, bajo el pretesto de una conspiracion; es verdad que ellos no podian asegurar que les fuesen adictos. Muchos reyes se vieron en la precision de ceder á su depotismo; el de Macazar en las islas Célebes, sin embargo de la fuerza y valentía de sus vasallos, vió reducido su reino á ser una provincia de los holandeses: en Java, que es como la metrópoli de su imperio, y en la que se cuentan, segun ellos, treinta millones de almas libres de su dependencia, sublevaron al hijo contra su padre, que mu-

rió víctima suya entre cadenas: el rey de Bantan no fué mas feliz, y tambien se entrometieron en los asuntos de Bengala, dando la ley á su modo. Finalmente, pasando en silencio otros infinitos sucesos que autoriza la ambicion del comercio, y que reprueba la equidad, han llegado los holandedeses hasta el estremo de forzar la naturaleza sujetándola á su política, privándola de que produzca los árboles del clavo de especia, como no sea en Amboina, y la nuez moscada en Banda, en donde son ellos los dueños. De este modo les da Ceilan la canela, Amboina el clavo de especia, y Banda la nuez moscada, con cuyas producciones se enriquecen los holandeses en conocido perjuicio de todo el universo, al que en este particular han hecho su tributario.

En el largo tiempo de prosperidades de la compañía holandesa apenas ha sufrido desgracia alguna que sea notable, mas que la pérdida de la isla Formosa, que les facilitaba el comercio de la China, pues aunque se la disputaron largo tiempo á los chinos, se apoderaron estos de ella y aun la conservan, á escepcion de una factoría que mantienen los holandeses. Mientras duró la guerra con la Francia en Europa, se apoderaron de Pondicheri, cuya ciudad la hermosearon y fortificaron; y cuando se hizo la paz la restituyeron. Si consideramos los infinitos males causados por la codicia en aquellos paises que la naturaleza destinaba para la felicidad, las reliquias de naufrajios ocurridos en aquellos mares cubiertos de hermosas y ricas islas, y la sangre con que se han regado sus arbustos olorosos, nos asaltan ideas de maldecir al comercio como causa de tantos males.

No se debe atribuir mas culpa á una nacion que á otra, ni que esta ó aquella haya sido mas inclinada á la opresion y vejaciones por la dureza de un carácter propio, pues los negociantes marítimos son todos casi iguales, y los peligros que sufren en sus viajes, y aun la resistencia que hallan hasta llegar al término de ellos con peligro de la vida, los hace duros y feroces. A esto se añade, que como la jente que equipa los navíos es por lo regular la mas despreciable de cada nacion, reclutada por la codicia de una ganancia pronta y segura, se portan allí

como es de esperar de semejantes hombres. El que reflecsione sobre estos particulares no deberá estrañar que se abandonen con ferocidad á escesos que los puedan enriquecer. El comercio marítimo es al principio muy activo, cede segun las circunstancias, y se introduce en los corazones; pero despues domina y obliga con orgullo. Este es y será siempre su comportamiento que muy raras veces es útil á aquellos á quienes va á buscar, y nunca los hace mas felices. Nos esplicamos asi en descargo de los holandeses; mas es preciso confesar que ninguna otra nacion ha hecho mas injusticias y crueldades en la India, ni con tanta indeferencia y flema como ellos.

Todo lo han practicado con madurez y con un sistema calculado y medido, con el cual han llegado á hacerse dueños del tesoro de la especería, que la naturaleza habia distribuido en aquellos paises, pues hemos visto que los árboles de la canela los han contraido á Ceilan, los del clavo de especia que se criaban en las Molucas los han trasplantado solamente á Amboina, y han hecho que el de la nuez moscada se multiplique solo en las islas de Banda, en donde le custodian con numerosas guarniciones y con navíos, que celando de contínuo, no permiten á otras naciones recojer su fruto. Estas islas tan guardadas y mal sanas son como unos presidios de la Holanda, porque envian á ellas á los criminales de quienes no quieren deshacerse con una pronta muerte: tambien son lugares de correccion para la juventud libertina de quien se prometen alguna enmienda: los matriculan en las tropas de la compañía, y la suerte de estos infelices en las islas de Banda es la mas triste y penosa, pues les dan un pan muy malo que hacen del jugo de un árbol del pais, sin otros manjares que perros, gatos y otros animales; y cuando cojen algunos peces en las costas lo tienen á gran fortuna. La guarnicion mas numerosa es la de las islas Célebes. Los holandeses subyugaron con mucho trabajo á estos pueblos guerreros, y los mantienen bajo su dominio por las discordias que introducen entre sus régulos, protejiendo á los unos contra los otros.

Es digno de notarse que la naturaleza, mas poderosa que el artificio de los holandeses, restituye á veces la nuez moscada á su pais nativo, porque unas aves

llamadas las jardineras de las plantas aromáticas, se las tragan enteras, y arrojándolas despues naturalmente, las replantan en las Molucas, en donde las habian arrancado los holandeses. Cuando necesitaban que este arbusto se multiplicase prohibian con pena capital que se matasen estas aves; ahora dan premios á los que presentan sus cabezas, y sin embargo de tales precauciones no pueden impedir que este arbusto renazca en los mismos parajes de donde le destruyeron, aunque tienen empleadas jentes para buscarle y arrancarle.

Asi como la isla de Santa Elena, que corresponde mas bien al Africa que al Asia, se pone en el número de las posesiones asiáticas de los ingleses, contaremos tambien entre las de la compañía holandesa el cabo de Buena-Esperanza, sin embargo de estar situado en la punta meridional del Africa. Es muy grato considerar que esta colonia, acaso la mas agradable y brillante que tienen los holandeses, no haya esperimentado crueldades ni injusticias. Van Riebek, cuyo nombre debe perpetuarse en la historia, era un mero cirujano de navío de la compañía, y llegando al cabo ecsaminó la bahía capaz de abrigar mas de cien navíos, su localidad en la mitad del camino de Europa á la India, y su territorio propio para todo jénero de cultura. Con estas observaciones ideó un plan que durante su navegacion fué ordenando, y despues de bien ecsaminado lo presentó á la compañía, que lo aprobó y encargó á él mismo la ejecucion. Volvió á salir con cuatro navíos que llevaban cuanto era necesario para el establecimiento de una nueva colonia. Van-Riebek tomó por base de sus operaciones la suavidad y la justicia: compró á los naturales del pais el terreno en donde trataba de establecerse, dándoles cincuenta mil florines de jéneros que escojieron ellos mismos: no les molestó en su libertad ni les obligó á retirarse á lo interior: si querian aplicarse al trabajo les pagaba: si enfermaban les prestaba toda asistencia: y finalmente les cumplia con esactitud todo cuanto les ofrecia. Semejante proceder inspiró á los hotentotes una confianza hácia los holandeses, que susiste aun. Esta colonia ha llegado á tal esplendor, que puede decirse es la madre que alimenta á los holandeses que arriban allí de ida y vuelta de la India, y tambien á

todos los demas pueblos, porque en el Cabo encuentran todo cuanto les hace falta en víveres y pertrechos, pues en los grandes almacenes guardan provisiones de toda especie, las cuales se producen allí por la laboriosidad y cuidado de los holandeses. Se han estendido unas trescientas leguas tierra adentro, y de estos paises sacan muchas reses que llevan al Cabo cuando abordan los navíos. Viven en buena armonía con los naturales, los cuales jamas les roban á pesar de que entre ellos estan siempre en guerra.

Parece que la benignidad natural de Van-Riebeck respira todavía entre aquellos dichosos colonos. Gozan una perfecta salud, que se ve pintada en los rostros por el aspecto alegre y sereno que los anima. Las holandesas rubias adquieren allí un color encarnado que por lo jeneral las niega Europa. Han plantado viñas que producen muy bien: el vino jeneroso de Constanza es el mas esquisito y distinguido. Malaca puede ser comparada con el Cabo, pues si este es el lazo entre Europa y Asia, Malaca es el emporio del comercio entre la península de la India y los reinos de Siam, del Pegú y de las islas adyacentes hasta la China y el Japon. Se la quitaron los holandeses á los portugueses por traicion que les hizo un gobernador. Sitiaban esta fortaleza y cuando desesperaban de tomarla, la avaricia del comandante, á quien habian ofrecido ochenta mil ducados, les abrió las puertas: entraron atropelladamente, y en la primera confusion quitaron la vida á cuantos encontraban con armas; se dirijieron tambien á la habitacion del traidor, que se creia seguro, y le mataron, ahorrándose de este modo los ochenta mil ducados.

Ademas de los puntos en que la compañía es señora única, no hay otro alguno en la India en que no tenga factorías, ó cuando menos relaciones de comercio. En todas partes disfruta del de los otros, y permite muy poco que los demas participen del suyo. Son imponderables los esfuerzos que han hecho los holandeses para hacerse singulares en la venta de la pimienta; pero son muchos los parajes en donde se produce este grano: y ya que no les es posible hacerse con todo él, procuran apropiarse la mejor clase por tratados con los soberanos de los paises en donde abunda. Si se encuentran con fuerzas superiores los obligan; y cuando no, los empeñan

con mañosidades á que no permitan que sus vasallos vendan á otros la pimienta: en conclusion, los holandeses han empleado la industria, la astucia, la maña y la violencia para conseguir sus fines: parece que no tienen otro carácter que el que les presentan las circunstancias; y puede decirse que tampoco tienen mas Dios que su interés, segun lo han acreditado en el Japon, en donde sufren las afrentas de la desconfianza, los destierros, los encarcelamientos, la violencia en sus acciones y palabras y aun en su misma creencia. Luego que advierten los japoneses la llegada de los navios holandeses, envia el gobernador de Nanghazaki muchos barcos con tropas que los cercan, les quitan los cañones, la pólvora, las armas, velas, cables y áncoras de reserva, y finalmente encierran á la tripulacion en una pequeña isla llamada *Décima*, y allí los van ecsaminando uno á uno. Se cotejan las señas, se rejistran los jéneros, y si encuentran la menor equivocacion en las facturas, alguna imájen ó libro que trate de cristianismo, es un negocio de importancia que obliga á delatarle ante el gobernador de la ciudad ó al de la provincia, y algunas veces al mismo emperador. El comercio tiene allí ciertos límites: las ventas y compras no pueden esceder de cierta cantidad, y los jéneros sobrantes se enfardan y guardan para otro año. Los holandeses que cada vez de estas se quedan allí para custodiar sus efectos, se remplazan por los que llegan nuevamente, sujetándose tambien á vivir encerrados en una isla árida, espiados de dia y de noche, y obligados á la vileza de practicar el jesuma, esto es, á manifestar que no son cristianos, cometiendo el horroroso sacrilejio de pisar un Crucifijo.

Parece increible que no se proceda mas atentamente con el gobernador ó director que envia la compañía, y con otros tres ó cuatro que él elije. Con estos cruza el reino para presentar al emperador el homenaje y los regalos: por todo el camino son tratados como prisioneros, y para que le llevasen de otro modo sería precico que enfermase gravemente, ó que tuviese otro obstáculo invencible. No se les permite visitar ni hablar á persona alguna, ni pasar á ver antigüedades y objetos curiosos que esten algo distantes, ni se les tolera mas libertad que la de los o-

jos para ver lo que tienen alrededor, sin que se les conteste si preguntan. Si se dice á los japoneses por qué proceden con esta reserva, y por qué observan semejante rigor en la infraccion de sus leyes, contestan: nosotros sabemos cuántas son las ventajas de nuestro gobierno, y evitamos esponernos al peligro de mudanza alguna por introducir vuestras costumbres que acaso seran entre vosotros convenientes, pero dañosas para nosotros: las revoluciones de consideracion no se ejecutan de repente, sino por grados, y para libertarnos del mal es necesario una precaucion constante y la vara del castigo.

Parece que esta mácsima es la misma que preside en las leyes que ha establecido la compañia. Principiando por el mismo gobernador jeneral, aunque su poder se estiende estraordinariamente, está sujeto á una etiqueta tan rijida, que le hace sensible su misma grandeza: el consejo jeneral puede reconvenirle severamente y aun arrestarle y formarle causa. Su destino es revocable por la compañia; sin embargo debe confesarse que el gran mérito de estos gobernadores, que por lo regular son elejidos para este empleo despues de haber prestado grandes servicios, los hace acreedores á que la compañía les permita el disfruto de alguna libertad fuera de los límites de la regla jeneral. Todos los subalternos desde el director jeneral, que es el inmediato al jefe, hasta el último dependiente de la compañía, estan sujetos á reglamentos que no pueden violar en lo mas mínimo. Algunos dicen que á los cuidados de la compañía, á su prudencia en arreglar las cosas mas pequeñas, á su mucha severidad y á su vijilancia en sostener el órden establecido, se debe atribuir la grandeza de su poder, y la solidez y buen écsito de sus operaciones.

Dinamarqueses. — Los dinamarqueses, marineros célebres en otro tiempo, subyugaron las islas británicas, invadieron la Francia por las embocaduras de sus rios y fundaron á Normandía, cruzaron el Mediterráneo, se hicieron conocer en las costas de Nápoles hasta las de Asia, y su navegacion fué útil á los cruzados. Sin duda tomaron del Asia ó del Africa la idea del elefante blanco, que usa por divisa la órden militar de Dinamarca. Este pais, tan reducido en el dia, dió la ley en todo el Norte: la Suecia y la Noruega estaban ba-

jo su obediencia, y contento entonces con el poder que adquiria por las armas, pensaba poco en el comercio. Por el año 1612 se despertó en este punto su emulacion, y en el reinado de Cristierno IV establecieron los dinamarqueses una compañia en las Indias Orientales. Como esta tenia precision de caminar tímidamente siguiendo las rutas de los portugueses, españoles, ingleses y holandeses que eran ya poderosos, no pudieron lograr entrada sino en la costa de Coromandel, en el reino de Tranjaor, donde edificaron la ciudad de Tranquebar, que á escepcion de algunas otras factorias, es su establecimiento único. Se presentó muy humana y cortés en aquellos paises que estaban acostumbrados á las vejaciones é injusticias de los europeos. La compañia dinamarquesa compró su terreno, por el que paga anualmente cierto reconocimiento, y sin embargo de su conducta pacifica, no pudo librarse de las vejaciones del rajah de Tranjaor, que fué el mismo que la recibió gustoso al principio. Este príncipe, acostumbrado á las invasiones, intentó varias veces quitar lo que habia cedido, y siempre fué rechazado. El comercio de la compañia, como mal sostenido por la Europa, ha sufrido vicisitudes; cayó, se volvió á levantar, y comparado con el de las otras naciones nunca ha sido floreciente: consiste en dos navios que van y vienen, en lo que guardan poca regularidad. Los reyes de Dinamarca no se prometieron en este establecimiento mas ventajas que la de hacerle útil á los ojos de la razon, civilizando á aquellos pueblos. Envió á Tranquebar algunos misioneros que sacan muy poco fruto de los mahometanos; pero en los idólatras han hecho señalados efectos. Estos misioneros luteranos son muy apreciados en aquella parte de la costa de Coromandel, en la cual han estendido su secta, y nos han hecho conocer muchas cosas ignoradas acerca de los usos y costumbres de los indios de la estremidad de la península, porque se internaron en ella y aprendieron la lengua *Tamula*, que es la mas culta y usada entre los jentiles. Se advierte que los misioneros cristianos asi los católicos como los que siguen varias sectas, son los únicos que han propagado los primeros conocimientos interesentes de los paises remotos, porque los comerciantes piensan solamente en fomentar su comercio,

y no se internan en los paises.

FRANCESES. — Si se pregunta por qué siendo los franceses tan emprendedores y activos han sido tan omisos y han prosperado tan poco en el comercio de la India, se responde que esto proviene de lo abundante de su pais, que produce todo lo necesario para el consumo y para los cambios; del gobierno que admite todos los proyectos; y últimamente, del carácter nacional lijero y amigo de mutaciones. En el año 1527 escortó Francisco I á sus vasallos para que emprendiesen largos viajes; en los de 1543 y 1575 repitió iguales escortaciones, prometiendo ausilios á los que se determinasen á pasar á descubrir tierras, y sin embargo, no se verificó empresa alguna notable. Enrique IV estableció una compañia en 1604 y no ejecutó operacion alguna. Luis XIII la reanimó inútilmente en el de 1611. En el año 1615 se formó una nueva compañia que despachó dos navíos en 1617, y otros tres en el de 1619; pero fué tan corta la utilidad de estos viajes á la India, que tomaron la prudente resolucion de contraerse á Madagascar.

Colbert, con todo su gran jenio, se prestó á unas miras sumamente mezquinas, sin duda porque no pudo pasar por otro punto. Tratándose de dar impulso á la nacion, las plumas de los mejores académicos presentaron numerosas memorias, en las cuales con las mas bellas perspectivas anunciaban sucesos felices: el parlamento intervino para asegurar á los accionistas, el rey habló tambien y dió trescientas mil libras, se interesaron muchos señores de la córte ya por política ó ya por celo, y las personas mas acomodadas siguieron su ejemplo. En el año 1669 salieron de aquellos puertos cuatro navios con los pertrechos necesarios para conducir víveres á la colonia, y fomentarla en la isla de Madagascar, á la cual pusieron el nombre de *Isla Delfina*. Desde ella salieron en el año 1667 naves para Cochin, y mientras estas caminaban, los colonos se dedicaron en Madagascar á la caza y otras diversiones que les proporcionaba el terreno, sin pensar en la compañia que los alimentaba; pero recibieron su merecido, porque suplicando la compañia al rey que volviese á tomar la isla, quedaron muy pocos de aquellos falsos comerciantes, y los mas útiles se pasaron á Surate.

Cuando la compañía se debia aplicar con seriedad al comercio, se dedicaba á vender sus privilejios á los navíos particulares que traficaban en su nombre. Hacia traer de la India, ó fabricar en la Suiza y en Francia las telas blancas que mandaba pintar por su cuenta. Como procuraba elejir dibujos de gusto, produjeron utilidades, aunque pequeñas y de corta duracion: estas ventas, que impedian las entradas, desconcertaron á la compañía sobre el arrendamiento de la renta real y jeneral. La compañía se hallaba en estado de desaparecer, y en su último apuro se pudo detener, uniéndose con otra de la China, y dos años despues se fomentó con una asociacion de comerciantes de San Meló, que contribuyeron á su mantenimiento en la India.

Mientras que en Europa se sostenia la compañía con préstamos y arbitrios, la estaban proporcionando recursos sus ajentes en la India. El rey de Visapur, á quien ganaron, les cedió un corto terreno en la costa de Coromandel, y en 1681 fundaron en él á Pondicheri. Los holandeses se apoderaron de esta plaza, y la fortificaron mejor en 1697. En el de 1710 se contaban ya en ella sesenta mil habitantes, cuyo aumento lo debió á un gobernador llamado Francisco Martin, hombre de mucha intelijencia é injenio, que tuvo astucia para persuadir á los habitantes á que admitiesen un impuesto, que habia de servir para hacer prosperar aquella ciudad, y con su conducta moderada y equitativa disipó las sospechas de los naturales del pais.

Como en el principio del establecimiento de los franceses allí no tenian mas poder que el que adquirian sus mañosidades, no se podian entregar á su carácter vivo, ni manifestar su desprecio á los modales estranjeros, y solo descubrian lo mejor de su carácter, que es la afabilidad, el agasajo y la cortesía. Con el trato atento para con los reyes y príncipes del pais, sus vecinos, ganaron amigos, recibiendo demostraciones y señales recíprocas de una particular estimacion. En algunas ocasiones hicieron servicios á los indios y á los europeos; vivian en buena armonía entre sí, y favorecian á los naturales contra los ladrones que infestaban los caminos. Por estos medios atrajeron á los indios sóbrios é industriosos, y los establecieron en sus tierras, en las cuales vivian seguros

de gozar en paz el fruto de sus trabajos. Semejante conducta, constante en el espacio de cincuenta años, les adquirió en la India la mejor reputacion. El floreciente estado de Pondicheri les estimuló á establecer en ella el asiento principal del comercio á principios del siglo XVIII: fijaron en Surate una factoría que, aunque es de mucha importancia, la tienen hoy sumamente descuidada.

Ninguna otra compañía de comercio ha sufrido tantas mudanzas en la India como la de los franceses. Muerto Luis XIV, la unió el rejente con la compañía de las Indias Occidentales, diciendo que las riquezas de esta eran inagotables. El decreto de la union daba á la junta el gran título de compañía perpétua de las Indias, y descalabraba sus privilejios irrevocables; pero como los títulos no dan fondos, se vió la compañía casi en el punto de perecer, cuando la escasez del estado no permitia se la socorriese. Las remesas y los retornos fueron inciertos é irregulares: se contrajeron en la India deudas considerables, cuyos pagos no se verificaron en los plazos señalados. Cuando menos se esperaba llegó el dinero en tiempo de la sabia administracion del cárdenal Fleuri; mas las mudanzas son siempre en el comercio muy ruinosas. El sabio ministro sostuvo en cuanto le fué posible aquel edificio espirante, y solo por no poder mas dejó de suministrar socorros para que no se desplomase. La guerra del año de 1744 fué un golpe fatal para la compañía, la cual no se ha repuesto de las pérdidas que sufrió entonces, y se aumentaron despues á pesar de los muchos esfuerzos hechos por sus valientes defensores. Sin embargo, todavía conserva establecimientos que pueden sostener la esperanza de una nacion guerrera, que debe tener por indecoroso á sus fuerzas el desmayar con las desgracias.

Las islas de Francia y de Borbon, cercanas entre sí, y no muy distantes de la de Madagascar, son unos establecimientos de importancia para el comercio francés en la India. En ambas se goza de un aire muy sano, que aunque caliente, lo refresca el céfiro de las montañas, y le purifica cierto huracan que ocurre anualmente. El terreno de la isla de Francia es menos fértil que el de la de Borbon en arroz y otros granos y legumbres; pero esta falta se suple con las batatas y otras raices esquisi-

tas, ademas de la caza y la pesca que son muy abundantes. Los grandes prados y las muchas yerbas producen y alimentan numerosos rebaños de ganados: los árboles son muy grandes, con particularidad el ébano, que se cria en la isla de Francia, cuya calidad es superior á las demas. La isla de Borbon produce un café escelente: la de Francia tiene un buen puerto, que la hace propia para el comercio, y en ninguna de estas dos islas se crian insectos venenosos: cada una de ellas es de treinta á cuarenta leguas de bojeo: están bien regadas y cultivadas, y se encuentra en ellas todo cuanto es necesario para la vida.

Cuando los portugueses descubrieron la isla de Francia, dejaron allí cerdos, cabras y gallinas. Cuando los holandeses abordaron á ella en 1598 encontraron á estos animales muy multiplicados: pusieron á esta isla el nombre del príncipe Mauricio, y principiaron á hacer sus plantíos: segun estos se aumentaban faltaban los brazos para su cultivo, y trajeron negros de Madagascar: estos hombres, que de libres se vieron traideramente esclavos, no correspondieron á las intenciones de sus nuevos dueños, porque se emboscaron en las montañas, en las que se multiplicaron, se fortalecieron, y obligaron á los holandeses á dejar la isla. Los negros no abandonaron sus retiros, sino que desde ellos daban sobre los navíos que se arrimaban á la isla para tomar agua, ó reparar sus enfermos, por lo cual adoptaron los holandeses el partido de construir tres pequeños fuertes con el objeto de proteger la aguada; y los negros, que eran ya dueños de lo interior de la isla, atacaron á los holandeses, y les obligaron á abandonarla segunda vez. Los franceses, que hacia mucho tiempo que habian puesto sus miras sobre este establecimiento, la tomaron en 1710, y la pusieron el nombre de isla de Francia.

Como los negociantes de la compañía prosperaron tan poco á pesar de los adelantamientos que hacian á los colonos, determinó abandonarla á los negros; pero estaba indecisa, y en esta incertidumbre se presentó La-Burdone, y determinó que la compañía se decidiese á hacer el último esfuerzo. En 1735 salió con unos socorros muy medianos: á su arribo encontró la isla en el estado mas

infeliz que jamás tuvó colonia alguna. Los habitantes eran pocos, ignorantes, perezosos, desnudos, amotinados, sin defensa, y se morian de hambre. Mandó traer negros jóvenes de Madagascar, y habiéndolos disciplinado le sirvieron para obligar á los negros anteriores á someterse, ó abandonar la isla. Apenas encontró un solo artesano, un labrador, ni un soldado, y tuvo él mismo que hacer todos estos trabajos, y enseñarlos á los habitantes. A su llegada no habia en la isla mas viviendas que unas cabañas miserables, y en solos dos ó tres años hizo fabricar casas, almacenes, arsenales, fortificaciones, alojamientos para los oficiales, molinos, calzadas y acueductos, uno de ellos de tres mil seiscientas toesas de largo, que es el que conduce las aguas dulces á los hospitales y al puerto. No habia caminos, caballos ni carros; pero el celo del gobernador enseñó á los habitantes á superar todas estas dificultades. En el corto espacio de dieziocho meses hizo conducir hasta el puerto todas las maderas necesarias para la marina, construyó pontones, gabarras y otras embarcaciones. En el año 1737 botó al agua un bergantin; en el siguiente construyó dos bastimentos, y puso en quilla un navío de quinientas toneladas. Todas estas proezas fueron obra de cinco años que corrieron desde 1735 hasta el de 1740, y lo ejecutó casi sin socorro de la Europa, y aun sin que esta tuviese noticia de aquella mutacion; de modo que cuando se presentó el almirante Bosawen creyendo tomar la isla al primer ataque, la encontró en buen estado de defensa, y tuvo que marchar con sus proyectos de conquista á Pondicheri: aun pudo enviar socorros á esta el gobernador de la isla de Francia.

Tambien reconocieron los portugueses la isla de Borbon, y la llamaron Mascareñas, por el nombre de una familia ilustre de su reino. Los franceses residentes en Madagascar habian desterrado allí tres hombres, á quienes llamaron despues de tres años, y estos hicieron una descricion muy ventajosa de la isla. Enterado de ella Antonio Toro, habitante del fuerte del Delfin, se alentó por la curiosidad y marchó á Mascareñas en 1654, con solos siete franceses y seis negros, y dieron á la isla el nombre de Borbon;

construyeron cabañas, y formaron huertas; pero no habiendo tenido noticia alguna de Madagascar, se cansaron, y en 1658 se entraron en un navío inglés que los condujo á Madrás. Los franceses que algun tiempo despues huyeron de Madagascar, arrojados por los mismos naturales que estaban hostigados de sus galanterías, se embarcaron en dos piraguas que fueron arrojadas por el viento á la isla de Borbon: estos desgraciados tuvieron por gran fortuna encontrar las cabañas y huertas que habia abandonado Toro.

Cuando esta pequeña colonia se habia ya fomentado pacíficamente, les llegó un aumento de poblacion de unos piratas que naufragaron con sus embarcaciones en los escollos de la isla, en la cual se salvaron con mujeres que llevaban de la India. Los habitantes los recibieron bien, se acomodaron y enlazaron con ellos, formándose entre todos un solo pueblo. Posteriormente se reforzaron con muchos esclavos que buscaron para cultivar sus tierras, por cuyo medio se aumentó la mezcla de las castas; y en cuanto á los privilejios y la estimacion recíproca, no hay en la isla de Borbon distincion alguna entre los blancos y los negros, porque reconocen que son la misma familia pobladora de la isla, aunque de diversos colores. Dice un viajero que en una iglesia vió una trisabuela de ciento ocho años totalmente negra, cuya hija era mulata, la nieta mestiza, la hija de esta cuarterona, y la última muy blanca. Ademas de lo que la isla de Borbon produce en comun con las otras islas de Francia, tiene algodon, pimienta, alumbre, benjuí, y un tabaco escelente: se observa en ella un volcan siempre activo, y montañas muy espesas que la dividen en territorios que no pueden comerciar entre sí, sino por el mar. La compañía se ha apoderado de esta isla. Tambien conserva en Moca ciertas factorías para el comercio del café, en Surate para el del golfo pérsico, en Basora para el de Persia que se hace por tierra, y en Alepo para que le sirva de escala. En todos estos parajes se disputan los europeos la preferencia, cuando sería mejor que viviesen en buena armonía, sin atravesar unos los mercados de los otros para encarecer los jéneros, y de-

fenderse mancomunadamente de lo que les amenaza por parte de los gobernadores mahometanos. Conserva aun la compañía algunos establecimientos en la costa de Malabar, y especialmente en la de Coromandel: la mayor de estas factorías es la de Carikal, situada en un terreno muy fértil en arroz, algodon y añil; cuyo establecimiento lo adquirieron los franceses por medio de un tratado con el rey de Tranjaor, sin haberse mezclado en él violencia alguna, asi como tampoco la hubo en la adquisicion de Pondicheri, la cual fué elevada al sumo grado de esplendor por los gobernadores Dumas y Dupleix.

Es cierto que se vieron estos dos hombres favorecidos de las circunstancias; pero debe estimárseles el modo de servirse de ellas. Con motivo de ciertas revoluciones y usurpaciones de varios príncipes del pais, la viuda de uno de ellos llamado Alí-kan pidió asilo al gobernador de Pondicheri, quien la recibió con la urbanidad francesa, procurándola todas las comodidades que pudiesen suavizar su pena. Los máratas pidieron que les entregasen esta familia, y se lo negó Dumas, quien por esta negativa tuvo que sufrir un sitio en que no hubo mortandad por ser la plaza muy fuerte y bien guarnecida, y porque aquellos naturales no entendian el modo de combatir ciudades; saquearon lo que pudieron, y en virtud de un régalo que el gobernador les hizo se retiraron á sus montañas. La fama que gozaban los franceses por su jenerosidad llegó á la córte del Mogol, con quien los hijos del Nabab se habian reconciliado, y el primer ministro escribió á Dumas una carta de gracias. El hijo del difunto Alí-kan fué á consolar á su madre y le recibió el gobernador con los mayores honores, por lo que enamorado el príncipe de su proceder le dió tres distritos de buenas rentas, y le regaló el vestido de ceremonia y la armadura de su padre, que estaban adornados de mucho oro y pedrería. Informado el gran Mogol del regalo hecho al gobernador, le añadió la dignidad de Nabab, la cual le daba el mando de cuatro mil quinientos caballos. Dumas solicitó del emperador que estas gracias no fuesen solamente personales en él, sino que quedasen anejas perpétuamente al gobierno de Pondicheri, cuya peticion le fué concedida.

Habiéndole sucedido Dupleix en el año 1741, tomó posesion de aquella dignidad con todo el esplendor y pompa propias de estas ceremonias. Durante su gobierno se revistió de todos los honores privativos de esta dignidad en la India. Mientras los franceses se hallaban engreidos y se saboreaban con tantos favores y distinciones lisonjeras, llegó el almirante Bosawen, desembarcó un ejército, y puso sitió á la plaza. Viéndose los franceses en tal estado dejaron á un lado la vanidad y emprendieron los trabajos militares; todos se hicieron soldados, y Dupleix manifestó que era tan apto para mandar tropas como para gobernar: se emprendió la defensa, y el inglés rechazado tuvo que rembarcarse: esta defensa gloriosa granjeó á los franceses en la córte del Mogol nuevas atenciones, y los indios, á imitacion de sus monarcas, los han mirado con una estimacion y amistad, que no se han desmentido á pesar de las desgracias.

La compañia comercia tambien en la China, y sus retornos tienen que desembarcar en el puerto de Oriente, situado á la embocadura del rio Blavet en la costa de Bretaña; pero estos retornos son pocos. La compañía perpétua ha tenido ya su fin, acaso por tres razones, á saber: la abundancia del pais, los defectos del gobierno, y el carácter nacional; y aun se pudiera añadir, porque estando el centro de las negociaciones de la compañía en la capital, se halla muy distante del mar: tambien es otro obstáculo el predominio del favor en las elecciones de los empleados, á quienes la confianza de la proteccion corrompe, y hace que la disciplina y la subordinacion se alteren entre los subalternos.

Ostende, á pesar de su ventajosa situacion para el comercio y su buen puerto, no tiene comercio, ó á lo menos es muy poco el que hace, porque todas las naciones se apresuraron á estorbárselo, temiendo el perjuicio que se les podia seguir. Cuando el rey de España cedió las diez provincias al archiduque Alberto y á la infanta Isabel, fijó por condicion, que por ningun pretesto hubiesen de comerciar los flamencos en las Indias Orientales ni en las Occidentales. Los holandeses, que se habian separado de la corona de España, reclamaron esta condicion, ó por mejor decir la llevaron adelante, para disimular la codicia y envidia que les ins-

tigaba á contrariar el comercio de Ostende. Estos se rehicieron de muchos modos para conservar el privilejio que les concedia el derecho natural, y si los perseguian como cuerpo de asociacion, enviaban navíos mandados por particulares con patentes de mar, ya en nombre de una nacion, ó ya en el de otra: trocaban los rejistros, rutas y y puertos desde Amburgo en las costas de Alemania, iban á Trieste y á Sena, y esperaron ser protejidos en Liorna; pero estaban contra ellos Inglaterra, Holanda, Francia y España, y los abandonaba el emperador, que era quien debia sostenerlos. Con motivo de las guerras de los estados de Europa figuró regularmente la compañía de Ostende, casi un siglo, y ha sido muchas veces el medio que ha tomado la casa de Austria para proporcionarse la alianza de las potencias marítimas, por cuya razon, cansados los comerciantes de este juego de política, se han marchado con sus fondos á otros comercios; así es que no ecsiste ya la compañía de Ostende.

Suecos.—La Suecia debe en parte á esta emigracion el pequeño comercio que hace en el puerto de Oriente. En esta nacion de jenio belicoso resistieron por largo tiempo al comercio, hasta que Gustavo Adolfo por medio de invitaciones escitó á sus vasallos para que se dedicasen á él en el año de 1626. La memorable Cristina quiso tener establecimientos en Guinea y en la India, y se los destruyeron los holandeses. Entre príncipes guerreros no pudieron florecer las artes ni la paz; pero esta série finalizó en Cárlos XII. Su sucesor hizo creer á sus vasallos que la felicidad y gloria de un imperio puede subsistir sin que todos sean soldados: semejante mutacion de ideas ocurrió en el tiempo en que la compañía de Ostende habia suspendido su comercio, y fué su verdadera destruccion. Como por entonces se hallaban muchas jentes hábiles y activas sin empleos, y en la necesidad de buscar mejor suerte, las recibió el rey de Suecia á su servicio, y formó una compañia en Gotemburgo en el año 1731. Los holandeses negaron los refrescos y otros ausilios á los navíos suecos, y se apoderaron de algunos; mas el rey se sostuvo firme, é hizo que se le administrase justicia. Esta compañía moderada no se valió de los medios de usurpaciones contra los indios ni europeos. Sus ajentes se mezclaban como par-

ticulares en las factorías de las otras, preparaban los retornos, que nunca eran de consideracion, y por consiguiente no podian despertar la envidia en las demas sociedades. Los suecos son tolerados en la China, y en el reino de Canton tienen una factoría; con su ejemplo dan una prueba de que puede ejecutarse el comercio en la India sin invadir sus paises, ni molestar á sus naturales. Acaso no sería de tanto lucro, pero sí mas justo.

No nos parece fuera de propósito referir aquí que antes de haberse descucierto el cabo de Buena-Esperanza, practicaban los indios el comercio de Europa por tres rutas que todavia estan en uso. De Bengala ó Masulipatan iban á Deli, y volviendo al Occidente, á Cabul y Candanar, tiraban por el Corasan y el Norte de la Persia, el Sur del mar Caspio, y despues la Armenia, desde donde entraban en el mar Negro, distribuyéndose en algunas de las escalas de Levante hasta llegar á Constantinopla, en donde vendian sus jéneros á los paisanos, venecianos y jenoveses. Los de la costa de Malabar salian de Goa, pasaban los Gates, conduciendo los jéneros con bueyes, y pasando por Aurengabad iban á Tatta y al Candabar, en cuyo punto se unian con los de Beugala. Esta espedicion duraba tres años entre ida y vuelta. Segunda ruta: de Bengala y de Masulipatan pasaban por mar á Surate, desde cuyo punto, que era el mas importante de la India, se dirijian á Basora en el fondo del golfo pérsico. Las mercaderías que cargaban en el rio Tigris se conducian á Bagdad, y desde allí con camellos, atravesando el desierto, las transportaban á Alepo, en donde las vendian á los mercaderes italianos, y estos las repartian en Europa. Este viaje duraba dos años entre ida y vuelta, y la mitad le hacian por tierra. Tercera ruta: en Bengala ó Masulipatan se embarcaban para Surate, y pasaban por el mar Rojo.

El istmo de Suez era el término de la navegacion de la India, y desde allí salian dos rutas para la Europa: la mas larga de estas era por el gran desierto cuya marcha hasta Alepo la hacian con escolta, y duraba cuarenta dias. La otra mas corta desde Suez al Cairo, por el mismo desierto que atravesaban con mucho peligro en ocho ó diez dias: para evitar este peligro se han establecido alli compañías, con quienes se trata la seguri-

dad de los cargamentos; y como estos aseguradores estan convenidos con los árabes vagamundos, los hacen retirar cuando se presentan. Los europeos se han encargado del resto del comercio por Alejandría, Roseta y otros puntos de Levante. Esta ruta, que es de un año, ó cuando mas de año y medio, ha sido siempre la mas lucrativa en el caso de que la carabana no sea robada ó perjudicada por los árabes. La mayor parte de todos estos viajes se practica por paises de los dominios del Gran Señor, que si protejiese á los viajeros, podria hacer que fuese mas frecuentada esta ruta, y que sus aduanas le produjesen inmensas utilidades; pero hemos visto en la historia que los turcos, aunque son muy codiciosos, no procuran las ganancias por medio de combinaciones políticas, sino por la violencia.

FIN DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOQUINTO.



